



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

*EL REVERSO DE LA
HISTORIA
CONTEMPORÁNEA
Y OTRAS HISTORIAS*

TOMO XX



Lectulandia

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».

Balzac

Lectulandia

Honoré de Balzac

**El reverso de la historia
contemporánea y otras historias**

La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - XX

ePub r1.0

Titivillus 09.12.15

Título original: *L'envers de l'histoire contemporaine, Un épisode sous la Terreur, Une ténébreuse affaire*

Honoré de Balzac, 1848

Traducción: Antonio Ribera

Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



EL REVERSO DE LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA
1.—La señora de la Chanterie



PRIMERA PARTE
LA SEÑORA DE LA CHANTERIE

I. UN CUADRO DE PARÍS

En 1836, en un bello anochecer del mes de septiembre, un hombre de unos treinta años permanecía apoyado en el parapeto de aquel muelle, desde el que puede verse a la vez el Sena hacia arriba desde el Jardín Botánico hasta Nôtre-Dame, y hacia abajo la vasta perspectiva del río hasta el Louvre. No existen otras dos perspectivas semejantes en la capital de las ideas. El espectador se encuentra como en la popa de aquel bajel, que ha adquirido dimensiones gigantescas. Evoca París desde los romanos hasta los francos, desde los normandos hasta los borgoñones, la Edad Media, los Valois, Enrique IV y Luis XIV, Napoleón y Luis-Felipe. Desde allí, todas estas dominaciones ofrecen algunos vestigios o monumentos que despiertan sus recuerdos. Sainte-Geneviève cubre con su cúpula el barrio latino. Detrás del espectador se alza la magnífica cabecera de la catedral. El Ayuntamiento le habla de todas las revoluciones, y el Hospital de todas las miserias de París. Después de entrever los esplendores del Louvre, dando dos pasos se pueden ver los harapos de aquel ruin grupo de casas situadas entre el muelle de la Tournelle y el Hospital, que los magistrados municipales modernos se ocupan de hacer desaparecer en estos momentos.

En 1835, aquel cuadro maravilloso ofrecía, además, otra enseñanza: entre el parisién apoyado en el parapeto y la catedral, el Terrain, pues éste es el antiguo nombre de aquel lugar desierto, aún estaba cubierto con las ruinas del arzobispado. Cuando se contemplan desde allí tantos aspectos inspiradores, cuando el alma abarca tanto el pasado como el presente de la villa de París, la religión parece haberse alojado allí como para tender sus dos manos sobre los dolores de ambas orillas, desde el arrabal de Saint-Antoine al arrabal de Saint-Marceau. Esperemos que tantas sublimes armonías se verán completadas por la construcción de un palacio episcopal de estilo gótico, que reemplazará las casuchas sin carácter asentadas entre el Terrain, la calle de Arcole, la catedral y el muelle de la Cité.

Este punto, corazón del antiguo París, es su lugar más solitario y más melancólico. Las aguas del Sena rompen allí ruidosamente y la catedral cubre aquellos parajes con sus sombras a la puesta del sol. Se comprenderá que suscite graves pensamientos en un hombre afligido por alguna enfermedad moral. Seducido acaso por un acuerdo entre sus ideas del momento y las que nacen a la vista de escenas tan diversas, el paseante permanecía con las manos puestas en el parapeto, presa de una doble contemplación: ¡París y él! Las sombras aumentaban de tamaño, las luces se encendían a lo lejos y él no se iba, pues le arrastraba la corriente de una de esas meditaciones preñadas de nuestro futuro, y que el pasado hace solemnes.

II. UNA CASUALIDAD

En aquellos momentos, oyó acercarse a dos personas, cuya voz le sobresaltó, al llegarle desde el puente de piedra que une la isla de la Cité con el muelle de la Tournelle. Aquellos dos personajes se creían sin duda solos, y hablaban un poco más alto que lo hubieran hecho en lugares frecuentados, o si se hubiesen percatado de la presencia de un extraño. Desde el puente, las voces revelaban una discusión que, por unas cuantas palabras que llegaron a oídos del testigo involuntario de aquella escena, era relativa a un préstamo monetario. Al llegar junto al paseante, uno de los dos personajes, vestido como un obrero, se separó de su acompañante con gesto desesperado. El otro se volvió, llamó al obrero y le dijo:

—No tenéis ni un céntimo para volver a pasar el puente. Tomad —agregó dándole una moneda—, y acordaos, amigo mío, de que es el propio Dios quien nos habla cuando se nos ocurren buenos pensamientos.

Esta última frase hizo estremecer al soñador. El hombre que así hablaba no sospechaba que, para emplear una expresión proverbial, mataba dos pájaros de un tiro y se dirigía a dos miserias: una industria desesperada y los sufrimientos de un alma sin brújula; una víctima de aquello que los corderos de Panurgo llaman el Progreso, y una víctima de lo que Francia llama la Igualdad. Aquellas palabras, sencillas en sí mismas, resultaron grandes por el acento de quien las decía, cuya voz poseía un extraño hechizo. ¿No hay voces tranquilas, dulces, en armonía con los efectos que la visión del azul de ultramar produce en nosotros?

Por sus hábitos, el parisién reconoció a un sacerdote, y a los últimos resplandores del crepúsculo vio un semblante blanco, augusto, pero macilento. La visión de un sacerdote saliendo de la hermosa catedral de Saint-Etienne, en Viena, para ir a administrar los últimos sacramentos a un moribundo, determinó a Werner, el célebre autor trágico, a abrazar el catolicismo. Casi le ocurrió lo mismo al parisién cuando distinguió al hombre que acababa de consolarle sin saberlo; vislumbró en el amenazador horizonte de su porvenir un largo rastro luminoso, en el que brillaba el azul del éter, y siguió aquella claridad, como los pastores del Evangelio fueron en la dirección de la voz que les decía desde lo alto: «El Salvador acaba de nacer». El hombre de palabras bienhechoras seguía a lo largo de la catedral y se dirigía, por un resultado de la casualidad, que a veces es consecuente, hacia la calle de donde el paseante venía y a la que regresaba, conducido por los errores de su vida.

III. HISTORIA SENCILLA

Aquel paseante se llamaba Godefroid. Al leer esta historia, se comprenderán los motivos por los que únicamente empleamos los nombres de pila de quienes aparecen en ella. He aquí, pues, por qué Godefroid, que habitaba en el barrio de la Chaussée-d'Antin, se encontraba a aquella hora junto al ábside de Nôtre-Dame.

Hijo de un detallista que reunió una pequeña fortuna merced al ahorro, se convirtió en la única ambición de sus padres, que soñaban con verle de notario en París. Así, a partir de la edad de siete años, le pusieron en una institución, la del abate Liautard, con los hijos de numerosas familias distinguidas que, durante el reinado del Emperador, por su apego a la religión, bastante descuidada en los liceos, eligieron aquel establecimiento para educar en él a sus hijos. Los que entonces eran condiscípulos no podían sospechar las desigualdades sociales, pero en 1821, una vez terminados sus estudios, Godefroid, al que colocaron en el despacho de un notario, no tardó en darse cuenta de las distancias que le separaban de aquéllos con los que hasta entonces había convivido familiarmente.

Obligado a estudiar la carrera de Derecho, se vio confundido entre la multitud de hijos de la burguesía que, sin una fortuna propia ni distinciones hereditarias, debían esperarlo todo de su valor personal o de su actividad tesonera. Las esperanzas que sus padres, a la sazón retirados del comercio, depositaron en él, estimularon su amor propio sin infundirle orgullo. Sus padres vivían modestamente, a fuer de buenos holandeses, gastando únicamente la cuarta parte de sus doce mil francos de renta; destinaban sus economías, así como la mitad de su capital, a la adquisición de un empleo para su hijo. Sometido a las leyes de aquella economía doméstica, Godefroid hallaba su estado presente en tal desproporción con los sueños de sus progenitores y los suyos propios, que experimentó desaliento. En las naturalezas débiles, el desaliento se convierte en envidia. Mientras que otros, en quienes la necesidad, la voluntad y la reflexión suplían al talento, avanzaban en derecho y resueltamente por el camino trazado a las ambiciones burguesas, Godefroid se rebeló, quiso brillar, se dirigió hacia todos los lugares iluminados, y se lastimó los ojos. Trató de ascender, pero todos sus esfuerzos sólo sirvieron para constatar su impotencia. Cuando por fin se dio cuenta de la falta de equilibrio que existía entre sus deseos y su fortuna, aborreció las supremacías sociales, se hizo liberal y trató de alcanzar la celebridad con un libro, pero aprendió a sus expensas a considerar el talento igual que la nobleza. Después de abordar sucesivamente y sin éxito el notariado, la abogacía y la literatura, quiso ser magistrado.

En aquellos días falleció su padre. Su madre, cuya vejez podía contentarse con dos mil francos de renta, le cedió casi toda su fortuna. Dueño a los veinticinco años de diez mil francos de renta, se consideró rico y relativamente lo era respecto a su pasado. Hasta entonces, su vida estuvo compuesta de actos sin voluntad, de hechos impotentes, y, para ir al compás de los tiempos, para actuar, para representar un papel,

trató de entrar en un mundo cualquiera con ayuda de su fortuna. Encontró rápidamente el periodismo, que siempre tiende los brazos al primer capital que llega. Ser dueño de un periódico es convertirse en un personaje: se explota la inteligencia y se comparten sus placeres sin abrazar sus trabajos. Nada tan tentador para los espíritus inferiores como elevarse así sobre el talento ajeno. París ha visto a dos o tres advenedizos de este jaez, cuyo éxito es una vergüenza, tanto para la época como para quienes les prestaron sus hombros a fin de que subieran.

IV. EL DESENLACE DE MUCHAS EXISTENCIAS

En aquella esfera, Godefroid se vio superado por el grosero maquiavelismo de unos o por la prodigalidad de otros, por la fortuna de los capitalistas ambiciosos o por el ingenio de los redactores; viose después arrastrado a las disipaciones que suscitan la vida literaria o política, las idas y venidas de la crítica entre bastidores, y hacia las distracciones necesarias para inteligencias vivamente ocupadas. Tuvo entonces malas compañías, pero le dijeron que poseía un rostro insignificante y que uno de sus hombros era sensiblemente más fuerte que el otro, sin que aquella desigualdad se viese compensada por la maldad ni por la bondad de su espíritu. El mal tono es el salario que los artistas reciben por decir la verdad.

Pequeño, mal hecho, sin ingenio ni rumbo fijo, todo parecía a la medida de un joven en una época en la que, para triunfar en todas las carreras, la reunión de las más altas cualidades del espíritu no significa nada sin la dicha, o sin la tenacidad que gobierna la dicha.

La revolución de 1830 curó las heridas de Godefroid, quien tuvo el valor de la esperanza, que vale tanto como el de la desesperación; se hizo nombrar, como tantos periodistas oscuros, para un puesto administrativo en el que sus ideas liberales, en oposición con las exigencias de un nuevo poder, hicieron de él un instrumento rebelde. Teñido de liberalismo, no supo hallar su partido, como muchos hombres superiores. Obedecer a los ministros fue para él cambiar de opinión. Por otra parte, le pareció que el gobierno faltaba a las leyes de su origen. Godefroid se declaró partidario del *Movimiento* cuando se trataba de *Resistencia*, y volvió a París casi pobre, pero fiel a las doctrinas de la oposición.

Asustado por los excesos de la Prensa y más aún por los atentados del partido republicano, buscó en el retiro la única vida conveniente para un ser cuyas facultades eran incompletas, sin fuerzas para oponerse al rudo movimiento de la vida política, cuyos sufrimientos y cuya lucha no producían el menor brillo, cansado de sus fracasos, sin amigos, porque la amistad requiere cualidades o defectos sobresalientes, pero con una sensibilidad más soñadora que profunda. ¿No era acaso el único partido que debía adoptar un joven a quien el placer había engañado ya varias veces, y que estaba envejecido por el contacto de una sociedad tan inquietante como inquieta?

V. EL MAL DEL SIGLO

Su madre, que se moría en la apacible aldea de Auteuil, llamó a su hijo junto a ella, tanto para tenerlo a su lado como para ponerle en camino de encontrar la felicidad llana y sencilla que debe satisfacer a semejantes almas. Acabó por juzgar a Godefroid, al ver que cuando contaba veintiocho años había reducido su fortuna a cuatro mil francos de renta, y tenía sus deseos agotados, su presunta capacidad extinguida, su actividad nula, su ambición humillada y su odio contra todo cuanto se alzaba legítimamente, aumentando con sus desengaños. Trató de casar a Godefroid con una joven, hija única de unos negociantes retirados, que podía servir de tutora para el alma enferma de su hijo; pero el padre poseía aquel espíritu calculador que no abandona nunca a un viejo comerciante en los pactos matrimoniales, y, después de un año de atenciones y vecindad, Godefroid no fue aceptado. En primer lugar, a los ojos de aquellos burgueses a toda prueba, este pretendiente debía conservar una profunda inmoralidad de su antigua carrera; luego, durante aquel año, aún gastó más dinero de su capital, tanto para deslumbrar a los padres como para tratar de agradar a la hija. Aquella vanidad, por lo demás muy perdonable, determinó la negativa de la familia, que sentía horror por la disipación, tan pronto se enteró de que Godefroid malgastó en seis años ciento cincuenta mil francos de capital.

Este golpe alcanzó tanto más profundamente aquel corazón ya tan magullado, cuanto que la joven no era bella. Pero, aleccionado por su madre, Godefroid había reconocido en su prometida el valor de un alma seria y las inmensas ventajas de un espíritu sólido; se acostumbró a su rostro, estudió su fisonomía, y le gustaban la voz, los modales y la mirada de aquella joven. Después de poner en aquel afecto la última ilusión de su vida, experimentó la más amarga desesperación. Su madre murió, y él, cuyas necesidades crecieron al compás del lujo, se encontró con cinco mil francos de renta por toda fortuna, y con la certidumbre de no poder reparar jamás cualquier pérdida, reconociéndose incapaz de la actividad que requiere esta frase terrible: *¡Hacer fortuna!*

La debilidad impaciente y pesarosa no accede a desaparecer al instante. Así, durante su duelo, Godefroid buscó aventuras en París: cenaba en mesas redondas, trababa despreocupadamente conversación con desconocidos, buscaba la sociedad y sólo encontraba motivos de gasto. Al pasear por los bulevares, sufría tanto en su interior, que la vista de una madre acompañada por una hija casadera le causaba una sensación tan dolorosa como la que experimentaba al ver un joven dirigiéndose a caballo al Bosque de Bolonia, a un advenedizo en su elegante carruaje o a un funcionario condecorado. El sentimiento de su impotencia le decía que no podía aspirar a la más honorable de las posiciones secundarias, ni al destino más fácil; y tenía bastante corazón como para que esto le hiriese constantemente, y harto ingenio como para entonar elegías llenas de hiel sobre sí mismo.

Incapaz de luchar contra las cosas, poseyendo el sentimiento de las facultades

superiores, pero sin la voluntad que las pone en acción, sintiéndose incompleto, sin fuerzas para emprender algo grande y sin resistencia contra las inclinaciones que conservaba de su vida anterior, de su educación o de su indolencia, estaba devorado por tres enfermedades, una sola de las cuales basta para hastiar de la existencia a un joven que ha perdido el hábito de la fe religiosa. Así Godefroid mostraba ese rostro que se encuentra en tantos hombres, que ha llegado a ser el tipo parisién: en él se ven ambiciones frustradas o muertas, una miseria interior, un odio adormecido en la indolencia de una vida demasiado ocupada por el espectáculo exterior y cotidiano de París, una inapetencia que busca estimulantes, la queja sin el talento, la mueca de la fuerza, la ponzoña de anteriores desengaños que incita a sonreír de toda burla, a escarnecer todo lo que se hace grande, a desdeñar los poderes más necesarios, a alegrarse de sus dificultades y a no atenerse a forma social alguna. Este mal parisién es, para la conspiración activa y permanente de las personas enérgicas, lo que la albura para la savia del árbol: que la conserva, la sostiene y la disimula.

VI. A GRANDES MALES, GRANDES REMEDIOS

Cansado de sí mismo, una mañana Godefroid quiso dar un sentido a su vida al encontrarse con uno de sus condiscípulos, que fue la tortuga de la fábula de La Fontaine, del mismo modo que él había sido la liebre. En una de esas conversaciones provocadas por el encuentro de antiguos compañeros de colegio y que ambos sostuvieron paseando al sol por el bulevar de los Italianos, quedó aterrado al ver hasta dónde había subido quien, dotado en apariencia de menores medios, de menos fortuna que él, siguió queriendo todas las mañanas lo que había querido la víspera. El enfermo resolvió entonces imitar esta acción tan sencilla.

—La vida social es como la tierra —le dijo su compañero—. Nos da según nuestros esfuerzos.

Godefroid ya había contraído deudas. Como primer castigo y como primera tarea, se impuso la obligación de vivir en lugar apartado, pagando su deuda con sus rentas. En un hombre acostumbrado a gastar seis mil francos cuando tenía cinco, no era empresa baladí reducirse a pasar con dos mil francos. Leía todas las mañanas los anuncios por palabras, esperando encontrar en ellos un asilo que le permitiese estabilizar sus gastos, donde pudiese gozar de la soledad necesaria a un hombre que quería encerrarse en sí mismo, examinarse, darse una vocación. Las costumbres de las pensiones burguesas del barrio latino ofendieron su delicadeza, las casas de salud le parecieron malsanas, e iba a sumirse de nuevo en la fatal irresolución de las personas sin voluntad, cuando le llamó la atención el siguiente anuncio:

Pequeño alojamiento por setenta francos mensuales, propio para un eclesiástico. Se desea un inquilino tranquilo, a toda pensión. En caso de mutua conveniencia, se amueblará el apartamento por precios moderados.

Dirigirse al señor Millet, tendero, en la calle Chanoinesse, cerca de Nôtre-Dame, quien dará toda clase de informes sobre la vivienda.

Seducido por la bondad oculta bajo aquella redacción y por el perfume de burguesía que exhalaba, Godefroid fue a visitar al tendero alrededor de las cuatro, quien le dijo que la señora de La Chanterie estaba comiendo en aquellos momentos y no recibía a nadie durante sus comidas. Aquella dama estaba visible por la tarde, a partir de las siete, y por la mañana, de diez a doce. Mientras hablaba, el señor Millet examinaba a Godefroid sometiéndole, según la expresión de los magistrados, a un primer interrogatorio.

—¿El señor es soltero? La señora desea una persona de costumbres ordenadas; la puerta se cierra a las once lo más tarde. El señor —dijo para terminar— me parece, por lo demás, de una edad conveniente para la señora de La Chanterie.

—¿Qué edad me atribuí? —preguntó Godefroid.

—Algo así como cuarenta años —respondió el tendero.

Esta ingenua respuesta provocó en Godefroid un acceso de misantropía y tristeza; fue a cenar al muelle de la Tournelle y volvió para contemplar Nôtre-Dame en el momento en que los resplandores del sol poniente se derramaban y rompían contra los múltiples arbotantes del ábside. Cuando las torres brillan, ribeteadas por resplandores, el muelle se encuentra sumido en la sombra, y aquel contraste impresionó a Godefroid, presa de todas las amarguras que la cruel ingenuidad del abacero había removido.

VII. UN BUEN SACERDOTE

Este joven flotaba por lo tanto entre los consejos de la desesperación y la voz conmovedora de las armonías religiosas puestas en movimiento por la campana de la catedral cuando, en medio de las sombras y del silencio, bajo el claro de luna, oyó la frase del sacerdote. Aunque poco devoto, como casi todos los hijos de este siglo, su sensibilidad se conmovió ante aquellas palabras, y volvió a la calle Chanoinesse, adonde ya no quería regresar.

Tanto el sacerdote como Godefroid se sorprendieron al entrar en la calle Massillon, que mira al pequeño portal norte de la catedral, y de torcer juntos hacia la de Chanoinesse, en el lugar donde, hacia la calle de la Colombe, acaba por convertirse en la de los Marmousets. Cuando Godefroid se detuvo bajo el pórtico abovedado de la casa en que vivía la señora de La Chanterie, el sacerdote se volvió hacia Godefroid para examinarle a la luz de un farol, que sin duda será uno de los últimos en desaparecer del corazón del viejo París.

—¿Venís a ver a la señora de La Chanterie? —le preguntó el sacerdote.

—Sí —respondió Godefroid—. Las palabras que acabo de oír decir a ese obrero me demuestran que esta casa, si vos vivís en ella, debe ser saludable para el alma.

—¿Habéis sido, por lo tanto, testigo de mi derrota? —dijo el sacerdote levantando el aldaón—. Pues debéis saber que he fracasado.

—Más bien me parece que ha fracasado el obrero, puesto que os pedía dinero enérgicamente.

—¡Ay! —respondió el sacerdote—. Una de las mayores desdichas de las revoluciones, en Francia, es que cada una de ellas representa una nueva prima dada a la ambición de las clases inferiores. Para salir de su condición, para alcanzar la fortuna, que hoy se considera como la única garantía social, ese obrero se entrega a esas combinaciones monstruosas que, si no dan el resultado apetecido, conducirán al especulador a rendir cuentas ante la justicia humana. Tal es algunas veces el resultado de la complacencia.

El portero abrió una pesada puerta y el sacerdote preguntó a Godefroid:

—¿El señor viene quizás a ver el piso?

—Sí, señor.

VIII. LA SEÑORA DE LA CHANTERIE

El sacerdote y Godefroid atravesaron entonces un patio bastante espacioso, al fondo del cual se dibujaba en negro una mansión alta, flanqueada por una torre cuadrada, más elevada aún que los techos y de una notable antigüedad. Quien conozca la historia de París, sabrá que el suelo se ha elevado hasta tal punto delante de la catedral y a su alrededor, que no existen vestigios de los doce peldaños por los que antes se subía hasta ella. En la actualidad la base de las columnas del pórtico está al mismo nivel del pavimento. Así, pues, la primitiva planta baja de aquella casa se ha convertido hoy en la bodega. Existe una escalinata con algunos peldaños a la entrada de esta torre, por la que asciende en espiral una vieja escalera a lo largo de un árbol tallado en forma de sarmiento. Este estilo, que recuerda el de las escaleras del rey Luis XII en el castillo de Blois, se remonta al siglo XIV. Al advertir aquellos mil síntomas de antigüedad, Godefroid no pudo abstenerse de decir, sonriendo, al sacerdote:

—Esta torre no es precisamente de ayer.

—Se dice que resistió el ataque de los normandos y debió formar parte de un primer palacio de los reyes de París; pero, según la tradición, es más probable que haya servido de morada al famoso canónigo Fulbert, el tío de Eloísa.

Después de pronunciar estas palabras, el sacerdote abrió la puerta de la estancia que parecía formar la planta baja y que, tanto en el primero como en el segundo de los patios, pues existe un pequeño patio interior, se encuentra en el primer piso.

En aquel primer aposento, a la luz de una lamparita, trabajaba una sirvienta tocada con una cofia de batista estampada por todo adorno; metió una de las agujas que manejaba entre sus cabellos, y se levantó con la labor de calceta en la mano, para abrir la puerta de un salón que recibía la luz del patio interior. El vestido de aquella mujer recordaba el de las Hermanas Grises.

—Señora, os traigo un inquilino —dijo el sacerdote introduciendo a Godefroid en aquel aposento, donde vio a tres personajes que ocupaban sendos sillones en torno a la señora de La Chanterie.

Los tres personajes se levantaron, así como la señora de la casa; luego cuando el sacerdote hubo ofrecido un sillón a Godefroid y una vez que el futuro inquilino se sentó, obedeciendo a un ademán de la señora de La Chanterie, acompañado por esta vieja frase: «¡Sentaos, caballero!», el parisién se creyó a una enorme distancia de París, en la Baja Bretaña, o en el fondo del Canadá.

El silencio tiene quizá sus grados. Tal vez Godefroid, ya impresionado por el silencio de las calles Massillon y Chanoinesse, por las que no pasan ni dos coches al mes, embargado por el silencio del patio y de la torre, debió encontrarse, como en el corazón del silencio, en aquel salón guardado por tantas viejas calles, viejos patios y viejas murallas.

Aquella parte de la isla que se denomina el Claustro conserva el carácter común a todos los claustros: parece húmeda, fría, y permanece sumida en el más profundo silencio monástico durante las horas más bulliciosas del día. Se observará, además, que toda esta porción de la Cité, oprimida entre el flanco de Nôtre-Dame y el río, se halla al norte y a la sombra de la catedral. Los vientos del este se precipitan por ella sin hallar obstáculo, y las negras paredes de la vieja iglesia metropolitana retienen en cierto modo las brumas del Sena. Así, nadie se sorprenderá del sentimiento que experimentó Godefroid al comparecer en aquella vieja morada, ante la presencia de cuatro personajes silenciosos y tan solemnes como lo eran los propios objetos. No miró a su alrededor, presa de curiosidad por la señora de La Chanterie, cuyo nombre ya le había intrigado. Aquella dama era sin duda una persona del siglo pasado, por no decir del otro mundo. Tenía la cara dulzona, de tintes blancos y fríos a la vez, nariz aguileña, frente llena de dulzura, ojos castaños y doble mentón; todo ello enmarcado por los bucles de una cabellera plateada. Sólo se podía dar a su vestido el nombre de funda, que antaño estuvo en uso, pues tanto la apretaba, según la moda del siglo XVIII. La tela, de seda color carmelita, con largas rayas verdes y multiplicadas, parecía pertenecer a la misma época. El corsé, hecho en forma de corpiño, estaba oculto bajo una mantilla de punto de seda ribeteada de encaje negro y prendida sobre el pecho por medio de un alfiler en miniatura. Los pies, calzados con borceguíes de terciopelo negro, descansaban encima de un pequeño cojín. Lo mismo que su sirvienta, la señora de La Chanterie hacía unas medias de punto y bajo su gorro de encaje tenía una aguja sujeta entre sus encrespados bucles.

—¿Habéis visto al señor Millet? —preguntó a Godefroid con aquella voz nasal propia de las viudas del arrabal de Saint-Germain, viéndole dominado por una ligera turbación y como si quisiera infundirle alientos.

—Sí, señora.

—Temo que el piso no os convenga —prosiguió la dama al observar la elegancia, novedad y buen estado del traje de su futuro inquilino.

Godefroid llevaba botas lustrosas, guantes amarillos, ricos botones de camisa y una bonita cadena de reloj pasada por uno de los ojales de su chaleco de tela negra con flores azules.

IX. UNA CELDA DE CARTUJO

La señora de La Chanterie sacó un pequeño silbato de plata de uno de sus bolsillos y lo hizo sonar. La doméstica acudió al punto.

—Manon, hija mía, enseña el piso a este señor. ¿Queréis acompañar al caballero, mi querido vicario? —agregó dirigiéndose al sacerdote—. Si por casualidad el piso es de vuestro agrado —dijo levantándose de nuevo y mirando a Godefroid—, podremos hablar de las condiciones.

Godefroid saludó y salió. Oyó el tintineo de las llaves que Manon sacó de un cajón, y vio como encendía la vela de una gran palmatoria de cobre amarillo. Manon le precedió sin pronunciar palabra. Cuando Godefroid se encontró en la escalera que conducía a los pisos superiores, dudó de la vida real, creía soñar despierto, veía el mundo fantástico de las novelas que había leído en sus horas de holganza. Cualquier parisién escapado, como él, del barrio moderno, del lujo de las casas y de los mobiliarios, del esplendor de los restaurantes y los teatros, del movimiento que reina en el corazón de París, hubiera compartido su opinión. La palmatoria que sostenía la sirvienta iluminaba tenuemente la vieja escalera de caracol, en la que las arañas habían extendido sus cortinajes polvorientos. Manon llevaba una saya de gruesos pliegues, de paño basto de burriel; tenía el corsé cuadrado por delante y por detrás, y toda su vestimenta se movía como si fuese de una pieza. Cuando llegó al tercer piso, que pasaba por ser el segundo, Manon se detuvo, accionó los resortes de una antigua cerradura y abrió una puerta pintada de color caoba, con vetas groseramente imitadas.

—Aquí es —dijo entrando la primera.

¿Había sido un avaro, un pintor muerto de hambre, un cínico a quien el orbe le era indiferente, o un religioso apartado del mundo quien vivió en aquella morada? Era fácil hacerse esta horrible pregunta al percibir en ella el olor de la miseria, al ver manchas de grasa en los papeles tiznados por el humo, los techos ennegrecidos, las ventanas con pequeños vidrios polvorientos, las baldosas oscurecidas y las maderas recubiertas por una especie de veladura pringosa. Un frío húmedo bajaba por las chimeneas de piedra tallada y policromada, cuyos vidrios tenían entrepaños del siglo XVII. El piso formaba un ángulo recto como la casa que encuadraba el patio interior, que Godefroid no pudo ver de noche.

—¿Quién vivía aquí? —preguntó Godefroid al sacerdote.

—Un antiguo consejero del Parlamento, tío-abuelo de la señora, un tal señor de Boisfrelon. En plena chochez desde la Revolución, el pobre viejo murió en 1832, a los noventa y seis años, y la señora no se decidió de momento a poner aquí a un extraño, pero no puede mantener por más tiempo una habitación que nada le produce.

—¡Oh! La señora hará limpiar el piso y lo amueblará de una manera completamente satisfactoria para el señor —repuso Manon.

—Eso dependerá de las condiciones que estipulen —observó el sacerdote—. Aquí

tendréis una hermosa sala, un gran dormitorio y un gabinete; además, las dos pequeñas habitaciones que forman ángulo con el patio pueden hacer un hermoso cuarto de trabajo. Ésta es la distribución de mi apartamento, que se halla debajo de éste, y del que está situado encima.

—Sí —dijo Manon—, el piso del señor Alain es exactamente como el vuestro, pero tiene la vista de la torre.

—Creo que convendría volver a ver el piso y la casa de día —contestó tímidamente Godefroid.

—Es posible —añadió Manon.

El sacerdote y Godefroid descendieron, dejando que la sirvienta cerrase las puertas. Luego, ésta se les unió para alumbrarles.

X. PERSONAJES SINGULARES

Al volver al salón, Godefroid, más aguerrido, pudo examinar los seres, las personas y las cosas, mientras hablaba con la señora de La Chanterie.

Aquel salón tenía en las ventanas unas cortinillas de viejo lampatán rojo con lambrequines, levantadas por cordones de seda. Las baldosas rojas bordeaban una alfombra de vieja tapicería, demasiado pequeña para cubrir todo el piso. El enmaderado se hallaba pintado de gris, y el techo dividido en dos partes por una viga maestra que partía de la chimenea, parecía una tardía concesión al lujo. Los sillones, de madera pintada de blanco, estaban guarnecidos con tapicería. Un mezquino reloj de péndulo adornaba la repisa de la chimenea entre dos candelabros de cobre dorado. La señora de La Chanterie tenía a su lado una vieja mesa con patas de extremos hendidos, sobre la que estaban sus ovillos de lana en un cesto de mimbre. Una lámpara hidrostática iluminaba esta escena.

Los cuatro hombres sentados, fijos, inmóviles y silenciosos como bonzos, interrumpieron sin duda su conversación, lo mismo que la señora de La Chanterie, al oír volver al extranjero. Todos tenían caras frías y discretas, que armonizaban con el salón, la casa y el barrio. La señora de La Chanterie convino en que las observaciones de Godefroid eran justas, y le respondió que no quería hacer nada antes de conocer las intenciones de su inquilino, o mejor dicho, de su huésped. Si el inquilino se acomodaba a las costumbres de su casa, debía convertirse en su huésped, y estas costumbres diferían tanto de las de París... En la calle Chanoinesse se vivía como en provincias: había que volver a casa antes de las diez, sus moradores aborrecían el ruido y no querían allí mujeres ni niños para no alterar en lo posible los hábitos adquiridos. Solamente un eclesiástico podría contentarse con aquel régimen. La señora de La Chanterie deseaba sobre todo una persona de vida modesta y sin exigencias, pues ella sólo podía poner lo estrictamente imprescindible en la vivienda. Por lo demás, el señor Alain (e indicó a uno de los cuatro asistentes) estaba contento, y ella trataría a su nuevo inquilino como a los antiguos.

—Yo no creo —terció entonces el sacerdote— que este señor esté dispuesto a ingresar en nuestro convento.

—¿Y por qué no? —dijo el señor Alain—. Nosotros vivimos muy bien en él, y no nos encontramos mal aquí.

—Señora —repuso Godefroid levantándose—, tendré el honor de volver a veros mañana.

Aunque se trataba de un joven, los cuatro ancianos y la señora de La Chanterie se levantaron, y el vicario le acompañó hasta la escalinata. Sonó un silbato. Al oír esta señal, el portero, provisto de una linterna, vino en busca de Godefroid, para acompañarle hasta la calle y volver a cerrar la enorme puerta amarillenta, pesada como la de una cárcel y decorada con arabescos de cerrajería, que se remontaban a una época difícil de determinar.

XI. LA CASA MONGENOD

Cuando Godefroid tomó un cabriolé y regresó a las regiones del París viviente, iluminado y cálido, todo cuanto acababa de ver le pareció como un sueño, y sus impresiones, cuando pasó por el bulevar de los Italianos, ya eran remotas como un recuerdo. Y se preguntó:

«¿Volveré mañana a encontrar a esas gentes?...».

Al día siguiente, al levantarse en medio de las decoraciones del lujo moderno y de los refinamientos del *confort* inglés, Godefroid recordó todos los detalles de su visita al claustro de Nôtre-Dame, y volvió a encontrar en su espíritu el sentido de las cosas que había visto. Los cuatro desconocidos, cuyo porte, actitud y silencio actuaban aún sobre él, debían ser huéspedes, lo mismo que el sacerdote. Le pareció que la solemnidad de la señora de La Chanterie provenía de la dignidad secreta con que sobrellevaba grandes desdichas. Pero a pesar de las explicaciones que se daba a sí mismo, Godefroid no podía por menos de encontrar un aspecto misterioso en aquellas discretas figuras. Eligió con la mirada los muebles que podía conservar como indispensables, pero al transportarlos con el pensamiento a la horrible vivienda de la calle Chanoinesse, se echó a reír ante el contraste que harían en aquella casa, y resolvió venderlo todo para liberar sus deudas hasta donde alcanzara, dejando que la señora de La Chanterie le amueblase el piso. Necesitaba iniciar una vida nueva, y los objetos que pudieran recordarle su antigua situación serían de mal ver. En sus deseos de transformarse, pues pertenecía a esos caracteres que del primer salto llegan muy lejos en una situación, en vez de ir paso a paso como hacen otros, se vio dominado por una idea durante el almuerzo: quiso liquidar su fortuna, pagar sus deudas y colocar el resto de su capital en la casa de banca con la que su padre había tenido relaciones.

Esta casa bancaria era la casa Mongenod y compañía, establecida en París desde 1816 o 1817, cuya reputación y honradez no sufrió jamás menoscabo alguno en medio de la depravación comercial de que eran víctimas en mayor o menor grado algunas empresas de París. Así, pese a sus inmensas riquezas, las casas Nucingen y del Tillet, Keller hermanos, Palma y compañía, están empeñadas por secreta desestimación, o si el lector lo prefiere, de la que sólo se susurra al oído. Medios repulsivos dieron buenos resultados, los éxitos políticos y los principios dinásticos cubrían tan a la perfección aquellos orígenes, que ya nadie piensa, en 1834, en el fango que alimenta las raíces de estos árboles majestuosos, sostén del Estado. Sin embargo, no había ni uno solo de aquellos banqueros para quienes el elogio de la casa Mongenod no constituyese una herida. Al estilo de los banqueros ingleses, la casa Mongenod no hace exhibición de ningún lujo externo, en ella se vive en profundo silencio, todos se contentan con efectuar las operaciones bancarias con una prudencia, sabiduría y lealtad que le permiten operar con seguridad del uno al otro extremo del mundo.

El jefe actual, Federico Mongenod, es cuñado del vizconde de Fontaine. Por consiguiente, esta numerosa familia está aliada a través del varón de Fontaine con el señor Grossetête, recaudador general, hermano de los Grossetête y compañía de Limoges, con los Vandenesse y con Planat de Baudry, otro recaudador general. Este parentesco, después de haber valido al difunto Mongenod padre grandes favores en las operaciones financieras efectuadas durante la Restauración, le otorgó la confianza de las primeras familias de la antigua nobleza, que colocaban en esta banca sus capitales y sus inmensos ahorros. Lejos de ambicionar la dignidad de par, como los Keller, los Nucingen y los del Tillet, los Mongenod permanecían alejados de la política y sólo sabían de ella lo que debe saber la banca.

La casa Mongenod se halla establecida en un magnífico hotel situado, entre patio y jardín, en la calle de la Victoire, donde habitan la señora Mongenod madre y sus dos hijos, los tres asociados. A la señora vizcondesa de Fontaine le fue reembolsado su capital a la muerte de Mongenod padre, acaecida en 1827. Federico Mongenod, joven apuesto de treinta y cinco años, de un trato frío, silencioso, reservado como un ginebrino y atildado como un inglés, adquirió junto a su padre las cualidades necesarias para su difícil profesión. Más instruido que lo que acostumbran a estar los banqueros, de su educación formaron parte los conocimientos universales que constituyen la enseñanza politécnica; pero como muchos banqueros, tenía una predilección, una afición ajena a su actividad profesional: le gustaban la mecánica y la química. El menor de los Mongenod, diez años más joven que Federico, ocupaba en el despacho de su hermano mayor la misma situación que un primer pasante respecto a su notario o procurador; Federico le formaba, del mismo modo que a él le formó su padre, inculcándole todos los conocimientos del auténtico banquero, el cual es al dinero lo que el escritor a las ideas: ambos deben saberlo todo.

XII. ENCUENTRO SINGULAR

Al dar su nombre de familia, Godefroid pudo constatar la estima en que tenían a su padre, pues le fue posible atravesar las oficinas hasta el despacho del propio Mongenod. Aquel despacho tenía únicamente puertas vidrieras, de manera que, pese a su deseo de no escuchar, Godefroid escuchó la conversación que allí se sostenía.

—Señora, vuestra cuenta se eleva a un millón seiscientos mil francos, tanto en el debe como en el haber —decía el menor de los Mongenod—. No sé cuáles son las intenciones de mi hermano, y él es el único que sabe si será posible hacer un adelanto de cien mil francos... Os ha faltado prudencia... No hay que confiar un millón seiscientos mil francos al comercio...

—No hables tan alto, Luis —dijo una voz de mujer—. Tu hermano te recomendó que hablastes siempre en voz baja. Puede haber gente en el saloncito de al lado.

Federico Mongenod abrió en aquel momento la puerta de comunicación entre sus habitaciones y su gabinete, distinguió a Godefroid y atravesó su despacho, saludando con respeto a la persona que hablaba con su hermano.

—¿Con quién tengo el honor?... —dijo a Godefroid, a quien había hecho pasar primero.

Cuando éste se dio a conocer, Federico le invitó a tomar asiento, y, mientras el banquero abría su escritorio, Luis Mongenod y una dama, que no era otra sino la señora de La Chanterie, se levantaron y acercáronse a Federico. Los tres se situaron en el hueco de una ventana para hablar en voz baja con la señora Mongenod madre, a quien confiaban todos los asuntos. Desde hacía treinta años aquella mujer había dado, a su marido primero y después a sus hijos, unas pruebas de capacidad que hicieron de ella un socio-gerente, pues tenía firma. Godefroid vio en un clasificador diversos cartones con la etiqueta de: «Asuntos de La Chanterie», numerados del 1 al 7. Cuando la conferencia terminó con una frase del banquero a su hermano: «Bien, pasa por caja», se volvió la señora de La Chanterie, vio a Godefroid, contuvo un gesto de sorpresa e hizo en voz baja varias preguntas a Mongenod, quien respondió en pocas palabras con el mismo tono de voz.

La señora de La Chanterie llevaba unos zapatitos de endrina negra, con medias de seda gris; lucía el mismo vestido de la víspera y permanecía envuelta en la *baute* veneciana, una especie de manteleta que volvía a estar de moda. Llevaba también un capote de seda verde, llamado *de la buena mujer*, forrado de seda blanca, y el rostro encuadrado por oleadas de encajes. Permanecía derecha en una actitud que revelaba si no un elevado nacimiento, al menos las costumbres de una vida aristocrática. Sin su excesiva afabilidad, quizás hubiera parecido llena de altivez. En fin, estaba imponente.

—Más que una casualidad parece una orden de la Providencia lo que nos reúne aquí, caballero —dijo a Godefroid—, pues casi estaba decidida a rechazar a un huésped cuyas costumbres no me parecían adecuadas para mi casa, pero el señor

Mongenod acaba de darme unos informes sobre vuestra familia que me...

—¡Oh, señora!... Caballero —interrumpió Godefroid dirigiéndose simultáneamente a la señora de La Chanterie y al banquero—, ya no tengo familia y venía a pedir un consejo financiero al antiguo banquero de mi padre, para armonizar mi fortuna con mi nuevo género de vida.

Godefroid explicó en pocas palabras su historia, expresando su deseo de cambiar de existencia.

—En otros tiempos —añadió—, un hombre en mi situación se habría hecho monje, pero ahora ya no tenemos órdenes religiosas...

—Id a casa de la señora, si ella está dispuesta a aceptaros como huésped —dijo Federico Mongenod después de cambiar una mirada con la señora de La Chanterie—, y no vendáis vuestras rentas, dejádmelas. Dadme nota exacta de vuestras obligaciones, asignaré fechas de pago para vuestros acreedores y dispondréis de unos ciento cincuenta francos al mes. Harán falta dos años para saldar vuestras deudas. Durante estos dos años, allí tendréis tiempo de sobra para pensar en una carrera, sobre todo entre las paredes con quienes viviréis, que son discretas y prudentes.

Luis Mongenod llegó con cien billetes de mil francos en la mano, que entregó a la señora de La Chanterie. Godefroid ofreció la mano a su futura patrona y la acompañó a su coche de punto.

—Así, pues, hasta pronto, caballero —dijo ella con afectuoso tono de voz.

—¿A qué hora estaréis en casa, señora? —preguntó Godefroid.

—Dentro de dos horas.

—Tengo tiempo de vender mi mobiliario —murmuró él al despedirse.

XIII. EL ADIÓS A LA VIDA MUNDANA

Durante el tiempo relativamente breve en que sostuvo el brazo de la señora de La Chanterie encima del suyo y ambos anduvieron juntos, Godefroid no pudo disipar la aureola que las palabras: «Vuestra cuenta asciende a un millón seiscientos mil francos», pronunciadas por Luis Mongenod, creaban en torno a aquella mujer, cuya vida transcurría en el fondo del claustro de Nôtre-Dame. Pensar que aquella mujer debía ser rica, cambiaba totalmente su manera de ver las cosas.

«¿Qué edad puede tener?», se preguntó.

Y entrevió una novela con su estancia en la calle Chanoinesse.

«¡Tiene aspecto noble! ¿Se ocupa tal vez de cuestiones bancarias?», se dijo para su fuero interno.

En nuestra época, de mil jóvenes en la situación de Godefroid, novecientos noventa y nueve hubieran pensado en casarse con aquella mujer.

Un mueblista, que también era un poco tapicero y se dedicaba principalmente a alquilar pisos amueblados, dio tres mil francos por todo lo que Godefroid quería vender, dejándose aún durante los días necesarios para el arreglo del horrible piso de la calle Chanoinesse, al que aquel enfermo del espíritu no tardó en mudarse. Hizo venir a un pintor, cuyas señas le proporcionó la señora de La Chanterie y que, por una módica suma, se comprometió, en el plazo de una semana, a encalarle los techos, limpiar las ventanas, pintar todo el enmaderado de madera de *Spa* y dar color a las baldosas. Godefroid midió las habitaciones para poner en todas ellas la misma alfombra, una alfombra verde del género más barato. Quería que reinase la más sencilla uniformidad en aquella celda. La señora de La Chanterie aprobó la idea. Calculó, con ayuda de Manon, el calicó blanco que hacía falta para las ventanas y cortinas de una modesta cama de hierro; después ella se encargó de hacerlo comprar y confeccionar por un precio tan módico, que sorprendió a Godefroid. Con los muebles que él ponía, su apartamento restaurado no le costaría más de seiscientos francos.

«Así podré entregar alrededor de mil francos al señor Mongenod», pensó Godefroid.

—Aquí llevamos —le dijo entonces la señora de La Chanterie— una vida cristiana que, como sabéis, armoniza mal con un exceso de cosas superfluas, y creo que todavía conserváis demasiadas de esas cosas.

Al dar este consejo a su futuro huésped, miró un diamante que brillaba en el pasador de la corbata azul de Godefroid.

—Yo sólo os hablo de eso —prosiguió ella—, al ver que tenéis intención de romper con la vida disipada de que os quejasteis al señor Mongenod.

Godefroid contemplaba a la señora de La Chanterie, saboreando las armonías de una voz limpia; examinaba aquel rostro completamente blanco, digno de una de esas holandesas graves y frías que el pincel de la escuela flamenca reprodujo con tal

perfección, y en los que las arrugas son imposibles.

«¡Blanca y gorda! —se dijo al salir—. Pero tiene bastantes cabellos blancos...».

Godefroid, como todas las naturalezas débiles, se hizo fácilmente a la idea de una nueva vida, que consideraba completamente dichosa, y tenía prisa por ir a la calle Chanoinesse; sin embargo, tuvo un pensamiento prudente, o receloso, si lo prefiere el lector. Dos días antes de instalarse allí, volvió al Banco del señor Mongenod, para procurarse algunos informes acerca de la casa en que iba a entrar. Durante los breves instantes que pasaba en su futuro alojamiento para examinar los cambios que se hacían en él, observó las idas y venidas de muchas personas cuyo porte y expresión, sin ser misteriosos, daban pie para creer en el ejercicio de alguna profesión y en ocupaciones secretas por parte de los habitantes de la casa. Por aquella época, daban mucho que hablar las tentativas de la rama mayor de la Casa de Borbón para recuperar el trono, y Godefroid creyó hallarse en presencia de alguna conspiración. Cuando se encontró en el despacho del banquero y bajo su mirada escrutadora, al exponer su demanda, casi se avergonzó, cuando vio una sonrisa sardónica dibujarse en los labios de Federico Mongenod.

—La señora baronesa de La Chanterie —respondió el banquero— es uno de los personajes más oscuros de París, pero también uno de los más honorables. ¿Tenéis acaso algún motivo para pedirme estos informes?

Godefroid contestó con banalidades: que iba a vivir mucho tiempo con unos extraños, que deseaba saber con quienes se trataban, etc. Pero la sonrisa del banquero se hacía cada vez más irónica y Godefroid, cuyo embarazo aumentaba por momentos, experimentó la vergüenza de aquella gestión sin sacar de ella ningún provecho, pues ya no se atrevió a hacer más preguntas sobre la señora de La Chanterie ni sobre sus huéspedes.

Pasados dos días, un lunes al anochecer, después de cenar por última vez en el *Café Anglais* y de ver las dos primeras piezas en el Teatro de las Variedades, fue a dormir a las diez en la calle Chanoinesse, donde Manon le acompañó a sus habitaciones.

XIV. DE LA VIDA CONVENTUAL

La soledad tiene un encanto comparable al de la vida salvaje, que ningún europeo abandona después de haberla saboreado. Esto puede parecer extraño en una época en que todos viven tanto para el prójimo que todo el mundo se preocupa por los demás, y en que la vida privada pronto dejará de existir, pues hasta tal punto los ojos del periódico, argos moderno, se vuelven cada vez más atrevidos y ávidos; sin embargo, esta proposición se apoya en la autoridad de los seis primeros siglos del Cristianismo, durante los cuales ningún solitario volvió al seno de la vida social. Son pocas las heridas morales que la soledad no pueda curar. Así, Godefroid no tardó en sentirse cautivado por la calma profunda y el silencio absoluto de su nueva morada, de igual modo que un viajero fatigado descansa y se solaza en un baño.

Al día siguiente al de su instalación en casa de la señora de La Chanterie, se vio obligado a hacer examen de conciencia, al encontrarse separado de todo, incluso de París, a pesar de que aún estaba a la sombra de la catedral. Desarmado allí de todas las vanidades sociales, pronto no tendría otros testigos de sus actos que su conciencia y los huéspedes de la señora de La Chanterie. Aquello era abandonar el anchuroso camino del mundo para meterse por un sendero desconocido, pero... ¿adónde le conduciría aquel sendero? ¿A qué ocupación iría a consagrarse?

Estaba sumido desde hacía dos horas en estas reflexiones, cuando Manon, la única sirvienta de la casa, llamó a su puerta para decirle que el segundo almuerzo estaba servido y le esperaban. Dieron las doce. El nuevo huésped descendió al punto, impulsado por el deseo de conocer a las cinco personas entre las cuales iba a transcurrir su vida desde entonces. Al entrar en el salón, vio a todos los ocupantes de la casa de pie y vestidos como el día en que vino a pedir informes.

—¿Habéis dormido bien?... —le preguntó la señora de La Chanterie.

—Me he despertado a las diez —respondió Godefroid saludando a los cuatro comensales, que le devolvieron el saludo con gravedad.

—Ya suponíamos que ocurriría así —dijo sonriendo el anciano llamado Alain.

—Manon me ha mencionado un segundo almuerzo —repuso Godefroid—. Parece ser que, sin saberlo, ya he faltado a la regla... ¿A qué hora os levantáis?

—Desde luego, no nos levantamos como los antiguos frailes —respondió donosamente la señora de La Chanterie—, sino como los obreros... a las seis en invierno, y a las tres y media en verano. También nos acostamos con el sol. A las nueve ya dormimos en invierno, y a las once en verano. Todos tomamos un poco de leche que nos envían de nuestra granja, después de rezar nuestras oraciones, salvo el señor abate de Vèze, que dice la primera misa, la de las seis en verano y la de las siete en invierno, en Nôtre-Dame, a la que estos caballeros asisten todos los días, así como vuestra humilde servidora.

La señora de La Chanterie terminó esta explicación sentada a la mesa, ante la que también se sentaron sus cinco huéspedes.

El comedor, pintado completamente de gris y adornado con enmaderados cuyos dibujos revelaban el gusto del siglo de Luis XIV, era contiguo a aquella especie de antecámara en la que permanecía Manon, y parecía estar situado paralelamente a la habitación de la señora de La Chanterie, que sin duda comunicaba con el salón. Aquel aposento no tenía más adorno que un viejo reloj con marco aplicado a la pared. El mobiliario consistía en seis sillas cuyo respaldo de forma ovalada mostraba una tapicería sin duda obra de la propia señora de La Chanterie, con dos aparadores y una mesa de caoba, en la que Manon no ponía el mantel para el almuerzo. Aquella colación, de una frugalidad monástica, se componía de un pequeño rodaballo acompañado de una salsa blanca, patatas, una ensalada y cuatro platos con fruta: melocotones, uva, fresas y almendras frescas; luego, entremeses, miel con un pastelillo, como en Suiza, mantequilla y rábanos, cohombros y sardinas. El almuerzo se servía en esa porcelana floreada con acianos y hojas verdes y menudas que sin duda fue un gran lujo en tiempos de Luis XVI, pero que las crecientes exigencias de la vida actual ha hecho vulgar.

—Hoy comemos de vigilia —dijo Alain—. Ya debéis suponer que, si vamos a misa todas las mañanas, cumplimos ciegamente todas las prácticas de la Iglesia, incluido las más severas.

—Y vos empezaréis por imitarnos —añadió la señora de La Chanterie mirando de soslayo a Godefroid, al que había sentado a su lado.

XV. QUIÉNES ERAN LOS HUÉSPEDES DE LA SEÑORA DE LA CHANTERIE

De los cinco comensales, Godefroid ya conocía los nombres de la señora de La Chanterie, del abate de Vèze y de Alain; pero le faltaba saber el nombre de los otros dos personajes. Éstos guardaban silencio mientras comían con aquella atención que los religiosos parecen prestar a los más pequeños detalles de sus comidas.

—¿También procede de vuestra granja esta hermosa fruta, señora? —preguntó Godefroid.

—Sí, señor —respondió ella—. Tenemos nuestra pequeña granja-modelo, exactamente como el Gobierno; es nuestra casa de campo, situada a tres leguas de aquí, en la carretera de Italia, cerca de Villeneuve-Saint-Georges.

—Es una finca que nos pertenece a todos y que será para el último que sobreviva —observó el viejo Alain.

—¡Oh! No es nada considerable —añadió la señora de La Chanterie, como si temiese que Godefroid pudiera considerar aquella declaración como un cebo.

—Hay treinta fanegas de tierras de labor —hizo saber uno de los dos personajes desconocidos para Godefroid—, seis de prados y un cercado de cuatro fanegas en cuyo centro se encuentra nuestra casa, que está precedida por la alquería.

—Esa propiedad —repuso Godefroid— debe valer más de cien mil francos.

—¡Oh! Nosotros sólo sacamos de ella nuestras provisiones —respondió el mismo personaje.

Era un hombre alto, enteco y grave. A primera vista, parecía haber servido en el ejército; sus canas decían bien a las claras que tenía sesenta años cumplidos, y su cara revelaba violentos pesares contenidos por la religión.

El segundo desconocido, que parecía ser una mezcla de maestro de retórica y hombre de negocios, era de talla normal, obeso pero sin embargo ágil; su cara ofrecía las apariencias de jovialidad propia de los notarios y procuradores de París.

La vestimenta de aquellos cuatro personajes denotaba el fenómeno de la pulcritud debida a cuidados egoístas. Se reconocía la misma mano, la de Manon, en los menores detalles. Sus trajes quizá tuvieran diez años, y se conservaban como se conservan las sotanas de los curas, por el poder oculto de la sirvienta y de un uso constante. Aquellas personas llevaban en cierto modo la librea de un sistema de existencia; todos compartían el mismo pensamiento, sus miradas decían lo mismo y sus caras respiraban una dulce resignación una quietud provocativa.

—¿Es pecar de indiscreto, señora —dijo Godefroid—, preguntar el nombre de estos caballeros? Yo estoy dispuesto a contarles mi vida. ¿No puedo saber de la suya lo que las conveniencias permiten saber?

—El señor —respondió ella indicando al hombre alto y flaco—, se llama Nicolás; es coronel de gendarmería retirado con el grado de mariscal. El señor —agregó

señalando al hombrecillo obeso—, es un antiguo consejero del Tribunal real de París, que se retiró de la magistratura en agosto de 1830; su nombre es José. Aunque sólo estáis aquí desde ayer, os diré que, en el mundo, Nicolás llevaba el nombre de marqués de Montauran, y José el de Lecamus, barón de Tresnes, pero, tanto para nosotros como para todo el mundo, esos títulos ya no existen, estos caballeros no tienen herederos, se adelantan al olvido que espera a su linaje, y son sencillamente Nicolás y José, como vos seréis Godefroid.

Al oír pronunciar aquellos dos títulos, uno de ellos tan célebre en los fastos del realismo por la catástrofe con que acabó el levantamiento de los chuans al principio del Consulado, y el otro tan venerado en los anales del viejo Parlamento de París, Godefroid no pudo contener un estremecimiento, pero al mirar aquellas ruinas de las dos cosas más grandes de la monarquía caída, la Nobleza y la Toga, no percibió ninguna inflexión en los rasgos, ningún cambio de fisonomía que revelase en ellos un pensamiento mundano. Estos dos hombres ya no se acordaban o no querían recordar lo que habían sido. Lo que fue una primera lección para Godefroid.

—Cada uno de vuestros títulos, caballeros, es toda una historia —les dijo respetuosamente.

—¡La historia de nuestro tiempo —respondió José—, ruinas!

—Estáis en buena compañía —añadió sonriendo Alain.

Para pintar a éste bastarán dos palabras: era el pequeño burgués de París, un buen burgués de cara de ternero realzada por cabellos blancos, pero que una sonrisa eterna hacía empalagosa.

En cuanto al sacerdote, el abate de Vèze, su ministerio lo decía todo. El sacerdote que cumple su misión se conoce por la primera mirada que nos dirige o que le dirigimos.

XVI. LOS MISTERIOS DEL CLAUSTRO

Lo que más impresionó a Godefroid durante los primeros momentos, fue el profundo respeto que los cuatro huéspedes demostraban a la señora de La Chanterie; todos parecían hallarse ante una reina, incluso el sacerdote, a pesar del carácter sacro que le conferían sus funciones. Godefroid observó la sobriedad de todos los invitados. Era evidente que sólo comían para alimentarse. La señora de La Chanterie tomó, como todos sus comensales, un solo melocotón y medio racimo de uva; pero dijo a su nuevo huésped que no imitase aquella frugalidad, ofreciéndole sucesivamente los demás platos.

Los curiosidad de Godefroid se vio avivada en grado sumo por aquel comienzo. Después de comer y cuando volvieron al salón, le dejaron solo, y la señora de La Chanterie fue a celebrar un pequeño conciliábulo secreto en el hueco de una de las ventanas con los cuatros amigos. Aquella conferencia, verificada sin ninguna animación, duró cerca de media hora. Hablaban en voz baja, cambiando palabras que todos parecían haber madurado. De vez en cuando, Alain y José consultaban un carnet, hojeándolo.

—Visitad el arrabal —dijo la señora de La Chanterie a Nicolás, que se iba.

Fueron las primeras palabras que Godefroid pudo captar.

—Y vos el barrio de Saint-Marceau —repuso ella dirigiéndose a José—. Recorred el arrabal de Saint-Germain y tratad de encontrar lo que nos hace falta —añadió mirando al abate de Vèze, que salió en seguida.

—En cuanto a vos, mi querido Alain —dijo sonriendo a este último—, pasad revista... Ya están resueltos los asuntos de hoy —añadió, volviendo junto a Godefroid.

Y se sentó en su sillón, tomando de una mesita que tenía ante ella ropa blanca cortada, que se puso a coser, como si sólo le importasen sus labores.

Godefroid, sumido en conjeturas y creyendo en una conspiración realista, tomó la frase de su patrona por una franqueza y se sentó a su lado, para estudiarla. Le impresionó la singular habilidad con que trabajaba aquella mujer, en quien todo revelaba a la gran dama; movía los dedos con una maestría de obrero, pues todo el mundo puede reconocer, por ciertos movimientos, la manera de trabajar del obrero y diferenciarlo del aficionado.

—Trabajáis como si conocieseis este oficio... —le dijo Godefroid.

—¡Ay! —respondió ella sin alzar la cabeza—. ¡Antes lo hice por necesidad!...

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de aquella mujer madura, cayendo de la parte inferior de sus mejillas sobre la ropa blanca que sostenía.

—¡Perdonadme, señora! —exclamó Godefroid.

La señora de La Chanterie miró a su nuevo huésped y vio en su semblante tal expresión de pesar, que le hizo un signo amistoso.

XVII. UNA PRIMERA CONVERSACIÓN

Después de haberse enjugado los ojos, ella no tardó en recuperar la calma que caracterizaba a su cara más enfriada que fría.

—Vos, Godefroid, pues ya sabéis que únicamente os llamaremos por vuestro nombre de pila, estáis aquí en medio de los restos de una gran tempestad. Todos estamos magullados y heridos en nuestros corazones, en nuestros intereses de familia o en nuestras fortunas por ese huracán de cuarenta años que derribó la monarquía, la religión y dispersó los elementos de lo que constituía la vieja Francia. Palabras indiferentes en apariencia nos hieren a todos, y esta es la razón del silencio que reina aquí. Apenas hablamos de nosotros; nos hemos olvidado de nuestra propia existencia y hemos encontrado el medio de sustituir nuestra vida por otra. Y como creí, por la confianza que hicisteis en casa de Mongenod, que había cierta semejanza entre vuestra situación y la nuestra, decidí a mis cuatro amigos a recibirlos entre nosotros; por lo demás, teníamos necesidad de encontrar otro fraile para nuestro convento. Pero ¿qué vais a hacer? No se puede abordar la soledad sin provisiones morales.

—Señora, sería muy dichoso, al oírlos hablar así, de ver que os convertís en el árbitro de mi destino.

—Habíais como un hombre de mundo —respondió ella—, y tratáis de halagarme... ¡A mí, mujer de setenta años!... Hijo mío —prosiguió—, debéis saber que estáis entre personas que creen profundamente en Dios, que han notado su mano, y que se han entregado a Él de una manera total, casi como los trapenses. ¿Habéis observado la profunda seguridad del verdadero sacerdote, cuando se entrega al Señor, cuando escucha su voz y se esfuerza por ser un instrumento dócil en manos de la Providencia?... He renunciado a la vanidad, al amor propio, a todo cuanto causa heridas continuas a las personas mundanas; su quietud es igual a la del fatalista, su resignación le hace soportarlo todo. El verdadero sacerdote, un abate de Vèze, es entonces como un niño con su madre, pues la Iglesia, mi querido señor, es una buena madre. Pues bien, es posible hacerse sacerdote sin tonsura, no todos los sacerdotes están en las órdenes religiosas. Consagrarse al bien es imitar al buen sacerdote, es obedecer a Dios. No os estoy sermoneando, no pretendo convertirlos; sólo quiero explicaros nuestra vida.

—Instruidme, señora —dijo Godefroid subyugado—, que yo no falte a ningún artículo de vuestra regla.

—Sería trabajo excesivo, la aprenderéis gradualmente. Ante todo, no habléis nunca aquí de vuestros infortunios, que son niñerías comparados con las terribles catástrofes con que Dios fulminó a aquéllos con quienes estáis en este momento...

Al hablar así, la señora de La Chanterie seguía haciendo punto con una regularidad desesperante, pero de pronto levantó la cabeza y miró a Godefroid, para encontrarle embelesado por la penetrante dulzura de su voz, que, preciso es decirlo, poseía una unción apostólica. El joven enfermo contemplaba con admiración el

fenómeno por cierto extraordinario que presentaba aquella mujer, cuyo semblante resplandecía. Unas tonalidades rosadas se difundieron por sus mejillas de un blanco de cirio, le brillaban los ojos, la juventud del alma animaba sus ligeras arrugas, que incluso eran graciosas, y todo en ella solicitaba el afecto. Godefroid medía en aquellos instantes la profundidad del abismo que separaba a esta mujer de los sentimientos vulgares, veía que había alcanzado una cumbre inaccesible con ayuda de la religión y era aún demasiado mundano para no sentirse aguijoneado en lo vivo, para no desear descender en aquel foso, y escalar la aguda cima en la que se alzaba la señora de La Chanterie, para estar a su lado. Al entregarse a un estudio profundo de aquella mujer, le refirió las decepciones de su vida y todo lo que no había podido decir en el despacho de Mongenod, donde su confidencia se limitó a exponer su situación.

—¡Pobre hijo mío!...

Esta exclamación maternal, brotada de los labios de aquella mujer, cayó como un bálsamo sobre el corazón del joven.

—¿Con qué puedo sustituir tantas esperanzas frustradas, tanto afecto traicionado? —preguntó finalmente mirando a su patrona, que había asumido una expresión soñadora—. He venido aquí —prosiguió—, para reflexionar y tomar un partido. Perdí a mi madre. Reemplazadla...

—¿Seréis obediente como un hijo?...

—Desde luego, si tenéis toda la ternura que inspira la obediencia.

—Bien, lo intentaremos —replicó ella.

Godefroid tendió la mano para tomar una de las de su patrona, quien se la ofreció adivinando su intención, y se la llevó respetuosamente a los labios. La mano de la señora de La Chanterie era admirablemente bella, sin arrugas, ni gruesa ni delgada, blanca hasta el punto que hubiera causado envidia a una joven, y tan suave y torneada, que un escultor la hubiera deseado copiar. Godefroid admiró aquellas manos, al encontrarlas en armonía con la dulzura de la voz y el azul celeste de la mirada.

—Quedaos aquí —dijo la señora de La Chanterie, levantándose para volver a sus habitaciones.

Godefroid experimentó la más viva emoción, sin saber a qué orden de ideas debía atribuir el movimiento de aquella mujer.

XVIII. EL REGALO DE UNA MUJER PIADOSA

No permaneció mucho tiempo sumido en su perplejidad, pues ella regresó con un libro en la mano.

—He aquí, mi querido hijo, las ordenanzas de un gran médico de almas —le dijo—. Cuando las cosas de la vida ordinaria no nos proporcionan la felicidad que pretendemos, hay que buscarla en la vida superior, y ésta es la llave que abre las puertas de un nuevo mundo. Leed, durante la noche y por la mañana, un capítulo de este libro, pero leedlo con la máxima atención, estudiad las palabras como si se tratase de una lengua extranjera... Al cabo de un mes seréis otro hombre. Desde hace veinte años leo un capítulo todos los días, y mis tres amigos, Nicolás, Alain y José, cumplen también este precepto con la misma puntualidad con que se acuestan y se levantan; imitadles por el amor de Dios, por el amor de mí —dijo con una serenidad divina, con una augusta confianza.

Godefroid dio la vuelta al libro y leyó en el lomo, en letras de oro: «Imitación de Jesucristo». La ingenuidad de aquella anciana, su candor juvenil, su certeza de obrar bien confundieron al ex *dandy*. La señora de La Chanterie tenía exactamente la misma actitud jubilosa de una mujer que ofreciese cien mil francos a un negociante a punto de quebrar.

—Lo he utilizado durante veintiséis años —añadió—. ¡Quera Dios que este libro sea contagioso! Id a comprar otro ejemplar, pues es la hora de que vengan unas personas que no deben ser vistas...

Godefroid se despidió de la señora de La Chanterie y subió a su habitación, donde tiró el libro sobre la mesa exclamando:

—¡Pobre vieja!... ¡Bah!...

XIX. INFLUENCIA DE LOS LIBROS

El libro, como todos los libros leídos con frecuencia, se abrió por un lugar determinado. Godefroid se sentó como si quisiera ordenar sus ideas, pues había experimentado más emociones en el transcurso de aquella mañana, que durante los meses más agitados de su vida, y su curiosidad, en particular, nunca se había visto tan vivamente excitada. Hojeando el libro al azar, como suelen hacer las personas cuya alma está sumida en la meditación, contempló maquinalmente las dos páginas por donde se había abierto el libro, y leyó, a pesar suyo, el siguiente título:

CAPÍTULO XII^[1]

Del camino real de la Santa Cruz

¡Y tomó el libro! Y esta frase de aquel hermoso capítulo, cautivó su mirada como si resplandeciese.

Él vino primero y llevó su cruz, y murió en la cruz por ti, porque tú también la llevas y deseas morir en la cruz...

Ve donde quisieres, busca lo que quisieres; y no hallarás más alto camino en lo alto, ni más seguro abajo, que la senda de la santa cruz. Dispón y ordena todas las cosas según tu querer y parecer; y no hallarás sino que siempre has de padecer algo, de grado o por fuerza, y de este modo siempre hallarás cruz. Pues, o sentirás dolor en el cuerpo, o padecerás tribulación en el espíritu.

Unas veces te dejará Dios, y otras te perseguirá el prójimo; y lo peor es, que muchas veces te descontentarás de ti mismo. Y no podrás librarte ni aliviarte con ningún remedio ni consuelo; sino será preciso que sufras hasta cuando Dios quisiere. Pues quiere Dios que aprendas a sufrir la tribulación sin consuelo, y que te sujetes del todo a Él, y te hagas más humilde con la aflicción.

»¡Qué libro!, se dijo, hojeando aquel capítulo.

Y su atención fue atraída por estas palabras:

Cuando llegares a tanto, que la aflicción te sea dulce y gustosa por amor de Cristo, piensa entonces que te va bien, porque hallaste el paraíso en la tierra.

Importunado por aquella simplicidad, característica de la fuerza, y furioso al verse derrotado por aquel libro, lo cerró, pero encontró el siguiente consejo grabado en letras de oro en el tafilete verde de la cubierta:

¡NO BUSQUES MÁS QUE LO ETERNO!

«¿Y lo han encontrado aquí?», se preguntó.

XX. COMERCIO DE LA CASA LA CHANTERIE Y CÍA.

Salió para ir en busca de un ejemplar de lujo de la *Imitación de Jesucristo*, pensando que la señora de La Chanterie tenía que leer un capítulo por la noche. Bajó a la calle y permaneció durante unos instantes a dos pasos de la puerta, indeciso acerca del camino que debía seguir, y preguntándose dónde y en qué librería podría comprar el libro. Escuchó entonces el pesado rumor de la maciza puerta trasera que se cerraba.

Dos hombres salían del hotel de La Chanterie, pues si el lector se ha percatado bien del carácter que tenía esta vieja mansión, habrá reconocido el que distingue a los antiguos hoteles. Manon, al ir a llamar a Godefroid por la mañana, le preguntó cómo había pasado su primera noche en el hotel de La Chanterie, para mofarse sin duda. Godefroid siguió sin propósito preconcebido de espionaje a los dos hombres, que le tomaron por un transeúnte y que en aquellas calles desiertas, hablaban en voz suficientemente alta como para que él pudiese oír su conversación.

Los dos desconocidos regresaban por la calle Massillon, para pasar junto a Nôtre-Dame y atravesar la plaza que se extendía ante la iglesia.

—Como ves, amigo, es bastante fácil sacarles dinero... Hay que hablar como ellos... Eso es todo.

—Pero estamos en deuda.

—¿Con quién?

—Con esa señora...

—Ya querría yo verme demandado por ese carcamal, te aseguro que la...

—Sí, que la... Lo que harías sería pagarle...

—Tienes razón, ya que si pagase, luego tendría aún mucho más que hoy...

—¿No valdría más seguir sus consejos y hacer una buena inversión?...

—¡Ah, bah!

—Puesto que nos encontrarían arrendadores de fondos, ha dicho ella.

—Habría que dejar también esta vida...

—Esta vida me bastaría; no es propio de un hombre estar siempre metido entre los viñedos...

—Sí, pero el abate no aflojó la mosca el otro día al tío Marín; se lo negó todo.

—¡Ah, bah! El tío Marín quería hacer trapacerías que sólo pueden salir bien con los millonarios.

En aquel momento, aquellos dos hombres, cuyo porte indicaba que eran encargados de taller, volvieron bruscamente sobre sus pasos para dirigirse al barrio de la plaza Maubert por el puente del Hospital. Godefroid se distanció, pero, al verse seguidos tan de cerca por él, ambos cambiaron una mirada de desconfianza y sus semblantes expresaron contrariedad por haber hablado.

Godefroid sintió tanto mayor interés por aquella conversación, cuanto que la misma le recordó la escena del abate de Vèze y del obrero, el día de su primera visita. «¿Qué ocurre, pues, en casa de la señora de La Chanterie?», volvió a preguntarse.

XXI. LAS BROMAS DEL SEÑOR ALAIN

Meditando sobre esta cuestión, llegó hasta un librero de la calle Saint-Jacques y volvió con un ejemplar muy vistoso de la más bella edición que se ha hecho en Francia de la *Imitación de Jesucristo*. Regresando con paso lento para llegar a la hora exacta de la cena, evocaba las sensaciones experimentadas en el transcurso de aquella mañana, y sentía una gran frescura en el alma. Le dominaba una profunda curiosidad, mas ésta palidecía bajo un deseo inexplicable: se sentía atraído por la señora de La Chanterie, experimentaba un violento deseo de demostrarle su apego y abnegación, de agradecerle, de merecer sus elogios; experimentaba amor platónico, en fin, presentía unas grandezas inauditas en aquel alma, que quería conocer totalmente. Estaba impaciente por penetrar en los secretos de la existencia de aquellos buenos católicos. Por último, en esta pequeña reunión de fieles, la majestad de la religión practicada formaba una alianza tan perfecta con lo que la mujer francesa tiene de majestuoso, que resolvió hacer lo imposible por incorporarse a ella. Aquellos sentimientos hubieran sido muy efímeros en un parisién ocupado, pero Godefroid estaba, como hemos visto, en la situación de los naufragos que se agarran a las ramas más flexibles creyéndolas sólidas, y tenía un alma fatigada, labrada como una tierra dispuesta a recibir cualquier semilla.

Encontró a los cuatro amigos en el salón, y ofreció el libro a la señora de La Chanterie, diciéndole:

—No he querido privaros de él esta noche...

—¡Quiera Dios —respondió ella mirando el magnífico volumen—, que éste sea vuestro último acceso de elegancia!

Al ver que aquellos cuatro personajes habían reducido todos los detalles de su vestimenta a lo limpio y útil, al comprobar que este sistema se aplicaba rigurosamente a los menores detalles de la casa, Godefroid comprendió el valor de aquel reproche expresado con tanta gracia.

—Señora —dijo—, las personas a quienes habéis atendido esta mañana son unos monstruos; he escuchado sin querer lo que decían al salir de aquí, y expresaban la más negra ingratitud...

—Son los dos cerrajeros de la calle Mouffetard —indicó la señora de La Chanterie a Nicolás—. Esto os concierne...

—Los peces se salvan más de una vez antes de que los pesquen —respondió riendo Alain.

La perfecta insensibilidad de la señora de La Chanterie al enterarse de la ingratitud inmediata de las personas a quienes sin duda había dado dinero, sorprendió a Godefroid, que se quedó pensativo.

La cena resultó muy animada gracias a Alain y al antiguo consejero; pero el militar permaneció grave, triste y frío; llevaba en el rostro la huella imborrable de un amargo pesar, de un dolor eterno. La señora de La Chanterie tenía las mismas

atenciones hacia todos. Godefroid se sentía observado por aquellas personas cuya prudencia era igual a su piedad, su vanidad le hizo imitar su reserva, y midió cuidadosamente sus palabras.

XXII. UN SENTIMIENTO NUEVO AUNQUE MUY ANTIGUO

Este primer día había de ser mucho más animado que los siguientes. Godefroid, que se vio puesto al margen de todas las conferencias serias, no tuvo más remedio que abrir la *Imitación de Jesucristo* durante las horas de la mañana y de la noche en que permanecía solo en la casa, y acabó por estudiar aquel libro, de la forma en que se estudia un libro cuando no se tiene más que uno y no se puede hacer otra cosa. El libro se convierte entonces en algo parecido a la mujer que nos acompaña en la soledad; igual que es preciso odiar o adorar a la mujer, así nos empapamos del espíritu del autor, o bien no leemos ni diez líneas.

Pero téngase en cuenta que es imposible no dejarse cautivar por el *Kempis*, que es al dogma lo que la acción al pensamiento. El catolicismo vibra en él, se mueve, se agita, lucha cuerpo a cuerpo con la vida humana. Este libro es un amigo seguro. Habla a todas las pasiones, a todas las dificultades, incluso mundanas, resuelve todas las objeciones, es más elocuente que todos los predicadores, pues su voz es la nuestra, se alza en vuestro corazón y la oís por el alma. Es el Evangelio traducido, en fin, apropiado a todas las épocas, superpuesto a todas las situaciones. Es extraordinario que la Iglesia no haya canonizado a Gerson, porque no hay duda de que el Espíritu Santo animaba su pluma.

Para Godefroid, el hotel de La Chanterie encerraba a una mujer además del libro, y cada día que pasaba se sentía más prendado de esta mujer; descubría en ella flores enterradas bajo la nieve de los inviernos, entreveía las delicias de aquella amistad santa permitida por la religión, a la que sonríen los ángeles y que por lo demás era la que unía a aquellas cinco personas, y contra la cual nada malo podía prevalecer. Es un sentimiento superior a todos los demás, un amor de alma a alma, parecido a esas flores tan raras nacidas en las cumbres más elevadas de la tierra, y del que se ofrecen a la humanidad uno o dos ejemplos de siglo en siglo, por el que a menudo se unen los amantes y que justifica los afectos fieles, inexplicables por las leyes ordinarias del mundo. Se trata de un afecto sin ningún desengaño, sin peleas, sin vanidad, sin disgustos, incluso sin contrastes, hasta tal punto se confunden las naturalezas morales. Godefroid vislumbraba las delicias de aquel sentimiento inmenso, infinito, hijo de la caridad católica. A veces no podía creer en el espectáculo que tenía ante sus ojos, y buscaba los motivos ocultos tras la sublime amistad de aquellas cinco personas, sorprendido de encontrar unos auténticos católicos, unos cristianos de los primeros tiempos de la Iglesia en el París de 1835.

XXIII. GODEFROID ENCUENTRA UNA OCUPACIÓN

Ocho días después de haber entrado en la casa, Godefroid había presenciado ya tal afluencia de gente, había sorprendido fragmentos de conversaciones en los que se trataba de cosas tan graves, que entrevió una prodigiosa actividad en la vida de aquellas cinco personas. Comprobó que cada una de ellas dormía seis horas a lo sumo.

Para todas ellas había transcurrido ya, en cierto modo, una primera jornada cuando llegaba la hora de la segunda colación. Iban y venían desconocidos trayendo o llevando cantidades de dinero, a veces importantes. El cajero de Mongenod venía con frecuencia, siempre de madrugada, para que su horario de trabajo no se resintiese con aquellas idas y venidas, al margen de la rutina del Banco.

El propio señor Mongenod vino una noche, y Godefroid observó que trataba a Alain con unos matices de familiaridad filial, mezclados con el profundo respeto que le demostraba, lo mismo que a los otros tres huéspedes de la señora de La Chanterie.

Aquella noche, el banquero únicamente hizo a Godefroid preguntas triviales: Si se encontraba bien allí, si se quedaría, etc., animándole a perseverar en su resolución.

—No me falta más que una sola cosa para ser feliz —contestó Godefroid.

—¿Qué es? —preguntó el banquero.

—Una ocupación.

—¡Una ocupación! —repitió el abate de Vèze—. Así, pues, habéis cambiado de parecer, pues vinisteis a nuestro claustro en busca de reposo...

—El reposo sin la plegaria que vivificaba a los monasterios, sin la meditación que poblaba las Tebaidas, se convierte en una enfermedad —afirmó sentenciosamente José.

—Aprender teneduría de libros —dijo sonriendo el señor Mongenod—. Dentro de unos meses podríais ser muy útil para mis amigos...

—¡Oh! Con mucho gusto —exclamó Godefroid.

XXIV. UNA SORPRESA

El día siguiente era domingo y la señora de La Chanterie exigió a su huésped que le diese el brazo para asistir a la misa mayor.

—Es la única violencia que quiero haceros —le dijo—. Muchas veces, durante esta semana, he deseado hablaros de vuestra salvación, pero no creo que haya llegado aún el momento. Estaríais muy ocupado si compartieseis nuestras creencias, pues compartiríais también nuestros trabajos.

Durante la misa, Godefroid observó el fervor de Nicolás, José y Alain, pero como durante aquellos días había podido convencerse de la superioridad, perspicacia, amplitud de conocimientos y gran ingenio de aquellos caballeros, pensó que, si se humillaban así, la religión católica debía tener secretos que hasta entonces le habían escapado.

—Al fin y al cabo —dijo para su fuero interno—, es la religión de Bossuet, Pascal, Racine, San Luis, Luis XIV, Rafael, Miguel Ángel, Ximénez, Bayard y Dugueselin, y yo, triste de mí, no puedo compararme con estas inteligencias, con esos estadistas, con esos poetas y capitanes.

Si no debiera deducirse una enseñanza profunda de estos pequeños detalles, sería necio detenerse en ellos, pero son indispensables para la buena inteligencia de esta historia, que el público actual creerá muy difícilmente y que comienza con un hecho casi ridículo: el ascendiente que adquiriría una mujer de sesenta años sobre un joven hastiado de todo.

—Vos no habéis rezado por nadie —dijo la señora de La Chanterie a Godefroid a la puerta de Nôtre-Dame—, ni siquiera por el eterno descanso del alma de vuestra madre.

Godefroid enrojeció y guardó silencio.

—Hacedme el favor —añadió la señora de La Chanterie— de subir a vuestras habitaciones y no bajar al salón antes de una hora. Si me queréis —agregó—, meditaréis el capítulo de la *Imitación*, el primero del libro tercero, titulado *De la conversación interior*.

Godefroid se despidió fríamente y subió a sus habitaciones.

»Que el diablo los lleve —se dijo, entregándose a un arrebató de cólera—. ¿Qué pretenden de mí? ¿Qué maquinaciones se traen entre manos?... ¡Bah! Todas las mujeres, incluso las devotas, emplean los mismos ardides, y si la señora —dijo llamando a su patrona por el nombre que le daban sus huéspedes— no quiere nada de mí, es que se trama algo en contra mía.

XXV. UNA REVELACIÓN

Dominado por este pensamiento, trató de mirar por su ventana al salón, pero la disposición de aquellos lugares no le permitió ver nada. Bajó un piso pero volvió a subir con presteza al suyo, al pensar que, teniendo en cuenta los rígidos principios de los moradores de la casa, un acto de espionaje provocaría su inmediato despido. Perder la estima de aquellas cinco personas le pareció tan grave como deshonorarse públicamente. Esperó alrededor de tres cuartos de hora y resolvió sorprender a la señora de La Chanterie adelantando la hora indicada. Pensó justificarse con una mentira, diciendo que su reloj iba mal, y lo adelantó veinte minutos. Después bajó sin hacer el menor ruido, llegó hasta la puerta del salón y la abrió bruscamente.

Vio entonces a un hombre bastante célebre, joven todavía, un poeta al que había encontrado con frecuencia en sociedad, Víctor de Vernisset, con una rodilla en tierra ante la señora de La Chanterie y besándole la orla del vestido. El cielo cayendo a pedazos, como si hubiera sido de cristal, según la concepción de los antiguos, habría sorprendido menos a Godefroid que aquel espectáculo. Se le ocurrieron las ideas más horribles y tuvo una reacción aún más espantosa cuando, al ir a pronunciar el primer sarcasmo que acudió a sus labios, vio en un ángulo del salón a Alain, contando billetes de mil francos.

En un instante Vernisset se puso de pie, y el viejo Alain quedó boquiabierto. La señora de La Chanterie, por su parte, dirigió a Godefroid una mirada que le petrificó, pues la doble expresión del semblante de su nuevo huésped no le había pasado desapercibida.

—Este caballero —dijo al joven poeta señalándole a Godefroid— es uno de los nuestros...

—¡Sois muy afortunado, querido! —le advirtió Vernisset—. ¡Os habéis salvado! Pero, señora —prosiguió volviéndose hacia la señora de La Chanterie—, aunque todo París me viese, yo me sentiría contento, pues con nada puedo pagaros lo que os debo... ¡Soy vuestro para siempre! Os pertenezco enteramente. ¡Pedidme cualquier cosa, que os obedeceré! Mi reconocimiento será ilimitado. Os debo la vida, es vuestra...

—Vamos, joven, sed honrado —repuso el buen Alain—. Trabajad únicamente y sobre todo no atacéis jamás a la religión en vuestras obras... ¡En fin, acordaos de vuestra deuda!

Y le tendió un sobre abultado a causa de los billetes de banco que contenía. Victor de Vernisset tenía los ojos bañados en llanto, besó respetuosamente la mano de la señora de La Chanterie y marchó después de cambiar un apretón de manos con Alain y Godefroid.

—Vos no habéis obedecido a la señora —dijo solemnemente el viejo, cuyo rostro asumió una expresión triste que Godefroid aún no le había visto—. Esto es un pecado capital; otro como éste y tendremos que separarnos... Será muy duro para vos,

después de habernos parecido digno de nuestra confianza.

—Mi querido Alain —añadió la señora de La Chanterie—, tened la bondad de guardar silencio sobre este acto atolondrado. Hacedlo por mí... No hay que ser demasiado exigente con un recién llegado, que no ha sufrido grandes desdichas, que no tiene religión, que no tiene más que una excesiva curiosidad por toda vocación, y que aún no cree en nosotros.

—Perdonadme, señora —respondió Godefroid—. A partir de este momento quiero ser digno de vos, me someto a todas las pruebas que consideréis necesarias antes de iniciarme en el secreto de vuestras ocupaciones y, si el señor abate de Vèze quiere tomarse la molestia de iluminarme, yo le entregaré mi alma y mi razón.

Estas palabras hicieron tan feliz a la señora de La Chanterie, que sus mejillas se tiñeron de un ligero rubor; tomó la mano de Godefroid, la estrechó y después le dijo con una extraña emoción:

—Está bien.

XXVI. CURIOSIDAD

Por la noche, después de cenar, Godefroid vio venir a un vicario general de la diócesis de París, dos canónigos, dos antiguos alcaldes de París y una dama de la caridad. No jugaron y la conversación general fue alegre sin ser fútil.

Una visita que sorprendió extrañamente a Godefroid fue la de la condesa de Cinq-Cygne, una ilustre figura de la aristocracia, cuyo salón era inabordable para la burguesía y los advenedizos. La presencia de aquella gran dama en el salón de la señora de La Chanterie ya era de por sí muy extraordinaria, pero la forma en que aquellas dos mujeres se saludaron y trataron fue para Godefroid algo inexplicable, toda vez que atestiguaba una intimidad y unas relaciones constantes que daban un inmenso valor a la señora de La Chanterie. La señora de Cinq-Cygne se mostró afectuosa con los cuatro amigos de su amiga, y demostró gran respeto hacia Nicolás. Se verá que la vanidad social gobernaba aún a Godefroid, que bastante indeciso hasta entonces, resolvió prestarse, con convicción o sin ella, a todo cuanto la señora de La Chanterie y sus amigos le exigieran, para llegar a hacerse afiliado por ellos a su orden, o hacerse iniciar en sus secretos, prometiéndose que sólo entonces tomaría un partido.

Al día siguiente, fue a visitar al tenedor de libros que la señora de La Chanterie le indicó, convino con él las horas en que trabajarían juntos y tuvo así todo su tiempo ocupado, pues el abate de Vèze le catequizaba por la mañana, iba todos los días a pasar dos horas con el tenedor de libros, y entre la hora del almuerzo y la de la cena, trabajaba en las imaginarias escrituras comerciales que su profesor le hacía redactar.

Así transcurrieron algunos días, durante los cuales Godefroid sintió el encanto de una vida en la que cada hora estaba empleada. La repetición de unas labores conocidas en momentos determinados y la regularidad, explican la razón de muchas existencias felices, y demuestran hasta qué punto los fundadores de las órdenes religiosas meditaron profundamente sobre la naturaleza del hombre. Godefroid, que se había prometido escuchar al abate de Vèze, sentía ya ciertos temores acerca de su vida futura, y empezaba a comprender que ignoraba la gravedad de las cuestiones religiosas. La señora de La Chanterie, en fin, junto a la cual pasaba aproximadamente una hora después del segundo almuerzo, le hacía descubrir todos los días nuevos tesoros que ella ocultaba; nunca se imaginó que existiera una bondad tan completa ni tan extensa. Una mujer de la edad que aparentaba aquella señora, ya no tiene ninguna de las pequeñeces de la mujer joven; es un amigo que nos brinda todas las delicadezas femeninas, que despliega la gracia, los refinamientos que la naturaleza inspira a la mujer para con el hombre, y que no las vende; es execrable o perfecta, pues todas sus pretensiones subsisten bajo la epidermis, o están muertas, y la señora de La Chanterie era perfecta. Parecía no haber tenido nunca juventud, su mirada en ningún momento hablaba del pasado. Lejos de apaciguar la curiosidad de Godefroid, el conocimiento cada vez más íntimo de aquel sublime carácter, los descubrimientos que efectuaba diariamente, redoblaban su deseo de conocer la vida anterior de aquella

mujer, que le parecía una santa. ¿Había amado alguna vez? ¿Había estado casada? ¿Había sido madre? Nada en ella revelaba a la solterona, mostraba las gracias de una mujer bien nacida y en su robusta salud, en el fenómeno extraordinario de conservación, se adivinaba una vida celeste, una especie de ignorancia de la vida. Salvo el risueño anciano Alain, todos aquellos seres habían sufrido, pero el propio Nicolás parecía dar la palma del martirio a la señora de La Chanterie, y sin embargo el recuerdo de sus desdichas estaba tan bien contenido por la resignación católica y por sus ocupaciones secretas, que aquella mujer parecía haber sido siempre feliz.

XXVII. UNA TENTATIVA

—Vos sois la vida de vuestros amigos —le dijo un día Godefroid—. Sois el vínculo que los une, sois, por decirlo así, la asistenta de una gran obra y, como todos somos mortales, me preguntó qué sería de vuestra asociación sin vos...

—Esto es lo que les asusta, pero la Providencia, a la que debemos nuestro tenedor de libros —contestó sonriendo—, ya proveerá. Por lo demás, yo seguiré buscando.

—¿Estará pronto al servicio de vuestra empresa comercial ese tenedor de libros? —respondió Godefroid riendo.

—Eso depende de él —repuso ella con una sonrisa—. Que sea sinceramente religioso y piadoso, que renuncie al amor propio y no se preocupe más por las riquezas de nuestra empresa, que trate de alzarse por encima de las pequeñas consideraciones sociales, sirviéndose de las dos alas que Dios nos ha dado...

—¿Cómo?...

—La sencillez, la pureza —respondió la señora de La Chanterie—. Vuestra ignorancia me dice suficientemente que descuidáis la lectura de nuestro libro —añadió riendo del inocente subterfugio al que había recurrido para saber si Godefroid leía la *Imitación de Jesucristo*—. En fin, empapaos de la Epístola de San Pablo sobre la caridad. No sois vos —dijo con una expresión sublime— quien seréis nuestro, sino nosotros quienes seremos vuestros, y os será permitido contar con las más inmensas riquezas que jamás haya poseído soberano alguno, y disfrutar de ellas como nosotros lo hacemos; y dejadme que os diga, si os acordáis de las *Mil y una noches*, que los tesoros de Aladino no son nada comparados con lo que nosotros poseemos... Así, desde hace un año, ya no sabemos qué hacer, no podemos abarcarlo todo y necesitamos un tenedor de libros.

Mientras hablaba, estudiaba el semblante de Godefroid, quien no sabía qué pensar de aquella extraña confianza, pero como la escena de las señoras de La Chanterie y de Mongenod madre le volvía con frecuencia a la memoria, permanecía indeciso entre la duda y la creencia.

—¡Ah! Seríais muy feliz —añadió ella.

La curiosidad devoraba de tal manera a Godefroid que, a partir de aquel momento, resolvió doblegar la discreción de los cuatro amigos e interrogarles acerca de ellos mismos.

XXVIII. EL VIEJO ALAIN, ATACADO, REVELA ENSEGUIDA SUS SECRETOS

Ahora bien, de todos los comensales de la señora de La Chanterie, aquel que atraía más a Godefroid y que también parecía capaz de despertar mayores simpatías entre las personas de todas clases, era el bueno, el alegre, el sencillo Alain. ¿Por qué caminos había llevado la Providencia un ser tan cándido a aquel monasterio sin clausura, cuyos religiosos actuaban bajo los dictados de una regla observada en pleno París con toda libertad, como si hubiesen tenido el superior más severo? ¿Qué drama, qué acontecimiento le hizo abandonar el camino que seguía por el mundo, para tomar aquel sendero tan difícil de recorrer a través de las desdichas de una capital?

Una noche, Godefroid quiso visitar a su vecino, con intención de satisfacer una curiosidad más avivada aún por la imposibilidad de cualquier catástrofe en aquella existencia, que lo hubiera sido ante la expectativa de oír relatar un terrible episodio en la vida de un corsario. Al oír la palabra: «¡Adelante!», dada como respuesta a dos discretos golpecitos en la puerta, Godefroid dio vuelta a la llave, que estaba siempre puesta en la cerradura, y encontró a Alain sentado al amor de la lumbre, leyendo antes de acostarse un capítulo de *La Imitación de Jesucristo*, a la luz de dos bujías cubiertas cada una de ellas por esas pantallas verdes y movibles que emplean los jugadores de *whist*.

El viejo llevaba unos pantalones con trabilla y una bata de muletón grisáceo, y tenía los pies a la altura del fuego, encima de un almohadón hecho, lo mismo que sus zapatillas, por la señora de La Chanterie, en cañamazo de pequeño punto. Aquella hermosa testa de anciano, sin más acompañamiento que una corona de níveos cabellos muy parecida a la de un viejo fraile, se destacaba claramente sobre el fondo pardo de la tapicería del inmenso sillón.

Alain dejó suavemente en la mesita de columnas torneadas su libro gastado por las cuatro esquinas, e indicó con la otra mano el sillón opuesto al joven, quitándose las antiparras que cabalgaban al extremo de su nariz.

—¿Os encontráis mal, ya que habéis salido de vuestro piso a esta hora? —preguntó a Godefroid.

—Mi querido Alain —respondió con franqueza Godefroid—, me atormenta una curiosidad que una sola palabra vuestra hará que sea muy inocente o muy indiscreta, y esto bastará para que comprendáis cuál es mi estado de ánimo al haceros la pregunta que deseo me contestéis.

—¡Oh, oh! ¿Y cuál es? —dijo el anciano, mirando al joven con expresión casi maliciosa.

—¿Qué os condujo a llevar la vida que lleváis aquí? Porque para abrazar la doctrina de semejante renuncia a todos intereses materiales, se debe estar hastiado del mundo, haber recibido heridas o bien haber herido a los demás.

—¡Oh! ¡Cómo, hijo mío! —respondió el viejo dejando errar sobre sus grandes labios una de esas sonrisas que convertían su boca bermeja en una de las más afectuosas que el genio de los pintores haya podido soñar—. ¿Es que uno no puede sentirse dominado por una profunda piedad ante el espectáculo de las miserias que París encierra entre sus muros? ¿Tuvo necesidad San Vicente de Paúl del agujijón del remordimiento o de la vanidad herida para consagrarse a los niños abandonados?

—Esto me cierra tanto más la boca, cuanto que si alguna vez un alma se pareció a la de este héroe cristiano, ha sido sin duda la vuestra —respondió Godefroid.

Pese a la dureza impresa por la edad en la piel de su rostro amarillento y arrugado, el anciano se sonrojó con exceso, pues le parecía haber provocado aquel elogio, en el que su modestia bien conocida hacía creer que no había pensado. Godefroid sabía muy bien que los compañeros de mesa de la señora de La Chanterie no gustaban en absoluto de aquel incienso. Sin embargo, la excesiva simplicidad del buen Alain sintió mayor embarazo que el que hubiera podido sentir una jovencita por haber concebido algún mal pensamiento.

—Si bien me encuentro aún muy lejos de él en el aspecto moral —repuso Alain—, estoy seguro de que nos parecemos en el físico...

Godefroid quiso hablar, pero se lo impidió un gesto del anciano, cuya nariz tenía, en efecto, la apariencia tuberculosa de la del santo, y cuyo rostro, parecido al de un viejo viñador, era la verdadera réplica de las toscas y vulgares facciones del fundador de los orfanatos.

—En lo que a mí concierne, tenéis razón —continuó—. Mi vocación para nuestra obra se vio determinada por un sentimiento de arrepentimiento, a causa de una aventura...

—¡Vos una aventura! —exclamó quedamente Godefroid, a quien estas palabras hicieron olvidar lo que antes pensaba responder al viejo.

—¡Oh, Dios mío! Lo que voy a contaros os parecerá sin duda una bagatela, una necedad, pero ante el tribunal de la ciencia no fue así. Si insistís en vuestro deseo de participar en nuestras obras, después de haberme escuchado, comprenderéis que los sentimientos dependen de la fuerza de las almas, y que el hecho que no atormenta a un espíritu fuerte puede turbar muy bien la conciencia de un cristiano débil.

XXIX. LOS PERSONAJES DEL DRAMA

Después de aquella especie de prefacio, es difícil expresar hasta qué grado llegó la curiosidad del neófito. ¿Cuál era el crimen de aquel anciano, que la señora de La Chanterie llamaba su *cordero pascual*? Era tan interesante como un libro titulado *Los crímenes de un cordero*. ¿Acaso los corderos pueden ser feroces con las hierbas y las flores? Si hay que escuchar a uno de los más dulces republicanos de nuestra época, el mejor de los seres también sería cruel hacia algo. ¡Pero aquel buen hombre que, semejante al tío Tobías de Sterne, no aplastaba una mosca aunque le hubiese picado veinte veces! ¡Aquella hermosa alma, haber sido torturada por el arrepentimiento!

Esta reflexión representa el calderón que hizo el anciano después de estas palabras: «¡Escuchadme!», y durante el cual adelantó su cojín para situarlo bajo los pies de Godefroid y compartirlo con él.

—Yo tenía entonces algo más de treinta años —dijo—. Corría el año 98, por lo que puedo recordar, una época en que los jóvenes debían tener la experiencia de los hombres de sesenta años. Una mañana, poco antes de la hora de almorzar, a las nueve, mi vieja ama de llaves me anunció a uno de los pocos amigos que había conservado en medio de las tempestades de la Revolución, de suerte que mis primeras palabras consistieron en una invitación para almorzar. Mi amigo, llamado Mongenod, joven de veintiocho años, aceptó, pero con aspecto cohibido; no le había visto desde 1793...

—¿Mongenod? —exclamó Godefroid—. ¿El que...?

—Si queréis saber el final antes del principio —repuso el anciano sonriendo—, ¿cómo puedo contaros mi historia?

Godefroid hizo un movimiento que prometía silencio absoluto.

—Cuando Mongenod se sentó —prosiguió el viejo Alain—, me di cuenta de que tenía los zapatos destrozados y gastados de puro viejos. Sus medias zurcidas se habían lavado tantas veces, que me costó trabajo distinguir que eran de seda. Su calzón de casimir, de color albaricoque, completamente deslucido, revelaba un uso prolongado, atestiguado por cambios de color en lugares peligrosos, y las hebillas, en vez de ser de acero, me pareció que eran de hierro común; las de los zapatos eran del mismo metal. Su chaleco blanco floreado, amarillento a causa del uso, como su camisa, cuya chorrera estaba arrugada y ajada, revelaba una miseria espantosa, pero decente. Por fin, el aspecto de la hopalanda (se llamaba así a una levita adornada con un solo cuello, en forma de esclavina), acabó de convencerme de que mi amigo se hallaba hundido en la desgracia. Aquella hopalanda, de paño color avellana, excesivamente raída, pero admirablemente cepillada, tenía un cuello engrasado por la pomada o los polvos, y botones de metal blanco que se había vuelto rojo. En una palabra, todos aquellos trapos viejos eran tan vergonzosos, que ni siquiera me atreví a mirarlos. El clac, una especie de sombrero de media copa que entonces se llevaba bajo el brazo en vez de ponerlo en la cabeza, debía de haber visto muchos gobiernos.

Sin embargo, mi amigo acababa sin duda de gastar algunos sueldos para arreglarse en una barbería, pues se hallaba afeitado. Sus cabellos, recogidos por detrás, sujetos por un peine y empolvados espléndidamente, olían a pomada. Reparé en dos cadenas paralelas en la parte delantera de su calzón, dos cadenas de acero mate, pero ni el menor rastro de reliz en la faltriquera. Estábamos en invierno y Mongenod no gastaba abrigo, pues grandes gotas de nieve fundida y caída de los techos, indicio de que anduvo arrimado a las casas, adornaban el cuello de su hopalanda. Cuando se quitó los guantes de pelo de conejo y le vi la mano derecha, reconocí en ella las señales de un trabajo cualquiera, pero desde luego duro. Ahora bien, su padre, abogado del gran consejo, le había dejado cierta fortuna: cinco o seis mil libras de renta. Comprendí enseguida que Mongenod venía a pedirme un préstamo. Yo tenía en un escondrijo doscientos luisen en oro, una suma enorme para aquel tiempo, ya que valía no sé cuánto más, varios cientos de miles de francos en asignados. Mongenod y yo habíamos estudiado en el mismo colegio, que era el de los Grassins, y nos habíamos vuelto a encontrar en el despacho del mismo procurador, el viejo Bordin, un hombre honrado a carta cabal. Cuando se ha pasado la juventud y se han cometido las locuras de la adolescencia con un compañero, existe entre él y nosotros una simpatía casi sagrada; su voz, sus miradas, hacen vibrar ciertas cuerdas de nuestro corazón que sólo vibran bajo los efectos de los recuerdos que su presencia evocan. A pesar de que se hayan tenido motivos de queja contra un compañero así, no todos los derechos de la amistad han prescrito. Pero no había existido la menor nube entre nosotros. A la muerte de su padre, en 1877, Mongenod se encontró más rico que yo; aunque yo nunca le pedí dinero prestado, a veces le había debido esos placeres que el rigor paterno me prohibía. Sin mi generoso camarada, yo no hubiera asistido al estreno de *Las Bodas de Fígaro*. Mongenod era entonces lo que se llamaba un caballero encantador, tenía galantería; yo le reprochaba sus fáciles aventuras y su excesiva complacencia; su bolsa se abría con suma facilidad, vivía a lo grande y os hubiera servido de testigo aunque sólo os hubiese visto dos veces... ¡Dios mío! ¡Volvéis a meterme por los senderos de mi juventud! —exclamó el buen hombre, dirigiendo a Godefroid una leve sonrisa y haciendo una pausa.

—¿Me lo tendréis en cuenta? —preguntó Godefroid.

—¡Oh, no! Por lo minucioso de mi relato, veréis el lugar importante que este suceso ocupa en mi vida...

XXX. LO QUE MALQUISTA A MUCHOS AMIGOS

—Mongenod, dotado de un corazón excelente y hombre valeroso, un poco volteriano, se dispuso a representar el papel de gentilhomme —prosiguió Alain—. Su educación en los Grassins, colegio al que asistían nobles, y sus relaciones galantes le dieron los modales distinguidos de las personas de condición, a las que entonces llamaban aristócratas. Podéis imaginaros ahora cuál sería mi sorpresa al ver en Mongenod los síntomas de la miseria que degradaban para mí al joven y elegante Mongenod de 1787, cuando mis ojos abandonaron su rostro para examinar sus ropas. Sin embargo, en aquella época de miseria pública, algunas personas astutas asumían una apariencia miserable, y como había para otras motivos suficientes para disfrazarse, esperé una explicación, pero al solicitársela y mientras aceptaba una pizca de tabaco que él me ofreció en una tabaquera de similar, le dije:

»—¡Con qué aspecto te veo, mi querido Mongenod!

»—Muy triste —me respondió—. No me queda más que un amigo... Y ese amigo eres tú. He hecho todo cuanto he podido por evitar llegar a este extremo, pero vengo a pedirte cien luises. La suma es fuerte —me dijo al notar mi pasmo—, pero si sólo me dices cincuenta, yo no podría devolvértelos nunca, mientras que si fracaso en lo que me propongo, me quedarán todavía cincuenta luises para probar fortuna por otros medios, y aún no sé lo que la desesperación me inspirará.

»—¿No tienes nada? —dije.

»—Tengo —me contestó reprimiendo una lágrima— cinco sueldos que aún me quedan del cambio de mi última moneda. Para presentarme en tu casa, me he hecho dar lustre a los zapatos y he pasado por el peluquero. Sólo tengo lo que llevo puesto. Pero —prosiguió haciendo un gesto— debo mil escudos en asignados a mi patrona, y nuestro figonero se negó a servirme a crédito ayer. ¡Así, pues, estoy sin recursos!

»—¿Y qué piensas hacer? —pregunté entrometiéndome ya en su fuero interno.

»—Alistarme como soldado, si tú me niegas...

»—¡Tú, soldado! ¡Mongenod!

»—Me haré matar, o llegaré a ser el general Mongenod.

»—Pues bien —le dije conmovido—, almuerza con toda tranquilidad, tengo cien luises...

—Entonces —dijo el viejo mirando a Godefroid con aire ladino—, creí necesario decir una pequeña mentira de prestamista.

»—Es todo cuanto poseo en el mundo, le dije a Mongenod. Esperaba el momento en que los fondos públicos alcanzasen el precio más bajo posible para colocar este dinero, pero lo pondré en tus manos, y tú me considerarás como tu asociado, dejando a tu conciencia el cuidado de devolverme la totalidad de esta suma cuando y como te parezca. La conciencia de un hombre honrado —le dije— es el mejor libro mayor.

Mongenod me escuchaba mirándome fijamente, y mis palabras parecían incrustarse en el corazón. Levantó la mano derecha, puse yo en ella la izquierda y

ambos nos estrechamos las manos, yo muy enternecido y él sin contener esta vez dos gruesas lágrimas que corrieron por sus mejillas ya ajadas. La vista de aquellas dos lágrimas me afligió el corazón, pero aún me sentí más conmovido cuando, olvidándolo todo en aquel momento, Mongenod sacó un mapa nuevo de las Indias lleno de desgarrones para secarse los ojos.

»—Esperad aquí —le dije, levantándome para ir a mi escondrijo, con el corazón conmovido, como si hubiese escuchado la declaración de amor de una mujer. Volví con dos cartuchos de cincuenta luses cada uno.

»—Toma, cuéntalos...

Él no quiso contarlos y miró a su alrededor en busca de un escritorio, para extenderme un recibo, según me dijo: Yo me negué en redondo a aceptar ningún papel.

»—Si me muriese —le dije—, mis herederos te atormentarían. Esto debe quedar entre nosotros.

XXXI. LOS DOS AMIGOS MALQUISTOS

—Al ver que yo me portaba como un buen amigo —prosiguió Alain—, Mongenod se quitó la máscara conturbada y crispada por la inquietud que llevaba al entrar y se mostró más alegre. Mi ama de llaves nos sirvió ostras, vino blanco, una tortilla, riñones a la broqueta, los restos de un pastel de Chartres que mi vieja madre me había enviado, y después unos postres modestos, café y licores de las islas. Mongenod, que llevaba dos días sin probar bocado, recuperó fuerzas. Nos pusimos a hablar de nuestra vida de antes de la Revolución y permanecimos sentados a la mesa hasta las tres de la tarde, como los mejores amigos del mundo. Mongenod me refirió cómo había perdido su fortuna. En primer lugar, la reducción de las rentas sobre el Ayuntamiento le suprimió las dos terceras partes de sus ingresos, pues su padre había puesto la mayor parte de su capital en el municipio; luego, después de vender su casa de la calle de Savoie, se vio obligado a recibir su precio en asignados. Entonces se propuso publicar un periódico, *El Centinela*, que le obligó a huir después de seis meses de existencia. En aquellos momentos, fundaba todas sus esperanzas en el éxito de una ópera cómica titulada *Los Peruanos*. Esta última confianza me hizo estremecer. Mongenod, convertido en autor, después de perder todo su dinero en *El Centinela*, y viviendo sin duda en el teatro, relacionado con los cantores de Feydeau, con músicos y el mundo extravagante oculto tras el telón, ya no me pareció que fuese aquel mismo Mongenod que yo mismo había conocido. Me eché a temblar. ¿Cómo conseguiría recuperar mis cien luises? Veía los dos cartuchos en los bolsillos de sus pantalones, y me parecieron los cañones de una pistola. Mongenod se fue. Cuando me encontré solo, sin el espectáculo de aquella amarga y cruel miseria, me puse a reflexionar a pesar mío y me serené: «¡Mongenod —me dije— ha llegado sin duda a la más profunda depravación y ha representado ante mí una comedia!». Entonces me pareció que su alegría, cuando vio que le daba de manera tan bonachona una suma tan enorme, era el júbilo que demuestran los criados del teatro al atrapar a algún Geronte. Acabé por donde debiera haber empezado: me prometí pedir algunos informes sobre mi amigo Mongenod, que me había escrito sus señas al dorso de un naipe. No quise verle al día siguiente por una especie de delicadeza y para que no viese desconfianza en mi prisa. Dos días después, estuve totalmente acaparado con diversos asuntos, y sólo al cabo de quince días, al no saber nada de Mongenod, una mañana me fui de la Croix-Rouge, donde entonces vivía yo, a la calle de Moineaux, en la que habitaba él. Mongenod vivía en una casa amueblada de ínfima categoría, pero cuya propietaria era una mujer muy honrada, viuda de un colono que murió en el patíbulo, y que, completamente arruinada, inició con algunos luises la arriesgada profesión de inquilina principal. Tuvo después otras siete casas en el barrio Saint-Roch, e hizo fortuna. «El ciudadano Mongenod no está, pero hay alguien», me dijo aquella dama. Estas últimas palabras despertaron mi curiosidad. Subí al quinto piso. Una persona encantadora fue a abrirme la puerta... ¡Oh, una joven de la mayor

belleza que, con expresión bastante suspicaz, permaneció en el umbral de la puerta entreabierta! «Soy Alain, un amigo de Mongenod», le dije. La puerta se abrió al instante y entré en un horrible desván, que de todos modos aquella joven mantenía en una escrupulosa limpieza. Me ofreció una silla ante la chimenea llena de ceniza, sin fuego, y en un ángulo de la cual distinguí un vulgar fogón de arcilla. La habitación estaba helada. «Estoy muy contenta, caballero —me dijo la joven tomándome las manos y estrechándomelas afectuosamente—, de poderos demostrar mi reconocimiento, pues vos sois nuestro salvador. Sin vos, yo quizá nunca hubiese vuelto a ver a Mongenod..., creo que se hubiera tirado al río. Estaba desesperado cuando fue a veros...». Al examinar a aquella joven, me sorprendió bastante ver que llevaba un pañuelo a la cabeza, y, bajo el pañuelo, en la parte posterior y junto a las sienes, una sombra negra. A fuerza de mirar, descubrí que tenía la cabeza afeitada. «¿Estáis enferma?», le dije mirando aquella singularidad. Ella dirigió una mirada al mal espejo de un entrepaño mugriento, se sonrojó y luego las lágrimas acudieron a sus ojos. «Sí, señor —repuso con vivacidad—, tenía horribles dolores de cabeza y me he visto obligada a cortarme mis hermosos cabellos, que me llegaban hasta los talones». «¿Es a la señora Mongenod a quien tengo el honor de hablar?», le dije. «Sí, señor», me respondió ella, dirigiéndome una mirada verdaderamente celeste. Saludé a aquella pobre mujercita y descendí con la intención de tirar de la lengua a la patrona, pero había salido. Me parecía que aquella joven había tenido que vender sus cabellos para comprar pan. Luego fui a un vendedor de leña y envié media carga de leña, ordenando al carretero y a los leñadores que diesen a la mujercita una factura saldada a nombre del ciudadano Mongenod.

—Aquí termina el período de lo que durante mucho tiempo llamé yo mis tonterías —dijo el viejo Alain juntando las manos y levantándolas un poco en ademán de arrepentimiento.

Godefroid no pudo contener una sonrisa, y, como verá el lector, se hallaba en un gran error al sonreír.

XXXII. LO QUE HACEN TODOS LOS ACREEDORES

—Dos días después —prosiguió el buen hombre— encontré a una de esas personas que no son amigas nuestras ni indiferentes y con las que tenemos relaciones de vez en cuando, en fin, lo que suele llamarse un *conocido*, un tal Barillaud, que al hablar de *Los Peruanos* dijo conocer casualmente a su autor. «¿Tú conoces al ciudadano Mongenod?», le dije. En aquella época aún estábamos obligados a tutearnos todos —explicó a Godefroid, a guisa de paréntesis— Aquel ciudadano me miró —dijo el viejo, prosiguiendo su relato—, y exclamó: «Quisiera no haberle conocido, pues me ha pedido dinero varias veces y me demuestra demasiada amistad para no devolvérmelo. Ese joven es un chiflado; un buen muchacho, pero lleno de ilusiones... ¡Oh, tiene una imaginación fogosa! Justo es reconocer que su propósito no es engañar a nadie, pero como él mismo se engaña acerca de todo, llega a comportarse como un hombre de mala fe». «¿Cuánto te debe?». «¡Bah!, unos cien escudos... Es un manirroto. Nadie sabe en qué gasta el dinero, porque probablemente él mismo lo ignora». «¿Tiene recursos?». «¡Naturalmente! —me dijo Barillaud riendo—. En estos momentos se propone comprar tierras a los salvajes en los Estados Unidos». Yo me fui con aquella gota de vinagre que la maledicencia me había dejado caer en el corazón y que agriaba todas mis buenas disposiciones. Fui a ver a mi antiguo jefe, que solía aconsejarme. Tan pronto le confié el secreto de mi préstamo a Mongenod y la manera en que me había conducido, puso el grito en el cielo: «¡Cómo! —exclamó—. ¿Es uno de mis pasantes quien se porta así? Debíais aplazar las cosas para el día siguiente y venir a verme. Entonces hubierais sabido que puse a Mongenod de patitas en la calle. ¡Me debe ya más de cien escudos de plata, una suma enorme que le he ido dejando durante más de un año! Y tres días antes de ir a almorzar con vos, lo encontré en la calle y me pintó su miseria en términos tan desgarradores, que le di dos luises». «¡Si me he dejado engañar por un hábil farsante, tanto peor para él! —le dije—. Pero ¿qué hacer?». «Al menos hay que sacarle algún documento, pues un deudor, por malo que sea, puede enmendarse y saldar su deuda». Entonces Bordin sacó de un cajón de su bufete una carpeta en la que había escrito el nombre de Mongenod, y me mostró tres recibos de cien libras cada uno. «La primera vez que venga —me dijo—, le haré añadir los intereses, los dos luises que le di y lo que entonces me pedirá; luego le haré firmar una aceptación del total, reconociendo que los intereses se acumulan desde la fecha del préstamo. Al menos estaré en regla y dispondré de un medio para conseguir el pago». «Bien —dije a Bordin—, ¿podríais arreglarme las cosas de la misma manera? Sois un hombre honrado y todo cuanto hacéis me parece bien». «Así soy dueño de la situación —me respondió el ex-fiscal—. Cuando uno se porta como vos lo habéis hecho, se pone a merced de un hombre capaz de burlarse de vos. Pero yo no estoy dispuesto a que nadie se burle de mí.

¿Burlarse de un antiguo fiscal del Châtelet?... ¡Quiá! Todo aquél a quien prestéis una suma como la que habéis prestado aturdidamente a Mongenod, acaba por considerarla suya al cabo de cierto tiempo. Deja de ser vuestro dinero para convertirse en el suyo, y vos os convertís en su acreedor, en un hombre incómodo. El deudor procura entonces librarse de vos haciendo un arreglo con su conciencia, y, de cada cien hombres, setenta y cinco tratarán de no veros más durante el resto de su existencia...». «¿Así, creéis que sólo existe un veinticinco por ciento de personas honradas?». «¿Eso he dicho? —repuso él, sonriendo con malicia—. Es mucho». Quince días después, recibí una carta por la cual Bordin me rogaba que pasara por su casa para retirar mi documento. Fui al instante. «He intentado recuperaros cincuenta luisas —me dijo. (Yo le había confiado mi conversación con Mongenod)—. Pero los pájaros han volado. ¡Despedíos de vuestras monedas de oro! Vuestros canarios han volado a climas más cálidos. Se trata de un caballero de industria, un estafador. ¿No me ha asegurado que su mujer y su suegro se habían ido a los Estados Unidos con sesenta de vuestros luisas para comprar allí tierras, y que él pensaba reunirse con ellos, a fin de hacer fortuna y volver a pagar sus deudas, cuyo estado perfectamente en regla me ha confiado él, pues me rogó que averiguase qué sabía de sus acreedores? He aquí dicho estado de cuentas detallado —me dijo Bordin enseñándome una carpeta en la que leyó el total—: Diecisiete mil francos de plata —dijo—. ¡Una suma con la que se podría tener una casa que diese dos mil escudos de renta!». Y después de guardar las cuentas, me entregó una letra de cambio por una suma equivalente a cien luisas de oro expresada en asignados, con una carta en la cual Mongenod reconocía haber recibido cien luisas de oro y adeudarme los intereses. «Bien, ya estoy en regla», dije a Bordin. «Él no negará esta deuda —me respondió mi antiguo jefe—, pero donde no hay nada, el rey, es decir, el Directorio, pierde sus derechos».

Después de escuchar esta frase, salí creyendo haber sido robado por un hombre que sabía burlar la ley, retiré mi estima a Mongenod y me resigné muy filosóficamente.

XXXIII. FILOSOFÍA DE ALAIN

—Si me hago pesado con estos detalles tan vulgares y ligeros en apariencia, no es sin motivo —dijo el anciano mirando a Godefroid—. Trato de explicaros cómo llegué a conducirme como la mayoría de los hombres, al azar y despreciando las reglas que los salvajes observan en las menores cosas. Muchas personas se justificarían al apoyarse en un hombre sesudo como Bordin, pero hoy no encuentro ninguna excusa para mi proceder. Cuando se trata de condenar a un semejante nuestro, negándole para siempre nuestra estima, sólo podemos remitirnos a nuestro propio juicio, y aún así no es bastante... ¿Debemos convertir nuestro corazón en un tribunal ante el que emplazamos al prójimo? ¿Dónde estaría entonces la ley? ¿Cuál sería la medida que utilizaríamos? ¿No será tal vez fuerza, en nuestro prójimo, lo que en nosotros es debilidad? Hay tantas circunstancias distintas para cada acto, como seres existen, pues no hay dos accidentes semejantes en la humanidad. La sociedad sólo puede ejercer el derecho de represión sobre sus miembros, no el de punición, pues yo afirmo: con reprimirle basta; y esto, por lo demás, ya trae aparejadas bastantes crueldades.

XXXIV. AUMENTA LA ENEMISTAD

—Al escuchar aquellos pareceres con mi talante de parisién, y al admirar la sabiduría de mi antiguo jefe, condené a Mongenod —prosiguió el viejo, continuando su relato después de haber deducido del mismo aquella sublime enseñanza—. Anunciaron el estreno de *Los Peruanos*. Yo esperaba recibir una entrada de Mongenod para la primera representación, y me creaba una especie de superioridad sobre él. A causa del dinero que me había pedido prestado, mi amigo me parecía una especie de vasallo, deudor de una multitud de cosas, además de los intereses de mi dinero. ¡Todos obramos así!... No sólo Mongenod no me envió ninguna entrada, sino que desde lejos le vi venir por el oscuro pasaje practicado bajo el teatro Feydeau, bien vestido, casi elegante; fingió no verme y después, cuando se alejaba y yo quise ir en pos de él, mi deudor se escapó por un pasadizo lateral. Esta circunstancia me enojó vivamente, y mi irritación, lejos de ser pasajera, aumentó con el tiempo. Vais a ver cómo. Pocos días después de tal encuentro, escribí a Mongenod, más o menos en estos términos: «Amigo mío, no debéis crearme indiferente a todo cuanto pueda sucederos, ya sea bueno o malo. ¿Estáis satisfecho de *Los Peruanos*? Me habéis olvidado, estabais en vuestro derecho para la primera representación, en la que tanto os hubiera aplaudido. Sea como sea, deseo que encontréis un Perú en esa obra, pues he hallado una manera de emplear mis fondos, y cuento con vos para cuando llegue el momento de saldar vuestra deuda. Vuestro amigo, Alain». Después de quince días sin recibir respuesta, me personé en la calle Moineaux. La patrona me dijo que, en efecto, la mujercita había marchado con su padre por la época en que Mongenod anunció su partida a Bordin. Mongenod salía de su buhardilla muy de mañana, para no regresar a ella hasta muy entrada la noche. Transcurrieron otros quince días y escribí una nueva carta redactada en los siguientes términos: «Mi querido Mongenod, no os veo ni respondéis a mis cartas; no comprendo vuestra conducta, y, si yo me portase así con vos, ¿qué pensaríais de mí?». Ya no antepuse el nombre de amigo a la firma, limitándome a mandar un saludo afectuoso. Transcurrió un mes sin recibir ninguna noticia de Mongenod. *Los Peruanos* no obtuvieron el gran éxito con que contaba Mongenod. Fui en busca de mi dinero durante la vigésima representación, y apenas había nadie. Sin embargo, la señora Scio aparecía muy bella en la obra. En el salón del teatro me dijeron que la opereta tendría aún algunas representaciones. Acudí siete veces y en días distintos a casa de Mongenod, sin encontrarle, y cada vez dejé mi nombre a la patrona. Entonces le escribí: «Señor mío, si no queréis perder mi estima después de perder mi amistad, me trataréis de ahora en adelante como a un extraño, es decir, con cortesía, y me diréis si podréis cumplir cuando llegue el vencimiento de vuestra letra de cambio. Yo me portaré de acuerdo con vuestra respuesta. Vuestro servidor, Alain». No recibí respuesta. Estábamos entonces en 1799; había transcurrido un año menos dos meses, aproximadamente. Al vencimiento, fui a ver a Bordin. Éste tomó la letra, la llevó al protesto y entabló una

demanda. Los reveses sufridos por los ejércitos franceses, produjeron una baja tan considerable en los valores, que se podían comprar cinco francos de renta por siete francos. Así, cien luisas de oro me hubieran proporcionado cerca de mil quinientos francos de renta. Todas las mañanas, al tomar mi taza de café, decía, mientras leía el periódico: «¡Maldito Mongenod! ¡Sin él, tendría mil escudos de renta!». Mongenod se había convertido en mi bestia negra, yo prorrumpía en denuestos contra él mientras paseaba por las calles. «¡Pero Bordin no le dejará escapar y se lo tendrá bien merecido!», me decía. Mi odio se desahogaba en imprecaciones, maldecía a aquel hombre y le hallaba todos los vicios. ¡Ah, cuánta razón tenía Barillaud en lo que me decía sobre él!

XXXV. LA DESPEDIDA DE MONGENOD

—Finalmente —continuó el buen hombre—, una mañana vi entrar a mi deudor, que no estaba en absoluto embarazado, como si no me debiera ni un céntimo; al verle, experimenté toda la vergüenza que hubiera debido sentir él. Me parecía ser un criminal sorprendido en flagrante delito. Me encontraba incómodo. Ya había tenido lugar el 18 Brumario, las cosas mejoraban, los valores subían y Bonaparte había partido para ir a librar la batalla de Marengo. «Es una lástima, caballero —dije, recibiendo a Mongenod de pie—, que deba vuestra visita al apremio de un alguacil». Mongenod tomó una silla y se sentó. «Vengo a decirte —me respondió— que no estoy en situación de pagarte». «Habéis frustrado la inversión de mi dinero antes de la llegada del Primer Cónsul, momento en que hubiera hecho una pequeña fortuna». «Lo sé, Alain —me dijo—, lo sé. Pero ¿de qué sirve demandarme y cargarme de más deudas al hacerme pagar las costas del proceso? He recibido noticias de mi suegro y de mi esposa: han comprado tierras y me envían una nota de las cosas que necesitan para establecerse. He tenido que emplear todos mis recursos para adquirírselas. Ahora, sin que nadie pueda impedírmelo, voy a embarcar en un navío holandés, en Flesinga, adonde he enviado todos mis enseres. Bonaparte ha ganado la batalla de Marengo, la paz está a punto de firmarse y puedo reunirme sin temor con mi familia, pues cuando partió, mi querida mujercita estaba encinta». «¿Así, me habéis inmolado a vuestros intereses?», le dije. «Sí —me respondió—, creí que eráis amigo mío». En aquel momento, me sentí inferior a Mongenod, hasta tal punto me pareció sublime al pronunciar aquella sencilla frase, tan grande: «¿No os lo había dicho? —prosiguió—. ¿No fui completamente franco con vos, aquí, en este mismo lugar? Me acerqué a vos, Alain, como la única persona capaz de apreciarme. Ya os dije que cincuenta luises los perderíais, pero cien, os los devolvería. No quise aceptar un plazo, pues no puedo saber el día en que acabaré mi larga lucha con la miseria. Vos eráis mi último amigo. Todos mis amigos, incluso vuestro viejo jefe Bordin, me despreciaban por el hecho mismo de pedirles dinero prestado. ¡Oh, vos no sabéis, Alain, la cruel sensación que oprime el corazón de mi hombre honrado en lucha con la desgracia, cuando entra en casa de alguien para pedirle ayuda!... ¡Y todo lo que sigue! Deseo que no la conozcáis jamás; es más terrible que la angustia de la muerte. Vos me habéis escrito cartas que si os las hubiese escrito yo, en la misma situación, os hubieran parecido bien odiosas. Esperabais de mí cosas que no estaban en mi poder. Vos sois el único ante el que he venido a justificarme. A pesar de vuestros rigores, y aunque de amigo os convertisteis en acreedor el día en que Bordin me pidió una letra para vos, desmintiendo así el sublime contrato que habíamos hecho aquí, estrechándonos la mano y trocando nuestras lágrimas, pues bien, yo sólo me he acordado de aquella mañana. A causa de aquella hora, vengo a deciros: ¡No conocéis la desdicha, no la acuséis! ¡No he tenido ni una hora ni un segundo para escribir y responderos! ¿Quizá hubierais deseado que hubiese venido a animaros?... ¡Sería lo mismo que pedir a una

liebre acosada por los perros y los cazadores, que fuese a reposar a un calvero para mordisquear la hierba! No, no os envié una entrada; no tenía bastantes para repartir a todos aquellos de quienes dependía mi suerte. Novicio en el teatro, he sido presa de los músicos, de los actores, de los coristas y de la orquesta. Para poder irme y comprar todo cuanto mi familia necesita en América, vendí *Los Peruanos* al director, con otras dos piezas que tenía en cartera. Partí hacia Holanda sin un céntimo. Comí únicamente pan durante el viaje, hasta llegar a Flesinga. Me habían pagado el viaje, ésta es la verdad. Sin la compasión de mi patrona, que tiene confianza en mí, me hubiera visto obligado a viajar a pie, con el zurrón al hombro. Pero como a pesar de vuestras dudas sobre mí, sin vos yo no hubiera podido enviar a mi suegro y a mi mujer a Nueva York, mi reconocimiento permanece íntegro. No, *señor Alain*, no olvido que los cien luisos que me prestasteis os darían hoy mil quinientos francos de renta». «Querría creeros, Mongenod», dije, casi conmovido por el acento con que pronunció aquella explicación. «¡Ah, ya no me llamas señor! —dijo vivamente, mirándome con aire enternecido—. ¡Dios mío! Abandonaré Francia con menos pesar si dejo en ella un hombre a los ojos del cual no soy un medio bribón, un derrochador, ni un farsante. He amado a un ángel en medio de mi miseria. Un hombre capaz de amar, Alain, nunca es completamente despreciable...». Al oír estas palabras, le tendí la mano, él la tomó y la estrechó. «Que el cielo te proteja», le dije. «¿Seguimos siendo amigos?», me preguntó. «Sí —contesté—. ¡No podrá decirse que mi compañero de infancia y mi amigo de la juventud ha partido hacia América bajo el peso de mi cólera!...». Mongenod me abrazó con lágrimas en los ojos, y se precipitó hacia la puerta.

XXXVI. CONFIDENCIAS MUTUAS

—Cuando pocos días después encontré a Bordin —añadió Alain—, le conté mi última entrevista, y él me dijo sonriendo: «¡Deseo que no se trate de una escena de comedia! ¿No os ha pedido nada?». «No», respondí. «También vino a mi casa, yo me mostré casi tan débil como vos, y me pidió ayuda para comer durante el viaje. ¡En fin, vivir para ver!». Aquella observación de Bordin me hizo temer haber cedido estúpidamente a un impulso de mi sensibilidad. «¡Pero él también, el fiscal, ha hecho como yo!», me dije. Creo inútil explicaros cómo perdí toda mi fortuna, excepto mis cien luises restantes, que puse en el libro Mayor cuando los fondos alcanzaron un descuento tan elevado, que apenas dispuse de quinientos francos de renta para vivir, a la edad de treinta y cuatro años. Por intermedio de Bordin, quien me recomendó, conseguí un empleo con ochocientos francos de sueldo en la sucursal del Monte de Piedad de la calle Petits-Augustins. Viví entonces con suma modestia. Me alojé en un tercer piso de la calle Marais, en un pequeño apartamento compuesto de dos habitaciones y un gabinete, por doscientos cincuenta francos. Iba a cenar a una pensión burguesa, por cuarenta francos mensuales. Durante la noche redactaba escrituras. Feo y pobre, tuve que renunciar a casarme.

Al oír aquella sentencia que el pobre Alain dictaba sobre sí mismo con una adorable resignación, Godefroid hizo un movimiento que demostró mejor que una confidencia la identidad de sus destinos, y el viejo, en respuesta a aquel gesto elocuente, pareció como si esperase unas palabras de su oyente.

—¿Nunca habéis sido amado? —le preguntó Godefroid.

—¡Jamás! —repuso el viejo—, salvo por la señora, que nos devuelve el amor que todos sentimos por ella, un amor que puedo llamar divino... Vos habéis podido convenceros de ello, ya que vivimos de su vida, como ella vive de la nuestra; sólo tenemos un alma para todos nosotros, y, aunque no sean *físicos*, no por ello nuestros placeres dejan de poseer una gran vivacidad, pues solamente existimos para el corazón... ¡Qué se le va a hacer, hijo mío! —prosiguió—. Cuando las mujeres son capaces de apreciar las cualidades morales, han acabado con todo lo exterior, y entonces ya son viejas... ¡He sufrido mucho, os lo aseguro!...

—¡Ah! ¡Ya estamos! —dijo Godefroid.

XXXVII. LAS MALDADES DE UN SANTO

—Durante el Imperio —prosiguió el viejo bajando la cabeza—, las rentas no se pagaban con exactitud y a veces se producían suspensiones en el pago. De 1802 a 1814, no hubo semana en que yo no atribuyese mis desdichas a Mongenod. «Sin Mongenod —me decía— hubiera podido casarme. Sin él, no me vería obligado a esta vida de privaciones». Pero a veces también pensaba: «¡Quizá el desgraciado esté perseguido allá abajo por la mala suerte!». En 1806, un día que el fardo de la existencia me parecía muy pesado, le escribí una larga carta que le envié por Holanda. No recibí respuesta y esperé durante tres años, fundando en esta contestación unas esperanzas siempre defraudadas. Por último, me resigné a aquella vida. A mis quinientos francos de renta y mis mil doscientos francos del Monte de Piedad, pues me aumentaron el sueldo, pude añadir una teneduría de libros que obtuve en casa del señor Birotteau, perfumista, y que me reportó otros quinientos francos. De esta forma, no solamente salí de dificultades, sino que pude ahorrar ochocientos francos anuales. A principios de 1814, puse nueve mil francos de economías a cuarenta francos en el libro Mayor y así tuve mil seiscientos francos asegurados para mi vejez. Por lo tanto, ganaba rail quinientos francos en el Monte de Piedad, seiscientos por mi teneduría de libros y mil seiscientos más sobre el Estado, en total tres mil setecientos francos. Tomé un piso en la calle de Seine, y pude vivir entonces un poco mejor, Mi empleo me ponía en relación con muchos desgraciados. Desde hacía doce años, conocía mejor que nadie la miseria pública. Una o dos veces ayudé a personas pobres. Experimentaba un vivo placer viendo que de diez personas agradecidas, uno o dos matrimonios habían conseguido salir de sus dificultades. Se me ocurrió pensar que la beneficencia no debía consistir en tirar dinero a los que sufrían. Hacer obras de caridad, según la expresión vulgar, me pareció a menudo como si fuese una especie de prima dada al crimen. Me puse a estudiar esta cuestión. Tenía entonces cincuenta años y mi vida estaba casi acabada. «¿Para qué sirvo? —me preguntaba—. ¿A quién dejaré mi fortuna? Cuando haya amueblado ricamente mi apartamento, cuando tenga una buena cocinera, cuando mi existencia esté debidamente asegurada, ¿en qué emplearé el tiempo?». Así, once años de revolución y quince de miseria devoraron la época más feliz de mi vida, la consumieron en un trabajo estéril, o únicamente dedicado a la conservación de mi persona. A esta edad, nadie puede lanzarse desde ese destino oscuro y oprimido por la necesidad hacia un destino radiante, pero uno siempre puede hacerse útil. Comprendí finalmente que una vigilancia pródiga en consejos decuplicaba el valor del dinero entregado, puesto que los desgraciados tienen ante todo necesidad de guía; haciendo que se aprovechen del trabajo que hacen para terceros, no es precisamente la inteligencia del especulador lo que les falta. Algunos hermosos resultados obtenidos hicieron que me sintiera muy orgulloso. Vi una finalidad y una ocupación a la vez, sin hablar de los goces exquisitos que proporciona el placer de desempeñar en pequeño el papel de la

Providencia.

—¿Y hoy lo desempeñáis en grande? —preguntó con viveza Godefroid.

—¡Oh! ¿Queréis saberlo todo? —repuso el anciano—. Ni pensarlo. ¿Lo creeríais? —prosiguió después de una pausa.

La pequeñez de los medios que mi modesta fortuna ponía a mi disposición, me hacía pensar con frecuencia en Mongenod. Sin él, hubiera podido hacer mucho más, me decía. Si un hombre falto de honradez no me hubiese quitado mil quinientos francos de renta, solía pensar, salvaría a esta familia. Excusando entonces mi impotencia con una acusación, aquéllos a quienes no ofrecía más que palabras de consuelo maldecían conmigo a Mongenod. Tales maldiciones me aliviaban el corazón.

XXXVIII. VENGANZA DE MONGENOD

Una mañana, en enero de 1816, mi ama de llaves me anuncia... ¿sabéis a quién? ¡A Mongenod! ¡Al señor Mongenod! ¿Y a quién veo entrar?... A su bella esposa, que entonces tenía treinta y seis años, acompañada de tres niños; después a Mongenod, más joven que cuando se fue, pues la riqueza y la felicidad difunden una aureola en torno a sus favoritos. Se fue flaco, pálido, cetrino, chupado y volvía grueso, orondo, lozano como un prebendado y bien vestido. Se arrojó en mis brazos, y, al notar mi frío recibimiento, me dijo enseguida: «¿Acaso hubiera podido venir antes, amigo mío? Los mares sólo están libres desde 1815; además, he necesitado dieciocho meses para liquidar mi fortuna, cerrar mis cuentas y cobrar. ¡He triunfado, amigo mío! Cuando recibí tu carta en 1806, embarqué en un navío holandés para traerte yo mismo una pequeña fortuna, pero la incorporación de Holanda al Imperio francés hizo que los ingleses me detuvieran, para conducirme a Jamaica, de donde escapé por casualidad. De regreso a Nueva York, me encontré en precaria situación económica, pues durante mi ausencia, la pobre Carlota no pudo defenderse de los intrigantes. Entonces me vi obligado a comenzar de nuevo el edificio de mi fortuna. Pero en fin, ya hemos regresado. Por la manera como te miran estos niños, ya podrás adivinar cuántas veces les hemos hablado del bienhechor de la familia». «¡Oh! Sí, señor —dijo la bella señora Mongenod—, no hemos pasado un solo día sin acordarnos de vos. En todos nuestros negocios os hemos reservado vuestra parte. Todos esperábamos el momento feliz, que al fin ha llegado, de poder ofreceros vuestra fortuna, aunque no creemos que este *diezmo del señor* pueda saldar jamás nuestra deuda de agradecimiento». Después de pronunciar estas palabras, la señora Mongenod me tendió esta magnífica arqueta que aquí veis, y que contenía ciento cincuenta billetes de mil francos. «Has sufrido mucho, mi pobre Alain, lo sé, pero nosotros adivinábamos tu sufrimiento y hemos probado mil combinaciones para hacerte llegar este dinero, sin conseguirlo jamás —prosiguió Mongenod—. No pudiste casarte, ya me lo has dicho, pero aquí está nuestra hija mayor, que hemos educado con la idea de que sea tu esposa, y tiene quinientos mil francos de dote...». «¡Dios me libre de hacer su desgracia!», exclamé vivamente, al contemplar una joven tan bella como lo era la madre a su edad, y la atraje hacia mí para besarla en la frente. «No tengáis miedo, mi bella niña —le dije—. ¡Un hombre de cincuenta años y una joven de diecisiete! ¡Y un hombre tan feo como yo! —exclamé—. ¡Jamás!». «Señor —me dijo ella—, el bienhechor de mi padre nunca será feo para mí». Estas palabras, pronunciadas espontáneamente y con candor, me hicieron comprender que todo era verdad en el relato de Mongenod; le tendí entonces la mano y nos abrazamos de nuevo. «Amigo mío —le dije—, me he portado muy mal contigo, porque te he acusado y maldecido con frecuencia...». «Era natural que lo hicieras, Alain —me respondió él enrojeciendo—, experimentabas grandes sufrimientos, y por mi causa...». Saqué de una caja el expediente de Mongenod y se lo entregué junto con su letra de cambio.

«Almorzaréis todos conmigo», dije a la familia. «A condición de que vendrás a cenar a casa de la señora cuando esté instalada —me dijo Mongenod—, pues llegamos ayer. Vamos a comprar un hotel, y yo voy a abrir una casa de banca en París para la América del Norte, a fin de dejarla a este mozo», dijo, indicando a su primogénito, que tenía quince años. Pasamos juntos el resto del día y por la noche fuimos al teatro, ya que Mongenod y su familia estaban hambrientos de espectáculos. Al día siguiente, coloqué la suma en el libro Mayor, y recibí alrededor de quince mil francos de renta en total. Aquella fortuna me permitió dejar la teneduría de libros por la noche y renunciar a mi empleo, con gran contento de los supernumerarios. Después de fundar el Banco Mongenod y compañía, que amasó enormes beneficios gracias a los primeros empréstitos de la Restauración, mi amigo falleció en 1827, a los sesenta y tres años. Su hija, a la que dio más tarde un millón de dote, se casó con el vizconde de Fontaine. El hijo, que vos ya conocéis, aún no se ha casado; vive con su madre y su hermano menor. Ellos nos facilitan todas las sumas que nos hacen falta. Federico, pues el padre le puso mi nombre en América, Federico Mongenod es, a sus treinta y siete años, uno de los banqueros más hábiles y honrados de París. No hace mucho tiempo, la señora Mongenod acabó por confesarme que había vendido sus cabellos por dos escudos de seis libras, a fin de comprar pan. Todos los años hace donación de veinticuatro cargas de leña, que yo distribuyo entre los menesterosos, para agradecerme la media carga que en otros tiempos le envié.

XXXIX. TRANSIRE BENEFACIENDO

—Esto me explica entonces vuestras relaciones con la casa Mongenod —dijo Godefroid—, y vuestra fortuna...

El viejo miró a Godefroid, sonriendo siempre con la misma expresión de dulce malicia.

—Continuad —repuso Godefroid, viendo por la expresión de Alain que el buen hombre no le había dicho todo.

—Este desenlace, mi querido Godefroid, me causó una impresión profundísima. Si el hombre que había sufrido tanto, si aquel amigo me perdonaba mi injusticia, yo no podía perdonármela.

—¡Oh! —exclamó Godefroid.

—Resolví consagrar todo mi excedente, que ascendía a unos diez mil francos anuales, a obras de beneficencia bien meditadas —prosiguió tranquilamente Alain—. Conocí por esta época a un juez del Tribunal de primera instancia del Sena, llamado Popinot, al que hemos tenido el dolor de perder hace tres años, y que durante quince años consecutivos practicó la caridad más activa en el barrio de Saint-Marcel. Junto con nuestro venerable vicario de Nôtre-Dame y la señora de La Chanterie, tuvo la idea de fundar la obra en la que nosotros cooperamos y que, desde 1825, ha sido causa secreta de algún bien. Esta obra ha tenido un alma en la señora, pues ella es verdaderamente el alma de esta empresa. El vicario supo aumentar nuestra religiosidad, al demostrarnos la necesidad de empezar por ser virtuosos nosotros mismos para poder inspirar la virtud, para predicar con el ejemplo, en una palabra. A medida que avanzábamos por este camino, más dichosos nos sentíamos mutuamente. Por lo tanto, fue el arrepentimiento que sentí por haber juzgado mal el corazón de mi amigo de la infancia lo que me dio la idea de consagrar a los pobres, y por mí mismo, la fortuna que él me traía y que yo acepté sin sublevarme ante la enormidad de la suma devuelta a cambio de la que yo le había prestado: el destino que le daba lo resolvía todo.

Este relato, hecho sin ningún énfasis y con una conmovedora bondad en el acento, en el gesto y en la mirada, hubiera inspirado a Godefroid el deseo de ingresar en aquella santa y noble asociación, si su resolución ya no estuviese tomada.

—Conocéis poco el mundo —dijo Godefroid—, ya que habéis tenido tales escrúpulos ante lo que no pesaría en conciencia alguna.

—Únicamente conozco a los infortunados —respondió el viejo—. Apenas deseo conocer un mundo en el que despierta tan poco temor juzgarse los unos a los otros. Pronto será medianoche y tengo que meditar en mi capítulo de la *Imitación de Jesucristo*. Buenas noches.

Godefroid tomó la mano del viejo y se la estrechó con un impulso lleno de admiración.

—¿Podéis contarme la historia de la señora de La Chanterie? —preguntó

Godefroid.

—Eso es imposible sin su consentimiento —repuso el anciano—, pues está relacionado con uno de los sucesos más terribles de la política imperial. Conocí a la señora por intermedio de mi amigo Bordin, que sabe todos los secretos de su noble vida. Fue él, por decirlo así, quien me trajo a esta casa.

—Sea como sea —respondió Godefroid—, os agradezco que me hayáis contado vuestra vida, pues contiene lecciones muy saludables para mí.

—¿Sabéis cuál es su moraleja?

—Decídmela —replicó Godefroid—. Es posible que yo vea algo distinto a lo que veis vos...

—Pues bien, el placer —añadió el buen hombre— es un accidente en la vida del cristiano; no es su finalidad, y esto lo comprendemos demasiado tarde.

—¿Y qué sucede cuando nos cristianizamos? —preguntó Godefroid.

—¡Mirad! —dijo el viejo.

Y señaló con el dedo a Godefroid una inscripción en letras de oro sobre fondo negro que el nuevo huésped no había podido ver, pues era la primera vez que entraba en la habitación del viejo. Godefroid, volviéndose, leyó: TRANSIRE BENEFACIENDO.

—Aquí tienes, hijo mío, el sentido que entonces se da a la vida. Es nuestra divisa. Si os convertís en uno de los nuestros, éste será vuestro único diploma. Leemos este consejo, que nos damos a nosotros mismos a toda hora, al levantarnos, al acostarnos, al vestirnos... ¡Ah, si supieseis qué inmensos placeres produce el cumplimiento de este lema!...

—¿Por ejemplo? —preguntó Godefroid, esperando revelaciones.

—En primer lugar, somos tan ricos como el barón de Nucingen... Pero la *Imitación de Jesucristo* nos prohíbe tener nada nuestro, no somos más que dispensadores, y, si tuviésemos el menor sentimiento de orgullo, ya no seríamos dignos de serlo. Esto no sería *transire benefaciendo*, sino gozar con el pensamiento. Si os decís dilatando las aletas de la nariz que representáis el papel de la Providencia, como hubierais podido pensar de haberos hallado esta mañana en mi lugar, devolviendo la vida a una familia, os convertiríais en un Sardanápalo, en un malvado. Ninguno de estos caballeros piensa en sí mismo al hacer el bien, hay que despojarse de toda vanidad, del orgullo, del amor propio, ¡y esto es difícil, os lo aseguro!...

XL. OBSERVACIÓN IMPORTANTE

Godefroid dio las buenas noches al señor Alain, y volvió a su casa vivamente impresionado por aquel relato, pero su curiosidad estaba más despierta que satisfecha, pues la gran figura del cuadro que ofrecía aquel interior era la señora de La Chanterie. La vida de aquella mujer tenía para él tanto valor, que convertía esta información en la finalidad de su estancia en el hotel de La Chanterie. Empezaba a vislumbrar en la asociación de aquellas cinco personas una vasta empresa caritativa, pero pensaba mucho menos en ello que en su heroína.

El neófito pasó algunos días dedicado a observar mejor que lo hiciera hasta entonces a las personas escogidas que le rodeaban, y se convirtió en el objeto de un fenómeno moral que los filántropos modernos han desdeñado, tal vez por ignorancia. La esfera en que vivía ejerció una acción positiva sobre Godefroid. La ley que gobierna la naturaleza física respecto a la influencia de los medios atmosféricos, para las condiciones de existencia de los seres que se desarrollan en ellos, gobierna asimismo la naturaleza moral, de donde se sigue que la reunión de los condenados es uno de los mayores crímenes sociales, y que su aislamiento es una experiencia de dudoso éxito. Los condenados deberían entregarse a instituciones religiosas, donde estarían rodeados de los prodigios del Bien, en vez de permanecer entre los milagros del Mal. En esto cabe esperar una consagración completa por parte de la Iglesia; si ella envía misioneros a las naciones salvajes o bárbaras, con qué alegría daría a las órdenes religiosas la misión de recibir en su seno a los salvajes de la civilización para catequizarlos, pues todos los criminales son ateos, y a menudo sin saberlo. Godefroid encontró a estas cinco personas dotadas de las cualidades que ellas le exigían; todas estaban desprovistas de orgullo y vanidad, eran verdaderamente humildes y piadosas, sin ninguna de esas pretensiones que constituyen *la devoción*, tomando esta palabra en su peor acepción. Aquellas virtudes eran contagiosas; experimentó el deseo de imitar a estos héroes desconocidos, y acabó por estudiar con apasionamiento el libro que había empezado por desdeñar. En quince días redujo la vida a lo esencial, a lo que es realmente cuando se la considera desde el elevado punto de vista al que conduce el espíritu religioso. En fin, su curiosidad, tan mundana al principio, excitada por tantos motivos vulgares, se purificó; si bien no renunció a ella, pues le costaba perder su interés por la señora de La Chanterie, demostró sin proponérselo una discreción que fue apreciada por aquellos hombres, en los que el espíritu divino creaba una profundidad inaudita en las facultades, como por lo demás ocurre con todos los religiosos. La concentración de las fuerzas morales por el sistema que sea, decuplica su alcance.

—Nuestro amigo no se ha convertido aún —decía el buen abate de Vèze—, pero quiere convertirse...

Una circunstancia imprevista apresuró la revelación de la historia de la señora de La Chanterie a Godefroid, de manera que el interés capital que ésta ofrecía quedó

satisfecho prontamente.

XLI. LA PALABRA ES TAN MORTÍFERA COMO LA PISTOLA

París se ocupaba entonces, en la puerta de Saint-Jacques, del desenlace de uno de aquellos horribles procesos criminales que dejan recuerdo en los anales de nuestros tribunales de lo criminal. El prodigioso interés que presentaba aquel proceso se debía a los propios criminales, cuya audacia e ingenio superior al de los acusados ordinarios y cuyas cínicas respuestas espantaron a la sociedad. Hecho digno de observación es que ningún periódico entraba en el hotel de La Chanterie, y Godefroid sólo se enteró por su profesor de teneduría de libros de que el recurso de casación había sido rechazado, pues el proceso tuvo lugar mucho antes de su ingreso en casa de la señora de La Chanterie.

—Imaginad que os encontráis —dijo a sus futuros amigos—, a personas como esos terribles facinerosos. ¿Qué haríais con ellos?...

—En primer lugar —contestó Nicolás—, no se trata de terribles facinerosos, sino de naturalezas enfermas que hay que poner en Charenton; pero, salvo esas raras excepciones médicas, no vemos más que personas sin religión o que razonan mal, y la misión del hombre caritativo es la de enmendar las almas, devolver al buen camino a los descarriados.

—Y para el apóstol todo es posible —terció el abate de Vèze—, pues tiene a Dios a su lado...

—Si os enviasen a esos dos condenados —observó Godefroid—, no conseguiríais nada.

—Nos faltaría tiempo —observó a su vez el viejo Alain.

—En general —dijo Nicolás—, se entregan a la religión unas almas que están en la impenitencia final, y durante un tiempo insuficiente para hacer prodigios. Las personas de quien habláis, en nuestras manos, se habrían convertido en hombres muy distinguidos, puesto que poseen una energía inmensa; pero, como han cometido un asesinato, ya no podemos ocuparnos de ellos, pasan a depender de la justicia humana...

—Así —repuso Godefroid—, vos os oponéis a la pena de muerte.

Nicolás se levantó bruscamente y salió.

—No habléis nunca de la pena de muerte ante Nicolás; reconoció, en un criminal a cuya ejecución tuvo que asistir, a su hijo natural...

—¡Y era inocente! —comentó José.

En aquel momento, la señora de La Chanterie, que se había ausentado por unos instantes, regresó al salón.

—En fin —dijo Godefroid dirigiéndose a José—, reconocer que la sociedad no puede subsistir sin la pena de muerte, y que aquéllos a quienes mañana por la mañana cortarán...

Godefroid notó que una mano vigorosa le cerraba la boca con fuerza, y el abate de Vèze se llevó a la señora de La Chanterie pálida y casi moribunda.

—¿Qué habéis hecho? —dijo José a Godefroid—. Lleváoslo, Alain —añadió retirando la mano con que atenazaba a Godefroid, impidiéndole hablar. Y siguió al abate de Vèze hacia las habitaciones de la señora.

—Venid —dijo Alain a Godefroid—, nos habéis obligado a confiaros los secretos de la vida de la señora.

XLII. UNA HISTORIA COMPLICADA

Los dos amigos se encontraron entonces, al cabo de unos momentos, en la habitación del viejo Alain, tal como estaban cuando el viejo contó su historia al joven.

—Lo siento —murmuró Godefroid, cuyo rostro revelaba su desesperación por haber sido la causa de lo que, en aquella santa mansión, podía considerarse una catástrofe.

—Espero que Manon venga a tranquilizarnos —respondió el viejo, al oír los pasos de la doméstica por la escalera.

—Señor, la señora se encuentra bien, el señor abate la ha engañado, diciéndole que se hablaba de otra cosa —dijo Manon, dirigiendo una mirada de marcado enojo a Godefroid.

—¡Dios mío! —exclamó el pobre joven, con lágrimas en los ojos.

—Vamos, sentaos —le dijo Alain, sentándose a su vez. E hizo una pausa para ordenar sus ideas.

—No sé —observó el buen anciano— si tendré el talento que es necesario para contar dignamente una vida que ha sufrido tan crueles pruebas; ya sabréis disculparme si no encontráis la palabra de un orador tan pobre a la medida de las acciones y catástrofes. Pensad que salí del colegio hace mucho tiempo, y que soy hijo de un siglo que se preocupaba más por el pensamiento, que por el efecto, un siglo prosaico en el que sólo se sabían decir las cosas por su nombre.

Godefroid hizo un movimiento afirmativo y el viejo Alain pudo ver en él una admiración sincera y que quería decir: os escucho.

—Acabáis de ver, mi joven amigo —prosiguió el viejo—, que era imposible permanecieseis más tiempo entre nosotros sin conocer algunos de los terribles particulares de la vida de esta santa mujer. Hay ideas, alusiones, palabras fatales que están completamente prohibidas en esta casa, so pena de abrir de nuevo en la señora unas heridas cuyos dolores, renovados una o dos veces, podrían matarla...

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Godefroid—. ¿Qué he hecho yo?...

—Sin la intervención de José, que os ha atajado la palabra presintiendo que ibais a mencionar el fatal instrumento de muerte, hubierais fulminado a esta pobre señora... Ya es hora de que lo sepáis todo, pues vos nos pertenecéis, hoy tenemos la convicción.

XLIII. QUIÉN ERA LA SEÑORA

—La señora de La Chanterie —añadió después de una pausa—, nació en el seno de una de las principales familias de la Baja Normandía. De soltera se llamaba señorita Barbe-Filiberta de Champignelles, de una rama menor de dicha familia. Como era costumbre en las familias pobres, la destinaron a tomar el velo si su matrimonio no podía celebrarse con las renunciaciones de rigor a la legítima. Un tal señor de La Chanterie, cuya familia se había hundido en una profunda oscuridad, aunque se remontaba a la cruzada de Felipe-Augusto, quiso ponerse a la altura del rango que le confería esa antigüedad en la provincia de Normandía. Dicho gentilhomme había faltado doblemente a su propia dignidad, pues amasó unos trescientos mil escudos como proveedor de los ejércitos del rey durante la guerra de Hannover. Confiando demasiado en aquellas riquezas, aumentadas por los rumores de la provincia, el hijo llevaba en París una vida harto inquietante para un padre de familia. Las prendas de la señorita de Champignelles le daban cierto renombre en el Bessin. El viejo, cuyo pequeño feudo de La Chanterie se encuentra entre Caen y Saint-Lô, oyó deplorar en su presencia que una señorita tan perfecta y tan capaz de hacer feliz a un hombre, hubiera de terminar sus días en un convento, y, cuando expresó sus deseos de ir a ver a esta señorita, le dieron esperanzas de obtener de los champignelles, aun cuando fuese sin dote, la mano de la señorita Filiberta para su hijo. Entonces se trasladó a Bayeux, celebró algunas entrevistas con la familia de la joven, y las grandes cualidades de ésta le sedujeron. A sus dieciséis años, la señorita de Champignelles anunciaba ya todo lo que sería. Se adivinaba en ella una piedad sólida, un buen sentido inalterable, una rectitud inflexible y una de esas almas que nunca se desvían de un afecto, aunque les haya sido impuesto. El viejo noble, enriquecido por el dinero amasado en el ejército, vio en aquella joven encantadora la mujer que podría poner un freno a su hijo con la autoridad de la virtud y el ascendiente de un carácter firme y sin rigidez, ¡pues ya habéis visto que no hay mujer más dulce que la señora de La Chanterie, pero tampoco más confiada que ella! Ha mantenido hasta el ocaso de su vida el candor de la inocencia, nunca quiso creer en el mal y debe la poca desconfianza que vos le conocéis, a sus desdichas. El viejo se comprometió ante los Champignelles a renunciar a la legítima en el contrato matrimonial de la señorita Filiberta, y a cambio de ello, los Champignelles, emparentados con familias de alto linaje, prometieron convertir el feudo de La Chanterie en baronía, y mantuvieron su palabra. La señora de Boisfrelon, tía del futuro esposo, casada con el consejero del Parlamento que murió en el piso que ocupáis, prometió legar su fortuna a su sobrino. Una vez tomados todos estos acuerdos entre ambas familias, el padre llamó a su hijo. Alto funcionario del Gran Consejo, el joven, que contaba veinticinco años cuando se celebró su boda, había cometido numerosas locuras con los jóvenes señores de la época, viviendo a su guisa; por ello el viejo proveedor de los ejércitos tuvo que pagar varias veces deudas considerables. El pobre padre, en previsión de que su hijo

cometiera nuevas locuras, estaba más que encantado de reconocer a su futura nuera cierta fortuna, pero se mostraba tan desconfiado que sustituyó en el feudo de La Chanterie a los hijos varones que nacieran del matrimonio... La Revolución —dijo el viejo Alain haciendo un paréntesis—, hizo inútil aquella precaución. Dotado de una belleza angelical y una maravillosa agilidad para todos los ejercicios corporales, el joven magistrado poseía el don de la seducción —agregó—. Por lo tanto, me creeréis fácilmente si os digo que la señorita de Champignelles estaba muy prendada de su marido. El viejo, que se las prometía muy felices a la vista de aquel casamiento concertado bajo tan buenos auspicios, y creyendo que su hijo se había reformado, envió a los recién casados a París.

XLIV. LA VIDA DE LA MUJER

—Esto sucedía a principios del año 1788. Fue casi un año de felicidad. La señora de La Chanterie conoció las pequeñas solicitudes, las más delicadas atenciones que un hombre profundamente enamorado pueda prodigar a la mujer a quien ama. Por corta que fuese, aquella luna de miel resplandeció en el corazón de esta mujer tan noble y desdichada. Ya sabéis que a la sazón las madres criaban ellas mismas a sus hijos, y la señora tuvo una hija. Aquel período, durante el cual una mujer debe ser objeto de una ternura redoblada, fue por el contrario el principio de calamidades inauditas. El magistrado se vio obligado a vender todos sus bienes disponibles para pagar antiguas deudas que no había confesado, junto con otras nuevas contraídas a causa del juego. Después, la Asamblea Nacional no tardó en decretar la disolución del Gran Consejo, del Parlamento y de todos los cargos judiciales, comprados por sumas exorbitantes. El joven matrimonio, cuyo número había aumentado con una hija, se encontró entonces sin otros ingresos que los provenientes de los bienes substituidos y la dote reconocida a la señora de La Chanterie. En veinte meses, aquella encantadora mujer, a la edad de diecisiete primaveras y media, se vio obligada a vivir, con la hija que amamantaba, del trabajo de sus manos, en un oscuro barrio al que se retiró. Se vio entonces totalmente abandonada por su marido, que de peldaño en peldaño fue hundiéndose entre los seres de peor ralea. La señora no hizo jamás el menor reproche a su marido, nunca le acusó de la menor culpa. Nos contó que, durante aquellos días aciagos, rogaba a Dios por su querido Enrique. Aquel mal sujeto se llamaba Enrique —dijo el viejo—, y es un nombre que no se debe pronunciar jamás, como tampoco el de Enriqueta. Continúo. La señora de La Chanterie, que no salía de su pequeña habitación de la calle Corderie-du-Temple más que para ir a buscar su subsistencia o su labor, proveía a todo, merced a las cien libras mensuales que su suegro, conmovido ante tanta virtud, le hacía pasar. Sin embargo, previniendo que esos recursos podrían faltarle, la pobre joven adoptó la dura profesión de corsetera, y trabajaba para una célebre modista. En efecto, el viejo tratante murió, y su hijo dilapidó su herencia, aprovechándose de la derogación de las leyes de la monarquía. El antiguo magistrado del rey, convertido en uno de los más feroces presidentes de tribunal revolucionario que han existido, fue el terror de Normandía y así pudo satisfacer todas sus pasiones. Encarcelado a su vez cuando cayó Robespierre, el odio de su departamento lo destinaba a una muerte cierta. La señora de La Chanterie supo por una carta de despedida la Suerte que aguardaba a su marido. Después de confiar su hijita a una vecina, partió inmediatamente hacia la ciudad donde estaba preso el miserable, provista de los escasos luises que componían su fortuna; estos luises le sirvieron para penetrar en la prisión, de la que consiguió salvar a su marido vistiéndolo con ropas suyas, en unas circunstancias muy parecidas a las que, más tarde, supo aprovechar también la señora de Lavalette. Ella fue condenada a muerte, pero el tribunal se avergonzó de llevar a cabo tal venganza, y el

comité que antes presidiera su marido, facilitó bajo mano su salida de la prisión. Volvió a París a pie, sin recursos, durmiendo en las alquerías y comiendo muchas veces de caridad.

—¡Dios mío! —exclamó Godefroid.

—¡Esperad!... —repuso el viejo—. ¡Esto no es nada! En ocho años la pobre mujer volvió a ver tres veces a su marido. En la primera ocasión, el señor permaneció dos veces veinticuatro horas en el modesto alojamiento de su esposa, y le arrebató todo su dinero colmándola de tiernas atenciones y haciéndole creer en una conversión completa. «Yo me encontraba sin fuerzas —dice ella—, para luchar contra un hombre por quien rezaba todos los días y que ocupaba exclusivamente mi pensamiento». La segunda vez el señor de La Chanterie llegó moribundo: ¡y de qué enfermedad! Ella le cuidó, le salvó; luego trató de suscitar en él buenos sentimientos y de atraerle a una vida morigerada. Después de prometer todo cuanto le pedía aquel ángel, el revolucionario volvió a entregarse al más espantoso desenfreno, y sólo consiguió escapar a la acción del Ministerio Público yendo a refugiarse en casa de su esposa, donde murió en seguridad.

—¡Oh, esto no es nada! —exclamó el viejo, viendo el asombro pintado en el semblante de Godefroid—. En la sociedad que frecuentaba, nadie sabía que el hombre estuviera casado. Dos años después de la muerte del miserable, la señora de La Chanterie conoció la existencia de una segunda esposa, viuda como ella y también arruinada. Aquel bígamo había encontrado dos ángeles incapaces de traicionarle.

XLV. LA VIDA DE LA MADRE

—Alrededor de 1803 —prosiguió Alain después de una pausa—, el señor Boisfrelon, tío de la señora de La Chanterie, que fue borrado de la lista de los emigrados, regresó a París y le entregó una suma de doscientos mil francos, que antaño le confiara el viejo tratante, con el encargo de guardársela para los hijos de su sobrina. Instó a la viuda a que regresara a Normandía, donde terminó la educación de su hija y donde, siempre aconsejada por el antiguo magistrado, compró en excelentes condiciones una heredad.

—¡Ah! —exclamó Godefroid.

—Esto no es nada aún —dijo el viejo Alain—, todavía no hemos llegado a los huracanes. Continúo. En 1807, después de cuatro años de descanso, la señora de La Chanterie casó a su hija única con un gentilhombre cuya piedad, antecedentes y fortuna ofrecían toda clase de garantías; un hombre que, según el dicho popular, era el favorito, el personaje de moda de la capital de prefectura donde la señora y su hija pasaban el invierno. Observad que aquella sociedad selecta se componía de siete u ocho familias que se contaban entre la alta nobleza de Francia: los d'Esgrignon, Troisville, Casteran, Nouâtre, etc. Al cabo de dieciocho meses, aquel hombre dejó a su mujer y desapareció en París, donde Cambió de nombre. La señora de La Chanterie no pudo saber las causas de tal separación, hasta que se enteró de ella a la claridad del rayo y en medio de la tempestad. Su hija, educada con minuciosos cuidados y en los más puros sentimientos religiosos, guardó un silencio absoluto sobre aquel acontecimiento. Esta falta de confianza dolió mucho a la señora de La Chanterie. Ya había reconocido varias veces en su hija ciertos indicios que revelaban el carácter aventurero del padre, pero aumentado de una firmeza casi viril. Aquel marido se fue por su propia voluntad, dejando sus asuntos en una situación lamentable. La señora de La Chanterie aún no se ha repuesto hoy del asombro que le causó aquella catástrofe, que ninguna potencia humana hubiera podido remediar. Todas las personas que consultó le dijeron prudentemente que la fortuna del futuro era clara y líquida, en tierras, sin hipotecas, sin contar que, desde hacía diez años, los bienes habían aumentado de valor. Vendieron por lo tanto los inmuebles, y la pobre esposa, reducida únicamente a su fortuna, regresó junto a su madre. La señora de La Chanterie supo más tarde que aquel hombre contó con el apoyo de las personas más honorables de la región, que eran sus propios acreedores, pues aquel miserable les debía a todas ellas cantidades más o menos elevadas. Así, pues, desde que llegó a la provincia, la señora de La Chanterie fue considerada como una presa. No obstante, concurrieron en esta catástrofe otras razones que os serán reveladas por un documento confidencial puesto ante los ojos del emperador. Aquel hombre, por otra parte, se había granjeado desde hacía mucho tiempo la benevolencia de las cumbres realistas del departamento por su apego a la causa real durante las épocas más borrascosas de la Revolución. Era uno de los emisarios más activos de Luis XVIII y

desde 1793 participó en todas las conspiraciones, retirándose con tanta habilidad y destreza, que acabó por inspirar sospechas. El propio Luis XVIII agradeció sus servicios y le apartó de todos aquellos asuntos, regresando entonces a sus propiedades, que ya estaban gravadas desde hacía tiempo. Estos antecedentes, oscuros a la sazón, pues los que estaban iniciados en los secretos del gabinete real guardaron silencio sobre un colaborador tan peligroso, convirtieron a aquel hombre en objeto de una especie de culto en una población completamente fiel a los Borbones, y en la que se admitían los medios más crueles de la chuanería como de buena lid. Los d'Esprignon, los Casteran, el caballero de Valois, en una palabra, la aristocracia y la Iglesia acogieron con los brazos abiertos a aquel diplomático realista y lo sentaron en su regazo. Tal protección estuvo corroborada por el deseo que sentían los acreedores de cobrar su dinero. Aquel miserable, digno émulo del difunto La Chanterie, supo contenerse por espacio de tres años, fingió la más profunda devoción e impuso silencio a sus vicios. Durante los primeros meses, que los recién casados pasaron juntos, ejerció una especie de acción sobre su mujer, trató de corromperla con sus doctrinas, si es que el ateísmo puede considerarse una doctrina, y con el tono placentero con que Je hablaba de los principios más sagrados. Este diplomático de baja estofa, a poco de regresar a la región, estableció una íntima amistad con un joven abrumado igualmente de deudas, pero que mostraba tanta franqueza y valor como él hipocresía y cobardía. Aquel huésped, cuyo atractivo y carácter, junto con su vida aventurera, habían de influir en una joven, se convirtió en instrumento en manos del marido, que éste empleó para sostener sus infames teorías. La hija nunca reveló a la madre el abismo adonde el azar la había arrojado, pues no se puede hablar de prudencia humana al pensar en las minuciosas precauciones adoptadas por la señora de La Chanterie cuando se trató de casar a su hija única. Este último golpe, asestado a una vida tan abnegada, tan pura y religiosa como la de aquella mujer puesta a prueba por tantos infortunios, inspiró a la señora de La Chanterie una desconfianza hacia sí misma que la aisló tanto más de su hija cuanto que ésta, a cambio de su mala fortuna, casi exigió su libertad, intimidó a su madre y a veces la trató incluso con brusquedad. Herida así en todos sus afectos, engañada en su abnegación y en su amor por su marido, a quien había sacrificado sin una queja su felicidad, su fortuna y su vida; engañada en la educación exclusivamente religiosa que dio a su hija, burlada por la propia sociedad en la cuestión de su matrimonio, y sin obtener justicia en aquel corazón en el que únicamente sembró buenos sentimientos, se unió estrechamente a Dios, cuya mano la alcanzó con tanta fuerza. Esta mujer casi religiosa iba a la iglesia todas las mañanas, cumplía las austeridades del claustro y hacía economías para socorrer a los pobres... ¿Ha existido hasta ahora una vida más santa y sometida a mayores pruebas que la de esta noble mujer, tan dulce con el infortunio, tan valerosa en el peligro y siempre tan cristiana? —añadió el viejo mirando al sorprendido Godefroid—. Ya conocéis a la señora y sabéis si le falta buen sentido, juicio y reflexión; posee todas estas cualidades en el más alto grado.

Pues bien, tales infortunios, que bastarían para que pudiésemos decir de una existencia que sobrepasa a todas las demás en adversidad, no son nada en comparación con lo que Dios reservaba a esta mujer.

XLVI. LOS TORTURADORES

—Ocupémonos exclusivamente de la hija de la señora de La Chanterie —dijo el buen hombre reanudando su relato.

»A los dieciocho años, época de su boda, la señorita de La Chanterie era una joven de una complexión excesivamente delicada, morena, de tez resplandeciente, esbelta y de rostro bellísimo. La frente, de forma elegante, estaba coronada por unos admirables y hermosos cabellos negros, que armonizaban con unos ojos castaños de risueña expresión. Una especie de gracia delicada en la fisonomía engañaba acerca de su verdadero carácter y su viril resolución. Tenía las manos y los pies pequeños, y algo menudo y frágil en su persona que excluía toda idea de fuerza y vivacidad. Como vivió siempre al lado de su madre, era de una perfecta inocencia de costumbres y de notable piedad. Aquella joven, lo mismo que la señora de La Chanterie, sentía un apego por los Borbones rayano en el fanatismo, era enemiga de la Revolución francesa y sólo consideraba la dominación de Napoleón como una calamidad que la Providencia infringía a Francia como castigo por los atentados y desmanes de 1793. Esta coincidencia de opiniones entre la suegra y el yerno fue, como siempre ocurre en tales casos, un motivo determinante de la boda, por la que se interesó además toda la aristocracia de la región. El amigo de aquel miserable mandó una partida de chuanes durante la reanudación de las hostilidades en 1799. Parece ser que el barón (el yerno de la señora de La Chanterie era barón) no tenía más designios, al establecer relaciones ilícitas entre su mujer y su amigo, que servirse de aquellos sentimientos de afecto para pedirle ayuda y socorro. Aunque cargado de deudas y sin medios de existencia, aquel joven aventurero vivía muy bien, y, en efecto, podía socorrer fácilmente al fautor de las conspiraciones realistas.

»Esto requiere una breve explicación sobre una sociedad que hizo mucho ruido en aquella época —dijo Alain interrumpiendo su relato—. Quiero hablaros de los *Chauffeurs*^[2]. Todas las provincias del Oeste sufrieron entonces con mayor o menor intensidad la acción de estos bandidos, cuyo objeto, más que el pillaje, era resucitar la guerra realista. Según dicen, se aprovecharon del gran número de prófugos que no cumplieron las leyes del reclutamiento que entonces se pusieron en vigor, como sabéis, hasta extremos abusivos. Entre Mortagne y Rennes, incluso más allá y hasta las riberas del Loira, se organizaron expediciones nocturnas de las que, en aquella parte de Normandía, fueron víctimas principalmente los que detentaban bienes nacionales. Aquellas partidas de bandoleros sembraron un profundo terror en la campiña. No os engaño si os digo que, en algunos departamentos, la acción de la justicia estuvo paralizada durante mucho tiempo. Estos últimos ecos de la guerra civil no hicieron tanto ruido como podíais creer, pues hoy estamos acostumbrados a la espantosa publicidad que da la prensa a los menores procesos políticos o particulares. El sistema del gobierno imperial era el de todos los gobiernos absolutos. La censura

no dejaba publicar nada de lo que se refería a la política, salvo los hechos consumados, y aun éstos aparecían deformados. Si os tomáis la molestia de repasar el *Moniteur*, los otros periódicos de la época e incluso los del Oeste, no encontraréis ni una palabra sobre los cuatro o cinco procesos criminales que costaron la vida a sesenta u ochenta bandidos. Ese nombre, que se dio durante la época revolucionaria a los vendeanos, a los chuanes y a todos aquellos que tomaron las armas en defensa de la casa de Borbón, se mantuvo judicialmente durante el Imperio, aplicándolo a los realistas víctimas de algunos complotos aislados. Para algunos caracteres apasionados, el Emperador y su gobierno eran el enemigo, todo parecía lícito para atacarles. Os expongo estas opiniones sin pretender justificarlas, y prosigo.

»Ahora —dijo después de una de esas pausas necesarias en los largos relatos—, admitamos que existieron realistas arruinados por la guerra civil de 1793, sometidos a pasiones violentas; admitamos que hubo naturalezas excepcionales consumidas por múltiples deseos, como fueron el yerno de la señora de La Chanterie y aquel antiguo jefe, y comprenderemos por qué pudieron decidirse a cometer, en su propio interés, los actos de bandidaje que sus opiniones políticas autorizaban contra el gobierno imperial, en provecho de la buena causa. Así, pues, aquel joven jefe se ocupaba en provocar la insurrección de los chuanes, para actuar en el momento oportuno. Hubo entonces una crisis terrible para el Emperador, cuando, encerrado en la isla Lobau, pareció que sucumbiría ante el ataque simultáneo de Inglaterra y Austria. La victoria de Wagram hizo casi inútil la conspiración tramada en el interior. La esperanza de encender la guerra civil en la Bretaña, en la Vendé y en parte de Normandía, coincidió fatalmente con el empeoramiento de los asuntos del barón, quien se jactó de organizar una expedición cuyos beneficios se destinarían exclusivamente a salvar su hacienda. Impulsados por un sentimiento lleno de nobleza, su mujer y su amigo se negaron a destinar a un interés particular las cantidades que arrebatarían a mano armada de las recaudaciones del Estado, destinadas a pagar a los prófugos y chuanes, y a procurarse armas y municiones con destino a un alzamiento. Cuando, después de enconadas discusiones, el joven jefe, apoyado por la mujer, se negó tajantemente a reservar cien mil francos en escudos para el marido, cantidad que iba a cobrarse por cuenta del ejército real a una de las oficinas de recaudaciones e impuestos del Oeste, el barón desapareció para evitar las numerosas órdenes de detención que pesaban sobre él. Los acreedores se lanzaron sobre los bienes de la esposa, y aquel miserable secó la fuente del interés que lleva a una esposa a sacrificarse por su marido. Esto es lo que ignoraba la pobre señora de La Chanterie; pero no es nada en comparación con la trama que oculta esta explicación preliminar.

XLVII. INTERRUPCIÓN

—Esta noche —dijo el anciano después de consultar la hora en su pequeño reloj de péndulo—, la hora es muy avanzada, y necesitaríamos demasiado tiempo si hubiera de contaros el resto de la historia. El viejo Bordin, mi amigo, al que su intervención en el famoso proceso Simeuse hizo famoso en las filas del partido realista, y que abogó en el juicio criminal llamado de los Chauffeurs de Mortagne, con ocasión de mi instalación aquí me dejó dos documentos que aún conservo, pues él murió poco tiempo después. Encontraréis en ellos una exposición mucho más sucinta de los hechos que si yo os los refiriese. Estos hechos son tan numerosos que me perdería en los detalles, y tendría que estar hablando más de dos horas, mientras que ahí los tendréis en forma sumaria. Mañana por la mañana acabaré de relataros lo concerniente a la señora de La Chanterie, pues esta lectura os explicará suficientemente las cosas, y bastarán cuatro palabras más para que terminemos.

El viejo entregó unos papeles amarillentos por el tiempo a Godefroid, quien, después de dar las buenas noches a su vecino, se retiró a su habitación, donde leyó antes de dormirse los dos escritos que reproducimos a continuación.

XLVIII. LA NOVELA DE ROB-ROY EN FRANCIA ANTES DE QUE LA ESCRIBIESE WALTER SCOTT

ACTA DE ACUSACIÓN

Tribunal de justicia criminal y especial del Departamento del Orne

»El Fiscal general del Tribunal imperial de Caen, designado para desempeñar sus funciones en el Tribunal criminal especial establecido por decreto imperial con fecha del mes de septiembre de 1809 y con sede en Alençon, expone al Tribunal los hechos siguientes, resultantes del proceso incoado.

»Una conspiración de bandidos, tramada con mucha premeditación y de inaudita profundidad, relacionada con un plan de subversión de los departamentos del Oeste, se ha manifestado por medio de numerosos atentados contra los ciudadanos y sus bienes, pero principalmente por medio del ataque y robo a mano armada de un vehículo que transportaba el... de mayo 180..., la recaudación de Caen por cuenta del Estado. Este atentado, que evoca los deplorables recuerdos de una guerra civil afortunadamente extinguida, reproduce las maquinaciones de una perversidad que la flagrancia de las pasiones ya no justificaba en modo alguno.

»Desde el origen a los resultados, la trama es complicada y los detalles numerosos: la instrucción del proceso ha durado más de un año, pero las pruebas, relacionadas con todas las etapas del crimen, han iluminado sus preparativos, su ejecución y las consecuencias del mismo.

»La idea del complot pertenece al llamado Carlos-Amadeo-Luis-José Rifoël, que se da el nombre de caballero del Vissard, nacido en el Vissard, comuna de Saint-Mezme, cerca de Ernée, antiguo jefe de rebeldes.

»Este culpable, a quien S. M. el Emperador y Rey había indultado cuando se produjo la pacificación definitiva, y que agradeció la magnanimidad del soberano cometiendo nuevos crímenes, ha sufrido ya, con la última pena, el castigo merecido por tantas fechorías; pero conviene recordar algunas de sus acciones, pues influyó en los culpables actualmente entregados a la justicia, y tiene relación con todas las particularidades del proceso.

»Este peligroso agitador, oculto, según la costumbre de los rebeldes, bajo el nombre de Pierrot, erraba por los departamentos del Oeste, reclutando elementos para una nueva revuelta, pero su asilo más seguro era el castillo de Saint-Savin, residencia de una tal señora Lechantre y de su hija, la señora Bryond, sito en la comuna de Saint-Savin, distrito de Mortagne. Este punto estratégico se relaciona con los más tristes recuerdos de la rebelión de 1799. Allí fue asesinado el correo y saqueado su coche por una partida de bandoleros, mandados por una mujer cuyo ayudante era el tristemente célebre Marche-à-terre. Esto quiere decir que el bandolerismo en la

comarca es en cierto modo endémico.

Una intimidad que no intentaremos calificar existía desde hacía más de un año entre la señora Bryond y el llamado Rifoël.

»En dicha comuna tuvo lugar, en el mes de abril de 1808, una entrevista entre Rifoël y el llamado Boislaurier, jefe superior, conocido bajo el nombre de Augusto en las funestas rebeliones del Oeste y cuyo espíritu presidió el caso que actualmente se ventila ante el Tribunal.

»Este punto oscuro, tocante a las relaciones entre ambos jefes, victoriosamente demostrado por numerosos testigos, tiene además la autoridad de cosa juzgada por la sentencia condenatoria de Rifoël.

»El citado Boislaurier se entendió desde entonces con Rifoël para actuar de común acuerdo.

»Ambos, y primeramente solos, se comunicaron sus atroces proyectos, inspirados por la ausencia de Su Majestad imperial y real, que mandaba entonces sus ejércitos en España. A partir de aquella época, decidieron sin duda apoderarse de las recaudaciones del Estado, como base fundamental de sus operaciones.

»Poco tiempo después, el llamado Dubut de Caen envió al castillo de Saint-Savin un emisario, el llamado Hiley, apodado el Labrador, conocido desde hacía tiempo como salteador de diligencias, para que diese informes sobre los hombres en quienes podrían confiar.

»Y así fue como, por intermedio de Hiley, los conspiradores contaron desde el primer instante con la cooperación del llamado Herbomez, alias el General Atrevido, antiguo rebelde de la misma calaña que Rifoël, y como éste, perjuro a la amnistía.

»Herbomez e Hiley reclutaron entonces en las comunas de los alrededores a siete bandidos, que conviene dar a conocer al instante y que son:

»1.º Juan Cibot, alias Robapán, uno de los más osados bandidos de la partida organizada por Montauran en el año VII, el cual tomó parte en el asalto y muerte del correo de Mortagne.

»2.º Francisco Lisieux, apodado el Gran Hijo, prófugo del departamento de la Mayenne.

»3.º Carlos Grenier, llamado Flor de Retama, desertor de la 69.* media brigada.

»4.º Gabriel Bruce, alias Grueso Juan, uno de los chuanes más feroces de la división Fontaine.

»5.º Jacobo Horeau, llamado el Estuardo, ex-teniente de la misma media brigada y uno de los confidentes de Tinteniac, bastante conocido por su participación en la expedición de Quiberon.

»6.º María-Ana Cabot, alias Lajeunesse, antiguo montero del señor Carol d'Alençon.

»7.º Luis Minard, prófugo.

»Estos reclutas se alojaron en tres comunas diferentes, en casa de los llamados Binet, Mélin y Laravinière, fondistas o taberneros, todos amigos fieles de Rifoël.

»Las armas necesarias fueron facilitadas al instante por Juan-Francisco Léveillé, notario, incorregible corresponsal de los bandidos, intermediario entre ellos y numerosos jefes ocultos, apodado el Confesor, y finalmente por el llamado Félix Courceuil, antiguo cirujano de los ejércitos rebeldes de la Vendée, ambos de Alençon.

»Se ocultaron once fusiles en la casa que poseía el señor Bryond en el arrabal de Alençon, sin su conocimiento, pues entonces vivía en el campo, entre Alençon y Mortagne.

»Cuando el señor Bryond abandonó a su mujer, dejándola que cayese por la fatal pendiente que había de recorrer, aquellos fusiles, retirados misteriosamente de la casa, fueron transportados por la propia señora Bryond en su coche al castillo de Saint-Savin.

»Fue entonces cuando tuvieron lugar, no sólo en el departamento del Orne, sino también en los vecinos, aquellos actos de bandolerismo que sorprendieron tanto a las autoridades como a los habitantes de estas comarcas, pacíficos desde hacía tanto tiempo, y que demuestran que tan detestables enemigos del Gobierno y del Imperio francés habían sido informados sobre el secreto de la coalición de 1809 por sus amigos del extranjero.

»El notario Léveillé, la señora Bryond, Dubut de Caen, Herbomez de Mayenne, Boislaurier de Le Mans y Rifoël, fueron pues los jefes de la sociedad, a la que se afiliaron los culpables castigados ya por la sentencia que los condenó con Rifoël, los cuales son objeto de la presente acusación, y muchos otros que han escapado por medio de la fuga o el silencio de sus cómplices a la acción de la vindicta pública.

»Fue Dubut quien, domiciliado cerca de Caen, señaló el envío de la recaudación al notario Léveillé. A partir de entonces, Dubut efectuó numerosos viajes de Caen a Mortagne, y Léveillé fue visto igualmente por aquellas carreteras.

»Conviene observar aquí que cuando se realizó el traslado de los fusiles, el propio Léveillé, que fue a ver a Bruce, Greviér y Cibot a casa de Mélin, al encontrarlos escondiendo aquellas armas bajo un cobertizo interior, les ayudó personalmente en esta operación.

»Se celebró una reunión general en Mortagne, en el hotel del Écu-de-France. Todos los acusados acudieron a la cita bajo distintos disfraces. Fue entonces cuando Léveillé, la señora Bryond, Dubut, Herbomez, Boislaurier e Hiley, el más hábil de los cómplices secundarios, así como Cibot era el más osado, se procuraron el concurso del llamado Vauthier, alias Viejo Roble, antiguo criado del famoso Longuy, palafrenero del hotel. Vauthier accedió en avisar a la señora Bryond cuando pasara la diligencia con la recaudación, pues este coche suele parar en dicho hotel.

»No tardó en llegar el momento de proceder a la reunión de los bandidos reclutados, que estaban dispersos por diversos alojamientos, tan pronto en una comuna como en otra, merced a los desvelos de Courceuil y Léveillé. Dicha reunión se celebró bajo los auspicios de la señora Bryond, quien proporcionó un nuevo asilo a los bandoleros en una parte deshabitada del castillo de Saint-Savin, a pocas leguas de

Mortagne, donde residía con su madre desde la separación de su marido. Los facinerosos, capitaneados por Hiley, sentaron allí sus reales y pasaron varios días en aquel refugio. La señora Bryond preparaba personalmente, con la joven Godard, su doncella, todas las cosas necesarias para el alojamiento y comida de semejantes huéspedes. Con tal fin, hizo traer gavillas de paja, visitó a los bandidos en el asilo que les había procurado y volvió allí numerosas veces con Léveillé. Las provisiones y víveres fueron traídos bajo la dirección y cuidados de Courceuil, quien recibía órdenes de Rifoël y Boislaurier.

»La expedición principal se formaliza, el armamento está completo; los bandidos abandonan su refugio de Saint-Savin, actúan de noche esperando el paso de la recaudación, y la comarca está espantada por sus reiterados desmanes.

»Es indudable que los atentados cometidos en La Sartinière, en Vonay y en el castillo de Saint-Seny, fueron cometidos por esta banda, cuya audacia era igual a su maldad, y que supo infundir un terror tan grande, que todas sus víctimas guardaron silencio, de manera que la justicia hubo de atenerse a simples presunciones.

»Pero al mismo tiempo que imponían contribución a los compradores de bienes nacionales, aquellos bandidos exploraban con detenimiento el bosque del Chesnay, escogido como teatro de sus crímenes.

»No lejos de allí se encuentra la aldea de Louvigny, donde tienen una posada los hermanos Chaussard, antiguos guardabosques de las tierras de Troisville. Este mesón sería el último lugar de reunión de los bandidos. Los dos hermanos sabían de antemano el papel que debían representar; Courceuil y Boislaurier habían atizado desde hacía tiempo su odio latente contra el gobierno de nuestro augusto Emperador, anunciándoles que entre los huéspedes que pasarían por el mesón, habría hombres conocidos de ellos, el temible Hiley y el no menos temible Cibot.

»En efecto, el día 6, los siete bandidos, capitaneados por Hiley, llegaron a la posada de los hermanos Chaussard, donde pasaron dos días. El jefe se llevó a sus hombres el día 8, diciendo que iban a tres leguas de allí, y ordenó a los dos hermanos que les procurasen vituallas, las cuales fueron llevadas a una bifurcación no muy distante del pueblo. Hiley volvió a dormir solo.

»Dos hombres a caballo, que debían ser la señora Bryond y Rifoël, pues se sabe que dicha señora acompañaba a éste en sus expediciones, a caballo y disfrazada de hombre, llegaron por la noche y celebraron una conversación con Hiley.

»Al día siguiente, Hiley escribió una carta al notario Léveillé, que uno de los hermanos Chaussard se encargó de llevar, trayendo acto seguido una respuesta.

»Dos horas después, la señora Bryond y Rifoël, a caballo, fueron a hablar con Hiley.

»De todas estas conferencias, de estas idas y venidas, se sigue la necesidad de disponer de un hacha para fracturar las cajas. El notario acompaña a la señora Bryond a Saint-Savin, donde buscan en vano un hacha. El notario regresa y a mitad de camino encuentra a Hiley, a quien iba a anunciar que no tenían el hacha.

»Hiley regresa a la posada, encarga una cena para diez personas e introduce allí a los siete bandidos, todos ellos armados esta vez. Hiley les hace descargar militarmente las armas. Todos se sientan a la mesa, cenan apresuradamente e Hiley pide que le proporcionen víveres en abundancia para llevárselos. Después tomó aparte a Chaussard el mayor, para pedirle un hacha. El posadero, sorprendido al parecer, se negó a facilitársela. Llegaron Courceuil y Boislaurier, y los tres hombres dejaron transcurrir la noche paseando por la habitación y hablando de sus planes. Courceuil, alias el Confesor, el más sutil de todos estos bandidos, se apodera de un hacha, y, sobre las dos de la madrugada, todos abandonaron la posada por distintas salidas.

»Los momentos eran muy valiosos, pues la ejecución de la tropelía estaba fijada para aquel día fatal. Hiley, Courceuil y Boislaurier trajeron y apostaron sus hombres. Hiley se emboscó con Minard, Cabot y Bruce a la derecha del bosque del Chesnay. Boislaurier, Grenier y Horeau se colocaron en el centro. Courceuil, Herbomez y Lisieux permanecen en el desfiladero que limita el bosque. Todas estas posiciones están indicadas en el plano geométrico levantado por el ingeniero del catastro y que se adjunta a las demás piezas del sumario.

»Mientras tanto, la diligencia, que partió de Mortagne hacia la una de la madrugada, era conducida por el llamado Rousseau, al que los hechos acusan lo bastante para que su detención se haya considerado necesaria. El vehículo, que avanzaba lentamente, debía llegar alrededor de las tres al bosque del Chesnay.

»Un solo gendarme daba escolta al coche y existía la intención de ir a almorzar a Donnery. El gendarme iba acompañado en este recorrido por tres viajeros.

»El cochero, que había hecho avanzar muy despacio la diligencia, al llegar al puente de Chesnay, a la entrada del bosque de este nombre, azuzó a los caballos con un vigor y una vivacidad que no pasaron desapercibidos, y se introdujo por un atajo llamado el camino de Senzey. El coche fue perdido de vista por el gendarme y los jóvenes, y éstos apresuraron el paso para alcanzarla, siguiendo su dirección por el ruido de los cascabeles. Se oyó un grito y una voz que decía: “¡Alto, granujas!”, escuchándose a continuación cuatro disparos de fusil.

»El gendarme, que no fue alcanzado por los disparos, desenvainó el sable y corrió en la dirección que supuso había tomado el coche, viéndose detenido entonces por cuatro hombres armados que dispararon contra él. Su propio ardor le salvó, al seguir corriendo para decir a uno de los jóvenes que fuese a dar la alarma al Chesnay, pero dos bandidos se abalanzaron sobre él y le apuntaron con el fusil; el gendarme se vio obligado a retroceder unos pasos y recibió entonces en el sobaco izquierdo, en el momento en que se disponía a observar el bosque, un balazo que le fracturó el brazo; cayó y pronto estuvo fuera de combate.

»Los gritos y disparos fueron oídos en Donnery. El brigadier y uno de los gendarmes de dicha residencia acudieron corriendo; un fuego graneado los lleva hacia el lado opuesto del bosque a aquél en donde se había producido el pillaje. El

gendarme trata de lanzar gritos para intimidar a los bandidos y simula con sus voces la llegada de ficticios socorros. A voz en cuello, grita: “¡Adelante! ¡Por ahí el primer pelotón! ¡Ya son nuestros! ¡Por allá el segundo pelotón!”.

»Los bandidos, por su parte, gritan: “¡A las armas! ¡Aquí, camaradas, necesitamos hombres enseguida!”.

»El estruendo de las descargas impide que el brigadier oiga los gritos del gendarme herido, el cual, por su parte, recurre a la misma maniobra con que el otro gendarme simulaba tener en jaque a los bandidos, pero sí pudo oír un ruido cerca de donde estaba, causado por la fractura de las arcas. Se dirige hacia aquel lado y cuando cuatro bandidos armados le dan el alto, él les grita: “¡Rendios, malvados!”.

»Los bandidos contestan: “¡No te acerques o eres muerto!”. El brigadier se arroja sobre ellos, suenan dos disparos y uno le alcanza: una bala atraviesa su pierna izquierda y penetra en el flanco del caballo. El bizarro militar, bañado en sangre, se ve obligado a dejar aquella lucha desigual y grita, pero en vano: “¡A mí! ¡Los bandidos están en el Quesnay!”.

»Los bandoleros, dueños del terreno gracias a su número, registran la diligencia puesta a propósito en un barranco. Habían tapado, para disimular, la cabeza del cochero. Desfondan las arcas y las talegas de plata caen por el suelo. Desenganchan los caballos de la diligencia y cargan en ellos el dinero. Después de desprender 3000 francos de vellón, se llevan en cuatro caballos la suma de 103 000 francos. Acto seguido se dirigen a la aldea de Menneville, colindante con la villa de Saint-Savin. La horda de facinerosos se detiene con el botín en una casa aislada perteneciente a los hermanos Chaussard, donde vive el tío de éstos, llamado Bourget, quien se hallaba enterado del proyecto desde su origen. Aquel viejo, ayudado por su mujer, acoge a los bandidos, les recomienda silencio, descarga el dinero y les ofrece de beber. La mujer hacía de centinela cerca del castillo. El viejo desengancha los caballos, los lleva al bosque para devolverlos al cochero y pone en libertad a dos de los jóvenes que habían agarrado, así como al complaciente postillón. Después de tomarse un breve descanso, los bandidos reanudan la marcha. Courceuil, Hiley y Boislaurier pasan revista a sus cómplices, y, tras de haber entregado modestas retribuciones a cada uno de ellos, la banda se dispersa, cada uno por su lado.

»Al llegar a un lugar llamado Champ-Landry, aquellos malhechores, obedeciendo a la voz que precipita a todos los miserables en las contradicciones y fallos cálculos del crimen, tiran sus fusiles en un trigal. Esta acción, hecha en común, es el último signo de su mutua inteligencia. Aterrorizados por la osadía de su acción y por el propio éxito alcanzado, se dispersan.

»Una vez efectuado el robo con las agravantes de asesinato y asalto a mano armada, se prepara el encadenamiento de hechos análogos, y otros actores intervendrán en cuanto a la ocultación de lo robado y de su destino.

»Rifoël, escondido en París, desde donde dirigía todos los hilos de esta conjura, transmite a Léveillé la orden de que le entregue lo antes posible cincuenta mil

francos.

»Courceuil, que se plegaba a todas estas maquinaciones, había enviado ya a Hiley para informar a Léveillé del éxito de la empresa y su llegada a Mortagne. Léveillé se dirige allí.

»Vauthier, con cuya fidelidad creían poder contar, se encarga de ir en busca del tío de los Chaussard. Cuando llega a su casa, el viejo le hace saber que debe dirigirse a sus sobrinos, los cuales han entregado elevadas sumas a la señora Bryond. Sin embargo, le dice que espere en la carretera, y le da una bolsa con mil doscientos francos, que Vauthier lleva a la señora Lechantre para su hija.

»A instancias de Léveillé, Courceuil vuelve a casa de Bourget quien, esta vez, le envía directamente al mesón de sus sobrinos. El mayor de los Chaussard lleva a Vauthier al bosque, le indica un árbol y al pie del mismo encuentran enterrada una bolsa de mil francos. Por último, Léveillé, Hiléy y Vauthier hacen nuevos viajes y cada vez dan una suma mínima, en comparación con la importancia del robo.

»La señora Lechantre recibía estas cantidades en Mortagne, y, en virtud de un billete de aviso de su hija, las transporta a Saint-Savin, adonde había vuelto la señora Bryond.

»No es este el momento de analizar si la señora Lechantre tenía previo conocimiento del complot.

»Por el momento basta con observar que dicha señora salió de Mortagne para Saint-Savin la víspera del crimen, llevándose a su hija; que estas dos señoras se encuentran en plena carretera y vuelven a Mortagne; que al día siguiente el notario, advertido por Hiley, va de Alençon a Mortagne, para visitarlas inmediatamente y decidir las más tarde a transportar los fondos tan penosamente obtenidos de los hermanos Chaussard y Bourget, a una casa de Alençon, de la que pronto nos ocuparemos, que era la del señor Pannier, negociante.

»La señora Lechantre escribe al guarda de Saint-Savin para que vaya a buscarlas a ella y a su hija a Mortagne, a fin de conducir las por el atajo a Alençon.

»Estos fondos, que en total ascendían a 20 000 francos, se cargaron de noche, y la joven Godard ayudó a cargarlos.

»El notario había trazado el itinerario. Llegaron a la posada de uno de los conjurados, el llamado Luis Chargegrain, en la comuna de Littray. Pese a las precauciones adoptadas por el notario que fue al encuentro de la tartana, hubo testigos que vieron bajar los maletines y las talegas que contenían el dinero.

»Pero en el momento en que Courceuil e Hiley, disfrazados de mujer, se ponían de acuerdo en una plaza de Alençon con Pannier, tesorero de los rebeldes desde 1794 y hombre de confianza de Rifoël, para saber cómo harían llegar a este último la cantidad exigida, el terror causado por las detenciones, que ya habían empezado, y por los registros, fue tal, que la señora Lechantre, turbada, huyó durante la noche de la posada donde estaba, llevándose a su hija por caminos apartados y abandonando al notario Léveillé, para refugiarse en los escondrijos existentes en el castillo de Saint-

Savin. La misma alarma se apoderó de los demás culpables. Courceuil, Boislaurier y su pariente Dubut, cambiaron dos mil francos en escudos por oro, en el establecimiento de un negociante, y huyeron por Bretaña a Inglaterra.

»Al llegar a Saint-Savin, las señoras Lechantre y Bryond se enteran de la detención de Bourget, del postillón y de los prófugos.

»Los magistrados, la gendarmería y las autoridades actuaban con tal seguridad, que pareció urgente sustraer la señora Bryond a la acción de la justicia, pues era objeto de gran devoción por parte de todos aquellos malhechores, a quienes tenía subyugados. Entonces la señora Bryond se va de Saint-Savin, para ocultarse primero en Alençon, donde sus acólitos deliberan y consiguen esconderla en la bodega de Pannier.

»Suceden entonces nuevos incidentes.

»Desde la detención de Bourget y su mujer, los Chaussard se negaban a entregar más fondos, alegando que habían sido traicionados. Esta inesperada defección se producía en el momento que se manifestaba en todos los cómplices una urgentísima necesidad de dinero, aunque sólo fuere para ponerse a salvo. Rifoël tenía sed de dinero. Hiley, Cibot y Léveillé empezaban a sospechar de los hermanos Chaussard.

»Aquí hay que situar un nuevo incidente que provoca los rigores de la justicia.

»Dos gendarmes encargados de descubrir el paradero de la señora Bryond consiguen penetrar en casa de Pannier y asistir a una deliberación, pero esos hombres, indignos de la confianza depositada en ellos por sus jefes, en vez de detener a dicha señora, sucumben a sus seducciones. Estos indignos militares, llamados Ratel y Mallet, prodigan a esta mujer las muestras del más vivo interés y se ofrecen a conducirla sin peligro a casa de los Chaussard, para obligarles a devolver el dinero.

»La señora Bryond parte a caballo, disfrazada de hombre y acompañada de Ratel, Mallet y la moza Godard. Efectuó el viaje de noche. Llega y celebra una animada conferencia a solas con uno de los hermanos Chaussard. Se había armado con una pistola, resuelta a saltar la tapa de los sesos de su cómplice en caso de negativa, pero se hace acompañar al bosque y vuelve con una pesada bolsa. Al regreso, encuentra calderilla y monedas de doce sueldos por valor de 1500 francos.

»Se propone entonces una irrupción de todos los cómplices que puedan reunirse en casa de los Chaussard, para apoderarse de ellos y someterlos a tortura.

»Pannier, al enterarse de este fracaso, monta en cólera y prorrumpen en amenazas, y la señora Bryond, a pesar de amenazarle a su vez con la cólera de Rifoël, se ve obligada a huir.

»Todos estos detalles se deben a la confesión de Ratel.

»Mallet, afligido ante aquella situación, ofrece asilo a la señora Bryond. Todos pasan la noche en el bosque de Troisville. Después, Mallet y Ratel, acompañados por Hiley y Cibot, van de noche a casa de los Chaussard, pero esta vez se enteran de que los hermanos han huido de la región y que el resto del dinero está sin duda a buen recaudo.

»Este fue el último intento de los conjurados para recuperar el dinero procedente del robo.

»Ahora conviene establecer la intervención de cada uno de los autores de este delito.

»Dubut, Boislaurier, Gentil, Herbomez, Courceuil e Hiley son los jefes, unos dirigiendo y otros actuando.

»Boislaurier, Dubut y Courceuil, los tres en rebeldía por haber logrado huir, son rebeldes habituales, agitadores profesionales, enemigos implacables del gran Napoleón, de sus victorias, de su dinastía y de su gobierno, de nuestras nuevas leyes y de la constitución del Imperio.

»Herbomez e Hiley fueron los audaces brazos ejecutores de lo que habían concebido como cabeza.

»La culpabilidad de los siete autores materiales del crimen, Cibot, Lisieux, Grenier, Bruce, Horeau, Cabot y Minard es evidente; resalta de las confesiones de aquellos que se encuentran en manos de la justicia, pues Lisieux murió durante la instrucción del sumario y Bruce está en rebeldía.

»La conducta de Rousseau, el cochero, está teñida de complicidad. Su lentitud durante el viaje, la precipitación con que azuzó los caballos a la entrada del bosque, su insistencia en sostener que le habían tapado la cabeza, mientras que el jefe de los bandidos dijo que le quitasen su pañuelo para que lo reconociesen, según declaración de los jóvenes, todos estos detalles hacen presumir vivamente una connivencia.

»En cuanto a la señora Bryond y al notario Léveillé, ¿qué complicidad fue más conexa y continua que la suya? Proporcionaron constantemente los medios del crimen, lo conocieron y trabajaron en él. Léveillé viajaba a cada instante. La señora Bryond no cesó de inventar estratagemas y lo arriesgó todo, hasta su propia vida, para conseguir la recuperación del dinero. Prestó su castillo y su coche, y participó en el complot desde el principio; no quiso disuadir al principal promotor, a pesar de que podía emplear su culpable influencia para evitar que cometiera el crimen. Complicó en el delito a su doncella, la joven Godard. Léveillé tuvo tal complicidad en la ejecución del crimen, que trató de obtener el hacha que pedían los bandidos.

»La mujer de Bourget, Vauthier, los Chaussard, Pannier, la señora Lechantre, Mallet y Ratel, participaron en el crimen en grado distinto, así como los posaderos Melin, Binet, Laravinière y Chargegrain.

»Bourget murió durante la instrucción del proceso, después de haber hecho revelaciones que descartan toda incertidumbre sobre la parte que tuvieron en los hechos Vauthier y la señora Bryond; y, si bien trató de atenuar los cargos que pesan sobre su mujer y su sobrino Chaussard, los motivos de sus reticencias son fáciles de comprender.

»Pero los Chaussard alimentaron a sabiendas a los bandidos, los vieron armados, fueron testigos de todos sus conciliábulos y les dejaron llevarse el hacha necesaria para fracturar las arcas, sabiendo a qué uso se destinaba. Por último, ocultaron y

vieron transportar cantidades de dinero procedente del robo y escondieron e hicieron desaparecer la mayor parte del mismo.

»Pannier, antiguo tesorero de los rebeldes, escondió a la señora Bryond; éste es uno de los cómplices más peligrosos del crimen, que conocía desde el principio. Con él empiezan unas relaciones desconocidas y que permanecen en la oscuridad, pero que la justicia se encarga de investigar. Es la mano derecha de Rifoël, el depositario de los secretos del partido contra-revolucionario en el Oeste; lamentó que Rifoël hubiese introducido mujeres en el complot y hubiese confiado en ellas; envió cantidades a Rifoël y ha ocultado el producto del robo.

»En cuanto a la conducta de los dos gendarmes, Ratel y Mallet, merece los riesgos más extremados de la justicia, pues ambos faltaron a su deber. Uno de ellos, previendo su suerte, se suicidó, pero después de haber hecho importantes revelaciones. El otro, Mallet, no negó nada; su confesión disipa las últimas dudas que pudieran existir.

»La señora Lechantre lo sabía todo, pese a sus constantes negativas. La hipocresía de esta mujer, que trata de ocultar su pretendida inocencia bajo las prácticas de una falsa devoción, tiene antecedentes que demuestran su decisión e intrepidez en los casos extremos. Pretende haber sido engañada por su hija y haber creído que se trataba de fondos pertenecientes al señor Bryond. ¡Grosera astucia! Si el señor Bryond hubiese tenido dinero, no se hubiera ausentado de la región para no ser testigo de su insolvencia. La señora Lechantre se tranquilizó y no se avergonzó del robo, cuando vio que lo aprobaba su aliado Boislaurier. ¿Pero cómo explica esta señora la presencia de Rifoël en Saint-Savin, los recados y las relaciones de aquel joven con su hija, la estancia de los bandidos atendidos por la joven Godard y por la señora Bryond? Ella alega un sueño profundo, se escuda en su pretendida costumbre de acostarse a las siete de la noche, y no sabe qué responder cuando el magistrado instructor le hace observar que entonces ella se levantaba con el alba, y que durante el día debía percibir algunas trazas del complot y de la estancia de tanta gente, o preocuparse por las idas y venidas nocturnas de su hija. Objetó entonces que estaba rezando. Esta mujer es un modelo de hipocresía. Por último, su viaje el día del crimen, el cuidado que tuvo de llevarse a su hija a Mortagne, su gestión con el dinero, su precipitada huida cuando todo se descubrió, el cuidado que tuvo de esconderse y las circunstancias mismas de su captura, todo demuestra una complicidad que no data de ayer. No actuó como una madre deseosa de iluminar a su hija y apartarla del peligro, sino como una cómplice temerosa y su complicidad no fue el descarrío de la ternura, sino el fruto del espíritu de partido, la inspiración de un odio notorio contra el gobierno de Su Majestad imperial y real. La debilidad maternal no la excusaría; por lo demás, no debemos olvidar que el consentimiento dado hacía mucho tiempo, premeditado, debe ser la señal más evidente de la complicidad.

»Así como los elementos del crimen, sus artífices han sido descubiertos. Se ha puesto de manifiesto el monstruoso contubernio de los delirios de una facción con el

cebo de la rapiña y el asesinato instigado por el espíritu de bandería, bajo cuya égida se tratan de justificar los más viles excesos. La voz de los jefes da la señal del saqueo de los fondos públicos para saldar crímenes ulteriores; viles y montaraces sicarios lo efectúan por un precio ínfimo, sin retroceder ante el asesinato, y los fautores de la rebelión, no menos culpables, ayudan al reparto y ocultación del botín. ¿Qué sociedad toleraría semejantes alentados? La justicia no tiene bastante rigor para castigarlos.

»Por lo cual, el Tribunal de justicia criminal y especial tendrá que decidir si los llamados Herbomez, Hiley, Cibot, Grenier, Horeau, Cabot, Minard, Mélin, Binet, Laravinière, Rousseau, la Bryond, Léveillé, la Bourget, Vauthier, el mayor de los Chaussard, Pannier, la viuda Lechantre y Mallet, todos ellos presentes como acusados y los llamados Boislaurier, Dubut, Courceuil, Bruce, Choussard el menor, Chargegrain y la joven Godard, ausentes estos últimos y fugitivos, son o no culpables de los hechos mencionados en la presente acta de acusación.

»Formulada en Caen, en el tribunal, a 1.º de diciembre de 180...

»Firmado y rubricado: barón Bourlac.

XLIX. UN LIBRO POR HACER

Aquel instrumento judicial, mucho más breve e imperioso que las actas de acusación actuales, tan minuciosas, tan completas en los más pequeños detalles y sobre todo en lo tocante a la vida anterior al crimen de los acusados, impresionó profundamente a Godefroid. El tono seco de aquel documento, en el que la pluma oficial narraba con tinta roja los principales pormenores del caso, fue para su imaginación una causa de profundas reflexiones. Los relatos contenidos, concisos, son para ciertos espíritus textos en los que se hunden para recorrer sus misteriosas profundidades.

En plena noche, ayudado por el silencio, las tinieblas y la terrible correlación que el viejo Alain acababa de hacerle presentir entre tal escrito y la señora de La Chanterie, Godefroid aplicó todas las fuerzas de su inteligencia para desarrollar aquel tema terrible.

Evidentemente, el nombre de Lechantre debía ser el patronímico de la familia de La Chanterie, a la que durante la República y el Imperio habían suprimido sin duda su nombre aristocrático.

Entrevió el escenario donde se había desarrollado aquel drama. Las figuras de los cómplices secundarios pasaron bajo sus ojos. Se dibujó fantásticamente ante él, no el llamado Rifoël, sino un caballero del Vissard, joven muy parecido al Fergus de Walter Scott, el jacobino francés, en fin. Desarrolló la novela de la pasión de una muchacha groseramente engañada por la infamia de un marido (novela que entonces estaba de moda), y que amaba a un joven jefe rebelado contra el Emperador, hundiéndose hasta el cuello, como Diana Vernon, enfrascada en una conspiración, exaltándose, y, una vez lanzada por aquella peligrosa pendiente, incapaz ya de detenerse. Así, pues, ¿había rodado ella hasta los pies del cadalso?

Godefroid descubría todo un mundo. Vagaba por los bosques normandos, veía en ellos al caballero bretón y a la señora Bryond entre los setos; habitaba en el viejo castillo de Saint-Savin; asistía a las diversas escenas de seducción de todos aquellos personajes, imaginándose al notario, al negociante, y a todos los atrevidos jefes de los chuanes. Adivinaba la ayuda casi general que les prestaría una comarca donde aún estaba vivo el recuerdo del famoso Marche-à-terre, de los condes de Bauvan, de Longuy, de la matanza de la Vivetière y de la muerte del marqués de Montauran, cuyas hazañas le había contado ya la señora de La Chanterie.

Esta especie de visión de las cosas, de los hombres y de los lugares, fue rápida. Al pensar que se trataba de la imponente, de la noble y piadosa anciana cuyas virtudes actuaban sobre él hasta el punto de metamorfosearlo, Godefroid tomó con un movimiento de terror el segundo documento que el viejo Alain le había dado y que se titulaba:

Compendio para la señora Enriqueta Bryond des Tours-Minières, nacida Lechantre de la Chanterie.

L. —EL SECRETO DEL PROCESO

«¡Ya no hay duda!», se dijo Godefroid.

He aquí el sentido de aquel escrito:

»Somos convictos y confesos, pero si alguna vez el soberano tuvo motivos para otorgar su clemencia, ¿no es en las circunstancias que concurren en esta causa?

»Se trata de una joven que ha declarado ser madre y se halla condenada a muerte.

»A la puerta de la cárcel, en presencia del patíbulo que la espera, esta mujer dirá la verdad.

»La Verdad saldrá en su defensa, ella le deberá su perdón.

»El proceso incoado por el Tribunal de lo criminal de Alençon, como todos aquéllos en los que hay un gran número de acusados reunidos por una conspiración inspirada por el espíritu de partido, tuvo algunas partes notablemente oscuras.

»La cancillería de Su Majestad Imperial y Real sabe hoy a qué atenerse acerca del personaje misterioso llamado *El Buhonero*, cuya presencia en el departamento del Orne no ha sido negado por el Ministerio Público en el curso de los debates, pero que la acusación no consideró conveniente hacer comparecer, y a quien la defensa no tenía facultades para convocar ni el poder de encontrarlo.

»Este personaje, como el Tribunal, la Prefectura, la Policía de París y la Cancillería de S. M. I. y R. sabe muy bien, es Bernardo-Polidoro Bryond, des Tours-Minières, corresponsal, desde 1794, del conde de Lille, conocido en el extranjero como barón de Tours-Minières, y en los anales de la Policía parisiense bajo el nombre de Contenson.

»Es un hombre excepcional, un hombre cuya nobleza y juventud estuvieron mancilladas por vicios tan refinados, por una inmoralidad tan profunda, por extravíos tan criminales, que esta vida infame hubiera terminado sin duda en el patíbulo de no haber sido por el arte con que supo hacerse útil mediante su doble papel, indicado por su doble nombre. Pero dominado cada vez más por sus pasiones, por sus incesantes necesidades, acabará por caer aún más abajo que la infamia, y militará pronto en las últimas filas, a pesar de un talento incuestionable y su notable ingenio.

»Cuando la perspicacia del conde de Lille no permitió ya que Bryond recibiese oro del extranjero, quiso salir de la palestra ensangrentada adonde le habían arrojado sus concupiscencias.

»¿No era mucho más fecunda esta carrera? ¿Fueron pues los remordimientos o la vergüenza los que condujeron a aquel hombre a la región en que sus bienes, gravados con deudas a su partida, habían de ofrecer pocos recursos a su genio? Resulta imposible creerlo. Es más verosímil suponer que tenía una misión que cumplir en aquellos departamentos, en los que aún subsistían algunos rescoldos de nuestras discordias civiles.

»Al estudiar la región donde su pérfida cooperación a las intrigas de Inglaterra y del conde de Lille le granjeó la confianza de las familias adictas al partido vencido

por el genio de nuestro inmortal Emperador, encontró a uno de los antiguos jefes de la rebelión, con quien había tenido relaciones como enviado del extranjero durante la expedición de Quiberon y con motivo del último alzamiento de los rebeldes en el año VII. Dio pábulo a las esperanzas del gran agitador, que pagó con la última pena sus maquinaciones contra el Estado. Bryond pudo penetrar entonces en los secretos de aquel incorregible partido que desconocía a la vez la gloria de S. M. el Emperador Napoleón I y los verdaderos intereses del país, unidos a su sagrada persona.

»A la edad de treinta y cinco años, afectando la más sincera piedad, profesando una devoción sin límites por los intereses del conde de Lille y un culto por los insurgentes que en el Oeste murieron combatiendo, disimulando *con* habilidad los restos de una juventud licenciosa, pero que poseía una apariencia atractiva, y grandemente protegido por el silencio de sus acreedores, por una complacencia inaudita por parte de todos los ex-nobles del país, aquel hombre, verdadero sepulcro blanqueado, pudo introducirse, con tantos títulos dignos de consideración, en casa de la señora Lechantre, a la que todos atribuían una gran fortuna.

»Surgió el proyecto de hacer casar a la hija única de la señora Lechantre, la joven Enriqueta, con aquel prototipo de los partidarios del antiguo régimen.

»Sacerdotes, ex-nobles y acreedores, todos movidos por distintos intereses, leales en unos, ambiciosos en otros, ciegos en la mayoría, todos, en fin, conspiraron para conseguir el enlace de Bernardo Bryond con Enriqueta Lechantre.

»El buen sentido del notario encargado de los asuntos de la señora Lechantre, y quizá cierta desconfianza, acarrearón la pérdida de la joven. El señor Chesnel, notario de Alençon, puso las tierras de Saint-Savin, único bien de la futura esposa, bajo el régimen dotal, reservando alojamiento en ellas y una módica renta a la madre.

»Los acreedores, que suponían a la señora Lechantre, a causa de su espíritu ordenado y ahorrativo, dueña de un capital considerable, quedaron burlados en sus esperanzas, y todos ellos, creyendo en la avaricia de aquella dama, entablaron demandas judiciales que pusieron al descubierto la precaria situación de Bryond.

»Surgieron entonces graves disidencias entre los recién casados, que permitieron a la joven esposa conocer las costumbres depravadas, el ateísmo religioso y político y, por qué no decirlo, la infamia del hombre al que su destino había quedado unido con tal fatalidad. Bryond, obligado a poner a su mujer al corriente de las odiosas maquinaciones tramadas contra el gobierno imperial, ofreció asilo en mi casa a Rifoël du Vissard.

»El carácter de este último, aventurero, valiente y generoso, ejercía sobre todos aquellos que le rodeaban una seducción cuyas pruebas abundan en los procesos criminales vistos ante tres Tribunales especiales de lo criminal.

»La irresistible influencia, el dominio absoluto que logró sobre la joven que se veía en el fondo del abismo, se pone de relieve con la catástrofe cuyo horror hace que se arroje suplicante a los pies del trono. Pero lo que la Cancillería de Su Majestad Imperial y Real puede hacer comprobar fácilmente, es la infame complacencia de

Bryond, el cual, lejos de cumplir sus deberes de guía y consejero con la criatura que una pobre madre engañada le confió, se complació estrechando los nudos de la intimidad entre la joven Enriqueta y el jefe de los rebeldes.

»El plan de este odioso personaje, que se vanagloriaba de despreciarlo todo, de no considerar más que la satisfacción de sus pasiones, y que sólo veía obstáculos vulgares en los sentimientos dictados por la moral civil o religiosa, este plan, está aquí.

»Este es el momento de observar cuán familiar era esta combinación a un hombre que representaba un doble papel desde 1794, y que durante ocho años pudo engañar al conde de Lille y a sus partidarios, y quizá también a la policía general del Imperio: semejantes hombres pertenecen sólo a quien mejor les paga.

»Bryond empujaba a Rifoël al crimen, insistía para que se llevasen a cabo asaltos a mano armada contra las recaudaciones del Estado, y para que se impusieran enormes tributos a los poseedores de bienes nacionales, por medio de torturas espantosas que sembraron el terror en cinco departamentos, y que él inventó. Exigía también que le fuesen entregados trescientos mil francos para desgravar sus bienes.

»En caso de resistencia por parte de su mujer o de Rifoël, se proponía vengarse del profundo desdén que inspiraba a aquella alma recta, entregando a ambos a los rigores de la justicia tan pronto como hubieren cometido un crimen capital.

»Cuando vio que el espíritu de partido se sobreponía a sus intereses en los dos seres que había unido tan estrechamente, desapareció y volvió a París provisto de informes completos sobre la situación de los departamentos del Oeste.

»Los hermanos Chaussard y Vauthier eran los corresponsales de Bryond, como sabe la Cancillería.

»De regreso a la región, en secreto y bajo un disfraz, poco después de cometerse el asalto a las recaudaciones de Caen, Bryond, bajo el nombre de *El Buhonero*, se puso en relación secreta con el señor prefecto y los magistrados. ¿Qué sucedió entonces? Jamás una conspiración tan extensa, y en la que participaban tantas personas situadas en tan diferentes peldaños de la escala social, fue conocida con más prontitud por la justicia que aquella cuya acción agresiva comenzó con el robo de la recaudación de Caen. Todos los culpables fueron seguidos y espiados, seis días después del atentado, con una perspicacia que denotaba el más completo conocimiento de los planes e individuos. La detención, proceso y muerte de Rifoël y sus cómplices son una prueba que damos únicamente para demostrar nuestra certidumbre; la Cancillería, repetimos, sabe más que nosotros a este respecto.

»Si hubo alguna vez un condenado digno de apelar a la clemencia del soberano, ¿no es precisamente Enriqueta Lechantre?

»Arrebatada por la pasión, por ideas de rebelión que bebió en el pecho materno, no tiene, desde luego, excusa alguna a los ojos de la justicia; pero, a los ojos del más magnánimo de los emperadores, la más infame de las traiciones, el más violento de los entusiasmos, ¿no defienden acaso esta causa?

»El más grande de los capitanes, el genio inmortal que perdonó al príncipe de Hatzfeld y que sabe adivinar como el propio Dios las razones nacidas de la fatalidad del corazón, ¿no querrá admitir la potencia, invencible en la juventud, que milita para excusar este crimen, por grande que sea?

»Ya han caído veintidós cabezas bajo la espalda de la justicia, sentenciadas por tres Tribunales de lo criminal; no queda más que la de una joven de veinte años, de una menor de edad. ¿No permitirá el gran emperador Napoleón que pueda arrepentirse? ¿No hay que hacer esta concesión a Dios?...

»En nombre de Enriqueta Lechantre, esposa de Bryond des Tours-Minières.

»Su defensor,

»Bordin,

»Procurador adjunto al Tribunal de primera instancia del departamento del Sena».

Este drama espantoso turbó el poco sueño que pudo conciliar Godefroid. Soñó en la última pena tal como la dispuso el médico Guillotin con fines filantrópicos. A través de los cálidos vapores de una pesadilla, entrevió a una mujer joven, bella, exaltada, sufriendo los últimos preparativos y conducida en una carreta al patíbulo, al que subió gritando: «¡Viva el rey!».

LI. ACLARACIONES

La curiosidad atenazaba a Godefroid. Se levantó al amanecer, vistióse, paseó por su habitación y acabó por pegarse a la ventana, para mirar maquinalmente al cielo mientras reconstruía, como haría un autor moderno, aquel drama en varios tomos. Y veía siempre sobre ese fondo tenebroso de chuanes y campesinos, de hidalgos provincianos y jefes de bandoleros, de esbirros de la justicia, abogados y espías, las figuras de la madre y la hija, que se destacaban radiantes; de la hija engañando a su madre, de la hija víctima de un monstruo, víctima de su apasionamiento por uno de esos hombres osados que más tarde recibieron el calificativo de héroes, y a quienes la imaginación de Godefroid prestó un parecido con los Charette, los Jorge Cadoudal, con los gigantes de aquella lucha entre la República y la Monarquía.

Tan pronto como Godefroid oyó al bueno de Alain moverse en su habitación, se dirigió a ella, pero después de entreabrir la puerta, regresó a la suya. El viejo, arrodillado en su reclinatorio, estaba entregado a sus oraciones matinales. El aspecto de aquella cabeza canosa, sumida en una actitud llena de piedad, recordó a Godefroid sus deberes olvidados y se puso a rezar con fervor.

—Os esperaba —le dijo el buen hombre al ver entrar a Godefroid al cabo de un cuarto de hora—. Me he anticipado a vuestra impaciencia, levantándome más pronto que de costumbre.

—¿Y Enriqueta? —preguntó Godefroid con una visible ansiedad.

—Es la hija de la señora —respondió el anciano interrumpiendo a Godefroid—. La señora se llama Lechantre de La Chanterie. Durante el Imperio, no se reconocían los títulos nobiliarios ni los nombres añadidos a los patronímicos o primitivos. Así, la baronesa de Tours-Minières se llamaba simplemente la mujer Bryond. El marqués de d'Esgrinon, volviendo a tomar su nombre de Carol, era pues el ciudadano Carol, y más tarde el señor Carol. Los Troisville se convirtieron en los señores Guibelin.

—¿Pero, qué pasó? ¿La indultó el emperador?

—¡No, por desgracia! —respondió Alain—. La infortunada joven murió en el cadalso cuando contaba veintiún años. Después de leer la nota de Bordin, el emperador respondió poco más o menos en los siguientes términos a su Gran Juez:

«¿Por qué ensañarse con el espía? Un agente ya no es un hombre, ni debe tener los sentimientos de tal; es un engranaje de una máquina. Bryond cumplió su deber. Si los instrumentos de esta clase no fuesen lo que son, barras de acero, e inteligentes sólo en lo que conviene a la dominación que sirven, no habría gobierno posible. Es necesario que las sentencias de la justicia criminal especial se cumplan, de otro modo mis magistrados ya no tendrían confianza en ellos mismos ni en mí. Además, los soldados de esa gente han muerto, y eran menos culpables que los jefes. Y por último, hay que enseñar a las mujeres del Oeste a no meterse en conspiraciones. La justicia debe seguir su curso, precisamente porque la sentenciada es una mujer. No hay excusa posible ante los intereses del poder».

»—Esto es, en sustancia —añadió Alain—, lo que el Gran Juez tuvo a bien repetir a Bordin de su entrevista con el emperador. Al saber que Francia y Rusia no tardarían en medir sus fuerzas, que el emperador se vería obligado a ir a setecientas leguas de París, para atacar un país inmenso y desierto, Bordin comprendió los verdaderos motivos de la inclemencia del emperador. Para conseguir la tranquilidad en el Oeste, que ya estaba repleto de prófugos, Napoleón creyó necesario imprimir un profundo terror. Así, el Gran Juez aconsejó al procurador que se desentendiese de sus clientes...

—De su clienta —apuntó Godefroid.

—La señora de La Chanterie estaba condenada a veintidós años de reclusión —dijo Alain—. Ya había sido trasladada a Bicêtre, cerca de Ruán, para cumplir su condena, y sólo debían ocuparse de ella una vez salvada su Enriqueta, la cual, después de aquellos espantosos debates, se le hizo tan querida que, sin la promesa de Bordin de conseguir su perdón, nadie creía posible que la señora hubiese sobrevivido, tras haber oído pronunciar la sentencia. Vio a su hija después de la ejecución de los sentenciados a muerte, sin saber que aquella tregua se debía a una falsa declaración de embarazo.

—¡Ah, lo comprendo todo! —exclamó Godefroid.

—No, mi querido hijo, hay cosas que no se pueden adivinar. La señora creyó durante mucho tiempo que su hija vivía aún...

—¿Cómo?

—Vais a verlo. Cuando la señora de Tours-Minières supo por Bordin que su apelación había sido rechazada, aquella sublime mujercita tuvo el valor de escribir unas veinte cartas fechadas de mes en mes con posterioridad a su ejecución, a fin de hacer creer en su existencia, y de ir graduando los sufrimientos de una enfermedad imaginaria hasta la muerte. Esas cartas abarcaban un período de tiempo de dos años. Así, pues, la señora de La Chanterie se fue preparando para la muerte de su hija, pero para una muerte natural; sólo se enteró de suplicio en 1814. Permaneció dos años enteros detenida, confundida con las más infames criaturas de su sexo, vestida con ropas carcelarias, pero, gracias a los desvelos de los Champignelles y de los Beauséant, a partir del segundo año la pusieron en una celda particular, donde vivía como una religiosa enclaustrada.

—¿Y los demás?

—El notario Léveillé, d'Herbomez, Hiley, Cibot, Grenier, Horeau, Cabot, Minard y Mallet, fueron condenados a muerte y ejecutados el mismo día. Pannier, condenado a veinte años de trabajos forzados, con Chaussard y Vauthier, fue marcado y enviado a presidio, pero el emperador indultó a estos dos últimos. Mélin, Laravinière y Binet fueron condenados a cinco años de reclusión, y la mujer de Bourget a veintidós años, Chargegrain y Rousseau salieron absueltos. Los ausentes fueron todos condenados a muerte en rebeldía, menos la joven Godard, que no es otra, como sin duda habéis adivinado que nuestra pobre Manon.

—¿Manon? —exclamó Godefroid estupefacto.

—¡Oh, aún no conocéis a Manon! —replicó el buen Alain—. Esta abnegada criatura, condenada a veintidós años de reclusión, se entregó para servir a la señora de La Chanterie en la prisión. Nuestro querido vicario es el cura de Moríagne, que administró los últimos sacramentos a la señora baronesa de Tours-Minières, que tuvo el valor de acompañarla al suplicio y a quien ella dio el último beso de despedida. Este valeroso y sublime sacerdote había asistido antes al caballero du Vissard. Nuestro querido abate de Vèze conoció, por lo tanto, todos los secretos de aquellos conspiradores...

—¡Ahora comprendo por qué tiene blancos sus cabellos! —dijo Godefroid.

—¡Ay! —exclamó Alain—. Amadeo du Vissard le entregó la miniatura de la señora de Tours-Minières, la única efigie que de ella se conserva, y así el abate se convirtió en un ser sagrado para la señora de La Chanterie, el día en que volvió, gloriosa, a la vida social...

—¿Y cómo sucedió esto? —preguntó Godefroid asombrado.

LII. LUIS XVIII VISTO DE CARA

—A la vuelta de Luis XVIII, acaecida en 1814, Boislaurier, el hermano menor del señor de Boisfrelon, tenía órdenes del rey para levantar en armas el Oeste en 1809 y también más tarde, en 1812. Se llama Dubut, y el Dubut de Caen es pariente suyo. Eran tres hermanes: Dubut de Boisfranc, presidente del Tribunal auxiliar; Dubut de Boisfrelon, consejero en el Parlamento, y Dubut-Boislaurier, capitán de dragones. El padre dio el nombre de tres haciendas distintas a sus hijos, ennobleciendo a unos villanos, pues el abuelo de estos Dubut era un vendedor de telas. El Dubut de Caen, que pudo salvarse, pertenecía a los Dubut que continuaron en el comercio, y, por su adhesión a la causa real, confiaba en obtener la sucesión al título del señor de Boisfranc. Por su parte, Luis XVIII cumplió el deseo de aquel fiel servidor, que fue Gran Preboste en 1815, y después Fiscal General bajo el nombre de Boisfranc; murió cuando era primer presidente de un Tribunal real. El marqués du Vissard, hermano mayor del pobre caballero, hecho par de Francia y colmado de honores por el rey, fue nombrado teniente en la Casa roja, y prefecto cuando esta Casa se disolvió. El hermano del señor d'Herbomez fue hecho conde y recaudador general. El pobre banquero Pannier murió de pena en presidio. Boislaurier murió sin hijos, lugarteniente general y gobernador de un castillo real. Los señores de Champignelles y de Beauséant, el duque de Verneuil y el ministro de Justicia presentaron a la señora de La Chanterie al rey. «Habéis sufrido mucho por mí, señora baronesa; tenéis derecho a gozar de todo mi favor y a todo mi reconocimiento», le dijo. «Sire, le respondió ella, Vuestra Majestad tiene que consolar tantos dolores, que no puedo hacer pesar sobre vos el fardo de un dolor inconsolable. Vivir en el olvido, llorar a mi hija y hacer el bien, ésta es mi vida. Si algo puede endulzar mi pena, es la bondad de mi rey, el placer de ver que la Providencia no ha hecho inútil tanta devoción».

—¿Y qué hizo Luis XVIII? —preguntó Godefroid.

—El Rey hizo restituir doscientos mil francos a la señora de La Chanterie, ya que las tierras de Saint-Savin habían sido vendidas para satisfacer al fisco —respondió el viejo—. Las cartas de indulto expedidas para la señora baronesa y su sirvienta manifiestan el pesar del rey por los sufrimientos que ambas soportaron a su servicio, reconociendo que *el celo de sus servidores fue demasiado lejos en los medios de ejecución*; pero, detalle horrible y que os parecerá el rasgo más curioso del carácter de este monarca, empleó a Byrond en su policía secreta durante todo su reinado.

—¡Oh, los reyes, los reyes! —exclamó Godefroid.

LIII. ROGAD POR TODOS, INCLUSO POR VUESTROS ENEMIGOS

—Ese miserable, ¿aún vive?

—No. Ese miserable, que al menos ocultaba su nombre bajo el de Contenson, murió a finales del año 1829 o a principios de 1830. Al tratar de detener a un criminal que se ocultaba en el techo de una casa, cayó a la calle. Luis XVIII compartía las ideas de Napoleón sobre los agentes de policía. La señora de La Chanterie es una santa, ruega por el alma de ese monstruo y le hace decir dos misas al año. Aunque defendida por el padre de un gran orador y uno de los más célebres abogados de aquel tiempo, la señora de La Chanterie, que sólo conoció el peligro en que incurría su hija en el momento del transporte del dinero, y únicamente porque se lo dijo su pariente Boislaurier, jamás pudo establecer su inocencia. El presidente du Ronceret y el vicepresidente del tribunal de Alençon, Blondet, trataron en vano de salvar a la pobre señora; la influencia del consejero del Tribunal Imperial que presidía el Tribunal especial criminal, el famoso Mergi, que más tarde fue fiscal de la Corona, adicto hasta el fanatismo al altar y al trono, y que hizo rodar más de una cabeza bonapartista, pesó de tal manera sobre sus dos colegas, que obtuvo la condena de la pobre baronesa de La Chanterie. Los señores Bourlac y Mergi pusieron una saña inaudita en los debates. El presidente llamaba a la baronesa de Tours la mujer Bryond, y a la señora, la mujer Lechantre. Los nombres de los encartados figuran según el sistema republicano y casi todos fueron desnaturalizados. Aquél, proceso tuvo detalles extraordinarios, que yo no recuerdo en su totalidad, pero conservo en la memoria un rasgo de audacia que puede servir para pintaros qué clase de hombres eran los chuanes. La multitud que asistía a los debates sobrepasaba todo cuanto pueda concebir vuestra imaginación; llenaba los corredores, y, en la plaza, se agolpaba como el gentío en los días de mercado. Un día, al abrirse la audiencia y antes de la llegada del tribunal, Pillapán, el famoso chuan, saltó por encima de la balaustrada, y, cayendo en medio de la multitud, se abrió paso a codazos, mezclándose con el público y huyendo con la muchedumbre aterrorizada, *embistiendo como un jabalí*, según me contó Bordin. Los gendarmes y guardias salieron en su persecución y lo detuvieron en la escalera, en el momento en que alcanzaba la plaza. Este rasgo de audacia obligó a doblar la guardia. Emplazaron en el lugar de ejecución un piquete de gendarmería, por temor a que entre la multitud hubiese chuanes dispuestos a prestar ayuda y socorro a los acusados. A consecuencia de esta tentativa de fuga, resultaron tres personas aplastadas entre la multitud. Después se supo que Contenson (lo mismo que mi viejo amigo Bordin, no puedo llamarlo barón de Tours-Minières, ni Bryond, que es un nombre de la vieja raza), se supo, digo, que este miserable sustrajo y dilapidó sesenta mil francos de los fondos robados; dio diez mil al joven Chaussard, a quien emboscó en la policía, inoculándole sus gustos y sus vicios, pero ninguno de

sus cómplices fue feliz. El Chaussard condenado en rebeldía fue arrojado al mar por el señor de Boislaurier, cuando éste supo, por una confidencia de Pannier, la traición de aquel bellaco, a quien Contenson había ordenado que se reuniese con los conspiradores fugitivos para vigilarlos. Vauthier pereció en París, sin duda a manos de uno de los oscuros y fieles compañeros del caballero du Vissard. Por último, el menor de los Chaussard fue asesinado en una de esas emboscadas nocturnas propias de la policía; hay que suponer que Contenson se libró de sus reclamaciones o de sus remordimientos acusándole ante sus superiores.

LIV. LA CARIDAD

La señora de La Chanterie puso sus fondos en el libro Mayor y compró aquella casa, para obedecer un deseo de su tío, el viejo consejero de Boisfrelon, que le dio el dinero necesario para la adquisición. Aquel barrio tranquilo estaba junto del Arzobispado, en el que ingresó nuestro querido abate, para ocupar un cargo cerca del cardenal. Aquella fue la principal de todas las razones que tuvo la señora para no oponerse a los deseos del anciano, cuya fortuna, después de veinticinco años de revoluciones, había quedado reducida a seis mil francos de renta. Por lo demás, la señora deseaba acabar con una vida casi claustral las espantosas desdichas que la abrumaban desde hacía veintiséis años. Vos debéis explicaros ya la majestad, la grandeza de aquella víctima, augusta, me atrevo a decir...

—Sí —dijo Godefroid—, la huella de todos los golpes que ha recibido le infunde algo de grandeza, de majestuosidad.

—Cada herida, cada nuevo golpe, redobló su paciencia y su resignación —prosiguió Alain—; pero si la conociérais como nosotros la conocemos, si supierais cuán viva es su sensibilidad y cuán activa la inagotable ternura que emana de este corazón, os asustaría contar las lágrimas vertidas y las plegarias fervientes elevadas a Dios. ¡Hacía falta, como le sucedió a ella, no haber conocido más que una fugaz temporada de felicidad, para resistir tantas sacudidas! Es un corazón tierno, un alma dulce contenida en un cuerpo de acero, endurecido por las privaciones, por las fatigas y las austeridades.

—Su vida explica la larga vida de los solitarios —dijo Godefroid.

—Algunos días me pregunto cuál es el sentido de semejante existencia... ¿Reserva Dios estas últimas y crueles pruebas a aquellas de sus criaturas que deben sentarse a su lado al día siguiente de su muerte? —preguntó el viejo Alain, sin saber que expresaba ingenuamente toda la doctrina de Swedenborg sobre los ángeles.

—¡Cómo! —exclamó Godefroid—. ¿La señora de La Chanterie, confundida con...?

—La señora se mostró sublime en la prisión —prosiguió Alain—. Realizó durante tres años la ficción del *Vicario de Wakefield*, pues convirtió a numerosas mujeres de mala vida que la rodeaban. Durante su detención, al observar las costumbres de las reclusas, se sintió dominada por esa gran piedad ante los dolores del pueblo que la agobia y hace de ella la reina de la caridad parisiense. Encerrada en el terrible presidio de Bicêtre, en Rouen, concibió el plan a cuya realización nos hemos consagrado. Fue, como ella dice, un sueño delicioso, una inspiración angélica en medio del infierno; nunca hubiera imaginado poderlo realizar. Cuando en 1819 la calma pareció renacer en París, se ocupó nuevamente de su sueño. La señora duquesa de Angulema, después la Delfina, la duquesa de Berry, el arzobispo, y más tarde el canciller y otras personas piadosas, entregaron liberalmente las primeras cantidades que fueron necesarias. Aquel fondo aumentó con la porción disponible de nuestros

ingresos, de los que todos nosotros sólo tomarnos lo estrictamente necesario.

Brotaron las lágrimas en los ojos de Godefroid.

—Somos los fieles servidores de una idea cristiana, y nos entregamos en cuerpo y alma a esta obra, cuyo genio, cuya fundadora, es la baronesa de La Chanterie, a quien nos oís llamar con tanto respeto la señora.

—¡Ah! Me entrego totalmente a vosotros —dijo Godefroid tendiendo las manos al buen hombre.

—¿Comprendéis ahora que haya temas de conversación completamente prohibidos aquí y a los que ni siquiera puede aludirse? —continuó el anciano—. ¿Comprendéis las obligaciones de delicadeza que cada uno de los moradores de esta casa contrae hacia aquella que consideramos una santa? ¿Comprendéis las seducciones que ejerce una mujer santificada por tantas desdichas, que sabe tantas cosas, a quien todos los infortunios han dicho su última palabra, que de cada adversidad saca una enseñanza, cuyas virtudes han tenido la doble sanción de las pruebas más duras y de una práctica constante, cuya alma es sin tacha y sin reproche, que de la maternidad sólo conoció los dolores, del amor conyugal las amarguras, que en la vida únicamente sonrió durante algunos meses, a quien el Cielo reserva sin duda alguna palma, como premio por tanta resignación y tanta dulzura en las penas? ¿No tiene sobre Job la ventaja de no haber murmurado jamás? Dejad ya de sorprenderos al encontrar sus palabras tan poderosas, su vejez tan joven, su alma tan comunicativa, sus miradas tan convincentes; recibió poderes extraordinarios para confesar los sufrimientos, pues lo ha sufrido todo. El dolor, por grande que sea, guarda silencio a su lado.

—¡Es una imagen viviente de la Caridad! —exclamó Godefroid entusiasmado.

LV. UN DESENLACE

—¿Seré de los vuestros?

—Tenéis que aceptar las pruebas, pero, ante todo, ¡CREED! —exclamó con dulzura el anciano—. Mientras no tengáis fe, mientras no hayáis absorbido en vuestro corazón y vuestra inteligencia el sentido divino de la epístola de San Pablo sobre la Caridad, no podréis participar en nuestras obras.

París, 1843-1845.



EL REVERSO DE LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA
2.—El iniciado



SEGUNDA PARTE EL INICIADO

I. LA POLICÍA DEL BUEN DIOS

Lo sublime es contagioso, lo mismo que el mal. Así, cuando el huésped de la señora de La Chanterie hubo vivido en aquella vieja y silenciosa mansión durante varios meses, después de la última confidencia del viejo Alain, que le inspiró el más profundo respeto por aquellos seres casi religiosos con quienes vivía, experimentó ese bienestar del alma que nace de una vida regular, de las costumbres dulces y de la armonía de caracteres entre quienes nos rodean. En cuatro meses, Godefroid, que no escuchó ni una sola vez palabras destempladas ni discusiones, acabó por confesarse que, desde que tenía uso de razón, no recordaba haber estado sino completamente feliz, al menos tranquilo. Juzgaba cuerdamente al mundo, viéndolo de lejos. Por último, el deseo que alimentaba desde hacía tres meses de participar en las obras de aquellos misteriosos personajes, se convirtió en una pasión; y, no hace falta ser un gran filósofo para suponer la fuerza que adquieren las pasiones en la soledad.

Así, pues, un día, que resultó solemne por el poder ilimitado del espíritu, después de sondear su corazón y consultar sus fuerzas, Godefroid subió a las habitaciones del buen anciano Alain, a quien la señora de La Chanterie llamaba su *cordero*, aquel de todos los comensales de la casa que le parecía menos imponente y más abordable, con la intención de que el viejo le explicase las condiciones del sacerdocio que aquella especie de hermanos en Dios ejercían en París. Las alusiones ya hechas a un período de pruebas le pronosticaban una iniciación que él ya esperaba. Su curiosidad no se contentó con lo que le dijo el venerable anciano sobre los motivos de su afiliación a la obra de la señora de La Chanterie; él quería saber más.

Por tercera vez, Godefroid se encontró ante el viejo Alain, a las diez y media de la noche, en el momento en que el anciano se disponía a iniciar su lectura del *Kempis*. Esta vez el dulce iniciador no pudo contener una sonrisa, y, al ver al joven, le dijo, sin dejarle hablar:

—¿Por qué os dirigís a mí, mi querido hijo, en vez de dirigiros a la señora? Yo soy el más ignorante, el menos agudo y más imperfecto de la casa. Desde hace tres días, la señora y mis amigos leen en vuestro corazón —añadió con una leve expresión astuta.

—¿Y qué han visto en él? —preguntó Godefroid.

—¡Ah! —respondió el viejo sin ambages—. Han adivinado vuestro deseo bastante candoroso de pertenecer a nuestro pequeño rebaño. Pero este sentimiento vuestro aún no es una vocación ardiente. Sí —prosiguió con vivacidad ante un gesto de Godefroid—, vos tenéis más curiosidad que fervor. En fin, todavía no os habéis separado lo suficiente de vuestras antiguas ideas, que no hayáis dejado de ver algo de aventurero, de novelesco, como se dice, en los incidentes de nuestra vida...

Godefroid no pudo evitar el sonrojo.

—Veis en nuestras ocupaciones una semejanza con las de los califas de las *Mil y una noches*, y experimentáis de antemano una especie de satisfacción representando

el papel de genio bueno en las novelas de beneficencia que os complacéis en imaginar... Vamos, hijo mío, vuestra risa confusa me demuestra que no nos hemos engañado. ¿Cómo creéis poder ocultar un sentimiento a unas personas cuyo oficio consiste en adivinar los impulsos más secretos del alma, los ardides de la pobreza, los cálculos de la indigencia, y que son espías honrados, encargados de la policía del buen Dios, viejos jueces cuyo código sólo contiene absoluciones, médicos entendidos en todos los sufrimientos, cuyo único remedio es el dinero sabiamente administrado? Pero sabed, hijo mío, que no ponemos en duda los motivos que nos traen a un neófito, a condición de que se quede con nosotros y se convierta en un hermano de nuestra Orden. Os juzgaremos cuando os veamos en acción. Existen dos curiosidades, la del bien y la del mal: en estos momentos vos tenéis la buena. Si debéis ser un obrero de nuestra viña, el zumo de las uvas os dará la sed perpetua del fruto divino. La iniciación, como en todas las ciencias naturales, es fácil en apariencia y difícil en realidad. Con la beneficencia sucede lo mismo que con la poesía. Nada más fácil que imitar la apariencia. Pero aquí, como en el Parnaso, únicamente nos contentamos con la perfección. Para convertirnos en uno de los nuestros, debéis adquirir una gran ciencia de la vida, ¡y de qué vida, buen Dios!, la vida parisién, que desafía la sagacidad del señor prefecto de policía y de sus esbirros. ¿No tenemos que desbaratar la conspiración permanente del mal, descubrirla en sus formas tan cambiantes, que se las creería infinitas? La caridad, en París, debe ser tan sabia como el vicio, lo mismo que el agente de policía debe ser tan astuto como el ratero. Todos nosotros debemos ser cándidos y desconfiados, tener el juicio tan seguro y rápido como la mirada. Asimismo, hijo mía, todos nosotros somos viejos y estamos envejecidos, pero nos sentimos tan contentos de los resultados conseguidos, que no queremos morir sin dejar sucesores; y como todos os queremos mucho, vos seréis, si persistís en vuestro empeño, nuestro primer alumno. ¡Para nosotros no existe la casualidad, es Dios quien os ha enviado! Vuestro natural es bueno pero amargado, y, desde que vivís aquí, la mala levadura se ha debilitado. La naturaleza divina de la señora ha actuado sobre vos. Ayer celebramos consejo y, puesto que yo cuento con vuestra confianza, mis hermanos han decidido confiarme a vos como tutor y maestro... ¿Estáis contento?

—¡Ah, mi buen Alain! Con vuestra elocuencia habéis despertado una...

—No soy yo, hijo mío, quien habla bien, sino las cosas que son elocuentes... Siempre podemos estar seguros de ser grandiosos obedeciendo a Dios, imitando a Jesucristo en cuanto podamos, como hombres ayudados por la fe...

—¡Pues bien! ¡Este momento ha decidido mi vida, me siento lleno de fervor! — exclamó Godefroid—. Yo también quiero pasarme la vida haciendo el bien...

—Es el secreto para permanecer en Dios —replicó el viejo—. ¿Habéis estudiado esta divisa: *Transire benefaciendo*? *Transire* quiere decir ir más allá de este mundo, dejando a nuestro paso un largo reguero de buenas acciones.

—Lo he comprendido muy bien, y he colocado la divisa de la Orden a los pies de mi cama.

—¡Magnífico! ¡Esta acción, tan baladí en apariencia, es muy importante a mis ojos! Bien, hijo mío, ya tengo vuestro primer asunto, vuestro primer duelo con la miseria, y voy a poner el pie en el estribo... Vamos a separarnos... Sí, yo tengo que abandonar el convento para meterme en el corazón de un volcán. Seré el encargado de una gran fábrica cuyos obreros están infectados en su totalidad por las doctrinas comunistas y sueñan con destruir el orden social, con degollar a los amos, sin saber que esto sería la muerte de la industria, del comercio, de las fábricas... Yo permaneceré allí tal vez durante un año, llevando la caja y los libros y penetrando en cien o ciento veinte familias de pobres gentes descarriadas sin duda por la miseria, antes de serlo por malas lecturas. Sin embargo, nos veremos aquí todos los domingos y días festivos... Como habitaremos en el mismo barrio, os indico la iglesia de Saint-Jacques du Haut-Pas como punto de cita; iré a misa diariamente, a las siete y media de la mañana. Si me encontráis en cualquier otro lugar no debéis reconocerme, a menos que veáis frotarme las manos como hacen las personas satisfechas. Ésta es una de nuestras señales. Nosotros tenemos, como los sordomudos, un lenguaje de gestos, cuya necesidad os será demostrada pronto y en abundancia.

Godefroid hizo un ademán que el viejo Alain interpretó, pues sonrió y tomó de nuevo la palabra sin tardanza.

—Ahora, vamos a nuestro asunto. Nosotros no ejercemos la beneficencia ni la filantropía que vos conocéis, y que se dividen en numerosas ramas explotadas por farsantes de la probidad como otros tantos comercios, sino que practicamos la caridad tal como la definió nuestro grande y sublime San Pablo; pues, hijo mío, pensamos que solamente la caridad puede curar las plagas de París. Así, para nosotros, la desdicha, la miseria, el sufrimiento, el dolor y el mal, cualquiera que sea la causa de donde procedan y sin que importe la clase social en que se manifiesten, tienen los mismos derechos a nuestros ojos. Pero principalmente, cualquiera que sea su fe o sus opiniones, un desgraciado es ante todo un desgraciado, y sólo debemos hacerle volver la mirada hacia nuestra santa madre Iglesia después de haberlo salvado de la desesperación o del hambre. Y además, debemos convertirle más por el ejemplo y la dulzura que por otra cosa, pues creemos que Dios nos ayuda en esto. Por lo tanto, cualquier limitación es mala. De todas las miserias parisienses, las más difíciles de descubrir y las más ásperas son las de las persona honradas, las de las altas clases de la burguesía, cuyas familias han caído en la indigencia, ya que toda su felicidad consiste en ocultarlas. Estas desventuras, mi querido Godefroid, son objeto de una solicitud particular. Las personas socorridas, en efecto, tienen inteligencia y corazón, nos devuelven con creces las cantidades que les prestamos, y, en un tiempo dado, estas restituciones cubren las pérdidas que hemos tenido con los tullidos, los picaros o aquéllos a quienes ha embrutecido la desgracia. A veces obtenemos informes por medio de las propias personas que nos están reconocidas, pero nuestra obra se ha hecho tan vasta y sus detalles se han multiplicado hasta tal punto, que ya no conseguimos abarcarla. Así, desde hace siete u ocho meses, tenemos un médico

propio en cada distrito de París. Cada uno de nosotros está encargado de cuatro distritos. Damos a cada médico una indemnización de tres mil francos anuales para que se ocupe de nuestros pobres. Cada uno de ellos nos debe su tiempo y sus atenciones con preferencia a todo lo demás, pero no les impedimos que cuiden a otros enfermos. ¿Sabéis que no hemos podido encontrar estos doce hombres tan preciosos, estos seres abnegados, en ocho meses, a pesar de los recursos que nos ofrecían nuestros amigos y nuestro propio conocimiento? ¿No nos hacían falta personas de una discreción absoluta, de costumbres puras, de saber probado, activas, amigas de hacer el bien? Pues aunque en París existen diez mil individuos más o menos preparados para servirnos, estos doce elegidos no se encuentran en un año.

—Nuestro Salvador tuvo que esforzarse en encontrar a sus apóstoles y, por si no fuese bastante aún, se introdujo un traidor y un incrédulo entre ellos —dijo Godefroid.

—Por último, desde hace quince días, todos nuestros distritos disponen de un visitante —prosiguió el viejo sonriendo—, que tal es el nombre que damos a nuestros médicos; de este modo, desde hace quince días, tenemos un exceso de trabajo, pero hemos redoblado nuestra actividad. Si os confío el secreto de nuestra Orden naciente, lo hago porque debéis conocer al médico del distrito adonde iréis, tanto más cuanto que los informes proceden de él. Este visitante se llama Berton, el doctor Berton; vive en la calle d'Enfer. Y ahora, vamos al caso. El doctor Berton cuida a una dama cuya enfermedad desafía en cierto modo a la ciencia. Esto no nos concierne a nosotros, sino a la Facultad; lo que a nosotros nos interesa es descubrir la miseria de la familia de esta enferma que, según sospecha el médico, debe ser espantosa, pero que está oculta con una energía y una altivez que frustran todos nuestros intentos. En otro tiempo, hijo mío, yo me hubiera bastado para esta tarea; hoy en día, la obra a la que me consagro requiere un ayudante para mis cuatro distritos, y vos seréis ese ayudante. La familia en cuestión reside en la calle Nôtre-Dame-des-Champs, en una casa que da al bulevar Montparnasse. Encontraréis allí una habitación de alquiler, y trataréis de averiguar la verdad durante el tiempo en que viváis en esa casa. Sed para vos de una avaricia sórdida, pero en cuanto al dinero que tengáis que dar, no os inquietéis por ello, pues os entregaré las cantidades que consideremos necesarias, después de examinar las circunstancias entre nosotros. Pero estudiad bien la moral de esos desdichados. ¡El corazón y la nobleza de sentimientos son nuestras hipotecas! Avaros para nosotros, generosos para con los que sufren, debemos ser prudentes e incluso calculadores, pues tomamos del tesoro de los pobres. Así, mañana por la mañana ya podéis partir, pensando en todo el poder de que disponéis. ¡Los Hermanos están con vos!...

—¡Oh! —exclamó Godefroid—. Estoy tan contento de hacer el bien y de ser digno de pertenecer algún día, que, verdaderamente, no podré dormir...

—¡Ah, hijo mío, una última recomendación! La prohibición de reconocerme, si no hago la señal, concierne igualmente a esos caballeros, a la señora e incluso a las

personas de la casa. Tenemos necesidad de guardar un incógnito absoluto en nuestras empresas, y nos vemos obligados a guardarlo con tanta frecuencia, que esto se ha convertido en ley para nosotros. Además, debemos permanecer ignorados, perdidos en París... Pensad también, mi querido Godefroid, en el espíritu de nuestra Orden, que consiste en no parecer jamás que somos bienhechores, en conservar un papel oscuro, que no es más que el de intermediario. Nos presentamos siempre como los agentes de una persona piadosa y santa (¿no trabajamos para Dios?) a fin de que nadie se crea obligado a estarnos agradecidos o que nos tomen por personajes ricos. La humildad verdadera, sincera, y no la falsa humildad de las personas que se humillan para destacarse, es la que debe inspiraros y regir todos vuestros pensamientos... Podéis estar contento de haber triunfado, pero mientras sintáis en vos un impulso de vanidad, de orgullo, no seréis digno de ingresar en la Orden. Hemos conocido a dos hombres perfectos: uno de ellos, que fue uno de nuestros fundadores, era el juez Popinot; en cuanto al otro, que se reveló con sus obras, es un médico rural que dejó su nombre escrito en un cantón. Éste, mi querido Godefroid, es uno de los hombres más grandes de nuestra época; hizo pasar toda una comarca del estado salvaje a la prosperidad, de la irreligión al catolicismo, de la barbarie a la civilización. Los nombres de estos dos hombres están grabados en nuestro corazón y los tenemos como modelo. Estaríamos muy contentos de ejercer un día en París la influencia que ese médico rural tuvo en su cantón. Pero aquí, la herida es inmensa, superior a nuestras fuerzas por el momento. Que Dios nos conserve mucho tiempo a la señora, que nos envíe algunos ayudantes como vos, y quizá dejaremos una institución que hará bendecir su santa religión. Ahora, adiós... Vuestra iniciación comienza... ¡Ah, soy hablador como un profesor y olvido lo esencial! Tomad, aquí tenéis las señas de esa familia —dijo entregando a Godefroid un cuadrado de papel—. He añadido a ellas el número de la casa donde vive el señor Berton, en la calle d'Enfer... Ahora id a rogar a Dios que os ayude.

Godefroid tomó las manos del buen anciano y se las estrechó tiernamente, deseándole buenas noches y asegurándole que cumpliría escrupulosamente todas sus recomendaciones.

—Todo cuanto me habéis dicho —añadió—, está grabado en mi memoria para toda mi vida...

El viejo sonrió sin expresar la menor duda y se levantó para ir a arrodillarse a su reclinatorio. Godefroid volvió a sus habitaciones, gozoso de participar por fin en los misterios de aquella casa y de tener una ocupación que, en la disposición de espíritu en que se encontraba, sería para él un placer.

Al día siguiente por la mañana, a la hora del almuerzo, el buen Alain no apareció, pero Godefroid no hizo ninguna alusión a la causa de su ausencia; tampoco le interrogaron acerca de la misión que el anciano le había confiado, y así recibió su primera lección de discreción. Sin embargo, después de almorzar, se llevó aparte a la señora de La Chanterie, para decirle que estaría ausente algunos días.

—¡Bien, hijo mío! —le respondió ella—. Tratad de hacer honor a vuestro padrino, pues Alain ha respondido de vos ante sus hermanos.

Godefroid se despidió de sus otros tres hermanos, que le saludaron afectuosamente, con lo que parecían bendecir su comienzo en aquella penosa carrera.

II. EL SUJETO EN OBSERVACIÓN

La asociación, una de las mayores fuerzas sociales y que hizo la Europa de la Edad Media, descansa en unos sentimientos que desde 1792 ya no existen en Francia, donde el individuo ha triunfado sobre el Estado. En primer lugar, la asociación exige una clase de abnegación que aquí no se comprende, luego una fe cándida contraria al espíritu nacional, y por último una disciplina contra la que todo se resiste y que sólo puede conseguir la religión católica. Tan pronto como se forma una asociación en nuestro país, cada uno de sus miembros, al volver a su casa después de asistir a una junta en la que han brillado los más hermosos sentimientos, piensa en despreciar aquella abnegación colectiva, aquella reunión de fuerzas, y se las ingenia para ordeñar en provecho suyo la vaca común, que, al no poder bastar para tanta maña individual, muere tísica.

Nadie sabe cuántos sentimientos generosos se han marchitado, cuántos gérmenes ardientes han perecido, cuántos resortes se han roto y se han perdido para el país, a causa de las infames triquiñuelas de la Carbonería francesa, por las suscripciones patrióticas del Campo de Asilo, y otros tinglados políticos que debían ser grandes y nobles dramas y que sólo fueron vodeviles de policía correccional. Las asociaciones industriales corrieron la misma suerte que las asociaciones políticas. El amor por sí mismo sustituyó al amor por el cuerpo colectivo. Las corporaciones y los gremios de la Edad Media, de las que luego volveremos a ocuparnos, todavía resultan imposibles; así, las únicas SOCIEDADES que subsisten, son instituciones religiosas a las que en estos momentos se hace la más implacable guerra, pues la tendencia natural de los enfermos es combatir a los remedios y con frecuencia a los médicos. Francia ignora la abnegación. Asimismo, una asociación sólo puede vivir merced al sentimiento religioso, el único que domina las rebeliones del espíritu, los cálculos de la ambición y las codicias de todas clases. Los buscadores de mundos ignoran que la asociación tiene mundos para dar.

Al andar por la calle, Godefroid se sentía otro hombre. Quien hubiese podido penetrar en su interior, hubiera admirado el curioso fenómeno de la comunicación del poder colectivo. Ya no era un hombre, sino más bien un ser decuplicado que se sabía representante de cinco personas cuyas fuerzas reunidas apoyaban sus acciones y caminaban a su lado. Al llevar aquel poder en su corazón, experimentaba una plenitud de vida, una potencia doble que le exaltaba. Fue, como dijo más tarde, uno de los momentos más bellos de su existencia, pues disfrutaba de un sentido nuevo, que era el de una omnipotencia más segura que la de los déspotas. El poder moral es ilimitado como el pensamiento.

—Vivir para el prójimo —se dijo— actuar en común como un solo hombre, y actuar solo como todos juntos; tener por jefe a la Caridad, la más hermosa, la más viviente de las figuras ideales en que hemos convertido las virtudes católicas... ¡Eso es vivir! Vamos, reprimamos este júbilo pueril, que causaría risa al tío Alain. Y sin

embargo, ¿no es singular —se dijo— que haya encontrado este poder tan deseado desde hacía tanto tiempo al querer anularme? ¡El mundo de los desgraciados me pertenecerá!

Hizo el trayecto desde el claustro de Nôtre-Dame a la avenida del Observatorio presa de tal excitación, que ni siquiera se dio cuenta de la longitud del recorrido.

Al llegar a la calle Nôtre-Dame-des-Champs, en la parte que desemboca en la calle de l'Ouest, que aún no estaban adoquinadas en aquella época, se sorprendió al encontrar semejantes lodazales en un paraje tan magnífico. Entonces sólo se podía pasar a lo largo de las cercas de tablas que bordeaban jardines cenagosos, o arrimándose a las casas, por estrechos senderos pronto invadidos por las aguas estancadas, que los convertían en arroyos.

Después de buscar mucho, acabó por hallar la casa indicada, a la que llegó con trabajo. Era sin duda una antigua fábrica abandonada. La construcción, más bien estrecha, se ofrecía a la vista como una larga muralla horadada por las ventanas y sin ningún adorno, pero aquellas aberturas cuadrangulares no existían en la planta baja, en la que sólo se veía una miserable puerta intermedia entre la puerta cochera y la puerta pequeña.

Godefroid supuso que el dueño del local había dispuesto pequeñas viviendas en el mismo, para sacar partido de la construcción, pues encima de la puerta había un rótulo escrito a mano que rezaba: *Se alquilan habitaciones*. Godefroid llamó, pero nadie acudió a abrir, y, mientras esperaba, un transeúnte le hizo observar que la casa tenía otra entrada por el bulevar, donde hallaría quien pudiera atenderle.

Godefroid siguió aquel consejo y vio, en el fondo de un jardincillo que bordeaba el bulevar, la fachada de aquella construcción, medio oculta por los árboles. El jardincillo, muy descuidado, formaba pendiente, pues entre el bulevar y la calle Nôtre-Dame-des-Champs existe una gran diferencia de nivel, que convertía el jardincillo en una especie de foso. Godefroid descendió entonces a un pasillo de entrada, al extremo del cual vio a una vieja cuyas ropas deterioradas armonizaban perfectamente con la casa.

—¿Sois vos quien ha llamado por la calle Nôtre-Dame? —le preguntó.

—Sí, señora... ¿Os encargáis vos de enseñar los apartamentos?

Cuando aquella portera de edad incierta contestó afirmativamente, Godefroid le preguntó si la casa estaba habitada por personas tranquilas, pues él se entregaba a ocupaciones que exigían silencio y reposo; como era soltero, quería saber si la portera podía hacerle las faenas de la casa.

Al oír esta insinuación, la portera adoptó un semblante agradable y dijo:

—El señor ha acertado al venir aquí, ya que, salvo los días de Chaumière, el bulevar está desierto como las lagunas pon tinas...

—¿Vos conocéis las lagunas pontinas? —pregunto Godefroid.

—No, señor, pero aquí arriba vive un señor anciano cuya hija tiene por costumbre estar en la agonía, y yo repito lo que él dice. Este pobre anciano estará muy contento

de saber que el señor gusta del silencio y lo desea, pues un inquilino que fuese un general Borrasca empeoraría a su hija... En el segundo tenemos dos especies de escritores, pero vuelven a casa a medianoche, y luego se van a las ocho de la mañana. Se consideran autores, pero no sé dónde ni cómo trabajan.

Mientras hablaba así, la portera condujo a Godefroid por una de esas lúgubres escaleras de ladrillo y madera, tan mal casadas, que no se sabe si es la madera la que desea abandonar al ladrillo o los ladrillos los que sienten hastío por estar presos en la madera, y entonces estos dos materiales se fortifican el uno contra el otro mediante provisiones de polvo en verano y de barro en invierno. Las paredes de yeso resquebrajado ofrecían a la mirada más inscripciones que las inventadas por la Academia de Bellas Letras. La portera se detuvo en el primer rellano.

—Aquí tenéis, señor, dos habitaciones contiguas y muy limpias que dan al descansillo del señor Bernard. Es el anciano que os he mencionado, un hombre muy decente, condecorado, pero que ha pasado por grandes tribulaciones, según parece, pues no lleva nunca su condecoración... Al principio estaban servidos por un criado de provincias, que despidieron hace ya tres años... El hijo menor de la señora se ocupa de todo desde entonces: atiende los quehaceres de la casa.

Godefroid hizo un ademán.

—¡Oh! —exclamó la portera—. Tranquilizaos, no os dirán nada, pues no hablan con nadie. Este señor vive aquí desde la revolución de julio, vino en 1831... Son provincianos arruinados con el cambio de gobierno, altivos y taciturnos como peces... Ya va para cuatro años, señor, que no acepta el menor servicio de mi parte, por miedo a tener que pagármelo... Cien sueldos a fin de año es todo cuanto gano con ello... ¡Con los autores es otro cantar! Me dan diez francos al mes sólo por decir que se mudaron después del último trimestre a todos los que preguntan por ellos.

Aquel chismorreo hizo esperar a Godefroid que encontraría un aliado en aquella portera, quien le dijo, mientras hacía elogios de la salubridad de las dos habitaciones y los dos gabinetes, que ella no era portera, sino más bien la mujer de confianza del propietario, para quien regentaba en cierto modo la casa.

—Se puede tener confianza en mí, señor, os lo aseguro, pues la señora Vauthier preferiría no tener nada que poseer un céntimo que no fuese suyo.

La señora Vauthier no tardó en ponerse de acuerdo con Godefroid, quien sólo quiso alquilar la vivienda por meses y amueblada. Aquellos miserables cuartuchos de estudiantes o autores desdichados se alquilaban amueblados o sin muebles. Los enormes desvanes que se extendían por toda la parte superior contenían los muebles. Sin embargo, el señor Bernard había amueblado él mismo el piso que ocupaba.

Mientras tiraba de la lengua a la señora Vauthier, Godefroid adivinó que su ambición consistía en tener una pensión burguesa; pero desde hacía cinco años, no había podido encontrar entre sus inquilinos un solo huésped. Ella vivía en la planta baja, en la parte que daba al bulevar, y así vigilaba la casa, con ayuda de un corpulento mastín, de una rolliza sirvienta y de un criadito que limpiaba las botas,

arreglaba los cuartos y hacía los recados; dos pobretones como ella, en armonía con la miseria de la casa y de los inquilinos, y con el aspecto salvaje y desolado del jardín que precedía a la casa.

Ambos eran hijos abandonados por sus familiares y quienes la viuda Vauthier pagaba únicamente con la comida... ¡y qué comida! El muchacho, que Godefroid pudo entrever, llevaba una blusa andrajosa por librea, alpargatas en vez de zapatos y, para salir, calzaba zuecos. Desgreñado como un gorrión que acabara de tomar un baño, con las manos negras, se iba a su trabajo, que consistía en medir cargas de leña en uno de los talleres del bulevar, después de haber terminado el servicio de la mañana; y al acabar su jornada de trabajo, que en los vendedores de leña termina a las cuatro y media, reanudaba sus ocupaciones domésticas. Iba a buscar a la fuente del Observatorio el agua necesaria para la casa, que la viuda proporcionaba a los inquilinos, así como pequeños haces de leña aserrados y preparados por él.

Nepomuceno, así se llamaba este esclavo de la viuda Vauthier, entregaba su jornal a su ama. En verano, los domingos y lunes, aquel pobre ser abandonado trabajaba de mozo con los vinateros de una de las puertas de París. La viuda le vestía entonces convenientemente.

En cuanto a la rolliza muchacha, hacía la cocina bajo la dirección de la viuda Vauthier, a la que ayudaba en su industria el tiempo restante, pues aquella viuda tenía un oficio: hacía zapatillas de orillo para los vendedores ambulantes.

Godefroid se enteró de todos estos detalles en el espacio de una hora, ya que la viuda le paseó por todas partes y le enseñó la casa, mientras le explicaba la transformación que había sufrido. Hasta 1828 hubo allí un local para la cría de gusanos de seda, más para obtener huevos de los gusanos, lo que se llama simiente, que para hacer seda. Once fanegadas plantadas de moreras en el llano de Montrouge y tres más en la calle de l'Ouest, convertidas posteriormente en terreno edificado, alimentaron aquella fábrica de huevos de gusano de seda. Pero en el momento en que la viuda explicaba a Godefroid que el señor Barbet, quien prestaba dinero a un italiano llamado Fresconi, director de aquella fábrica, sólo consiguió recuperar sus fondos hipotecados en las construcciones y los terrenos mediante la venta de aquellas tres fanegadas, que ella le mostraba al otro extremo de la calle Nôtre-Dame-des-Champs, un viejo alto y flaco, de cabellos totalmente blancos apareció en la parte de la calle que desembocaba en la esquina de la calle de l'Ouest.

—¡Ah, bien! ¡Llega muy a punto! —exclamó la Vauthier—. Mirad, ahí está vuestro vecino, el señor Bernard... Señor Bernard —le interpelló cuando el viejo pudo oírla—, ya no estaréis solo; este señor acaba de alquilar el alojamiento que está frente al vuestro...

El señor Bernard levantó la mirada hacia Godefroid con una aprensión fácil de comprender; parecía como si se dijese que por fin había llegado la desgracia que tanto temía...

—Caballero —dijo en voz alta—, ¿pensáis vivir aquí?

—Sí, señor —respondió Godefroid con sinceridad—. No es el asilo de las personas que forman parte de los seres dichosos de este mundo, y es lo que he encontrado más barato en el barrio. La señora Vauthier no tiene la pretensión de ofrecer alojamiento a millonarios. Adiós, mi buena señora Vauthier, disponedlo todo de manera que pueda instalarme esta tarde a las seis, volveré puntualmente a esa hora.

Godefroid se dirigió luego hacia la esquina de la calle l'Ouest, caminando con lentitud, pues la ansiedad pintada en la fisonomía de aquel viejo alto y delgado le hizo creer que iban a tener una explicación los dos juntos. En efecto, después de un ligero titubeo, el señor Bernard volvió sobre sus pasos y fue en busca de Godefroid.

»¡Este viejo soplón le impedirá que vuelva! —dijo para su capote la señora Vauthier—. Ya es la segunda vez que me gasta esta jugarreta... ¡Pero paciencia! Dentro de cinco días debe pagar el alquiler, y si no lo paga *ipso facto*, le pongo de patitas en la calle. El señor Barbet es una especie de tigre al que no hace falta excitar y... Pero querría saber lo que les dice... ¡Felicidad... Felicidad!... ¿Dónde se habrá metido esa zarrapastrosa? —gritó la viuda con su voz áspera y formidable, pues antes había sacado su vocecita aflautada para hablar con Godefroid.

La sirvienta, una robusta moza pelirroja y bizca, vino corriendo.

—Vigila bien todo durante unos momentos, ¿me oyes?... Vuelvo dentro de cinco minutos.

Y la señora Vauthier, antigua cocinera del librero Barbet, uno de los usureros por semanas más duros que han existido, se escabulló en seguimiento de sus dos inquilinos, a fin de espiarlos desde lejos y poder encontrar a Godefroid cuando la conversación que éste sostenía con el señor Bernard hubiese terminado.

El anciano caminaba lentamente, como un hombre indeciso o un deudor que busca razones para dar a un acreedor que acabase de dejarle con mal talante. Godefroid, aunque iba delante de aquel desconocido, le miraba fingiendo examinar el barrio. Así, el señor Bernard no abordó a Godefroid hasta que estuvieron en el centro de la gran avenida del jardín del Luxemburgo.

III. UNA EXTRAÑA ENFERMEDAD

—Perdón, caballero —dijo el señor Bernard saludando a Godefroid, que le devolvió el saludo—. Mil perdones por deteneros sin tener el honor de conoceros, pero... ¿estáis decidido a instalaros en la espantosa casa donde yo resido?

—Caballero...

—Sí —repuso el anciano interrumpiendo a Godefroid con un gesto autoritario—, ya sé que podéis preguntarme a título de qué me meto en vuestros asuntos, con qué derecho os interrogo... Escuchad, señor, vos sois joven y yo muy viejo, más de lo que aparento, porque aunque tengo sesenta y siete años, represento ochenta... Mi edad y las desgracias que he sufrido me autorizan a muchas cosas, pues la ley exime a los septuagenarios de determinados servicios públicos; pero yo no os hablo de los derechos contraídos por las canas, se trata de vos. ¿Sabéis que el barrio en que queréis vivir está desierto a las ocho de la noche, y que en él se corren grandes peligros, el menor de los cuales es el de que os roben?... ¿Os habéis fijado en esos solares por edificar, en esos huertos y jardines?... Acaso me diréis que yo vivo aquí, pero yo, señor mío, no salgo de casa después de las seis de la tarde... Me haréis observar que hay dos jóvenes alojados en el segundo piso, encima del apartamento que vais a ocupar... Pero, señor mío, esos dos jóvenes escritores se encuentran abrumados por las letras de cambio, perseguidos por los acreedores; tratan de ocultarse y se van por la mañana para no regresar hasta media noche, sin temer a los ladrones ni a los asesinos; además, van siempre juntos y armados... Yo mismo les obtuve de la prefectura de policía el permiso para llevar armas...

—Señor —contestó Godefroid—, yo no temo a los ladrones por razones parecidas a las que hacen invulnerables a esos señores, y siento tal desdén por la vida, que si por error me asesinasen, bendeciría al asesino...

—Sin embargo, vos no parecéis ser muy desgraciado —replicó el anciano, después de examinar atentamente a Godefroid.

—Tengo lo justo para vivir y para comer un poco de pan, y he venido aquí, señor, a causa del silencio que reina en este barrio. Pero ¿puedo preguntaros que interés tenéis en alejarme de esta casa?

El anciano titubeaba antes de responder; veía acercarse a la señora Vauthier, pero Godefroid, que también le examinaba con atención, se sorprendió del grado de delgadez a que había llegado a causa de las penas, o tal vez del hambre y el trabajo; había señales de todas estas causas de debilitamiento en aquel rostro cuya piel reseca se pegaba con ardor a los huesos, como si hubiese estado expuesta a los fuegos de África. La frente alta y el aspecto amenazador abrigaba bajo su cúpula unos ojos de un azul acerado, unos ojos fríos, duros, sagaces y perspicaces como los de los salvajes, pero rodeados por un profundo círculo cárdeno muy arrugado. La nariz grande, larga y estrecha y el mentón muy saliente, daban a aquel anciano cierto parecido con la máscara tan conocida y popular que se atribuye a don Quijote; pero

era un don Quijote malo, sin ilusiones, un don Quijote terrible.

Este anciano, a pesar de aquella severidad general, dejaba traslucir el temor y la debilidad que presta la indigencia a todos los desdichados. Estos dos sentimientos producían una especie de grieta en aquella cara construida tan sólidamente, que el pico devastador de la miseria no parecía hacerle mella. La boca era elocuente y seria. Don Quijote se complicaba con el presidente de Montesquieu.

Vestía de paño negro de pies a cabeza, pero un paño negro raído y deshilachado. El traje, de corte antiguo, y el pantalón mostraban algunos zurcidos hechos por mano poco hábil. Los botones acababan de ser cambiados. El traje, abrochado hasta el cuello, no dejaba ver el color de la ropa interior, y la corbata, de un negro rojizo, ocultaba un cuello duro. Aquel negro, llevado durante largos años, apestaba a miseria. Pero el aire señorial del misterioso viejo, su continente, el pensamiento que latía bajo su frente y se manifestaba en sus ojos, excluían toda idea de pobreza. El observador hubiera vacilado antes de clasificar a aquel parisién.

El señor Bernard parecía hallarse tan profundamente absorto, que podía tomársele por un profesor del barrio, por un sabio sumido en celosas y tiránicas meditaciones; así, Godefroid se sintió presa de un violento interés y de una curiosidad que aguijoneaba sin más su benéfica misión.

—Caballero, si estuviese seguro de que buscáis el silencio en vuestro retiro, os diría que os instalaseis conmigo —repuso el anciano continuando su discurso—. Alquilad este apartamento —dijo elevando la voz para hacerse oír por la Vauthier, que pasaba en aquel momento y le escuchaba—. Yo soy padre, caballero, y no tengo en este mundo más que a mi hija y mi nieto para ayudarme a soportar las miserias de la vida; tened en cuenta que mi hija tiene necesidad de silencio y de una tranquilidad absoluta... Todos cuantos han venido hasta ahora con la intención de instalarse en las habitaciones que deseáis alquilar, se han inclinado ante las razones y los ruegos de un padre desesperado; les era indiferente alojarse en una u otra calle de un barrio verdaderamente desierto, y en el que los alojamientos baratos no escasean, lo mismo que las pensiones a precio moderado. Pero yo veo en vos una decisión bien formada, y os lo suplico, caballero, no me engaños, pues de lo contrario me vería obligado a irme a extramuros... En primer lugar, una mudanza podría costarme la vida de mi hija —dijo con voz alterada—. Además... ¿quién sabe si los médicos, que ya vienen a visitar a mi hija por caridad, querrían salir fuera de las puertas de la ciudad!

Si aquel hombre hubiera podido llorar, hubiese tenido las mejillas cubiertas de lágrimas al decir estas últimas palabras, pero, según una expresión que hoy se ha hecho vulgar, tenía lágrimas en la voz, y se cubrió la frente con la mano, que sólo dejaba ver huesos y músculos.

—¿Qué enfermedad tiene vuestra señora hija? —preguntó Godefroid con tono insinuante y simpático.

—Una enfermedad terrible, a la que los médicos dan todos los nombres, o mejor dicho, que no tiene nombre... Mi fortuna se ha disipado...

Se contuvo para añadir, con uno de esos gestos propios únicamente de los desgraciados:

—El poco dinero que tenía, pues me encontré sin fortuna en 1830, al caer desde una alta posición, todo cuanto poseía, en fin, no tardó en ser consumido por mi hija, que ya había arruinado a su madre y a la familia de su marido, caballero... La pensión que hoy cobro apenas basta para pagar las necesidades del estado en que se encuentra mi pobre y santa hija... Ha consumido en mí la facultad de llorar... He sufrido mil torturas. Señor, soy de granito para no estar muerto, o más bien Dios conserva el padre a la hija para que ella tenga un guardián, una providencia, pues su madre murió de dolor... ¡Ah! Vos habéis venido, joven en el momento en que el viejo árbol que jamás se doblegó siente que se clava en su corazón el hacha de la miseria, afilada por el dolor... Y yo, que nunca proferí quejas, os hablaré de esta enfermedad a fin de impedirlos que vengáis a nuestra casa, o, si persistís en vuestro intento, para mostraros la necesidad de no turbar nuestro reposo... En la actualidad, caballero, mi hija ladra como un perro, día y noche...

—¡Está loca! —dijo Godefroid.

—Conserva íntegra su razón, y además es una santa —repuso el viejo—. Vais a creer que soy yo quien está loco cuando os lo haya contado todo. Caballero, mi hija única nació de una madre que gozaba de excelente salud. En mi vida sólo he amado a una mujer, y era la mía; yo la elegí entre todas. Hice un matrimonio por amor al casarme con la hija de una de los más valiente coroneles de la guardia imperial, un polaco, antiguo oficial de artillería del Emperador: el pundonoroso general Tarlowski. Las funciones que yo ejercía exigían una gran pureza de costumbres, pero yo no tengo el corazón hecho de manera que pueda alojar muchos sentimientos, y amé fielmente a mi esposa, que era digna de semejante amor. Soy padre del mismo modo que fui marido, y esto bastará para decíroslo todo en dos palabras. Mi hija nunca se separó de su madre, y jamás una niña vivió de una manera más casta y cristiana que mi querida hija. Más que bonita, nació bella, y su marido, joven, de cuyas costumbres yo estaba seguro, pues era hijo de un amigo mío, presidente del Tribunal real, no pudo ciertamente contribuir en nada a la enfermedad de mi hija.

Godefroid y el señor Bernard hicieron una pausa involuntaria mientras se miraban.

—El matrimonio, como sabéis, produce a veces un profundo cambio en los jóvenes —continuó el anciano—. El primer embarazo no ofreció dificultades y de él nació un hijo, mi nieto, que ahora vive conmigo, único vástago de dos familias aliadas. El segundo embarazo fue acompañado de síntomas tan extraordinarios, que los médicos, pasmados, los atribuyeron a extraños fenómenos que se manifiestan a veces en tal estado, y que anotan en los anales de la ciencia. Mi hija dio a luz un niño muerto, y literalmente retorcido y ahogado por movimientos interiores. La enfermedad empezaba y el embarazo ya había terminado... ¿Sois quizá estudiante de medicina?

Godefroid un ademán que tanto podría interpretarse como negativa o afirmación.

—Después de aquel parto terrible y laborioso —prosiguió el señor Bernard—, un parto, caballero, que causó una impresión tan violenta en mi yerno, que señaló el principio de la melancolía que le llevó a la tumba, mi hija, dos o tres meses después, se quejó de una debilidad general que afectaba particularmente a los pies, los cuales, según su expresión, le parecían como si fuesen de algodón en rama. Esta atonía se convirtió en parálisis, pero ¡qué parálisis, señor! Es posible doblar los pies de mi hija, retorcérselos sin que sienta nada. Estas extremidades existen, pero al parecer no tienen sangre, músculos ni huesos. Esta dolencia, distinta a todo lo conocido, se ha extendido a los brazos y a las manos, y hemos pensado en alguna enfermedad de la espina dorsal. Los médicos y los remedios no han hecho más que empeorar su estado, y mi pobre hija ya no puede moverse sin dislocarse los riñones, los hombros y los brazos. Durante mucho tiempo, tuvimos en casa un excelente cirujano, que casi vivía con nosotros, y que de acuerdo con el médico o los médicos (pues vinieron algunos por curiosidad) trataba de ponerle los miembros en su sitio... ¿lo creeréis, señor?... ¡tres o cuatro veces al día!... ¡Ah!... Esta enfermedad reviste tantas formas, que olvidaba decir que durante el período de debilidad, antes de que se le paralizasen los miembros, se manifestó en mi hija uno de los casos más curiosos de catalepsia... Ya sabéis lo que es la catalepsia. Permanecía con los ojos abiertos e inmóviles durante varios días, en la posición que la sorprendía aquel estado. Ha sufrido las manifestaciones más monstruosas de esta dolencia, incluso ataques de tétanos. Esta fase de la enfermedad me sugirió la idea de emplear el magnetismo para su curación, cuando la vi paralizada de manera tan singular. Mi hija, caballero, fue de una clarividencia milagrosa; su alma fue teatro de todos los prodigios del sonambulismo, lo mismo que su cuerpo es teatro de todas las enfermedades...

Godefroid se preguntó para su fuero interno si el viejo estaba en el completo uso de sus facultades mentales.

—Verdaderamente, yo que soy un hijo del siglo XVIII, cuyos maestros son Voltaire, Diderot y Helvetius —dijo prosiguiendo y sin hacer caso de la expresión de los ojos de Godefroid—, yo, que soy un hijo de la Revolución, me burlaba de todo cuanto la Antigüedad y la Edad Media cuentan de los posesos; pues, señor, solamente la posesión puede explicar el estado en que se encuentra mi hija. Sonámbula, nunca pudo decimos cuál era la causa de sus sufrimientos, pues ella no los veía, y todos los métodos de tratamiento que nos ha dictado, aunque los seguimos escrupulosamente, no le hicieron el menor bien. Por ejemplo, quiso que la envolviésemos en un cerdo recién degollado; después ordenó que le clavásemos en las piernas clavos imantados fuertemente y puestos al rojo... que le vertiésemos por la espalda lacre de sellar fundido...

¡Y qué desastres, caballero! ¡Se le cayeron los dientes! Se volvió sorda, después muda, y luego, al cabo de seis meses de mutismo absoluto y de sordera completa, recuperó de pronto el oído y el habla. Ha recuperado caprichosamente, tal como lo

perdió, el uso de las manos, pero desde hace siete años tiene los pies baldados. Ha mostrado síntomas y ha tenido ataques de hidrofobia muy pronunciados y característicos. No solamente se enfurecía a la vista o al ruido del agua y cuando le presentábamos un vaso, sino que contrajo el ladrido de los perros, un aullido melancólico, el aullar que emiten cuando oyen tocar el órgano. Ha estado varias veces en la agonía y ha recibido la Extremaunción, pero volvía a la vida para sufrir con toda su razón, con toda su claridad mental, pues las facultades del alma y del corazón no han sido aún atacadas... Si bien ella ha sobrevivido, caballero, causó la muerte de su marido y de su madre, que no pudieron soportar semejantes crisis... ¡Ay, caballero... esto que os cuento no es nada! Todas las funciones naturales se pervierten, y solamente la medicina podría explicaros las extrañas aberraciones de los órganos... Fue en semejante estado como tuve que traerla de la provincia a París en 1829, pues los dos o tres médicos célebres de París a quienes me he dirigido, Desplein, Bianchon y Haudry, creyeron que trataba de embaucarles. Todas las academias negaban a la sazón el magnetismo con la mayor energía, y, sin poner en duda la buena fe de los médicos de provincias y la mía propia, suponían una falta de observación, o, si lo preferís, una exageración hartamente común en las familias o en los enfermos. Pero se vieron obligados a mudar de parecer, y a estos fenómenos se deben las investigaciones hechas en los últimos tiempos acerca de las enfermedades nerviosas, ya que han clasificado este curioso estado entre las *neurosis*. La última consulta hecha por estos doctores dio por resultado la supresión de la medicina; resolvieron que había que seguir a la naturaleza y estudiarla; después sólo tuve un médico, que es el de los pobres de este barrio. Basta, en efecto, con suavizar los dolores o calmarlos, puesto que desconocemos las causas.

Al llegar aquí, el anciano se interrumpió, como oprimido por esta terrible confidencia.

—Desde hace cinco años —prosiguió—, mi hija vive en unas continuas alternativas de mejoría y recaída, pero no se ha producido ningún fenómeno nuevo. Sufre más o menos a causa de esos ataques nerviosos tan variados que os he descrito brevemente, pero el estado de sus piernas y la perturbación de las funciones naturales permanecen constantes. Las dificultades económicas que nos asedian, y que no han hecho más que aumentar, nos obligaron a dejar el piso que tomé en 1829 en el barrio del arrabal del Roule, y como mi hija no puede soportar el traslado, ya que estuve dos veces a punto de perderla al traerla a París y al transportarla desde el barrio de Beaujon aquí tomé inmediatamente el alojamiento que hoy ocupo, en previsión de las desdichas que no tardaron en caer sobre mí, pues al cabo de treinta años de servicio, han demorado el pago de mi pensión hasta 1833. Hace sólo seis meses que la cobro, y el nuevo Gobierno, para mostrarse aún más riguroso, sólo me paga el mínimo.

Godefroid hizo un gesto de asombro que exigía una confidencia total, y el anciano así lo comprendió, puesto que respondió al instante, no sin dirigir una mirada acusadora al cielo.

—Soy una de las mil víctimas de las reacciones políticas. Oculto un nombre que es objeto de muchas venganzas, y, si las lecciones de la experiencia no deben caer siempre en saco roto de una generación a otra, procurad, joven, no prestaros jamás a los rigores de ninguna política... No es que me arrepienta de haber cumplido mi deber, pues tengo la conciencia perfectamente tranquila, pero los que hoy detentan el poder no tienen ya esa solidaridad que une a los gobiernos entre sí, aunque sean diferentes, y si el celo es recompensado, es por efecto de un miedo pasajero. El instrumento que se ha utilizado, por fiel que sea, cae tarde o temprano en un olvido total. Veis en mí a uno de los más firmes puntales del gobierno de los Borbones de la rama mayor, igual que lo fui del poder imperial, y... ¡estoy en la miseria! Demasiado orgulloso para mendigar, nadie podrá pensar jamás que sufro males inauditos. Hace cinco días, caballero, el médico del barrio que cuida a mi hija, o si lo preferís, que la observa, me dijo que se consideraba incapaz de curar una enfermedad cuyas formas varían cada quince días. Según él, las neurosis son la desesperación de la Medicina, pues sus causas radican en un sistema inexplorable. Me dijo que podría recurrir a un médico judío que pasa por ser un empírico, pero me advirtió que se trataba de un extranjero, de un polaco refugiado, que los médicos están muy celosos de algunas curas extraordinarias de las que se habla mucho, y que ciertas personas le consideran muy sabio y hábil. Sólo que es exigente, receloso, escoge a sus enfermos y no pierde el tiempo; finalmente, es... comunista... se llama Halpersohn. Mi nieto ya fue a ver dos veces a ese médico, pero inútilmente, pues aún no hemos recibido su visita, y ya me imagino por qué...

—¿Por qué? —preguntó Godefroid.

—¡Oh! Mi nieto, que tiene dieciséis años, todavía va peor trajeado que yo, y en cuanto a mí, caballero, sabed que no me atrevo a presentarme en casa de ese médico: mi aspecto está muy poco en consonancia con lo que cabe esperar de un hombre de mi edad, y serio como soy. Si ve al abuelo tan mal vestido, después de ver al nieto trajeado pobremente, ¿creéis que ese médico prestará a mi hija los cuidados necesarios? Hará como se hace con los pobres... Y pensad, mi querido señor, que quiero a mi hija por todos los dolores que me ha causado, como antes la quería por toda la felicidad que me prodigaba. Se ha convertido en un ser angélico. ¡Ay!, no es más que un alma, un alma que resplandece sobre su hijo y sobre mí; el cuerpo ya no existe, pues ha vencido al dolor... ¡Juzgad qué espectáculo para un padre! ¡El mundo, para mi hija, es su habitación! Hay que poner en ella sus flores preferidas; lee mucho, y cuando puede valerse de las manos, trabaja como un hada... Ignora la profunda miseria en la que estamos hundidos... Así, nuestra existencia es tan extraña, que no podemos admitir a nadie en nuestra casa... ¿Me comprendéis bien, señor? ¿Os dais cuenta de que un vecino es imposible? Yo le pediría tantas cosas, contraería con él una deuda tan elevada de gratitud, que me sería imposible pagársela. En primer lugar, me falta tiempo para todo: me ocupo de la educación de mi nieto y trabajo tanto, tanto, caballero, que no duermo más de tres o cuatro horas por noche.

—Señor —dijo Godefroid interrumpiendo al viejo, a quien había escuchado pacientemente, observándole con una dolorosa atención—, yo seré vuestro vecino, os ayudaré...

El anciano dejó escapar un gesto de altivez, incluso de impaciencia, pues no esperaba nada bueno de los hombres.

—Yo os ayudaré —prosiguió Godefroid, tomando las manos del viejo y estrechándoselas con un piadoso afecto—, pero como yo puedo ayudaros... Escuchadme. ¿Qué pensáis hacer con vuestro nieto?

—Pronto entrará en la escuela de Derecho, porque seguirá la carrera de leyes.

—Entonces, vuestro nieto os costará seiscientos francos anuales...

El anciano guardó silencio.

—Yo —dijo Godefroid, continuando después de una pausa—, no tengo nada, pero puedo hacer mucho: ¡conseguiros el médico judío! Y si vuestra hija puede sanar, sanará. Ya encontraremos el medio de recompensar a ese Halpersohn.

—¡Oh, si mi hija sanase, yo haría un sacrificio que sólo puedo hacer una vez! —exclamó el viejo—. ¡Vendería lo que guardo para un caso de necesidad!

—Podrías conservarlo...

—¡Oh, la juventud, la juventud!... —exclamó el anciano moviendo la cabeza—. Adiós, caballero, o más bien hasta luego. Es la hora de la biblioteca, y, como he vendido todos mis libros, me veo obligado a ir a ella para mis trabajos... No olvidaré este buen impulso que acabáis de tener, pero ya veremos si me guardáis los miramientos que debo pedir a mi vecino. Esto es todo cuanto espero de vos.

—Sí, caballero, dejadme que sea vuestro vecino. Pensad que Barbet no es de los que toleran por mucho tiempo a las personas inútiles, y podríais haber encontrado a un compañero de miseria mucho peor que yo... Ahora no os pido que creáis en mí, sino que me permitáis seros útil...

—¿Y con qué finalidad? —exclamó el anciano, que se disponía a bajar por los peldaños del claustro de los Cartujos, por donde se pasaba entonces de la gran avenida de Luxemburgo a la calle d'Enfer.

—¿No habéis hecho favores a nadie durante el desempeño de vuestras funciones?

El viejo miró a Godefroid con las cejas fruncidas y la mirada llena de recuerdos, como un hombre que compulsara el libro de su vida, buscando en él la acción a la que podría deber un reconocimiento tan raro, y se volvió fríamente, después de una salutación de despedida incierta y titubeante.

—Vamos, para una primera entrevista, no se ha asustado mucho —se dijo el Iniciado.

IV. EL PAN Y LAS FLORES

Godefroid se dirigió en seguida a la calle d'Enfer, a la dirección indicada por Alain, donde encontró al doctor Berton, hombre frío y severo que le dejó muy sorprendido al asegurarle que eran exactos todos los detalles dados por el señor Bernard acerca de la enfermedad de su hija, y obtuvo las señas de Halpersohn.

Aquel médico polaco, que después alcanzó tanta celebridad, residía entonces en Chaillot, en la calle Marbeuf, en una casita aislada de la que ocupaba el primer piso. En la planta baja vivía el general Román Tarnowicki, y los criados de estos dos refugiados habitaban en el desván de aquel hotelito, que sólo tenía un piso. Godefroid no vio esta vez al médico, pues le dijeron que había ido a visitar a un enfermo muy rico que vivía bastante lejos, en provincias; pero casi se alegró de no encontrarle, ya que, en su precipitación, olvidó proveerse de dinero y se vio obligado a volver a la mansión de La Chanterie para ir a buscarlo a sus habitaciones.

Godefroid pasó en estas idas y venidas y cenando en un restaurante de la calle de l'Odeon, el tiempo que faltaba para entrar en posesión de su alojamiento, en el bulevar Montparnasse. No podía ser más miserable el mobiliario con que la señora Vauthier había ataviado las dos habitaciones. Parecía como si aquella mujer tuviese por costumbre alquilar alojamientos en que nadie vivía. Era evidente que la cama, las sillas, las mesas, la cómoda, el escritorio y las cortinas procedían de subastas judiciales, en las que el usurero las había adquirido al no haber nadie que diese su valor intrínseco, caso bastante frecuente.

La señora Vauthier, con los brazos en jarras, esperaba escuchar palabras de agradecimiento; así, pues, tomó la sonrisa de Godefroid por una sonrisa de sorpresa.

—¡Ah! Os he escogido lo más hermoso que teníamos, mi querido señor —dijo con expresión triunfal—. ¡Mirad qué lindas cortinas de seda y esa cama de caoba *que no está comida por la carcoma!*... Perteneció al príncipe de Wissembourg, y procede de su palacio. Cuando se fue de la calle Louis-le-Grand, en 1809, yo era moza de cocina en su casa... Luego entré a servir a mi propietario.

Godefroid puso un dique a aquel caudal de confidencias pagando anticipadamente un mes y dando, también por adelantado, los seis francos prometidos a la señora Vauthier para la limpieza y arreglo de la casa. En aquellos momentos oyó ladrar, y, si el señor Bernard no le hubiese prevenido, hubiera podido creer que su vecino tenía un perro en casa.

—¿Es que ese perro también ladra de noche?...

—¡Oh! Tranquilizaos, señor. Tened un poco de paciencia, sólo tendréis que aguantar esta semana. El señor Bernard no podrá pagar el alquiler y será desahuciado... ¡Qué gente tan extraña! Nunca he visto su perro. Ese perro pasa meses, ¿qué digo meses?, hace medio año que no le oímos... Cualquiera diría que no tienen perro. El animal nunca sale de la habitación de la señora... Pues debéis saber que hay una señora que está muy enferma. No ha salido ni una sola vez de su

habitación desde que entró en ella... El viejo señor Bernard trabaja mucho y su hijo también. Es externo en el colegio Louis-le-Grand, donde acaba la carrera de Filosofía... ¡a los dieciséis años! Es fantástico, pero también es verdad que el muchacho trabaja como un negro... Ya les oiréis quitar las flores que ponen en la habitación de la señora, pues tanto el abuelo como el nieto sólo comen pan, pero compran flores y golosinas para la señora... Esa señora debe estar muy mal para no haber salido de aquí desde que entró en la casa; y, si hay que creer al señor Berton, el médico que viene a visitarla, únicamente saldrá con los pies por delante.

—¿Qué hace el tal señor Bernard?

—Es un sabio, a lo que parece; escribe, va a trabajar a las bibliotecas y el señor le presta dinero a cuenta de lo que compone.

—¿Qué señor?

—Mi propietario, el señor Barbet, el antiguo librero; se estableció hace dieciséis años. Es un normando que vendía verduras por las calles y que en 1818 se puso de librero de lance en los muelles; después tuvo una tiendecita y ahora es muy rico... Es una especie de judío que hace treinta y seis oficios, ya que estuvo asociado con el italiano que construyó este caserón para dedicarse a la cría de gusanos de seda...

—¿Así, esta casa es el refugio de los autores desgraciados? —dijo Godefroid.

—Supongo que el señor no tendrá la desgracia de ser uno de ellos —preguntó la viuda Vauthier.

—Yo no soy más que un principiante —respondió Godefroid.

—¡Oh! Mi querido señor, por lo bien que os quiero, no paséis de ahí... Periodista, por ejemplo, ya es otra cosa...

Godefroid no pudo contener la risa, y dio las buenas noches a aquella cocinera que, sin saberlo, representaba la burguesía. Al acostarse en aquella tétrica habitación de baldosas rojas que ni siquiera habían sido pintadas, y cubierta con un papel de a siete sueldos el rollo, Godefroid echó de menos, no solamente su pequeño apartamento de la calle Chanoinesse, sino también la compañía de la señora de La Chanterie. Sintió un gran vacío en su alma. Ya había contraído costumbres espirituales, y no recordaba haber experimentado tal nostalgia por quienquiera que fuese de su vida anterior. Aquella comparación tan breve produjo un efecto prodigioso en su alma; comprendió que ninguna vida podía valer tanto como la que quería abrazar, y su resolución de convertirse en un émulo del buen Alain se hizo inquebrantable. Aunque no tenía vocación, poseía la voluntad.

Al día siguiente, Godefroid, acostumbrado por su nueva vida a madrugar, vio desde su ventana a un joven de unos diecisiete años, vestido con una blusa, que volvía sin duda de una fuente pública, con un cántaro lleno de agua en cada mano. El semblante de aquel muchacho que no se sabía observado, revelaba sus sentimientos, y Godefroid nunca había visto nada tan ingenuo, pero tampoco tan triste. Las gracias de la juventud estaban comprimidas por la miseria, el estudio y grandes fatigas físicas. El nieto del señor Bernard llamaba la atención por su tez de una blancura

excesiva, que aún resaltaba más a causa de sus cabellos castaño oscuro. Hizo tres viajes; al último, observó la descarga de una carreta de leña nueva que Godefroid encargó la víspera, pues el tardío invierno de 1838 empezaba a dejarse sentir, y había nevado ligeramente durante la noche.

Nepomuceno, que acababa de empezar su jornada de trabajo yendo a buscar aquella leña, cuyo precio había significado una buena merma sobre el anticipo que la señora Vauthier le había dado, hablaba con el joven, en espera de que el aserrador le entregase la carga que iba a subir. Se echaba de ver al instante que aquel frío repentino inquietaba al nieto del señor Bernard, y que la vista de aquella madera, junto con el aspecto plomizo del cielo, le recordaba la necesidad de hacer provisión de combustible. Pero súbitamente el joven, como si se reprochara perder un tiempo precioso, volvió a tomar sus dos cántaros y entró de nuevo en la casa, con precipitación. Eran, en efecto, las siete y media, y al oír la campana del convento de la Visitación, pensó que tenía que estar en el colegio Louis-le-Grand a las ocho y media.

En el momento en que el joven entró, Godefroid fue a abrir a la señora Vauthier, que venía a traer fuego a su nuevo inquilino, lo que permitió que Godefroid fuese testigo de una escena que tuvo lugar en el rellano. Un jardinero de la vecindad, después de haber llamado varias veces a la puerta del señor Bernard, sin que acudiese nadie a abrir, toda vez que la campanilla estaba envuelta en papel, sostuvo una disputa bastante grosera con el joven, exigiéndole el pago del importe de las flores que les proporcionaba. Al oír las voces destempladas de aquel acreedor, el señor Bernard hizo su aparición.

—Augusto —dijo a su nieto—, vístete, es hora de ir al colegio.

Tomó los dos cántaros y los entró al primer aposento de su piso, en el que se veían flores puestas en jardineras, luego cerró la puerta y volvió para hablar con el jardinero. La puerta de Godefroid estaba abierta, pues Nepomuceno había comenzado sus viajes y amontonaba la leña en la primera habitación. El jardinero se calló en presencia del señor Bernard, el cual, vestido con una bata de seda color violeta abrochada hasta el cuello, tenía un aspecto imponente.

—Podéis pedirnos lo que os debemos sin alzar la voz —dijo el señor Bernard.

—Sed razonable, mi querido señor —contestó el jardinero—. Os comprometisteis a pagarme por semanas, y hace ya tres meses, diez semanas, que no he cobrado nada, y me debéis ciento veinte francos. Nosotros estamos acostumbrados a alquilar nuestras flores a personas ricas, que nos pagan en cuanto se lo pedimos, y he venido ya cinco veces consecutivas. Tenemos que pagar alquileres, a los obreros, y yo no soy más rico que vos. Mi mujer, que os traía leche y huevos, tampoco vendrá esta mañana: le debéis treinta francos y prefiere no venir para evitar atormentaros, pues ella es muy buena... si la escuchásemos, el comercio no sería posible. Por eso prefiero no prestarle oídos, ya me entendéis...

En aquel momento salió Augusto, vestido con un traje verde raquíptico y malo y

con un pantalón de paño del mismo color, corbata negra y botas viejas. Tales vestiduras, aunque cuidadosamente cepilladas, denotaban una miseria llegada al último grado, porque eran demasiado cortas y estrechas, de manera que el estudiante parecía que iba a rasgarlas al menor movimiento. Las costuras, que se habían vuelto blancas, los contornos arrugados, los ojales deshilachados, a pesar de los remiendos, demostraban a los ojos menos perspicaces las viles señales de la indigencia. Aquella librea contrastaba con la juventud de Augusto, que se alejó mordisqueando un pedazo de pan duro, en el que su dentadura bella y fuerte dejaba huella. Era así como desayunaba, durante el recorrido desde el bulevar Montparnasse a la calle Saint-Jacques, con los libros y los papeles bajo el brazo y tocado con una gorrita que también era demasiado pequeña para su enérgica cabeza, de la que se escapaba una magnífica cabellera negra.

Al pasar frente a su abuelo, le dirigió una rápida mirada de una tristeza infinita, pues le veía enfrentándose con una dificultad casi insuperable y cuyas consecuencias serían terribles. Para dejar pasar al estudiante de filosofía, el jardinero retrocedió hasta la puerta de Godefroid, y en el momento en que aquel hombre se encontraba en el umbral, Nepomuceno, cargado de leña, obstruyó el descansillo, de manera que el acreedor tuvo que retroceder hasta la ventana.

—Señor Bernard —gritó la viuda Vauthier—, ¿creéis acaso que el señor Godefroid ha alquilado su piso para que celebréis en él vuestras sesiones?

—Perdón, señora —respondió el jardinero—, el rellano estaba ocupado...

—No lo digo por vos, señor Cartier —añadió la viuda.

—¡Quedaos! —exclamó Godefroid dirigiéndose al jardinero—. Y vos, mi querido vecino —añadió mirando al señor Bernard, que se mostró insensible ante aquella injuria atroz—, si os conviene tener una explicación aquí dentro con vuestro jardinero, podéis entrar.

El anciano, abrumado de dolor, dirigió a Godefroid una mirada llena de agradecimiento.

—En cuanto a vos, mi querida señora Vauthier, no tratéis tan duramente a este caballero, que en primer lugar es un anciano y a quien debéis estar agradecida por haberme traído aquí.

—¡Ah, bah! —exclamó la viuda.

—Además, si las personas que no son ricas no se ayudan entre sí, ¿quién las ayudará? Dejadnos, señora Vauthier, atizaré el fuego yo mismo. Haced que pongan mi leña en vuestra bodega, creo que allí cuidaréis bien de ella.

La señora Vauthier desapareció, Godefroid, al darle la leña para aserrar, había dado también pasto a su codicia.

—Entrad por aquí, caballeros —dijo Godefroid haciendo una seña al jardinero mientras ofrecía sillas al deudor y al acreedor.

El viejo prefirió hablar de pie, pero el jardinero tomó asiento.

—Veamos, mi querido amigo..., los ricos no pagan tan puntualmente como vos

decís, y no debéis atormentar a este digno caballero por unos cuantos luises. Este señor cobra su pensión cada seis meses, y no puede daros un anticipo por una suma tan mezquina, pero yo os adelantaré ese dinero, si tanto os empeñáis en cobrar.

—El señor Bernard cobró el dinero de su pensión hace veinte días aproximadamente, y no me pagó... Sentiría causarle molestias...

—Cómo, le proporcionáis flores desde...

—Sí, señor, desde hace seis años, y siempre me ha pagado bien.

El señor Bernard, que prestaba oído a lo que ocurría en su casa, sin escuchar aquella discusión, oyó gritos a través de los tabiques y se fue muy asustado sin pronunciar palabra.

—¡Vamos, vamos, buen hombre! Traed hermosas flores al señor Bernard, las más hermosas que tengáis y esta misma mañana, y que vuestra esposa le envíe huevos frescos y leche; esta noche os pagaré, señor.

Cartier dirigió una mirada singular a Godefroid.

—Vos sabéis sin duda mucho más que la señora Vauthier, quien me avisó que me diese prisa si quería cobrar —dijo—. Ni ella ni yo, caballero, podemos explicarnos por qué unas personas que comen mendrugos, que recogen mondaduras y despojos con restos de zanahorias, nabos y patatas a las puertas de los restaurantes... sí, señor, yo he sorprendido al muchacho llenando un capazo con esas cosas... ¡Bien! ¿Por qué gastan estas personas casi cien francos al mes en flores?... Se dice que el viejo sólo tiene tres mil francos de pensión.

—En todo caso —replicó Godefroid— no sois vos quien tiene que encontrar mal que los demás se arruinen en flores.

—Desde luego, señor, siempre y cuando me las paguen.

—Procurad recordármelo.

—Muy bien, señor... —dijo el jardinero con cierto tinte de respeto—. El señor quiere, sin duda, ver a la dama oculta.

—Vamos, mi querido amigo, os confundís —replicó secamente Godefroid—. Regresad a vuestra casa, escoged vuestras flores más bellas para reemplazar a las que debéis recoger. Si podéis ofrecerme buena crema y huevos frescos, disfrutaréis de mi amistad e iré a veros esta mañana a vuestro establecimiento.

—Es uno de los más hermosos de París, señor, y concurre a la exposición del Luxemburgo. Mi jardín, que mide tres arapendes, está situado en el bulevar, detrás del jardín de la Grande-Chaumière.

—Bien, señor Cartier. Por lo que veo, sois más rico que yo... Por lo tanto, tratadnos con consideración, pues nadie sabe quien podrá necesitar de quien.

El jardinero salió, bastante inquieto por lo que pudiera ser Godefroid.

—¡Y, sin embargo, yo he sido así! —se dijo Godefroid atizando el fuego—. ¡Qué admirable representante del burgués de hoy en día! Chismoso, curioso, obsesionado por la igualdad, celoso de la clientela, furioso por no saber por qué una pobre enferma permanece escondida en su habitación, y ocultando su fortuna, pero vanidoso hasta el

punto de descubrirla, para poder ser más que su vecino. Este hombre debe ser por lo menos teniente en su compañía. ¡Con qué facilidad se representa en todas las épocas la escena del señor Domingo! Un momento más, y me hago amigo del señor Cartier.

El anciano interrumpió aquel soliloquio de Godefroid, que demostraba el cambio experimentado por sus ideas en los últimos cuatro meses.

—Perdón, vecino —dijo con voz turbada—, veo que acabáis de despedir al jardinero satisfecho, puesto que me ha saludado cortésmente. A decir verdad, joven, la Providencia parece haberos enviado aquí expresamente, para nosotros, en el preciso momento en que sucumbíamos. ¡Ay, cuántas cosas os ha hecho adivinar una indiscreción de ese hombre! Es cierto que cobré el semestre de mi pensión hace quince días, pero tenía deudas más apremiantes que ésta, y tuve que reservar la suma de nuestro alquiler, so pena de que nos desahuciasen. Vos, a quien confié el estado en que se encuentra mi hija y que la habéis oído...

Miró con inquietud a Godefroid, quien hizo un signo afirmativo.

—Pensad si esto no sería un golpe mortal para ella... pues habría que llevarla a un hospital... Mi nieto y yo tenemos miedo esta mañana, pero no es a Cartier a quien más tememos, sino al frío...

—Mi querido señor Bernard, yo tengo leña y podéis disponer de ella —repuso Godefroid.

—¿Cómo podré agradecer nunca tantos favores? —exclamó el anciano.

—Aceptándolos sin cumplidos —replicó vivamente Godefroid—, y otorgándome toda vuestra confianza.

—¿Pero, qué derecho tengo yo a tanta generosidad? —preguntó el señor Bernard mostrándose nuevamente receloso—. ¡Mi orgullo y el de mi nieto ya se han doblegado! —exclamó—. Nos hemos rebajado hasta dar explicaciones a los dos o tres acreedores que nos persiguen. Los desgraciados no tienen acreedores; para tenerlos, hace falta cierto esplendor externo que nosotros ya hemos perdido... Pero yo no he abdicado aún de mi buen sentido y de mi razón —agregó como si hablase consigo mismo.

—Caballero —respondió Godefroid con seriedad—, el relato que ayer me hicisteis haría llorar a un usurero.

—Nada de eso, Barbet, el librero, que es nuestro propietario, especula con mi miseria y la hace espiar por esa Vauthier, su antigua criada...

—¿Cómo puede especular con vos? —pregunto Godefroid.

—Más tarde os lo diré —respondió el viejo—. Mi hija puede tener frío, y, ya que vos lo permitís, me encuentro en una situación que debo recibir limosna de mi más cruel enemigo...

—Voy a traeros leña —dijo Godefroid, quien atravesó el rellano con una docena de tarugos, que dejó en la primera habitación del piso del anciano.

El señor Bernard cargó con otros tantos tarugos, y, cuando vio aquella pequeña provisión de madera, no pudo reprimir la sonrisa bobalicona y casi imbécil con la

cual las personas salvadas de un peligro mortal, que les parece inevitable, expresan su alegría, pues todavía hay terror en este júbilo.

—Aceptadlo todo de mí sin ninguna desconfianza, mi querido señor Bernard. Cuando vuestra hija esté salvada y vos seáis feliz, os lo explicaré todo; hasta entonces dejadme hacer... Fui a ver al médico judío, pero desgraciadamente, Halpersohn está ausente y no regresa hasta dentro de dos días...

En aquel momento, una voz que a Godefroid le pareció de un timbre fresco y melodioso, y que realmente lo era, gritó: «¡Papá, papá!» con dos notas expresivas.

V. GODEFROID EN LUCHA CON LA PORTERA

Mientras hablaba con el anciano, Godefroid observó por las ranuras de la puerta situada frente a la de entrada, las líneas blancas de una pintura cuidada, que revelaba las grandes diferencias existentes entre la habitación de la enferma y los restantes aposentos de aquella vivienda; pero su curiosidad tan vivamente excitada subió entonces de punto, su misión de beneficencia no era más que un pretexto y su objetivo consistía en ver a la enferma. Se negaba a creer que una criatura dotada de semejante voz pudiese ser un objeto de repulsión.

—¡Verdaderamente, os tomáis demasiadas molestias, papá! —decía la voz—. ¿Por qué no tenéis más servicio doméstico?... ¡A vuestra edad!... ¡Dios mío!...

—Sabes muy bien, mi querida Vanda, que no quiero que te sirva nadie más que tu hijo y yo.

Estas dos frases, que Godefroid oyó a través de la puerta, o más bien adivinó, pues un cortinaje ahogaba los sonidos, le hizo presentir la verdad. La enferma, rodeada de lujo, debía ignorar la situación real de su padre y de su hijo. El abrigo acolchado de seda del señor Bernard, las flores y su conversación con Cartier inspiraron ya ciertas sospechas a Godefroid, que permanecía allí, casi anonadado ante aquel prodigioso amor paternal. El contraste entre la habitación de la enferma tal como él se la figuraba y el resto de la casa, era verdaderamente impresionante. ¡Juzgue el lector!

Por la puerta de la tercera habitación, que el viejo dejó entreabierta, Godefroid distinguió dos camastros gemelos de madera pintada como las camas de las pensiones más ínfimas, y provistos de un jergón y una delgada colchoneta, cubiertos únicamente por una manta. Una pequeña estufa de hierro, parecida a las que emplean los porteros para guisar y al pie de la cual se veían algunos trozos de carbón, hubiera bastado para explicar la miseria del señor Bernard, sin acudir a los demás detalles, completamente en consonancia con aquella horrible estufa.

Dando un paso adelante, Godefroid vio los cacharos propios de las familias más pobres: cuencos de arcilla barnizada, en los que nadaban unas cuantas patatas en agua turbia. Dos mesas de madera ennegrecida abarrotadas de papeles y libros y puestas ante la ventana que daba a la calle Nôtre-Dame-del-Champs, indicaban las ocupaciones nocturnas del padre y del hijo. En cada una de estas mesas había un candelero de hierro batido como los que se ven en las casas de los pobres, y en los que Godefroid vio sendas velas baratas, es decir, de las de a ocho por libra.

En una tercera mesa, que servía para la cocina, brillaban dos cubiertos y una cucharita de plata sobredorada, unos platos, un tazón, tazas de porcelana de Sèvres, un doble cuchillo de plata sobredorada y acero en su escriño, en fin, la vajilla de la enferma.

La estufa estaba encendida y el agua contenida en el horno humeaba débilmente. Un armario de madera pintada contenía sin duda la ropa blanca y los efectos de la

hija del señor Bernard, pues encima de la cama del padre vio el traje que llevaba la víspera, puesto de través a fin de cubrir los pies.

Otras ropas, colocadas de la misma manera en el camastro del nieto, hacían presumir que allí estaba todo el guardarropa de ambos, pues Godefroid vio el calzado bajo la cama. Las baldosas que formaban el piso, barrido sin duda muy raramente, parecían las de las aulas de los pensionados. Una hogaza de seis libras, empezada, se veía sobre una tabla, encima de la mesa. En una palabra, era la miseria en su último período, la miseria perfectamente organizada, con la fría decencia nacida de la resolución de soportarla; la miseria apresurada que quiere, que debe y que no puede hacerlo todo en su casa, invirtiendo entonces el empleo de su pobre ajuar. Asimismo se percibía un olor fuerte y nauseabundo en aquella habitación, raramente limpiada.

La antecámara en que se encontraba Godefroid tenía un aspecto bastante decente, y el joven adivinó que servía para ocultar los horrores de la habitación en que vivían el nieto y el abuelo. Aquella antecámara, con las paredes recubiertas de papel cuadriculado de estilo escoces, se hallaba provista de cuatro sillas de nogal, una mesita y decorada con un grado en colores, reproducción del retrato del Emperador hecho por Horacio Vernet; el retrato de Luis XVIII, el de Carlos X y del príncipe Poniatowsky, sin duda amigo del suegro del señor Bernard. La ventana estaba adornada con cortinillas de calicó bordeadas de bandas rojas y franjas.

Godefroid, que observaba a Nepomuceno, le oyó subir con una carga de leña y le indicó que la descargase sin hacer ruido en la antecámara del señor Bernard, y, demostrando una delicadeza que indicaba ciertos progresos en el Iniciado, cerró la puerta del tugurio para que el mozo de la viuda Vauthier no supiera nada de la miseria del anciano.

La antecámara estaba a la sazón ocupada por tres jardineras llenas de magníficas flores, dos de ellas oblongas y la otra redonda, las tres de madera de palisandro y de una gran elegancia; así, Nepomuceno no pudo contenerse y dijo, después de dejar la leña en el suelo:

—¡Qué bonito!... ¡Esto debe costar mucho dinero!...

—¡Juan, no hagas tanto ruido!... —gritó el señor Bernard.

—¿Habéis oído? —dijo Nepomuceno a Godefroid—. Sin duda el pobre viejo está *chiflado*...

—¿Sabes cómo serás tú a su edad?

—¡Oh, claro que lo sé! —respondió Nepomuceno—. Estaré en una azucarera.

—¿En una azucarera?

—Sí, sin duda harán negro animal con mis huesos. He visto con frecuencia a los carreteros de la refinería de Montsouris venir a buscar negro para sus fábricas, y me han dicho que lo empleaban para hacer el azúcar...

Y fue a buscar otra carga de madera, después de aquella respuesta filosófica.

Godefroid cerró discretamente la puerta del señor Bernard y le dejó a solas con su hija. La señora Vauthier, que durante aquel tiempo había preparado el desayuno de su

nuevo inquilino, fue a servírselo, ayudada por Felicidad. Godefroid, sumido en sus reflexiones, contemplaba el fuego de su chimenea. Estaba absorto en la contemplación de aquella miseria que contenía tantas miserias distintas, pero en la que también vislumbraba las alegrías inefables de los mil triunfos alcanzados por el amor filial y paterno. Eran como perlas esparcidas encima de un sayal.

—¡Qué novelas, incluso las más célebres, valen lo que la realidad! —se decía—. ¡Qué vida tan hermosa la que permite conocer semejantes existencias... en la que el alma penetra en sus causas y efectos, poniéndoles remedio, calmando los dolores, ayudando al bien!... ¡Ir a encarnarse así en la desdicha, a iniciarse en tales interiores! Actuar perpetuamente en los dramas renacientes, cuya pintura nos encanta en los autores célebres... Yo no creí que el Bien fuese más atractivo que el Vicio.

—¿Está contento el señor? —preguntó la Vauthier que con la ayuda de Felicidad, acababa de poner la mesa cerca de Godefroid.

Éste distinguió entonces una excelente taza de café con leche, acompañada de una tortilla humeante, mantequilla fresca y pequeños rábanos rosados.

—¿De dónde habéis sacado estos rábanos? —preguntó Godefroid.

—Me los dio el señor Cartier —respondió ella—, y se los regalo al señor.

—¿Qué me cobraréis por semejante desayuno, todos los días? —dijo Godefroid.

—¡Vamos, señor, sed justo! Sería muy difícil prepararlo por menos de treinta sueldos.

—¡Bien por los treinta sueldos! —dijo Godefroid— ¿Pero a qué se debe que sólo me cobren cuarenta y cinco francos al mes por la cena aquí al lado, en casa de la señora Machillot, lo que hace treinta sueldos al día?...

—¡Oh! ¡Qué diferencia, caballero, preparad la cena para quince personas o ir a buscar todo lo necesario para un desayuno! Mirad, un panecillo, huevos, mantequilla, encender fuego, azúcar, leche café... Pensad que ya os piden dieciséis sueldos por una sencilla taza de café con leche en la plaza del Odeon, y dais además uno o dos sueldos de propina al camarero... Aquí no tenéis que preocuparos por nada; podéis desayunar en vuestra casa y en zapatillas.

—De acuerdo, está bien —respondió Godefroid.

—Sin la señora Cartier, que me proporciona la leche y los huevos, la verdad, no podría hacerlo. Debéis ir a ver su establecimiento, señor. ¡Ah, es muy bonito! En la jardinería trabajan cinco mozos, y Nepomuceno va a sacar agua por el verano; me lo alquilan para regar... Hacen mucho dinero con los melones y las fresas... El caballero se interesa mucho por el señor Bernard, ¿no es cierto? —preguntó con voz dulce la viuda Vauthier—, pues, para responder así de sus deudas... El señor quizá no sabe todo lo que debe... La señora del gabinete de lectura de la plaza de Saint-Michel viene cada tres o cuatro días en busca de treinta francos, que le hacen mucha falta. ¡Buen Dios, cómo lee esa pobre señora enferma! ¡Se pasa el día leyendo! Y a dos sueldos el volumen, la deuda asciende ya a treinta francos en tres meses...

—¡Son cien volúmenes al mes! —dijo Godefroid.

—¡Oh! Ahí va el viejo en busca de la nata y el panecillo de la señora —prosiguió la viuda Vauthier—. Es para el té, pues esa señora vive únicamente de té. Lo toma dos veces al día, y dos veces por semana tiene que comer dulces... ¡Es muy golosa! El viejo le compra dulces y pasteles en la tienda de la calle de Bussy. ¡Oh! Cuando se trata de comer, no escatima nada. ¡Dice que es su hija!... ¡Son muy pocos los que a su edad hacen lo que él por su hija!... Él y Augusto se matan por ella... A buen seguro que el señor es como yo. Daría gustosa veinte francos por verla. El señor Berton dice que es un monstruo, algo que habría que pagar para ver. Han hecho muy bien viniendo a un barrio como el nuestro, tan deshabitado... ¿Así, el señor piensa ir a cenar en casa de la señora Machillot?...

—Sí, pienso arreglarme con ella...

—Señor, no os lo digo para haceros cambiar de intención, pero figón por figón, haríais mejor yendo a cenar a la calle de Tournon; no tendríais que comprometeros por un mes y comeríais mejor...

—¿En qué lugar de la calle Tournon?

—En la fonda del sucesor de la tía Girard... Es un lugar frecuentado por esos señores del piso de arriba, y están contentos, muy contentos.

—Bien, tía Vauthier, seguiré vuestro consejo e iré a cenar allí...

—Mi querido señor —dijo la portera, animada por el aspecto bonachón que Godefroid asumió intencionadamente—, decidme, en serio: ¿De veras seréis tan bobo como para pagar las deudas del señor Bernard?... Creedme que lo sentiría muchísimo, pues pensad, mi buen señor Godefroid, que ya tiene cerca de setenta años y, cuando muera, lo perderéis todo. Se habrá acabado la pensión. ¿Y con qué os reembolsarán?... ¡Los jóvenes son unos atolondrados!... ¿Sabéis que debe más de mil escudos?

—¿A quién? —preguntó Godefroid.

—¡Oh! Eso no es cuenta mía —respondió con misterio la Vauthier—. Me basta con saber que los debe, y, entre nosotros, está sin blanca, nadie le prestará un céntimo en el barrio, a causa de esto...

—¡Mil escudos! —repitió Godefroid—. ¡Ah! Estad bien tranquila; si tuviese mil escudos, no seríamos inquilinos. Yo, sabéis, no puedo soportar el sufrimiento ajeno, y aunque me cuesta algunos centenares de francos, quiero tener la satisfacción de saber que mi vecino, un hombre que peina canas, tiene pan y leña para quemar... ¡Qué queréis! Muchas veces perdemos otro tanto jugando a las cartas... Pero tres mil francos... ¡Buen Dios, eso es mucho dinero!...

La tía Vauthier, engañada por la falsa franqueza de Godefroid, dejó aparecer en su rostro avinagrado una sonrisa de satisfacción que confirmó las sospechas del inquilino. Godefroid quedó persuadido de que aquella arpía era cómplice en una trama urdida contra el pobre señor Bernard.

—¡Es curioso, caballero, las cosas que una se imagina! ¡Diréis que soy bien entrometida! Pero ayer, cuando os vi hablando con el señor Bernard, me figuré que

erais un empleado de librería, pues éste es el barrio de los librereros. Tuve de inquilino a un regente de imprenta, cuya tipografía estaba en la calle Vaugirard y tenía el mismo nombre que vos...

—¿Os importa algo mi profesión? —dijo Godefroid.

—¡Bah! Aunque no me la digáis —repuso la Vauthier—, de todos modos la sabré... Ahí tenéis al señor Bernard, por ejemplo. Durante dieciocho meses no supe lo que era, pero al mes siguiente acabé por descubrir que había sido magistrado, juez o cualquier otra cosa parecida de la justicia, y que se dedica a escribir... ¿Qué gana con eso? ¡Es lo que me pregunto! Y si hubiese querido confiármelo, yo me hubiera callado. ¿No os parece?

—Aún no soy dependiente de librería, pero quizá lo seré pronto.

—¡Ya me lo suponía! —dijo con vivacidad la viuda Vauthier volviéndose y abandonando la cama que estaba haciendo para tener un pretexto de quedarse con su inquilino—. Habéis venido para segar la hierba bajo los pies... ¡Bien! Hombre prevenido vale por dos...

—Alto ahí —exclamó Godefroid, interponiéndose entre la Vauthier y la puerta—. Veamos, ¿qué interés tenéis vos en esto?

—¡Tate, tate! —repuso la vieja haciendo un guiño a Godefroid—. ¡Me parece que os pasáis de listo!

Fue a cerrar la puerta de la primera habitación y después volvió a sentarse en una silla junto al fuego.

—Palabra de honor, como me llamo Vauthier, que os tomé por un estudiante hasta que os vi dar vuestra leña al tío Bernard. ¡Ah, sois un pillastre! ¿Acaso sois comediante?... ¡Os consideraba un bobo! Veamos, ¿me aseguraréis mil francos?... Tan cierto como que ahora es de día, el viejo Barbet y el señor Métivier me han prometido quinientos francos por estar ojo avizor.

—¡Ellos, quinientos francos!... Vamos —exclamó Godefroid—, doscientos a lo sumo, tía Vauthier, y aun *prometidos!*... ¡No seréis vos quien los cobre!... Si me explicáis el negocio que quieren hacer con el señor Bernard, para que pueda hacerlo yo, os daré cuatrocientos francos... Veamos, ¿cómo está la cosa?

—Han dado mil quinientos francos a cuenta de la obra y el viejo ha reconocido que les debe mil escudos... Le han prestado a la par... arreglándoselas para dejarle en la miseria... Son ellos quienes le azuzan los acreedores; podéis tener por seguro que le han enviado a Cartier...

Entonces Godefroid, con la mirada llena de irónica perspicacia que dirigió a la portera, le hizo ver que comprendía el papel representado por ella en beneficio de su propietario. Aquella frase fue un doble rayo de luz, pues así se explicaba la escena tan singular que tuvo lugar entre el jardinero y él.

—¡Oh! —repuso ella—. Lo tienen bien agarrado, porque nunca podrá encontrar mil escudos. Se proponen ofrecerle quinientos francos el día en que entregue la obra, y otros quinientos por cada volumen que se ponga en venta... El negocio se hace a

nombre de un librero que esos dos señores han establecido en el muelle de los Agustinos...

—¡Ah! ¿Ese pequeño?

—Sí, el mismo. Morand, el antiguo dependiente del señor... ¿Qué os parece? ¿Hay dinero a ganar o no?

—¡Oh! Hay que invertir mucho dinero —respondió Godefroid haciendo una mueca significativa.

Llamaron suavemente a la puerta y Godefroid, muy contento de la interrupción se levantó para ir a abrir.

—Lo que está dicho, esta dicho, tía Vauthier —dijo Godefroid al ver al señor Bernard.

—Señor Bernard —exclamó la portera—, tengo una carta para vos...

El viejo volvió a descender algunos peldaños.

—¡Oh! No, no tengo ninguna carta, señor Bernard. Quería deciros únicamente que no os fiéis de ese joven: es un librero.

«¡Ahora se explica todo!», dijo el anciano para sus adentros.

Y volvió al piso de su vecino, con la fisonomía completamente cambiada.

VI. LA HABITACIÓN DE LA ENFERMA

La expresión de tranquila frialdad con que el señor Bernard apareció, contrastaba hasta tal punto con el aspecto afable y cordial producido por la expresión del agradecimiento, que Godefroid se quedó pasmado ante tan repentino cambio.

—Señor, perdonadme por venir a interrumpir vuestro reposo; pero desde ayer me abrumáis con vuestros favores, y el bienhechor crea derechos en quien le está reconocido.

Godefroid se inclinó.

—¡Yo, que, desde hace cinco años, he sufrido la pasión de Jesucristo cada quince días! Yo, que durante treinta y seis años he representado la Sociedad, el Gobierno, que entonces era la Venganza pública, y que, como adivináis, no me hacia ilusiones... No, ya no tengo más que dolores. Pues bien, caballero, la atención que tuvisteis al cerrar la puerta de la pocilga donde vivimos mi nieto y yo, ese pequeño detalle ha sido para mí el vaso de agua de que habla Bossuet... Sí, en mi corazón..., en este corazón agotado que ya no puede dar más lágrimas, como mi cuerpo no puede dar más sudor, he vuelto a encontrar la última gota de aquel elixir que, en la juventud, nos hace ver de un modo hermoso todas las acciones del hombre, y venía a extenderos esta mano, que sólo tiendo a mi hija; venía a traeros esta rosa celestial que es la fe en el bien...

—Señor Bernard —dijo Godefroid acordándose de las lecciones del viejo Alain—, yo nada he hecho para verme objeto de vuestro reconocimiento. No era esto lo que pretendía. Estáis equivocados...

—¡Ah, esto se llama hablar con franqueza! —repuso el antiguo magistrado—. Bien, esto me gusta. Me disponía a despreciaros... ¡Perdón! Yo os estimo. Así sois librero y habéis venido para arrebatarme mi obra a la sociedad Barbet, Métivier y Morand... Ahora todo se explica. Vos tratáis de ganar mi amistad, como ellos hicieron, con la sola diferencia de que vos lo hacéis con gracia.

—¿Es la Vauthier quien os ha dicho que soy el agente de un librero? —preguntó Godefroid al viejo.

—Sí —respondió éste.

—De acuerdo, señor Bernard. Para saber lo que yo puedo *daros* además de lo que os *ofrecen* esos caballeros, tendríais que exponerme las condiciones que habéis acordado con ellos.

—Me parece justo —repuso el antiguo magistrado, satisfecho de verse objeto de aquella competencia que sólo podía reportarle beneficios—. ¿Sabéis de qué obra se trata?

—No, únicamente sé que es un buen negocio.

—No son más que las nueve y media, mi hija ha desayunado y mi nieto Augusto no volverá hasta las once menos cuarto. Cartier me traerá las flores dentro de una hora, así es que podemos hablar... Señor... ¿Cómo os llamáis?

—Godefroid.

—Señor Godefroid, la obra en cuestión fue concebida por mí en 1825, en la época en que, impresionado por la continuada destrucción de la propiedad inmobiliaria, el Ministerio propuso aquella ley sobre el derecho de primogenitura, que fue rechazada. Yo había observado ciertas imperfecciones en nuestros códigos y en las instituciones fundamentales de Francia. Nuestros códigos han sido objeto de importantes trabajos, pero todos esos tratados no eran más que jurisprudencia; nadie se atrevió a contemplar en su conjunto la obra de la Revolución, o de Napoleón, si lo preferís, para estudiar el espíritu de esas leyes y juzgarlas en su aplicación. Ésta es mi obra en líneas generales, que se titula provisionalmente: *Espíritu de las leyes modernas*. Abarca las leyes orgánicas lo mismo que los códigos, todos los códigos, pues tenemos más de cinco: por lo tanto, mi obra consta de cinco tomos y otro final de citas, notas y apéndices. Aún tengo trabajo para tres meses. El propietario de esta casa, antiguo librero, por algunas preguntas que le hice, adivinó, husmeó, si lo queréis, el posible negocio. En principio, yo no pensaba más que en el bien de mi patria. Ese Barbet me ha engatusado... Sin duda os preguntaréis cómo ha podido un librero enredar a un viejo magistrado, pero, caballero, ya conocéis mi historia, y ese sujeto es un usurero; tiene la vista y la marrullería propia de esas gentes... Su dinero siempre ha ido pisando los talones a mis necesidades... Siempre ha aparecido el día en que la desesperación me tenía indefenso...

—Nada de eso, mi querido señor —dijo Godefroid—. Lo que ocurre es que tiene un espía en la tía Vauthier. Pero ¿y las condiciones?...

Decídmelas claramente.

—Me han adelantado mil quinientos francos, que hoy están representados por tres letras de cambio de mil francos cada una, y estos tres mil francos se hallan hipotecados por un acuerdo sobre la propiedad de mi obra, de la que sólo podré disponer abonando el importe de las letras de cambio, y éstas han ido al protesto; hay juicio contradictorio... Aquí tenéis, señor, las complicaciones de la miseria... Según los cálculos más modestos, la primera edición de esta obra inmensa, resultado de diez años de trabajo y de treinta y seis de experiencia, valdrá por lo menos diez mil francos... Pues bien, hace cinco días, Morand me ofrecía mil escudos y la devolución de mis letras de cambio por la propiedad total... Como no puedo encontrar tres mil doscientos cuarenta francos, tendré que ceder a sus pretensiones, si vos no os interponéis entre ellos y yo... ¡No se contentan solamente con mi honor! Para mayor garantía, han querido unas letras de cambio protestadas y el apremio por medio de un mandamiento judicial. Si les pago, esos usureros habrán duplicado su capital; si accedo a sus pretensiones, tendrán una fortuna, pues uno de ellos es un antiguo papelero y sólo Dios sabe hasta qué punto pueden reducir los gastos de edición. Y, como disponen de mi nombre, saben que la colocación de los diez mil ejemplares está asegurada.

—¡Cómo es posible que vos, antiguo magistrado!...

—¡Qué le vamos a hacer! ¡No me queda ni un amigo, nadie se acuerda de mí!... ¡Aunque he hecho caer muchas cabezas, también he salvado muchas!... Y por último está mi hija, a la que cuido y a quien hago compañía, pues sólo puedo trabajar durante la noche... ¡Ah! Joven, solamente los desgraciados pueden ser jueces de la miseria...

Hoy considero que antes me porté con demasiada severidad.

—Caballero, yo no os pido vuestro nombre. No dispongo de mil escudos, sobre todo si tengo que pagar a Halpersohn y vuestras pequeñas deudas, pero os salvaré si me juráis no decidir nada respecto a vuestra obra sin advertirme, ya que es imposible realizar un negocio tan importante como éste sin consultar a los entendidos. Mis jefes son poderosos, y puedo prometeros el éxito si vos me prometéis guardar el más profundo secreto, incluso con vuestros hijos, y mantener vuestra promesa...

—El único éxito que deseo obtener, es la curación de mi pobre Vanda, pues, señor, estos sufrimientos extinguen cualquier otro sentimiento en el corazón de un padre, y el amor y la gloria no son nada para quien ve la tumba entreabierta.

—Iré a veros esta noche; esperan que Harpersohn regrese de un momento a otro, y me he prometido ir a comprobar diariamente si ha vuelto... Voy a emplear todo el día de hoy para vos.

—¡Ah, si fuerais la causa de la curación de mi hija, señor... señor, querría daros mi obra!...

—¡Caballero —dijo Godefroid—, yo no soy librero!...

El anciano esbozó un ademán de sorpresa.

—Qué queréis... Dejé que la vieja Vauthier lo creyese para mejor conocer las trampas que os habían tendido...

—¿Entonces, quién sois?...

—¡Godefroid! —respondió el Iniciado—. Y como me permitiréis que os ofrezca algo para vivir mejor, podéis llamarme —añadió sonriendo—, Godefroid de Bouillon^[3].

El antiguo magistrado estaba bastante conmovido para reír aquella broma. Tendió la mano a Godefroid y estrechó la que su vecino le ofrecía.

—¿Queréis conservar el incógnito? —preguntó el antiguo magistrado mirando a Godefroid con una tristeza mezclada de inquietud.

—¿Me lo permitís?...

—Bien, haced como os plazca... Venid esta noche; veréis a mi hija, si su estado lo permite...

Era sin duda la mayor concesión que podía hacer el pobre padre, y, ante la mirada de agradecimiento que le dirigió Godefroid, el anciano tuvo la satisfacción de verse comprendido.

Una hora después, se presentó Cartier con unas flores admirables, renovó él mismo las jardineras, puso en ellas musgo fresco, y Godefroid pagó la factura, lo mismo que la nota del gabinete de lectura que le enviaron momentos después. Los

libros y las flores eran el pan de aquella pobre mujer enferma, o más bien torturada, que se contentaba con tan pocos alimentos.

Al pensar en aquella familia envuelta por el dolor como la de Laocoonte (¡imagen sublime de tantas existencias!), Godefroid, que fue a pasear hacia la calle Marbeuf, sentía en su corazón aún más curiosidad que deseos de hacer el bien. Aquella enferma rodeada de lujo en una espantosa miseria, le hacía olvidar los detalles horribles de la más extraña de todas las afecciones nerviosas, y que afortunadamente es una violenta excepción constatada por algunos historiadores; uno de nuestros cronistas más parlanchines, Tallemant des Réaux, cita un ejemplo de ella. Causa regusto figurarse a las mujeres elegantes incluso en sus más terribles sufrimientos; así, Godefroid se prometía cierto placer al penetrar en aquella habitación, en la que el médico, el padre y el hijo eran las únicas personas que habían entrado durante seis años. Sin embargo, terminó por reprenderse su curiosidad. El neófito comprendió que incluso aquel sentimiento, tan natural, acabaría por extinguirse a medida que ejerciese su bienhechor ministerio, a fuerza de ver nuevos interiores, nuevas calamidades.

Efectivamente, se puede alcanzar la divina mansedumbre en la que nada asombra ni sorprende, lo mismo que en el amor, la quietud sublime del sentimiento, seguros de nuestra fuerza y de su duración, mediante una práctica contante de las penas y dulzuras.

Godefroid supo que Halpersohn había llegado por la noche, pero desde la mañana se vio obligado a tomar el coche e ir a ver a sus enfermos que le esperaban. La portera dijo a Godefroid que volviese al día siguiente antes de las nueve.

Al acordarse de la recomendación de Alain sobre la moderación que había que introducir en los gastos personales, Godefroid fue a cenar por veinticinco sueldos a la calle Toumon, y su abnegación se vio recompensada al encontrarse allí rodeado de tipógrafos y correctores de imprenta. Escuchó una discusión sobre los precios de fabricación, en la que participó, y se enteró de que un volumen en octavo, compuesto de cuarenta hojas y con una tirada de mil ejemplares, no costaba más de treinta sueldos el ejemplar, en las mejores condiciones de impresión. Se propuso ir a informarse de los precios a que vendían sus libros los librerías de jurisprudencia, para hallarse en condiciones de discutir con los que tenían al señor Bernard en sus garras, si se encontraba con ellos.

Alrededor de las siete de la tarde regresó al bulevar Montparnasse por las calles de Vaugirard, *Madame* y de l'Ouest, observando lo desierto que estaba aquel barrio, pues no vio a nadie en él. Verdad es que hacía un frío riguroso, la nieve caía en gruesos copos y los coches no hacían ningún ruido al pasar por el adoquinado.

—¡Ah, ya estáis aquí, señor! —dijo la viuda Vauthier al ver a Godefroid—. Si hubiese sabido que volveríais tan temprano, hubiera encendido fuego...

—No hace falta —respondió Godefroid viendo que la Vauthier le seguía—. Pasaré la velada en casa del señor Bernard.

—Bien, por lo visto sois su primo, ya que desde el segundo día estáis a partir un

piñón con él... Yo creía que el señor desearía acabar la conversación que iniciamos.

—¡Ah, los cuatrocientos francos! —dijo Godefroid por lo bajo a la viuda—. Escuchad, tía Vauthier, los hubierais cobrado esta noche si no hubieseis dicho nada al señor Bernard... Vos jugáis con dos barajas y perderéis con ambas, pues, por lo que a mí concierne, me habéis traicionado... Mi negocio ha quedado en agua de borrajas...

—No lo creáis, mi querido señor... Mañana, mientras desayunáis...

—¡Oh! Mañana me voy de aquí, como vuestros autores, al amanecer...

Los antecedentes de Godefroid, su vida de petimetre, de periodista, le sirvió para adivinar que si no actuaba así la cómplice de Barbet iría a advertir al librero del peligro, y la acción judicial comenzaría, comprometiendo en poco tiempo la libertad del señor Bernard; mientras que dejando creer a aquel terceto de ávidos negociantes que su combinación no corría ningún riesgo, permanecerían tranquilos. Pero Godefroid aún no conocía la naturaleza parisién, cuando ésta se disfraza de viuda Vauthier. Aquella mujer quería tener el dinero de Godefroid y el de su propietario. Corrió inmediatamente a casa del señor Barbet, mientras Godefroid se mudaba para presentarse ante la hija del señor Bernard.

Daban las ocho en el convento de la Visitación, el reloj del barrio, cuando el curioso Godefroid llamó suavemente con los nudillos en la puerta de su vecino. Augusto le franqueó el paso y, como aquel día era sábado, el joven tenía la tarde libre. Godefroid le vio vestido con una pequeña levita de terciopelo negro, una corbata de seda azul y un pantalón negro muy limpio, pero su asombro por encontrar al joven bajo un aspecto tan distinto del acostumbrado, cesó de pronto al penetrar en la habitación de la enferma. Entonces comprendió la necesidad que el padre y el nieto tenían de ir bien vestidos.

En efecto, el contraste entre la miseria del zaquizamí que había visto por la mañana y el lujo de aquel aposento, era demasiado grande para que Godefroid no quedase deslumbrado, a pesar de que estaba acostumbrado a todo cuanto sirve para el refinamiento y las elegancias de la riqueza.

Las paredes recubiertas de seda amarilla realzada por flecos de seda verde y de un tono vivo, prestaban por así decir, una gran alegría a la habitación, cuyas frías baldosas estaban ocultas por una alfombra de moqueta de fondo blanco sembrado de flores. Las dos ventanas, ocultas por bellas cortinas forradas de seda blanca, formaban como dos lindos bosquecillos, hasta tal punto las jardineras rebosaban de flores. Unos estores impedían que desde fuera se viese aquella riqueza, tan rara en aquel barrio. El enmaderado, pintado con cola de un blanco purísimo, se hallaba realzado por algunos filetes de oro.

Ante la puerta, un pesado cortinaje de tapicería de punto, con fondo amarillo y follaje extravagante, ahogaba todos los ruidos del exterior. Aquella magnífica antepuerta era obra de la enferma, que trabajaba como un hada cuando podía utilizar las manos.

Al fondo del aposento y frente a la puerta, la chimenea, con repisa de terciopelo

verde, ofrecía a la vista una decoración excesivamente rebuscada, las únicas reliquias de la opulencia de aquellas dos familias, y compuesta de un curioso péndulo consistente en un elefante que sostenía una torre de porcelana, de la que asomaban flores en profusión; había también dos candelabros del mismo estilo y preciosas chucherías de la China. La pantalla de la chimenea, los morillos, las palas y las tenazas, todo era de gran valor.

La mayor de las jardineras ocupaba el centro de aquella habitación, en la que pendía de un rosetón una araña de porcelana con flores.

El lecho en que estaba postrada la hija del magistrado era una de esas hermosas camas blancas y doradas, de madera tallada, que se hacían en tiempos de Luis XV. Junto a la cabecera de la enferma había una preciosa mesa de marquetería, en la que se encontraban todas las cosas necesarias para aquella vida que transcurría en el lecho. En la pared había un candelabro de dos brazos, que se replegaba o adelantaba al menor movimiento de la mano. Ante la enferma se hallaba una mesita extraordinariamente cómoda y apropiada a sus necesidades. La cama, cubierta de una soberbia colcha y rodeada de cortinas recogidas por alzapaños, estaba abarrotada de libros y un cesto de labor y, bajo todas aquellas cosas Godefroid apenas habría visto a la enferma, de no haber sido por las dos bujías del candelabro móvil.

No era más que una cara de tez muy blanca, oscurecida por el sufrimiento en tomo a los ojos, que brillaban como carbunclos, y que, por principal adorno, mostraba una magnífica cabellera negra, cuyos numerosos bucles, enormes y dispersos en mechones, revelaban que el arreglo y cuidado de sus cabellos ocupaban a la enferma una parte de la mañana, como podía suponerse viendo un espejo portátil al pie de la cama.

Allí no faltaba ningún refinamiento moderno. Algunas chucherías, con las que la pobre Vanda se divertía, demostraban que aquel amor paternal llegaba hasta el delirio.

El viejo se levantó de una magnífica poltrona Luis XV, blanca y dorada, lujosamente tapizada, y salió al encuentro de Godefroid, que ciertamente no le hubiera reconocido, pues aquel semblante frío y severo mostraba la expresión risueña propia de los ancianos que han conservado nobleza de modales y la aparente levedad de los cortesanos. Su abrigo acolchado color pulga armonizaba con aquel lujo, y tomaba rapé de una tabaquera de oro adornada con diamantes...

VII. UNA VELADA CON VANDA

—Aquí tienes, mi querida hija —dijo el señor Bernard, tomando a Godefroid por la mano—, al vecino de quien te he hablado.

E hizo una señal a su nieto para que acercase uno de los dos sillones parecidos a la poltrona, que se encontraban a ambos lados de la chimenea.

—Este señor se llama Godefroid, y ha sido muy amable con nosotros...

Vanda hizo un movimiento de cabeza para responder a la profunda inclinación de Godefroid, y por la manera como el cuello se dobló y volvió luego a su posición habitual, comprendió Godefroid que toda la vida de la enferma residía en la cabeza. Los brazos enflaquecidos y las manos flácidas descansaban encima del lienzo blanco y finó, como dos objetos extraños a aquel cuerpo, que no parecía ocupar sitio en la cama. Las cosas que la enferma necesitaba estaban colocadas detrás de la cabecera del lecho, en un estante tapado por una cortinilla de seda.

—Vos sois, caballero, la primera persona, a excepción de los médicos, que para mí no son hombres, a quien veo desde hace seis años; así es que no os extrañe la pasión que despertasteis en mí, desde el momento en que mi padre me anunció vuestra visita. No, era una curiosidad semejante a la de nuestra madre Eva... Mi padre, que es tan bueno para mí, y mi hijo, al que tanto quiero, me bastan ciertamente para llenar el desierto de un alma que ahora casi no tiene cuerpo, pero que continúa siendo femenina, al fin y al cabo, y por lo tanto no os sorprenderá el interés que me ha causado vuestra visita... Tened la bondad de tomar una taza de té con nosotros...

—El señor me ha prometido dedicamos la velada —respondió el viejo con la gracia de un millonario que hace los honores de su mansión.

Augusto, sentado en una silla tapizada, ante una mesita de marquetería adornada con cobres, leía un libro a la luz de los candelabros de la chimenea.

—Augusto, hijo mío, di a Juan que venga a servirnos el té dentro de una hora.

Y acompañó esta frase con una mirada expresiva, a la que Augusto respondió con una seña.

—¿Creeréis, señor, que desde hace seis años no tengo más servidores que mi padre y mi hijo? No podría soportar otros. Si ellos me faltasen, moriría... Mi padre no quiere que Juan, un pobre normando que nos sirve desde hace treinta años, entre en mi habitación.

—Desde luego —dijo el anciano fingiendo—. Este señor lo ha visto: corta leña y la trae a casa, guisa, hace los recados, y como lleva un delantal muy sucio, mancharía toda esta elegancia, tan necesaria a los ojos de una joven para quien esta habitación es toda la naturaleza...

—¡Ah! Señora, vuestro padre tiene mucha razón...

—¿Por qué? —preguntó ella—. Si Juan estropease mi habitación, mi padre la arreglaría.

—Sí, hija mía, pero lo que me impide hacerlo es el hecho de que tú no puedes

abandonarla. ¡Y tú no conoces a los tapiceros de París!... Necesitarían más de tres meses para arreglar tu habitación. Piensa en el polvo que se levantaría de tu alfombra si la quitaban. ¿Hacer arreglar tu habitación por Juan? ¿Lo crees posible?... Adoptando las minuciosas precauciones de que son capaces un padre y un hijo, te hemos evitado el barrido y el polvo... Si Juan entrase para servirnos, tu habitación estaría lista al cabo de un mes...

—No es por economía —dijo Godefroid—, sino por vuestra salud. Vuestro señor padre tiene razón.

—Yo no me quejo —replicó Vanda con una voz llena de coquetería.

Aquella voz hacía el efecto de un concierto. El alma, el movimiento y la vida se habían concentrado en la mirada y en la voz, pues Vanda, por medio de estudios para los que ciertamente no le había faltado tiempo, consiguió vencer las dificultades causadas por la pérdida de su dentadura.

—Aún tengo suerte, caballero, dentro de la terrible desgracia que me aflige, puesto que al menos la fortuna constituye una gran ayuda para soportar mis sufrimientos... Si hubiésemos estado en la indigencia, hace ya dieciocho años que hubiera dejado de existir, ¡y ahora vivo!... Tengo goces tanto más vivos cuanto que son perpetuas conquistas sobre la muerte... Sin duda me encontraréis muy parlanchina —prosiguió sonriendo.

—Señora —respondió Godefroid—, yo os rogaría que hablaseis sin parar. Nunca había oído una voz comparable a la vuestra... Es muy armoniosa... Rubini no es más encantador...

—No habléis de Rubini ni de los italianos —dijo el anciano con voz teñida de tristeza—. Por ricos que seamos, me es imposible dar a mi hija, que era una gran música, este placer que ama con locura.

—Perdón —repuso Godefroid.

—Ya os acostumbraréis a nosotros —añadió el viejo.

—He aquí el procedimiento que hay que seguir —dijo la enferma sonriendo—. Cuando os hayan gritado *cuidado* varias veces, estaréis al corriente de los secretos de nuestra conversación...

Godefroid cambió una rápida mirada con el señor Bernard, quien al ver lágrimas en los ojos de su vecino, se llevó un dedo a los labios para recomendarle que no faltase al heroísmo que él compartía con su hijo desde hacía siete años.

Aquella sublime y perpetua impostura, acusada por la completa ilusión de la enferma, producía en aquel momento a Godefroid el mismo efecto que si contemplase un precipicio cortado a pico, por el que dos cazadores de cabras monteses descendieran con facilidad. La magnífica caja de oro, adornada de brillantes, con la que jugueteaba despreocupadamente el anciano a los pies de la cama de su hija, era como el rasgo genial que, en la obra de un hombre superior, provoca el grito de admiración. Godefroid contemplaba aquella tabaquera, preguntándose por qué no la habían vendido o no estaba en el Monte de Piedad, pero se contuvo, con

intención de hablar de ello al anciano.

—Esta noche, señor Godefroid, mi hija se halla tan excitada ante el anuncio de vuestra visita, que todos los extraños fenómenos de su enfermedad, que desde hace doce días eran nuestra desesperación, han desaparecido por completo... Juzgad si os estaré reconocido.

—¿Y yo, pues?... —exclamó la enferma con voz cariñosa y ladeando la cabeza con un movimiento lleno de coquetería—. Este caballero es para mí el embajador del mundo... Desde la edad de veinte años, caballero, no he vuelto a saber lo que era un salón, una velada, un baile... Y tened en cuenta que amo la danza, que los espectáculos me entusiasman, y sobre todo la música. ¡Lo adivino todo con el pensamiento! Leo mucho y además mi padre me cuenta cosas del mundo...

Al oír estas palabras, Godefroid hizo un movimiento, como si se dispusiese a doblar la rodilla ante aquel pobre anciano.

—Sí, cuando va a los Italianos, y lo hace con frecuencia, me describe los tocados y me cuenta los efectos del canto. ¡Oh! ¡Quisiera estar curada, en primer lugar por mi padre, que vive únicamente para mí, tal como yo vivo para él y por él, y por mi hijo, a quien querría dar otra madre! ¡Ah! Señor, qué seres tan cumplidos son mi viejo padre... mi excelente hijo... pero también para oír a Lablache, Rubini, Tamburini, la Grisi y *Los Puritanos*... Pero...

—¡Vamos, hija mía, calma!... ¡Si hablamos de música estamos perdidos! —dijo el anciano sonriendo.

Sonreía, y aquella sonrisa que rejuvenecía su semblante, sin duda engañaba siempre a la enferma.

—Sí, me portaré bien —dijo Vanda con expresión vivaracha—, pero cómprame el acordeón...

Por aquel entonces se había inventado este instrumento portátil que en rigor podía ponerse junto al lecho de la enferma y que, para dar los sonidos del órgano, sólo requería la presión del pie. Aquel instrumento, en su forma más desarrollada, equivalía a un piano, pero entonces costaba trescientos francos. La enferma, que leía diarios y revistas, conocía la existencia de aquel instrumento, y deseaba uno de ellos desde hacía dos meses.

—Sí, señora, tendréis uno —prosiguió Godefroid obedeciendo a una mirada que le dirigió el viejo—. Un amigo mío, que parte hacia Argel, posee uno soberbio que le pediré prestado; así, antes de comprar uno podréis probar éste. Es posible que su sonido tan vibrante y potente no os convenga.

—¿Podré tenerlo mañana? —preguntó ella con la vivacidad de una criolla.

—Mañana —repuso el señor Bernard— es muy pronto, y además es domingo.

—¡Ah! —exclamó ella mirando a Godefroid, quien creía ver revolotear un alma al admirar la ubicuidad de las miradas de Vanda.

Hasta entonces, Godefroid ignoraba la potencia de la voz y de los ojos, cuando se convierten en toda la vida. Aquella mirada ya no era una mirada, sino una llama, o

mejor aún, una llamarada divina, un resplandor que comunicaba vida e inteligencia, el pensamiento visible. Aquella voz de mil entonaciones reemplazaba los movimientos, los gestos y las aptitudes de la cabeza. Las variaciones de la tez, que cambiaba el color como el fabuloso camaleón, exhalaban la ilusión, o si el lector lo prefiere, su espejismo. Aquella cabeza dolorosa, hundida en la almohada de batista con adornos de encaje, era toda una persona.

Godefroid no había contemplado en toda su vida un espectáculo tan grande; apenas podía contener sus emociones. Otra sublimidad, pues todo era extraño en aquella situación, llena de poesía y de horror: en los espectadores vivía solamente el alma. Aquella atmósfera, repleta únicamente de sentimientos, tenía una influencia celeste. Quien estaba allí creía no tener cuerpo, como tampoco parecía tenerlo la enferma. No había más que espíritu. Después de mucho contemplar aquella escuálida ruina de lo que había sido una mujer hermosa, Godefroid olvidó los mil detalles elegantes de la habitación y se creyó en pleno cielo. Sólo al cabo de media hora se dio cuenta de un estante lleno de curiosidades, puesto bajo un magnífico retrato de la señora Bernard que la enferma le rogó fuese a ver, pues era de Géricault.

—Géricault —le dijo— era de Rouen, y como su familia contrajo ciertas obligaciones hacia mi padre, que fue el primer presidente, nos demostró su agradecimiento con esta obra maestra, en la que podéis verme cuando tenía dieciséis años.

—Poseéis un cuadro muy hermoso —observó Godefroid—, y completamente desconocido para los que se han ocupado de las obras tan raras de este genial pintor...

—Para mi no es más que un afectuoso recuerdo —contestó ella—, pues únicamente vivo por el corazón, y mi vida es muy hermosa —añadió mirando a su padre y poniendo toda el alma en aquella mirada—. ¡Ah, señor, si supieseis lo que es mi padre! ¿Quién podría creer jamás que este grande y severo magistrado, con quien el Emperador contrajo tantas obligaciones que le regaló esta tabaquera, y que Carlos X creyó recompensar con este servicio de Sèvres que aquí veis —dijo señalando la consola—, que este firme sostén del poder y de las leyes, este sabio publicista, tiene en su corazón de roca las delicadezas propias de un corazón de madre? ¡Oh, papá, papá, abrázame... ven! Quiero que me des un beso si me amas.

El anciano se levantó e inclinándose sobre la cama depositó un beso en la frente blanca, despejada y poética de su hija, cuyos furores no siempre se parecían a aquella tempestad de afecto.

Luego empezó a pasear por la habitación; llevaba unas zapatillas bordadas por su hija que no hacían ruido alguno.

—¿Cuáles son vuestras ocupaciones? —preguntó Vanda a Godefroid después de una pausa.

—Señora, estoy al servicio de personas piadosas para socorrer a los infortunados.

—¡Oh, qué misión tan hermosa, señor! —dijo ella—. ¿Creéis que no se me ha

ocurrido la idea de consagrarme a esta ocupación? ¿Pero, cuál es la idea que no se me ha ocurrido? —prosiguió haciendo un mohín—. El dolor es como una antorcha que ilumina nuestra vida... ¡Si pudiese recobrar la salud!...

—Te divertirías, hija mía —observó el anciano.

—Ciertamente —respondió ella—, lo deseo, pero ¿tendría la facultad de hacerlo? Espero que mi hijo sea un magistrado digno de sus dos abuelos, y me abandonará. ¿Qué hacer?... ¡Si Dios me devuelve la vida, se la consagraré! ¡Oh, después de haberos dado todo cuanto queráis! —exclamó mirando a su padre y a su hijo—. Hay momentos, padre mío, en que me siento tentada de abrazar las ideas del señor de Maistre, y creo expiar algo.

—Esto es lo que pasa por leer tanto —repuso el anciano evidentemente disgustado.

—Aquel bravo general polaco que fue mi abuelo, intervino de manera muy inocente en la partición de Polonia.

—¡Vamos, ya salió Polonia! —siguió diciendo el señor Bernard.

—¡Qué se le va a hacer, papá! Mis sufrimientos son infernales, me hacen sentir horror por la vida y disgusto de mí misma. ¿Por qué puedo haberlos merecido? Esta clase de enfermedades no son simples desarreglos de la salud, sino la perversión total del organismo, y...

—Canta la canción popular que cantaba tu pobre madre; a este señor le gustará oírla, pues ya le hablé de tu voz —dijo el anciano, que sin duda quería distraer a su hija de las ideas que la obsesionaban.

Vanda se puso a cantar en voz baja y dulce una canción en lengua polaca que dejó a Godefroid pasmado de admiración y sumido en profunda tristeza. Aquella melodía, muy parecida a las tonadas suaves y melancólicas de Bretaña, era una de esas poesías que vibran en el corazón mucho tiempo después de oírlas. Al escuchar a Vanda, Godefroid la miraba, pero no pudo sostener las miradas estáticas de aquel resto de mujer, casi loca, y posó la vista en las borlas que colgaban a cada lado del dosel de la cama.

—¡Ah, ah! —exclamó Vanda echándose a reír al ver la atención de Godefroid—. Sin duda os preguntáis para qué sirve esto.

—¡Vanda! —dijo el padre—. Vamos cálmate, hija mía. Mira, ya está aquí el té. Esto, caballero es una máquina muy costosa —añadió dirigiéndose a Godefroid—. Mi hija no puede levantarse y tampoco le es posible permanecer siempre en la cama, pues hay que hacerla y cambiar las sábanas. Estos cordones están unidos a unas poleas y, pasando bajo ella una piel cuadrada mantenida en sus cuatro extremos por sendos anillos sujetos a cuatro cuerdas, podemos levantarla sin fatiga para ella ni para nosotros.

—¡Me levantan! —gritó Vanda como una loca.

Afortunadamente se presentó Augusto con una tetera que puso en una mesita, donde dejó también el servicio de porcelana de Sèvres, que cubrió con pastelillos y

golosinas. Luego trajo nata y mantequilla. Aquel espectáculo cambió completamente la disposición de ánimo de la enferma, evitando la inminente crisis.

—Toma, Vanda, ésta es la nueva novela de Nathan. Si esta noche te despiertas, tendrás algo para leer.

—¡*La Perla de Luto!* ¡Ah! Debe ser una historia de amor. ¡Augusto, escucha! Tendré un acordeón.

Augusto levantó bruscamente la cabeza y miró a su abuelo con singular expresión.

—¡Mirad cuánto quiere a su madre! —dijo Vanda—. Ven a besarme, gatito mío. No, no es a tu abuelo sino a este señor a quien tienes que dar las gracias, pues nuestro vecino me prestará uno mañana por la mañana. ¿Qué clase de instrumento es, señor?

Godefroid, obedeciendo a una señal del anciano, explicó minuciosamente como era el acordeón, mientras saboreaba el té hecho por Augusto, y que, al ser de una calidad superior, estaba exquisito.

Alrededor de las diez y media, el Iniciado se retiró, cansado del espectáculo de aquella lucha insensata que sostenían el abuelo y el hijo, admirando su heroísmo y la constante paciencia en la representación de un doble papel igualmente abrumador.

—Bien —le dijo el señor Bernard, que le siguió hasta su casa—, ahora ya comprendéis, señor, cuál es mi vida. Son las emociones del ladrón, atento a todo. Bastaría una palabra, un gesto, para matar a mi hija. Una fruslería de menos entre las que ella está acostumbrada a ver, revelaría todo a ese espíritu que ve a través de las paredes.

—Señor —respondió Godefroid—, el lunes, Halpersohn, que ya ha regresado, dictaminará sobre vuestra hija, aunque dudo que la ciencia pueda restablecer ese cuerpo...

—¡Oh! Yo tampoco lo espero —repuso el antiguo magistrado—; pero al menos, que le hagan la vida soportable... Yo contaba, caballero, con vuestra inteligencia, y quería daros las gracias, pues lo habéis comprendido todo... ¡Ah, ya empieza el acceso! —exclamó al oír un grito a través de las paredes—. ¡Ha excedido sus fuerzas!

Y estrechando la mano de Godefroid, el viejo regresó corriendo a su casa.

VIII. HALPERSOHN

A las ocho de la mañana del día siguiente, Godefroid llamaba a la puerta del célebre médico polaco. Un ayuda de cámara le condujo al primer piso del hotelito que había podido examinar mientras el portero iba en busca del sirviente.

Afortunadamente, como ya sospechaba, su puntualidad evitó a Godefroid el aburrimiento de la espera; sin duda era el primer cliente. De una antecámara muy sencilla, pasó a un espacioso gabinete en el que distinguió a un anciano en bata, que fumaba en una larga pipa. La bata, de seda y lana negra, que se había vuelto brillante, llevaba la fecha de la emigración polaca.

—¿En qué puedo servirlos? —le preguntó el médico judío—. ¡Pues vos no estáis enfermo!

Y posó en Godefroid una mirada que tenía la expresión curiosa y picante de los ojos del judío polaco, esos ojos que parecen tener oídos.

Con gran asombro por su parte, Godefroid vio que Halpersohn era un hombre de cincuenta y seis años, pequeñas piernas turcas y torso ancho y poderoso. Había en aquel hombre algo de oriental, pues en su juventud debió poseer un rostro muy hermoso; de su belleza subsistía una nariz hebraica, larga y curvada como un alfanje de Damasco. La frente, verdaderamente polaca, amplia y noble, pero arrugada como un papel estrujado, recordaba la que atribuían a San José los viejos maestros italianos. Los ojos, glaucos y como engastados, a semejanza de los loros, en unas membranas grisáceas y fruncidas, expresaban astucia y avaricia en grado superlativo. Por último, la boca hendida como una herida, añadía a aquella siniestra fisonomía toda la mordacidad de la desconfianza.

Su rostro pálido y chupado, pues Halpersohn era de una delgadez notable, coronado por unos cabellos grises mal peinados, tenía por todo ornato unas luengas barbas muy pobladas, negras, con hebras blancas, que ocultaban la mitad del rostro, de manera que de éste sólo se veía la frente, los ojos, la nariz, los pómulos y la boca.

Aquel amigo del revolucionario Lelewel llevaba un casquete de terciopelo negro que, sujeto por un extremo en la frente, hacía resaltar el color rubio, digno de los cinceles de Rembrandt.

La pregunta que le hizo aquel médico de tanto renombre, alcanzado no sólo por su talento sino por su avaricia, causó cierta sorpresa a Godefroid, quien dijo para sus adentros:

—¿Me tomará acaso por un ladrón?

La respuesta a esta pregunta se encontraba encima de la mesa y de la chimenea del galeno. Godefroid creía llegar el primero, pero era el último. Los clientes que habían acudido a la consulta dejaron importantes dádivas en la chimenea o al borde de la mesa, pues Godefroid distinguió montones de monedas de veinte y cuarenta francos, y dos billetes de mil francos. ¿Era el producto de una sola mañana? Lo puso en duda e imaginó que más bien se trataba de un sabio ardid. Quizás aquel médico

avaro, pero infalible, trataba de forzar así a sus clientes, escogidos entre los ricos, haciéndoles creer que le pagaban con cartuchos de monedas y no con papillotes.

Por lo demás, era justo que Moisés Halpersohn recibiese crecidas sumas, puesto que curaba, y curaba precisamente las enfermedades desesperadas, aquellas que la medicina había abandonado. En Europa se ignora que los pueblos eslavos poseen muchos secretos; tienen una colección de remedios soberanos, fruto de sus relaciones con los chinos, persas, cosacos, turcos y tártaros. Algunas campesinas, que pasan por ser brujas, curan radicalmente la rabia en Polonia con zumos de hierbas. Existe en aquel país un conjunto de observaciones no codificadas sobre los efectos de ciertas plantas y de algunas cortezas de árboles reducidas a polvo, que todos se transmiten de familia en familia y que hacen curas milagrosas.

Halpersohn, que pasó por ser un curandero durante cinco o seis años, a causa de sus polvos y potingues, poseía la ciencia innata de los grandes médicos. No solamente era sabio y había observado mucho, sino que además había recorrido Alemania, Rusia, Persia y Turquía, donde recogió numerosas tradiciones y, como conocía la química, se convirtió en la biblioteca viviente de esos secretos esparcidos entre *las buenas mujeres*, como se dice en Francia, de todos los países adonde le llevaron sus andanzas en seguimiento de su padre, vendedor ambulante.

No se debe creer que la escena en que Saladino cura al rey de Inglaterra, en *Ricardo en Palestina*, sea una ficción. Halpersohn posee una bolsa de seda que sumerge en el agua para colorearla ligeramente, y algunas fiebres ceden cuando el enfermo la bebe. Las virtudes de las plantas, según este médico, son infinitas, y la curación de las más terribles enfermedades es posible. Sin embargo, tanto él como sus colegas se defienden a veces ante lo incomprensible. Halpersohn siente entusiasmo por la invención de la homeopatía, más a causa de su terapéutica que por su sistema médico; sostenía correspondencia a la sazón con Hedénus de Dresde, Chelius de Heidelberg y los célebres médicos alemanes, manteniendo la mano cerrada aunque la tenía llena de descubrimientos. No quería soltar prenda ni hacer alumnos.

El marco también armonizaba con aquel personaje escapado de una tela de Rembrandt. El gabinete, con las paredes cubiertas por un papel imitando terciopelo verde, se hallaba mezquinamente amueblado con un diván del mismo color. La alfombra, también verde, estaba bastante raída. Un gran sillón de cuero negro para los clientes, se podía ver ante la ventana, provista de cortinas igualmente verdes. Un sillón de escritorio, de forma romana, de caoba y cubierto de tafilete verde, era el asiento del doctor.

Entre la chimenea y la larga mesa sobre la que escribía, una vulgar caja de hierro, puesta enfrente de la chimenea, en el centro de la pared opuesta, sostenía un reloj de péndulo de granito de Viena, sobre el que se alzaba un grupo de bronce, que representaba al Amor jugando con la Muerte, regalo de un gran escultor alemán, a quien sin duda curó Halpersohn. El faldón de la chimena tenía una copa entre dos

candelabros por todo ornamento. A ambos lados del diván, dos rinconeras de ébano servían para colocar las bandejas, en las que Godefroid vio jofainas de plata, garrafas y servilletas.

Aquella simplicidad, rayana casi en la desnudez, impresionó mucho a Godefroid, a quien le bastó una ojeada para verlo todo. Pero inmediatamente recuperó su aplomo.

—Doctor, yo estoy perfectamente bien: por lo tanto, no vengo por mí, sino por una señora a quien hubierais debido visitar hace tiempo. Se trata de una dama que vive en el bulevar Montparnasse...

—¡Ah, sí! esa señora me ha enviado varias veces a su hijo... De acuerdo, caballero, decidle que venga a mi consulta.

—¡Que venga! —repitió Godefroid indignado—. Pero, señor, si es imposible transportarla ni de su cama a un sillón; hay que levantarla con correas.

—Supongo que vos no sois médico, caballero —dijo el doctor judío con una mueca singular, que confirió aún mayor expresión de maldad a su semblante.

—Si el barón de Nucingen os hiciese decir que está enfermo y que desea ser visitado por vos, ¿también responderíais que viniese?

—Iría yo —replicó fríamente el judío lanzando un salivazo a una escupidera holandesa de caoba llena de arena.

—Iríais —repuso suavemente Godefroid— porque el barón de Nucingen tiene dos millones de renta y...

—El resto nada tiene que ver con la cuestión; yo iría de todos modos.

—Pues bien, caballero, iréis a ver a la enferma del bulevar Montparnasse por la misma razón. Aunque no tengo la fortuna del barón de Nucingen, estoy aquí para deciros que pongáis vos mismo el precio a la curación o, a vuestras visitas, si no la conseguís... Estoy dispuesto a pagaros por anticipado, pero confío en que vos, doctor, que sois un emigrado polaco, un comunista según tengo entendido, haréis un sacrificio por Polonia. Pues habéis de saber que esa dama es la nieta del general Tarlowski, amigo del príncipe Poniatowski.

—Señor, habéis venido a pedirme la curación de esa dama y no a darme consejos. En Polonia, soy polaco; en París, soy parisién. Cada uno hace el bien a su manera, y tened por cierto que la codicia que me atribuyen tiene sus motivos. El tesoro que amaso tiene su destino; es sagrado. Yo vendo salud; los ricos pueden pagarla y se la hago comprar. Los pobres tienen sus médicos. Si yo no tuviese un objetivo determinado, no ejercía la medicina. Vivo sobriamente y paso el día yendo de una parte a otra; soy perezoso y me gustaba el juego... ¡Concluid, joven! Aún no tenéis la edad en que se puede juzgar a los viejos.

Godefroid guardó silencio.

—¿Vivís con la nieta de aquel imbécil que sólo tenía valor para batirse, y que entregó su país a Catalina II?

—Sí, señor.

—Esperadme en vuestra casa el lunes, a las tres —le dijo dejando la pipa y tomando su agenda, en la que anotó unas palabras—. Me entregaréis, a la llegada, doscientos francos, y si os prometo la curación me pagaréis mil escudos... Me han dicho —prosiguió—, que esa señora ha empequeñecido como si hubiese caído al fuego.

—Señor, según los más célebres doctores de París, se trata de una morbois cuyos desórdenes son tan grandes, que no han creído en ellos hasta que los han visto.

—¡Ah! ¡Ahora recuerdo los detalles de la enfermedad que me dio el joven! Hasta mañana, caballero.

IX. UNA LECCIÓN DE CARIDAD

Godefroid salió después de despedirse de aquel hombre tan singular como extraordinario. Nada hacía presentir en él ni indicaba que se tratase de un médico, ni siquiera aquel gabinete desnudo, cuyo único mueble que llamaba la atención era aquella formidable caja de Huret o Fichet.

Llegó a tiempo al pasaje Vivienne para comprar, antes de que cerrasen la tienda, un magnífico acordeón que hizo enviasen inmediatamente al señor Bernard, indicando sus señas. Después fue a la calle Chanoinesse, pasando por el muelle de los Agustinos, donde esperaba encontrar todavía abierto uno de los almacenes de los comisionistas de librería; vio, en efecto, uno de ellos abierto, sosteniendo en él una larga conversación con un joven empleado acerca de los libros de jurisprudencia.

Encontró a la señora de La Chanterie y a sus amigos de vuelta de la misa y, a la primera mirada que ella le dirigió, Godefroid respondió con un significativo movimiento de cabeza.

—Bien —preguntó a la señora—, ¿no está con nosotros nuestro querido tío Alain?

—Este domingo no vendrá —respondió la señora de La Chanterie—. No le veréis hasta dentro de ocho días... A menos que vayáis adonde él os ha citado.

—Señora —dijo Godefroid en voz baja—, vos ya sabéis que él no me intimida tanto como estos señores, y pensaba contárselo todo.

—¿Y yo?

—¡Oh! A vos también os lo diré todo, pues tengo muchas cosas que contaros. Para empezar, he encontrado el más extraordinario de todos los infortunios, un increíble apareamiento de la miseria y el lujo; luego, unas caras de una sublimidad que rebasan todo cuanto hayan podido inventar nuestros novelistas más en boga.

—La naturaleza, sobre todo la naturaleza moral, siempre está por encima del arte, tanto como Dios está por encima de sus criaturas. Pero, veamos —dijo la señora de La Chanterie—, venid a contarme vuestra expedición a las tierras desconocidas por donde habéis hecho vuestro primer viaje.

Nicolás y José, ya que el abate de Vèze se había quedado unos momentos en Nôtre-Dame, dejaron a la señora de La Chanterie a solas con Godefroid, el cual, bajo el efecto de las emociones que había experimentado la víspera, le refirió todo en los menores detalles con el vigor, la acción y valentía que da la primera impresión de semejante espectáculo, con su marco de hombres y cosas. Tuvo un gran éxito, pues la dulce y tranquila señora de La Chanterie no pudo contener el llanto, por acostumbrada que estuviese a descender al abismo de los dolores.

—Habéis hecho muy bien —le dijo—, al enviarle el acordeón.

—Quisiera hacer mucho más —repuso Godefroid—. Esta familia es la primera que me ha dado a conocer los placeres de la caridad; deseo proporcionar a este sublime anciano la mayor parte de los beneficios que reportará su magna obra. No sé

si tenéis bastante confianza en mi capacidad para permitirme que emprenda semejante asunto. Según los informes que acabo de procurarme, harían falta alrededor de nueve mil francos para hacer una edición de mil quinientos ejemplares de ese libro, y su valor mínimo sería entonces de treinta y cuatro mil francos. Como antes debemos pagar los tres mil y pico que gravan el manuscrito, hay que arriesgar doce mil francos. ¡Oh, señora, si supieseis cuánto lamenté, al venir aquí desde el muelle de los Agustinos, haber disipado tan neciamente mi pequeña fortuna! Tuve la impresión de que se me aparecía el espíritu de la caridad. Tengo el ardor del Iniciado, quiero abrazar la vida de estos caballeros, y seré digno de vos. Desde hace dos días, he bendecido muchas veces la casualidad que me trajo aquí. Os obedeceré en todo, hasta que me consideréis capaz de ser uno de los vuestros.

—Bien —respondió gravemente la señora de La Chanterie después de reflexionar—. Escuchadme, pues tengo que revelaros cosas importantes. Os habéis dejado seducir, hijo mío, por la poesía de la desdicha. Sí, la desdicha tiene a menudo poesía, ya que para mí la poesía es cierto exceso en el sentimiento y el dolor es un sentimiento. ¡Vivimos por el dolor!...

—Sí, señora, me dejé dominar por el demonio de la curiosidad... ¿Qué le vamos a hacer? Aún no tengo la costumbre de penetrar en el corazón de las existencias desdichadas, y no procedo con la tranquilidad de vosotros tres, piadosos soldados del Señor. Pero, sabedlo bien, sólo me consagré a vuestra obra cuando se agotó en mí esta irritación...

—Escuchad, mi querido ángel —dijo la señora de La Chanterie, quien pronunció estas tres palabras con una dulce santidad que conmovió singularmente a Godefroid—. Nos hemos prohibido, pero absolutamente, sin forzar las palabras. Lo que está prohibido ni siquiera ocupa nuestro pensamiento... Como os decía, nos hemos prohibido intervenir en especulaciones. Imprimir un libro para venderlo y esperar los beneficios que produzca es un negocio, y las operaciones de esta clase nos conducirían a las dificultades del comercio. Ciertamente, esto me parece muy factible, incluso necesario. ¿Creéis que es el primer caso que se presenta? ¡Veinte, cien veces nos ha parecido éste el medio de salvar a familias y casas enteras! Pero ¿qué hubiera sido de nosotros con negocios de esta clase? Nos hubiéramos convertido en unos negociantes... Comanditar el infortunio no equivale a trabajar uno mismo, sino a poner al infortunado en estado de trabajar. Dentro de algunos días veréis miserias más crueles que ésa. ¿Haréis lo mismo? ¡Quedaríais abrumado! Pensad, hijo mío, que los señores Mongenod ya no pueden encargarse de nuestra contabilidad desde hace un año. Tendríais la mitad del tiempo ocupado por la teneduría de nuestros libros. Hoy tenemos cerca de dos mil deudores en París, y conviene al menos que sepamos a cuánto asciende la deuda de aquellos que podrían pagarnos... Nunca les exigimos nada; nos limitamos a esperar. Calculamos que la mitad del dinero entregado se pierde. La otra mitad nos vuelve a veces duplicada... Así, suponed que ese magistrado falleciese. En este caso, la suerte de esos doce mil

francos sería muy aventurada. Pero si su hija se cura, su nieto terminará la carrera y un día llegará a ser magistrado... Entonces, si es un hombre de honor, se acordará de sus deudas y nos devolverá el dinero de los pobres con creces. ¿Sabéis que más de una familia, sacada de la miseria y puesta por nosotros en el camino de la fortuna gracias a préstamos sin interés, ha pensado en los pobres y nos ha devuelto duplicadas y a veces triplicadas las sumas que le dejamos?... ¡Estas son nuestras únicas especulaciones! En primer lugar, pensad, en cuanto a lo que os preocupa (y os debe preocupar), que la venta de la obra de ese magistrado depende de la bondad de la misma. ¿La habéis leído? Luego, si el libro es excelente, ¡cuántos buenos libros han permanecido durante dos o tres años sin tener el éxito que merecían! ¡Cuántas coronas se han puesto sobre las tumbas! Y yo sé que los libreros tienen unas normas para tratar a los autores y vender sus obras, que convierten su comercio en el más arriesgado y difícil de todos los que existen en París. Nicolás os hablará de estas dificultades, inherentes a la naturaleza de los libros. Así, como veis, somos razonables, tenemos experiencia de todas las miserias, como de todos los comercios, pues estudiamos París desde hace mucho tiempo... los Mongenod nos ayudan; tenemos en ellos unas lumbreras, y por ellos sabemos que el Banco de Francia mira con suspicacia constante el comercio de libros, aunque sea uno de los más hermosos, pero está mal hecho... Por lo que se refiere a los cuatro mil francos necesarios para salvar a esa noble familia de los horrores de la indigencia, pues conviene que ese pobre muchacho y su abuelo coman y se vistan como Dios manda, voy a dárselos... Hay sufrimientos, miserias y heridas que aliviarnos inmediatamente, sin vacilar, sin querer averiguar a quién socorremos: religión, honor, carácter, todo es indiferente, pero cuando se trata de prestar dinero de los pobres para aliviar sus desgracias bajo la forma activa de la industria, del comercio... ¡oh!, entonces buscamos garantías con la rigidez de los usureros. Así, por lo demás, limitad vuestro entusiasmo a la tarea de encontrar un librero lo más honrado posible para ese viejo. Esto concierne a Nicolás. Él conoce abogados, profesores, autores de obras jurídicas, y el domingo próximo podéis estar seguro de que tendrá algún buen consejo que daros. Tranquilizaos, si podéis, pues esta dificultad será vencida. Entre tanto, quizá sería conveniente que Nicolás leyese la obra de ese magistrado... Si es posible, pedidle que os la preste...

Godefroid estaba estupefacto ante el buen sentido de aquella mujer, que él creía animada únicamente por un espíritu caritativo. El Iniciado puso una rodilla en tierra y besó la bella mano de la señora de La Chanterie, diciéndole:

—¿Así, sois también la razón?

—En nuestra profesión hay que serlo todo —repuso ella con la dulce alegría propia de las verdaderas santas.

—¡Cómo! ¡Dos mil deudores! —exclamó el joven—. ¡Es una cantidad inmensa!

—Sí, dos mil deudores, y que pueden dar lugar —respondió ella— a devoluciones basadas, como acabo de deciros, en la delicadeza de las personas a quienes ayudamos, pues tenemos otras tres mil familias que únicamente nos darán las

gracias, si es que nos dan algo. Por lo tanto, os repito, creemos necesario llevar una contabilidad. Y si demostráis tener una discreción a toda prueba, os convertiréis en nuestro oráculo financiero. Estamos obligados a llevar un diario, el libro mayor de cuentas corrientes y un libro de caja. Tenemos muchas notas, pero perdemos demasiado tiempo buscándolas... Ya están aquí esos señores —añadió.

Godefroid, grave y pensativo, apenas participó al principio en la conversación, abrumado como estaba por la revelación que acababa de hacerle la señora de La Chanterie, en un tono que demostraba su deseo de recompensarle por su ardor.

—¡Dos mil familias agradecidas! —se dijo—. Si cuestan tanto como nos costará el señor Bernard, debemos de tener millones sembrados por París.

Aquel sentimiento fue uno de los últimos impulsos del espíritu mundano, que se extinguía insensiblemente en Godefroid. Al reflexionar, comprendió que las fortunas reunidas de la señora de La Chanterie, de Alain, Nicolás, José y la del juez Popinot, los donativos recogidos por el abate de Vèze y las ayudas prestadas por la casa Mongenod, debieron producir un capital considerable, y que, en el transcurso de doce o quince años, este capital, aumentado por los deudores que pudieron demostrar su agradecimiento, debió engrosarse como una bola de nieve, puesto que aquellas personas caritativas no utilizaban en absoluto aquel dinero para sus propios fines. Poco a poco iba viendo claro en aquella obra inmensa, y su deseo de cooperar en ella aumentó.

A las nueve quiso regresar a pie al bulevar Montparnasse, pero la señora de La Chanterie, temiendo la soledad del barrio, le obligó a tomar un cabriolé. Al apearse del coche, aunque los postigos estuviesen tan cuidadosamente cerrados que no dejaban traslucir ningún resplandor, Godefroid oyó el sonido del instrumento y, cuando estuvo en el descansillo, Augusto, que sin duda atisbaba la llegada de Godefroid, entreabrió la puerta del piso y dijo:

—Mamá desea veros, y mi abuelo os ofrece una taza de té.

X. ÉXITO DE GODEFROID

Al entrar, Godefroid encontró a la enferma transfigurada por el placer de hacer música; tenía el rostro radiante y los ojos le brillaban como dos diamantes.

—Hubiera debido esperaros para ofreceros los primeros acordes, pero me he lanzado sobre este armonio como un hambriento se abalanza sobre un festín. Vos tenéis un alma capaz de comprenderme, por lo tanto me siento perdonada.

Acto seguido, Vanda hizo una seña a su hijo, quien se colocó de manera que podía oprimir el pedal que accionaba el fuelle interior del instrumento y, con los ojos vueltos al cielo, como Santa Cecilia, la enferma, cuyos dedos habían recuperado momentáneamente su fuerza y agilidad, interpretó unas variaciones sobre la *Plegaria de Moisés*, que su hijo había ido a comprarle y que ella había compuesto en pocas horas. Godefroid reconoció un talento idéntico al de Chopin. Era un alma que se manifestaba con unos sonidos divinos, dominados por una melancólica dulzura. El señor Bernard saludó a Godefroid con una mirada en la que se reflejaba un sentimiento no expresado desde hacía tiempo, mucho tiempo. Si la fuente de las lágrimas no hubiese estado agotada en aquel anciano reseco por tantos dolores ardientes, esta mirada hubiera sido húmeda. Era fácil adivinarlo. El señor Bernard jugueteaba con su tabaquera, contemplando a su hija con un éxtasis indecible.

—Mañana, señora —prosiguió Godefroid cuando la música hubo cesado—, se decidirá vuestra suerte, pues os traigo una buena noticia. El célebre Halpersohn vendrá a las tres. Me ha prometido —añadió al oído del señor Bernard— que me dirá la verdad.

El anciano se levantó, tomó a Godefroid por la mano y le condujo a un rincón del dormitorio, al lado de la chimenea, temblando como un azogado.

—¡Ah, qué noche voy a pasar! ¡Será una sentencia definitiva! —le dijo al oído—. ¡Mi hija será curada o condenada!

—Tened valor —respondió Godefroid—. Después del té, venid a verme.

—Basta, basta, hija mía —dijo el viejo—. Provocarás una crisis. A esta exhibición de fuerzas sucederá el abatimiento.

Hizo que Augusto se llevase el instrumento y ofreció una taza de té a su hija, con el cariño de una nodriza que quiere evitar la impaciencia de un niño.

—¿Cómo es ese médico? —preguntó ella, distraída ya por la perspectiva de ver a un nuevo ser.

Vanda como todos los prisioneros, se hallaba devorada por la curiosidad. Cuando los demás fenómenos físicos de su enfermedad cesaban, parecían trasladarse al plano moral, y entonces concebía caprichos extraños, fantasías violentas. Quería ver a Rossini y lloraba porque su padre, al que consideraba todopoderoso, se negase a traérselo.

Godefroid hizo entonces una minuciosa descripción del médico judío y de su gabinete, pues ella ignoraba las gestiones de su padre.

El señor Bernard había recomendado silencio a su nieto acerca de sus visitas a Halpersohn, hasta tal punto temía despertar en su hija unas esperanzas irrealizables. Vanda permanecía pendiente de las palabras que salían de labios de Godefroid, estaba como hechizada y se hundió en una especie de locura, tan ardiente se hizo su deseo de ver al extraño polaco.

—Polonia ha proporcionado con frecuencia seres extraordinarios y misteriosos —dijo el antiguo magistrado—. Hoy en día, por ejemplo, además de ese médico, tenemos a Hoëwe Wronsty, el matemático iluminado, al poeta Mickiewicz, Towanski el inspirado y Chopin el de talento sobrenatural. Las grandes conmociones nacionales producen siempre esta especie de gigantes truncados.

—¡Oh, mi querido papá! ¡Qué maravilloso sois! Si pusierais por escrito todo lo que os oímos decir, sólo para divertirme, haríais una fortuna, pues figuraos, señor, que mi buen padre inventa historias admirables para contármelas cuando no tengo nada que leer, y así me duerme. Su voz me arrulla y calma a menudo mis dolores con su ingenio... ¡Quién podrá recompensarle jamás!... Augusto, hijo mío, deberías besar por mí donde pisa tu abuelo.

El joven dirigió a su madre sus bellos ojos húmedos, y aquella mirada, en la que desbordaba una compasión comprimida desde hacía mucho tiempo, era todo un poema. Godefroid se levantó, tomó la mano de Augusto y se la estrechó.

—¡Dios, señora, ha puesto dos ángeles junto a vos!... —exclamó.

—Sí, ya lo sé. Ven, mi querido Augustito, da un beso a tu madre. Todas las madres estarían orgullosas de este hijo, señor. Es puro como el oro, es franco, es un alma sin tacha, pero un alma tal vez excesivamente apasionada, como la de su madre. Quizá Dios me ha postrado en el lecho para evitar que cometa las mismas tonterías que las demás mujeres... que tienen demasiado corazón —agregó sonriendo.

Godefroid respondió con una sonrisa y una inclinación.

—Adiós, caballero, y, sobre todo, dad las gracias a vuestro amigo, porque ha hecho la felicidad de una pobre enferma.

—Caballero —dijo Godefroid, cuando estuvo a solas en su casa con el señor Bernard, que le había seguido allí—, creo poder aseguraros que no seréis víctima de ese trío de buenas personas. Tendré la suma necesaria, pero habréis de confiarme vuestro tratado sobre el pacto de retroventa... Con el fin de ayudaros aún más, tendríais que dejarme vuestra obra para leerla... no yo, pues carezco de los suficientes conocimientos para juzgar de su valía, sino un antiguo magistrado de una perfecta integridad, que se encargará, según el mérito de la obra, de encontrar una empresa honorable con la que podréis hacer un contrato equitativo... Pero no quiero insistir. Entre tanto, aquí tenéis quinientos francos —añadió tendiendo un billete de banco al antiguo magistrado, estupefacto— para subvenir a vuestras necesidades más urgentes. No os pido recibo, sólo estaréis obligado por vuestra conciencia, y ésta únicamente hablará en el caso de que recuperéis cierto bienestar... Yo me encargo de abonar los honorarios de Halpersohn...

—Pero decidme, ¿quién sois vos? —preguntó el anciano dejándose caer en una silla.

—Yo —respondió Godefroid— no soy nada, pero sirvo a personas poderosas que ya conocen vuestro infortunio y que se interesan por vos... No me preguntéis más.

—¿Y cuál es el móvil de esas personas? —dijo el anciano.

—La religión, señor —replicó Godefroid.

—¡Es posible!... La religión...

—Sí, la religión católica, apostólica y romana...

—¡Eh! ¿Perteneceis a la orden de Jesús?...

—No, señor —respondió Godefroid—. No tengáis ninguna inquietud: estas personas no tienen designio alguno sobre vos, salvo el de socorremos y devolver la felicidad a vuestra familia.

—¿Así, la filantropía es algo más que una simple vanidad?

—Por favor, caballero, no deshonréis la santa caridad católica —repuso vivamente Godefroid—, la virtud definida por San Pablo.

El señor Bernard, al oír esta respuesta, se puso a recorrer la habitación dando grandes zancadas.

—Acepto —dijo de pronto—, y no tengo más que una manera de daros las gracias... confiándoos mi obra. Las notas y citas son inútiles para un antiguo magistrado, y aún tengo para dos meses de trabajo copiando estas últimas, como os dije... Hasta mañana —añadió dando un apretón de manos a Godefroid.

«¿Habré hecho una conversión?», se dijo Godefroid, impresionado por la insólita expresión que adquirió la fisonomía del alto anciano al escuchar su última respuesta.

XI. LA VISITA DE HALPERSOHN

Transcurridos dos días, a las tres de la tarde, un coche de punto se detuvo ante la casa, y Godefroid vio que de él se apeaba Halpersohn, embutido en una enorme pelliza de oso. Durante la noche, el frío había redoblado y el termómetro marcaba diez grados.

El médico judío examinó con curiosidad, aunque a hurtadillas, la habitación donde la recibió la víspera, y Godefroid vio aparecer en sus ojos, como una punta de puñal, un pensamiento desconfiado. Aquella rápida aparición de la suspicacia hizo experimentar un frío interior a Godefroid, quien pensó que aquel hombre debía ser implacable en los negocios, y resulta tan natural suponer el genio unido a la bondad, que experimentó un nuevo impulso de repugnancia.

—Caballero —le dijo—, veo que la simplicidad de mi vivienda os inquieta; por lo tanto, espero que no os sorprenderá mi manera de actuar. Aquí tenéis vuestros doscientos francos, y aquí tengo tres billetes de mil francos —añadió sacando de su cartera los billetes que la señora de La Chanterie le había entregado para desempeñar la obra del señor Bernard—; pero en el caso de que mi solvencia os inspire cuidados, os ofrezco como garantía de la ejecución de nuestros acuerdos, a los señores Mongenod, banqueros, de la calle de la Victoire.

—Los conozco —respondió Halpersohn, metiéndose las diez monedas de oro en el bolsillo.

—Iría a verlos —pensó Godefroid.

—¿Dónde está la enferma? —preguntó el médico, levantándose como un hombre que conociese el valor del tiempo.

—Venid por aquí, señor —dijo Godefroid adelantándose para indicarle el camino.

El judío examinó con mirada suspicaz y llena de sagacidad los lugares por donde pasaban, pues tenía la penetración propia del espía; vio también perfectamente los horrores de la indigencia por la puerta del cuartucho en que dormían el magistrado y su nieto, ya que, por desgracia, el señor Bernard fue en busca del traje con que se presentaba ante su hija y, en su prisa por ir a abrir la puerta, cerró mal la de su tugurio. Saludó noblemente a Halpersohn, y abrió con precaución la puerta del dormitorio de su hija.

—Vanda, hija mía, ya está aquí el médico.

Y se apartó para dejar pasar a Halpersohn, quien no se quitó la pelliza. El judío no pudo ocultar su sorpresa ante el contraste que ofrecía aquella habitación, que en aquel barrio y sobre todo en aquella casa era una anomalía; pero el asombro de Halpersohn duró poco, pues había visto a menudo, entre los judíos de Alemania y Rusia, contrastes parecidos entre una excesiva miseria aparente y riquezas ocultas. Mientras iba desde la puerta a la cama de la enferma, no cesó de mirarla, y al llegar a su cabecera le preguntó en polaco:

—¿Sois polaca?

—Yo no, pero sí mi madre.

—¿Con quién se casó vuestro abuelo, el general Tarlowski?

—Con una polaca.

—¿De qué provincia?

—Una Sobolewska de Pinska.

—Bien. ¿Es vuestro padre este caballero?

—Sí, señor.

—Caballero —preguntó el médico—, vuestra señora esposa...

—Murió —respondió el señor Bernard.

—¿Era muy blanca? —dijo Halpersohn con un ligero movimiento de impaciencia, provocado por la interrupción.

—Aquí está su retrato —contestó el señor Bernard yendo a descolgar un magnífico cuadro que contenía varias miniaturas bellísimas.

Halpersohn palpaba la cabeza y mesaba los cabellos de la enferma, sin apartar la vista del retrato de la condesa Vanda Sobolewska de Tarlowski.

—Contadme los desórdenes causados por la enfermedad.

Y se instaló en la poltrona, mirando a Vanda fijamente durante los veinte minutos que duró el relato que le hicieron alternativamente padre e hija.

—¿Qué edad tiene la señora?

—Treinta y ocho años.

—¡Ah, bien! —exclamó levantándose—. Respondo de su curación. No aseguro poder devolverle el uso de sus piernas, pero en su curación podéis confiar. Para ello habrá que instalarla en una casa de salud de mi barrio.

—Pero, doctor, mi hija no puede moverse.

—Os respondo de ella —dijo sentenciosamente Halpersohn—, pero sólo en estas condiciones... ¿Sabéis que cambiará su actual enfermedad por otra espantosa, y que quizá durará un año, o tal vez seis meses?... Podréis ir a ver a la señora, puesto que sois su padre.

—¿Es seguro? —preguntó el señor Bernard.

—¡Completamente seguro! —afirmó el judío—. La señora tiene en el cuerpo un principio, un humor nacional, del que hay que librarla. Cuando vengáis, me la traeréis a la calle Basse-Saint-Pierre, en Chaillot, a la casa de salud del doctor Halpersohn.

—¿Pero cómo?

—En unas parihuelas, tal como se transportan todos los enfermos al hospital.

—El trayecto la matará.

—No.

Y Halpersohn, al pronunciar esta seca negativa, se dirigió a la puerta. Godefroid se reunió con él en la escalera. El judío, que se ahogaba de calor, le dijo al oído:

—Además de los mil escudos, son quince francos diarios; hay que pagar tres meses por adelantado.

—Bien, señor. ¿Respondéis de la curación? —preguntó Godefroid subiendo al

estribo del cabriolé en que el médico se había metido.

—Respondo de ella —repitió el polaco—. ¿Amáis a esa señora?

—No —contestó Godefroid.

—No repitáis lo que voy a confiaros, pues os lo digo para demostraros cuán seguro estoy de la curación, y si cometéis una indiscreción, mataréis a esa dama...

Godefroid le respondió con un solo ademán.

—Es víctima, desde hace diecisiete años, del principio de la plica polaca, que produce todos estos estragos. He visto ejemplos mucho más terribles de ella. Ahora bien, hoy día yo soy el único que sabe cómo se puede hacer salir la plica a fin de poder curarla, pues no todos sanan de esta enfermedad. Como veis, caballero, soy muy desinteresado. Si esta señora fuese una gran dama, una baronesa de Nucingen u otra mujer esposa o hija de esos Cresos modernos, esta cura me reportaría cien, doscientos mil francos, en una palabra, todo cuanto pidiese... Pero esto es una pequeña desgracia.

—¿Y el traslado?...

—¡Bah! Parecerá que se muere, pero no morirá... Una vez curada, tendrá vida para cien años. ¡Vamos, Jacobo!... ¡Pronto, a la calle *Monsieur*!... ¡Aprisa! —ordenó al cochero.

Y dejó a Godefroid en el bulevar, donde el joven permaneció estupefacto, viendo como se alejaba el cabriolé.

—¿Quién es ese hombre tan raro vestido con pieles de oso? —preguntó la tía Vauthier, a quien nada pasaba desapercibido—. ¿Es verdad lo que me ha dicho el cochero del cabriolé, que es el médico más famoso de París?

—¿Es que eso os importa algo, tía Vauthier?

—¡Oh, nada en absoluto! —repuso ella haciendo una mueca.

—Habéis hecho muy mal al no poneros de mi parte —dijo Godefroid volviendo a pasos lentos hacia la casa—. Hubierais ganado mucho más que con los señores Barbet y Métivier, que no os darán nada.

—¿Acaso creéis que estoy de su parte? —repuso la Vauthier encogiéndose de hombros—. El señor Barbet es el propietario de la casa, y yo la portera. Eso es todo.

XII. EL ENJUICIAMIENTO

Necesitó dos días el señor Bernard para decidir separarse de su hija y trasladarla a Chaillot. Godefroid y el antiguo magistrado hicieron el recorrido uno a cada lado de la camilla cubierta de cuti listado de blanco y azul, sobre la cual llevaron a la querida enferma, casi atada a la colchoneta, pues el padre temía sobremanera los sobresaltos de un ataque de nervios. Después de partir finalmente a las tres, la comitiva llegó a la casa de salud alrededor de las cinco, a la caída de la tarde. Godefroid pagó contra entrega de recibo los cuatrocientos cincuenta francos del trimestre exigido; después, cuando bajó para dar una propina a los dos enfermeros, el señor Bernard se reunió con él, y sacando de debajo del colchón un paquete sellado muy voluminoso, se lo entregó a Godefroid.

—Uno de estos hombres irá a buscaros un coche —le dijo el anciano—, pues no podríais llevar por mucho tiempo estos cuatro volúmenes. Aquí tenéis mi obra, entregadla a mi censor, se la confío durante toda una semana. Permaneceré al menos ocho días en este barrio, pues no quiero dejar a mi hija así abandonada. Conozco a mi nieto: podrá guardar la casa, sobre todo si vos le ayudáis; por lo demás, os lo recomiendo a vuestro cuidado. Si yo fuese aún el que antes era, os pediría el nombre de mi crítico, el de ese antiguo magistrado, pues sería raro que no le conociese...

—¡Oh! No es ningún misterio —repuso Godefroid interrumpiendo al señor Bernard—. Ya que me demostráis una confianza tan completa, puedo deciros que vuestro censor es el antiguo presidente Lecamus de Tresnes.

—¡Oh, del Tribunal real de París! ¡Tomad, lleváoslo! Es uno de los hombres más íntegros de nuestra época... Él y el difunto Popinot, que fue juez en el Tribunal de primera instancia, fueron magistrados dignos de la mejor época de los antiguos parlamentos. Esto disipa el último temor que pudiese abrigar... ¿Dónde vive? Quisiera ir a darle las gracias por la molestia que se toma.

—Lo encontraréis en la calle Chanoinesse, bajo el nombre de Nicolás... Yo voy ahora allí, precisamente. ¿Y vuestro compromiso con esos picaros?...

—Augusto os lo entregará —dijo el anciano volviendo a entrar en el patio de la casa de salud.

Llegó un coche de punto que uno de los enfermeros había encontrado en el muelle de Billy. Godefroid subió en él y estimuló al cochero con la promesa de una buena propina si llegaba a tiempo a la calle Chanoinesse, puesto que Godefroid quería cenar allí.

Media hora después de la partida de Vanda, tres hombres vestidos de negro, que la Vauthier introdujo por la calle Nôtre-Dame-des-Champs, donde esperaban sin duda el momento favorable, subieron por la escalera, acompañados de aquel Judas con faldas, y llamaron quedamente a la puerta del piso del señor Bernard. Como aquel día era precisamente un jueves, el colegial había podido quedarse a vigilar la casa. Abrió y los tres hombres se deslizaron como sombras en la primera habitación.

—¿Qué deseáis, caballeros? —preguntó el joven.

—¿Es ésta la casa del señor Bernard... es decir, del señor barón?...

—Pero ¿qué deseáis?

—¡Ah! Lo sabéis muy bien, joven. Nos han dicho que vuestro abuelo acaba de partir con una camilla tapada...

¡Esto no nos sorprende! Está en su derecho. Yo soy un funcionario del juzgado y vengo a realizar un embargo... Tenéis que pagar el lunes tres mil francos de principal, más las costas y gastos, al señor Métivier, so pena de hacerlo por apremio y según denuncia, y, como un antiguo vendedor de cebollas entiende en cebolletas, el deudor ha tomado las de Villadiego para no tener que ir a Clichy. Pero aunque no le podamos echar el guante, nos quedaremos con su rico mobiliario, pues lo sabemos todo, joven, y vamos a levantar un acta...

—Aquí tenéis unos papeles sellados que vuestro abuelo nunca quiso aceptar —dijo entonces la Vauthier, metiendo en la mano de Augusto tres notificaciones.

—Quedaos, señora, vamos a nombraros guardiana judicial. La ley os concede cuarenta sueldo diarios, suma nada despreciable.

—¡Oh! ¡Al fin podré ver lo que hay en esa hermosa habitación! —exclamó La Vauthier.

—¡Vos no entraréis en la habitación de mi madre! —exclamó el joven con voz formidable, interponiéndose entre la puerta y los tres hombres vestidos de negro.

Obedeciendo a una seña del alguacil, los dos esbirros y el escribiente recién llegados sujetaron a Augusto.

—¡Nada de rebeldías, jovencito! Aquí no sois el amo; os denunciaríamos e iríais a dormir a la Prefectura...

Al oír este nombre temible, Augusto se deshizo en llanto.

—¡Ah, qué suerte que mamá se haya ido! —exclamó—. ¡Esto la habría matado!

Los funcionarios judiciales y la Vauthier celebraban una especie de conciliábulo. Augusto comprendió, aunque hablasen en voz baja, que ante todo pretendían apoderarse de los manuscritos de su abuelo. Entonces abrió la puerta del dormitorio.

—Entrad, señores, y no estropeéis nada —dijo—. Os pagaremos mañana por la mañana.

Después se fue llorando al cuchitril, donde, tomando las notas de su abuelo, las metió en la estufa, que entonces estaba apagada.

Realizó esta acción con tal rapidez, que el alguacil, mozo astuto y ladino, digno de sus clientes Barbet y Métivier, encontró al joven llorando a lágrima viva sentado en su silla, cuando se precipitó al interior del cuchitril, después de comprobar que los manuscritos no se encontraban en la antecámara. Aunque no se pueden embargar los libros ni los manuscritos, el pacto de retroventa suscrito por el antiguo magistrado hubiera justificado esta manera de proceder. Pero era fácil oponer una acción dilatoria a aquel embargo, cosa que el señor Bernard no habría dejado de hacer. De ahí la necesidad de obrar con disimulo. La viuda Vauthier había servido asimismo

maravillosamente a su propietario no entregando las notificaciones judiciales a los inquilinos; pensaba tirarlas al piso al entrar en él en seguimiento de los esbirros de la justicia o decir al señor Bernard, si fuere necesario, que creía que aquellas notificaciones eran para los dos autores, quienes llevaban dos días ausentes.

El acta de embargo requirió aproximadamente una hora, pues el alguacil no omitió nada y consideró que el valor de los objetos embargados bastaba para saldar la deuda. Una vez se hubo marchado el alguacil, el pobre joven tomó las notificaciones y corrió en busca de su abuelo a la casa de salud, pues el oficial le dijo que hacía responsable a la Vauthier de los objetos embargados, bajo penas graves. Así, pues, pudo abandonar la casa sin nada que temer.

La idea de ver a su abuelo encarcelado por deudas enloqueció al pobre muchacho, infundiéndole esa locura propia de los jóvenes, que provoca una exaltación peligrosa y funesta, en la que todas las potencias de la juventud fermentan a la vez y pueden hacer cometer malas acciones o actos heroicos. Llegado a la calle Basse-Saint-Pierre, el conserje dijo al pobre Augusto que no sabía dónde se encontraba el padre de la enferma que llevaron a la cuatro y media, pero que, por orden del señor Halpersohn, antes de ocho días, nadie podía verla, ni siquiera su padre, so pena de poner su vida en peligro.

Esta respuesta hizo subir de punto la exasperación de Augusto, que regresó al bulevar Montparnasse caminando desesperado y concibiendo las ideas más disparatadas. Llegó a su casa alrededor de las ocho y media de la noche, casi en ayunas y tan agotado por el hambre y el dolor, que no desoyó a la Vauthier cuando ésta le propuso que participase en su cena, consistente en un guisado de cordero con patatas. El pobre niño se dejó caer medio muerto en una silla de la vivienda de aquella arpía. Alentado por las zalamerías y las palabras melosas de aquella vieja, respondió a algunas hábiles preguntas suyas sobre Godefroid, y le dio a entender que era el inquilino quien al día siguiente pagaría las deudas de su abuelo, pues a él se debían los cambios favorables acaecidos en su situación desde hacía una semana. La viuda escuchaba discurrir a Augusto con expresión dubitativa, mientras le obligaba a beber un vaso de vino tras otro.

Alrededor de las diez, se oyó el ruido de un coche al detenerse ante la casa y la viuda exclamó:

—¡Oh, es el señor Godefroid!

Augusto tomó al instante la llave del piso y subió para ver al protector de su familia, pero encontró la expresión de Godefroid tan cambiada, que no se atrevió a hablarle, cuando el peligro que corría su padre decidió finalmente al generoso muchacho. Veamos lo que había sucedido en la calle Chanoinesse y cuál era la causa de la severidad que mostraba el semblante de Godefroid.

XIII. QUIÉN ERA EL SEÑOR BERNARD

El neófito llegó a tiempo de encontrar a la señora de La Chanterie y a sus fieles en el salón. Tomó aparte a Nicolás para entregarle los cuatro tomos del *Espíritu de las leyes modernas*, que éste llevó inmediatamente a su habitación, bajando en seguida para cenar; luego, después de conversar durante la primera parte de la velada, volvió a subir con intención de comenzar la lectura de aquella obra.

Godefroid se quedó muy sorprendido cuando, pocos instantes después de la desaparición de Nicolás, vino Manon para rogarle, de parte del antiguo presidente, que fuera a hablar con él. Subió a las habitaciones de Nicolás, acompañado por Manon, y no pudo prestar atención alguna al interior de aquel alojamiento, hasta tal punto le impresionó la expresión trastornada de aquel hombre tan plácido y firme.

—¿Sabíais el nombre del autor de esta obra? —le preguntó Nicolás, que volvía a ser el presidente de un tribunal.

—Señor Bernard —respondió Godefroid—. Sólo le conozco por este nombre. No he abierto el paquete...

—¡Ah, es verdad! —dijo Nicolás—. Yo mismo he roto los sellos. ¿Habéis tratado de averiguar sus antecedentes? —prosiguió.

—No. Sabía que se casó por amor con la hija del general Tarlowski; que su hija se llama Vanda, como la madre, el nieto Augusto y el retrato que he podido ver del señor Bernard representa, según creo, al presidente de un tribunal real con la toga escarlata.

—¡Tomad, leed! —dijo Nicolás mostrando el título de la obra escrito en caracteres debidos a la caligrafía, de Augusto, y dispuesto así:

ESPÍRITU
DE LAS LEYES MODERNAS
por Bernardo-Juan-Bautista-Maclod
BARÓN DE BOURLAC
*antiguo fiscal general adjunto del Tribunal Real de Ruen,
gran oficial de la Legión de Honor*

—¡Ah, el verdugo de la señora, de su hija y del caballero del Vissard! —dijo Godefroid con voz ahogada.

Al notar que sus piernas se doblaban, el neófito se dejó caer en un sillón.

—¡Bonito comienzo! —murmuró.

—Esto, mi querido Godefroid —repuso Nicolás—, es un asunto que nos concierne a todos: vos ya habéis hecho vuestra parte, el resto es cuenta nuestra. Os suplico que no intervengáis a partir de ahora. Id a buscar todo cuanto podáis haber dejado allí. ¡Ni una palabra! ¡Discreción absoluta! Decid al barón de Boursac que se

dirija a mí. Para entonces, ya habremos decidido cómo nos conviene actuar en estas circunstancias.

Godefroid salió, tomó un coche y se trasladó rápidamente al bulevar Montparnasse, lleno de horror al acordarse del informe que presentó el fiscal ante el tribunal de Caen, del drama sangriento que acabó en el patíbulo, y de la estancia de la señora de La Chanterie en el penal de Bicêtre. Comprendió el abandono en que acababa sus días aquel antiguo fiscal general, que casi podía compararse a Fouquier-Tinville, y los motivos de su incógnito, tan cuidadosamente mantenido.

—¡Ojalá Nicolás pueda vengar terriblemente a la pobre señora de La Chanterie!

Había acabado de formular este deseo tan poco católico, cuando vio a Augusto.

—¿Qué deseáis de mí? —preguntó Godefroid.

—¡Mi buen señor, acaba de sucedernos una desgracia que me vuelve loco! Han venido unos malvados para embargarlo todo en la habitación de mi madre, y buscan a mi abuelo para meterle en la cárcel. Pero no vengo a imploroos a causa de estas desgracias —dijo el muchacho, con una altivez romana—, sino para rogaros que me hagáis un favor que se hace a los condenados a muerte.

—Hablad —repuso Godefroid.

—Han venido para apoderarse de los manuscritos de mi abuelo, y como creo que él os ha entregado la obra, vengo a pedirlos que os quedéis también con las notas, pues la portera no me dejará sacar nada de aquí... Unidlas a los volúmenes y...

—Bien, bien —respondió Godefroid— id a buscarlas en seguida.

Mientras el joven entraba en su casa para salir al punto de ella, Godefroid pensaba que aquel muchacho no era culpable de ningún crimen, y que no había que desesperarle hablándole de su abuelo, del abandono que castigaba aquella triste vejez de los furores de la vida política, y tomó el envoltorio de buen grado.

—¿Cómo se llama vuestra madre? —preguntó.

—Mi madre, señor, es la baronesa de Mergi; mi padre es hijo del primer presidente del Tribunal real de Ruán.

—¡Ah! —exclamó Godefroid—. Vuestro abuelo casó su hija con el hijo del famoso presidente Mergi.

—Sí, señor.

—Ahora dejadme, amiguito —añadió Godefroid.

Acompañó al joven barón de Mergi hasta el rellano, y llamó a la portera.

—Tía Vauthier —le dijo—, podéis disponer del alojamiento, ya no volveré nunca por aquí.

Y descendió para subir de nuevo al coche.

—¿Habéis entregado algo a ese caballero? —preguntó la Vauthier a Augusto.

—Sí —contestó el joven.

—¡Estáis arreglado! ¡Es un agente de vuestros enemigos! Él lo ha tramado todo, podéis estar seguro. Lo que demuestra que la jugada ya está hecha es que no piensa volver por aquí... Me ha dicho que podía disponer de su alojamiento.

Augusto se precipitó al bulevar, corrió en pos del coche de alquiler y acabó por hacer que se detuviese, tan fuertes eran sus gritos.

—¿Qué deseáis? —preguntó Godefroid.

—Los manuscritos de mi abuelo...

—Decidle que los reclame a Nicolás.

El joven tomó esta respuesta por la broma atroz de un ladrón que ha perdido toda vergüenza y se sentó en la nieve, viendo como el coche reanudaba su carrera al trote. Se levantó en un arrebató de salvaje energía y fue a acostarse, agotado por sus veloces carreras y con el corazón destrozado.

XIV. UN PRÉSTAMO FORZADO

A la mañana siguiente, Augusto de Mergi se despertó solo en aquel alojamiento, habitado la víspera por su madre y su abuelo, y se sintió presa de las dolorosas emociones de su situación, de la que vio que no podía escaparse.

La profunda soledad que reinaba en aquel piso antes tan lleno, en el que a cada momento había algo que hacer, una ocupación determinada, le resultó tan dolorosa que bajó a preguntar a la tía Vauthier si había venido su abuelo durante la noche o de madrugada, pues se había despertado muy tarde y suponía que, en el caso de que el barón Bourlac hubiese vuelto la portera le hubiera notificado las diligencias judiciales.

La Vauthier respondió con una risa burlona que él ya sabía muy bien donde estaba su abuelo, y que si aquella madrugada no había vuelto, eso quería decir que se encontraba en el castillo de Clichy.

Aquel sarcasmo en boca de una mujer que la víspera le había engatusado tan a la perfección, devolvió todo su frenesí al pobre joven, y corrió a la casa de salud de la calle Basse-Saint-Pierre, preso de desesperación al suponer a su abuelo en la cárcel.

El barón Bourlac vagó toda la noche alrededor de la casa de salud, cuya entrada le estaba vedada, y en torno a la casa del doctor Halpersohn, a quien, naturalmente, quería pedir cuentas de semejante conducta. El doctor no había vuelto a su casa hasta las dos de la madrugada. El anciano, que se presentó a la una y media a la puerta del médico, volvió a pasear por la gran avenida de los Campos Elíseos; cuando regresó, a las dos y media, el portero le dijo que el señor Halpersohn había vuelto, se había acostado, ya estaba dormido y él no podía despertarle.

Al encontrarse a los dos y media de la madrugada en aquel barrio, el pobre padre, desesperado, erró por el muelle bajo los árboles cargados de escarcha de las avenidas del Cours-la-Reine, y esperó la llegada del día. A las nueve de la mañana, se presentó en casa del médico y le preguntó por qué tenía a su hija recluida de aquel modo.

—Caballero —le contestó el doctor—, ayer os respondí de la curación de vuestra hija; pero en estos momentos respondo de su vida y vos comprenderéis que debo tener poderes absolutos en este caso. Sabed que vuestra hija tomó ayer un remedio que le dará la plica, y que mientras esta horrible enfermedad no haya salido, no será visible. No quiero que una emoción viva o un error de régimen me arrebaten a mi enferma y os quiten a vuestra hija; si insistís en verla, pediré una consulta de tres médicos para poner a salvo mi responsabilidad, pues la enferma podría morir.

El viejo, medio muerto de fatiga, cayó en una silla, pero no tardó en levantarse diciendo:

—Perdonadme, señor. He pasado la noche esperando poder visitaros en medio de horribles angustias, pues no sabéis hasta qué punto quiero a mi hija, a la que mantengo desde hace quince años entre la vida y la muerte. Estos ocho días de espera serán para mí un suplicio.

El barón salió del gabinete de Halpersohn tambaleándose como un beodo.

Aproximadamente una hora después de la salida del anciano, a quien el médico judío acompañó sosteniéndole por el brazo hasta la barandilla de la escalera, entró en la casa Augusto de Mergi.

Interrogando a la portera de la casa de salud, el pobre joven supo que el padre de la señora ingresada la víspera había vuelto por la noche, que había preguntado por ella y dijo que iría aquella mañana a ver al doctor Halpersohn, el cual sin duda le daría noticias suyas.

En el momento en que Augusto de Mergi se presentó en el gabinete de Halpersohn, el galeno desayunaba con una taza de chocolate acompañada de un vaso de agua, todo ello servido en un pequeño velador no se molestó en saludar al joven y continuó mojando el pan en el chocolate, pues no comía más que una barrita larga y delgada cortada en cuatro con una precisión que demostraba cierta habilidad de operador. Halpersohn, en efecto, había practicado la cirugía en sus viajes.

—Bien, joven —dijo viendo entrar al hijo de Vanda—, supongo que también venís a pedirme cuentas del estado de vuestra madre...

—Sí, señor —contestó Augusto de Mergi.

Augusto se acercó a la mesa, en la que vio brillar numerosos billetes de banco sobre montones de monedas de oro. En las circunstancias en que se encontraba el desgraciado muchacho, la tentación fue más fuerte que sus principios, por sólidos que éstos pudieran ser. Vio el medio de salvar a su abuelo y el fruto de veinte años de trabajo amenazado por unos ávidos especuladores. Y sucumbió.

Esta fascinación fue rápida como el pensamiento y estuvo justificada por un propósito abnegado, que brilló ante el muchacho, quien se dijo:

«¡Me pierdo, pero salvo a mi madre y a mi abuelo!...».

En aquella lucha a brazo partido de su razón con el delito, adquirió, como los locos, una habilidad singular y pasajera, pues en vez de dar noticias de su abuelo, abundó en el parecer del médico. Halpersohn, como todos los grandes observadores, había adivinado retrospectivamente la vida del anciano, de aquel muchacho y de su madre. Presintió o entrevió la verdad, que los discursos de la baronesa de Mergi le revelaron, y de ello resultó que mirase con cierta benevolencia a sus nuevos clientes, ya que era incapaz de sentir respeto o admiración.

—¡Bien, mi querido muchacho! —respondió familiarmente al joven barón—. Yo cuido de vuestra madre y os la devolveré joven, bella y saludable. Tiene una de esas raras enfermedades que despiertan el interés de los médicos; además, por ser su madre compatriota mía. Vos y vuestro abuelo debéis tener el valor de estar quince días sin ver a la señora...

—La baronesa Mergi...

—Si ella es baronesa, vous sois barón, ¿no es cierto? —dijo Halpersohn.

En aquel momento se realizó el robo. Mientras el médico contemplaba el pan empapado de chocolate, Augusto se apoderó de cuatro billetes doblados y los metió

en el bolsillo del pantalón, haciendo ver que metía la mano en él para aparentar serenidad.

—Sí, señor, soy barón. Mi abuelo también es barón; fue fiscal general durante la Restauración.

—Os ruborizáis, joven. No hay que ruborizarse por ser pobre y barón, es algo muy corriente.

—¿Quién os ha dicho, señor, que somos pobres?

—Vuestro abuelo me dijo que ha pasado la noche en los Campos Elíseos, y, aunque yo no conozco palacios que tengan una bóveda tan hermosa como la que brillaba a las dos de la madrugada, os aseguro que hacía frío en el palacio por donde paseaba vuestro abuelo. Nadie elige por gusto el hotel del Aire Libre...

—¿Mi abuelo acaba de salir de aquí? —dijo Augusto, aprovechando esta ocasión para retirarse—. Os doy las gracias, señor. Vendré, si me lo permitís, a saber noticias de mi madre.

Ya en la calle, el joven barón fue al juzgado, tomando un cabriolé para ganar tiempo, y pagó la deuda de su abuelo. El oficial le entregó los documentos y la nota de los gastos saldados, diciendo luego al joven que fuese con uno de sus escribanos, para relevar al guardián judicial de sus funciones.

—Tanto más teniendo en cuenta que los señores Barbet y Métivier viven en vuestro barrio —añadió—. Mi escribano irá a llevar los fondos y a decirles que os devuelvan el pacto de retroventa...

Augusto, que no comprendía nada de aquel lenguaje y aquellas formalidades, aceptó con sumisión. Recibió setecientos francos en metálico, cambio de los cuatro mil entregados, y salió acompañado del escribano. Subió al coche sumido en un estado de anonadamiento indecible, pues, una vez obtenido el resultado, empezaron los remordimientos y se vio deshonorado y maldecido por su abuelo, cuya inflexibilidad le era de sobra conocida, y pensó que su madre moriría de dolor cuando supiese que era culpable. Toda la naturaleza cambiaba de aspecto para él. Tenía calor, ya no veía la nieve, las casas le parecían espectros.

Cuando llegó a su casa, el joven barón adoptó una resolución, que ciertamente era la propia de un joven honrado. Fue a la habitación de su madre en busca de la tabaquera de brillantes que el emperador regaló a su abuelo, para enviarla con los setecientos francos al doctor Halpersohn, junto con la carta siguiente, que requirió varios borradores:

Señor:

El fruto de un trabajo de veinte años, hecho por mi abuelo, iba a ser devorado por unos usureros, que amenazan su libertad. Bastaban tres mil trescientos francos para salvarle y, al ver tanto oro encima de vuestra mesa, no pude resistir la tentación de dar la libertad a mi abuelo, pagándole así el salario de sus noches en vela. Os he tomado sin vuestro consentimiento cuatro mil francos, pero como únicamente eran

necesarios tres mil trescientos, os envió los setecientos francos restantes, a los que adjunto una tabaquera de brillantes, regalada por el emperador a mi abuelo, y cuyo valor puede responder por esa suma.

En el caso de que no creyeseis en el honor de aquél que durante toda su vida verá en vos a un bienhechor, si os dignáis guardar silencio sobre una acción injustificable en cualquier otra circunstancia, salvaréis a mi abuelo además de salvar a mi madre, y toda mi vida seré vuestro fiel esclavo.

AUGUSTO DE MERGI.

XV. LOS DIAMANTES DE LA TABAQUERA

Alrededor de las dos y media, Augusto, que fue hasta los Campos Elíseos, hizo entregar por un recadero, a la puerta del doctor Halpersohn, una caja sellada que contenía diez luises, un billete de quinientos francos y la tabaquera. Después regresó lentamente a pie a su casa, por el puente de Jena, los Inválidos y los bulevares, contando con la generosidad del doctor Halpersohn. El médico, que se dio cuenta del robo, cambió al punto de opinión sobre sus clientes. Pensó que el viejo había ido para robarle y que, al no conseguirlo, envió a aquel mozalbete. Puso en tela de juicio los títulos que se le atribuían y se fue en derechura a la oficina del fiscal del rey a presentar su denuncia, ordenando que iniciasen inmediatamente la acción judicial.

La prudencia con que procede la justicia raramente permite ir tan deprisa como desean las partes querellantes, pero alrededor de las tres, un comisario de policía, acompañado por varios agentes que paseaban como unos desocupados por los bulevares, interrogó a la tía Vauthier acerca de los inquilinos, y la viuda aumentó, sin saberlo, las sospechas del comisario.

Nepomuceno, que olfateó a los agentes de policía, creyó que iban a detener al viejo, y, como quería al joven Augusto, corrió en busca del señor Bernard. Al verle en la avenida del Observatorio, le gritó:

—¡Huid, señor! Vienen a deteneros. Los alguaciles ya estuvieron ayer en vuestra casa, para embargarlo todo. La tía Vauthier, que no ha querido entregaros las notificaciones, decía que esta noche o mañana dormiréis en Clichy. Mirad, ¿veis a esos polizontes?

Le bastó una mirada al antiguo fiscal para reconocer a los agentes de policía, comprendiéndolo todo.

—¿Y Godefroid?

—Se fue para no volver. La tía Vauthier dice que era un confidente de vuestros enemigos...

El barón Bouriac decidió ir inmediatamente a casa de Barbet, en donde se presentó al cabo de un cuarto de hora, pues el antiguo librero vivía en la calle Sainte-Catherine-d'Enfer.

—¡Ah! ¿Venís a buscar vuestro pacto de retroventa? —dijo el antiguo librero después de responder al saludo de su víctima—. Aquí lo tenéis.

Y con gran sorpresa por parte del barón Bouriac, le tendió el documento, que el ex fiscal tomó, diciendo:

—No comprendo...

—¿No sois vos quien me ha pagado? —replicó el librero.

—¿Os han pagado?

—Vuestro nieto ha depositado la cantidad en el juzgado esta misma mañana.

—¿Es cierto que ayer me hicisteis embargar?...

—¿Queréis decir que habéis estado dos días ausente de vuestra casa? —preguntó

Barbet—. Pero supongo que todo un fiscal de la Audiencia como vos sabe muy bien lo que es una denuncia por falta de pago...

Al oír estas palabras, el barón se despidió fríamente de Barbet y se dirigió a su casa, pensando que los agentes de la justicia sin duda estaban allí por los autores, escondidos en el segundo piso. Caminaba despacio, sumido en vagas aprensiones, ya que, a medida que pasaba el tiempo, las palabras de Nepomuceno le parecían cada vez más oscuras e inexplicables. ¡Era muy posible que Godefroid le hubiese traicionado! Tomó maquinalmente por la calle Nôtre-Dame-des-Champs y entró por la puerta pequeña, que encontró abierta por casualidad, tropezando con Nepomuceno.

—¡Ah! ¡Señor, daos prisa! ¡Se llevan detenido a Augusto! Le han detenido en el bulevar; es a él a quien buscaban, le han interrogado...

El viejo saltó como un tigre, salió del pasadizo y corrió al bulevar, atravesando la casa y el jardín como una flecha, y pudo llegar a tiempo de ver a su nieto subiendo en un coche entre tres hombres.

—Augusto —le dijo—, ¿qué significa esto?

El joven, deshecho en llanto, se desvaneció.

—Caballero, soy el barón Bouriac, antiguo fiscal de la Audiencia —dijo al comisario de policía, cuya banda le llamó la atención—. Por favor, explicadme qué pasa...

—Señor, si en efecto sois el barón Bouriac, lo comprenderéis todo en dos palabras: acabo de interrogar a este joven y por desgracia ha confesado...

—¿Qué?

—Haber robado cuatro mil francos en casa del doctor Halpersohn.

—¿Es posible? ¡Augusto!

—Abuelo, le he enviado en prenda vuestra tabaquera de diamantes... y quería salvaros de la infamia que representaría ir a la cárcel.

—¡Ah, desdichado, qué has hecho! —exclamó el barón—. Los diamantes son falsos, pues vendí los auténticos hace tres años.

El comisario de policía y el escribano cambiaron una mirada significativa. Aquella mirada, vista por el barón Bouriac y que decía tantas cosas, le fulminó.

XVI. SILENCIO COMPLETO

—Señor comisario —prosiguió el antiguo fiscal de la Corona—, estad tranquilo, iré a ver al señor fiscal del rey, pero podéis atestiguar el error en que he mantenido a mi nieto y a mi hija. Cumplid con vuestro deber, pero, en nombre de la humanidad, poned a mi nieto en una celda de pago... Yo pasaré personalmente por la cárcel... ¿Adónde lo lleváis?

—¿Sois el barón de Bourlac? —dijo el comisario de policía.

—¡Oh, señor!

—Es que el señor fiscal del rey, el juez de instrucción y yo, dudábamos de que personas como vos y vuestro nieto pudieran ser culpables, y, como el doctor, creímos que unos bribones habían suplantado vuestros nombres.

Se llevó al barón Bourlac aparte y le preguntó:

—¿Habéis estado esta mañana en casa del doctor Halpersohn?...

—Sí, señor.

—¿Se presentó allí vuestro nieto media hora más tarde?

—Lo ignoro, señor. Yo volvía a casa y no he visto a mi nieto desde ayer.

—Las notificaciones que nos ha mostrado y el expediente me lo han explicado todo —prosiguió el comisario de policía—. Sé cuál es la causa del delito. Caballero, debería deteneros como cómplice de vuestro nieto, pues vuestras respuestas confirman los hechos alegados en la denuncia, pero los actos que os han sido notificados y que os devuelvo —dijo tendiéndole unos papeles sellados que tenía en la mano—, demuestran sin lugar a dudas que sois el barón Bourlac. Sin embargo, debéis estar dispuesto a comparecer ante el señor Malest, juez de instrucción encargado de este caso. Ante vuestra antigüedad en la magistratura, creo que debo prescindir de los rigores ordinarios. En cuanto al detenido, hablaré ahora mismo con el señor fiscal del rey, y tendremos las mayores consideraciones posibles con el nieto de un antiguo primer presidente, víctima de un extravío juvenil. Pero existe una querrela, el delincuente ha confesado, yo he cursado la denuncia y se ha dictado auto de prisión; nada puedo hacer. En cuanto al encarcelamiento, depositaremos a vuestro nieto en la Conserjería.

—Gracias, señor —contestó el desgraciado Bourlac.

Cayó sobre la nieve y rodó hasta una de las hondonadas que entonces separaban los árboles del bulevar.

El comisario de policía pidió ayuda y vino corriendo Nepomuceno con la tía Vauthier. Subieron al anciano a su casa y la Vauthier pidió al comisario que avisara al doctor Berton al pasar por la calle d'Enfer, diciéndole que acudiese cuanto antes.

—¿Qué tiene mi abuelo? —preguntó el pobre Augusto.

—¡Está loco, caballere!... ¡Esto es lo que pasa por robar...!

Augusto hizo un movimiento para partirse la cabeza, pero los dos agentes le contuvieron.

—¡Vamos, joven, calmaos! —le dijo el comisario—. ¡Habéis cometido errores, pero no son irreparables!...

—¡Señor, decid a esa mujer que posiblemente mi abuelo está en ayunas desde hace veinticuatro horas!...

—¡Oh! ¡Pobre gente! —musitó el comisario.

Hizo detener el coche, que ya se había puesto en marcha, dijo unas palabras al oído de su secretario, el cual corrió a hablar a la Vauthier para volver al instante.

El doctor Berton consideró que la enfermedad del señor Bernard, al que conocía por este nombre, era una fiebre cálida de una gran intensidad, pero como la viuda Vauthier le explicó los sucesos que motivaban aquel estado, de la manera que cuentan las cosas las porteras, creyó necesario informar de todo ello a Alain, comunicándoselo a la mañana siguiente en Saint-Jacques du Haut-Pas. Éste envió a Nicolás una nota escrita a lápiz, dirigida a la calle Chanoinesse.

Godefroid había entregado el día anterior las notas de la obra a Nicolás, quien pasó casi toda la noche leyendo el primer volumen de la obra del barón Bourlac.

Al día siguiente por la mañana, la señora de La Chanterie dijo al neófito que si su resolución seguía en pie, pondría inmediatamente manos a la obra. Godefroid, iniciado por ella en los secretos financieros de la sociedad, trabajó siete u ocho horas diarias durante varios meses, bajo la inspección de Federico Mongenod, que venía todos los domingos para ver cómo iba el trabajo, sobre el que prodigó sus elogios.

—Sois una preciosa adquisición para los santos con quienes convivís —le dijo cuando todas las cuentas estuvieron al día y claramente establecidas—. Ahora os bastarán dos o tres horas diarias para poner al corriente esta contabilidad, y el resto del tiempo podréis ayudarles, si tenéis aún la vocación que manifestabais hace seis meses.

Corría entonces el mes de julio de 1838. Durante todo el tiempo que transcurrió desde la aventura del bulevar Montparnasse, Godefroid, deseoso de mostrarse digno de sus amigos, no hizo ni una sola pregunta relativa al barón Bourlac, pues al no oírlo mencionar, ni encontrar nada en las escrituras que concerniese a aquel asunto, consideró el silencio guardado sobre la familia de los dos verdugos de la señora de La Chanterie como una prueba a la que le sometían, o como demostración de que los amigos de aquella mujer sublime la habían vengado.

En efecto, dos meses después, paseando, llegó hasta el bulevar Montparnasse, se hizo el contradizo con la viuda Vauthier y le pidió noticias sobre la familia Bernard.

—¡Quién sabe, mi querido señor, adonde ha ido a parar esa gente!... Dos días después de vuestra expedición, pues fuisteis vos, hombre taimado, quien dio el soplo a mi propietario, vinieron a libramos de ese viejo fanfarrón. ¡Bah! ¡Han trasladado los muebles en veinticuatro horas, y adiós muy buenas! Nadie quiso decirme ni una palabra. Creo que partió hacia Argel con el bandido de su nieto, pues Nepomuceno, que tenía debilidad por ese ladrón, y que no vale mucho más que él, no lo encontró en

la Conserjería, y únicamente él sabe donde están, ya que el muy canalla me dejó plantada... ¡Criad niños expósitos!... Veréis cómo os recompensarán, metiéndoos en apuros. Aún no he podido sustituirle, y como en el barrio se gana bastante, la casa está toda alquilada y yo me reviento trabajando.

Godefroid nunca habría sabido nada sobre el barón Bourlac, sin el desenlace que tuvo aquella aventura, a consecuencia de uno de esos encuentros que suceden en París.

XVII. LA VENGANZA

En el mes de septiembre, Godefroid descendía por la gran avenida de los Campos Elíseos, y al pasar por la calle Marbeuf pensó en el doctor Halpersohn.

—Tendría que ir a verle —se dijo—, para saber si ha curado a la hija de Bourlac... ¡Qué voz, qué talento tenía!... ¡Ella quería consagrarse a Dios!

Al llegar a la glorieta, Godefroid la atravesó con celeridad a causa de los coches que descendían con rapidez, y tropezó en el pasadizo con un joven que daba el brazo a una señora.

—¡Tened cuidado! —exclamó el joven—. ¿Estáis ciego?

—¡Oh! ¿Sois vos? —respondió Godefroid, reconociendo a Augusto de Mergi en aquel joven.

Augusto vestía tan atildadamente y con tal coquetería, se le veía tan orgulloso dar el brazo a aquella mujer que, sin los recuerdos que brotaron en su mente, no lo hubiera reconocido.

—¡Vaya! Es nuestro querido Godefroid —dijo la dama.

Al oír las notas celestiales de la voz encantadora de Vanda, que andaba por su propio pie, Godefroid quedó petrificado.

—¡Estáis curada! —exclamó.

—El médico me permite caminar desde hace diez días —respondió ella.

—¿Halpersohn?...

—Sí —contestó Vanda—. Decidme, ¿por qué no habéis venido a vemos? —prosiguió—. ¡Oh, hicisteis bien! ¡Apenas hace ocho días que me cortaron los cabellos! Los que veis no son más que una peluca, pero el doctor me ha prometido que volverían a crecerme... ¡Cuántas cosas tenemos que contamos!... Venid a cenar con nosotros... ¡Oh, vuestro acordeón!... ¡Oh, señor!...

Y se llevó el pañuelo a los ojos.

—¡Lo conservaré toda la vida! ¡Será una reliquia para mi hijo! Mi padre os buscó por todo París; al propio tiempo, busca a sus desconocidos bienhechores; morirá de pena si no le ayudáis a encontrarlos... Le corre una negra melancolía que yo no puedo vencer todos los días.

Tan seducido por la voz de aquella deliciosa mujer salvada de la tumba, como por la voz de una fascinante curiosidad, Godefroid tomó el brazo que le ofrecía la baronesa de Mergi, quien dejó que su hijo se adelantase, después de encargarle algo con un movimiento de cabeza, que el joven entendió.

—No os llevo muy lejos; vivimos en la calle d'Antin, *en* una linda mansión de estilo inglés, que ocupamos totalmente; cada uno de nosotros tiene un piso entero. ¡Oh, estamos muy bien! ¡Mi padre cree que vos tenéis mucho que ver en las felicidades que nos abrumen!...

—¡Yo!...

—¿No sabéis que han creado para él, a consecuencia de un informe del ministro

de Instrucción Pública, una cátedra de legislación comparada en la Sorbona? Empezará su primer curso en el mes de noviembre próximo. La gran obra en que trabajaba aparecerá dentro de un mes, pues la casa Cavalier la publica repartiéndose los beneficios con mi padre, y le ha entregado ya treinta mil francos a cuenta como anticipo sobre su parte, lo que ha permitido a mi padre comprar la casa que ocupamos. El Ministerio de Justicia me ha concedido una pensión de mil doscientos francos, a título de ayuda anual a la hija de un antiguo magistrado; mi padre tiene su pensión de mil escudos, y cinco mil francos como profesor. Somos tan ahorrativos, que pronto seremos casi ricos. Mi Augusto empezará a estudiar Derecho dentro de dos meses, pero está empleado en la oficina del fiscal general, y gana mil doscientos francos... ¡Ah, señor, no habléis del desdichado asunto de mi Augusto! Yo le bendigo todas las mañanas por esa acción, que su abuelo aún no le ha perdonado; su madre le bendice, Halpersohn le adora, y el antiguo fiscal de la Audiencia es implacable.

—¿A qué os referís? —dijo Godefroid.

—¡Ah! ¡Cómo reconozco en esto vuestra generosidad! —exclamo Vanda—. ¡Qué corazón tan noble tenéis!... ¡Vuestra madre debe estar orgullosa de vos!...

Se detuvo, como si hubiera sentido una punzada de dolor en el corazón.

—Os juro que no sé nada del asunto de que me habláis —dijo Godefroid.

—¡Oh, no estáis enterado!

Y contó con ingenuidad y sin regatear la admiración por su hijo, el episodio de Augusto y el dinero robado al médico.

—Si no podemos hablar de esto en presencia del señor barón Bourlac —observó Godefroid—, contadme qué pasó con vuestro hijo.

—Creo haberos dicho ya —respondió Vanda—, que está empleado con el fiscal general, que le demuestra la mayor benevolencia. No pasó más de cuarenta y ocho horas en la Conserjería, donde le instalaron en las habitaciones del director. El buen doctor, que no encontró la bella y sublime carta de Augusto hasta la noche, retiró su denuncia, y, por mediación de un antiguo presidente del Tribunal real que mi padre conoce, el fiscal hizo sobreseer el proceso incoado por el comisario de policía y anuló el auto de detención. En una palabra, no quedan rastros de este asunto salvo en mi corazón, en la conciencia de mi hijo y en la cabeza de su abuelo, que desde ese día trata de vos a Augusto, como si fuese un extraño. Ayer mismo, sin ir más lejos, Halpersohn intercedía aún por él, pero mi padre, que no quiere escucharme ni a mí, a quien tanto quiere, le respondió: «Vos sois el robado, que puede y debe perdonar, pero yo soy responsable del ladrón... y cuando era fiscal, no perdonaba jamás...». «¡Queréis matar a vuestra hija!», dijo Halpersohn, al que yo escuchaba. Mi padre dio la callada por respuesta.

—Pero, decidme, ¿quién os ayudó?

—Un caballero al que creíamos encargado de distribuir los donativos de la reina.

—¿Cómo es? —preguntó Godefroid.

—Es un hombre solemne y seco, triste, al estilo de mi padre... Él fue quien le

trasladó a la casa en que vivimos, cuando sufría aquellas fiebres. Figuraos que, cuando mi padre estuvo restablecido, me sacaron de la casa de salud para instalarme aquí, donde volví a encontrarme en mi habitación, como si nunca la hubiese abandonado. Halpersohn, a quien ese misterioso caballero ha conquistado, no sé como, me contó entonces todos los sufrimientos que había soportado mi padre. ¡Los diamantes de su tabaquera vendidos! ¡Mi hijo y mi padre sin nada que llevarse a la boca, y fingiendo ser ricos en mi presencia!... ¡Oh, señor Godefroid!... Estos dos seres son unos mártires... ¿Qué puedo decir a mi padre?... Tanto a mi hijo como a él tengo que pagarles en la misma moneda, sufriendo por ellos y como ellos.

—Y ese caballero alto que decís, ¿no tiene un porte algo militar?...

—¡Ah, vos le conocéis! —gritó Vanda en la puerta de su casa.

Cogió a Godefroid por la mano con el vigor de una mujer presa de un ataque de nervios, lo arrastró a un salón cuya puerta se abrió y gritó:

—¡Padre mío, el señor Godefroid conoce a tu bienhechor!

XVIII. EL DESENLACE

El barón Bourlac, al que Godefroid vio vestido como debía estarlo un antiguo magistrado de rango tan eminente, se levantó, tendió la mano a Godefroid y dijo:

—¡Ya lo sospechaba!

Godefroid hizo un gesto de denegación, en cuanto a los efectos de aquella noble venganza, pero el fiscal no le dio tiempo de hablar.

—¡Ah! Caballero —prosiguió—, sólo la Providencia es más poderosa, el amor más ingenioso y la maternidad más clarividente que vuestros amigos, que tienen algo de estas tres grandes divinidades... Bendigo la casualidad a la que debemos habernos conocido, pues José ha desaparecido para siempre y como ha sabido sustraerse a todas las trampas que le he tendido para saber su verdadero nombre y domicilio, yo hubiera muerto de pena... Tomad, leer su carta. Pero ¿vos le conocéis?

Godefroid leyó lo que sigue:

Señor barón Bourlac: las sumas que hemos gastado por vos, obedeciendo las órdenes de una dama caritativa, ascienden a 15 000 francos. Tomad buena nota de ello para hacerlos devolver, ya sea por vos mismo o por vuestros herederos, cuando la prosperidad de vuestra familia lo permita, toda vez que ese dinero es de los pobres. Cuando esta restitución pueda efectuarse, depositad las cantidades que adeudáis en el establecimiento de los hermanos Mongenod, banqueros. ¡Que Dios perdone vuestras faltas!

Cinco cruces formaban la misteriosa firma de aquella misiva, que Godefroid le devolvió.

«Están las cinco cruces», murmuró para sí mismo.

—¡Ah! —exclamó el viejo—. Señor, vos que lo sabéis todo, que habéis sido enviado por esa dama misteriosa... ¡decidme su nombre!

—¡Su nombre —gritó Godefroid—, su nombre! ¡Desgraciado, no lo preguntéis jamás! ¡No tratéis de saberlo nunca! ¡Ah, señora —dijo Godefroid tomando en sus manos temblorosas la mano de la señora de Mergi—, si queréis que vuestro, padre no pierda la razón, haced que permanezca en la ignorancia, que no efectúe la menor indagación!

Una profunda sorpresa dejó helados al padre, a la hija y a Augusto.

—¿Quién es? —preguntó Vanda.

—Pues bien..., la que ha salvado a vuestra hija —repuso Godefroid mirando al anciano—, y os la ha devuelto joven, bella, fresca y lozana, salvándola de la tumba; la que ha salvado de la infamia a vuestro nieto, la que os ha dado una vejez feliz y honrada, la que os ha salvado a los tres...

Se interrumpió.

—¡Es una mujer inocente que enviasteis a presidio para veinte años! —exclamó Godefroid dirigiéndose al barón Boursac—. A quien prodigasteis, en vuestro ministerio, las más crueles injurias, cuya santidad insultasteis, y cuya encantadora hija arrancasteis de su lado para enviarla a la más espantosa de las muertes, puesto que fue guillotinado...

Godefroid, viendo a Vanda desvanecida sobre un sillón, saltó al corredor y de allí salió a la calle d'Antin, echando a correr con toda la celeridad que le permitían sus piernas.

—¡Si quieres que te perdone —dijo el barón Boursac a su nieto—, sigue a ese hombre y averigua dónde vive!...

Augusto partió como una flecha.

Al día siguiente por la mañana, a las ocho y media, el barón Boursac llamaba a la vieja puerta amarilla del hotel de La Chanterie, en la calle Chanoinesse, preguntando por la señora, al portero, quien le indicó la escalera.

Afortunadamente era la hora del desayuno y Godefroid reconoció al barón en el patio a través de una de las ventanas que daban luz a la escalera; sólo tuvo tiempo para descender, irrumpir en el salón, donde estaban todos reunidos, y gritar:

—¡El barón de Boursac!...

Al oír aquel nombre fatídico, la señora de La Chanterie, sostenida por el abate de Vèze, se retiró a su habitación.

—¡Tú no entrarás aquí, agente de Satanás! —gritó Manon, que se puso ante la puerta del salón al reconocer al fiscal—. ¿Vienes a matar a la señora?

—Vamos, Manon, dejad pasar a ese caballero —dijo Alain.

Manon se dejó caer en una silla como si las dos piernas se le hubiesen doblado a la vez.

—Señores —dijo el barón con voz extraordinariamente conmovida al reconocer a Godefroid y a José, y saludando a los otros dos—, ¡la beneficencia da ciertos derechos a quien la recibe!

—Vos no nos debéis nada, caballero —contestó el buen Alain—. Todo se lo debéis a Dios...

—Sois unos santos y tenéis la paciencia de ellos —añadió el antiguo magistrado—. ¡Me escucharéis!... Sé que los beneficios sobrehumanos que me abruman desde hace dieciocho meses son obra de una persona a quien ofendí gravemente en el cumplimiento de mi deber; han hecho falta quince años para que yo reconozca su inocencia y éste es, señores, el único remordimiento que debo al ejercicio de mis funciones. ¡Escuchad! Me queda poco tiempo de vida, pero perderé incluso ese poco, que aún es tan necesario para mis hijos, salvados por la señora de La Chanterie, si no puedo conseguir que ella me perdone. Señores, permaneceré de rodillas ante Nôtre-Dame hasta que ella se digne hablarme... Allí la esperaré... Besaré la huella de sus pasos y encontraré lágrimas para enternecerla, a pesar de que las torturas de mi hija me han dejado completamente seco...

La puerta de la habitación de la señora de La Chanterie se abrió, el abate de Vèze se escurrió como una sombra y dijo a José:

—Esa voz está matando a la señora.

—¡Ah, está aquí! ¡Ella pasa por aquí! —exclamó el barón Bourlac.

Cayó de rodillas, besó el suelo, deshecho en llanto, y con voz desgarradora, exclamó:

—¡En nombre de Jesús, muerto en la cruz, perdonadme, perdonadme, pues mi hija ha sufrido mil muertes!

El anciano se desplomó en el suelo y todos los que contemplaban esta escena, emocionados, le creyeron muerto. En aquel momento, la señora de La Chanterie apareció como un espectro en la puerta de su habitación, apoyándose desfallecida en el quicio.

—Por Luis XVI y María-Antonieta, a quienes veo en el patíbulo, por Isabel, por mi hija, por la vuestra, por Jesús, os perdono...

Al oír estas últimas palabras, el antiguo fiscal alzó los ojos y dijo:

—Así se vengan los ángeles.

José y Nicolás levantaron al barón Bourlac y le condujeron al patio; Godefroid fue a buscar un coche, y, cuando oyeron que venía, Nicolás dijo, acompañando al anciano hasta el carruaje:

—No volváis por aquí, señor, si no queréis matar también a la madre. El poder de Dios es infinito, pero la naturaleza humana tiene sus límites.

Aquel día Godefroid ingresó en la Orden de los Hermanos de la Consolación.

Agosto de 1848.



LOS PRECEPTORES DE DIOS



LOS PRECEPTORES DE DIOS

*Una novela es una gran idea moral
puesta en acción.*
(«Pensamientos», de Mme. Necker).

Al leer este librito, el discreto lector comprenderá las razones que me obligan a conservar el anónimo y a servirme únicamente de los nombres de pila de los personajes, pero quizá también comprenderá que, al publicarlo, cumplo un deber, y excusará mis faltas teniendo en cuenta la intención. Sin embargo, si las cosas bellas poseen una elocuencia propia, este libro podrá gustar, y así lo deseo vivamente.

Yo tenía treinta años. A esa edad y en nuestra época, un hombre ha probado ya muchos caminos y saboreado muchos frutos; ha seguido muchas carreras, para luego dejarlas y volver a tomarlas, y ha corrido hacia todos los lugares luminosos, cuyas luces se apagan al instante: ésta es mi historia, dicha en pocas palabras. Cansado de la competencia que existe en todo, que no deja tiempo de profundizar el menor pensamiento ni la menor creación, aplastado entre la multitud que se forma frente a cada puerta antes de que se abra, y tal vez entristecido en mis ambiciones secretas, afligido por la mediocridad de mi fortuna, que no me permitía participar en los goces de París, pues, ¿qué puede hacerse en París con cuatro mil francos de renta?, fui presa de una melancolía profunda, incurable, y me retiré durante algunos días a uno de los barrios menos frecuentados de París, a la calle Poules, detrás de la plaza de la Estrapade. Allí encontré, en una vieja mansión, sita entre patio y jardín, un pequeño apartamento amueblado por una módica suma. Quería reflexionar profundamente y adoptar un partido serio, flotaba entre tantas resoluciones diversas que deseaba contemplar una después de otra, estudiarlas y sopesar sus consecuencias, llevándolas a su extremo. Esta clase de meditaciones se llaman castillos en el aire, mientras no sale de ellas ningún hecho, pero yo me proponía poner fin a mis angustias dando una finalidad a mis acciones. Aquel retiro en París tenía otra razón determinante, que se convirtió en secundaria y quedó borrada por la importancia de aquel examen de conciencia. Arrastrado por el placer, contraí deudas y quería pagarlas destinando a ello las tres cuartas partes de mis ingresos y contentándome con la parte restante para vivir durante un año. Mis efectos, mis trajes, podían durar tanto como mi penitencia y, para no tener que ir a cenar en las detestables pensiones o restaurantes de aquel barrio, llegué a un acuerdo con un pastelero de la calle Mouffetard, quien se comprometió a darme de cenar todos los días por treinta sueldos. Me instalé en aquella calle desierta en el mes de abril, experimentando de momento los beneficios de la soledad, unidos a los de la primavera. Mi habitación daba al jardín y me pasé los primeros días asomado casi siempre a la ventana. Los adoquines del silencioso patio estaban rodeados de hierbas tan espesas que apenas se les veía, y los muros, cuyas

albardillas mostraban alfombras de musgo, se hallaban ocultos por jazmines centenarios, hiedra, cepas vírgenes y aladiernas que el podón del jardinero no había tocado desde tiempo inmemorial. Aquella casa no tenía portero. La criada de una vieja solterona que habitaba en la planta baja, y que era la dueña del inmueble, venía a abrir por la noche y tiraba desde la cocina, durante el día, de un cordón instalado a lo largo de las paredes. Aquella planta baja se elevaba sobre unas bodegas, entrándose en ella por una escalinata. La vieja escalera de madera carcomida y con balaustres que conducía a los pisos superiores, giraba en una especie de cuerpo avanzado y se apoyaba en la pared medianera de la casa vecina. Las dos habitaciones que yo ocupaba se encontraban en el segundo piso, en las buhardillas. Aquella mansión, edificada sin duda en el siglo XVI, era de ladrillo y piedra corroída por el tiempo, tenía techos enormes y horadados por altas ventanas. El jardín se resentía de la profunda incuria que denunciaba el estado del patio; se hallaba sin cultivar, los árboles crecían al antojo de la naturaleza, y sin ser un bosque, tenía un aspecto salvaje que se avenía con mi estado de ánimo. En vez de persianas, todas las ventanas de aquella casa estaban provistas por el exterior de macizos postigos pintados de verde. Todas aquellas cosas, ciertamente, formaban un contraste tan violento, con el hotel de la calle de la Paix que yo acababa de abandonar, que no podían por menos de impresionarme, pero esto no era nada en comparación con los moradores. La señorita, que me pareció tener por lo menos cuarenta años, me sometió a un examen previo: «¿Ejercía el señor una profesión ruidosa? ¿Era de costumbres tranquilas? ¿Volvía tarde a casa? Después de las diez, la puerta ya no se abría. ¿Recibía mujeres? ¿A jóvenes?». Yo era rentista, buscaba el retiro, huía del ruido, no quería ver a nadie y pensaba acostarme todos los días a las once. Pese a respuestas tan categóricas, la señorita únicamente me alquiló el piso por meses, prometiendo no imponerme ningún aumento y no despedirme más que en el caso de que infringiese las condiciones morales del alquiler. Me pareció que, en vez de pedirme veinte francos mensuales, la señorita hubiera debido entregarlos a un hombre de treinta años, capaz de cumplir semejante programa. Todo el mundo, en mi lugar, hubiera observado aquellos pequeños detalles que debían picar y que picaron necesariamente mi curiosidad. Taciturno durante los primeros días, preocupado por los temas de meditación que me había impuesto, no presté atención a las personas.

—¿Me casaré?... Suponiendo que encontrase una joven con cien mil francos, ¿qué sería de mí con ocho mil francos de renta en una época en que una recién casada que aporte cien mil francos exige un ajuar y una canastilla de veinte mil? Una de las desdichas de la presente época consiste en hacer difícil el matrimonio para las personas de poca fortuna; sólo conviene a los pobres y a los ricos. La sensibilidad de mi amor propio prometía demasiados sufrimientos a causa de la inferioridad de mi esposa y la imposibilidad de satisfacer sus deseos. Luego, suponiendo que no tuviese más que dos hijos, ¿sería posible mantener con tan escasos ingresos esta familia de seis personas, contentándose con dos domésticas? Y si tuviera cuatro hijos, ¿qué

fortuna les tocaría el día que repartiesen mis bienes? Así es que rechacé la idea del matrimonio.

—¿Y si capitalizase mi fortuna y probase suerte en el comercio? Un comerciante pone su suerte, porvenir, nombre y honor en manos de todo el mundo. Nunca sabe lo que le espera al despertar.

—Podría seguir la carrera de los asuntos públicos, pero no hay administración que no exija una interinidad larga y dispendiosa.

—Expatriarse, era probar suerte en el Nuevo Mundo. Todos cuantos he visto volver de allí traían pocas curiosidades y muchas decepciones, estaban envejecidos y no tenían más ideas que las de antes de su partida.

Al cabo de un mes de graves y lentas meditaciones, en las que me complacía, paseando una mañana por el Jardín Botánico, al que iba cuando hacía buen tiempo, me sentí como iluminado por un súbito pensamiento, al ver pasar a uno de los mayores sabios de este siglo: andaba lentamente, dirigiéndose hacia el anfiteatro, absorto al parecer en algún problema, y su aspecto me hizo comprender la vida intelectual.

—¿Por qué no transportar el principio de mis actos a mi inteligencia? Iluminar un punto oscuro de la ciencia, ahondar en uno de los abismos de la naturaleza, ¿no era un modo atrayente de navegar por mares desconocidos? Yo tengo lo necesario, un hombre consagrado a las ciencias es rico con cuatro mil francos de renta. Un microscopio vale poco, y si me sumerjo en la observación de la naturaleza invisible tendré para toda mi vida. ¡Se trata únicamente de escoger mi rincón en el vasto campo de las ciencias naturales!

Volví alegre a mi casa, y, al entrar en aquella vieja y apacible mansión, me felicitaba por haber ido a ella. Allí gozaría de la calma indispensable para los estudios y observaciones.

Al día siguiente, mi rostro, que mostraba la huella del tedio, perdió sin duda sus arrugas. Cuando subió a arreglar mis habitaciones, la criada llamada Emilia me dijo:

—¡Ah, el señor sufre menos!

Aquella moza era infatigable: Iba por la mañana al mercado, preparaba el desayuno, arreglaba las habitaciones, hacía la comida, la servía, cuidaba de su señora, tenía una cara alegre y resplandecía con esa pulcritud propia de las Hermanas Grises.

—No sufro en absoluto —le contesté.

EL FISCAL GENERAL IMPERIAL

Al señor Réal, conde del Imperio.

Ruán, 11 de diciembre de 1808.

Tengo el honor, señor, de ofrecer a vuestra consideración el acta de acusación

redactada por mí en el caso de los acusados del robo de la recaudación de Alençon y Argentan.

La transcripción ha suscitado ciertas demoras que han aplazado el momento de ofrecérselas.

Deseo, señor conde, que mi obra pueda merecer vuestra aprobación. La consideraré como el premio de mi trabajo y el aliento para la obra laboriosa que me queda aún por realizar en este asunto.

Pláceme comunicaros, señor, que la apertura del debate está fijada para el jueves día 15 del corriente.

Con el mayor respeto, señor, quedo vuestro muy humilde y obediente servidor,
Chapais Marivaux.

1.º de diciembre de 1808

EL FISCAL GENERAL IMPERIAL adjunto al Tribunal de Justicia criminal y especial del Departamento del Sena Inferior, expone:

Un complot de bandidaje; tramado y dirigido con profundidad, estalló por medio del audaz ataque y robo anterior, un envío de recaudaciones de Argentan y Alençon.

Este atentado, que despierta odiosos recuerdos, felizmente extinguidos, ofrece en sus intenciones y alcances el producto de las concepciones propias de una delirante maldad.

Del origen de los resultados la trama es complicada. Los detalles son numerosos, pero las pruebas, relacionadas con todas las etapas del crimen, iluminan sus preparativos, su ejecución y sus consecuencias.

La idea del complot en su totalidad se relaciona con el recuerdo de un llamado Chevalier de la comuna de Exmes, antiguo jefe de rebeldes. Este culpable sufrió ya el castigo de sus crímenes por medio del suplicio, pero la necesidad del tema relaciona su nombre con todas las particularidades del relato.

Dicho agitador tuvo por émulo a otro artífice del desorden, Francisco Roberto Daché, conocido entre los conspiradores por los nombres de Alejandro y Despaurièes.

Una entrevista debió tener lugar el mes de abril de 1807 entre Chevalier y Daché en la comuna de Trevières, donde este último se hallaba entonces refugiado. Estos dos facciosos, después de comunicarse allí sus delirantes atrocidades, decidieron sin duda y establecieron como base fundamental de sus designios el proyecto de arrebatar las recaudaciones del Estado.

Ya a partir del mes de marzo, Daché había enviado, tanto a Ruán como al castillo de Toumebut, residencia de una dama de Combray, un emisario portador de misivas secretas: dicho emisario se llamaba Flierlé, alias «El Mercader» y «Deitscher», conocido a partir de entonces como ladrón de diligencias; Chevalier, por su parte, adelantaba los preparativos, disponía los medios y combinaba las medidas. Puso en

acción la pérfida habilidad de un sujeto llamado Allain, apodado «El General Antonio» antiguo rebelde, como Chevalier, y, como él, perjuro a la amnistía.

Allain se unió al citado Flierlé, y estos dos bandidos, puestos de acuerdo, reclutaron a partir del mes de marzo, en la comuna de la Mancelière y las vecinas, seis salteadores que nos apresuramos a citar: Francisco Harel, desertor del 63.º regimiento, Carlos Miguel, apodado el «Gran Carlos», desertor del mismo cuerpo, Francisco Grenethe, alias «Corazón de Rey», Gabriel Lebreé, alias «Flor de Espino», desertor del 24.º regimiento de artillería, Pedro Le Héricey, alias «Pedro el Gordo», desertor de la 70.º brigada mixta y Luis Jaques Lorot alias «La Jeunesse».

Parte de estos enrolados se albergó de momento en la casa que Chevalier tenía en Caen. Otros obtuvieron distintos asilos por mediación de un tal Le Rouge alias «Bornet», simple artesano, pero fiel a Chevalier. Éste empezó por poner a varios de ellos en casa de Gelin, su suegro, y los transfirió acto seguido a casa de un tal Le Marchand, posadero de Louvigny, conocido como Bornet por los domésticos de Chevalier.

El ardor de Chevalier por procurarse armas no fue menor. Éstas le fueron facilitadas por intermedio de un sujeto llamado el «Reverendo», antiguo jefe de chuanes, y también por mediación de un tal Courmaceuil: en total cuatro fusiles que introdujeron de manera furtiva en la casa de Chevalier, y a partir de entonces podemos observar que fueron retirados de ella con el mayor sigilo, por la noche y por una puerta excusada, siendo secundado Allain en esta operación por aquel mismo posadero, Le Marchand de Louvigny que acabamos de citar.

En el intervalo representado por estos preparativos cabe situar otro suceso relacionado con los medios auxiliares del complot.

Existía una inquietud particular entre Chevalier y una tal señora Aquet, residente a la sazón en Falaise. Chevalier sostenía también relaciones de tipo comercial y amistoso con un tal Lefebvre, notario de la misma población.

Chevalier debió ir Falaise hacia el mes de mayo, alojándose en casa de la señora Aquet. De allí fue a visitar al notario Lefebvre, al que revela sus intenciones y explica sus esperanzas, o más bien sus horribles quimeras. Por primera providencia, le pide una casa en un barrio aislado, propia para ocultar vestiduras y hombres. Le dice al mismo tiempo que dentro de poco le pondrá en contacto con un confidente que presenta como su segundo: se refería a Allain, cuya próxima visita le anunciaba en estos términos. Allain, en efecto, pasa pocos días después por el domicilio del notario Lefebvre, con una carta de Chevalier. Delibera con la señora Aquet en presencia de Lefebvre y vuelve a solicitarle una casa que pueda servir de depósito.

Poco después de esta entrevista, Lefebvre hizo un viaje a Caen, en una época que sabemos por ser la de la feria que se celebra en esa villa. Fue entonces cuando debió anunciar a Chevalier y Allain que podía procurarles una casa aislada de su propiedad, en el arrabal de Saint-Laurent. Se acepta la proposición. Allain no tarda en visitar a Lefebvre, el cual le instala personalmente en dicha casa, para quedar de momento

solo en ella, reuniéndosele en seguida Harel, uno de los bandidos enrolados y a quien nos hemos referido anteriormente.

Se observará aquí que Lefebvre debió visitar en dicha casa a los dos individuos que había instalado en ella, y que al encontrarlos en su última visita ocupados en colocar los fusiles bajo un pequeño cobertizo exterior, les ayudó personalmente a sacar las armas y a ponerlas en este lugar. Y podemos observar además que debía tratarse de los cuatro fusiles que, según sabemos, había sacado Allain en secreto de la casa de Chevalier, con ayuda de Le Marchand de Louvigny.

Allain tuvo que ausentarse entonces, pronto sabremos por qué. Todo esto sucedía a finales del mes de mayo.

Entretanto, Lefebvre tuvo que realizar varios viajes a Argentan, al hotel del Point de France, donde estaba citado con Chevalier.

Un tal Dusaussay, pariente de Chevalier, debió asistir a estas entrevistas de Argentan. Sin duda fue con ocasión de estas gestiones cuando Chevalier y Dusaussay se aseguraron el concurso de un tal Gautier, alias «Boismale», palafrenero de dicho hotel. Chevalier debió arrancarle la promesa de que le advertiría sobre el día del paso del coche con la recaudación, pues este coche suele parar en dicho hotel.

Llegó el momento de efectuar la reunión de los bandidos reclutados, que estaban dispersos por la casa de Chevalier o por otros alojamientos, quedando encargado de convocarlos el llamado Bornet.

Esta reunión se llevó a cabo bajo los auspicios de la señora Aquet, quien proporcionó asilo a los bandoleros en una parte deshabitada del castillo perteneciente a su familia, sitio en la comuna de Donnay. Los bandidos, capitaneados por Allain, sentaron allí sus reales y dejaron pasar varios días. La señora Aquet había hecho preparar todo lo necesario para la comida y alojamiento de semejantes huéspedes. Con tal fin, hizo traer gavillas de paja. Visitó a los bandidos en el asilo que les había procurado y volvió a visitarlos allí numerosas veces con Lefebvre. Las provisiones y víveres fueron traídos bajo la dirección de Bornet, quien recibía órdenes de Chevalier.

La expedición principal adquiere carácter, las armas se preparan; los bandidos abandonan su refugio de Connay y van a reconocer el bosque de Quesnay.

No lejos de allí se encuentra la aldea Aubigny. Un tal Chevalier, al que no hay que confundir con el que forma la cabeza del complot, tenía allí una posada, que servirá de cita final para los bandidos. El posadero estaba enterado de su llegada. Se nos ha comunicado que Bornet estuvo allí, durante el mes de mayo, para preguntarle si podría albergar a cinco o seis personas, el cirujano apodado el «Reverendo» le preguntó anteriormente lo mismo, anunciándole que entre dichas personas habría alguna que él conocía. Se refería a Allain.

Así anunciados de antemano los seis bandidos, dirigidos por Allain, llegaron a esta posada el martes 3 de junio, a las cuatro y media de la madrugada, pasaron allí el día y la noche siguiente para irse al otro día a las ocho y media de la noche. El jefe dijo que iban a tres leguas de allí, y ordenó al posadero que le procurase vituallas:

estos víveres fueron llevados a la bifurcación de la carretera de Harcourt, poco alejada de la avenida de Aubigny. Allain volvió a dormir solo.

Un hombre a caballo debió llegar durante la noche del viernes, por las señas se trataba sin duda de Dusaussay.

El sábado por la mañana, Allain escribió una carta al notario Lefebvre, que el posadero se encargó de llevar a su destinatario, trayendo acto seguido una respuesta.

El mismo día, o sea el sábado por la tarde, el notario Lefebvre, acompañado por la señora Aquet, vinieron a entrevistarse con Allain.

Es probable que Flierlé se hallase también presente.

Aquella tarde transcurrió con alegría, en plena francachela.

Lefebvre volvió a acompañar a Falaise a la señora Aquet. Regresando sobre sus pasos, tomó por segunda vez el camino de la posada de Aubigny, acompañado en este segundo viaje por el cirujano Reverendo. Encontraron a Allain que venía en busca de ellos y le advierten que no le traen el hacha que él había pedido. Allain regresó a Aubigny sin el hacha que dijo necesitar. Vuelve solo a la posada de Aubigny y ordena al posadero que prepare cena para seis o siete personas. En aquel momento los mismos individuos de la partida de Allain entran en una de las salas de la posada, todos ellos armados esta vez. Flierlé los acompañaba. La banda deja sus fusiles, y todos se colocan alrededor de una mesa para tomar de pie y a toda prisa la comida que les sirven. Allain paga la cuenta. Después de comer pide que le proporcionen una cantidad más o menos parecida de subsistencias, para llevárselas. Luego llama aparte al posadero para hacerle una segunda petición: que le procure un hacha. El posadero, sorprendido a lo que parece, se negó a facilitársela.

Entonces Allain, que había visto la víspera un fusil en de manos de Chevalier, Allain da un escudo de seis libras para pagarlo. Sale para volver a entrar a los pocos momentos y luego sube a la habitación de la posada con Flierlé. Así transcurre la noche. Allain y Flierlé la pasaron dando vueltas por la habitación. Estos dos satélites descienden alrededor de las siete de la mañana del 7 de junio. Allain paga el gasto y sale con Flierlé, aunque por distintas salidas.

Los momentos eran muy valiosos, pues la ejecución de la tropelía estaba fijada para la tarde de aquel día fatal...

Allain arma a sus hombres, repartiendo los fusiles entre ellos.

Luego se efectúa la distribución de los puestos. Flierlé, el Héricey y Lebrée se ocultan en el bosque, por el lado de Falaise; Miguel y Lorot ocupan el centro; Allain, Harel y Grenthe se apostan en el desfiladero de la linde del bosque, por el lado de Caen.

Los bandidos habían descubierto el coche que esperaban. Debían ser más de las siete; la diligencia había partido de Argentan hacia las tres de la madrugada, conducida por el llamado Gousset, cochero, el mismo a quien acusan los acontecimientos del día de autos.

Un solo gendarme escoltaba el coche, el cual debía dirigirse a Langannerie, donde

tenían que dormir. El gendarme iba acompañado en este viaje por tres jóvenes.

El cochero, que había hecho avanzar muy despacio la diligencia, al llegar a las cercanías del puente de Quesnay, a la entrada del bosque del mismo nombre, azuzó a sus caballos con vivacidad, haciendo que se metieran por el atajo llamado el camino de Ussy.

El coche desapareció a todas las miradas. Su dirección sólo estaba indicada por el ruido de los cascabeles. El gendarme y los jóvenes que lo acompañaban avivaron el paso para dar alcance al carruaje.

Se oyó un grito que partía del grupo de tres hombres armados. Este grito fue: «¡Alto ahí, granujas!». Sonaron tres o cuatro disparos de fusil.

El gendarme, preservado por su propio ardor, no es alcanzado por las balas. Desenvaina el sable y, empuñando el arma, corre en la dirección que supone ha tomado el coche. Distingue cuatro hombres armados que hacen una nueva descarga contra él. Tampoco resulta herido esta vez. Grita a uno de los jóvenes que estaba cerca de él que vaya a todo correr a Quesnay, para dar la alarma. Al oír estas palabras, dos bandidos se abalanzan sobre el gendarme, echándose el fusil la cara y apuntándole a quemarropa. Se ve obligado a dar unos pasos atrás y en el momento que volvía la cabeza para observar, recibe un disparo: la bala le hiere en el brazo izquierdo por debajo del sobaco, dejándole fuera de combate.

Los gritos de alarma se oyeron en Langannerie. El brigadier y uno de los gendarmes de dicha residencia acuden corriendo. Una descarga de tres disparos resuena hacia este punto, por el lado de Falaise. El gendarme recién llegado lanza gritos para intimidar a los bandidos, simula con sus voces la llegada de socorros ficticios, gritando a voz en cuello: «¡Adelante, primer pelotón! ¡El segundo pelotón! ¡Ya son nuestros!». Los asesinos, por su parte, gritan: «¡A las armas!», y cierran filas ante este grito de combate. Por otro lado, al oír el brigadier que atacaban a su gendarme, trata de darle a conocer su presencia con gritos estentóreos, pero el estruendo de las descargas interceptaba su voz y el estado de sordera que sufre este militar apagaba aún más esta llamada. El brigadier oye un nuevo ruido causado por la fractura y descerrajamiento de las arcas. Se dirige hacia aquel lado y cuando cuatro bandidos armados le dan el alto, les grita: «¡Ríndete, malvados!» (sic). Éstos replican: «¡No te acerques o eres muerto!». Uniendo la acción a la palabra, le disparan dos tiros que alcanzan al brigadier. Una bala le atraviesa la pierna izquierda y penetra en los flancos del caballo que montaba. El valiente, bañado en su propia sangre, se ve obligado a dejar aquella lucha excesivamente desigual, y grita, pero en vano: «¡A mí, socorro! Los bandidos están en el bosque de Quesnay».

Los ocho bandoleros, que han quedado dueños del terreno gracias a su número, registran la diligencia, puesta a propósito en un barranco. Entonces, para disimular, o como medida de precaución, tapan la cabeza del cochero. Desfondan las arcas, tiran y vacían los sacos de dinero. Desenganchan los caballos y cargan en ellos el numerario con ayuda del cochero. Desprecian la calderilla, que ascendía a unos tres mil francos,

y los bandidos se apoderan de la suma de sesenta y tres mil, que formaba el excedente del cargamento. El botín es llevado en los tres caballos. El cochero conducía de la vara. Uno de los jóvenes, detenido por los salteadores, es obligado a conducir otro. Flierlé escoltaba la comitiva con aires de jefe, dirigiendo un tercer caballo. Toman de esta manera la ruta que conducía a la aldea de Donnay. Dejan que se escape el joven, prosiguen su camino y más adelante ordenan al cochero que se quede en el punto que le indican, para esperar allí que le devuelvan sus caballos. Los bandidos llegan a la aldea Donnay. La horda de facinerosos se detiene con el botín en una casita aislada del poblado, a poca distancia de la iglesia: era la casa ocupada por los hermanos llamados Buquet, zapateros de profesión. Estos dos cómplices del asalto acogen a los bandoleros, les recomiendan silencio, descargan el dinero, van en busca de botellas y les ofrecen de beber y les auxilian. Uno de los hermanos se apostó de centinela detrás del castillo. El otro desengancha y se lleva los caballos. Después de tomarse un breve descanso en aquel lugar donde se depositó el producto del robo, los ocho bandidos reanudan la marcha. Al verse extraviados, preguntan por el camino a un desconocido, lo asaltan, le golpean y le obligan a ser su guía. Por último, la banda hace alto en un paraje llamado la Villette. Allain pasa revista a sus hombres y entrega a cada uno de ellos una exigua y modesta retribución, procedente del dinero robado.

Después de estas fútiles y vergonzosas liberalidades del malvado Allain, la banda prosigue su fuga. Empezaba a anochecer cuando los bandidos llegan a un lugar conocido por el nombre de puente de la Landelle. Obedeciendo de nuevo a la voz que les precipitó en el abismo del crimen, tiran por orden de Allain sus fusiles en un trigal. Estos fusiles no eran más que siete; uno de ellos se rompió y estalló durante el ataque. Esta acción es la última señal de su fatal inteligencia. Los bandidos se dividen en varios grupos y se dispersan. El robo se había llevado a cabo, con las agravantes del asalto con intención de asesinato.

El robo se había consumado y el botín se hallaba a buen recaudo. Se prepara el encadenamiento de otros hechos.

Chevalier, oculto en París, desde donde dirigía todos los hilos de la trama, transmite a su agente Lefebvre, notario de Falaise, orden de que reúna y le envíe a París la mayor parte de los fondos procedentes del robo de las recaudaciones.

Allain, que se prestaba a todas estas maquinaciones, despachó por su parte al fiel emisario Bornet para comunicar al notario Lefebvre su llegada a Caen. Lefebvre se dirige allí inmediatamente y visita a Bornet, el cual conduce o acompaña a Lefebvre al domicilio de un nuevo interesado.

Este hombre, que aparece por primera vez al descubierto, pero que participaba desde hacía mucho tiempo en la conspiración, se llama Placène. Había servido en las bandas de la chuanería en calidad de tesorero.

Allain encarga a Bornet que vaya a Donnay en busca del producto del robo. Para ello debe dirigirse a José Buquet. Bornet lo encuentra y José le dice que no tiene mucho dinero, porque su hermano mayor ha ido a Falaise para entregarlo a la señora

Aquet. Sin embargo, José Buquet invita a Bornet a seguirle, diciéndole que le espere a cierta distancia en la carretera. José Buquet vuelve con una bolsa de mil doscientos francos, que Bornet recibe a cuenta y lleva a Placène, a quien la entrega.

Allain envía de nuevo a Bornet con el encargo de dirigirse esta vez a Alejandro Buquet, al paraje que éste le indique, cerca de un gran árbol, al borde de una carretera que atravesaba el bosque. Bornet, en efecto, encuentra allí a Alejandro, quien le entrega una cantidad. Vuelve varias veces al mismo lugar, recibiendo cada vez una porción del producto del robo, y efectúa así varios viajes, tanto a pie como a caballo, el último de ellos con una carretilla y un tonel.

Bornet entrega a los esposos Placène estas diversas partidas. El marido y la mujer recibían las entregas de Bornet y contaban la recaudación. Esto sucedía en el escondrijo del robo, en casa de los Placène. Aquí comienza un nuevo incidente.

Una suma fue transportada por orden de la señora Aquet y por mediación de José Buquet a La Bijude, cerca de Donnay, donde quedó depositada en una casa perteneciente a la señora Decombray, en la que la señora Aquet tenía también su alojamiento.

Esta última, sin embargo, se encontraba entonces en Falaise, adonde la señora Decombray fue a reunirse con ella, al recibir la noticia de que un tal Hébert, colono suyo, había sido detenido, aunque era inocente, pero como sospechoso de haber participado en el asalto.

No es este el momento de examinar si la señora Decombray tenía conocimiento con anterioridad del proyecto del robo de la recaudación. Baste con observar por el momento que dicha señora marcha de su castillo de Toumebut para reunirse con su hija en Falaise, que la señora Aquet, por su parte, fue al encuentro de su madre y que, cuando ambas damas se encontraron en la carretera, sostuvieron una conversación detallada acerca del robo de la recaudación y la participación que en el mismo tenía la señora Aquet.

Al día siguiente de su llegada, Lefebvre se dirige a casa de la señora Decombray. El objeto de la conversación es el robo. Se decide transportar a Caen la suma procedente del mismo, que había sido depositada en La Bijude.

La señora Decombray escribe a un tal Lanoë, su guarda en La Bijude, pero que se encontraba en aquellos momentos en Bretteville, para que vaya a buscarlas a Falaise y de allí las conduzca a La Bijude y luego a Caen. Esto debió ser con fecha 18 de julio.

Lanoë llega con una tartana y conduce a las dos damas a La Bijude, donde pasan un día. Una moza llamada Dupont, modista de la señora Aquet y que también estaba en el secreto, pues la acompañó cuando esta mujer ofreció su hospitalidad a los bandidos, se dirige a La Bijude, donde todos se ocupan en el transporte del dinero. La cantidad debía ascender a unos ocho mil francos. Sin duda estaba oculta en una pocilga. Entonces la metieron en una maleta o talega.

Cargan esta cantidad en la tartana, junto con un saco de noche que contiene trapos

propios de las mujeres.

Quieren que únicamente Lanoë se ocupe de la colocación. Le dicen que vaya al paso. Toman por un camino apartado. El notario Lefebvre dio por escrito la indicación del itinerario. Paran en una taberna del camino, pues el notario había adelantado la cita. Vuelve sobre sus pasos, habla con las damas, saca su reloj y calcula el tiempo necesario para llegar a Caen entrada la noche.

La tartana, cargada, llega a las diez de la noche al mesón que regentaba Geslain, yerno de Bornet.

Lefebvre, que seguía a las damas, llega al mismo tiempo. Bornet esperaba ya su llegada.

Bornet y Lefebvre retiran la maleta o talega del carruaje y la suben a una habitación del mesón.

La señora Aquet acompañaba a Lefebvre. Lanoë sostenía la luz y Bornet cierra la puerta y saca la llave.

La señora Aquet y Lefebvre se reúnen con la señora Decombrey, que se había quedado a la puerta del albergue.

Inician la marcha para atravesar la villa hasta su extremo opuesto y alojarse en el hotel donde la señora Decombrey solía parar.

El objetivo del viaje se ha cumplido.

Bornet corre a anunciar la noticia a los Placène. Alejandro Buquet tampoco llega con retraso, y la noche en que llegó la tartana iba al mismo alojamiento de los Placène, para preguntar por Allain.

Éste, advertido, se dirige a un lugar indicado del paseo de Saint-Julien. Alejandro Buquet y Allain se reúnen mientras hablan, Placène y Bornet permanecían juntos a cierta distancia.

Pocos días después, Bornet va en busca de un tal Vannier, procurador y amigo de Chevalier. Le comunica la llegada de aquella cantidad de dinero a casa de Geslain. Vannier le responde que ya lo sabía.

Vannier es procurador. Le unían relaciones de amistad con Chevalier, con quien compartía además ciertos intereses y opiniones.

Se sabe que en una época anterior, Placène había entregado ya a Vannier la suma de mil ochocientas libras.

Vannier corre a casa de Geslain y toma una parte de la suma traída.

En un segundo viaje, Placène y Vannier, juntos, van a buscar el excedente y es el último quien se lleva a su casa la cantidad de seis mil libras aproximadamente.

Bornet había entregado ya a los Placène una porción procedente de esta remesa. La entrega se efectuó en descampado, en un lugar desierto. El marido recibió sin duda de sus manos una bolsa con mil quinientas libras y la mujer otra con mil doscientas.

Ellos pagaban con la misma prontitud con que recibían.

Hay que citar aquí, entre otras, una suma de mil doscientas libras, que Placène

entregó a un tal Charpentier, confidente de Chevalier.

Finalmente, cuando Allain se vio obligado a huir, entregó a la señora Placène la suma de mil quinientas libras para que se las cambiase por oro. Se sabe que Allain acudió disfrazado de mujer a la cita que tuvo lugar en la plaza Saint-Gilles.

En el intervalo de estos manejos, la señora Decombray fue a los alrededores de Bayeux, al día siguiente de su llegada a Falaise, para visitar a Daché, alias «Deslaurières».

No tarda en regresar a Falaise. El terror causado por las detenciones a que da lugar la persecución de los autores del robo turba su ánimo y huye de noche, de improviso, por caminos apartados, dejando a su hija en Falaise y llevándose consigo al notario Lefebvre. Ambos van a refugiarse en los escondrijos practicados en el castillo de Tournebut.

La señora Aquet experimentó la misma alarma.

Lanoë acudió a una cita en la herrería de Combrou, obedeciendo órdenes de la señora Decombray. Únicamente encuentra allí a la señora Aquet y vuelve a conducirla a La Bijude, donde al enterarse ella de la llegada de los gendarmes, se hace acompañar de nuevo a la aldea de Noron, cerca de Falaise. Envía a buscar a Lefebvre, habla con él y hace que vuelvan a llevarla a La Bijude, donde se entera de la detención de los Buquet. Exige de Lanoë que la acompañe otra vez a Falaise, pero cuando éste se niega, envía a buscar otro doméstico. Sin descansar apenas, parte nuevamente para ir a esconderse en Falaise.

A consecuencia de todas estas idas y venidas y de las diversas causas que produjeron aquel resultado, se hacía cada vez más urgente poner en seguridad a la señora Aquet. Ésta dirige sus pasos errabundos hacia la ciudad de Caen, donde se oculta en la Copa de Oro, propiedad de Bessin.

(Los fieles de la señora Aquet deliberan. Bornet viene a dar parte a Placène, el cual informa a Vannier y éste consiente en recibir en su casa a la señora Aquet.

Se presenta el Mercader de Louvigny, quien va a comunicar a la señora Aquet el consentimiento de Vannier.

Placène y Vannier van al atardecer en busca de la señora Aquet, en el paseo de Saint-Julien.

La señora queda instalada en casa del procurador Vannier).

Comienza entonces un nuevo cúmulo de maquinaciones.

José Buquet se negaba, desde la detención de su hermano, a entregar el excedente del producto del robo. Sin embargo, lo apremiante de la situación no escapaba a los nuevos cómplices del detenido.

El Mercader de Louvigny debía atender a ciertos compromisos económicos. Vannier se hallaba en la misma situación. Los Placène manifestaban el mismo deseo de tener fondos.

Chevalier y Allain les apremiaban para que recuperasen lo robado.

(Un tal Langelley, que hasta entonces parecía ajeno al complot, fue admitido en

casa de Vannier por tratarse de un colega de éste.

Así obtiene la confianza de la señora Aquet).

Otros dos individuos que, por su profesión, tenían una misión bien distinta, los gendarmes Chauvel y Mallet, ambos encargados de la busca y captura de los bandidos, sucumben también a la seducción de la señora Aquet.

Chauvel en particular le prodiga las más vivas demostraciones de interés.

Todos los nuevos cómplices deliberan, celebrando nuevo consejo.

Deciden que la señora Aquet vaya personalmente a ver a José Buquet, para obligarle a devolver el dinero.

El viaje se realiza bajo la dirección de Langelley, quien se limita a conducir a la señora Aquet a casa del Mercader de Louvigny. Se ensillan dos caballos y la señora Aquet parte escoltada por el posadero.

Los dos viajeros llegan a casa de un tal Halbout, colono de la señora Aquet. Van en busca de José, quien llega una hora después. La señora y el mozo conversan y salen.

La señora Aquet reaparece mostrando ostensiblemente una bolsa que sólo contenía cincuenta escudos en monedas de doce sueldos y de vellón.

(La señora Aquet toma quince o dieciséis francos y abandona el resto a su guía.

Aquel viaje tuvo un éxito muy mediano).

Decide entonces hacer una segunda gestión en Donnay, con un auxiliar más importante. El propio Allain acompaña a la señora Aquet en esta ocasión. Ambos llegan a Donnay, presentándose como la primera vez en casa de Halbout, pero José recurre a la huida al enterarse de la presencia de Allain.

Comunicada esta noticia en casa de Vannier, Chauvel monta en cólera y promete obligar a José Buquet a restituir el dinero que retiene.

Estos enojosos contratiempos disgustan a Vannier. Prorrumpen en amenazas e invectivas contra la huésped que le resulta una carga en vez de serle útil.

Langelley, afligido ante la suerte de la señora Aquet, le busca otro refugio. La hace salir clandestinamente de casa de Vannier, avisa a éste y paga la cuenta de la estancia.

Otros sinsabores esperaban a la señora Aquet en este cambio de domicilio.

Se ve obligada a huir. Pero Langelley, que ya era depositario de todos los secretos del robo, será investido con plenos poderes y encargado de la delicada misión consistente en recuperar los fondos del depósito que José se niega a entregar.

La señora Aquet le da dos cartas, una para el Mercader de Louvigny y la otra para Halbout, colono de Donnay.

Langelley lleva las cartas al Mercader de Louvigny, donde tenía que reunirse con Halbout. Pero después de esperarle inútilmente, deja allí las dos cartas, que contenían la recomendación expresa al Mercader y Halbout de ponerse de acuerdo con Langelley para buscar a Allain y otros temas de interés común.

Langelley debió dar cuenta de esta gestión a la señora Aquet.

No obstante, ella resuelve ponerse en camino. Langelley y Chauvel la acompañan hasta cierta distancia. Allí se despiden. Langelley recibe de la señora Aquet la suma de treinta y seis libras, junto con un billete u orden para cobrar un luis que Chauvel estaba encargado de entregarle además.

Langelley, de regreso a Caen, fiel a su promesa, hace lo posible por procurarse una entrevista con Allain. La solicita a la señora Placène, quien le promete procurársela. Le da una cita, pero Langelley resulta burlado. Allain rehúye la búsqueda y no se presenta a la entrevista.

Al mismo tiempo, Langelley no demostraba menos ardor en obtener noticias de Halbout y José Buquet. Con este propósito va a ver al Mercader de Louvigny, pero sin el menor éxito. Resuelve efectuar un viaje a Donnay. Consigue ver a Halbout y se entera de que José ha desaparecido. Pero esto no es todo: Halbout le dice que el resto del dinero procedente del robo ha debido desaparecer también, pues probablemente se lo llevó José, con ayuda de Félix Martine Blatier, primo de éste.

Es el último intento de los conjurados para recuperar el dinero. El desplazamiento de los fondos frustró su búsqueda.

Una vez conocidos analíticamente los preparativos, los medios de ejecución de la fechoría y las subdivisiones de la ocultación, se hace necesario referir de forma sumaria y concreta la parte característica que tuvieron en el crimen los que participaron en el mismo.

DACHÉ, alias «Deslaurières».

Francisco Roberto Daché, alias «Deslaurières», ratificó el complot del robo y los proyectos de asalto a las recaudaciones del Estado. Dio su aprobación al crimen en la entrevista celebrada en Trévières. Cuando el complot se estaba tramando recibió la visita de Chevalier, al que demostró la más completa fidelidad. Ambos hicieron causa común. Esta causa era un crimen. De esto a la concordancia de medios no hay más que un paso. Y este paso se dio, como declaran numerosos testigos. Chevalier manifestaba haber recibido esta adhesión. El nombre de Deslaurières servía para unir a los que se coaligaron en la empresa delictuosa. Si un testigo que conocía los secretos de Daché alias «Deslaurières», dice que él desaprobaba el robo, también añade que atribuye este resultado a las circunstancias. Estas palabras son enérgicas y aumentan la prueba.

Atribuía el fracaso a la mala preparación. Pero seguía de acuerdo con el delito en sí. Cuando se realizaban los preparativos del crimen, envió también un emisario a sus íntimos. Dicho emisario es un famoso salteador de diligencias, perseguido por este delito, pero que no ha podido ser hallado, y que por aquel entonces reclutaba bandoleros y se enrolaba personalmente para el robo de la recaudación. Si bien el tenor de los despachos de Daché, alias «Deslaurières», permanece oculto en el secreto de sus cómplices, la calidad del mensajero revela y pregona la naturaleza del mensaje.

Así, pues, Daché, alias «Deslaurières», fugitivo y en rebeldía, incurre plenamente en las acusaciones de complicidad.

Los siete ejecutores del crimen.

La culpabilidad de los siete autores materiales del asalto (pues ya no podemos hablar de Grenthe, muerto en la prisión), fue reconocida expresamente por cinco de ellos, que se declaran, se señalan y se nombran. La culpabilidad que demuestra su confesión es concordante y correlativa. Felierlé, Miguel, Harel, Lebrée y Le Héricy, nombran, designan y declaran a los malvados Allain y Lorot, ambos en rebeldía.

GAUTIER, alias «Boismale».

Gautier Boismale, palafrenero en el hotel del Point de France, es acusado por uno de los testigos, pero lo es aún más por su propia confesión. Se tienen informes, confirmados por el propio reo, de que prometió avisar el paso de la diligencia. Mantuvo la promesa efectuada.

DUSAUSSAY.

Dusaussay, vendido a Chevalier, transmitió los diversos mensajes en que se daban órdenes para la fechoría. Fue él quien el 6 de junio, víspera del delito, se presentó a caballo en el mesón de Aubigny para dar a Allain los últimos informes acerca del paso del coche. Transmitió la orden y la señal para la ejecución del crimen.

GOUSSET.

La conducta de Gousset, cochero, demuestra un fingimiento que es aliado del crimen. Las conversaciones que sostuvo en las posadas, elogiando la valiosa carga que transportaba en su coche, su lentitud durante el viaje, la súbita e inesperada precipitación con que azuzó sus caballos a la entrada del bosque de Quesnay, su empeño en afirmar que tuvo siempre la cabeza tapada; cuando parece ser, por el contrario, que el jefe de los bandidos le ordenó quitarse el pañuelo, diciendo que tuvo tiempo de reconocerlo; y además, el hecho singular de que permaneciese inmóvil en el sitio en donde lo encontraron los gendarmes; su terca negativa a dar informes acerca del camino que tomaron los bandidos; todas estas particularidades, que constan en el proceso, ofrecen otros tantos síntomas de inteligencia y firmes presunciones de complicidad.

La culpabilidad conexas y continua reúne en el mismo marco a la señora Aquet y al notario Lefebvre. Los dos proporcionaron todos los medios y ayudas para el crimen. Figuran ambos en las disposiciones de la conjura, en los preparativos más inmediatos de su ejecución, en las estratagemas y en la ocultación del cuerpo del delito.

SEÑORA AQUET

Esta señora indicó el bosque de Saint-Clair como lugar adecuado para la

expedición. Lefebvre efectuó viajes para concertar las medidas.

LEFEBVRE, notario.

Lefebvre prestó la casa de Saint-Laurent; la señora Aquet consiguió la de Donnay. Ella iba a dicha casa para visitar a los bandoleros, a fin de asegurarse, según dijo, si aquella pobre gente estaba bien. Hizo instalar a varios de ellos, además, en casa de la viuda Bourienne, recomendándoselos como personas honradas de las que respondía. Les trajo provisiones. Acompañó a Lefebvre a Aubigny la víspera del robo. Celebró una serie de reuniones y conversaciones con Chevalier, Lefebvre y Allain sobre el robo y para el robo, desde el origen del complot hasta su desenlace por medio del crimen.

Empleó a José Buquet para el traslado de fondos a La Bijude y a Falaise.

Se puso de acuerdo con el Mercader de Louvigny, Langelley y Chauvel para repartirse el dinero del robo.

Lefebvre proporcionó las armas. Trajo a su casa de Saint-Laurent un fusil destinado a armar a los bandidos, trató de procurarles un hacha, participó en las maniobras efectuadas para transportar el dinero y tomó por su cuenta una porción del robo.

(Los detalles demostrarán la actividad simultánea y la presencia constante de estos dos agentes del crimen).

La moza DUPONT.

La moza Dupont, en rebeldía, ayudó a llevar los víveres a los bandidos reunidos en Donnay. Secundó entonces a la señora Aquet, tal como lo hizo para colocar el dinero en el carruaje de Lanoë, cuando se efectuó el transporte a Caen.

REVERENDO y COURMACEUIL.

El cirujano Reverendo y Courmaceuil, en rebeldía, proporcionaron armas. Los dos transportaron fusiles a Caen, depositándolos en casa de Chevalier. Ambos llevaron en compañía de Lefebvre, un fusil a la casa de éste en Saint-Laurent. Reverendo se ocupó de que los bandidos fuesen admitidos en casa de Chevalier, en Aubigny y la búsqueda de un hacha le concierne por partes iguales con Lefebvre.

EL MERCADER de Louvigny.

El Mercader, posadero de Louvigny, ayudó a Allain a transportar cuatro fusiles y alojó a varios de los bandoleros. Su infatigable actividad en busca del depósito, acaba de revelar su conciencia y acumula la prueba de que estuvo informado de todos los preparativos, así como de la ejecución del crimen.

BORNET.

Bornet actuó como intermediario en todos los momentos del robo. Lo encontramos en todos los períodos. Hizo cuantos recados le exigieron. Sostuvo toda

clase de relaciones con Chevalier, Lefebvre, Allain y los hermanos Buquet. Efectuó los transportes de dinero, y lo que es aún más característico, procuró alojamiento a los forajidos y les facilitó provisiones de boca por orden de Chevalier. Allain le pidió que le proporcionara dos o tres mozos de valor y Bernet respondió que esto podía encontrarse.

CHEVALIER.

Chevalier, posadero de Aubigny, proporcionó alojamiento a los bandoleros en el momento de la ejecución del crimen y les facilitó víveres en el campo. Estaba advertido de antemano de su llegada y fue testigo de todos sus acuerdos. El crimen, por decirlo así, se consumó en su puerta, bajo sus propios ojos, con su consentimiento y mediante su ayuda. Entregó a Allain su fusil. Y él sabía que sólo podía servir para la comisión del crimen.

Los hermanos BUQUET.

Los dos hermanos Buquet proporcionaron alojamiento a los bandidos y les llevaron víveres a Donnay. Albergaron a los bandoleros en su casa a la vuelta de la expedición. Los esperaban en su casa por la noche y ayudaron a descargar el dinero robado, ocultándolo inmediatamente. A estas graves características relativas a la consumación del crimen, se añaden las de continuación del ocultamiento mediante la entrega parcial de las cantidades escondidas. José, además, procedió a la sustracción de parte del producto del robo.

LANOË.

Sabemos que Lanoë ayudó a transportar parte del producto del robo, prestando su concurso a las señoras Aquet y Decombrey, aunque ambas hablasen en su presencia del robo, y él confiese que por esto tuvo conocimiento de la naturaleza del servicio que les hacía.

Pero este mismo Lanoë fue informado del proyecto del robo antes de su ejecución. Le solicitaron para que lo cometiese y se alistase entre los bandidos, a lo que él se negó. La señora Aquet le afeó su cobardía, pero él retrocedió ante la ejecución del crimen y contribuyó a él en secreto. La señora Aquet lo envió para que mostrase a Allain el bosque de Saint-Clair, como lugar adecuado para esconder a los bandidos. Se ofreció a Allain para indicárselo, y si éste rechazó su ofrecimiento se debe a que ya conocía aquel bosque. Por lo tanto, el encartado hizo una gestión para favorecer el crimen. Por último, sabedor de la finalidad de los mensajes que llevaba, entregó a Allain cartas de la señora Aquet, y continuó transportando una correspondencia que versaba sobre la ejecución del crimen.

Para tener otra prueba de su moralidad, cuando la señora Aquet tramaba robar a un recaudador a quien alquilaba parte de una casa en Falaise, fue a Lanoë a quien encargó que sacara un molde en cera de sus llaves. Él sacó este molde, aunque sostiene que engañó a la señora Aquet, facilitándole uno falso y simulado.

Señora DECOMBRAY.

La señora Decombray conoció todo el plan del crimen y aquella odiosa mezcla de quimeras revolucionarias con los cálculos positivos del saqueo de las diligencias. Las comunicaciones con Deslaurières y el mensaje de Flierlé le descubrieron de antemano al menos una parte del secreto. Después la informaron acerca de los detalles del robo. Y sin embargo ayudó a transportar una parte del dinero procedente del mismo. Alega haber cedido a las súplicas y lágrimas de su hija. ¡Excusa vana, pero falsa! Dejó de avergonzarse del robo cuando supo que Deslaurières aprobaba el crimen y que todo se hacía con el consentimiento y aprobación de éste y por orden de Chevalier. Sus manifestaciones reflejan sus sentimientos y revelan su complicidad: ella dice que habrá que dar con este dinero una indemnización a Hébert, que ha sido perseguido y molestado con motivo del robo de la recaudación y, si muestra escrúpulos, no es por la acción, sino únicamente por la opinión que haya podido tener de ella Deslaurières. Por lo tanto, quiere utilizar el producto del robo. Consiente en participar en él con tal de que se efectúe en aras de la causa común. Su voluntad está a merced de la de Daché Deslaurières. Suscribe la acción: por consiguiente, no ha obrado como una madre extraviada que quiere ayudar a su hija, sino como un conspirador que razona. Su complicidad no fue el extravío de la ternura, extravío que tampoco la excusaría, sino que su acción criminal fue resultado del espíritu de partido, por el que estuvo inspirada. Éste es el signo más odioso del consentimiento que constituye la culpabilidad.

Los esposos PLACÈNE.

Los Placène, marido y mujer, actuaron en el robo llevados por el mismo espíritu y bajo la promesa de obtener una plaza de tesorero.

Ambos dirigieron los hilos de la correspondencia de Chevalier. Hicieron aparecer o desaparecer a Allain, jefe del complot, según les convenía, cuando se trató del dinero oculto. Supieron, según propia confesión, que manejarían y recibirían dinero procedente del robo. Se retractan lastimosamente de esta confesión. La impostura es absurda. La naturaleza del transporte efectuado por Bornet, el misterio, la entrega de bolsas en descampado, la mezcla de moneda en las bolsas, los déficits de las cuentas, las señales de tierra en el dinero, todo tenía las señales del robo.

VANNIER.

Vannier se enreda inútilmente. Recibió la suma de seis mil libras y admitió en su casa, junto con este producto del robo, a uno de los autores del mismo.

Tres testigos declaran que conocía el origen de lo que recibió y aconsejó todas las maniobras efectuadas para conseguir recuperar el excedente. Los rodeos de Vannier no demuestran más que su turbación. Sus precauciones revelan su duplicidad; su ignorancia es un semblante con el que quiere cubrir el perfecto conocimiento que tenía, y esta ignorancia, como la de los Placène, es un absurdo.

CHARPENTIER.

Charpentier recibió la suma de mil doscientas libras de manos de Placène. Este Charpentier, en rebeldía, nos parece ciegamente entregado a Chevalier.

Dicha suma estaba destinada a entregársela.

Por lo tanto, fue intermediario de la ocultación en interés del autor del robo.

LENDELLEY, CHAUVEL y MALLET.

Lengelley, Chauvel y Mallet favorecieron la ocultación de manera activa, encubriendo al autor del robo y aspirando a recuperar el producto del mismo. Langelley estuvo en casa de Halbout con este fin; Chauvel quiso ir al lugar donde estaba el dinero y obligar a Buquet a entregarlo, aunque tuviese que matarle de un pistoletazo. Mallet aceptó el vaso de vino que le ofreció Vannier en su casa. La señora Aquet le decía: «Mi buen amigo, si hay algo, ya me avisaréis». Por lo tanto, Mallet se hallaba en inteligencia con ella para protegerla. Estaba de acuerdo con Chauvel para arrancar a Buquet el producto del robo, que aquel ladrón se obstinaba en retener.

HALBOUT.

Halbout efectuó la búsqueda del dinero por cuenta de la señora Aquet, o por cuenta propia. Anunció que el dinero ya no estaba en el depósito, que lo retiraron de un campo para sembrar alforfón: por lo tanto, sabía donde se encontraba ese dinero.

Halbout negó tener conocimiento del robo y sin embargo presidió todas las búsquedas, comunicándose con el Mercader de Louvigny y la señora Aquet, y ésta escribió a Halbout la carta que dejó a Langelley, como unos poderes para que se entendiera con Halbout.

MARTINE.

Esteban Félix Martine está indicado como el primo que facilitó a José Buquet la desaparición del objeto del robo. Y éste es un nuevo argumento contra Halbout, pero que acusa al propio tiempo al mismo Martine.

Por consiguiente, los artífices de la maquinación han sido descubiertos, lo mismo que los elementos del crimen.

Es evidente el monstruoso contubernio de los delirios de la facción, en contacto con el espejismo de la rapiña.

Vemos en la misma línea de la fechoría a dos jefes insurgentes que dan la señal para el pillaje de fondos públicos: una banda de feroces bandidos a sueldo que lo efectúan, sin pararse en el asesinato, y una caterva no menos culpable que ayuda con sus maniobras a la comisión del crimen y al reparto del botín. Y finalmente, como nudo que reúne estas atroces categorías, descubrimos con horror y pese a su impotencia, los vértigos del espíritu del desorden, que aguzan los puñales del bandolerismo.

Visto lo que antecede, el Tribunal de Justicia Criminal y Especial resolverá si los

llamados José Flierlé, alias «el Mercader», y «Deitscher», Pedro Francisco Harel, Carlos Francisco Miguel, alias «Gran Carlos»; Gabriel Lebrée, alias «la Chênée» y «Flor de Espino»; Pedro Le Héricey, alias «Pedro el Gordo» y «la Sagesse»; Carolina Rosalía Combray, la señora Aquet, Juan Carlos Lefebvre, Francisco Gautier, alias «Boismale»; Juan Gousset, Juan Carlos Le Marchand padre, Juan Jacobo Le Rouge, alias «Bornet»; Pedro Alejandro Buquet hijo, Juan Carlos Francisco Le Chevalier, Genoveva Ouin Ve Hély Combray, Pedro Jacobo Vannier, Juan Bautista Boureau Placène, Ana Margarita Nailly, mujer de Boureau Placène, Juan-Pedro Halbout, Juan-Francisco Guillermo, alias «La Noê»; Pedro Francisco Roberto Langelley, Juan-Francisco Víctor Chauvel, Pedro Esteban Vigor Mallet, Esteban Félix Martine, todos ellos acusados presentes y los llamados Allain, alias «Antonio»; Luis Jacobo Lorot, Francisco Roberto Daché, alias «Deslaurières» y «Alejandro»; Cormaceuil hijo, Reverendo, José Buquet, la joven Pons, alias «Dupont»; Dusaussay y Le Charpentier hijo primogénito, estos últimos ausentes y en rebeldía, son culpables o no de los hechos que se les imputan en la presente acta de acusación.

Formulada en el tribunal de Ruán, a primero de diciembre del año mil ochocientos ocho.

Es copia conforme:
El Fiscal General Imperial,
Chapais Marivaux.



UN EPISODIO BAJO EL TERROR



UN EPISODIO BAJO EL TERROR

A MONSIEUR GUYONNET-MERVILLE

¿No conviene acaso, mi querido y antiguo jefe, explicar a las personas curiosas que desean saberlo todo, dónde he podido aprender los procedimientos que me permiten llevar los asuntos de mi pequeño mundo, y consagrar aquí la memoria del hombre amable y agudo que dijo a Scribe, otro escribiente aficionado: «Vamos, pasad al despacho, os aseguro que hay trabajo», al encontrarlo en el sarao; pero tenéis necesidad vos de este testimonio público para estar seguro del afecto del autor?

DE BALZAC

El 22 de enero de 1793, alrededor de las ocho de la noche, una señora anciana descendía por la eminencia rápida que termina frente a la iglesia de Saint-Laurent, en el arrabal de Saint-Martin, en París. Había nevado tanto durante todo el día que sus pasos apenas se oían. Las calles estaban desiertas. El temor, harto natural, que inspiraba el silencio, se aumentaba con todo el terror que entonces hacía gemir a Francia; además la anciana señora no había encontrado a nadie; su vista, debilitada desde hacía mucho tiempo, no le permitía por lo demás distinguir en lontananza, a la luz de los faroles, algunos transeúntes dispersos como sombras en la inmensa vía de aquel arrabal. Iba valientemente sola a través de aquella soledad, como si su edad fuese un talismán que debiese preservarla de todo mal. Cuando hubo dejado atrás la calle des Morts, creyó distinguir los pasos pesados y firmes de un hombre que la seguía. Se imaginó que no era la primera vez que oía aquel ruido; se asustó de que la siguiesen y trató de ir más de prisa aún a fin de llegar a una tienda bastante bien iluminada, esperando poder comprobar a la luz las sospechas que había concebido. Así que se encontró dentro del radio de resplandor horizontal que partía de aquella tienda, volvió bruscamente la cabeza y en medio de la niebla entrevió una forma humana; aquella visión indistinta le bastó y se tambaleó momentáneamente bajo el peso del terror que la abrumó, pues entonces ya no dudaba de que el desconocido la había seguido desde los primeros pasos que dio fuera de su casa, y el deseo de escapar a un espía le prestó fuerzas. Incapaz de razonar, dobló el paso, como si pudiera esquivar a un hombre que forzosamente tenía que ser más ágil que ella. Después de correr durante unos minutos, llegó a la tienda de un pastelero, entró en ella, y, más que sentarse, se dejó caer en una silla colocada frente al mostrador. En el momento en que ella hizo rechinar el picaporte, una joven que estaba bordando alzó la mirada y reconoció, a través de los cristales de la vidriera, el manto de forma antigua y de seda violeta con que se envolvía la anciana señora, y se apresuró a abrir

un cajón como para sacar de él algo que debía entregarle. No solamente el gesto y la fisonomía de la joven expresaban el deseo de desembarazarse lo antes posible de la desconocida, como si hubiese sido una de esas personas que no se ven con agrado, sino que además dejó escapar una expresión de impaciencia al encontrar el cajón vacío; luego, sin mirar a la señora, salió precipitadamente del mostrador, fue a la trastienda y llamó a su marido, quien apareció al punto.

—¿Dónde has puesto?... —le preguntó con aires de misterio, indicándole la anciana señora con una mirada y sin acabar la frase.

Aunque el pastelero no pudo ver más que el inmenso sombrero de seda negra rodeado por los nudos de cintas violeta que servía de tocado a la desconocida, desapareció después de dirigir a su mujer una mirada que parecía decir: «¿Crees que te dejaría una cosa así en el mostrador?...». Extrañada del silencio y la inmovilidad de la anciana señora, la tendera volvió junto a ella, y al verla se sintió dominada por un impulso de compasión y quizá también de curiosidad. Aunque la tez de aquella mujer fuese naturalmente linda, como la de una persona consagrada a austeridades secretas, se echaba de ver que una emoción reciente había infundido en ella una palidez extraordinaria. Su tocado estaba dispuesto de manera que ocultase sus cabellos, sin duda blanqueados por los años, pues la limpieza del cuello de su vestido denotaba que no llevaba polvos. Aquella falta de adorno infundía a su semblante una cierta severidad religiosa. Sus facciones eran graves y altivas. En otras épocas, los modales y las costumbres de las personas de calidad eran tan diferentes de los modales y costumbres de las personas pertenecientes a las otras clases, que se adivinaba fácilmente a una persona noble. Por lo tanto, la joven estaba persuadida que la desconocida era una *ci-devant*^[4], y que había pertenecido a la Corte.

—¿Señora?... —le dijo involuntariamente y con respeto, olvidando que aquel tratamiento estaba proscrito.

La vieja dama no respondió. Mantenía la vista fija en la vidriera de la tienda, como si en ella se dibujase un objeto espantoso.

—¿Qué tienes, ciudadana? —le preguntó el dueño del establecimiento, que reapareció en seguida.

El ciudadano pastelero sacó a la dama de su abstracción, tendiéndole una cajita de cartón envuelta en papel azul.

—Nada, nada, amigos míos —respondió ella con voz dulce.

Alzo los ojos hacia el pastelero, como para dirigirle una mirada de agradecimiento, pero al ver que se tocaba con un gorro colorado, dejó escapar un grito:

—¡Ah, me habéis traicionado!...

La joven y su marido respondieron con un gesto de horror que hizo enrojecer a la desconocida, ya sea por haber sospechado de ellos, ya sea de placer.

—Disculpadme —dijo entonces con una dulzura infantil.

Luego, sacando un luis de oro del bolsillo, lo ofreció al pastelero:

—He aquí el precio convenido —agregó.

Hay una indigencia que los indigentes saben adivinar. El pastelero y su mujer se miraron y señalaron a la anciana señora, comunicándose un mismo pensamiento. Aquel luis de oro debía de ser el último. Las manos de la dama temblaban al ofrecer aquella moneda, que contemplaba con dolor y sin avaricia, pero parecía darse cuenta de toda la extensión del sacrificio. El ayuno y la miseria estaban impresos en aquel rostro con trazos tan legibles como los del miedo y las costumbres ascéticas. Había en sus vestiduras vestigios de magnificencia: eran seda usada, un manto limpio, aunque pasado, encajes cuidadosamente remendados; en una palabra, los harapos de la opulencia... Los comerciantes, puestos entre la piedad y el interés, comenzaron por aliviar verbalmente su conciencia:

—Pero, ciudadana, pareces estar muy débil...

—¿Tiene necesidad la señora de tomar algo? —dijo la mujer, cortando la palabra a su marido.

—Tenemos un caldo muy bueno —añadió el pastelero.

—¡Hace tanto frío! ¿No se habrá apoderado el frío de la señora, por la calle? Pero podéis descansar aquí y calentaros un poco.

—¡No somos tan negros como el diablo! —exclamó el pastelero.

Conquistada por el acento de benevolencia que animaba las palabras de los caritativos tenderos, la dama manifiesto que la había seguido un extraño y que tenía miedo de volver sola a su casa.

—¿No es más que esto? —repuso el hombre del gorro encarnado—. Espérame, ciudadana.

Dio el luis a su mujer y después, movido por aquella especie de reconocimiento que se desliza al interior del alma de un comerciante cuando recibe un precio exorbitante por una mercancía de poco valor, fue a ponerse su uniforme de guardia nacional, tomó el sombrero, ciñó su sable corto y reapareció bajo las armas, pero su mujer ya había tenido tiempo de reflexionar. Como en muchos otros corazones, la reflexión cerró la mano abierta de la beneficencia. Inquieta y temerosa de ver a su marido en un atolladero, la mujer del pastelero trató de detenerlo, tirando del faldón de su traje, pero obedeciendo a un sentimiento de caridad, el buen hombre se ofreció inmediatamente para acompañar a la anciana señora.

—A lo que parece, el hombre que ha asustado a la ciudadana aún está rondando frente a la tienda —dijo vivamente la joven.

—Temo que sí —dijo con ingenuidad la dama.

—¿Y si fuese un espía?... ¿Si fuese una conspiración?... No vayas y pide que te devuelva la caja...

Estas palabras, susurradas al oído del pastelero por su mujer, helaron el valor improvisado que lo animaba.

—¡Eh, voy a decirle dos palabras y te libraré al instante de él! —exclamó el pastelero abriendo la puerta y saliendo con precipitación.

La anciana señora, pasiva como un niño y casi atontada, volvió a sentarse en la silla. El honrado comerciante no tardó en reaparecer: su cara, bastante roja de natural e iluminada además por el fuego del homo, se había vuelto súbitamente lívida; lo agitaba un pavor tan grande, que le temblaban las piernas y sus ojos parecían los de un beodo.

—¿Quieres que nos corten la cabeza, miserable aristócrata? —exclamó con furor—. ¡Vete inmediatamente, no vuelvas jamás por aquí y no cuentes conmigo para proporcionarte elementos conspiradores!

Al acabar de pronunciar estas palabras, el pastelero trató de quitar a la anciana señora la cajita, que ella se había metido en uno de sus bolsillos. Apenas las manos atrevidas del pastelero tocaron sus vestiduras, cuando la desconocida, prefirió entregarse a los peligros de la calle sin otro defensor que Dios, antes que perder lo que acaba de comprar, recuperó la agilidad de su juventud, se abalanzó hacia la puerta, la abrió de pronto y desapareció de la vista de la mujer y el marido, estupefactos y temblorosos. Así que la desconocida estuvo fuera, se puso a andar con celeridad, pero sus fuerzas no tardaron en faltarle, al oír al espía que la seguía implacablemente haciendo crujir la nieve bajo sus pesados pasos. Se vio obligada a detenerse, él se detuvo; no se atrevía a hablarle ni mirarlo, ya fuese a causa del miedo que la dominaba, ya fuese por falta de inteligencia. Prosiguió su camino con paso lento; el hombre aminoró también el suyo, a fin de permanecer a una distancia que le permitiese vigilarla. Parecía haberse convertido en la sombra de la anciana. Daban las nueve cuando la silenciosa pareja volvió a cruzar frente a la iglesia de Saint-Laurent. Es propio de la naturaleza de todas las almas, incluso las más débiles, que un sentimiento de calma suceda a una agitación violenta, pues si bien los sentimientos son infinitos, nuestros órganos son limitados. Así fue como la desconocida, al ver que su presunto perseguidor no le causaba ningún mal, creyó que se trataba de un amigo secreto deseoso de protegerla; pasó revista a todas las circunstancias que acompañaron a las apariciones del extraño, para encontrar motivos plausibles a esta consoladora opinión, y se complació entonces reconociendo en él más buenas intenciones que malas. Olvidando el espanto que aquel hombre acababa de inspirar al pastelero, penetró con paso firme en las regiones superiores del arrabal de Saint-Martin. Después de media hora de marcha, llegó a una casa situada junto a la esquina formada por la calle principal del arrabal y la que conduce a la puerta de Pantin. En todo París no existe todavía un paraje más desierto que éste. El cierzo, después de pasar por encima de las lomas de Chaumont y Belleville, silbaba entre las casas, o mejor dicho, entre las chozas esparcidas por aquel valle casi deshabitado cuyos cercados están compuestos de terraplenes levantados con tierra y huesos. Aquel lugar desolado parecía ser el asilo natural de la miseria y la desesperación. El hombre empeñado en perseguir a la pobre criatura, lo bastante osada como para cruzar de noche aquellas calles silenciosas, pareció impresionado por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Permaneció pensativo, de pie y en una actitud vacilante,

débilmente iluminado por un farol, cuya indecisa claridad apenas rasgaba la niebla. El miedo dio ojos a la anciana, quien creyó distinguir algo de siniestro en las facciones del desconocido; sintió que sus terrores se renovaban, y aprovechó aquella especie de incertidumbre que detuvo a su perseguidor para escurrirse por las sombras hacia la puerta de la casa solitaria; accionó un resorte y desapareció con una rapidez fantasmagórica. El desconocido, inmóvil, contemplaba aquella casa, que era en cierto modo el prototipo de las miserables moradas de aquel arrabal. Aquella vacilante casucha de mampostería estaba recubierta de una capa de yeso amarillento, tan agrietada que inspiraba el temor de que el menor embate del viento sería capaz de derribarla. El techo, de tejas pardas y cubiertas de musgo, se hundía en muchos lugares, haciendo creer que cedería bajo el peso de la nieve. Cada piso tenía tres ventanas cuyos marcos, podridos por la humedad y desencajados por la acción del sol, indicaban que el frío debía penetrar en las habitaciones. Aquella casa aislada parecía una vieja torre que el tiempo olvidó destruir. Una débil claridad iluminaba las ventanas que recortaban irregularmente la buhardilla que remataba aquella pobre construcción, mientras que el resto de la casa se hallaba sumido en una oscuridad completa. La anciana subió trabajosamente por la escalera tosca y grosera, apoyándose en una cuerda tendida a guisa de barandilla; llamó misteriosamente a la puerta del alojamiento situado en la buhardilla y se sentó precipitadamente en una silla que le ofreció un viejo.

—¡Ocultaos, ocultaos! —le dijo—. Aunque salgamos muy raramente, conocen nuestros movimientos y espían nuestros pasos...

—¿Decid, qué hay de nuevo? ¿Ocurre algo? —preguntó otra anciana sentada junto al fuego.

—El hombre que ronda alrededor de la casa desde ayer me ha seguido, esta noche...

Al oír estas palabras, los tres habitantes de aquel tugurio se miraron, dejando que las señales de un profundo temor aparecieran en su rostro. El viejo era el menos agitado de los tres, quizá porque era el que estaba más en peligro. Bajo el peso de una gran desdicha o el yugo de la persecución, un hombre valeroso comienza, por decirlo así, por hacer el sacrificio de sí mismo; consideran únicamente sus días como otras victorias alcanzadas sobre la suerte. Las miradas que las dos mujeres, fijas en aquel viejo, permitían adivinar fácilmente que él era el único objeto de su viva solicitud.

—¿Por qué desesperar de Dios, hermanas mías? —dijo él con voz sorda pero llena de unción—. Entonces sus alabanzas en medio de los gritos que lanzaban los asesinos y los moribundos en el convento de los Carmelitas. Si Él ha querido salvarme de aquella matanza, lo hizo sin duda para reservarme a un destino que debo aceptar sin protesta. Dios protege a los suyos y puede disponer de ellos a su antojo. Es de vos, y no de mi, de quien debemos ocuparnos.

—No —dijo una de las dos ancianas—. ¿Qué es nuestra vida, comparada con la de un sacerdote?

—Cuando me vi fuera de la abadía de Chelles, me di por muerto —dijo aquella de las dos religiosas que no había salido.

—Aquí tenéis —prosiguió la que acababa de llegar, tendiendo la cajita al sacerdote—, aquí tenéis las hostias... ¡Pero —exclamó— oigo subir a alguien por la escalera!

Los tres se pusieron a escuchar... El ruido cesó.

—No os asustéis —dijo el sacerdote—, si alguien trata de llegar hasta vos. Una persona con cuya fidelidad podemos contar tuvo que adoptar toda clase de precauciones para pasar la frontera, y vendrá a buscar las cartas que he escrito al duque de Langeais y al marqués de Beauséant, para que puedan hallar un medio de arrancaros de este espantoso país, de la muerte y de la miseria que en él os espera.

—¿Así, vos no nos seguiréis? —gimieron dulcemente las dos religiosas, manifestando una especial desesperación.

—Mi lugar está junto a las víctimas —dijo el sacerdote con sencillez.

Ellas callaron y miraron a su huésped con una santa admiración.

—Sor Marta —dijo, dirigiéndose a la religiosa que había ido en busca de las hostias—, este emisario deberá responder *Fiat voluntas* a la palabra *Hosanna*.

—¡Hay alguien en la escalera! —exclamó la otra religiosa, abriendo un escondrijo practicado bajo el techo.

Esta vez fue fácil oír, en medio del más profundo silencio, los pasos de un hombre que hacían resonar los peldaños cubiertos de callosidades producidas por barro endurecido. El sacerdote se introdujo trabajosamente en una especie de armario y la religiosa le echó encima algunas ropas.

—Podéis cerrar, sor Ágata —dijo él con voz ahogada.

Apenas oculto el sacerdote, cuando tres golpes dados a la puerta hicieron estremecer a las dos santas mujeres, que se consultaron con la mirada sin atreverse a pronunciar una sola palabra. Ambas parecían tener alrededor de sesenta años. Separadas del mundo desde hacía cuarenta años, eran como plantas acostumbradas al aire de un invernáculo, que se mueren si se las saca de él. Habitadas a la vida conventual eran incapaces de concebir otra. Cuando una mañana fueron rotas sus rejas temblaron al encontrarse libres. Es fácil imaginar la especie de imbecilidad ficticia que los sucesos de la Revolución produjeron en sus inocentes almas. Incapaces de armonizar sus ideas claustrales con las dificultades de la vida, y sin darse cuenta cabal de su situación, parecían criaturas de las que alguien había cuidado hasta entonces y que, abandonadas por su providencia maternal, rezaban en vez de llorar. Así, ante el peligro que preveían en aquel momento, permanecieron mudas y pasivas, pues no conocían más defensa que la resignación cristiana. El hombre que solicitaba entrada interpretó aquel silencio a su manera, abrió la puerta y se mostró de pronto. Las dos religiosas temblaron al reconocer al personaje, que, desde hacía algún tiempo, rondaba en torno a la casa y se informaba sobre ellas; ambas permanecieron inmóviles, contemplándolo con una curiosidad inquieta, a la manera de los niños

salvajes, que examinan silenciosamente a los extranjeros. Aquel hombre era de elevada estatura y corpulento, pero nada, en su porte, en su aspecto ni en su fisonomía, indicaba a un ser malvado. Imitó la inmovilidad de las religiosas y paseó lentamente su mirada por la habitación en que se encontraba.

Dos esteras de paja, puestas sobre tablas, servían de lecho a las dos religiosas. En el centro de la habitación había una sola mesa con un candelero de cobre, algunos platos, tres cuchillos y un pan redondo. El fuego de la chimenea era modesto. Unos cuantos trozos de madera, apilados en un rincón, atestiguaban por lo demás la pobreza de las dos reclusas. Las paredes, recubiertas de una capa de pintura viejísima, demostraban el mal estado del techo, en el que unas manchas parecidas a hilillos pardos indicaban las filtraciones de las aguas pluviales. Una reliquia, sin duda salvada del saqueo de la abadía de Chelles, adornaba la repisa de la chimenea. Tres sillas, dos arcas y una mala cómoda completaban el mobiliario del aposento. Una puerta, practicada junto a la chimenea, hacía suponer que existía una segunda habitación.

El individuo que se introdujo bajo tan terribles auspicios en el seno de aquella casa no tardó en hacer el inventario de aquella celda. Un sentimiento de conmiseración se pintó en su rostro, y dirigió una mirada de benevolencia a las dos mujeres, por lo menos tan embarazado como ellas. El extraño silencio en el que los tres permanecieron duró poco, pues el extranjero acabó por adivinar la debilidad moral y la inexperiencia de las dos pobres criaturas y entonces les dijo, con una voz que trató de dulcificar:

—Yo no vengo aquí como enemigo, ciudadanas...

Después de una breve inspección, prosiguió:

—Hermanas, si os ocurriese alguna desgracia, creed que yo no tengo parte en ella... Vengo a pedir os un favor.

Ellas continuaron guardando silencio.

—Si os importuno, si... os molesto, hablad francamente... me retiraré, pero sabed que os soy completamente fiel y, si yo puedo hacer algo por vos, contad con mis buenos servicios, y que tal vez yo sólo estoy por encima de la ley, puesto que ya no hay rey...

Había tal acento de verdad en sus palabras, que sor Agata, aquella de las dos religiosas que pertenecía a la casa de Langeais, y cuyos modales parecían anunciar que en otro tiempo conoció el brillo de las fiestas y respiró el aire de la corte, se apresuró a indicar una de las sillas, como si rogase al desconocido que tomase asiento. El recién llegado manifestó una especie de alegría mezclada con tristeza al comprender aquel ademán y, antes de sentarse, esperó que las dos respetables señoras hiciesen lo propio.

—Habéis dado asilo —prosiguió— a un venerable sacerdote no juramentado, que escapó milagrosamente a las matanzas de los Carmelitas...

—¡*Hossanna!* —dijo sor Agata interrumpiendo al desconocido y mirándolo con

inquieta curiosidad.

—No se llama así, según creo —respondió él.

—Pero, señor —dijo con presteza sor Marta—, aquí no tenemos a ningún sacerdote y...

—Entonces, deberíais tener mayor cuidado y previsión —replicó con dulzura el desconocido, tendiendo el brazo hacia la mesa y tomando un breviario—. No creo que sepáis latín y...

No continuó, pues la emoción extraordinaria que se pintó en la cara de las dos pobres religiosas le hizo temer haber ido demasiado lejos; estaban temblorosas y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Tranquilizaos —les dijo con voz franca—, conozco el nombre de vuestro huésped y los vuestros, y, desde hace tres días, me hallo al corriente de vuestro infortunio y de vuestra devoción por el venerable abad de...

—¡Chitón! —dijo ingenuamente sor Agata, llevándose un dedo a los labios.

—Como veis, hermanas, si hubiese concebido el horrible designio de traicionaros, ya hubiera podido hacerlo más de una vez...

Al oír estas palabras, el sacerdote salió de su escondrijo y reapareció en el centro de la habitación.

—No puedo creer, señor —dijo al desconocido—, que seáis uno de nuestros perseguidores, y me fío de vos. ¿Qué queréis de mí?

La santa confianza del sacerdote, la nobleza que brillaba en todas sus facciones, hubieran desarmado a unos asesinos. El misterioso personaje que había venido a animar aquella escena de miseria y de resignación contempló durante unos momentos el grupo formado por aquellos tres seres; después asumió un tono confidencial y se dirigió al sacerdote en estos términos:

—Venía a suplicaros, padre, que celebréis una misa de difuntos por el descanso del alma de... de un... de una persona sagrada, cuyo cuerpo no descansará jamás en tierra santa...

El sacerdote se estremeció involuntariamente. Las dos religiosas sin comprender aún a quien se refería el desconocido, permanecieron oído avizor, con el rostro vuelto hacia los dos interlocutores, en una actitud de curiosidad. El eclesiástico examinó al desconocido: una ansiedad inequívoca estaba pintada en su semblante y sus miradas expresaban una súplica ardiente.

—Bien —respondió el sacerdote—, volved hoy mismo, a medianoche, y estaré dispuesto a celebrar el único oficio de difuntos que podemos ofrecer en expiación del crimen de que habláis...

El desconocido se estremeció, pero una satisfacción dulce y grave a la vez pareció triunfar sobre un secreto dolor. Después de saludar respetuosamente al sacerdote y las dos santas mujeres, desapareció demostrando una suerte de mudo reconocimiento, que fue comprendido por aquellas tres almas generosas. Aproximadamente dos horas después de esta escena, el desconocido volvió, llamó discretamente a la puerta del

desván y fue introducido por la señorita Beauséant, quien lo condujo a la segunda habitación de aquella modesta vivienda, donde ya estaba todo preparado para la ceremonia. Las dos religiosas habían colocado entre dos tubos de la chimenea la vieja cómoda, cuyos antiguos contornos estaban ocultos bajo un magnífico frontal de muaré verde. Un gran crucifijo de ébano y marfil colgado de la pared amarilla resaltaba su desnudez y atraía necesariamente la mirada. Cuatro cirios pequeños y delgados, que las monjas habían conseguido colocar en aquel altar improvisado sujetándolos con lacre, arrojaban un pálido resplandor, apenas reflejado por la pared. Aquella tenue claridad dejaba medio en sombras el resto de la habitación pero, al iluminar únicamente las cosas santas parecía un rayo caído del cielo sobre aquel altar sin ornato. Las baldosas estaban húmedas. El techo, que descendía rápidamente por ambos lados, como es propio de los desvanes, tenía algunos resquicios por los que se filtraba un viento glacial. Nada era menos pomposo y, sin embargo, quizá no existió nada tan solemne como aquella lúgubre ceremonia. Un profundo silencio, que hubiera permitido oír el menor grito lanzado en la carretera de Alemania, difundía una especie de majestad sombría en aquella escena nocturna. Finalmente, la grandeza del acto contrastaba hasta tal punto con la pobreza de los objetos, que producía un sentimiento de religioso temor. A cada lado del altar, las dos viejas reclusas, arrodilladas en las baldosas del piso sin preocuparse por su humedad mortífera, rezaban conjuntamente con el sacerdote, quien revestido con sus hábitos pontificales, disponía un cáliz de oro adornado con piedras preciosas, vaso sagrado salvado sin duda del pillaje de la abadía de Chelles. Al lado de este copón, monumento de una magnificencia regia, el agua y el vino destinados al santo sacrificio estaban contenidos en dos vasos apenas dignos de la más infama tabernucha. Falto de misal, el sacerdote depositó su breviario en un ángulo del altar. Un plato común estaba dispuesto para el lavatorio de unas manos inocentes y puras de sangre. Todo era inmenso, pero pequeño; pobre, pero noble; profano y santo a la vez. El desconocido se arrodilló piadosamente entre las dos religiosas. Pero de pronto, al distinguir un crespón en el cáliz y en el crucifijo, pues, al no tener nada para anunciar la finalidad de aquella misa fúnebre, el sacerdote había puesto al propio Dios de luto, lo asaltó un recuerdo tan vivo, que gotas de sudor perlaron su espaciosa frente. Los cuatro silenciosos actores de aquella escena se miraron entonces misteriosamente y después sus almas, actuando a porfía unas sobre otras se comunicaron así sus sentimientos y se confundieron en una conmiseración religiosa: parecía como si su pensamiento hubiese evocado al mártir cuyos restos fueron devorados por la cal viva, y como si su sombra se alzase ante ellos en toda su real majestad. Celebraban una misa de difuntos sin el cuerpo del muerto. Bajo aquellas tejas y latas mal encajadas, cuatro cristianos iban a interceder ante Dios por un rey de Francia, y celebrar su entierro sin féretro. Era la más pura de todas las fidelidades, un acto de devoción sorprendente realizado sin segunda intención. Fue sin duda, a los ojos de Dios, como el vaso de agua que equilibra las mayores virtudes. Toda la monarquía estaba allí, en las plegarias de un

sacerdote y de dos pobres mujeres; pero quizá también la Revolución estaba representada por aquel hombre cuyo semblante revelaba demasiados remordimientos, para no creer que cumplía los votos de un inmenso arrepentimiento.

En vez de pronunciar las palabras latinas: *Introibo ad altere Dei* etc., el sacerdote, por inspiración divina, miró a los tres existentes que representaban a la Francia cristiana y les dijo, para borrar las miserias de aquel tugurio:

—¡Vamos a entrar en el santuario de Dios!

Estas palabras, pronunciadas con una unción penetrante, provocaron un sagrado terror en el asistente y las dos religiosas. Dios no se hubiera mostrado a los ojos de aquellos cristianos más majestuoso bajo las bóvedas de San Pedro de Roma, que entonces en aquel asilo de la indigencia: hasta tal punto es cierto que todo intermediario parece inútil entre el hombre y Él y que sólo saca su grandeza de sí mismo. El fervor del desconocido era auténtico. Así, el sentimiento que unía las plegarias en aquellos cuatro siervos de Dios y del rey fue unánime. Las palabras santas resonaban como una música celestial en medio del silencio. Hubo un momento en que el desconocido se dejó dominar por el llanto, durante el Padre Nuestro. El sacerdote añadió esta oración latina, que sin duda el forastero comprendió:

Et remitte scelus regicidis sicut Ludovicus eis remisit semetipse: (¡Y perdona a los regicidas como Luis XVI también les perdona!).

Las dos religiosas vieron que dos gruesas lágrimas trazaban un húmedo camino por las mejillas viriles del desconocido y caían al suelo. El sacerdote recitó el oficio de difuntos. El *Domine salvun fac regem*, cantado en voz baja, enterneció a aquellos fieles realistas, al pensar que el rey niño, por quien rogaban en aquel momento al Altísimo, estaba cautivo en manos de sus enemigos. El desconocido se estremeció al comprender que aún podía cometerse un nuevo crimen, en el que, sin duda, se vería obligado a participar. Terminado el servicio fúnebre, el sacerdote hizo una seña a las dos religiosas que se retiraron. Así que se encontró a solas con el desconocido, se acercó a él con expresión dulce y triste y después le dijo con voz paternal:

—Hijo mío, si habéis bañado vuestras manos en la sangre del rey mártir, confiaos a mí. No hay culpa que, a los ojos de Dios, no pueda borrarse con un arrepentimiento tan conmovedor y sincero como el vuestro parece ser.

A las primeras palabras pronunciadas por eclesiástico, el desconocido dejó escapar un involuntario movimiento de temor, pero recuperó su talante tranquilo y miró con aplomo al sacerdote sorprendido:

—Nadie es más inocente que yo, Padre, de la sangre vertida —le dijo con voz visiblemente alterada.

—Debo creerlo —repuso el sacerdote.

Hizo una pausa durante la cual examinó de nuevo a su penitente; luego, empeñado en tomarlo por uno de aquellos miedosos convencionales que condenaron a una cabeza inviolable y sagrada a fin de conservar la suya, repuso con voz grave:

—Pensad, hijo mío, que para ser absuelto de este gran crimen, no basta con no

haber cooperado en su ejecución. Los que pudiendo defender al rey, no desenvainaron su espada, tendrán que rendir muy duras cuentas ante el Rey de los cielos... ¡Oh, sí —añadió el viejo sacerdote, moviendo la cabeza de derecha a izquierda en un gesto muy expresivo—, sí, muy duras... pues, al permanecer ociosos, se hicieron cómplices involuntarios de esta espantosa fechoría!...

—¿Vos creéis —preguntó el desconocido estupefacto que una participación indirecta merece castigo?... ¿Así, es también culpable el soldado que forma la fila?...

El sacerdote parecía indeciso. Contento ante el embarazo en que ponía a aquel puritano de la monarquía al colocarlo entre el dogma de la obediencia pasiva, que según los partidarios de aquélla, debe dominar a los códigos militares, y el dogma igualmente importante que consagra el respeto debido a la persona de los reyes, el desconocido se apresuró a ver en la vacilación de su sacerdote una solución favorable para las dudas que parecían atormentarle. Después, para evitar que el venerable jansenista continuase reflexionando, le dijo:

—Me sonrojaría ofreceros unos honorarios por el servicio fúnebre que acabáis de celebrar para el descanso del alma del rey y mi tranquilidad de conciencia. Solamente se puede pagar una cosa inestimable mediante una ofrenda que tampoco tenga precio. Dignaos aceptar pues, señor, el don que os hago de una santa reliquia... Quizás algún día comprenderéis su valor.

Cuando acabó de pronunciar estas palabras, el desconocido ofreció al eclesiástico una cajita extremadamente ligera; el sacerdote la tomó involuntariamente en sus manos, por así decir, pues la solemnidad de las palabras de aquel hombre, el tono con que las pronunció, el respeto con que sostenía aquella caja, lo sumieron en una profunda sorpresa. Volvieron entonces a la habitación en que esperaban las dos religiosas.

—Estáis en una casa —les dijo el desconocido—, cuyo dueño, Mucio Scévola, el yesero que habita en el primer piso, es célebre en el barrio por su patriotismo, pero es fiel en secreto a los Borbones. En otros tiempos fue montero de monseñor el príncipe de Conti y le debe su fortuna. Si no salís de su casa, estaréis aquí más seguros que en cualquier otro lugar de Francia. Permaneced aquí. Hay almas piadosas que procurarán que nada os falte, y podéis esperar sin peligro que lleguen tiempos mejores. Dentro de un año, el 21 de enero... (al pronunciar estas últimas palabras, no pudo disimular un movimiento involuntario), si adoptáis este triste lugar por asilo, vendré a celebrar con vos la misa expiatoria...

No pudo acabar la frase. Saludó a los mudos moradores del desván, dirigió una última mirada sobre los síntomas que atestiguaban su indigencia y desapareció.

Para las dos inocentes religiosas, semejante aventura poseía todo el interés de una novela; así, cuando el venerable abad les habló del misterioso regalo hecho con tanta solemnidad por aquel hombre, ellas dejaron la caja sobre la mesa y los tres semblantes, inquietos, débilmente iluminados por la vela, mostraron una indescriptible curiosidad. La señorita Lageais abrió la caja, encontró en ella un

finísimo pañuelo de batista sucio de sudor y, al desplegarlo, vieron en él unas manchas.

—¡Son de sangre! —dijo el sacerdote.

—Está marcado por la corona real... —exclamó la otra hermana.

Las dos monjas dejaron caer la preciosa reliquia con horror. Para aquellas dos almas ingenuas, el misterio que rodeaba al extraño era impenetrable y, en cuanto al sacerdote, desde aquel día no trató siquiera de explicárselo.

Los tres prisioneros no tardaron en darse cuenta de que a pesar del Terror, una mano poderosa velaba por ellos. Principiaron por recibir leña y provisiones de boca; después las dos religiosas adivinaron que una mujer que estaba en relación con su protector, cuando les enviaron ropa blanca y vestidos que, al sustituir a las ropas aristocráticas que se vieron obligadas a conservar, les permitirían salir sin llamar la atención y finalmente, Mudo Scévola les dio dos cartas cívicas. Recibieron a menudo por medios tortuosos avisos necesarios para la seguridad del sacerdote y él reconoció que tal oportunidad en semejantes consejos, sólo podía proceder una persona iniciada en los secretos de estado. A pesar del hambre que pesaba sobre París, los proscritos encontraron a la puerta de su mísera morada raciones de *pan blanco* que manos invisibles dejaban allí con regularidad; sin embargo, creyeron reconocer en Mucio Scévola el misterioso agente de aquella beneficencia, tan ingenuo siempre como inteligente. Los nobles habitantes del desván por lo tanto, no podían dudar que su protector fuese el personaje que vino a pedir que celebrasen la misa expiatoria la noche del 22 de enero de 1793; por lo tanto se convirtió en objeto de un culto particularísimo por parte de aquellos tres seres, que sólo confiaban en él y únicamente para él vivían. Añadieron plegarias especiales para él en sus oraciones; por la mañana y por la noche aquellas almas piadosas formulaban votos para su felicidad, su prosperidad, su salvación, suplicando a Dios que lo librase de todas las asechanzas, lo mismo que de sus enemigos, concediéndole una vida larga y apacible. A su agradecimiento, que por así decir se renovaba todos los días, vino a añadirse necesariamente un sentimiento de curiosidad que cada día se hizo más vivo. Las circunstancias que acompañaron la aparición del extranjero eran el tema predilecto de sus conversaciones, hacían mil conjeturas sobre él y la distracción que así él les procuraba era un beneficio más que se añadía a los restantes. Se prometían no perderse la amistad del desconocido la noche en que volviese para celebrar, según su promesa, el triste aniversario de la muerte de Luis XVI.

Por fin llegó aquella noche, esperada con tanta impaciencia. A medianoche, el rumor de los pesados pasos del desconocido resonó en la vieja escalera de madera; la habitación había sido preparada para recibirlo, el altar estaba dispuesto. Esta vez, las monjas abrieron la puerta de antemano y ambas se apresuraron a iluminar la escalera. La señorita Langeais incluso descendió algunos peldaños para ver antes a su bienhechor.

—Venid —le dijo con voz conmovida y afectuosa—, venid... os esperamos.

El hombre alzó la cabeza, dirigió una mirada sombría a la religiosa y no respondió; sintió caer sobre ella como un sudario de hielo, y guardó silencio; ante su aspecto, el reconocimiento y la curiosidad expiraron en todos los corazones. Quizás sea menos frío, menos taciturno y menos terrible de lo que parecía a aquellas almas, la exaltación de cuyos sentimientos estaba predispuesta para derramar amistad. Los tres pobres prisioneros se resignaron, al comprender que aquel hombre quería seguir siendo un extraño para ellos. El sacerdote creyó observar en los labios del desconocido una sonrisa prontamente reprimida, en el momento en que se apercibió de los preparativos que habían hecho para recibirle. Oyó la misa y rezó, pero luego desapareció, después de responder con algunas frases corteses pero negativas a la invitación que le hizo la señorita Langeais para que compartiese con ellos la pequeña colación que habían preparado.

Después del 9 de termidor, las religiosas y el abad de Marolles pudieron ir a París sin correr el menor peligro. La primera salida del viejo sacerdote fue para ir a una tienda de perfumería, cuya muestra rezaba *La Reina de las Flores*, regentada por el ciudadano y la ciudadana Ragon, antiguos perfumistas de la corte, que habían permanecido fieles a la familia real y que los moradores de la Vendée utilizaban para comunicarse con los príncipes y el comité realista de París. El abad, vestido como era moda en la época, encontraba a la puerta de esta tienda, situada entre Saint-Roch y la calle de Frondeurs cuando una muchedumbre que llenaba la calle Saint-Honoré, le impidió salir.

—¿Qué es esto? —dijo a madame Ragon.

—No es nada —respondió ella—, son la carreta y los verdugos que van a la plaza Luis XV. ¡Ah, el año pasado la vimos con mucha frecuencia, pero hoy, cuatro días después del aniversario del 21 de enero, podemos mirar este terrible cortejo sin ningún pesar!

—¿Por qué? —dijo el abad—. Lo que decís no es cristiano.

—¡Eh, es la ejecución de los cómplices de Robespierre; se han defendido todo lo que han podido, pero ahora van allí a donde enviaron a tantos inocentes!

La multitud pasó como una ola. El abad de Marolles, cediendo a un impulso de curiosidad, vio por encima de las cabezas, de pie en la carreta, al hombre que, tres días antes, asistió a su misa.

—¿Quién es —dijo— ese que...?

—Es el verdugo —respondió el señor Ragon llamando al carrasco por su nombre monárquico, o sea «bourreau».

—¡Amigo mío, amigo mío —gritó madame Ragon—, el señor abad se muere!

Y la anciana señora tomó un frasco de vinagre para reanimar al viejo sacerdote, que se había desmayado.

—Sin duda le dio —dijo— el pañuelo con que el rey se secó la frente al ir al martirio... ¡Pobre hombre!... ¡La cuchilla de acero tuvo corazón, cuando nadie en Francia lo tenía!...

Los perfumistas creyeron que el desdichado sacerdote deliraba.

París, enero de 1831.



UN ASUNTO TENEBROSO



UN ASUNTO TENEBROSO

*A monsieur De Margone, su huésped
en el castillo de Saché, agradecido,*

De Balzac

I LOS SINSABORES DE LA POLICÍA

El otoño del año 1803 fue uno de los más hermosos del primer período de este siglo, que llamamos el Imperio. En octubre algunas lluvias refrescaron los prados y los árboles estaban todavía verdes y con hojas a mediados de noviembre. El pueblo empezaba a establecer entre el cielo y Bonaparte, nombrado entonces cónsul a perpetuidad, un acuerdo al que aquel hombre debió uno de sus prestigios y, ¡cosa extraña!, el día de 1812 en que el sol le faltó, cesó su prosperidad. El 15 de noviembre de aquel año, alrededor de las cuatro de la tarde, el sol lanzaba como un polvo rojo sobre las cúspides centenarias de cuatro hileras de olmos de una larga avenida señorial; hacía brillar la arena y las briznas de hierba de una de esas inmensas glorietas que se encuentran en la campiña, donde la tierra costaba antes tan poco que podía sacrificarse al ornato. El aire era tan puro y la atmósfera tan dulce, que una familia tomaba allí en aquellos momentos el fresco como en verano. Un hombre vestido con una chaqueta de caza de cutí verde y botones de igual color, pantalones de la misma tela, calzados zapatos de delgadas suelas y con polainas de cutí hasta la rodilla, limpiaba una carabina con el cuidado que ponen en esta operación los cazadores hábiles en sus momentos de ocio. Aquel hombre no tenía morral, ni mochila, ninguno de los útiles, en fin, que anuncian la partida o el retomo de la caza, y dos mujeres sentadas a su lado le miraban, pareciendo presas de un mal disimulado terror. Quien hubiese podido contemplar aquella escena, oculto por los matorrales, sin duda se hubiera estremecido, como se estremecían la anciana suegra y la mujer de aquel hombre. Evidentemente, un cazador no toma tan minuciosas precauciones para cobrar una pieza, ni emplea, en el departamento del Aube, una pesada carabina de cañón rayado.

—¿Vas a matar corzos, Michu? —le preguntó su joven y bella esposa, tratando de

asumir un aspecto risueño.

Antes de responder, Michu miró a su perro que, tendido al sol, con las patas estiradas y el hocico apoyado en ellas, en la encantadora actitud de los perros de caza, acababa de levantar la cabeza y olfateaba alternativamente hacia adelante, por la avenida de un cuarto de legua de longitud, y en dirección a un atajo que desembocaba a la izquierda en la glorieta.

—No —respondió Michu—, sino a un monstruo que no quiero errar, a un lobo cervical.

El perro, un magnífico podenco de pelaje blanco con manchas pardas, lanzó un gruñido.

—¡Vaya —dijo Michu hablando consigo mismo—, espías! Pululan por la región.

La esposa de Michu levantó dolorosamente los ojos al cielo. Era una hermosa rubia de ojos azules, con los formas de una estatua antigua, pensativa y recogida. Una pena negra y amarga parecía devorarla. El aspecto del marido podía explicar hasta cierto punto el terror de las dos mujeres. Las leyes de las fisonomías son exactas, no sólo en su aplicación al carácter, sino también respecto a la fatalidad de la existencia. Hay fisonomías proféticas. Si fuese posible tener un dibujo exacto de todos cuantos mueren en el patíbulo, y esta estadística viviente es de gran importancia para la sociedad, la ciencia de Lavater y la de Gall demostrarían de manera incuestionable que en la cabeza de todas esas gentes, incluso en los inocentes, había signos extraños. ¡Si, la fatalidad pone su marca en el rostro de los que deben morir de muerte violenta! Este sello, visible a los ojos del observador, estaba impreso en el expresivo rostro del hombre de la carabina. Pequeño y grueso, brusco y listo como un mono, aunque de carácter calmoso, Michu tenía una cara blanca, inyectada en sangre y redonda como la de un calmuco y, a la que unos cabellos rojos y ensortijados infundían una expresión siniestra. Sus ojos amarillentos y claros ofrecían, como los del tigre, una profundidad interior en la que se perdía la mirada que lo analizaba, sin encontrar movimiento ni calor. Fijos, luminosos y rígidos, aquellos ojos acababan por asustar. La oposición constante de la inmovilidad de los ojos con la vivacidad del cuerpo, aumentaba aún más la impresión glacial que Michu causaba de momento. La acción, que era rápida en aquel hombre, debía hallarse al servicio de un pensamiento único, del mismo modo que, en los animales, la vida irracional está al servicio del instinto. Desde 1793, había dispuesto su barba rojiza en abanico. Aunque no hubiese sido presidente de un club de jacobinos durante el Terror, aquella particularidad de su rostro hubiera bastado por sí sola para darle un aspecto terrible. Aquel rostro socrático de nariz roma estaba coronado por una frente hermosísima, pero tan abombada, que parecía formar un saliente sobre la cara. Las orejas, muy separadas, poseían cierta movilidad, como las de los animales salvajes, que siempre están alerta. La boca, entreabierta según una costumbre bastante ordinaria entre los campesinos, dejaba ver unos dientes fuertes y blancos, como almendras, pero muy mal ordenados. Unas patillas gruesas y relucientes encuadraban aquella cara blanca violácea en

algunos puntos. Los cabellos, cortados al rape por delante y, largos en las mejillas y por detrás hacían resaltar perfectamente, merced a su color rojizo y leonado, todo cuanto aquella fisonomía tenía de extraño y fatal. El cuello, corto y grueso, hubiera tentado a la cuchilla de la ley. En aquel momento, el sol, cayendo de refilón sobre aquel grupo, iluminaba de pleno aquellas tres cabezas, que el perro miraba a veces. Esta escena, por lo demás, se hallaba situada en un magnífico lugar. La glorieta en cuestión se encuentra al final del parque de Gondreville, una de las tierras más ricas de Francia y, sin discusión, la más bella del departamento del Aube: magníficas avenidas de olmos, un castillo construido según los planos de Nansard, parque de mil quinientas fanegas cercado por tapias, nueve grandes alquerías, un bosque, molinos y prados. Esta heredad casi real, pertenecía antes de la Revolución a la familia de Simeuse. Simeuse es un feudo situado en Lorena. El nombre se pronunciaba Simeuse, y todos acabaron escribiéndolo tal como se pronunciaba.

La gran fortuna de los Simeuse, hidalgos adictos a la casa de Borgoña, se remonta a la época en que los Guisa amenazaban a los Valois. Primero Richelieu y después Luis XIV, tuvieron en cuenta la fidelidad de los Simeuse por la sediciosa casa de Lorena, y los apartaron de su lado. El que entonces era marqués de Simeuse, viejo borgoñón, viejo partidario de Guisa, viejo partidario de la liga de los católicos contra los protestantes y viejo frondista (heredó los cuatro grandes rencores de la nobleza contra la monarquía), se fue a vivir a Cinq-Cygne. Este cortesano, expulsado del Louvre, contrajo matrimonio con la viuda del conde de Cinq-Cygne, la rama menor de la famosa casa de Chargeboeuf, una de las más ilustres del viejo condado de Champaña, que se hizo tan célebre y más opulenta que la rama mayor. El marqués, uno de los hombres más ricos de la época, en vez de arruinarse en la corte, edificó Gondreville, compuso sus dominios y unió a ellos nuevas tierras, únicamente para crear un buen coto de caza. Construyó asimismo en Troyes el palacio Simeuse, a poca distancia del de Cinq-Cygne. Estas dos viejas mansiones y el obispado fueron durante mucho tiempo las únicas casas de piedra que hubo en Troyes. El marqués vendió Simeuse al duque de Lorena. Su hijo dilapidó los ahorros y cierta parte de aquella gran fortuna durante el reinado de Luis XV, pero llegó a ser jefe de escuadra y después vicealmirante, reparando las locuras de su juventud mediante brillantes servicios. El marqués de Simeuse, hijo de aquel marino, pereció en el patíbulo, en Troyes, dejando dos hijos gemelos que emigraron y se encontraban a la sazón en el extranjero, siguiendo la suerte de la casa de Condé.

Aquella glorieta había sido antaño el punto de cita para las monterías del gran marqués, nombre que la familia daba al Simeuse que construyó Gondreville.

Michu habitaba en aquel lugar desde 1789. Estaba situado en el interior del parque, que databa de la época de Luis XIV, y recibía el nombre de pabellón de Cinq-Cygne. La aldea de Cinq-Cygne se encuentra al extremo del bosque de Nodesme (corrupción de Nôtre-Dame), a la que conduce la avenida con cuatro hileras de olmos donde *Couraut* olfateaba espías. Desde la muerte del gran marqués, aquel pabellón

cayó en el mayor abandono. Al vicealmirante le gustó mucho más recorrer los mares y visitar la corte que la Champaña, y su hijo dio a Michu por morada aquel pabellón medio en ruinas.

Esta noble construcción es de ladrillo, adornado con piedra vermicular en las esquinas, puertas y ventanas. A cada lado se abre una verja de hermoso hierro forjado, pero corroída por el orín. Traspuesta la verja, se extiende una anchurosa y profunda zanja, de la que surgen árboles vigorosos, y cuyos parapetos están erizados con arabescos de hierro que presentan sus innumerables pinchos a los malhechores.

Los muros del parque empiezan más allá de la circunferencia formada por la glorieta. Por la parte exterior, la magnífica media luna aparece dibujada por taludes cubiertos de olmos, lo mismo que la que le corresponde en el parque lo está por macizos de árboles exóticos. Así, el pabellón ocupa el centro de la glorieta trazada por estas dos herraduras. Michu convirtió las antiguas salas de la planta baja en caballeriza, establo, cocina y leñera. El único resto del antiguo esplendor es una antecámara con losas de mármol blanco y negro, a la que se entra, por el lado del parque, a través de una de esas puertas-ventana con cuadraditos de vidrio, como las que aún había en Versalles antes de que Luis-Felipe lo convirtiese en hospital de las glorias de Francia. El interior de este pabellón está dividido por una vieja escalera de madera carcomida, pero llena de carácter, que conduce al primer piso, donde se encuentran cinco habitaciones, un poco bajas de techo, encima de las cuales se extiende un inmenso granero. Este venerable edificio se halla rematado por uno de esos grandes tejados de cuatro vertientes cuya cresta está adornada por dos ramilletes de plomo, y horadada por cuatro de esos tragaluces redondos que tanto gustaban a Mansard con razón, pues en Francia, el ático y los techos planos a la italiana son un contrasentido que despierta las protestas del clima. Michu guardaba allí su forraje.

Toda la parte del parque que rodea este viejo pabellón es de estilo inglés. A cien pasos, un antiguo lago, convertido sencillamente en estanque bien provisto de peces, atestigua su presencia, tanto por una ligera bruma que se alza por encima de los árboles como por el croar de miles de ranas, sapos y otros anfibios bulliciosos a la puesta del sol. El carácter vetusto de todas las cosas, el profundo silencio de los bosques, la perspectiva de la avenida, la selva distante, mil y un detalles, los hierros enmohecidos, las masas de piedra aterciopeladas por el musgo, todo poetiza esta construcción, que todavía existe.

En el momento en que da principio esta historia, Michu se hallaba apoyado en un musgoso parapeto sobre el que se veían su cebador, su gorra, su pañuelo, un tornavís, trapos, en fin, todos los utensilios necesarios para su sospechosa operación. La silla de su mujer estaba adosada al lado de la puerta exterior del pabellón, sobre la cual aún se veían las armas de Simeuse, ricamente esculpidas y con su bella divisa: *Si meurs!* La madre, vestida de campesina, había puesto su silla delante de su nuera para tener los pies a salvo de la humedad, colocándolos sobre uno de los travesaños.

—¿Está el pequeño en casa? —preguntó Michu a su mujer.

—Ronda alrededor del estanque, le vuelven loco las ranas y los insectos —dijo la madre.

Michu silbó de una manera que hacía temblar. La prontitud con que su hijo vino corriendo demostraba el despotismo ejercido por el administrador de Gondreville. A partir de 1789, pero especialmente desde 1793, Michu era casi el amo de aquellas tierras. El terror que inspiraba a su mujer, a su suegra, a un criadito llamado Gaucher y a una sirvienta llamada Mariana, estaba compartido por todos cuantos habitaban en diez leguas a la redonda. Quizá no convenga demorar por más tiempo la explicación de tales sentimientos, que, por lo demás, permitirán acabar, en su aspecto moral, el retrato de Michu.

El viejo marqués de Simeuse se deshizo de sus bienes en 1790, pero los acontecimientos se le adelantaron y no pudo poner en manos fieles sus hermosas tierras de Gondreville. Acusado de mantener correspondencia con el duque de Brunswick y el príncipe de Coburgo, el marqués de Simeuse y su esposa fueron encarcelados y condenados a muerte por el tribunal revolucionario de Troyes, que presidía el padre de Marta. Así, pues, aquella bella heredad fue vendida como patrimonio de la nación. Todos observaron, no sin cierto horror, que el guarda general de las tierras de Gondreville, flamante presidente del club de los jacobinos de Arcis, acudió a Troyes para asistir a dicha ejecución. Hijo de un simple labriego y huérfano, Michu, colmado de beneficios por la marquesa, que le había dado el puesto de guarda general después de educarle en el castillo, fue considerado como un Bruto por los exaltados; pero, en la comarca, todo el mundo dejó de tratarle después de aquella muestra de ingratitud. El comprador fue un hombre de Arcis llamado Marion, nieto de un intendente de la casa de Simeuse. Este sujeto, abogado antes y después de la Revolución, tuvo miedo del guarda y lo convirtió en su administrador, dándole tres mil libras de sueldo y un interés en las rentas. Michu, al que ya todos atribuían alrededor de diez mil francos, se casó, protegido por su renombre de patriota, con la hija de un curtidor de Troyes, apóstol de la Revolución en aquella villa, donde presidió el tribunal revolucionario. Este curtidor, hombre de firmes convicciones, que por su carácter se parecía a Saint-Just, se encontró mezclado más tarde en la conspiración de Babeuf, y se suicidó para escapar a la condena.

Marta era la joven más bella de Troyes. Por ello, pese a su conmovedora modestia, su temible padre la obligó a representar el papel de diosa de la Libertad en una ceremonia republicana. En siete años, el comprador no estuvo ni tres veces en Gondreville. Como su abuelo había sido el intendente de los Simeuse, todo Arcis creyó entonces que el ciudadano Marion representaba a los señores de Simeuse. Mientras duró el Terror, el administrador de Gondreville, acérrimo patriota, yerno del presidente del tribunal revolucionario de Troyes, mimado por Malin (del Aube), uno de los representantes del departamento, gozó de cierto respeto. Pero cuando la Montagne fue vencido y su suegro se mató, Michu se convirtió en cabeza de turco; todo el mundo se apresuró a atribuirle, lo mismo que a su suegro, la comisión de

actos a los que era completamente ajeno. El administrador se armó contra la injusticia popular, se engalló y adoptó una actitud hostil. Su palabra se hizo audaz. Sin embargo, desde el 18 de brumario, guardaba aquel profundo silencio que es la filosofía de los hombres fuertes; dejó de luchar contra la opinión general, contentándose con actuar; aquella sabia conducta hizo que le considerasen un hombre solapado, pues poseía en tierras una fortuna de alrededor de cien mil francos. Al principio no gastaba nada, ya que esta fortuna le venía legítimamente, tanto por la herencia de su suegro como por los seis mil francos anuales que le daba su puesto entre sueldos y gajes. Aunque fuese administrador desde hacía doce años y cualquiera hubiera podido calcular sus economías, cuando al principio del Consulado compró una alquería de cincuenta mil francos, se elevaron acusaciones contra el antiguo montero, y los habitantes de Arcis le atribuyeron la intención de recuperar la consideración general amasando una gran fortuna. Por desgracia, en el momento en que empezaba a caer en el olvido, un desdichado asunto, envenenado por las habladurías rurales, reavivó la creencia general sobre la ferocidad de su carácter.

Una noche, saliendo de Troyes en compañía de algunos labriegos, entre los que se encontraba el colono de Cinq-Cygne, dejó caer un papel en la carretera; dicho colono, que iba el último, se inclinó para recogerlo; Michu se volvió, vio el papel en manos de aquel hombre, sacó al instante una pistola del cinto, la amartilló y amenazó al colono, que sabía leer, con saltarle la tapa de los sesos si abría el papel. La acción de Michu fue tan rápida y violenta, el sonido de su voz tan espantoso, sus ojos tan llameantes, que todos quedaron helados de espanto. Como es natural, el colono de Cinq-Cygne era un enemigo de Michu.

La señorita de Cinq-Cygne, prima de los Simeuse, no tenía más que una alquería por toda fortuna y habitaba en su castillo de Cinq-Cygne. Sólo vivía para sus primos, los gemelos, con los que había jugado en su infancia en Troyes y Grondville. Su único hermano, Julio de Cinq-Cygne, que emigró antes que los Simeuse, murió ante Maguncia, pero debido a un privilegio bastante raro y del que hablaremos, el apellido de Saint-Cygne no se extinguía por falta de varones. Este incidente entre Michu y el colono de Cinq-Cygne produjo mucho ruido en el distrito, e hizo aún más oscuros los colores misteriosos que rodeaban a Michu; pero no fue ésta la única circunstancia que lo hizo temible.

Unos meses después de esta escena, el ciudadano Marion fue a Gondreville en compañía del ciudadano Malin. Corrió el rumor de que Marion iba a vender las tierras a aquel hombre, al que los acontecimientos políticos habían favorecido y a quien el primer cónsul acababa de colocar en el consejo de Estado para recompensarle por los servicios prestados el 18 de brumario. Los políticos de la pequeña vila de Arcis adivinaron entonces que Marion había sido el testaferro del ciudadano Malin, en vez de serlo de los señores de Simeuse. El todopoderoso consejero de Estado era el personaje más importante de Arcis. Envió a uno de sus amigos políticos a la prefectura de Troyes, hizo eximir del servicio militar al hijo de

uno de los colonos de Gondreville, llamado Beauvisage: hacía favores a todo el mundo. Por lo tanto, este asunto no debía despertar protesta alguna en la comarca, donde Malin reinaba y sigue reinando. Era entonces la aurora del Imperio. Los que hoy leen historias de la Revolución Francesa, nunca sabrán los inmensos intervalos que interponía el pensamiento público entre los sucesos tan próximos de aquella época. La necesidad general de paz y tranquilidad, que todos experimentaban después de tan violentas conmociones, provocaba un olvido completo de los hechos anteriores de carácter más grave. La historia envejecía prontamente, madurada de manera constante por nuevos y ardientes intereses. Así es que nadie, salvo Michu, hurgó en el pasado de aquel suceso, que todos encontraron muy sencillo. Marion, que en otro tiempo compró Gondreville por seiscientos mil francos en asignados, lo vendió por un millón en escudos, pero la única cantidad desembolsada por Malin fue el derecho de registro. Grévin, un compañero de pasantía de Malin, favorecía naturalmente estos manejos, y el consejero de Estado le recompensó haciéndolo nombrar notario en Arcis. Cuando esta noticia llegó al pabellón, traída por Grouage, colono de una finca rústica sita entre el bosque y el parque, a la izquierda de la hermosa avenida, Michu se puso pálido y salió; fue en busca de Marion, y acabó por encontrarle, solo en una avenida del parque.

—¿El señor vende Gondreville?

—Sí, Michu, sí. Tendréis por dueño a un hombre poderoso. El consejero de Estado es amigo del primer cónsul, sostiene relaciones muy íntimas con todos los ministros y os protegerá.

—¿Le guardabais entonces estas tierras para él?

—Yo no digo tal cosa —respondió Marion—. En aquella época no sabía cómo invertir mi dinero, y, para mi propia seguridad, lo puse en bienes de la nación; pero no me conviene conservar las tierras pertenecientes a la casa en que mi padre...

—Fue doméstico, intendente por más señas —dijo Michu con violencia—. Pero vos no las venderéis; las quiero yo, y además puedo pagárosas...

—¿Tú?

—Sí, yo, con toda seriedad y en buen oro contante y sonante, ochocientos mil francos...

—¡Ochocientos mil francos!... ¿De dónde los has sacado? —dijo Marion.

—Eso no os importa —respondió Michu.

Luego, con más suavidad, añadió por lo bajo:

—¡Mi suegro salvó a mucha gente!

—Llegas demasiado tarde, Michu; el asunto está concluido.

—¡Vos lo desharéis, señor! —exclamó el administrador tomando a su amo por la mano y apretándosela como dentro de un tomo—. ¡Sé que me odian y quiero ser rico y poderoso; para eso necesito Gondreville! Tendréis que saber que la vida no me importa y si no me vendéis las tierras, os levantaré la tapa de los sesos...

—Pero, al menos, dame tiempo para deshacer el trato con Malin, lo que no será

nada fácil...

—Os doy veinticuatro horas. Si decís una palabra de esto, os cortaré la cabeza como si fuese un rábano...

Marion y Malin abandonaron el castillo durante la noche. Marion, asustado, refirió aquella conversación al consejero de Estado, pidiéndole que vigilase al administrador. Le era imposible a Marion rehuir la obligación contraída de entregar aquellas tierras a quien las había pagado realmente, y Michu le parecía hombre incapaz de comprender o admitir semejante razón. Por lo demás, aquel favor rendido por Marion a Malin debía ser y fue el origen de su fortuna política y de la de su hermano. Malin hizo nombrar en 1806 al abogado Marion primer presidente de un tribunal imperial, y, cuando se crearon los recaudadores generales, proporcionó la oficina general de recaudación del Aube al hermano del abogado. El consejero de Estado aconsejó a Marion que fijase su residencia en París, y advirtió al ministro de policía, quien sometió al guarda a vigilancia. Sin embargo, para no impulsarle a cometer actos extremos, y quizá para vigilarle mejor, Malin dejó a Michu de administrador, bajo la férula del notario de Arcis. Desde aquel momento, Michu, cada vez más taciturno y ensimismado, adquirió reputación de hombre capaz de cometer una mala pasada. Malin, consejero de Estado, cargo que el primer cónsul equiparó entonces al de ministro, y que fue uno de los redactores del Código, desempeñaba un gran papel en París, donde adquirió una de las más bellas mansiones del arrabal de Saint-Germain, después de contraer matrimonio con la hija única de Sibuelle, un rico proveedor bastante desconsiderado, al que asoció con Marion, para la oficina de recaudaciones del Aube. Por otra parte, sólo estuvo una vez en Gondreville, fiándose completamente de Grévin en todo lo concerniente a sus intereses. ¿Qué tenía que temer, en fin, él, antiguo representante del Aube, de un antiguo presidente del club de los jacobinos de Arcis? Sin embargo, la opinión que ya era tan desfavorable para Michu entre el pueblo, fue naturalmente compartida por la burguesía; y Marion, Grévin y Malin, sin dar explicaciones ni comprometerse, lo señalaron como un hombre extremadamente peligroso. Obligadas a velar por el guarda obedeciendo órdenes del ministro de la policía general, las autoridades no destruyeron esta creencia. En la comarca, todos terminaron por asombrarse de que Michu conservase su puesto, pero tomaron esta concesión como un efecto del terror que inspiraba. ¿Quién no comprenderá ahora la profunda melancolía manifestada por la mujer de Michu?

En primer lugar, Marta fue educada cuidadosamente por su madre. Buenas católicas ambas, sufrieron a causa de las opiniones y la conducta del curtidor. Marta no podía por menos de enrojecer al acordarse de que la pasearon por la ciudad de Troves vestida de diosa. Su padre la obligó a casarse con Michu, cuya mala reputación iba en aumento y al que ella temía demasiado para poder juzgarle serenamente. No obstante, aquella mujer se sentía amada, y, en el fondo de su corazón, se movía el más verdadero de los afectos por aquel hombre patibulario; ella

nunca le había visto hacer nada que no fuese justo y sus palabras, jamás fueron brutales, al menos para ella; en fin, él se esforzaba por adivinar todos sus deseos. Aquel pobre paria, creyendo que su presencia resultaba desagradable para su mujer, casi siempre permanecía fuera de la casa. Marta y Michu, mutuamente recelosos, vivían en lo que hoy se llama *una paz armada*. Marta, que no veía a nadie, sufría vivamente víctima de la doble reprobación que, después de siete años, se le hacía por ser hija de un cortacabezas y esposa de un traidor. Más de una vez oyó a las gentes de la alquería llamada Bellache, que se encontraba en el llano, a la derecha de la avenida, y regentaba Beauvisage, un hombre adicto a los Simeuse, que decían al pasar frente al pabellón:

—¡Mirad la casa de los Judas!

El singular parecido que tenía la cabeza del administrador con la del decimotercer apóstol, y que él parecía haber querido completar, le valía en efecto aquel odioso remoquete en toda la comarca. Por lo tanto, esta desdicha, junto con vagas y constantes aprensiones del porvenir, hacían a Marta pensativa y recogida. Nada entristece más profundamente que una degradación inmerecida y de la que es imposible librarse. ¡Qué hermoso cuadro hubiera hecho un pintor, con esta familia de parias en el seno de uno de los más bellos parajes de la Champaña, cuyo paisaje suele ser tan triste!

—¡Francisco! —gritó el administrador para dar prisa a su hijo.

Francisco Michu, niño de diez años, disfrutaba del parque, del bosque y recogía sus pequeños sufragios como amo y señor; comía la fruta, cazaba y no tenía penas ni cuidados, era el único ser dichoso de aquella familia, tan aislada en la comarca por su situación entre el parque y el bosque, como lo estaba moralmente por la repulsión general que inspiraba.

—Recoge todo eso de ahí —dijo el padre a su hijo indicándole el parapeto— y guarda esto. ¡Mírame! ¿Quieres a tu padre y a tu madre?

El niño corrió hacia su padre para abrazarle, pero Michu hizo un movimiento para apartar la carabina y lo rechazó.

—¡Bien! A veces te has ido de la lengua sobre lo que pasa aquí —dijo mirándole fijamente con sus ojos, temibles como los de un gato montés—. Ten esto bien presente: revelar la más insignificante de las cosas que aquí se hacen, a Gaucher, a los de Grouge o de Bellache, e incluso a Mariana, que nos quiere, sería matar a tu padre. No lo hagas jamás, y te perdono tus indiscreciones de ayer.

El niño se echó a llorar.

—No llores, pero si te preguntan, responde como los labriegos: «No sé...». Hay gentes que rondan por la región y que no me gustan. ¡Va! ¿Habéis oído, vosotras dos? —dijo Michu a las mujeres—. En boca cerrada no entran moscas.

—¿Qué piensas hacer, marido mío?

Michu, que medía con atención una carga de pólvora que vertía en el cañón de su carabina, arrimó el arma al parapeto y dijo a Marta:

—¡Nadie sabe que tengo esta carabina, métete esto bien en la mollera!

Couraut, erguido sobre sus cuatro patas, ladraba furiosamente.

—¡Qué animal tan hermoso e inteligente! —exclamó Michu—. Estoy seguro que huele espías...

Ambos se sentían espiados. *Couraut* y Michu, que parecían tener una sola alma, vivían juntos, como el árabe y su corcel viven en el desierto. El administrador conocía todas las modulaciones de la voz de *Couraut* y las ideas que éstas expresaban, igual que el can leía el pensamiento de su amo en sus ojos y lo aspiraba en el aire de su cuerpo.

—¿Qué te decía? —susurró en voz baja Michu, señalando a su mujer dos siniestros personajes que aparecieron por un camino, en dirección a la glorieta.

—¿Qué sucederá en la comarca? ¡Esta gente es de París! —dijo la vieja.

—¡Ah, cuidado! —exclamó Michu—. Esconde mi carabina —añadió al oído de su mujer—. Vienen hacia aquí.

Los dos parisienses, que atravesaban la glorieta, mostraban una facha que, desde luego, hubiera sido del agrado de un pintor. El que parecía subalterno llevaba botas con vuelta que caía bastante abajo y dejaban ver unas enclenques pantorrillas y unas medias de seda chiné de dudosa limpieza. Los calzones, de paño asargado color albaricoque y con botones de metal, eran excesivamente holgados; no apretaban el cuerpo y la disposición de los desgastados pliegues revelaban que se trataba de un hombre sedentario de gabinete. El chaleco de piqué sobrecargado de bordados salientes, abierto, abrochado por un solo botón en la parte alta del vientre, daba a aquel personaje un aspecto tanto más desaliñado, cuanto que sus cabellos negros, rizados en tirabuzones, le ocultaban la frente y caían a lo largo de las mejillas. La camisa estaba adornada con una aguja de camafeo blanco y azul. El traje color canela hubiera hecho las delicias de un caricaturista a causa de sus larguísima faldones que, vistos por detrás, mostraban un parecido tan perfecto con un bacalao, que ese nombre les quedó. La moda de los trajes de cola de bacalao duró diez años, casi tanto como el imperio de Napoleón. La corbata, floja, de pliegues grandes y numerosos, permitía que aquel individuo enterrase en ella la cara hasta la nariz. Su cara granujienta, su gruesa nariz, larga y color ladrillo, sus pómulos animados, su boca desdentada, pero amenazadora y glotona, sus orejas adornadas con grandes pendientes de oro, su frente baja, todos estos detalles que parecen grotescos, resultaban terribles a causa de unos ojillos colocados y hundidos como los de los cerdos, y de una implacable avidez, de una crueldad burlona y casi risueña. Aquellos ojos escudriñadores y perspicaces, de un azul glacial, helado, podían tomarse por modelo de aquel ojo famoso, temible emblema de la policía, inventado durante la Revolución. Semejante sujeto llevaba guantes de seda negra y un bastoncillo en la mano. Debía ser un personaje oficial, pues en su porte, en su manera de tomar rapé y de introducirlo en su nariz, había la importancia burocrática de un hombre secundario, pero que firma ostensiblemente al margen y a quien las órdenes emanadas de sus superiores convierten

momentáneamente en soberano.

El otro, cuyo traje era del mismo gusto, pero elegante y llevado con suma distinción, atildado en los menores detalles y que al andar hacía crujir unas botas estilo Suvorov que llevaba por encima de un pantalón ajustadísimo, lucía un spencer sobre su traje, moda aristocrática adoptada por los habituales del parque de Clichy y la juventud dorada, y que sobrevivía a los unos y a la otra. En aquella época hubo modas que duraron más tiempo que los partidos, síntoma de anarquía que 1830 ya nos ha ofrecido. Aquel perfecto petimetre parecía tener unos treinta años. Sus modales exhalaban distinción y llevaba alhajas de precio. El cuello de la camisa le alcanzaba hasta las orejas. Su porte fatuo, casi impertinente, acusaba una especie de superioridad oculta; su cara pálida parecía no tener una sola gota de sangre, su nariz chata y fina tenía el sesgo sardónico de la nariz de una calavera, y sus ojos verdes eran impenetrables: su mirada era tan discreta como debía serlo su boca fina y apretada. El primero parecía ser una buena persona, comparado con aquel joven seco y delgado que fustigaba el aire con un junto cuyo pomo de oro brillaba al sol. El primero era capaz de cortar una cabeza con sus propias manos, pero el segundo podía envolver en las redes de la calumnia y de la intriga a la inocencia, la belleza, la virtud y ahogarla o envenenarla fríamente. El hombre rubicundo hubiera consolado a su víctima con bromas y burlas, el otro ni siquiera le hubiese sonreído. El primero tenía cuarenta y cinco años, y sin duda le gustaban la buena mesa y las mujeres. Esta clase de hombres tienen pasiones que les hacen esclavos de su oficio. Pero el joven no tenía pasiones ni vicios. Suponiendo que fuese espía, pertenecía a la diplomacia, y trabajaba por amor al arte. Él concebía; su compañero ejecutaba; él era la idea, el otro la forma.

—¿Es aquí Gondreville, buena mujer? —preguntó el más joven.

—Aquí no decimos *buena mujer* —respondió Michu—. ¡Seguimos prefiriendo la sencillez de llamamos *ciudadana* y *ciudadano*!

—¡Ah! —exclamó el joven con la mayor naturalidad y sin parecer sorprendido.

En la vida mundana, los jugadores, especialmente los que prefieren el ecarté, experimentan a menudo algo así como una derrota interior al ver sentarse a la mesa ante ellos, en plena racha de suerte, a un jugador cuyas maneras, mirada, voz y forma de barajar, les predicen una derrota estrepitosa. Ante el aspecto del joven, Michu sintió una profética postración de este género. Tuvo un presentimiento mortal y entrevió confusamente el patíbulo; una voz le gritó que aquel pisaverde le sería fatal, aunque aún no tuviesen nada de común. Por ello sus palabras fueron rudas, ya que quería ser grosero y lo fue.

—¿No estáis al servicio del consejero de Estado Malin? preguntó el segundo parisién.

—Yo soy mi propio dueño —respondió Michu.

—En fin, señoras —dijo el joven adoptando los modales más corteses—, ¿estamos en Gondreville? El señor Malin nos espera.

—Ahí tenéis el parque —dijo Michu indicándoles la verja abierta.

—¿Y por qué ocultáis esa carabina, mi bella niña? —dijo el jovial compañero del joven que, al pasar por la verja, distinguió el cañón del arma.

—¡Tú siempre *trabajas*, hasta en el campo! —exclamó el joven sonriendo.

Ambos volvieron sobre sus pasos, dominados por una idea desconfiada que el administrador comprendió, pese la impasibilidad de su rostro; Marta les dejó examinar la carabina, en medio de los ladridos de *Courant*, pues tenía la convicción de que Michu tramaba algo malo y casi se alegró de la perspicacia de los desconocidos. Michu dirigió a su mujer una mirada que la hizo estremecer; acto seguido tomó Michu la carabina y se dispuso a introducir en ella una bala, aceptando los riesgos fatales de este descubrimiento y de aquel encuentro; la vida no parecía importarle ya y su mujer comprendió entonces perfectamente su funesta resolución.

—¿Tenéis lobos por aquí? —preguntó el joven a Michu.

—Siempre hay lobos donde hay corderos. Estáis en la Champaña y eso de ahí es un bosque; pero también tenemos jabalíes, animales grandes y pequeños, de todo un poco —contestó Michu con tono de mofa.

—Te apuesto lo que quieras, Coirentin —dijo el mayor de los dos después de cambiar una mirada con su compañero—, que este hombre es nuestro Michu...

—Nunca hemos comido juntos —advirtió el administrador.

—No, pero hemos presidido a los jacobinos, ciudadano —replicó el viejo cínico—, vos en Arcis y yo en otra parte Tú has conservado la cortesía de la carmañola, pero ya no está de moda esa prenda, amiguito.

—El parque parece muy grande y podríamos perdemos; si vos sois el administrador, haced que nos acompañen al castillo —dijo Coirentin con tono perentorio.

Michu silbó para llamar a su hijo y continuó entregado a la tarea de cargar el arma. Coirentin contemplaba a Marta con mirada indiferente, mientras que su compañero parecía encantado, pero observaba en ella las señales de la angustia que escapaba a las miradas del viejo libertino, al que la carabina había asustado. Aquellas dos naturalezas aparecían retratadas admirablemente en aquel pequeño detalle tan elocuente.

—Yo tengo una cita al otro lado del bosque —respondió el administrador—, y no puedo haceros este favor personalmente, pero mi hijo os conducirá hasta el castillo. ¿Por dónde habéis venido a Gondreville? ¿Habéis tomado por Cinq-Cygne?

—También tenemos, como vos, cosas que hacer en el bosque —dijo Coirentin sin aparentar la menor ironía.

—Francisco —gritó Michu—, acompaña a estos señores al castillo por los senderos, a fin de que no los vean, pues no les gustan los caminos frecuentados... Primero ven aquí —añadió viendo que los dos forasteros le habían vuelto la espalda y se alejaban hablando en voz baja.

Michu cogió a su hijo y le abrazó casi santamente, con una expresión que

confirmó las aprensiones de su esposa; sintió frío en la espalda y miró a su madre con ojos secos, pues ya no podía llorar.

—Ahora vete —dijo Michu a su hijo.

Y le siguió con la mirada hasta perderlo completamente de vista.

Couraut se puso a ladrar por el lado de la alquería de Grouage.

—¡Oh!, es Violeta —prosiguió—. ¡Es la tercera vez que pasa esta mañana! ¿Pero qué ocurre hoy? ¡Basta, *Couraut*!

Unos instantes después se oyó el trotecillo de un caballo.

Violeta, montado en una de esas jacas que utilizan los colonos en los alrededores de París, mostró, bajo un sombrero redondo y de anchas alas, su rostro color de madera, profundamente arrugado, aún parecía más sombrío. Sus ojos grises, maliciosos y brillantes, disimulaban su carácter traicionero. Sus piernas enjutas, cubiertas con unas polainas de tela blanca hasta la rodilla, colgaban sin apoyarse en los estribos y parecían estar sostenidas por el peso de sus zapatones claveteados. Llevaba encima de su chaqueta de paño azul unas davinas de rayas blancas y negras. Los cabellos grises le caían en bucles por la parte posterior de la cabeza. Aquel atavío, el jamelgo bayo de patas cortas, la manera como Violeta se sostenía sobre él, con el vientre adelantado y la parte alta del cuerpo echado hacia atrás, la manaza callosa y color de tierra con que sostenía unas malas riendas raídas y rotas, todo pintaba al campesino avaro, ambicioso, que quiere poseer tierras y las compra a cualquier precio. Su boca, de labios azulados, hendida como si un cirujano la hubiese abierto con un bisturí, las innumerables arrugas de su cara y de su frente, impedían el libre juego de la fisonomía, cuyos contornos solamente hablaban. Aquellas líneas duras, inmovilizadas, parecían expresar amenazas, pese al porte humilde que muestran casi todas las gentes del campo, bajo el cual ocultan sus emociones y sus cálculos, como los orientales y los salvajes envuelven los suyos bajo una imperturbable gravedad. El sencillo jornalero pasó a ser colono de Grouage merced a un sistema de creciente maldad, que aún continuaba ejerciente después de haber conquistado una posición que sobrepasaba sus primeros deseos. Quería el mal del prójimo y lo deseaba ardientemente. Cuando podía contribuir a él, lo hacía por amor. Violeta era un hombre francamente envidioso, pero en todas sus alquerías permanecía dentro de los límites de la legalidad, ni más ni menos que la oposición parlamentaria. Creía a pies juntillas que su fortuna dependía de la ruina de los demás, y todo aquel que se encontrase por encima de él se convertía para Violeta en un enemigo contra el que todos los medios eran válidos. Este carácter es muy común entre los campesinos. Su gran empeño del momento consistía en obtener de Malin una prórroga de su contrato de arrendamiento, que expiraría dentro de seis años. Celoso de la fortuna del administrador, le vigilaba de cerca; las gentes del país le hacían la guerra por sus relaciones con los Michu; pero, con la esperanza de prorrogar el arrendamiento otros doce años, el astuto colono acechaba una ocasión de prestar un servicio al gobierno o a Malin, que no se fiaba de Michu. Violeta, con ayuda del guarda particular de

Gondreville, el guardabosque y algunos leñadores, tenía al comisario de policía de Arcis al corriente de los menores actos de Michu. Este funcionario intentó inútilmente poner a Mariana, la sirvienta de Michu, al servicio del gobierno; pero Violeta y sus espías lo sabían todo por Gaucher, el criadito con cuya fidelidad contaba Michu, y que le traicionaba por fruslerías: chalecos, hebillas, medias de algodón o golosinas. Aquel mozo, por lo demás, no sospechaba la importancia de sus indiscreciones. Violeta pintaba con negros colores todos los actos de Michu, les daba un carácter criminal mediante las más absurdas suposiciones, a escondidas del administrador, quien conocía, sin embargo, el innoble papel que representaba en su casa el colono, al que se complacía engañándole.

—¿Aún tenéis cosas que hacer en Bellache, puesto que todavía vais para allá? —dijo Michu.

—¡Todavía! Esa palabra es como un reproche, monsieur Michu... ¡Supongo que no pensáis utilizar ese clarinete para silbar a los gorriones! No sabía que tuvieseis esa carabina...

—Ha brotado en uno de mis campos que da carabinas —respondió Michu—. Ahora vais a ver cómo las siembro.

El administrador se echó la carabina a la cara, apuntó a una planta que estaba a treinta pasos de distancia y la partió en dos.

—¿Tenéis esa carabina de bandolero para defender a vuestro amo? ¿Acaso os la ha regalado él?...

—Ha venido expresamente de París para traérmela —respondió Michu.

—La verdad es que en toda la comarca se habla mucho de su viaje; unos lo consideran en desgracia y dicen que se retira de los negocios; otros, que quiere ver claro lo que aquí pasa... A decir verdad, ¿por qué llega sin prevenir a nadie, como si fuese un primer cónsul? ¿Sabíais que venía?

—No estoy demasiado bien con él para gozar de su confianza.

—¿De modo que aún no le habéis visto?

—Me enteré de su llegada al volver de mi ronda por el bosque —replicó Michu, cargando de nuevo la carabina.

—Envió a buscar al señor Grévin a Arcis; seguramente tribunarán algo...

Malin había sido tribuno.

—Si vais por el lado de Cinq-Cygne —dijo el administrador a Violeta—, llevadme con vos, pues tengo que ir allá.

Violeta era demasiado miedoso para llevar a la grupa a un hombre de la fuerza de Michu, así es que picó espuelas. El Judas se echó la carabina al hombro y marchó con paso vivo por la avenida.

—¿Con quién está enfadado Michu? —preguntó Marta a su madre.

—Desde que se enteró de la llegada del señor Malin, se ha puesto sombrío —respondió la anciana—. Pero entremos, hay mucha humedad.

Cuando las dos mujeres estuvieron sentadas bajo la campana de la chimenea,

oyeron al perro.

—¡Aquí está mi marido! —exclamó Marta.

En efecto, Michu subía por la escalera; su mujer, inquieta, fue a reunirse con él en su habitación.

—Mira a ver si hay alguien —dijo él a Marta con voz turbada.

—No hay nadie —respondió ella—. Mariana ha ido al campo con la vaca y Gaucher...

—¿Dónde está Gaucher? —preguntó el marido.

—No lo sé.

—No me fío de este bribonzuelo; sube al desván, regístralo y búscalo por todos los rincones del pabellón.

Marta salió a cumplir la orden. Al volver, encontró a Michu de rodillas y rezando.

—¿Qué te pasa? —preguntó asustada.

El administrador cogió a su mujer por el talle, la atrajo hacia sí, la besó en la frente y respondió con voz temblorosa:

—Si no volvemos a vernos más, quiero que sepas, mi pobre esposa, que te he querido mucho. Sigue al pie de la letra las instrucciones que están escritas en una carta enterrada al pie del alerce de ese macizo —dijo después de una pausa, señalándole el árbol—. La encontrarás dentro de un tubo de hojalata. No la toques hasta después de mi muerte. En fin, suceda lo que suceda, piensa que mi brazo fue instrumento de la justicia de Dios, a pesar de la injusticia de los hombres.

Marta, que palideció gradualmente, terminó por quedarse tan blanca como la ropa, que cosía; miró a su marido con los ojos fijos y agrandados por el espanto; quiso hablar, pero se encontró con la garganta seca. Michu, después de atar al pie de la cama a *Courant*, que se puso a aullar como lo hacen los perros desesperados, se escurrió como una sombra.

La cólera de Michu contra el señor Marion había tenido motivos muy serios, pero se trasladó a un hombre mucho más criminal a sus ojos, Malin, cuyos secretos se habían revelado a los ojos del administrador, que se hallaba en mejor situación que nadie para apreciar la conducta del consejero de Estado. El suegro de Michu gozó de la confianza de Malin, políticamente hablando. Este último fue nombrado representante del Aube en la Convención por intercesión de Grévin.

Tal vez sea interesante contar las circunstancias que enemistaron a los Simeuse y a los Cinq-Cygne con Malin, y que pesaron en el destino de los dos gemelos y de la señorita de Cinq-Cygne, pero aún más en el de Marta y Michu. En Troyes, la mansión de los Cinq-Cygne, se alzaba frente a la de los Simeuse. Cuando el populacho, azuzado por manos tan sabias como prudentes, hubo saqueado el palacio de los Simeuse, descubierto al marqués y la marquesa, acusados de sostener correspondencia con el enemigo, y los hubo entregado a los guardias nacionales, que los condujeron a la prisión, la multitud, consecuente, vociferó:

—¡A los Cinq-Cygne!

No podía concebir que los Cinq-Cygne fuesen inocentes de lo que se acusaba a los Simeuse. El digno y valeroso marqués de Simeuse, a fin de salvar a sus dos hijos, que entonces tenían dieciocho años, y a quien su valor podía comprometer, los había confiado, pocos instantes antes del tumulto, a su tía, la condesa de Cinq-Cygne. Dos criados fieles a la casa de los Simeuse mantenían encerrados a los dos jóvenes. El anciano, que no quería que su nombre se extinguiera, recomendó que ocultasen todo a sus hijos, en caso de que ocurriese alguna desgracia irreparable. Lorenza, que a la sazón contaba doce años, era igualmente amada por ambos hermanos y ella los quería también por igual. Como sucede con muchos gemelos, los dos Simeuse se parecían tanto que durante mucho tiempo su madre les hizo llevar vestidos de colores diferentes para no confundirse. El primero en nacer, el primogénito, se llamaba Pablo María, y su hermano María Pablo. Lorenza de Cinq-Cygne, a quien habían puesto en el secreto de la situación, representó muy bien el papel de mujer: suplicó a sus primos, los ablandó con halagos y los vigiló hasta el momento en que el populacho rodeó el palacio de Cinq-Cygne. Los dos hermanos comprendieron entonces el peligro en el mismo instante y se lo dijeron con una idéntica mirada. Adoptaron inmediatamente la resolución de armar a sus dos criados y a los de la condesa de Cinq-Cygne, alzaron una barricada ante la puerta, se apostaron en las ventanas, después de cerrar las persianas, con cinco servidores y el abate de Hauteserre, un pariente de los Cinq-Cygne. Los ocho valerosos campeones hicieron un fuego terrible sobre aquella masa. Cada disparo mataba o hería a un asaltante. Lorenza, en vez de entregarse a la desolación, cargaba los fusiles con una sangre fría extraordinaria, repartiendo balas y pólvora entre los defensores. La condesa de Cinq-Cygne se postró de hinojos.

—¿Qué hacéis, madre? —le preguntó Lorenza.

—¡Rezo por ellos y por vosotros! —respondió.

Palabras sublimes, que pronunció también la madre del príncipe de la paz, en España, en circunstancias semejantes. En un instante, once personas fueron muertas y quedaron en tierra mezcladas con los heridos. Esta clase de sucesos enfrían o exaltan al populacho, que se entrega a su obra con más encono o desiste de ella. Los que estaban delante, asustados, retrocedieron; pero la masa entera, que venía a matar y a robar, al ver a los muertos prorrumpió en alaridos:

—¡Nos asesinan! ¡Nos matan!

Las personas prudentes fueron en busca del representante del pueblo. Los dos hermanos, que entonces se enteraron de los funestos acontecimientos del día, sospecharon que el convencional deseaba la ruina de su casa, y su sospecha no tardó en convertirse en certidumbre. Animados por el espíritu de venganza, se apostaron al pie de la puerta cochera y amartillaron sus fusiles para matar a Malin en cuanto se presentase. La condesa había perdido la cabeza, veía ya su casa reducida a pavesas y a su hija asesinada, y censuraba a sus parientes por aquella heroica defensa, que fue la comidilla de Francia durante ocho días. Lorenza entreabrió la puerta a la intimación

hecha por Malin; al verla, el representante del pueblo entró, confiando en el temor que inspiraba y en la debilidad de aquella niña.

—¡Cómo, señor —respondió ella a la primera palabra que pronunció Malin preguntando el motivo de aquella resistencia—, queréis dar la libertad a Francia y no protegéis a las personas en su casa! ¡Quieren derribar nuestra mansión y asesinarlos! ... ¿No tenemos derecho a rechazar la fuerza con la fuerza?...

Malin se quedó de una pieza.

—¡Vos, el nieto de un albañil empleado por el gran marqués en las obras de su castillo —le dijo María Pablo—, acabáis de dejar que metan a nuestro padre en la cárcel, dando oídos a una calumnia!

—Será puesto en libertad —dijo Malin creyéndose perdido al ver que los dos jóvenes empuñaban convulsivamente el fusil.

—Debéis la vida a esta promesa —dijo solemnemente María Pablo—. ¡Pero si no se cumple esta noche, sabremos encontraros!

—En cuanto a ese populacho que vocifera —dijo Lorenza—, si no lo hacéis marchar, el primer disparo será para vos... ¡Ahora, señor Malin, salid!

El convencional salió y arengó a la multitud, hablándole de los derechos sagrados del hogar, del *habeas corpus* y del domicilio inglés. Afirmó que la ley y el pueblo eran soberanos, que la ley era el pueblo, que éste sólo debía actuar de acuerdo con la ley, y que la fuerza pertenece a la ley. La ley de la necesidad le prestó elocuencia y dispersó a los reunidos. Pero no olvidó jamás la expresión desdeñosa de los dos hermanos ni el «¡Salid!» de la señorita de Cinq-Cygne. Así, cuando se trató de vender en pública subasta los bienes del conde de Cinq-Cygne, hermano de Lorenza, la partición se hizo con el máximo rigor. Los agentes del distrito solamente dejaron a Lorenza el castillo, el parque, los jardines y la alquería llamada de Cinq-Cygne. Según las instrucciones de Malin, Lorenza sólo tenía derecho a la legítima, pues la nación ocupaba el lugar del emigrado, sobre todo cuando éste tomaba las armas contra la República. El mismo día en que tuvo lugar aquella furiosa tempestad, por la noche, Lorenza suplicó de tal manera a sus dos primos que partiesen, temiendo que fueran víctimas de una traición o de las emboscadas del representante, que ambos montaron a caballo y consiguieron llegar a las avanzadillas del ejército prusiano. En el momento en que los dos hermanos penetraron en el bosque de Gondreville, la mansión de los Cinq-Cygne fue cercada; el representante venía personalmente y con fuerzas para detener a los herederos de la casa de Simeuse. No se atrevió a apoderarse de la condesa de Cinq-Cygne, que estaba en cama, presa de una terrible fiebre nerviosa, ni de Lorenza, que era una niña de doce años. Los domésticos, temiendo la severidad de la República, habían desaparecido. Al día siguiente por la mañana, la noticia de la resistencia ofrecida por los dos hermanos y de su huida a Prusia, según se decía, difundiose por los alrededores; se reunieron tres mil personas ante el palacio de los Cinq-Cygne, que fue demolido con inexplicable rapidez. La señora de Cinq-Cygne, transportada a la mansión de los Simeuse, murió allí al redoblársele la fiebre.

Michu no apareció en la escena política hasta que estos acontecimientos hubieron terminado, pues el marqués y la marquesa permanecieron, aproximadamente, cinco meses en la cárcel. Durante ese tiempo, el representante del Aube tuvo una misión. Pero cuando el señor Marion vendió Gondreville a Malin, cuando en la región se olvidaron los efectos de la efervescencia popular, Michu comprendió entonces a Malin, viéndolo tal como era; o al menos creyó comprenderlo, pues Malin, como Fouché, es uno de esos personajes que tienen tantas caras y tanta profundidad bajo cada una de ellas, que son impenetrables en el momento en que actúan, no hallándose explicación para sus actos hasta mucho tiempo después de haberlos realizado.

En los momentos importantes de su vida, Malin nunca dejaba de consultar a su fiel amigo Grévin, el notario de Arcis, cuyo juicio sobre las cosas y los hombres era exacto, claro y preciso, a distancia. Este hábito es la sagacidad y constituye la fuerza de los hombres secundarios. Ahora bien, en noviembre de 1803, la coyuntura fue tan grave para el consejero de Estado, que una simple carta hubiera comprometido a ambos amigos. Malin, que debía ser nombrado senador, temió verse obligado a dar una explicación en París; abandonó su espléndida mansión y se fue a Gondreville, dando al primer cónsul una sola de las razones que le hacían desear estar allí, y que demostraba celo a los ojos de Bonaparte, pese a que en vez de tratarse del Estado no se trataba más de sí mismo.

Ahora bien, mientras Michu acechaba en el parque, a la manera de los salvajes, el momento propicio para realizar su venganza, el político Malin, acostumbrado a prevenir los acontecimientos por su cuenta, se llevaba a su amigo hacia un pequeño prado del jardín inglés, lugar desierto y propicio para celebrar una conferencia misteriosa. De esta forma, mientras permanecían en el centro del prado, hablando en voz baja, los dos amigos quedaban alejados a suficiente distancia para ser oídos, si alguien se ocultaba con intención de escuchar, y podrían cambiar de conversación si venían indiscretos.

—¿Por qué no nos hemos quedado en una habitación del castillo? —preguntó Grévin.

—¿No has visto a los dos hombres que me envía el prefecto de policía?

Aunque Fouché fue el alma del gabinete consular en el caso de la conspiración de Pichegru, Georges, Moreau y Polignac, no dirigía el ministerio de Policía, siendo, entonces simplemente consejero de Estado, como Malin.

—Esos dos hombres son los dos brazos de Fouché. Uno de ellos, ese joven petimetre cuyo rostro parece una botella de limonada, que tiene vinagre en los labios y agraz en los ojos, sofocó en el espacio de quince días la insurrección del Oeste en el año VII. El otro es una criatura de Lenoir, el único que mantiene las grandes tradiciones de la policía. Yo había pedido un agente sin importancia, apoyado por un personaje oficial, y me envían a esos dos compadres. ¡Ah!, Grévin, sin duda Fouché quiere descubrir mi juego. He ahí por qué he dejado a esos caballeros cenando en el castillo; que lo examinen todo, no encontrarán a Luis XVIII ni el menor indicio.

—Bien, pero vamos a ver —dijo Grévin—, ¿cuál es tu juego?

—Amigo mío, un juego doble siempre es peligroso, pero por lo que se refiere a Fouché, es triple. Quizás ha olfateado que estoy en los secretos de la casa de Borbón.

—¿Tú?

—Yo —respondió Malin.

—¿Es que no te acuerdas de Favras?

Estas palabras causaron impresión al consejero.

—¿Y desde cuándo? —preguntó Grévin tras una pausa.

—Desde el Consulado a perpetuidad.

—¿Pero, no existen pruebas?

—¡Ni esto! —dijo Malin haciendo chasquear la uña del pulgar bajo uno de sus dientes.

Malin describió en pocas palabras la situación crítica en que Bonaparte había puesto a Inglaterra, amenazada de muerte por el campamento de Boulogne, explicando a Grévin el alcance, desconocido en Francia y en Europa, pero que Pitt sospechaba, de aquel proyecto de invasión, para exponer después la no menos crítica posición en que Inglaterra pondría a Bonaparte. Una imponente coalición formada por Prusia, Austria y Rusia, a sueldo del oro inglés, se proponía armar a setecientos mil hombres. Al propio tiempo, una formidable conspiración extendía sus redes por el interior del país con objeto de unir a los montañeses, los chuanes, los realistas y sus príncipes.

—Mientras Luis XVIII vio tres cónsules, consideró que la anarquía continuaba y que, al amparo de un movimiento cualquiera, se tomaría el desquite del 13 de vendimiario y del 18 de fructidor —dijo Malin—. Pero el Consulado vitalicio ha desenmascarado los designios de Bonaparte, que pronto será emperador. ¡Ese antiguo subteniente se propone crear una dinastía! El resultado de ello es que esta vez tratan de atentar contra su vida, y el golpe aún está montado más hábilmente que el de la calle Saint-Nicaise. Pichegru, Georges, Moreau, el duque de Enghien, Polignac y Rivière los dos amigos del conde Artois, forman parte de la conjura.

—¡Qué amalgama! —exclamó Grévin.

—Francia está invadida sordamente y se propone efectuar un alzamiento general. Para esto todo sirve. Cien hombres de acción, al mando de Georges, tienen que atacar a la guardia consular y al propio cónsul, en lucha cuerpo a cuerpo.

—¡Pues bien, denúncialos!

—Hace ya dos meses que el cónsul, su ministro de policía, el prefecto y Fouché tienen una parte de los hilos de esta trama inmensa, pero no conocen toda su extensión y, en el momento actual, dejan en libertad a casi todos los conjurados a fin de saberlo todo.

—En cuanto al derecho —dijo el notario—, los Borbones tienen mucho más derecho para tramar, dirigir y ejecutar una acción contra Bonaparte, que el que éste tenía para conspirar el 18 de brumario contra la República, de la que era hijo; él

asesinó a su madre, mientras que aquéllos sólo quieren regresar nuevamente a su casa. Comprendo que al ver cerrarse las listas de los emigrados, multiplicarse los indultos, restablecerse el culto católico y acumularse los acuerdos contrarrevolucionarios, los príncipes han comprendido que su retomo se hacía difícil, por no decir imposible. Bonaparte constituye el único obstáculo para su regreso, y quieren suprimir el obstáculo, sencillamente. Vencidos, los conspiradores serán unos bandidos; victoriosos, serán unos héroes, y tu perplejidad me parece por lo tanto muy natural.

—Se trata —dijo Malin— de hacer arrojar a los Borbones, por Bonaparte, la cabeza del duque Enghien, lo mismo que la Convención tiró a los pies de los reyes la cabeza de Luis XVI, a fin de comprometerle así, antes que nosotros, en el curso de la Revolución; o bien derribar al ídolo actual del pueblo francés y su futuro emperador, para que, sobre sus minas, pueda instaurarse el verdadero trono. Estoy a merced de un suceso, de un pistoletazo afortunado, de una maquinación como la de la calle Saint-Nicaise que tenga éxito. No me lo han dicho todo. Me han propuesto convocar el consejo de Estado en el momento crítico, para dirigir la acción legal de la restauración borbónica.

—Espera —respondió el notario.

—¡Imposible! Sólo dispongo del momento actual para tomar una decisión.

—¿Por qué?

—Los dos Simeuse conspiran, están en la comarca, yo debo hacerlos seguir, dejar que se comprometan y hacer que me libren de ellos o protegerlos bajo mano. Solicité subalternos, y me envían lince escogidos, que pasaron por Troyes para tener de su parte la gendarmería.

—Gondreville es el *Toma* y la conspiración el *Daca* —dijo Grévin—. Ni Fouché ni Talleyrand, tus dos asociados, lo son: juega franco con ellos. ¡Cómo! Todos los que cortaron la cabeza a Luis XVI están en el gobierno, Francia está llena de compradores de bienes naciones, ¿y tú quieres hacer volver a los que te reclamarán Gondreville? Si no son imbéciles, los Borbones deberán borrar todo lo que hemos hecho. Avisa a Bonaparte.

—Un hombre de mi rango no denuncia —dijo Malin vivamente.

—¿De tu rango? —exclamó Grévin sonriendo.

—Me ofrecen la cartera de Justicia.

—Comprendo que estés deslumbrado, y soy yo quien debe ver claro en estas tinieblas políticas, para olfatear la puerta de salida. Ahora bien, es imposible prever los acontecimientos que pueden provocar la vuelta de los Borbones, cuando un general Bonaparte cuenta con ochenta navíos y cuatrocientos mil hombres. Lo que resulta más difícil, en las previsiones políticas, es saber cuando caerá un poder que se tambalea; pero, amigo mío, el de Bonaparte está en plena ascensión... ¿No será Fouché quien te ha hecho sondear para conocer el fondo de tu pensamiento y desembarazarte de ti?

—No, estoy seguro del embajador. Además, Fouché no me enviaría dos monos semejantes, a los que conozco demasiado para no abrigar sospechas.

—Me dan miedo —dijo Grévin—. Si Fouché no desconfía de ti y no quiere probarte, ¿por qué te los ha enviado? Fouché no te gustaría semejante jugarreta sin un motivo...

—¡Esto me decide! —exclamó Malin—. Nunca estaría tranquilo con esos dos Simeuse; quizá Fouché, que conoce mi posición, no quiere que se le escapen y cree llegar por medio de ellos hasta los Condé.

—¡En fin, querido, que mientras exista Bonaparte no se inquietará al dueño de Gondreville!

Al levantar los ojos, Malin distinguió entre el follaje de un gran tilo muy frondoso el cañón de un fusil.

—No me había equivocado al oír el ruido seco de un fusil al ser amartillado —dijo a Grévin después de colocarse detrás de un grueso tronco de árbol, adonde le siguió el notario, inquieto por el brusco movimiento de su amigo.

—Es Michu —dijo Grévin—. Veo su barba roja.

—No demos tener miedo —repuso Malin, que se fue lentamente, sin dejar de repetir—: ¿Qué tiene ese hombre contra los compradores de estas tierras? Ciertamente, no era a ti al que apuntaba. ¡Si nos ha oído, me quejaré de él a su dueño! Hubiéramos hecho mejor yendo al llano. ¿Quién diablo hubiera pensado en desconfiar del aire libre?

—Siempre se aprende algo —dijo el notario—; pero él estaba muy lejos y nosotros nos hablábamos al oído.

—Voy a decírselo a Corentin —respondió Malin.

Pocos instantes después, Michu regresó a su casa, pálido y con el semblante contraído.

—¿Qué tienes? —le preguntó su mujer asustada.

—Nada —respondió él viendo a Violeta, cuya presencia le causó el efecto de un rayo.

Michu tomó una silla, se puso tranquilamente delante la chimenea y arrojó una carta al fuego, después de sacarla de uno de esos tubos de hojalata que emplean los soldados para guardar sus papeles. Aquella acción, que permitió a Marta respirar como una persona a la que han quitado un peso enorme de encima, intrigó sobremanera a Violeta. El administrador colgó su carabina de la campana de la chimenea con una admirable sangre fría. Mariana y la madre de Marta hilaban a la luz de una lámpara.

—Vamos, Francisco —dijo el padre—, acostémonos... ¿Quieres irte a la cama?

Agarró brutalmente a su hijo por la cintura y se lo llevó.

—Baja a la bodega —le dijo al oído cuando estuvo en la escalera—, llena dos botellas de vino de Mazon, después de vaciarlas en una tercera parte, con aquel aguardiente de Cognac que está encima de la tabla de las botellas; después mezcla en

una botella de vino blanco la mitad de aguardiente. Hazlo lo mejor que sepas y pon las tres botellas encima del tonel vacío que está a la entrada de la bodega. Cuando yo abra la ventana, sal de la bodega, ensilla mi caballo, monta en él y ve a esperarme al Poteau-des-Gueux. Este picaruelo nunca quiere acostarse —dijo el administrador volviendo a entrar—, quiere hacer como las personas mayores: verlo todo, oírlo todo, saberlo todo. Me malcriáis a mis hijos, tío Violeta.

—¡Buen Dios, buen Dios! —exclamó Violeta—. ¿Quién os ha desatado la lengua? Nunca os había oído hablar tanto.

—¿Creéis que me dejo espiar sin darme cuenta? Estáis del lado malo, tío Violeta. Si en vez de servir a los que me quieren mal estuvieseis de mi parte, no me limitaría solamente a renovaros vuestro arriendo, sino que haría más por vos...

—¿Qué más haríais? —preguntó el codicioso campesino abriendo unos ojos como platos.

—Os vendería mi propiedad a muy buen precio.

—No hay buen precio cuando hay que pagar —dijo sentenciosamente Violeta.

—Quiero irme de la comarca y os daría mi alquería del Mousseau, las construcciones, las sementeras y el ganado, por cincuenta mil francos.

—¿De veras?

—¿Os conviene?

—¡Toma!, habría que verlo.

—Podemos hablar... Pero quiero algo en prenda.

—No tengo nada.

—Una palabra.

—¡Otra!...

—Dime quien te ha enviado aquí.

—Regresaba de donde había ido esta tarde y he querido daros las buenas noches.

—¡Has vuelto sin tu caballo! ¿Me tomas acaso por un imbécil? Mientes, y no tendrás mi alquería.

—Bien, fue el señor Grévin, ¡qué diablo! Me dijo: «Violeta, tenemos necesidad de Michu, ve a buscarle. Si no está en casa, espérale...». Comprendí que esta noche tendría que quedarme aquí...

—¿Aún están en el castillo esos pillos de París?

—¡Ah!, no lo sé. Pero había gente en el salón.

—Tendrás mi alquería, ahora hablemos de las condiciones. Mujer, ve a buscar el vino del contrato. Toma del mejor vino del Rosellón, el vino del ex marqués... No somos niños. Encontrarás las botellas sobre el tonel vacío de la entrada, y una botella de vino blanco.

—¡Vale! —dijo Violeta, que no se achispaba nunca—. ¡Bebamos!

—Tenéis cincuenta mil francos bajo las baldosas de vuestra habitación, en toda la extensión que ocupa la cama; me los daréis quince días después de firmar el contrato ante Grévin...

Violeta miró fijamente a Michu y palideció.

—¡Ah! ¿Vienes de espiar a un jacobino acabado que tuvo el honor de presidir el club de Arcis, y crees que no te atraparé? Tengo ojos en la cara, vi tus baldosas recién colocadas y saqué la conclusión de que no las habías levantado para sembrar trigo... Bebamos.

Violeta, turbado, apuró un gran vaso de vino sin fijarse en la calidad; el terror le había puesto como un hierro al rojo en el vientre, la avaricia consumió el aguardiente; hubiera dado cualquier cosa por regresar a su casa y cambiar de sitio el tesoro. Las tres mujeres sonreían.

—¿De acuerdo? —dijo Michu a Violeta, volviendo a llenarle el vaso.

—Sí, de acuerdo.

—Estarás en tu casa, viejo bribón.

Después de media hora de discusiones animadas sobre la fecha de entrada en vigor sobre las mil y una naderías que sacan a relucir los labriegos cuando concluyen un negocio, en medio de las aserciones, de los vasos de vino vacíos, de las palabras llenas de promesas, de las denegaciones, de los «¿No es verdad? — ¡Bien cierto! — ¡Os lo juro por ésta! — ¡Como os lo digo! — ¡Que me rebañen el gaznate si...! — ¡Que este vaso de vino se convierta en veneno si lo que digo no es la pura *verdaz!*...», Violeta cayó, con la cabeza sobre la mesa, no achispado, sino borracho como una cuba; y, en cuanto Michu le vio los ojos turbios se apresuró a abrir la ventana.

—¿Dónde está ese bribón de Gaucher? —preguntó a su mujer.

—Está acostado.

—Tú, Mariana —dijo el administrador a su fiel sirvienta—, ve a ponerte a vigilar frente a la puerta. Usted, madre, quedaos abajo, no quitéis la vista de encima de ese espía permaneced al acecho y no abráis a nadie si no oís la voz de Francisco. ¡Es cuestión de vida o muerte! —añadió con voz profunda—. Para todas las criaturas que están bajo mi techo, yo no he salido de casa esta noche, y, sostendréis esto aunque tengáis la cabeza bajo el cepo. Vamos —dijo a su mujer—, ponte los zapatos, toma tu cofia y vámonos de aquí. Nada de preguntas, yo te acompaño.

Desde hacía tres cuartos de hora, el gesto y la mirada de aquel hombre poseían una autoridad despótica, irresistible, sacada de la fuente común y desconocida de donde sacan sus poderes extraordinarios los grandes generales en el campo de batalla para inflamar a las masas, los grandes oradores que arrebatan a las asambleas y, también hay que decirlo, los grandes criminales para sus golpes más audaces. Parece entonces exhalarse de la cabeza y que la palabra posee una influencia invencible, que el gesto inyecta la voluntad del hombre a los otros. Las tres mujeres sabían que estaban atravesando una horrible crisis; sin que se lo hubiesen dicho, la rapidez con que actuaba aquel hombre se lo hacía presentir. Su rostro lanzaba chispas, su frente hablaba y el brillo de sus ojos era semejante al de las estrellas; le habían visto sudor en la raíz de los cabellos y más de una vez sus palabras vibraron de impaciencia y de rabia. Por lo tanto, Marta obedeció pasivamente. Armado hasta los dientes, con el

fusil al hombro, Michu saltó a la avenida, seguido por su mujer, y pronto llegaron a la encrucijada donde Francisco esperaba, oculto entre unos matorrales.

—El pequeño comprende las cosas —aseguró Michu al verlo.

Fueron sus primeras palabras. Su mujer y él habían corrido hasta allí sin poder pronunciar palabra alguna.

—Vuelve al pabellón, escóndete en el árbol más frondoso y observa la campiña y el parque —dijo a su hijo—. Nosotros estamos todos acostados y no abrimos a nadie. Tu abuela vigila, y sólo te abrirá a ti, al oír tu voz. Retén mis menores palabras. Se trata de la vida de tu padre y de madre. Que la justicia no sepa nunca que hemos dormido fuera de casa.

Después de susurrar estas frases al oído de su hijo, que se escurrió como una anguila en el limo a través de los bosques, Michu dijo a su mujer:

—¡A caballo! Y ruega a Dios que no nos abandone. ¡Sujétate bien! El animal puede reventar.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando el caballo, al que Michu dio dos talonazos en el vientre, oprimiéndolo con sus poderosas rodillas, partió con la celeridad de un caballo de carreras; el animal pareció comprender a su amo: atravesó el bosque en un cuarto de hora. Michu, sin desviarse un momento de la ruta más corta, se encontró en un punto del lindero desde el que se veían iluminadas por la luna, las cúspides del castillo de Cinq-Cygne. Sujetó el caballo a un árbol y subió con presteza por el montículo desde el que se dominaba el valle de Cinq-Cygne.

El castillo, que Marta y Michu contemplaron juntos durante un momento, produce un efecto encantador en el paisaje. Aun cuando su extensión y su arquitectura carezcan de importancia, no está desprovisto de cierto valor arqueológico. Aquella vieja fábrica del siglo xv, asentada en lo alto de un otero, rodeada de profundos y anchos fosos, todavía llenos de agua, está construida con cantos rodados y mortero, pero los muros tienen siete pies de espesor. Su simplicidad evoca admirablemente la vida ruda y guerrera de los tiempos feudales. Aquel castillo, verdaderamente sencillo, consiste en dos gruesos torreones rojizos, separados por un largo cuerpo de edificio horadado por auténticas ventanas de piedra, cuyas cruces groseramente esculpidas, parecen sarmientos de vid. La escalera se halla fuera, en el centro, en una torre pentagonal que posee una pequeña puerta ojival. La planta baja, modernizada interiormente en la época de Luis XIV, así como el primer piso, está coronada por techos inmensos, en los que se abren ventanas con tímpanos esculpidos. Ante el castillo se extiende un espacioso terreno cubierto de césped, cuyos árboles fueron talados en fecha reciente. A cada lado del puente de entrada hay dos bicocas donde habitan los jardineros, separadas por una verja raquílica, sin carácter, evidentemente moderna. A derecha e izquierda del terreno cubierto de césped, dividido en dos partes por una calzada enlosada, se extienden las caballerizas, los establos, las granjas, la leñera, la panadería, los gallineros y las habitaciones del servicio, para lo que sin duda se han aprovechado los restos de dos alas semejantes al castillo actual. En otros

tiempos, aquel castillo debía ser cuadrangular y fortificado en los cuatro ángulos, teniendo para su defensa un enorme torreón de pórtico abovedado, al pie del cual había, en lugar de verja, un puente levadizo. Las dos enormes torres, cuyos techos con garitas en los ángulos no habían sido raseados, y la torrecilla de la torre del centro, daban carácter a la aldea. La iglesia también antigua, erguía, a pocos pasos, su puntiagudo campanario, que armonizaba con las masas del castillo. La luna hacía resplandecer las cúspides y los conos, a cuyo alrededor jugaba y cabrilleaba la luz. Michu contempló aquella morada señorial de un modo que hizo cambiar las ideas de su mujer, pues su rostro, más tranquilo, ofrecía una expresión de esperanza y una especie de orgullo. Sus ojos abarcaron el horizonte con cierta desconfianza; escuchó los rumores del campo: debían de ser entonces las nueve, la luna difundía su resplandor sobre el lindero del bosque y, sobre todo, el montículo quedaba fuertemente iluminado. Semejante posición pareció peligrosa al guarda general y descendió temiendo poder ser visto. Sin embargo, ningún ruido sospechoso turbaba la paz de aquel hermoso valle, ceñido, por aquel lado, por el bosque de Nodesme. Marta, agotada y temblorosa, creía posible cualquier desenlace después de aquella carrera desenfrenada. ¿Para qué debía servir? ¿Para una buena acción o para un crimen? En aquellos momentos, Michu se aproximó al oído de su mujer.

—Irás a casa de la condesa de Cinq-Cygne y dirás que quieres hablar con ella; cuando la veas, te la llevarás aparte y, después de asegurarte de que nadie os escucha, la dirás: «Señorita, la vida de vuestros dos primos corre peligro y el que puede explicaros el por qué y el cómo, os espera». Si tiene miedo y desconfía, añadirás: «Forman parte de la conspiración contra el primer cónsul y la conspiración ha sido descubierta». No te des a conocer, pues desconfían demasiado de nosotros.

Marta Michu levantó la cabeza hacia su marido y le preguntó:

—¿Estás entonces a su servicio?

—Bien ¿y qué? —contestó él frunciendo el ceño, creyendo que iba a escuchar un reproche.

—¡No me comprendes! —exclamó Marta, tomando la mano de Michu y cayendo a sus pies para besarla, hasta que pronto quedó bañada en llanto.

—¡Corre, ya llorarás después! —dijo él abrazándola con brusquedad.

Cuando dejó de oír los pasos de su mujer, las lágrimas brotaron en los ojos de aquel hombre de hierro. Había desconfiado de Marta debido a las opiniones de su padre, ocultándole los secretos de su vida, pero la belleza del carácter sencillo de su mujer se le apareció de pronto, lo mismo que la grandeza del suyo acababa de brillar ante ella. Marta pasó de la profunda humillación que produce la degradación del hombre del que se lleva el nombre, al júbilo que origina su gloria; pasó, sin transición, de un sentimiento al otro. ¿No era motivo más que suficiente para desfallecer? Presa de las más vivas inquietudes, estuvo con el ánimo en vilo, como dijo más tarde, al ir del pabellón hasta Cinq-Cygne, y en un momento se sintió arrebatada al cielo entre los ángeles. Él, que no se sentía estimado, que tomaba la

actitud triste y melancólica de su mujer por falta de afecto, que la dejaba abandonada, viviendo fuera de casa, derramando toda su ternura sobre su hijo, comprendió, en un momento, todo el significado de las lágrimas de aquella mujer: ella maldecía al papel que su belleza y la voluntad paterna la obligaron a representar. La felicidad, como un relámpago, brilló con su llama más hermosa para ellos, en medio de la tempestad. ¡Y debía ser un relámpago! Ambos pensaron en los diez años de incompreensión y cada uno se consideró culpable. Michu permaneció de pie, inmóvil, con el codo sobre la carabina y el mentón apoyado en la mano, sumido en un profundo ensimismamiento. Semejante momento hace soportables todos los sufrimientos del pasado más doloroso.

Agitada por mil pensamientos semejantes a los de su marido, el corazón de Marta se sintió oprimido por el peligro en que se hallaban los Simeuse, pues lo comprendió todo, incluso la presencia de los dos parisienses, pero no podía explicarse la carabina. Partió corriendo como una sierva y así llegó al camino del castillo; le sorprendió oír a sus espaldas los pasos de un hombre, lanzó un grito y la ancha mano de Michu le tapó la boca.

—Desde lo alto de la loma, a lo lejos he visto relucir la plata de los sombreros ribeteados. Entra por una brecha del foso que se abre entre la torre de la señorita y las caballerizas; por ahí las perros no ladrarán. Pasa al jardín, llama a la joven condesa por la ventana, haz ensillar su caballo y dile que la conducirás por el foso; allí estaré yo, después de estudiar el plan de los parisienses y de haber hallado el medio de escapar de ellos.

Aquel peligro, que rodaba como un alud y que había que prevenir, prestó alas a Marta.

El nombre franco, común a los Cinq-Cygne y a los Chargeboeuf, es Duineff. Cinq-Cygne se convirtió en el nombre de la rama menor de los Chargeboeuf después de la defensa de un castillo, hecha, en ausencia de su padre, por cinco jóvenes de este linaje, todas ellas de una blancura notable y de las que nadie hubiera esperado semejante conducta. Uno de los primeros condes de Champaña quiso perpetuar, con este lindo nombre, aquel recuerdo, durante tanto tiempo como existiera aquella familia. Después de aquel singular hecho de armas, las hembras de dicha familia se distinguieron por su audacia, pero quizás no siempre fueron blancas. La última, Lorenza, contrariamente a la ley sálica, había heredado el nombre, las armas y los feudos. El rey de Francia aprobó la carta del conde de Champaña en virtud de la cual, en aquella familia, el vientre ennoblecía y heredaba. Lorenza, pues, era condesa de Cinq-Cygne, y su marido debía adoptar su nombre y sus blasones, en los que se leía por divisa la sublime respuesta que dio la mayor de las cinco hermanas cuando le intimaron la rendición del castillo: *¡Morir cantando!*

Digna de aquellas bellas heroínas, Lorenza poseía una blancura que parecía ser una apuesta del hado. Bajo la trama fina y apretada de su epidermis, se distinguían las líneas suaves de sus venas azules. Su cabellera, rubia como el oro, armonizaba

maravillosamente con sus ojos, de azul intenso. Todo en ella era hermoso. En su cuerpo frágil pese a su talle esbelto y su tez blanca como la leche, se albergaba un alma templada como la de un hombre del carácter más resuelto, pero que nadie, ni siquiera un observador, hubiera adivinado al ver una fisonomía dulce y un rostro acarnerado, cuyo perfil mostraba un vago parecido con una cabeza de oveja. Aquella dulzura excesiva, aunque noble, parecía llegar hasta la estupidez del cordero.

—¡Tengo el aspecto de un cordero soñador! —decía a veces ella sonriendo.

Lorenza, que hablaba poco, no parecía soñadora ni ensimismada, sino embotada. Pero cuando surgía una circunstancia grave, la Judith oculta se revelaba al instante y adquiría caracteres sublimes. Por desgracia, no le faltaron ocasiones. A los trece años, Lorenza, después de los acontecimientos que conoce el lector, quedó huérfana y se vio abandonada ante la plaza el lugar donde la víspera se alzaba, en Troves, una de las mansiones más curiosas de la arquitectura del siglo XVI: el hotel Cinq-Cygne. El señor de Hauteserre, uno de sus parientes, convertido en su tutor, se llevó inmediatamente a la heredera al campo. Aquel pundonoroso hidalgo de provincias, asustado ante la muerte del abate de Hauteserre, su hermano, herido por una bala en la plaza en el momento en que huía disfrazado de campesino, no estaba en situación de poder defender los intereses de su pupila: tenía dos hijos en el ejército de los príncipes y todos los días, al oír el menor ruido, creía que los municipales de Arcis iban a detenerle.

Orgullosa por haber sostenido un asedio y por poseer la blancura histórica de sus antepasadas, Lorenza despreciaba la prudente cobardía del anciano encorvado bajo el viento de la tempestad, y no pensaba más que en adquirir honra y prez. Así, puso con audacia en su pobre salón de Cinq-Cygne el retrato de Carlota Corday, coronado de ramitas de roble entrelazadas. Sostenía correspondencia mediante un mensajero con los gemelos, mofándose de la ley, que la hubiera castigado con la muerte. El mensajero, que también arriesgaba su vida, le traía las respuestas. Después de las catástrofes de Troyes, Lorenza sólo vivía para el triunfo de la causa real. Después de haber juzgado cuerdamente a los esposos de Hauteserre y de reconocer en ellos una naturaleza honrada, pero sin energía, los puso fuera de las leyes de su esfera; Lorenza tenía demasiado ingenio y una verdadera indulgencia para mostrarle resentimiento por su carácter; buena, amable, afectuosa con ellos, no les confió ni uno solo de sus secretos. Nada cierra tanto el alma como un disimulo constante en el seno de la familia.

A su mayoría de edad, Lorenza dejó que el viejo Hauteserre llevase sus asuntos, como había hecho hasta entonces. Con tal de que su yegua favorita estuviese bien almohazada, que su sirvienta Catalina fuese vestida a su gusto y su criado Gotardo con una decorosa librea, lo demás, poco le importaba. Tenía su pensamiento ocupado en fines demasiado elevados para descender a ocupaciones que, en otros tiempos sin duda hubiesen sido de su agrado. El tocado dejó de importarle, además sus primos no estaban allí. Lorenza tenía un traje de amazona verde botella para pasear a caballo, un

vestido de tela común con canesú adornado de alamares para ir a pie, y en casa llevaba una bata de seda. Gotardo, su pequeño escudero, un mozo diestro y valeroso de quince años, le daba escolta, pues casi siempre estaba fuera de casa, cazando por todas las tierras de Gondreville, sin hallar oposición en los colonos ni en Michu. Montaba admirablemente a caballo y sus dotes cinegéticas tenían algo de milagroso. En la comarca siempre la llamaron señorita, incluso durante la Revolución.

Quien haya leído la hermosa novela *Rob-Roy* se acordará sin duda de uno de esos raros caracteres de mujer en cuya concepción Walter Scott se apartó de su acostumbrada frialdad. Me refiero a Diana Vernon. Este recuerdo puede servir para que el lector comprenda mejor a Lorenza, si añade a las cualidades de la cazadora escocesa la exaltación reprimida de Carlota Corday, pero suprimiendo la amable vivacidad que hace tan atractiva a Diana. La joven condesa vio morir a su madre, caer herido al abate de Hauteserre y perecer en el patíbulo al marqués y la marquesa de Simeuse; su único hermano murió a consecuencia de las heridas recibidas y sus dos primos, que servían en el ejército de Condé, podían ser muertos en cualquier momento; la fortuna de los Simeuse y de los Cinq-Cygne, en fin, acababa de ser devorada por la República, sin provecho para ésta. Su gravedad, como puede comprenderse, degeneró en estupor aparente.

Por lo demás, el señor de Hauteserre demostró ser el tutor más íntegro y entendido que pudiera existir. Bajo su administración, Cinq-Cygne adquirió el aspecto de una alquería. El buen hombre que parecía mucho más un propietario concienzudo que un paladín, sacó partido del parque y los jardines, cuya extensión era casi de doscientas fanegas, y de donde sacó alimento para las personas y los caballos, así como leña para la calefacción. Merced a una rigurosa economía, cuando la condesa alcanzó su mayoría de edad, ya había recobrado una fortuna suficiente, a consecuencia de la colocación de los ingresos en el Estado. En 1798, la heredera poseía veinte mil francos de renta sobre el Estado, cuyos atrasos, a decir verdad, estaban devengados, y doce mil francos en Cinq-Cygne, cuyos contratos de arrendamiento fueron renovados con notables aumentos. Los esposos de Hauteserre se retiraron al campo con tres mil libras de renta vitalicia en las tontinas Lafarge: estos restos de su fortuna únicamente les permitía residir en Cinq-Cygne, de suerte que el primer acto de Lorenza consistió en darles en usufructo para toda su vida el pabellón que ocupaban. Los de Hauteserre, que se volvieron avaros tanto para su pupila como para ellos mismos, y que todos los años acumulaban sus mil escudos pensando en sus dos hijos, hacían que la heredera comiese miserablemente. Los gastos totales de Cinq-Cygne no sobrepasaban los cinco mil francos anuales. Pero Lorenza, que no descendía a ningún detalle, todo lo encontraba bien. El tutor y su mujer insensiblemente dominados por la influencia imperceptible de aquel carácter que se manifestaba incluso en los detalles más insignificantes, acabaron por admirar a la que habían conocido de niña, sentimiento bastante raro. Pero Lorenza tenía en los modales, en su voz gutural, en su mirada imperiosa, aquel no sé qué, aquel poder

inexplicable que siempre impone, incluso cuando no es más que aparente, pues, en los necios, la vaciedad se parece a la profundidad. La profundidad es incomprendible para el vulgo, y de aquí proviene tal vez la admiración que siente el pueblo por todo lo que no comprende.

Los esposos de Hauteserre, impresionados por el silencio habitual y sobrecogidos por el salvajismo de la joven condesa, siempre estaban al acecho de algo grande. Al hacer el bien con discernimiento y al no dejarse engañar, Lorenza conseguía que los campesinos le demostrasen gran respeto, pese a ser una aristócrata. Su sexo, el nombre que llevaba, sus desdichas, la originalidad de su vida, todo contribuía a darle autoridad sobre los habitantes del valle de Cinq-Cygne. A veces se iba para uno o dos días, acompañada de Gotardo, y al regreso, los señores de Hauteserre no la interrogaban jamás sobre los motivos de su ausencia. Lorenza, téngalo en cuenta el lector, no tenía nada de extravagante. La Virago se ocultaba bajo la forma más femenina y de apariencia más delicada. Su corazón poseía una excesiva sensibilidad, pero ella tenía en la cabeza una resolución viril y una firmeza estoica. Sus ojos clarividentes no sabían llorar. Al ver su puño blanco y delicado matizado por venas azules, nadie hubiera imaginado que podía desafiar al del caballero más endurecido. Su mano, tan blanca y suave, manejaba la pistola o el fusil con el vigor del cazador experimentado. Cuando salía, solamente se peinaba como hacen las mujeres para montar a caballo, tocándose con un coquetón sombrerito de castor y cubriéndose el rostro con un velo verde. De esta forma, su cara tan delicada y su blanco cuello, envuelto en una corbata negra, no resultaban perjudicados por sus carreras al aire libre.

Durante el Directorio y al comienzo del Consulado, Lorenza pudo conducirse así, sin que nadie se ocupase de ella, pero cuando el gobierno se regularizó, las malas autoridades, el prefecto del Aube, los amigos de Malin y el propio Malin, trataron de desacreditarla. Lorenza únicamente pensaba en la caída de Bonaparte, cuya ambición y triunfo despertaron en ella particular rabia, pero una rabia fría y calculada. Enemiga oscura y desconocida de aquel hombre cubierto de gloria, pensaba en él, desde el fondo de su valle y de sus bosques, con terrible fijeza; a veces sentía deseos de ir a matarlo en los alrededores de Saint-Cloud o de la Malmaison. La ejecución de este designio ya hubiera bastado para explicar los ejercicios y las costumbres de su vida, pero iniciada desde la ruptura de la paz de Amiens, en la conspiración de los hombres que intentaron volver el 18 de brumario contra el primer cónsul, subordinó, a partir de entonces, su fuerza y su odio al plan vastísimo y muy bien desarrollado que debía herir a Bonaparte: en el exterior mediante la amplia coalición de Rusia, Austria y Prusia, que como emperador él venció en Austerlitz; y, en el interior, utilizando la coalición de los hombres más dispares, unidos por un odio común, acariciando muchos de ellos, como Lorenza, la idea de matar a aquel hombre sin asustarse ante la palabra asesinato.

Aquella joven, tan frágil en apariencia y tan fuerte para los que la conocían bien,

era pues, en aquel momento, la guía fiel y segura de los nobles que habían venido de Alemania para participar en aquel serio ataque. Fouché se fundó en esta cooperación de los emigrados de allende del Rhin para envolver al duque de Enghien en el complot. La presencia de aquel príncipe en el territorio de Baden, a poca distancia de Estrasburgo, dio más tarde fundamento a estas suposiciones. La gran cuestión es saber si el príncipe tuvo verdaderamente conocimiento de la empresa, si debía entrar en Francia una vez alcanzado el éxito, es uno de los secretos sobre los cuales, como sobre algunos otros, los príncipes de la casa de Borbón han guardado el más profundo silencio. A medida que la historia de esta época envejezca, los historiadores imparciales tacharán al menos de imprudente la conducta del príncipe, cuando éste se acercó a la frontera en el momento en que debía estallar una inmensa conspiración, y en cuyo secreto se hallaba sin duda toda la familia real.

La prudencia que Malin acababa de mostrar al conferenciar con Grévin al aire libre, aquella joven la aplicaba a sus menores relaciones. Recibía a los emisarios y conferenciaba con ellos en los diversos linderos del bosque de Nodesme, o bien al otro lado del valle de Cinq-Cygne, entre Sézanne y Brienne. Recorría a menudo quince leguas de un tirón con Gotardo, para volver a Cinq-Cygne sin que nadie pudiera ver en su fresco rostro la menor señal de fatiga ni de preocupación.

Desde un principio, Lorenza había sorprendido en los ojos de aquel vaquerillo, que entonces tenía nueve años, la ingenua admiración que sienten los niños por lo extraordinario; lo convirtió en su palafrenero y le enseñó a almohazar los caballos con el cuidado y la atención que ponen los ingleses en este menester. Reconoció en él el deseo de hacer bien las cosas, inteligencia y falta de todo cálculo; puso a prueba su fidelidad y encontró que no sólo tenía ingenio, sino nobleza. El muchacho era incapaz de concebir la recompensa y ella cultivó aquel alma todavía tan joven, fue buena con él, buena con grandeza, y conquistó su afecto teniéndole siempre con ella, puliendo por sí misma aquel carácter semisalvaje, sin quitarle su rusticidad ni su sencillez.

Después de poner suficientemente a prueba la fidelidad casi canina que ella había alimentado, convirtió a Gotardo en su cómplice ingenioso e ingenuo. El pequeño campesino, del que nadie podía sospechar, iba de Cinq-Cygne a Nancy, volviendo a veces sin que nadie supiese que había salido de la región. Ponía en práctica todas las argucias empleadas por los espías. La excesiva desconfianza que le infundió su señora no alteraba en nada su forma de ser. Gotardo, que poseía la astucia propia de las mujeres, aliada con el candor de los niños, y la atención perpetua del conspirador, ocultaba estas admirables cualidades bajo la profunda ignorancia y el torpor de los campesinos. Aquel hombrecillo parecía necio, débil y desmañado; pero, cuando ponía manos a la obra era ágil como un pez y se escabullía como una anguila; le bastaba una mirada para comprender, como los perros: olfateaba el pensamiento. Su cara mofletuda y bonachona, redonda y colorada, sus ojos pardos adormilados, sus cabellos cortados como los de los campesinos, su traje y su raquitismo le prestaban la apariencia de un niño de diez años.

Bajo la protección de su prima, que veló por ellos desde Estrasburgo hasta Barsur-Aube, los señores de Hauteserre y de Simeuse, acompañados por otros muchos emigrados, vinieron por Alsacia, Lorena y la Champaña, mientras que otros conspiradores, no menos valerosos, abordaron el territorio francés por los acantilados de Normandía. Vestidos con ropas de obreros, los de Hauteserre y los Simeuse fueron de bosque en bosque, guiados, por personas elegidas desde hacía tres meses, en todos los departamentos por Lorenza, entre las gentes más fieles a los Borbones y de quien menos se sospechaba. Los emigrados dormían de día y viajaban durante la noche. Cada uno de ellos llevaba dos soldados leales, uno de los cuales avanzaba en descubierta y el otro permanecía retrasado, a fin de cubrir la retirada si surgía algún contratiempo. Gracias a estas precauciones militares, aquel precioso destacamento alcanzó, sin tropiezo, el bosque de Nodesme, lugar de la cita.

Otros veintisiete nobles entraron también por Suiza y atravesaron la Borgoña, guiados hacia París con idénticas precauciones. El señor de Rivière contaba con quinientos hombres, cien de los cuales eran jóvenes nobles, los oficiales de aquel batallón sagrado. Los señores de Polignac y de Rivière, cuya conducta como jefes fue notabilísima, guardaron un secreto impenetrable por lo que se refiere a todos sus cómplices, no siendo descubiertos. Así se puede decir hoy, de acuerdo con las revelaciones hechas durante la Restauración que Bonaparte no conoció la amplitud del peligro que entonces corrió, como tampoco Inglaterra conoció el peligro en que la ponía el campamento de Boulogne, y, sin embargo, en ninguna época la policía estuvo dirigida más hábil e inteligentemente.

En el momento en que comienza esta historia, un cobarde, como siempre los hay en las conspiraciones que no se limitan a un pequeño número de hombres igualmente fuertes, un conjurado, enfrentado con la muerte, daba unas indicaciones, por fortuna insuficientes en cuanto a la extensión, pero bastante precisas sobre la finalidad de la empresa. Por esta razón, la policía, como dijo Malin a Grévin, dejaba que los conspiradores vigilados obrasen en plena libertad, a fin de descubrir todas las ramificaciones del complot. Sin embargo, el gobierno tuvo en cierto modo la mano forzada por Georges Cadoudal, hombre de acción que no aceptaba consejos de nadie y que se había ocultado en París con veinticinco chuanes para atacar al primer cónsul. Lorenza unía en su pensamiento el odio y el amor. Destruir a Bonaparte y hacer volver a los Borbones, ¿no equivaldría a recuperar Gondreville y hacer la fortuna de sus primos? Aquellos dos sentimientos, uno de los cuales es la contrapartida del otro, son bastantes, especialmente a los veintitrés años, para desplegar todas las facultades del alma y todas las fuerzas de la vida. Por ello, desde hacía dos meses, Lorenza parecía más hermosa a los habitantes de Cinq-Cygne que en cualquier otro momento. Sus mejillas habíanse vuelto sonrosadas y la esperanza infundía a veces altanería a su frente, pero cuando se leía ante ella la *Gaceta* por la noche, que exponía las acciones conservadoras del primer cónsul, bajaba los ojos para no dejar ver la amenazadora certidumbre de la inminente caída de aquel enemigo de los Borbones.

Así, pues, en el castillo nadie sospechaba que la joven condesa había vuelto a ver a sus primos la noche anterior. Los dos hijos de los señores de Hauteserre habían pasado la noche en la propia habitación de la condesa, bajo el mismo techo que su padre y su madre, pues Lorenza, para no infundir ninguna sospecha, después de dejar acostados a los dos Hauteserre, entre la una y las dos de la madrugada, fue a reunirse con sus primos en el lugar de la cita y los condujo a lo más espeso del bosque, donde los ocultó en la cabaña abandonada de un guarda rural. Segura de volver a verles, no demostró la menor alegría y nada traicionó en ella las emociones de la espera supo, en fin, guardarse de exteriorizar el placer de volver a verlos, mostrándose impasible. La linda Catalina, hija de su nodriza, y Gotardo, ambos en el secreto, tomaron por modelo de su conducta la de su señora. Catalina tenía diecinueve años. A esta edad, como a la de Gotardo, una joven es fanática y se deja cortar la cabeza sin pronunciar palabra. En cuanto al muchacho, le hubiera bastado con aspirar el perfume que la condesa se ponía en sus cabellos y en sus ropas para soportar el tormento sin pronunciar palabra.

En el momento en que Marta, al percatarse de la inminencia del peligro, se deslizaba con la rapidez de una sombra hacia la brecha indicada por Michu, el salón del castillo de Cinq-Cygne ofrecía el aspecto más apacible. Sus moradores estaban tan lejos de sospechar la tempestad a punto de estallar sobre ellos, que su actitud hubiera despertado la compasión de la primera persona conocedora de su situación. En la alta chimenea, adornada por un tremó en el que danzaban, encima del espejo, unas pastoras con faldellín, brillaba uno de esos fuegos que únicamente se encienden en los castillos situados próximos a un bosque. Junto a la chimenea, en una gran poltrona cuadrada de madera dorada, tapizada con magnífico lamapatán verde, la joven condesa permanecía hundida, en cierto modo, en actitud completamente abatida. Vuelta a las seis únicamente de los confines de la Brie, después de batir el terreno precediendo a las tropas, para que los cuatro nobles llegasen sanos y salvos al parador desde el que iniciarían su última etapa antes de entrar en París, sorprendió a los señores de Hauteserre al final de la cena. Azuzada por el hambre, se sentó a la mesa sin despojarse de su fangoso traje de amazona ni de sus borceguíes. En vez de cambiarse después de cenar, se sintió abrumada por todas sus fatigas y apoyó su bella cabeza descubierta, aureolada por sus mil bucles rubios, en el respaldo de la inmensa poltrona, descansando los pies en un escabel. El fuego secaba las manchas de barro de su traje de amazona y de sus borceguíes. Encima de la consola, donde ella los había tirado, estaban sus guantes de piel de gamo, su sombrerito de castor, su velo verde y su látigo de montar. Tan pronto miraba el viejo reloj de Boulle que se encontraba encima de la repisa de la chimenea, entre dos candelabros con flores, para saber si, viendo la hora, los cuatro conspiradores se habían acostado, como la mesa de boston puesta ante la chimenea y ocupada por el señor de Hauteserre y su mujer, el cura de Cinq-Cygne y su hermana.

Aunque estos personajes no estuviesen incrustados en este drama, sus cabezas

todavía tendrían el mérito de representar una de las caras que asumió la aristocracia tras su derrota de 1793. A este respecto, la pintura del salón de Cinq-Cygne posee el sabor de la historia contemplada en paños menores.

El gentilhomme, que entonces tenía cincuenta y dos años, alto, enteco, sanguíneo y de una salud robusta, hubiera parecido capaz de tener vigor sin unos grandes ojos de un azul de cerámica cuya mirada anunciaba una extremada simplicidad. Existía en su rostro, acabado por un mentón de galocha, entre la nariz y la boca, un espacio desproporcionado según las leyes del dibujo, que le prestaba un aspecto sumiso, en perfecta armonía con su carácter y con el que concordaban los menores detalles de su fisonomía. Así su cabellera gris, cubierta por el fieltro de su sombrero, que llevaba puesto casi siempre, formaba como un casquete en su cabeza, dibujando un contorno piriforme. La frente, muy arrugada a causa de su vida rural y por sus continuas inquietudes, era lisa e inexpresiva. La nariz aguileña realzaba un poco el rostro; el único indicio de fuerza radicaba en sus espesas cejas, que conservaban su color negro, y en la viva coloración de su tez. Este indicio no mentía, pues el caballero, aunque hombre simple y dulce, era fiel a la fe monárquica y católica, y ninguna consideración le hubiera hecho cambiar de partido. Aquel viejo se hubiera dejado encarcelar, no hubiera disparado contra los municipales, dejándose conducir mansamente al patíbulo. Sus tres mil libras de renta vitalicia, su único recurso, le impidieron emigrar. Por lo tanto, obedecía al gobierno de hecho, sin dejar de amar a la familia real y de desear su restauración, pero se hubiera negado a comprometerse participando en una tentativa en favor de los Borbones. Pertenecía a ese grupo de realistas que se acordarán eternamente de que los maltrataron y los robaron y que, a partir de entonces, han permanecido mudos, frugales, rencorosos, sin energías, pero incapaces de cualquier abjuración y de cualquier sacrificio; dispuestos a saludar a la realeza triunfante, amigos de la religión y de los curas, pero resueltos a soportar todas las afrentas de la desdicha. En este caso, esto ya no es tener una opinión, sino simple tozudez. La acción es la esencia de los partidos. Sin ingenio, pero leal, avaro como un campesino y, no obstante, noble de modales, osado en sus votos, pero discreto en sus palabras y en sus actos, sabiendo sacar partido de todo y dispuesto a dejarse nombrar alcalde de Cinq-Cygne, el señor de Hauteserre representaba admirablemente a esos honorables hidalgos sobre cuya frente Dios escribió la palabra *polillas*, que dejaron pasar por encima de su hidalguía y de sus cabezas las tempestades de la Revolución, volviendo a encumbrarse durante la Restauración, enriquecidos con sus economías ocultas, orgullosos de su discreta fidelidad, y que regresaron a sus haciendas rurales después de 1830.

Su traje, expresivo envoltorio de su carácter, pintaba al hombre y a su época. El señor de Hauteserre llevaba una de esas hopalandas de color avellana y cuello pequeño, que el último duque de Orleáns puso de moda a su regreso de Inglaterra y que durante la Revolución representaba una transacción entre los feos trajes populares y las elegantes levitas de la aristocracia. Su chaleco, de terciopelo con

rayas floreadas, estilo que recordaba los chalecos de Robespierre y de Saint-Just, dejaba ver la parte superior de una chorrera de pequeños pliegues abatidos sobre la camisa. Seguía llevando calzón corto, pero el suyo era de grueso paño azul, con hebillas de acero bruñido. Sus medias de adúcar negro moldeaban unas piernas de ciervo, calzadas con gruesos zapatones sujetos por polainas de paño negro. Había conservado el cuello de muselina con sus mil pliegues, cerrado por una hebilla de oro en la garganta. El buen hombre no se proponía hacer profesión de eclecticismo político al adoptar aquel traje a la vez campesino, revolucionario y aristócrata: se había limitado a obedecer con mucha inocencia a las circunstancias.

La señora de Hauteserre, que tenía cuarenta años y estaba gastada por las emociones, su rostro, ajado, siempre parecía posar para un retrato, y su gorro de encaje, adornado con nudos de cintas de raso blanco, contribuía de manera singular a prestarle aquel aire solemne. Aún se ponía polvos, a pesar de la toquilla blanca y el vestido de seda color pulga, de mangas lisas, con falda amplísima, triste y último atavío de la reina María Antonieta. Tenía la nariz respingona, la barbilla puntiaguda, la cara casi triangular y unos ojos que habían llorado, pero se ponía una pizca de carmín que infundía nueva vida en sus ojos grises. Tomaba rapé y cada vez que lo hacía adoptaba aquellas lindas precauciones de que antes abusaban las pequeñas señoras; todos los detalles de esta operación constituían una ceremonia que se explicará con estas palabras: tenía unas manos bonitas.

Desde hacía dos años, el antiguo preceptor de los dos Simeuse, amigo del abate de Hauteserre, llamado Goujet, sacerdote de los Mínimos, tomó por retiro el curato de Cinq-Cygne, por amistad con los Hauteserre y la joven condesa. Su hermana, mademoiselle Goujet, que poseía setecientos francos de renta, los unía a los escasos honorarios del curato y llevaba la casa de su hermano. Ni la iglesia ni el presbiterio habían sido vendidos a causa de su poco valor. Por lo tanto, el abate Goujet vivía a dos pasos del castillo, pues el muro del jardín del curato y el del parque eran medianeros en algunos lugares. Así, dos veces por semana, el abate Goujet y su hermana cenaban en Cinq-Cygne, donde todas las noches iban a celebrar la partida con los Hauteserre. Lorenza no sabía jugar a las cartas. El abate Goujet, anciano de cabellos blancos y cara lívida como la de una vieja, dotado de una sonrisa amable y de voz dulce e insinuante, disipaba la insípida expresión de su cara, bastante aniñada, por una frente que respiraba inteligencia y unos ojos muy astutos. De talla mediana y bien proporcionado, conservaba el hábito negro a la francesa, llevaba hebillas de plata en el calzón de los zapatos, medias de seda negra y un chaleco también negro sobre el que caía su pechero, lo que le infundía un aire señorial, sin menoscabar su dignidad.

Aquel abate, que llegó a ser obispo de Troyes con la Restauración, acostumbrado por su antigua vida a juzgar a la gente joven, adivinó el gran carácter de Lorenza; la apreciaba en todo lo que valía y al principio demostró una respetuosa deferencia hacia aquella joven, que contribuyó mucho a hacerla independiente en Cinq-Cygne y

a doblegar la voluntad de la austera dama y del buen gentilhomme, a los que hubiera debido obedecer, según la costumbre. Desde hacía seis meses, el abate Goujet observaba a Lorenza con el instinto particular de los sacerdotes, que son las personas más perspicaces, y sin saber que aquella joven de veintitrés años estaba pensando en derribar a Bonaparte mientras sus débiles manos desenredaban un alamar deshecho de su traje de amazona, la suponía, sin embargo, animada por grandes designios.

La señorita Goujet era una de esas jóvenes cuyo retrato se hace en dos palabras. Suficientes para que incluso los que carecen de imaginación puedan representarlas: pertenecía al género de las grandes hacaneas. Se sabía fea y era la primera en reírse de su fealdad, exhibiendo sus largos dientes amarillos como su tez y sus manos huesudas. Era buena y siempre estaba alegre. Llevaba la famosa casaquilla de otros tiempos, una falda amplísima con bolsillos siempre llenos de llaves, un gorro con cintas y el cabello enrollado. Cumplió los cuarenta años muy pronto, pero según decía ella misma, se había plantado en esta edad desde hacía veinte años. Veneraba a la nobleza y sabía conservar su propia dignidad, rindiendo a las personas nobles todo el respeto y los homenajes debidos.

Esta compañía había llegado muy en su punto a Cinq-Cygne para madame de Hauteserre, que no tenía, como su marido, ocupaciones rurales, ni, como Lorenza, el tónico de un odio para sostener el peso de una vida solitaria. De esta forma, todo había mejorado en cierto modo en los últimos seis años. El culto católico restaurado permitía el cumplimiento de los deberes religiosos, que encuentran más eco en la vida del campo que en otro lugar. Los señores de Huteserre, tranquilizados por los actos conservadores del primer cónsul, pudieron mantener correspondencia con sus hijos, tener noticias suyas, no temblar ya más por ellos, pedirles que solicitasen su indulto y que volviesen a Francia. El Tesoro liquidó las rentas atrasadas y pagaba puntualmente los semestres. Los Hauteserre poseían entonces, además de su vitalicio, ocho mil francos de renta. El anciano se congratulaba por sus sabias precisiones, pues invirtió todos sus ahorros, veinte mil francos, al mismo tiempo que su pupila antes del 18 de brumario que, como es sabido, hizo subir los fondos de doce a dieciocho francos.

Durante mucho tiempo, Cinq-Cygne había permanecido desnudo, vacío y devastado. Por cálculo, el prudente tutor durante las conmociones revolucionarias no quiso cambiar su aspecto, pero concertada la paz de Amiens, efectuó un viaje a Troyes para adquirir algunos restos de las dos mansiones saqueadas, que volvió a comprar a los prenderos. El salón fue amueblado entonces gracias a él. Unas hermosas cortinas de lampatán blanco con flores verdes, procedentes de la mansión Simeuse, adornaban las seis ventanas del salón, donde se hallaban reunidos estos personajes. Aquel inmenso aposento estaba totalmente revestido de madera, dividida en paneles encuadrados por listones perlados decorados con mascarones en los ángulos y pintados en dos tonalidades de gris. Las partes superiores de las cuatro puertas mostraban aquellos temas, pintados en tonos grises, de moda durante el reinado de Luis XV. El buen hombre encontró en Troyes consolas doradas, un mueble

de lampatán verde, una araña de cristal, una mesita de juego de marquetería y todo cuanto pudiese servir para la restauración de Cinq-Cygne. En 1792, todo el mobiliario del castillo fue robado, ya que el saqueo de las casas nobles tuvo su equivalente en el valle. Cada vez que el viejo iba a Troyes, volvía con algunas reliquias del antiguo esplendor: ora una hermosa alfombra, como la que cubría el salón, ora un juego de vajillas o viejas porcelanas de Sajonia y de Sèvres. Hacía seis meses que se había atrevido a sacar la vajilla de plata de Cinq-Cygne que el cocinero había enterrado en una casita suya situada al extremo de uno de los largos arrabales de Troyes.

Aquel fiel servidor, llamado Durieu, y su mujer siguieron siempre la suerte de su joven señora. Durieu era el factótum del castillo y su mujer el ama de llaves. Durieu tenía para que le ayudase en la cocina, a la hermana de Catalina, a quien enseñaba su arte, y que iba en camino de convertirse en una excelente cocinera. Un viejo jardinero, su mujer, su hijo, que trabajaba a jornal, y su hija, que servía de vaquera completaban el personal del castillo. Desde hacía seis meses, la Durieu había hecho confeccionar en secreto una librea con los colores de los Cinq-Cygne para el hijo del jardinero y otra para Gotardo. Aunque recibió una fuerte reprimenda del hidalgo por esta imprudencia, ella tuvo la satisfacción de servir la cena, el día de San Lorenzo, onomástica de Lorenza, casi como antes. Aquella penosa y lenta restauración de las cosas consistía la alegría de los esposos de Hauteserre y de los Durieu. Lorenza sonreía de lo que llamaba niñerías. Pero el viejo de Hauteserre pensaba igualmente en cosas de carácter más sólido: reparaba las construcciones, volvía a levantar los muros, plantaba en todos los lugares donde se podía hacer un árbol y no dejaba un palmo de terreno sin beneficiar. Así, el valle de Cinq-Cygne le consideraba un oráculo en materia de agricultura. Consiguió recuperar cien arapendes de tierra en litigio, sin vender, y que había sido confundida con las tierras comunales; él las convirtió en prados artificiales en los que pastaba el ganado del castillo y las limitó con álamos que, desde hacía seis años, crecían que era un contento. Tenía la intención de redimir algunas tierras y utilizar todas las edificaciones del castillo para convertirlas en una segunda alquería, que se prometía llevar personalmente.

Por lo tanto, desde hacía dos años, la vida casi había vuelto a ser feliz en el castillo. El señor de Hauteserre se iba al rayar el día para vigilar a sus obreros, pues siempre tenía gente empleada; volvía para almorzar, montaba luego en una jaca y hacía su ronda como un guarda; después, de vuelta para la cena, acababa el día con una partida de boston. Todos los habitantes del castillo tenían sus ocupaciones y la vida era tan regular como en un monasterio. Lorenza era la única que la alteraba con sus súbitos viajes y sus ausencias, con lo que madame de Huteserre llamaba sus fugas. Sin embargo, existían en Cinq-Cygne dos políticas, motivo de disensión. En primer lugar, Durieu y su mujer estaban celosos de Gotardo y Catalina, que gozaban más que ellos de la intimidad de su joven señora, el ídolo de la casa. Luego, los dos Hauteserre, apoyados por la señorita Goujet y por el cura, querían que sus hijos y los

gemelos de Simeuse volviesen para participar en la dicha de aquella vida apacible, en vez de vivir penosamente en el extranjero. Lorenza les afeaba aquella odiosa transacción y representaba el realismo puro, militante e implacable. Los cuatro ancianos, que no querían ver nuevamente comprometida la felicidad de su existencia feliz, ni aquel rincón de tierra conquistado de las aguas furiosas del torrente revolucionario, trataban de convertir a Lorenza a sus doctrinas verdaderamente prudentes, previendo que ella tenía mucho que ver con la resistencia que sus hijos y los dos Simeuse oponían a su regreso a Francia. El soberbio desdén de su pupila asustaba a aquellas pobres gentes, que no se engañaban al suponer lo que ellos llamaban una *cabezada*. Esta disensión salió a la superficie cuando se produjo la explosión del artefacto de la calle Saint-Nicaise, primera tentativa realista dirigida contra el vencedor de Marengo, después de su negativa a tratar con la casa de Borbón. Los Hauteserre consideraron una suerte que Bonaparte se hubiera salvado de aquel atentado, creyendo que sus autores eran los republicanos. Lorenza lloró de rabia al saber que el primer cónsul se había salvado. Su desesperación dominó a su habitual disimulo, y acusó a Dios de haber traicionado a los hijos de San Luis.

—¡Yo hubiera triunfado! —exclamó—. ¿No tenemos derecho —dijo el abate Goujet al observar la profunda estupefacción producida al pronunciar esta frase en los rostros de quienes le escuchaban— de atacar a la usurpación por todos los medios posibles?

—Hija mía —respondió el abate Goujet—, la Iglesia ha sufrido multitud de ataques y censuras de los filósofos, por haber sostenido antaño que era lícito emplear contra los usurpadores las mismas armas que éstos utilizaron para triunfar; pero hoy en día, la Iglesia debe demasiado al primer cónsul para no protegerle y protegerle contra esta máxima, debida por lo demás a los jesuitas.

—¡Así, la Iglesia nos abandona! —respondió la joven con tono sombrío.

A partir de aquel día, cada vez que los cuatro ancianos hablaban de someterse a la Providencia, la joven condesa abandonaba el salón. Desde hacía algún tiempo, el cura, más hábil que el tutor, en vez de discutir los principios, resaltaba las ventajas materiales del gobierno consular, menos para convertir a la princesa que para sorprender en sus ojos expresiones reveladoras de sus proyectos. Las ausencias de Gotardo, las carreras cada vez más frecuentes de Lorenza y su preocupación, que en aquellos últimos días se reflejaba en su rostro y por último una multitud de bagatelas que no podían pasar desapercibidas en el silencio y la tranquilidad de la vida en Cinq-Cygne, sobre todo a los ojos inquietos de los Hauteserre, del abate Goujet y de los Durieu, todo contribuyó a resucitar los temores de aquellos realistas sometidos. Pero como no se producía ningún acontecimiento y la calma más perfecta reinaba en las esferas políticas desde hacía algunos días, la vida en el pequeño castillo volvió a sus cauces apacibles. Todos atribuían las idas y venidas de la condesa a su pasión por la caza.

Fácil será imaginar el profundo silencio que a las nueve de la noche reinaba en el

parque, en los patios y en el exterior del castillo de Cinq-Cygne, donde en aquellos momentos las cosas y las personas estaban tan armoniosamente coloreadas, donde reinaba la paz más profunda, donde renació la abundancia y el bueno y prudente hidalgo esperaba convertir a su pupila a sus sistemas de obediencia obteniendo continuamente resultados felices. Aquellos realistas continuaban jugando al *boston*, que difundía por toda Francia las ideas de independencia bajo una forma frívola, inventada en honor de los insurgentes de América y cuya terminología recuerda la lucha alentada por Luis XVI. Mientras hacían *independencias o miserias*, observaban a Lorenza, la cual, vencida pronto por el sueño, se adormeció con una sonrisa irónica en los labios: su último pensamiento abarcó el cuadro apacible de aquella mesa en la que dos palabras, comunicar a los Hauteserre que sus hijos habían dormido la noche anterior bajo su mismo techo, hubieran podido sembrar el más vivo terror. ¿Qué joven de veintitrés años no se hubiera sentido orgullosa, como Lorenza, de trazar su propio destino, y no hubiese experimentado, como ella, una ligera compasión por aquellos seres a quienes veía tan por debajo de sí misma?

—Duerme —dijo el abate—. Nunca la había visto tan fatigada.

—Durieu me ha dicho que su yegua está derrengada —observó madame de Hauteserre—; no ha utilizado el fusil, la cazoleta está limpia, entonces no ha cazado.

—¡Ah, bolsa de papel! —repuso el cura—. No vale nada.

—¡Bah! —exclamó la señorita Goujet—. Cuando yo tenía veintitrés años y me veía condenada a quedarme soltera, corría y me fatigaba de manera muy distinta. Comprendo que la condesa se pasee por la comarca sin pensar en cobrar ninguna pieza. ¡Pronto hará doce años que no ve a sus primos tan queridos! En su lugar, si fuese como ella, joven y bonita, me iría de un tirón a Alemania. Es posible que la pobre niña se sienta atraída por la frontera.

—Sois muy lista, señorita Goujet —dijo el cura sonriendo.

—Os veo inquieto por las idas y venidas de una joven de veintitrés años —repuso la solterona—. Yo os las explico.

—Sus primos volverán, ella se encontrará rica y acabará por calmarse —dijo el viejo de Hauteserre.

—¡Dios lo quiera! —exclamó la anciana señora tomando su tabaquera de oro que, desde la instauración del consulado vitalicio, había vuelto a ver la luz del día.

—Hay novedades en la comarca —dijo el viejo de Hauteserre al cura—. Malin está desde anoche en Gondreville.

—¿Malin? —exclamó Lorenza, a quien este nombre despertó, arrancándola de su profundo sopor.

—Sí —respondió el cura—; pero se va esta noche, y todo se pierde en conjeturas sobre este viaje precipitado.

—Ese hombre —observó Lorenza— es el genio malo de nuestras dos casas.

La joven condesa acababa de soñar con sus primos y con los Hauteserre y los había visto amenazados. Sus hermosos ojos se volvieron opacos y fijos al pensar en

los peligros que corrían en París; se levantó bruscamente, subiendo a sus habitaciones sin pronunciar palabra. Ocupaba la estancia de honor, junto a la cual se encontraban un gabinete y un oratorio, situados en el torreón que miraba al bosque. Cuando salió del salón, los perros ladraban, se oyó llamar a la verja pequeña y Durieu, con expresión trastornada, entró en el salón diciendo:

—¡Aquí está el alcalde! Ocurre algo...

El alcalde, antiguo montero de la casa de Simeuse, iba algunas veces al castillo, donde, por política, los Hauteserre le testimoniaban una deferencia que él valoraba muchísimo. Aquel hombre, llamado Goulard, se había casado con una rica comerciante de Troyes, cuyos bienes se encontraban en la comuna de Cinq-Cygne y que él había aumentado con todas las tierras de una rica abadía, a cuya adquisición consagró todas sus economías. La vasta abadía del Wal-des-Preux, situada a un cuarto de legua del castillo constituía una morada tan espléndida como Gondreville, en la que ellos, su mujer y él, parecían dos ratas en una catedral.

—¡Goulard, eres un glotón! —le dijo riendo la señorita la primera vez que le vio en Cinq-Cygne.

Aunque muy adicto a la Revolución y acogido fríamente por la condesa, el alcalde se sentía unido aún por los vínculos del respeto a los Cinq-Cygne y a los Simeuse. Por este motivo cerraba los ojos a todo cuanto ocurría en el castillo. Llamaba cerrar los ojos a no ver los retratos de Luis XVI, de María Antonieta, de los Infantes de Francia, del señor Conde de Artois, de Cazalès y de Carlota Corday, que adornaban los entrepaños del salón; a no encontrar mal que se desease, en su presencia, la ruina de la República y que se burlasen de los cinco directores y de todas las combinaciones de la época. La posición de aquel hombre que, a semejanza de muchos advenedizos, una vez hecha su fortuna volvía a creer en las antiguas familias, procurando reanudar sus relaciones con ellas, acababa de ser aprovechada por los dos personajes cuya profesión había sido tan rápidamente adivinada por Michu y que, antes de ir a Gondreville, habían explorado la región.

El hombre que representaba las bellas tradiciones de la antigua policía y Coentín, aquel fénix de los espías, tenían una misión secreta. Malin no se engañaba al atribuir un doble papel a esos dos expertos en farsas trágicas; así, antes de verlos en acción, tal vez será necesario mostrar la cabeza a la que servían de brazos.

Bonaparte, al convertirse en primer cónsul, encontró a Fouché dirigiendo la policía general. La Revolución creó abiertamente y con razón un ministerio especial de Policía. Pero a su regreso de Marengo, Bonaparte estableció la prefectura de policía, puso en ella a Dubois y llamó a Fouché al consejo de Estado, nombrando como sucesor en el ministerio de Policía al convencional Cochon, convertido después en conde de Lapparent. Fouché, que consideraba ese ministerio como el más importante en un gobierno de miras amplias y política resuelta, vio en este cambio una desgracia, o, cuando menos, una muestra de desconfianza. Después de reconocer, en los casos del artefacto y de la conspiración de que aquí se trata, la extraordinaria

superioridad de aquel gran estadista, Napoleón volvió a poner en sus manos el ministerio de Policía. Pero más tarde, asustado de las dotes que Fouché demostró durante su ausencia, con motivo del asunto de Walcheren, el emperador confió este ministerio al duque de Rovigo y envió al duque de Otranto a gobernar las provincias ilíricas, auténtico exilio.

Ese genio singular, que inspiró a Napoleón especial terror, no se manifestó de pronto en Fouché. Aquel oscuro convencional, uno de los hombres más extraordinarios y peor juzgados de aquel tiempo, se formó en las tempestades. Durante el Directorio, se elevó a esa altura desde la cual los hombres profundos saben ver el porvenir juzgando el pasado; luego, de repente, como algunos actores mediocres que se vuelven excelentes al ser iluminados por un súbito resplandor, dio pruebas de destreza durante la revolución relámpago del 18 de brumario. Aquel hombre de rostro pálido, educado en el disimulo monástico, que poseía los secretos de los partidarios de Montagne, a los que perteneció, y los de los realistas, a los que acabó por pertenecer, había estudiado lenta y silenciosamente a los hombres, las cosas y los intereses del escenario político; conoció los secretos de Bonaparte, dándole útiles consejos e informaciones preciosas.

Satisfecho por haber sabido demostrar su saber-hacer y su utilidad, Fouché se guardó bien de descubrirse por completo; quería permanecer a la cabeza de las cosas pero las incertidumbres de Napoleón, que no sabía qué partido adoptar con él, le dieron su libertad política. La ingratitud, o mejor dicho, la desconfianza del emperador después del asunto de Walcheren, explican a este hombre que, por desgracia para él, no era un gran señor y cuya conducta se limitaba a calcar la del príncipe de Talleyrand. En aquellos momentos, ni sus antiguos ni sus nuevos colegas sospechaban la amplitud de su genio, puramente ministerial, esencialmente gubernamental, justo en todas sus previsiones y de una increíble sagacidad.

Es cierto que hoy, para un historiador imparcial, el excesivo amor propio de Napoleón constituye una de las mil razones de su caída, que, por otra parte, ha expiado cruelmente sus culpas. Aquel soberano retador se sentía celoso de su joven poder, y esto influyó tanto sobre sus actos como su odio secreto contra los hombres hábiles, legado precioso de la Revolución, con los que hubiera podido formar un gabinete depositario de sus pensamientos. Talleyrand y Fouché no fueron los únicos que le hicieron sombra. Ahora bien, la desgracia de los usurpadores es la de tener por enemigos a aquellos que les dieron la corona y a quienes se la han quitado. Napoleón nunca convenció por completo de su soberanía a los que tuvo por superiores y por iguales, ni a los que estaban de parte del derecho, de suerte que nadie se creía ligado por el juramento que habían prestado ante él. Malin, hombre mediocre, incapaz de apreciar el genio tenebroso de Fouché ni de desconfiar de su mirada rápida y penetrante, se quemó como una mariposa en una vela al ir a pedirle confidencialmente que le enviase agentes a Gondreville, donde, según le dijo, esperaba obtener datos sobre la conspiración. Fouché, sin asustar a su amigo con un

interrogatorio, se preguntó por qué se iba Malin a Gondreville y por qué no le daba en París e inmediatamente los informes que pudiera tener. El ex filipense, cuyo alimento era la falsía y que estaba enterado del doble juego que hacían muchos convencionales, se dijo:

»¿Por quién puede enterarse de algo Malin, cuando nosotros apenas sabemos nada todavía?

Fouché, pues, llegó a la conclusión de que existía cierta complicidad latente o expectante, y se guardó mucho de decir nada al primer cónsul. Preferiría convertir a Malin en un instrumento en vez de perderlo. Fouché se reservaba así una gran parte de los secretos que sorprendía, y tenía sobre las personas un poder superior al de Bonaparte. Aquella duplicidad fue uno de los agravios que tuvo Napoleón contra su ministro. Fouché conocía las artimañas a las que Malin debía su finca de Gondreville y que le obligaban a vigilar a los señores de Simeuse. Los Simeuse servían en el ejército de Condé, la señorita de Cinq-Cygne era su prima y por lo tanto podían estar cerca de la intentona y participar en la empresa. Su participación implicaba en el complot a la casa de Condé, a la que debían fidelidad. Talleyrand y Fouché se proponían iluminar aquel tenebroso ángulo de la conspiración de 1803. Fouché se hizo todas estas consideraciones rápidamente y con lucidez. Pero entre Malin, Talleyrand y él existían unos lazos que le obligaban a emplear la mayor circunspección y le hacían desear conocer perfectamente el interior del castillo de Gondreville. Corentin era absolutamente fiel a Fouché, tan adicto a él como el señor de la Besnardière al príncipe de Talleyrand, como Gentz al señor de Metternich, como Dundas a Pitt, como Duroc a Napoleón, como Chavigniy al cardenal de Richelieu. Corentin no solamente fue el consejero de aquel ministro, sino su alma condenada, el Tristán secreto de aquel Luis XI en pequeño, por lo que era natural que Fouché le dejase en el ministerio de Policía, a fin de tener allí un ojo y un brazo. Existía entre aquel mozo y Fouché, según se susurraba, uno de esos parentescos inconfesables, pues él le recompensaba con largueza cada vez que le ponía en acción. Corentin se había hecho amigo de Peyrade, el viejo alumno del último lugarteniente de policía; sin embargo, tuvo secretos para Peyrade. Corentin recibió de Fouché la orden de explorar el castillo de Gondreville, de grabar su plano en la memoria y de reconocer sus menores escondrijos.

—Quizá nos veremos obligados a visitarlo de nuevo —dijo el ex ministro, tal como Napoleón dijo a sus lugartenientes que examinasen detenidamente el campo de batalla de Austerlitz, hasta el que pensaba retroceder.

Corentin debía estudiar además la conducta de Malin, comprobar la influencia que tenía en la comarca y observar los hombres que utilizaba. Fouché daba por segura la presencia de los Simeuse en la región. Espiando hábilmente a aquellos dos oficiales tan queridos por el príncipe de Condé, Peyrade y Corentin podrían adquirir preciosos indicios sobre las ramificaciones del complot al otro lado del Rhin. De todos modos, Corentin dispuso de los fondos, las órdenes y los agentes necesarios

para vigilar Cinq-Cygne y espiar la comarca desde el bosque de Nodesme hasta París. Fouché recomendó la mayor circunspección, no permitiendo la visita domiciliaria a Cinq-Cygne más que en el caso de que Malin diese informes positivos. Finalmente, a título de informe, puso a Corentin al corriente del personaje inexplicable que era Michu, sometido a vigilancia desde hacía tres años. Corentin pensó lo mismo que su jefe:

—¡Malin está al corriente de la conspiración!... Pero ¿quién sabe —se dijo— si Fouché también pertenece a ella?

Corentin, que partió hacia Troyes antes que Malin, se puso de acuerdo con el comandante de la gendarmería y eligió los hombres más inteligentes, poniéndoles por jefe a un hábil capitán. Corentin indicó a este capitán, como punto de cita, el castillo de Gondreville, diciéndole que enviase de noche, por cuatro puntos distintos del valle de Cinq-Cygne y a distancias prudentes para no provocar alarma, un piquete de doce hombres. Estos cuatro piquetes debían formar un cuadrado que se iría cerrando alrededor del castillo de Cinq-Cygne. Al dejarle dueño del castillo durante su consulta con Grévin, Malin permitió a Corentin realizar parte de su misión. A su regreso del parque, el consejero de Estado afirmó tan positivamente a Corentin que los Simeuse y los Hauteserre estaban en la región, que los dos agentes despacharon al capitán, el cual, afortunadamente para los hidalgos, atravesó el bosque por la avenida mientras Michu emborrachaba a su espía Violeta. El consejero de Estado empezó por explicar a Peyrade y a Corentin la emboscada a la que acababa de escapar. Los dos parisienses le contaron entonces el episodio de la carabina, y Grévin envió a Violeta a procurarse algunos informes sobre lo que sucedía en el pabellón. Corentin dijo al notario que, para mayor seguridad, se llevase a su amigo, el consejero de Estado, a la pequeña población de Arcis, para que durmiera en su casa. En el momento en que Michu se internaba en el bosque para correr hacia Cinq-Cygne, Peyrade y Corentin partieron de Gondreville en un mal cabriolé de mimbre, tirado por un caballo de posta y conducido por el brigadier de Arcis, uno de los hombres más astutos de la legión y que el comandante de Troyes les recomendó llevasen consigo.

—El mejor medio de descubrir todo es previniéndoles —dijo Peyrade a Corentin—. En el momento en que pierdan la cabeza, cuando quieran salvar sus papeles o huir, caeremos sobre ellos como rayos. El cordón de gendarmes, al cerrarse en torno al castillo, no permitiría que nadie se escape de la redada.

—Podéis enviarles el alcalde —dijo el brigadier—. Es un hombre complaciente que no les quiere mal y ellos no desconfiarán de él.

En el momento en que Goulard iba a acostarse, Corentin, que hizo detener el cabriolé en un bosquecillo, fue a decirle confidencialmente que dentro de unos instantes un agente del gobierno iría a requerirle que rodease el castillo de Cinq-Cygne a fin de detener a los señores de Hauteserre y de Simeuse y que, en el caso en que hubiesen desaparecido, deseaban cerciorarse de si habían dormido allí la noche anterior, registrar los papeles de la señorita de Cinq-Cygne y tal vez detener a los

servidores y a los dueños del castillo.

—La señorita de Cinq-Cygne —dijo Corentin— goza, sin duda, de la protección de grandes personajes, pues la misión secreta que me han encomendado es prevenirla de esta visita y hacer todo lo posible por salvarla sin comprometerme. Una vez sobre el terreno, ya no seré el amo, pues no estoy solo; así es que corred al castillo.

Esta visita del alcalde en plena velada sorprendió tanto más a los jugadores, cuanto que Goulard mostraba una expresión trastornada.

—¿Dónde está la condesa? —preguntó.

—Ha ido a acostarse —dijo madame de Hauteserre.

El alcalde, incrédulo, se puso a escuchar los ruidos procedentes del primer piso.

—¿Qué os pasa hoy, Goulard? —le preguntó la señora de Hauteserre.

Goulard se hallaba sumido en el asombro más profundo examinando aquellos rostros plenos del candor que puede existir en cualquier edad. Ante aquella tranquila e inocente partida de boston interrumpida, pensó que las sospechas de la policía parisién eran infundadas. En aquel momento, Lorenza, arrodillada en su oratorio, rezaba con fervor por el triunfo de la conspiración; rogaba a Dios que prestase ayuda y socorro a los asesinos de Bonaparte. ¡Imploraba amorosamente a Dios que destruyese a aquel hombre fatal! El fanatismo de un Harmodio, de una Judith, de un o de un Limoëlan animaba aquella alma hermosa, virgen y pura. Catalina preparaba la cama, Gotardo cerraba los postigos, de manera que Marta Michu, que acababa de llegar bajo las ventanas de Lorenza y tiraba piedrecitas contra ellas, pudo ser vista.

—Señorita, hay novedad —dijo Gotardo al ver a una desconocida.

—¡Silencio! —repuso Marta en voz baja—. Bajad para hablar conmigo.

Gotardo bajó al jardín en menos tiempo que hubiera empleado un pájaro para descender de un árbol al suelo.

—Dentro de unos instantes, el castillo estará rodeado por la gendarmería... Tú —dijo a Gotardo—, ensilla sin hacer ruido el caballo de la señorita y hazlo bajar por la brecha del foso, entre esta torre y las caballerizas.

Marta se estremeció al ver a dos pasos de ella a Lorenza, que descendió siguiendo a Gotardo.

—¿Qué hay? —preguntó Lorenza simplemente, sin demostrar emoción.

—La conspiración contra el primer cónsul ha sido descubierta —respondió Marta al oído de la joven condesa—. Mi marido, que piensa salvar a vuestros dos primos, me envía a deciros que vayáis a hablar con él.

Lorenza retrocedió tres pasos y miró a Marta.

—¿Quién sois vos? —le dijo.

—Marta Michu.

—No sé qué deseáis de mí —replicó fríamente la señorita de Cinq-Cygne.

—Vamos, no querréis matarlos. Venid, en nombre de los Simeuse —dijo Marta cayendo de rodillas y tendiendo las manos a Lorenza—. ¿No hay aquí ningún papel, nada que pueda comprometeros? Desde lo alto del bosque mi marido ha visto brillar

los sombreros galoneados y los fusiles de los gendarmes.

Gotardo empezó por trepar al desván, desde donde vio en lontananza los galones de los gendarmes y oyó, en el profundo silencio del campo, el ruido de sus caballos; bajó precipitadamente a las caballerizas y ensilló el caballo de su señora, a cuyos cascos, Catalina, obedeciendo una orden suya, ató unos trapos.

—¿Adónde debo ir? —preguntó Lorenza a Marta, cuya mirada y palabras la impresionaron por su inimitable acento de sinceridad.

—Por la brecha —contestó ella, llevándose a Lorenza—. Allí está mi noble marido. ¡Vais a saber lo que vale un Judas!

Catalina entró con presteza en el salón, tomó la fusta, los guantes, el sombrero y el velo de su señora, y salió. Esta brusca aparición y la acción de Catalina, constituían un comentario tan elocuente de las palabras del alcalde, que la señora de Hauteserre y el abate Gouje cambiaron una mirada con la que se comunicaron este horrible pensamiento:

—¡Adiós toda nuestra felicidad! Lorenza conspira; ha perdido a sus primos y a los dos Hauteserre...

—¿Qué queréis decir? —preguntó el señor de Hauteserre a Goulard.

—Que el castillo está rodeado y vais a sufrir una visita domiciliaria. En fin, si vuestros hijos están aquí, decidles que huyan, lo mismo que los señores de Simeuse.

—¡Mis hijos! —exclamó la señora de Hauteserre estupefacta.

—No hemos visto a nadie —añadió el señor de Hauteserre.

—¡Tanto mejor! —repuso Goulard—. Pero quiero demasiado a la familia de Cinq-Cygne y a la de Simeuse para permitir que íes suceda alguna desgracia. Escuchadme bien: si tenéis papeles comprometedores...

—¿Papeles?... —repitió el gentilhombre.

—Sí, si los tenéis, quemadlos —prosiguió el alcalde—. Yo iré a entretener a los agentes.

Goulard, que quería comerse la cabra realista y la col republicana, salió del salón. Los perros se pusieron a ladrar entonces desaforadamente.

—Ya no tenéis tiempo; están aquí —dijo el cura—. Pero ¿quién avisará a la condesa? ¿Dónde está?

—Catalina no ha venido a buscar su fusta, sus guantes y su sombrero para convertirlos en reliquias —observó la señorita Goujet.

Goulard trató de retrasar unos minutos a los dos agentes, hablándoles de la perfecta ignorancia en que se hallaban los habitantes del castillo de Cinq-Cygne.

—Vos no conocéis a esa gente —dijo Peyrade riéndose en las barbas de Goulard.

Aquellos dos hombres, de una dulzura tan siniestra, hicieron entonces su aparición, seguidos por el brigadier de Arcis y de un gendarme. Su entrada heló de espanto a los cuatro pacíficos jugadores de boston, que permanecieron en su sitio, intimidados ante aquella exhibición de fuerzas. El ruido causado por una docena de gendarmes, cuyos caballos piafaban, resonaba en la extensión cubierta de césped que

había ante el castillo.

—Aquí sólo falta la señorita de Cinq-Cygne —dijo Corentin.

—Sin duda está acostada en su habitación —respondió el señor de Hauteserre.

—Venid conmigo, señoras —dijo Corentin irrumpiendo en la antecámara y lanzándose después hacia la escalera, adonde le siguieron mademoiselle Goujet y la señora de Hauteserre.

—¡Contad conmigo! —prosiguió Corentin, hablando al oído de la anciana señora—. Yo soy uno de los vuestros y os he enviado ya al alcalde. ¡Desconfiad de mi colega y fiaos de mí, y os salvaré a todos!

—¿De qué se trata? —preguntó la señorita Goujet.

—¡De una cuestión de vida o muerte! ¿No lo sabíais? —respondió Corentin.

La señora de Hauteserre se desmayó. Con gran sorpresa por parte de la señorita Goujet y con gran decepción de Corentin, la habitación de Lorenza estaba vacía. Seguro de que nadie podía escaparse del parque ni del castillo al valle, ya que todas sus salidas estaban vigiladas, Corentin hizo subir a un gendarme a cada habitación, ordenó que registrasen los anexos y las caballerizas y volvió a bajar al salón, al que ya se habían precipitado Durieu, su mujer y todos los domésticos, presa de la más violenta emoción. Peyradc escrutaba con sus ojillos azules todas las fisonomías, permaneciendo frío y tranquilo en medio de toda aquella tremolina. Cuando Corentin reapareció solo, pues la señorita Goujet atendía a la señora de Hauteserre, resonaron cascos de caballo, junto con el llanto de un niño. Los caballos entraban por la verja pequeña. En medio de la ansiedad general, apareció un brigadier, empujando a Gotardo maniatado y a Catalina, conduciéndoles ante los agentes.

—Aquí traemos a estos prisioneros —dijo—. Este bribonzuelo trataba de huir montado a caballo.

—¡Imbécil! —dijo Corentin al oído del brigadier, estupefacto—. ¿Por qué no le habéis dejado huir? Siguiéndole habríamos logrado saber algo.

Gotardo adoptó el partido de llorar a lágrima viva, como un idiota. Catalina permanecía en una actitud inocente e ingenua que hizo reflexionar profundamente al viejo agente. El discípulo de Lenoir, después de comparar aquellas dos criaturas y de examinar el aire embobado del viejo hidalgo, a quien consideraba tan astuto, al agudo cura, que jugaba con las fichas, la estupefacción de todos los servidores y de los Durieu, se acercó a Corentin y le susurró al oído:

—No se trata ciertamente de principiantes.

Corentin le respondió de momento con una mirada para indicarle la mesa de juego y luego agregó:

—Jugaban al boston. Estaban haciendo la cama de la señora de la casa y ella ha huido; vamos a encerrarlos, pues los hemos sorprendido.

Una brecha siempre tiene una causa y una utilidad. Vamos a ver cómo y por qué fue practicada la que se abre entre la torre hoy llamada de la Señorita y las caballerizas. A partir de su instalación en Cinq-Cygne, el bueno de Huteserre

convirtió un largo barranco, por el que las aguas del bosque se vertían en el foso, en un camino que separa dos grandes extensiones de terreno pertenecientes a la reserva del castillo, pero únicamente para plantar allí un centenar de nogales que encontró en un vivero. En once años, aquellos nogales se hicieron bastante frondosos y casi ocultaban aquel camino que ya estaba encajonado por márgenes escarpados de seis pies de altura, y por el que se iba a un bosquecillo de treinta arpentas recientemente comprado. Cuando el castillo contó con todos sus habitantes, éstos prefirieron pasar por el foso, para tomar el camino vecinal, que, bordeando los muros del parque, llevaba a la alquería, en lugar de dar la vuelta por la verja. Al pasar, y sin querer, todos ensanchaban la brecha por ambos lados, con tanto menos escrúpulos cuanto que en el siglo XIX los fosos son completamente inútiles y el tutor hablaba a menudo de sacar partido de aquél. El fondo del pozo se fue llenando por la tierra, grava y piedras, desprendidas de aquella constante demolición. El agua, dominada por aquella especie de calzada, sólo la cubría en la época de las grandes lluvias. Sin embargo, a pesar de aquellos estragos, a los que todos, la condesa inclusive, contribuyeron, la brecha era tan abrupta que resultaba difícil hacer bajar por ella un caballo y sobre todo hacerle subir al camino vecinal, pero parece que en los momentos de peligro, los caballos interpretan el pensamiento de sus amos.

Mientras la joven condesa vacilaba, no sabiendo si debía seguir a Marta, y le pedía explicaciones, Michu, que desde lo alto del montículo seguía el avance de los gendarmes y comprendió el plan trazado por los espías, desesperaba del éxito al no ver venir a nadie. Un piquete de gendarmes seguía el muro del parque, distribuyéndose como centinelas, sin dejar entre cada hombre más que una distancia a la que pudiesen comprenderse de viva voz y por medio de la mirada, para escuchar y vigilar los más ligeros rumores y los menores detalles. Michu, tendido de bruces y con el oído pegado al suelo, calculaba por la intensidad del sonido a la manera de los indios, el tiempo que le quedaba.

—¡He llegado demasiado tarde! —se decía—. ¡Violeta me las pagará! ¡Ha tardado mucho en emborracharse!... ¿Qué hacer?

Oyó pasar ante la verja al piquete que descendía del bosque y que, mediante una maniobra parecida a la del piquete procedente del camino vecinal, iba a reunirse con éste.

—¡Aún disponemos de cinco o seis minutos! —se dijo.

En aquel momento apareció la condesa. Michu la tomó con mano vigorosa y la arrastró al camino cubierto.

—¡Seguid todo derecho! Acompaña la —dijo a su mujer— al sitio donde tengo mi caballo, y pensad que los gendarmes son muy finos de oído.

Al ver a Catalina, que traía la fusta de montar, los guantes y el sombrero, pero, sobre todo, al ver a la yegua y a Gotardo, aquel hombre, tan rápido de concepción en el peligro, resolvió burlar a los gendarmes con tanto éxito como acababa de burlar a Violeta. Gotardo había obligado a la yegua a escalar el foso como por arte de magia.

—¡Trapos en los cascos del caballo!... Deja que te abra ce —dijo el administrador, estrechando a Gotardo entre sus brazos.

Michu dejó que la yegua fuese en pos de su ama y tomó los guantes, el sombrero y la fusta.

—Tú eres listo y me comprenderás —siguió diciendo—. Obliga a tu caballo a que trepe también por este camino, móntalo a pelo y obliga a los gendarmes a que te sigan, emprendiendo la huida a campo traviesa hacia la alquería, y reúneme a todo ese piquete que se está desplegando —añadió, completando su pensamiento con un gesto indicador de la ruta a seguir—. Tú, hija mía —dijo a Catalina—, como vienen otros gendarmes por el camino de Cinq-Cygne a Gondreville, te lanzarás en dirección contraria a la que seguirá Gotardo, y los llevarás del castillo hacia el bosque. En fin, haced de manera que nadie nos moleste por el camino hundido.

Catalina y el admirable mozalbete, que había dado en este asunto tantas pruebas de inteligencia, ejecutaron su maniobra a fin de hacer creer a ambas líneas de gendarmes que su presa se les escapaba. La claridad engañosa de la luna no permitía distinguir la talla, las vestiduras, el sexo, ni el número de las personas perseguidas. Echaron a correr tras ellos en virtud de este falso axioma: «¡Hay que detener a los que huyen!», cuya estupidez, en lo referente a la alta policía, acababa de ser demostrada enérgicamente al brigadier por Corentin. Michu, que fiaba en el instinto de los gendarmes, pudo alcanzar el bosque poco tiempo después que la joven condesa, a quien Marta había guiado al lugar indicado.

—Corre al pabellón —dijo a Marta—. El bosque debe estar vigilado por los parisienses y es peligroso permanecer aquí. Sin duda necesitaremos toda nuestra libertad.

Michu desató su caballo y rogó a la condesa que le siguiera.

—No iré más lejos —dijo Lorenza— sin que me deis una prueba del interés que demostráis por mí, pues, en fin, vos sois Michu...

—Señorita —respondió el interpelado con voz dulce—, voy a explicaros mi papel en dos palabras. Sin que los señores de Simeuse lo sepan, yo soy el guardián de su fortuna. Recibí instrucciones de su difunto padre a ese respecto, y también de su querida madre, mi protectora. Así es que he representado el papel de un jacobino furibundo, para servir a mis jóvenes señores; por desgracia, empecé mi juego demasiado tarde y no pude salvar a los mayores.

Al llegar aquí, la voz de Michu se quebró.

—Cuando los jóvenes huyeron, íes hice llegar las cantidades que necesitaban para vivir honorablemente.

—¿Por la casa Breintmayer, de Estrasburgo? —preguntó ella.

—Sí, señorita, los corresponsales del señor Girel, de Troyes, un realista que, a causa de su fortuna, simuló, como yo, ser jacobino. El papel que vuestro colono recogió una noche a la salida de Troyes, se refería a este asunto, que podía comprometemos: mi vida ya no me pertenecía, sino que pertenecía a ellos, ¿me

comprendéis? No pude hacerme dueño de Gondreville. En mi posición me hubieran cortado la cabeza después de preguntarme de dónde había sacado tanto oro. Preferí rescatar las tierras algo más tarde; pero ese malvado de Marion estaba al servicio de otro malvado, de Malin. A pesar de todo, Gondreville volverá a sus dueños. De esto me cuido yo. Hace cuatro horas tenía encañonado con mi fusil a Malin... ¡Oh, estaba listo!... Una vez muerto, Gondreville se venderá en subasta y vos podréis comprarlo. Si hubiese muerto él, mi mujer os hubiera entregado una carta que lo explicaría todo. Pero ese bandido dijo a su compinche Grévin, otro canalla, que los señores de Simeuse conspiraban contra el primer cónsul, que estaban en la comarca y que era mejor entregarlos y librarse de ellos, para estar tranquilo en Gondreville. Pero como vi venir a dos espías consumados, desarmé mi carabina y corrí aquí sin pérdida de tiempo, pensando que vos sabríais dónde y cómo avisar a esos jóvenes... Esto es todo.

—Sois digno de ser noble —dijo Lorenza tendiendo la mano a Michu, que quiso arrodillarse para besarla.

Lorenza, viendo su gesto, su intención, lo impidió y le dijo con un tono de voz y una mirada que le hicieron tan feliz en aquel instante como desgraciado había sido durante doce años:

—De pie, Michu. Me recompensáis como si ya hubiese ejecutado todo lo que aún me queda por hacer. ¿Oís a los húsares de la guillotina? Sigamos hablando en otra parte.

Michu tomó la yegua por la brida y, poniéndose del lado por el que la condesa daba la espalda, le dijo:

—Ocupaos únicamente de sosteneros bien, de azuzar a la yegua y de proteger vuestro rostro de las ramas que podrían lastimarlo.

Después dirigió a la joven durante media hora al galope, dando vueltas y revueltas, cruzando su propio camino a través de los claros para borrar las huellas, hasta llegar a un lugar donde se detuvo.

—Ni siquiera yo sé dónde estoy, a pesar de que conozco el bosque tan bien como vos —dijo la condesa mirando a su alrededor.

—Estamos en el mismísimo centro —respondió él—. ¡Dos gendarmes vienen siguiéndonos, pero estamos salvados!

El pintoresco lugar adonde el administrador había, llevado a Lorenza debía de ser tan fatal a los principales personajes de este drama y al propio Michu, que el deber de un historiador es describirlo. Por otra parte, aquel paraje, como sé verá, llegó a ser célebre en los anales judiciales del Imperio.

El bosque de Nodesme pertenecía a un monasterio llamado de Nôtre-Dame. Este monasterio, tomado por asalto, saqueado y destruido, desapareció enteramente, lo mismo monjes que bienes. El bosque, muy codiciado, pasó a los dominios de los condes de Champaña, que más tarde lo hipotecaron, dejándolo vender. En seis siglos, la naturaleza cubrió las ruinas con su rico y ubérrimo manto verde y las borró tan a la

perfección, que de lo que fue un bellissimo cenobio sólo restaba una ligera elevación, sombreada por hermosos árboles y cercada por densos matorrales impenetrables, que, a partir de 1794, Michu se complació en hacer todavía más espesos, plantando acacias espinosas en los espacios desprovistos de arbustos. Una charca se extendía al pie de aquella loma, testimonio de un manantial desaparecido, que sin duda determinó antaño el emplazamiento del monasterio. Únicamente el dueño de los títulos de propiedad del bosque de Nodesme pudo encontrar la etimología de esta palabra, de ocho siglos de antigüedad, y descubrir que hubo otrora un convento en el centro del bosque. Al oír los primeros truenos de la Revolución, el marqués de Simeuse, al que una impugnación obligó a recurrir a sus títulos, sabedor de esta particularidad por pura casualidad, se puso a buscar el emplazamiento del monasterio, con una segunda intención hartamente fácil de imaginar. El guarda, que conocía palmo a palmo el bosque, ayudó naturalmente a su señor en esta tarea, y su sagacidad de guardabosque le permitió descubrir el emplazamiento del monasterio. Al observar la dirección de los cinco principales caminos del bosque, muchos de los cuales estaban borrados, comprobó que todos concluían en el montículo y la charca, adonde antes debían acudir las gentes de Troyes, del valle de Arcis, del de Cinq-Cygne y de Barsur-Aube. El marqués quiso sondear el montículo, pero sólo podía emplearse gente forastera para esta operación. Apremiado por las circunstancias, abandonó sus indagaciones, dejando en el espíritu de Michu la idea de que la loma o los cimientos de la abadía ocultaban tesoros. Michu continuó aquellos trabajos arqueológicos; notó que el terreno sonaba a hueco, al nivel mismo de la charca y entre los árboles, al pie del único punto escarpado de la eminencia. Una hermosa noche fue allí armado de un pico y su trabajo puso al descubierto el vano de una bodega a la que se descendía por peldaños de piedra. La charca, que en su punto de mayor profundidad tiene tres pies de agua, forma una espátula cuyo mango parece salir de la eminencia, haciendo creer que de esta roca ficticia mana una fuente, perdida por infiltración en aquel bosque inmenso. Aquella ciénaga, rodeada de plantas acuáticas, de alisos, sauces y fresnos, es el punto de confluencia de los senderos, restos de antiguos caminos forestales hoy abandonados. Aquellas aguas vivas, que parecen dormidas, cubiertas de plantas de largas hojas y de berros, muestran una capa líquida completamente verde, que apenas se distingue de sus bordes, en los que crece una hierba fina y tupida. Está demasiado lejos de todo paraje habitado para que acudan allí otros animales que no sean las bestias salvajes.

Convencidos de que nada podía existir debajo de aquella ciénaga, rechazados por los bordes inaccesibles del montículo, ni los guardas particulares ni los cazadores visitaron, registraron ni sondearon aquel rincón, que pertenecía a la parte más antigua del bosque y que Michu reservó para oquedal, cuando le llegó el turno de explotación. Al fondo de la bodega se encuentra un pequeño recinto abovedado limpio y seco, todo él de sillares, de los que se llamaban el *in pace* o escondrijo de los conventos. La salubridad de aquella bodega, la conservación de aquellos restos de

escalera y de aquella bóveda de medio punto, se explicaban por el manantial, respetado por los que derribaron el convento y por un muro, al parecer, de gran espesor, obra de mampostería y argamasa que parecía romano y contenía las aguas superiores.

Michu cubrió con gruesas piedras la entrada de aquel refugio; luego, para que el secreto fuese exclusivamente suyo y nadie pudiese descubrirlo, se impuso la obligación de escalar la eminencia cubierta de bosque y descender a la cueva por la escarpadura, en vez de entrar en ella por la charca.

Cuando los dos fugitivos llegaron allí, la luna bañaba con su hermosa claridad plateada las copas de los árboles centenarios del montículo, jugando con los espesos y magníficos grupos formados por las lenguas de bosque diversamente recortadas por los caminos que allí desembocaban, unas redondeadas, otras puntiagudas, ésta terminada por un solo árbol, aquélla por un bosquecillo.

Desde allí, la vista se sentía irresistiblemente atraída por huidizas perspectivas en las que la mirada seguía las curvas de un sendero, la sublime visión de una larga alameda, o bien un muro de verdor casi negro. La luz, filtrada a través de las ramas que cubrían a medias aquella encrucijada, hacía brillar, entre los claros de los berros y los nenúfares, algunos diamantes de aquellas aguas tranquilas e ignoradas. El croar de las ranas turbaba el profundo silencio de aquel bello rincón del bosque, cuyo perfume salvaje despertaba en el alma ideas de libertad.

—¿Estamos a salvo aquí? —preguntó la condesa a Michu.

—Sí, señorita. Pero los dos tenemos cosas que hacer. Id a atar los caballos a unos árboles, en lo alto de esa pequeña colina y anudadles un pañuelo a cada uno en torno a la boca —dijo tendiéndole su corbata—. Tanto el mío como el vuestro son muy inteligentes y comprenderán que deben callar. Cuando hayáis terminado, descended por esa escarpadura que está junto a la charca. Cuidado con prenderos vuestro traje de amazona, me encontraréis abajo.

Mientras la condesa escondía los caballos, atándolos y amordazándolos, Michu apartó las piedras y descubrió la entrada de la caverna. La condesa, que creía conocer su bosque, experimentó una gran sorpresa al verse ante la puerta de una bodega. Michu volvió a colocar las piedras, formando bóveda, sobre la entrada, con una destreza de albañil. Cuando hubo terminado, en el silencio nocturno, resonaron cascos de caballo y la voz de los gendarmes; pero esto no le impidió golpear tranquilamente el pedernal para encender una ramita de pino y conducir a la condesa al *in pace*, donde aún había un cabo de la vela que le sirvió para reconocer aquel refugio. La puerta de hierro, de considerable espesor, pero horadada en algunos puntos por la herrumbre, había sido colocada nuevamente en su sitio por el guarda, y se cerraba exteriormente con unas barras que encajaban por cada lado en sendos agujeros. La condesa, muerta de fatiga, se sentó en un banco de piedra, sobre el que aún existía una anilla empotrada en el muro.

—Disponemos de un salón para conversar —dijo Michu—. Ahora, los gendarmes

pueden buscar tanto como quieran. Lo peor que nos puede suceder será que se lleven nuestros caballos.

—Llevarse nuestros caballos —repuso Lorenza—, equivaldría a matar a mis primos y a los señores de Hauteserre... Veamos, ¿qué sabéis?

Michu le contó lo poco que había podido oír de la conversación sostenida entre Malin y Grévin.

—Se dirigen a París y llegarán esta mañana a la capital —dijo la condesa cuando él hubo terminado.

—¡Están perdidos! —exclamó Michu—. Como comprenderéis, se pedirá la identidad de los que entran y salen por las puertas de la ciudad. Malin tiene el mayor interés en dejar que mis señores se comprometan irremisiblemente para matarlos.

—¡Y yo sin saber nada del plan general del alzamiento! —exclamó Lorenza—. ¿Cómo avisar a Georges, Rivière y Moreau? ¿Dónde están? En fin, no pensemos más que en mis primos y en los Hauteserre; reuníos con ellos a toda costa.

—El telégrafo va más deprisa que los mejores caballos —observó Michu—, y de todos los nobles metidos en esta conspiración, vuestros primos serán los más vigilados. Si consigo darles alcance, habrá que traerlos aquí, para ocultarlos hasta que termine este asunto; su pobre padre quizá tuvo un presentimiento al buscar la pista de este escondrijo, pues él me orientó sobre este lugar, como si presintiera que sería la salvación para sus hijos.

—Mi yegua procede de las caballerizas del conde de Artois, es hija del más fogoso caballo inglés que poseía el conde, pero ha hecho treinta y seis leguas y la reventaríais sin conseguir que os llevase hasta vuestro objetivo —dijo la joven.

—Mi caballo es muy bueno —repuso Michu—, y si decís que habéis hecho treinta y seis leguas, sólo me quedan dieciocho por hacer.

—Veintitrés —rectificó Lorenza—, pues partieron hace cinco horas. Los encontraréis más allá de Lagny, en Coupvrai, de donde saldrán al amanecer disfrazados de marineros; se proponen entrar en París embarcados. He aquí —prosiguió, quitándose del dedo la mitad de la alianza de su madre—, la única cosa que les inspirará confianza, pues yo les di la otra mitad. El guarda de Coupvrai, padre de uno de sus soldados, los esconde esta noche en una choza de carboneros abandonada en pleno bosque. Son ocho en total, ya que con mis primos se encuentran los señores de Hauteserre y cuatro hombres.

—Señorita, no perseguirán a los soldados, así es que ocupémonos únicamente de los señores Simeuse y dejemos que los demás se las compongan como puedan.

—¿Abandonar a los Hauteserre? ¡Jamás! —dijo ella—. Deben morir o salvarse todos juntos.

—¿Esos pequeños gentilhombres? —objetó Michu.

—No son más que unos caballeros, ya lo sé —respondió la joven—, pero se aliaron con los Cinq-Cygne y los Simeuse. Así, pues, traedme a mis primos y a los Hauteserre, después de deliberar con ellos sobre la mejor manera de llegar a este

bosque.

—¡Los gendarmes están aquí! ¿Los oís? Se consultan.

—En fin, esta noche ya habéis sido dos veces feliz, id en su busca y ocultadlos en esta cueva, donde nadie podrá dar con ellos. Yo no puedo servirlos de nada —dijo la joven con rabia—, sería un faro que iluminaría al enemigo. La policía no podrá suponer que mis parientes regresarán al bosque, viéndome tranquila. Por lo tanto, toda la cuestión consiste en encontrar cinco buenas monturas para venir en seis horas desde Lagny hasta nuestro bosque; cinco caballos que dejaremos muertos en una espesura.

—¿Y dinero? —respondió Michu, que reflexionaba profundamente, escuchando a la joven condesa.

—Esta misma noche he dado cien luises a mis primos.

—Yo respondo de ellos —exclamó Michu—. Una vez escondidos, debéis evitar verles; mi mujer o mi hija les traerán de comer dos veces por semana. Pero como no respondo de mí, en caso de desgracia, señorita, sabed que la viga maestra del desván de mi pabellón ha sido agujereada con un taladro. En ese agujero, que está taponado con una gruesa clavija, se encuentra el plano de un rincón del bosque. Los árboles del plano marcados por un punto rojo en el terreno tienen una señal negra al pie. Cada uno de estos árboles es un indicador. El tercer roble añoso que se encuentra a la izquierda de cada indicador oculta, a dos pies frente al tronco, unos tubos de hojalata enterrados a siete pies de profundidad, cada uno de los cuales contiene cien mil francos en oro. Esos once árboles, pues no hay más que once, representan toda la fortuna de los Simeuse, ahora que Gondreville les ha sido arrebatado.

—¡La nobleza tardará cien años en reponerse de los golpes que ha sufrido! —dijo lentamente la señorita de Cinq-Cygne.

—¿Tienen santo y seña? —preguntó Michu.

—¡*Francia y Carlos!*, para los soldados; ¡*Lorenza y Luis!*, para los señores de Hauteserre y de Simeuse. ¡Dios mío!, volver a verlos ayer por primera vez desde hacía once años y saber que hoy están en peligro de muerte, y ¡qué muerte! Michu —añadió con expresión melancólica—, sed tan prudente durante estas quince horas como grande y fiel habéis sido durante estos doce años. Si algo ocurriese a mis primos, me moriría... No —prosiguió—, viviría lo bastante para matar a Bonaparte.

—Para eso seríamos dos, el día en que todo esté perdido.

Lorenza tomó la ruda mano de Michu y se la estrechó efusivamente, a la inglesa. Michu consultó su reloj: era media noche.

—Hay que salir a toda costa —dijo—. ¡Ay del gendarme que intente cerrarme el paso! Y vos, señora condesa, regresad sin pérdida de tiempo y a rienda suelta a Cinq-Cygne; están allí, procurad entretenedles.

Una vez desembarazada la entrada, Michu no oyó nada; pegó el oído al suelo y se incorporó precipitadamente.

—¡Están en el lindero del bosque, camino de Troyes! —dijo—. Me voy a burlar

de ellos.

Ayudó a la condesa a salir y volvió a colocar las piedras en su lugar. Cuando hubo terminado, oyó que la dulce voz de Lorenza le llamaba. La joven quería verle a caballo antes de montar en el suyo. Aquel hombre rudo tenía lágrimas en los ojos al cambiar una última mirada con su joven señora que tenía los ojos secos.

—¡Vamos a entretenerles, tienes razón! —se dijo Lorenza cuando ya no oyó nada. Y se lanzó hacia Cinq-Cygne a galope tendido.

Al saber que sus hijos estaban amenazados de muerte, la señora de Hauteserre, que aún no consideraba la Revolución acabada y conocía la justicia sumaria que estaba en boga a la sazón, recuperó el sentido y las fuerzas a causa de la violencia misma del dolor que se la había hecho perder. Arrastrada por una horrible curiosidad, descendió al salón, cuyo aspecto ofrecía entonces un cuadro verdaderamente digno del pincel de los pintores costumbristas. El cura, que continuaba sentado a la mesa de juego, jugueteaba maquinalmente con las fichas, observando de reojo a Peyrade y a Corentin, los cuales, de pie en un ángulo de la chimenea, hablaban en voz baja. La astuta mirada de Corentin se cruzó con la no menos astuta mirada del cura, pero como dos adversarios que se consideran igualmente fuertes y que vuelven a ponerse en guardia después de cruzar los aceros, ambos la desviaban rápidamente. El viejo de Hauteserre, plantado sobre sus piernas como una garza, permanecía de pie junto al enorme, obeso y avaro Goulard, en la actitud en que lo había dejado la estupefacción. Pese a su atavío de burgués, el alcalde no había perdido su aspecto de doméstico. Ambos miraban pasmados a los gendarmes, entre los que Gotardo seguía llorando, con las manos tan fuertemente atadas, que se le habían hinchado y puesto violáceas. Catalina no había abandonado su posición llena de simpleza e ingenuidad, pero impenetrable. El brigadier, que según Corentin acababa de cometer la estupidez de detener a aquellas criaturas, no sabía a qué carta quedarse. Permanecía muy pensativo en el centro del salón, con la mano apoyada en la empuñadura del sable y sin quitar los ojos de los dos parisienses. Los Durieu, estupefactos, junto con los restantes servidores del castillo, formaban un grupo admirable por la inquietud que expresaba. Sin los sollozos convulsivos de Gotardo, se hubiera oído el vuelo de una mosca.

Cuando la madre, pálida y asustada, abrió la puerta y apareció, traída casi a rastras por la señorita Goujet, que tenía los ojos enrojecidos de llorar, todas las caras se volvieron hacia las dos mujeres. Ambos agentes, mientras los habitantes del castillo temblaban, esperaban ver entrar a Lorenza. El movimiento espontáneo de criados y señores pareció provocado por esos mecanismos que realizan los rígidos gestos o guiños de las figuras de madera.

La señora de Hauteserre se acercó en tres zancadas presurosas a Corentin, diciéndole con voz entrecortada, pero violenta:

—Por piedad, señor, ¿de qué se acusa a mis hijos? ¿Creéis que han venido aquí?

El cura, que al ver a la anciana señora pareció pensar que cometería algún disparate, bajó la vista.

—Mi deber y la misión que cumplo me impiden decíroslo —respondió Corentin con tono amable y zumbón a la vez.

Esta negativa, que la detestable cortesía de aquel currutaco aún hacía más implacable, petrificó a la anciana madre, que se dejó caer en una butaca junto al abate Goujet. Entonces, juntando las manos, hizo un voto.

—¿Dónde habéis detenido a ese llorón? —preguntó Corentin al brigadier, señalando al pequeño escudero de Lorenza.

—En el camino que conduce a la alquería, junto a los muros del parque; el granuja huía hacia el bosque de los Closeaux.

—¿Y a esta moza?

—¿A ésta? La pescó Olivier.

—¿Adónde iba?

—Hacia Gondreville.

—¿En direcciones opuestas? —preguntó Corentin.

—Sí —contestó el gendarme.

—¿No son el criadito y la doncella de la ciudadana Cinq-Cygne? —dijo Corentin al alcalde.

—Sí —respondió Goulard.

Después de cambiar dos palabras con Corentin al oído, Peyrade salió inmediatamente, llevándose al brigadier.

En aquel momento entró el brigadier de Arcis, se acercó a Corentin y le dijo en voz baja:

—Conozco bien la región, lo he registrado todo y a menos que esos pájaros estén enterrados, aquí no hay nadie. Ahora estamos golpeando los suelos y las paredes con las culatas de los fusiles.

Peyrade volvió a entrar, hizo una seña a Corentin para que le siguiese, y le condujo a la brecha del foso, señalándole el camino hundido que partía de ella.

—Hemos adivinado la maniobra —dijo Peyrade.

—Y yo voy a explicárosla —replicó Corentin—. Ese bribonzuelo y la moza han engañado a esos gendarmes imbéciles, para asegurar la huida de las piezas que queríamos cobrar.

—Hay que esperar a que amanezca para saber la verdad —repuso Peyrade—. Este camino está muy húmedo y he hecho que lo cierren dos gendarmes por arriba y por abajo; cuando podamos ver claro las huellas nos indicarán quién ha pasado por ahí.

—Aquí veo una huella de herradura —dijo Corentin—. Vayamos a las caballerizas.

—¿Cuántos caballos tienen aquí? —preguntó Peyrade al señor de Hauteserre y a Goulard, volviendo al salón con Corentin.

—Vamos, señor alcalde, vos lo sabéis, ¡responded! —le gritó Corentin, viendo que aquel funcionario titubeaba.

—Pues hay la yegua de la condesa, el caballo de Gotardo y el del señor de Hauteserre.

—En las caballerizas sólo hemos visto uno —observó Peyrade.

—La señorita ha salido a pasear —dijo Durieu.

—¿Acostumbra vuestra pupila a pasear de noche? —preguntó el libertino Peyrade al señor de Hauteserre.

—Muy a menudo —respondió con sencillez el viejo—. El señor alcalde puede atestiguarlo.

—Todo el mundo sabe que es muy caprichosa —añadió Catalina—. Antes de acostarse se puso a mirar el cielo, y creo que el brillo de vuestras bayonetas la intrigó. Quiso saber, me dijo al salir, si se trataba de una nueva revolución.

—¿Cuándo salió? —preguntó Peyrade.

—Cuando vio vuestros fusiles a lo lejos.

—¿Y por dónde se fue?

—No lo sé.

—¿Y el otro caballo? —preguntó Corentin.

—¡Los... os... geen... daarmes... mes... mes... mes... mes... me se lo... se lo... han... lleva... dooo! —contestó Gotardo.

—Y tú, ¿adónde ibas? —le dijo uno de los gendarmes.

—Yo seguí... a... mi... a mi... seño... ra... a la... al... que... ría...

El gendarme levantó la cabeza y miró a Corentin, esperando una orden, pero aquel lenguaje era tan falso y tan verdadero a la vez, tan profundamente inocente y tan astuto, que los dos parisienses se miraron, como si repitiesen las palabras de Peyrade: «¡No son unos principiantes!».

El hidalgo parecía hallarse desprovisto del ingenio suficiente para comprender un epigrama. El alcalde parecía anonadado. La madre, a quien la maternidad había vuelto imbécil, hacía preguntas a los agentes de una inocencia estúpida. Todos los criados habían sido sorprendidos en pleno sueño; dormían de verdad. En presencia de aquellos pequeños detalles y al juzgar aquellos diversos caracteres, Corentin comprendió al punto que su único adversario era la señorita de Cinq-Cygne. Por sagaz que sea, la policía tiene innumerables desventajas. No solamente se ve obligada a descubrir todo lo que sabe el conspirador, sino que debe hacer mil suposiciones antes de llegar a una sola que sea cierta. El conspirador piensa sin cesar en su propia seguridad, mientras que la policía sólo se despierta a sus horas de trabajo. Sin las delaciones, no habría nada más fácil que conspirar. Un conspirador posee más ingenio por sí solo que toda la policía, con sus inmensos medios de acción. Al sentirse detenidos moralmente, como si lo hubieran sido físicamente por una puerta que hubiesen creído encontrar abierta, que hubiesen forzado y detrás de la cual hubiese hombres haciendo fuerza sin decir nada, Corentin y Peyrade se sintieron adivinados y burlados, sin saber por quién.

—Yo aseguraría —fue a decirles al oído el brigadier de Arcis—, que si los dos

señores de Simeuse y de Hauteserre han pasado la noche aquí, los han acostado en las camas del padre, de la madre, de la señorita de Cinq-Cygne, de la doncella, de los criados, o han estado paseando por el parque, porque no hay la menor traza de su presencia.

—¿Quién pudo prevenirles? —preguntó Corentin a Peyrade—. Los únicos que sabían algo eran el primer cónsul, Fouché, los ministros, el prefecto de policía y Malin.

—Soltaremos unos cuantos espías por la comarca —dijo Peyrade al oído de Corentin.

—Haréis muy bien, teniendo en cuenta que estarán en la Champaña —observó el cura, que no pudo contener una sonrisa al oír la palabra *mouton*, espía, y que lo adivinó todo por aquella sola palabra que había sorprendido.

—¡Dios mío! —pensó Corentin, que respondió al cura con otra sonrisa—, aquí no hay más que un hombre de ingenio; sólo puedo entenderme con él, voy a ver si entablamos conversación.

—Señores —dijo el alcalde, dirigiéndose a los dos agentes, deseosos de dar una prueba de adhesión al primer cónsul, a pesar de todo.

—Decid *ciudadanos*, la República aún existe —le replicó Corentin mirando al cura con expresión burlona.

—Ciudadanos —prosiguió el alcalde—, en el momento en que entré en este salón y antes de que pudiese abrir la boca, Catalina llegó corriendo en busca del látigo, los guantes y el sombrero de su señora.

Un sombrío murmullo de horror salió del fondo de todos los pechos, salvo del de Gotardo. Todas las miradas, menos las de los gendarmes y los agentes, amenazaron a Goulard, el delator, arrojándole llamaradas.

—Bien, ciudadano alcalde —le dijo Peyrade—. Ahora ya lo vemos claro. ¡Han avisado a la ciudadana Cinq-Cygne muy a tiempo! —añadió mirando a Corentin con visible desconfianza.

—Brigadier, atad los pulgares de este mozalbete —ordenó Corentin al gendarme — y lleváoslo a una habitación separada. Encerrad también a esta moza —añadió señalando a Catalina—. Tú te ocuparás del registro de los documentos —prosiguió dirigiéndose a Peyrade, pero hablándole al oído—. Registrarlo todo, sin olvidar nada. Señor abate —dijo confidencialmente al cura—, tengo cosas muy importantes que comunicaros.

Y se lo llevó al jardín.

—Escuchadme, señor abate, vos me parecéis tener todo el temple de un obispo y (aquí nadie puede oírnos), espero que me comprenderéis; únicamente tengo esperanza en vos para salvar a dos familias que, por estúpidas, se dejarán hundir en un abismo del que no se sale. Los señores de Simeuse y de Hauteserre han sido traicionados por uno de esos infames espías que los gobiernos infiltran en todas las conspiraciones para conocer bien sus objetivos, sus medios y las persona que intervienen en ellas. No

me confundáis con ese miserable que me acompaña, él es de la policía; pero yo estoy agregado, de manera muy honorable, al gabinete consular y conozco sus últimas decisiones. No se desea la pérdida de los señores de Simeuse; si bien Malin querría verlos fusilados, el primer cónsul, caso de que estén aquí y no tengan malas intenciones, quiere salvarlos al borde del precipicio, pues, siente efecto por los buenos militares. El agente que me acompaña es quien tiene todos los poderes; yo no soy nada, en apariencia, pero sé donde está el complot. El agente actúa a las órdenes de Malin, que sin duda le ha prometido su protección, un buen empleo y quizás dinero, si puede encontrar a los dos Simeuse y entregarlos. El primer cónsul, que es verdaderamente un gran hombre, no favorece en absoluto los propósitos codiciosos. Yo no quiero saber si los dos jóvenes están aquí —dijo al percibir un gesto del cura—, pero sólo se pueden salvar de una manera. Ya conoceréis la ley del 6 de floreal año x, según la cual quedarán amnistiados los emigrados que aún están en el extranjero, a condición de que regresen antes del 1.º de vendimiario del año xi, es decir, en septiembre del año pasado; pero, los señores de Simeuse, lo mismo que los señores de Hauteserre, han ejercido mandos en el ejército de Condé y se hallan comprendidos en el caso de excepción previsto por esta ley; por lo tanto, su presencia en Francia es un crimen y, en las circunstancias actuales, bastaría para hacerlos cómplices de una horrible conjura. El primer cónsul se ha percatado de lo defectuoso de tal excepción, que crea enemigos irreconciliables a su gobierno; él quería hacer saber a los señores de Simeuse que ninguna acción se emprenderá contra ellos, si le elevan una petición en la que digan que vuelven a Francia con intención de someterse a las leyes, prometiendo prestar juramento a la Constitución. Como comprenderéis, esa instancia tiene que estar en sus manos antes de que los detengan y fechada con unos días de antelación; yo puedo encargarme de llevarla... No os preguntó dónde están esos jóvenes —prosiguió viendo que el cura hacía un nuevo gesto de negación—. Por desgracia, estamos seguros de dar con su paradero; el bosque está vigilado, lo mismo que las entradas de París y la frontera. ¡Escuchadme bien! Si esos caballeros se hallan entre este bosque y París, los detendrán; si están en París, darán con ellos, y si retroceden, los desgraciados serán capturados. El primer cónsul siente afecto por los antiguos nobles y no puede soportar a los republicanos. Tened en cuenta esto tan sencillo: si quiere un trono, tiene que degollar la libertad. Que este secreto quede entre nosotros. Así es que ya veis. Yo esperaré hasta mañana y seré ciego, pero no os fiéis de la gente; ese maldito provenzal es el lacayo del diablo, trabaja a las órdenes de Fouché del mismo modo que yo lo hago a las órdenes del primer cónsul.

—Si los señores de Simeuse están aquí —respondió el cura—, yo daría diez pintas de mi sangre y un brazo para salvarlos; pero si la señorita de Cinq-Cygne es su confidente, os juro por mi salvación eterna que ella no ha cometido la menor indiscreción ni me ha hecho el honor de consultarme. Ahora estoy contentísimo de su discreción, si es que puede hablarse de discreción. Anoche jugamos al boston, como todas las noches, en el mayor sosiego, hasta las diez y media, sin ver ni oír nada. No

puede pasar ni un niño por este valle solitario sin que todo el mundo lo vea y oiga y, desde hace quince días, no ha venido aquí ningún forastero. Tened en cuenta que los señores de Hauteserre y de Simeuse son cuatro, lo que supone una verdadera tropa. El viejo y su mujer obedecen al gobierno y han hecho todos los esfuerzos imaginables para obligar a sus hijos a volver junto a ellos; sin ir más lejos anteayer aún les escribieron. Por consiguiente, ha sido necesaria vuestra llegada para hacer tambalear mi firme convencimiento de que se encontraban en Alemania, idea que abrigaba con toda mi alma y mi conciencia. Entre nosotros, os diré que la única personas del castillo que no hace justicia a las eminentes cualidades del primer cónsul, es la joven condesa.

—¡Taimado! —pensó Coirentin—. Si esos jóvenes son fusilados, será porque nadie habrá hecho nada por evitarlo —prosiguió en voz alta—. Ahora, me lavo las manos.

Se había llevado al abate Goujet a un paraje muy iluminado por la luna, y le miró bruscamente al pronunciar estas palabras fatales. El sacerdote estaba muy afligido, pero su expresión era la de un hombre sorprendido y completamente ignorante.

—Comprenderéis, pues, señor abate —continuó Coirentin—, que sus derechos sobre las tierras de Gondreville les hacen doblemente criminales a los ojos de los subalternos. En fin, lo que yo quiero es que se las entiendan con Dios y con sus asuntos.

—Así, ¿existe una conspiración? —preguntó ingenuamente el cura.

—Vil, odiosa, cobarde y tan contraria al espíritu generoso de la nación —repuso Coirentin—, que la cubrirá un oprobio general.

—¡La señorita de Cinq-Cygne es incapaz de cometer una vileza! —exclamó el cura.

—Señor abate —replicó Coirentin—, sabed que existen pruebas evidentes de su complicidad (que quede esto entre nosotros), pero aún no son bastantes para la justicia. La señorita huyó cuando se entero de nuestra llegada... Y sin embargo, yo os había enviado al alcalde.

—Sí, pero para tener tanto interés por salvarlos, como decís, seguís muy de cerca los pasos del alcalde —observó el abate.

Después de pronunciar estas palabras, los dos hombres se miraron y todo quedó dicho entre ellos: ambos pertenecían a esa clase de profundos anatómicos del pensamiento a los que basta una simple inflexión de voz, una mirada o una palabra, para adivinar un alma, igual que el salvaje adivina a sus enemigos por indicios invisibles a los ojos de un europeo.

¡Quería sonsacarle algo y únicamente me he descubierto! —pensó Coirentin.

—¡Ah, ese pícaro! —se dijo el cura para su capote.

Daba la media noche en el viejo reloj de la iglesia cuando Coirentin y el abate regresaron al salón. Los gendarmes abrían y cerraban las puertas de las habitaciones y los armarios con gran estrépito. Otros deshacían las camas. Peyrade, con la sagacidad

propia del espía, lo revolvía y lo registraba todo. Aquel pillaje despertaba el terror y la indignación de los fieles servidores, que continuaban inmóviles y de pie. El señor de Hauteserre cambiaba miradas de compasión con su mujer y la señorita Goujet. Una horrible curiosidad mantenía desvelado a todo el mundo. Peyrade descendió y entró en el salón llevando en la mano una arquilla de madera de sándalo tallada, que, sin duda, trajo de la China el almirante de Simeuse. La bella arquilla era aplanada y de las dimensiones de un volumen in-cuarto.

Peyrade hizo una seña a Corentin y se lo llevó al hueco de la ventana:

—¡Ya lo tengo! —le dijo—. Ese Michu, capaz de comprar Gondreville a Marion por ochocientos mil francos en oro, y que hace poco quería matar a Malin, debe estar al servicio de los Simeuse; el interés que tiene en amenazar a Marion debe ser el mismo que le hizo apuntar a Malin con su arma. Me pareció capaz de tener ideas, pero sólo tiene una: está al corriente de todo y sin duda vino a darles la voz de alarma.

—Malin tal vez hablase de la conspiración con su amigo el notario —repuso Corentin, continuando las deducciones de su colega—, y Michu, que estaba emboscado, probablemente le oyó hablar de los Simeuse. Estoy convencido de que si entonces no disparó, lo hizo para evitar una calamidad que aún le parecía mayor que la pérdida de Gondreville.

—Se dio perfecta cuenta de quiénes éramos —añadió Peyrade—. Desde el primer momento, la inteligencia de ese rústico me pareció prodigiosa.

—¡Oh! Esto demuestra que estaba alerta —respondió Corentin—. Pero, al fin y al cabo, amigo mío, no nos engañemos. La traición apesta enormemente y los hombres primitivos la huelen de lejos.

—Esto refuerza nuestra posición —afirmó el provenzal.

—Haced venir al brigadier de Arcis —gritó Corentin a un gendarme—. Enviemos alguien a su pabellón —dijo la Peyrade.

—Ya está allí Violeta, nuestro oído —repuso el provenzal.

—Nos fuimos sin tener noticias tuyas —observó Corentin—. Hubiéramos debido traer con nosotros a Sabatier, dos no somos bastantes. Brigadier —dijo al ver entrar al gendarme, situándose entre Peyrade y él—, no vayáis a que os tomen el pelo como se lo han tomado hace un momento al brigadier de Troyes. Creemos que Michu anda metido en esto; id a su pabellón, observarlo todo y dadnos cuenta de lo que veáis.

—Uno de mis hombres oyó caballos en el bosque cuando detenían a los criados, y he mandado a cuatro buenos mozos en persecución de los que intentan ocultarse en él —respondió el gendarme.

Partió a continuación y el ruido del galope de su caballo, resonando en las losas del patio, se alejó rápidamente.

—¡Vamos! Se dirigen a París o regresan a Alemania —se dijo Corentin.

Se sentó, sacó una libreta del bolsillo de su spencer, escribió dos órdenes a lápiz, las selló e hizo una seña a uno de sus gendarmes:

—Id al galope a Troyes, despertad al prefecto y decidle que envíe estos despachos por telégrafo, al amanecer.

El gendarme partió a galope tendido. El sentido de esta maniobra y las intenciones de Corentin eran tan claras, que todos los moradores del castillo se quedaron con el corazón en un puño, pero aquella nueva inquietud fue en cierto modo un tormento más en su martirio, pues todos tenían la vista fija en la preciosa arquilla. Mientras hablaban los dos agentes, espiaban el lenguaje de aquellas miradas ardientes. Una especie de rabia fría agitaba el corazón insensible de los dos seres, que saboreaban el terror general. El agente de policía experimenta todas las emociones del cazador, pero, al desplegar las fuerzas del cuerpo y de la inteligencia, mientras éste trata de matar una liebre, una perdiz o un gamo, para aquél se trata de la salvación del Estado o del príncipe, o de ganar una magnífica recompensa. Por ello la caza del hombre es superior a la otra caza, de la que está separada por toda la distancia que media entre los hombres y los animales. Además, el espía tiene necesidad de dar a su misión toda la grandeza e importancia de los intereses que defiende. Incluso los que no conocen la profesión por experiencia directa, podrán imaginar que el alma pone en ella tanta pasión como el cazador en el acoso de sus piezas. Así, cuanto más avanzaban hacia la luz, mayor ardor se apoderaba de aquellos dos hombres, pero su continente y sus ojos permanecían tranquilos y fríos, lo mismo que sus sospechas, sus ideas y sus planes permanecían impenetrables. Pero para quien hubiese seguido los efectos del olfato moral de aquellos dos sabuesos que seguían la pista de unos hechos desconocidos y ocultos, para quien hubiese comprendido los movimientos, de una agilidad canina, que los llevaban a descubrir la verdad mediante el rápido examen de las probabilidades, había motivo más que sobrado para echarse a temblar. ¿Cómo y por qué aquellos hombres geniales habían caído tan bajo pudiendo llegar tan lejos? ¿Qué imperfección, qué vicio, qué pasión los envilecía de ese modo? ¿Se es policía del mismo modo que se es pensador, escritor, estadista, pintor o general, a condición de no saber hacer otra cosa sino espiar, tal como aquellos hablan, escriben, administran, pintan o guerrear? Los moradores del castillo se hallaban dominados por un único deseo: «¡Ojalá caiga un rayo sobre estos infames!». Todos tenían sed de venganza. Por ello sin la presencia de los gendarmes, se hubieran amotinado.

—¿Nadie tiene las llaves de este cofrecito? —preguntó el cínico Peyrade, interrogando a los reunidos no sólo de palabra, sino con el movimiento de su gruesa nariz colorada.

El provenzal observó, no sin cierto temor, que no quedaba allí ni un solo gendarme. Corentin y él estaban solos. Corentin sacó del bolsillo un pequeño puñal y hundió su hoja bajo la tapa de la arquilla. En aquel momento, todos oyeron primero en el camino y después en el espacio enlosado que había frente al castillo, el terrible estrépito de un galope desesperado, pero lo que mayor espanto causó a todos fue la caída y el suspiro del caballo, que dobló sus cuatro patas a la vez al llegar al pie del

torreón central. Una conmoción parecida a la que produce el rayo sacudió a todos los espectadores cuando vieron a Lorenza, anunciada por el susurro de su traje de amazona; sus servidores se apartaron vivamente a ambos lados para dejarla pasar.

Pese a la rapidez de su carrera, Lorenza había experimentado el dolor que le causó el descubrimiento de la conspiración: ¡todas sus esperanzas se habían desmoronado! Galopó a rienda suelta pensando en la necesidad de someterse al gobierno consular. Así, sin el peligro que corrían los cuatro jóvenes nobles y que fue el tónico que la ayudó a vender su fatiga y su desesperación, hubiera caído desmayada. Casi había matado a la yegua para venir a interponerse entre la muerte y sus primos. Al contemplar a la heroica joven, pálida y con expresión angustiada, con el velo a un lado, la fusta en la mano, de pie en el umbral, dominando toda la escena y penetrándola con su mirada ardiente, todos comprendieron, por el movimiento imperceptible que agitó el rostro ávido y turbado de Corentin, que los dos verdaderos adversarios estaban frente a frente. Un terrible duelo iba a comenzar.

Al ver la arquilla en manos de Corentin, la joven condesa alzó su látigo y saltó sobre él tan vivamente, dándole un golpe tan violento en las manos, que la arquilla cayó al suelo; Lorenza se apoderó de ella, la tiró al fuego y se colocó ante la chimenea en actitud amenazadora, antes de que los dos agentes se repusieran de su sorpresa. El desdén llameaba en los ojos de Lorenza, su frente pálida y sus labios desdeñosos insultaban a aquellos hombres, todavía más que el gesto autoritario con que trató a Corentin como una bestia venenosa. El buen Hauteserre se sintió caballero, toda la sangre le afluyó al rostro y lamentó no tener una espada. Los servidores temblaban de alegría. La venganza tan deseada acababa de abatirse sobre uno de aquellos esbirros. Pero su dicha fue dominada por un terrible temor: oían a los gendarmes, que continuaban yendo y viniendo por el desván:

El *espía*, sustantivo enérgico bajo el que se confunden todos los matices que distinguen a los agentes de policía, pues el público nunca ha querido especificar en el lenguaje hablado los diversos caracteres de los que intervienen en esta botica tan necesaria a los gobiernos, el espía, pues, tiene la magnífica y curiosa cualidad de no enfadarse nunca; posee la humildad cristiana de los sacerdotes, tiene los ojos acostumbrados al desprecio y lo opone por su parte como una barrera al vulgo, que no le comprende; tiene una frente de cobre para las injurias, va hacia su objetivo como un animal cuyo sólido caparazón sólo puede hundirse a cañonazos, pero también, como el animal, se muestra furioso cuando resulta herido, pues consideraba su coraza impenetrable. El latigazo que recibió en los dedos fue para Corentin, dolor aparte, el cañonazo que atraviesa el caparazón; aquel gesto de repugnancia por parte de aquella joven sublime y noble, le humilló, no sólo a los ojos de aquel pequeño mundo, sino a los suyos propios.

Peyrade, el provenzal, se abalanzó hacia la chimenea, para recibir un puntapié de Lorenza, pero él le agarró el pie se lo levantó y la obligó, por pudor, a caer sobre la poltrona en la que antes dormitaba. Fue lo burlesco en medio del terror, contraste

frecuente en los asuntos humanos. Peyrade se chamuscó la mano para recuperar la arquilla incendiada pero consiguió sacarla del fuego, la dejó en el suelo y se sentó sobre ella. Estos pequeños acontecimientos se sucedieron con gran rapidez y sin una palabra. Corentin, repuesto del dolor causado por el golpe de fusta, inmovilizó a la señorita de Cinq-Cygne sujetándole ambas manos.

—No me obligues, *bella ciudadana*, a emplear la fuerza contra vos —dijo con insultante cortesía.

La acción de Peyrade tuvo por resultado apagar el fuego mediante una compresión que suprimió el aire.

—¡Gendarmes, a nosotros! —gritó sin moverse de su curiosa posición.

—¿Prometéis portaros bien? —preguntó con insolencia Corentin a Lorenza, recogiendo su puñal y sin cometer el error de amenazarla con él.

—Los secretos de esa arquilla no conciernen al gobierno —respondió ella con una mezcla de melancolía en su expresión y su acento—. Cuando hayáis leído las cartas que contiene, os avergonzaréis de haberlo hecho, a pesar de vuestra infamia... Pero ¿sois aún capaz de avergonzaros de algo? —añadió después de una pausa.

El cura dirigió a Lorenza una mirada como para decirle: «¡En nombre de Dios, calmaos!».

Peyrade se levantó. El fondo de la arquilla, que estuvo en contacto con las brasas, casi totalmente quemado, dejó en la alfombra una huella rojiza. La parte inferior de la arquilla ya estaba carbonizada y los lados cedieron. Aquel grotesco Scaevola, que acababa de ofrendar al dios de la policía, al miedo, los fondos de su calzón color albaricoque, abrió ambos lados de la caja como si se tratase de un libro e hizo deslizar sobre el tapete de la mesa de juego tres cartas y dos mechones de cabello. Iba a sonreír mirando a Corentin, cuando se apercibió de que los cabellos eran de dos blancos diferentes. Corentin soltó a la señorita de Cinq-Cygne, para ir a leer la carta de la que habían caído los cabellos.

Lorenza se levantó también, se puso junto a los dos espías y dijo:

—¡Oh! Leed en voz alta, ese será vuestro castigo.

Como ellos leían en silencio, Lorenza leyó en voz alta la siguiente carta:

Querida Lorenza:

Mi marido y yo nos enteramos de vuestra hermosa conducta el día aciago en que nos detuvieron. Nos consta que queréis a nuestros amados gemelos tanto como nosotros; por lo tanto, es a vos a quien queremos hacer depositaria de algo que será a la vez precioso y triste para ellos. El señor ejecutor acaba de cortarnos los cabellos, pues vamos a morir dentro de breves instantes, y nos ha prometido hacernos llegar los dos únicos recuerdos que podremos dejar a nuestros queridísimos huérfanos. Guardad pues, estos restos nuestros, para dárselos cuando vengán tiempos mejores. Hemos puesto en ellos un último beso para nuestros hijos, con nuestra bendición. Nuestro último pensamiento será primero para ellos, después para vos y finalmente para Dios.

Queredlos mucho.

Berta de Cinq-Cygne.
Juan de Simeuse.

Todos tenían lágrimas en los ojos cuando terminó la lectura de aquella carta.

Lorenza dijo a los dos agentes con voz firme y dirigiéndoles una mirada que los dejó petrificados:

—Tenéis menos piedad que el señor *ejecutor*.

Corentin guardó tranquilamente los cabellos dentro de la carta y dejó ésta encima de la mesa, poniendo sobre ella una cesta llena de fichas para que no volase. Aquella sangre fría en medio de la emoción general resultaba espantosa. Peyrade desdobló las otras dos cartas.

—Oh, en cuanto a éstas —dijo Lorenza—, son más o menos iguales. Habéis oído el testamento, ahora escucharéis la ejecución. En lo sucesivo mi corazón ya no tendrá secretos para nadie:

1794, Andemach, antes del combate.

Mi querida Lorenza, os amaré siempre y quiero que lo sepáis bien; pero, en caso de que muriese, sabed que mi hermano Pablo María os quiere tanto como yo. Mi único consuelo, al morir, sería tener la seguridad de que un día mi querido hermano podría ser vuestro marido, sin que los celos me hiciesen languidecer, como sucedería ciertamente si, vivos los dos, vos lo prefirieseis. Al fin y al cabo, esta preferencia me parecería muy natural, pues quizás vale más que yo... etc.

María Pablo.

—He aquí la otra —prosiguió la joven, con un encantador rubor en sus mejillas:

Andemach, antes del combate.

Mi buena Lorenza, tengo el ánimo embargado por cierta tristeza, pero María Pablo posee un carácter demasiado alegre para no agradaros mucho más que yo. Algún día tendréis que elegir entre nosotros dos, y aunque yo os amo con pasión...

—¡Sostenéis correspondencia con emigrados! —dijo Peyrade interrumpiendo a Lorenza e interponiendo por precaución las cartas entre él y la luz para comprobar si contenían, entre líneas, una escritura hecha con tinta simpática.

—Sí —contestó Lorenza, doblando nuevamente las preciosas cartas, que el tiempo había tomado amarillentas—. ¿Pero en virtud de qué derecho violáis así mi domicilio, mi libertad personal y todas las virtudes domésticas?

—¡Oh, ahora salís con eso! —repuso Peyrade—. ¿Con qué derecho? Voy a

decíroslo, bella aristócrata —añadió sacando del bolsillo una orden emanada del ministro de Justicia y avalada por el ministro del Interior—. Tened, ciudadana, los ministros se han tomado el asunto muy a pecho...

—Podíamos preguntaros —le dijo Coentín al oído—, con qué derecho dais asilo en vuestra casa a los asesinos del primer cónsul. Me habéis dado un latigazo en los dedos que me autorizará cualquier día a dar un manotazo para aniquilar a vuestros primos, a pesar de que venía a salvarlos...

Por el sólo movimiento de los labios y por la mirada que Lorenza dirigió a Coentín, el cura comprendió lo que decía aquel gran artista desconocido, e hizo a la condesa un signo de desconfianza que únicamente vio Goulard. Peyrade daba golpecitos sobre la tapa de la caja, para comprobar si tenía doble fondo.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Lorenza a Peyrade arrancándole la arquilla—. No la rompáis... Mirad.

Tomó una alfiler y empujó la cabeza de una figura: las dos tablas, impulsadas por un resorte, se separaron, y la que estaba hueca mostró las dos miniaturas de los señores Simeuse vistiendo el uniforme del ejército de Condé. Eran dos retratos sobre marfil hechos en Alemania. Coentín, que se enfrentaba con un adversario digno de toda su cólera, hizo una seña a Peyrade para atraerle a un rincón, y deliberó secretamente con él.

—¡Y vos tirabais esto al fuego! —dijo el abate Goujet a Lorenza, indicándole con la mirada la carta de la marquesa y los cabellos.

Por toda respuesta, la joven se encogió significativamente de hombros. El cura comprendió que lo sacrificaba todo para entretener a los espías y ganar tiempo, y alzó los ojos al cielo con gesto de admiración.

—¿Dónde han detenido a Gotardo, al que oigo llorar? —le preguntó lo bastante alto para que lo oyesen.

—No lo sé —respondió el cura.

—¿Había ido a la alquería?

—¡La alquería! —dijo Peyrade a Coentín—. Enviemos alguien allí.

—No —repuso Coentín—. Esta joven no hubiera confiado la salvación de sus primos a un colono. Trata de entretenernos... Haced lo que os digo, a fin de que, después de cometer el error de venir aquí saquemos, al menos, algo en claro.

Coentín fue a ponerse frente a la chimenea, levantó los faldones puntiagudos de su traje para calentarse y asumió el aspecto, el tono y los modales de un hombre que se hallase de visita.

—Señoras, podéis acostaros, y vuestros servidores igualmente. Señor alcalde, vuestros servicios ya no son necesarios. La severidad de nuestras órdenes no nos permitía obrar de otra manera que como lo hemos hecho, pero cuando hayamos examinado todos los muros, que me parecen muy gruesos, nos iremos.

El alcalde salió después de despedirse de los reunidos. Ni el cura ni la señorita Goujet se movieron. Los servidores estaban demasiado inquietos para no desear saber

cual sería la suerte de su joven señora. La señora de Hauteserre, que desde la llegada de Lorenza la observaba con la curiosidad de una madre desesperada, se levantó, la tomó por el brazo, se la llevó a un rincón y le dijo en voz baja:

—¿Los habéis visto?

—¿Cómo queréis que hubiese dejado a vuestros hijos venir bajo nuestro techo sin que vos lo supieseis? —respondió Lorenza—. Durieu —añadió—, ved si es posible salvar a mi pobre *Stella*, que aún respira.

—¿Ha caminado mucho? —preguntó Corentin.

—Quince leguas en tres horas —respondió al cura, que la contemplaba con estupefacción—. Salí a las nueve y media y he vuelto dada la una.

Miró el reloj de péndulo, que señalaba las dos y media.

—Así —repuso Corentin—, ¿no negáis haber hecho una carrera de quince leguas?

—No —contestó ella—. Reconozco que mis primos y los señores de Simeuse, en su perfecta inocencia, creían que no serían exceptuados de la amnistía, y volvían a Cinq-Cygne. Pero cuando me convencí de que el señor Malin quería envolverlos en una traición, fui a avisarles que regresaran a Alemania, donde estarán antes de que el telégrafo de Troyes haya señalado su presencia a la frontera. Si he cometido un crimen, que se me castigue.

Aquella respuesta, profundamente meditada por Lorenza y tan probable en todas sus partes, hizo tambalear las convicciones de Corentin, a quien la joven condesa observaba con el rabillo del ojo. En aquel instante tan decisivo, cuando todas las almas estaban en cierto modo pendientes de aquellos dos rostros y todas las miradas iban de Corentin a Lorenza y de Lorenza a Corentin, el ruido de un caballo al galope procedente del bosque resonó en el camino, y de la verja al enlosado del patio. Una terrible ansiedad se pintó en todos los rostros.

Peyrade entró con ojos brillantes de alegría, se acercó apresuradamente a su colega y le dijo lo bastante alto para que fuese oído por la condesa:

—¡Tenemos a Michu!

Lorenza, a quien la angustia, la fatiga y la tensión de todas sus facultades intelectuales teñían las mejillas de un vivo arrebol, volvió a palidecer y cayó casi desvanecida, fulminada, en un sillón. La Durieu, la señorita Goujet y la señora de Hauteserre se lanzaron hacia ella, pues se ahogaba. La condesa les indicó con un gesto que cortasen los alamares del traje de amazona.

—¡Ha caído en la trampa... sus primos van hacia París! —dijo Corentin a Peyrade—. Cambiemos las órdenes.

Salieron, dejando un gendarme a la puerta del salón. La habilidad infernal de aquellos hombres acababa de darles una horrible ventaja en aquel duelo, al hacer caer a Lorenza en una de sus acostumbradas añagazas.

A las seis de la mañana, cuando amanecía, los dos agentes regresaron. Después de explorar el camino hundido, se cercioraron de que por allí habían pasado los caballos

en dirección al bosque. Esperaban los informes del capitán de la gendarmería encargado de reconocer la comarca. Dejando el castillo rodeado y bajo la vigilancia de un brigadier, fueron a almorzar a un figón de Cinq-Cygne, pero después de haber ordenado que pusieran en libertad a Gotardo, que no cesaba de responder a todas las preguntas con torrentes de lágrimas, y a Catalina, que permanecía silenciosa e inmóvil. Catalina y Gotardo fueron al salón para besar las manos de Lorenza, que se hallaba tendida en la poltrona. Durieu vino a anunciarles que *Stella* no moriría, pero que exigía grandes cuidados.

El alcalde, inquieto y curioso, fue a buscar a Peyrade y a Coentin al pueblo. No toleró que unos funcionarios superiores almorzasen en un figón de mala muerte y se los llevó a su casa. La abadía estaba a un cuarto de legua. Por el camino, Peyrade observó que el brigadier de Arcis no les había comunicado ninguna noticia sobre Michu y Violeta.

—Nos enfrentamos con personas de categoría —dijo Coentin—, son más listos que nosotros. Sin duda el sacerdote también está en el ajo.

En el momento en que la señora Goulard introducía a los dos funcionarios en un espacioso comedor desprovisto de fuego, llegó el teniente de la gendarmería, con expresión bastante asustada.

—Hemos encontrado el caballo del brigadier de Arcis en el bosque, sin su amo —dijo a Peyrade.

—Teniente —exclamó Coentin—, id corriendo al pabellón de Michu, enteraros de lo que ha sucedido. Sin duda, han matado al brigadier.

Aquella noticia agitó el almuerzo del alcalde. Los parisienses engulleron la comida con una rapidez de cazadores comiendo en un alto del camino y retornaron al castillo en su cabriolé de mimbre, tirado por el caballo de posta, para poder trasladarse rápidamente a todos los puntos donde su presencia era necesaria. Cuando los dos hombres reaparecieron en aquel salón, donde habían sembrado la turbación, el miedo, el dolor y las más crueles ansiedades, encontraron a Lorenza en bata, con el hidalgo y su esposa, el abate Goujet y su hermana, todos agrupados en torno al fuego y, aparentemente, tranquilos.

—Si hubiesen detenido a Michu —pensó Lorenza—, lo hubieran traído. Lamento no haber sabido dominarme y haber arrojado cierta luz en las sospechas de esos infames, pero todo puede arreglarse. ¿Seremos mucho tiempo vuestros prisioneros? —preguntó a los dos agentes con tono burlón y desenvuelto.

—¿Cómo puede saber que estamos preocupados por Michu? —se dijeron los dos espías cambiando una mirada—. Nadie de fuera ha entrado en el castillo. ¡Esta moza se burla de nosotros!

—No os importunaremos por mucho tiempo más —respondió Coentin—. Dentro de tres horas os ofreceremos nuestras disculpas por haber turbado vuestra soledad.

Nadie respondió. Aquel silencio desdeñoso redobló la cólera interior de Coentin, sobre quien Lorenza y el cura, las dos inteligencias de aquel pequeño mundo, ya se

habían informado. Gotardo y Catalina pusieron la mesa junto al fuego para el almuerzo en el que participaron el abate y su hermana. Ni los señores ni los criados hicieron el menor caso de los dos esbirros, que paseaban por el jardín, el patio y el camino, volviendo de vez en cuando al salón.

A las dos y media, el teniente reapareció.

—He encontrado al brigadier —dijo a Corentin— tendido en el camino que conduce del pabellón llamado de Cinq-Cygne a la alquería de Bellache, sin ninguna herida, salvo una tremenda contusión en la cabeza, causada, al parecer, por su caída. Según me ha contado, se sintió arrebatado de su montura tan rápidamente y echado hacia atrás con tal violencia, que no se explica cómo pudo ocurrir; sus pies salieron de los estribos: sin esto habría muerto, su caballo, desbocado, le hubiera arrastrado a través de los campos. Lo hemos confiado a Michu y a Violeta...

—¡Cómo! ¿Michu se encuentra en su pabellón? —dijo Corentin mirando a Lorenza.

La condesa sonreía con expresión astuta, propia de una mujer que se toma el desquite.

—Acabo de verlo cerrando con Violeta un trato que empezaron a discutir anoche —respondió el teniente—. Violeta y Michu me han parecido un poco bebidos, pero esto no tiene nada de sorprendente, porque han trasegado toda la noche y aún no se han puesto de acuerdo.

—¿Os lo ha dicho Violeta? —exclamó Corentin.

—Sí —contestó el teniente.

—¡Ah, tendremos que hacerlo todo nosotros! —exclamó Peyrade mirando a Corentin, que desconfiaba tanto como aquél de la inteligencia del teniente.

El joven respondió al viejo con un signo de asentimiento.

—¿A qué hora habéis llegado al pabellón de Michu? —preguntó Corentin al observar que la señorita de Cinq-Cygne consultaba el reloj de la chimenea.

—Alrededor de las dos —respondió el teniente.

Lorenza abarcó con una misma mirada a los esposos Hauteserre, el abate Goujet y su hermana, que creyeron estar bajo un manto de azul; la alegría del triunfo brillaba en sus ojos se ruborizó y unas lágrimas asomaron entre sus párpados. Fuerte ante las mayores adversidades, aquella joven sólo podía llorar de alegría. En aquel momento se mostró sublime, sobre todo para el cura, que casi apenado por la virilidad del carácter de Lorenza, se apercibió entonces de su extraordinaria ternura femenina; pero aquella sensibilidad yacía en el fondo de su alma, como un tesoro oculto a una profundidad insondable bajo un bloque de granito.

Entró un gendarme para preguntar si debía franquear el paso al hijo de Michu, que venía de parte de su padre para hablar con los señores de París. Corentin respondió con un signo afirmativo. Francisco Michu, aquel astuto perrillo cazador de raza, estaba en el patio, donde Gotardo, puesto en libertad, pudo hablar con él unos instantes bajo las miradas del gendarme. El pequeño Michu cumplió su encargo

deslizándose algo en la mano de Gotardo, sin que el gendarme se diese cuenta. Gotardo se colocó detrás de Francisco y pudo llegar hasta la señorita de Cinq-Cygne, para entregarle con inocencia su sortija entera, que ella besó con ardor, comprendiendo que, al enviársela, Michu le anunciaba que los cuatro hidalgos estaban a salvo.

—Mi padre desea saber dónde hay que poner al brigadier, que no se encuentra bien del todo.

—¿Qué le duele? —preguntó Peyrade.

—La cabeza; se ha dado un buen coscorrón. Esto es mala suerte para un gendarme, que sabe montar a caballo, pero debió darse un golpe. Tiene un agujero, ¡oh!, grande como el puño, detrás de la cabeza. Parece que se cayó encima de un pedrusco. ¡Pobre hombre! Aunque sea gendarme, da mucha pena, porque se ve que le duele.

El capitán de la gendarmería de Troyes entró en el patio, echó pie a tierra e hizo una seña a Corentin, quien, al reconocerle, se precipitó hacia la ventana y la abrió para no perder tiempo.

—¿Qué hay?

—¡Nos han hecho ir de un lado a otro como si fuésemos holandeses! Hemos encontrado cinco caballos muertos de fatiga, con el pelo erizado de sudor, en el centro de la gran avenida del bosque; los hago vigilar para saber de donde vienen y quien los proporcionó. El bosque está rodeado, nadie podrá salir de él.

—¿A qué hora crees que entraron en el bosque estos jinetes?

—A las doce y media del mediodía.

—¡Que no salga una liebre de este bosque sin que la veamos! —le dijo Corentin al oído—. Os dejo aquí a Peyrade y voy a ver al pobre brigadier. Quédate en casa del alcalde, enviaré un hombre hábil para relevarte —dijo al oído del provenzal—. Tendremos que servirnos de la gente del país, examina las caras de todos.

Después, volviéndose hacia los reunidos, dijo en un tono que infundía espanto:

—¡Hasta la vista!

Nadie saludó a los agentes, que salieron.

—¿Qué dirá Fouché de una visita domiciliaria sin resultado? —exclamó Peyrade ayudando a Corentin a subir al cabriolé de mimbre.

—¡Oh! Aún no ha terminado todo —respondió Corentin al oído de Peyrade—. Los hidalgos deben estar en el bosque.

Señaló a Lorenza, que los miraba a través de los vidrios de los grandes ventanales del salón, y añadió:

—¡Hice reventar a una que valía tanto como ella, y que me había hecho tragar demasiada bilis! Si vuelve a caer en mis manos, me pagará su latigazo.

—La otra era una simple moza —observó Peyrade, mientras que ésta es una joven de posición...

—¿Y eso qué importa? ¡Todos son peces en el mar! —dijo Corentin, haciendo una seña al gendarme que le conducía para que fustigase al caballo de posta.

Diez minutos después, el castillo de Cinq-Cygne estaba totalmente evacuado.

—¿Cómo os habéis deshecho del brigadier? —preguntó Lorenza a Francisco Michu, a quien había hecho sentar para ofrecerle un bocado.

—Mis padres me dijeron que era asunto de vida o muerte y que nadie debía entrar en nuestra casa. Entonces yo comprendí, al oír caballos por el bosque, que eran esos perros de gendarmes, y quise evitar que entrasen. Cogí unas gruesas cuerdas que guardamos en el granero y las até a uno de los árboles situados a la salida de cada camino. Después tendí la cuerda a la altura del pecho de un jinete y la sujeté al tronco del árbol de enfrente, en el camino por el que oí el galope de un caballo. De esta forma el camino quedaba cerrado. Todo salió a pedir de boca. No había luna y el brigadier dio con su cuerpo en tierra, pero no se mató. ¡Qué se le va a hacer! Los gendarmes tienen el pellejo muy duro. En fin, uno hace lo que puede.

—¡Nos has salvado! —exclamó Lorenza abrazando a Francisco Michu y acompañándole hasta la verja.

Una vez allí, al ver que estaban solos, le dijo al oído:

—¿Tienen víveres?

—Acabo de llevarles un pan de doce libras y cuatro botellas de vino. Estarán quietos y callados durante seis días.

Al volver al salón, la joven se vio objeto de las mudas interrogaciones de los señores de Hauteserre, del abate Goujet y de su hermana, que la miraban con tanta admiración como ansiedad.

—Pero ¿los habéis visto? —exclamó la señora de Hauteserre.

La condesa se llevó un dedo a los labios, sonriendo, y subió a sus habitaciones para acostarse, pues, una vez alcanzado el triunfo, se sentía abrumadoramente fatigada.

El camino más corto para ir de Cinq-Cygne al pabellón de Michu era el que llevaba de aquel poblado a la alquería de Bellache, y desembocaba en la glorieta donde la víspera se habían presentado ante Michu los dos esbirros. Por consiguiente, el gendarme siguió aquella ruta para conducir a Corentin, la misma que había seguido el brigadier de Arcis. Por el camino, el agente trataba de descubrir los posibles medios utilizados para desarzonar al brigadier. Se reprendía por haber enviado solamente a un hombre a un punto tan importante, y de este error deducía un axioma para un código de policía que estaba haciendo para su uso.

—Si han conseguido librarse del gendarme —pensaba—, también habrán sabido desembarazarse de Violeta. No hay duda de que los cinco caballos muertos han traído desde las cercanías de París hasta el bosque a los cuatro conspiradores y a Michu. ¿Tiene caballo Michu? —preguntó al gendarme, perteneciente a la brigada de Arcis.

—¡Sí, un animal estupendo! —respondió el gendarme—. Es un caballo de caza procedente de las caballerizas del antiguo Marqués de Simeuse. Aunque ya tiene quince años, con la edad no ha hecho más que mejorar. Michu le hace correr veinte leguas y el animal queda con el pelo tan seco como mi sombrero. ¡Oh!, lo cuida

mucho, y por más dinero que le han ofrecido, nunca ha querido venderlo.

—¿Cómo es su caballo?

—De pelaje castaño tirando a negro, con manchas blancas encima de los cascos; es un alazán delgado, todo nervio, como un caballo árabe.

—¿Tú has visto caballos árabes?

—Volví de Egipto hace un año, y allí monté caballos de los mamelucos. Llevo once años de servicio en caballería; estuve en el Rhin con el general Steingel, de allí pasé a Italia y seguí al primer cónsul a Egipto. Por todo ello espero llegar a brigadier.

—Cuando lleguemos al pabellón de Michu, ve al establo, y, si vives desde hace once años entre caballos, sin duda sabrás darte cuenta cuando uno de ellos ha corrido.

—Mirad, ahí es donde nuestro brigadier cayó a tierra —dijo el gendarme indicando el lugar por donde el camino salía a la glorieta.

—Dirás al capitán que venga a buscarme a este pabellón, nos iremos juntos a Troyes.

Corentin se apeó y observó el terreno durante unos instantes. Examinó los dos olmos que se encontraban enfrente, uno adosado al muro del parque y el otro en el talud de la glorieta, que cortaba el camino vecinal; después vio lo que nadie había sabido ver: un botón de uniforme en el polvo del camino, y lo recogió. Al entrar en el pabellón, observó a Violeta y Michu sentados a la mesa de la cocina, todavía discutiendo. Violeta se levantó, saludó a Corentin y le ofreció de beber.

—Gracias... Querría ver al brigadier —repuso el joven, al que le bastó una mirada para adivinar que Violeta estaba ebrio desde hacía más de doce horas.

—Mi mujer cuida de él en el primer piso —dijo Michu.

—Bien, brigadier, ¿cómo estáis? —preguntó Corentin, que subió a toda prisa por la escalera hasta encontrar al gendarme con la cabeza envuelta en una compresa y acostado en la cama de la señora Michu.

El sombrero, el sable y la forniture se hallaban sobre una silla. Marta, haciendo honor a sus sentimientos femeninos y desconocedora por lo demás de la proeza de su hijo, velaba al brigadier en compañía de su madre.

—Estamos esperando al señor Varlet, médico de Arcis —observó la señora Michu—. Gaucher ha ido a buscarle.

—Dejadnos solos durante un momento —dijo Corentin, bastante sorprendido ante aquel espectáculo que hacía brillar la inocencia de las dos mujeres—. ¿Cómo habéis resultado herido? —preguntó mirando el uniforme.

—Recibí un golpe, en el pecho —respondió el brigadier.

—Veamos vuestro correaje —dijo Corentin.

En la correa amarilla bordeada con un ribete blanco, que una ley reciente había establecido para la gendarmería llamada *nacional*, estipulando los menores detalles de su uniforme, se encontraba una placa bastante parecida a la que actualmente llevan los guardas campestres, y donde la ley obligaba a llevar grabadas estas singulares palabras: *Respeto a las personas y a las propiedades*. La cuerda había golpeado

necesariamente el correaje, señalándolo vigorosamente, Corentin cogió el uniforme y miró el lugar donde faltaba el botón que había encontrado en el camino.

—¿A qué hora os encontraron? —preguntó Corentin.

—Al amanecer.

—¿Y en seguida os trajeron aquí? —prosiguió Corentin, observando el estado de la cama, que no había sido deshecha.

—Sí.

—¿Quién os subió a esta habitación?

—Las mujeres y el pequeño Michu, que me encontró sin conocimiento.

—Bien, esta gente no se acostó —pensó Corentin—. El brigadier no fue alcanzado por un disparo ni por un bastonazo, pues su adversario, para herirle, hubiera tenido que ponerse a su altura, es decir, que hubiera debido ir a caballo; por lo tanto, sólo puede haber sido desmontado por un obstáculo, opuesto a su paso. ¿Un madero? No puede ser. ¿Una cadena de hierro? Hubiera dejado marcas. ¿Qué sentisteis? —preguntó en voz alta el brigadier, acercándose para examinarle.

—Me derribaron tan bruscamente...

—Tenéis una desolladura bajo el mentón.

—Me pareció —respondió el brigadier— como si una cuerda me golpease el rostro...

—Ya lo tengo —dijo Corentin—. Tendieron una cuerda entre dos árboles para cerraros el paso...

—Bien pudiera ser —asintió el brigadier.

Corentin descendió y entró en la sala.

—¡Bien, viejo bribón, acabemos de una vez! —decía Michu a Violeta mirando de hito en hito al espía—. Ciento veinte mil francos por todo y serás dueño de mis tierras. Yo me dedicaré a vivir de rentas.

—Os aseguro, por el único Dios que existe, que sólo tengo sesenta mil.

—¡Pero os ofrezco pagar el resto a plazos! Desde ayer estamos intentando cerrar el trato... ¡Unas tierras de primera calidad!

—Las tierras son buenas —asintió Violeta.

—¡Trae más vino, mujer! —gritó Michu.

—¿Aún no habéis bebido bastante? —protestó la madre de Marta—. Ya lleváis catorce botellas desde ayer a las nueve...

—¿Estáis aquí desde las nueve de la mañana? —preguntó Corentin a Violeta.

—No, disculpad. Desde anoche no me muevo de aquí, y no he conseguido nada: cuanto más me hace beber, más aumenta el precio de sus tierras.

—En los tratos, quien empina el codo hace alzar el precio —afirmó Corentin.

Una docena de botellas vacías, alineadas a un extremo de la mesa, confirmaban las palabras de la vieja. En aquel momento, el gendarme hizo una seña desde fuera a Corentin y le dijo al oído, cuando ambos estuvieron en el umbral:

—No hay ningún caballo en el establo.

—Habéis enviado a vuestro hijo con el caballo al pueblo —dijo Corentin volviendo a entrar—. No puede tardar en regresar.

—No, señor —repuso Marta—, ha ido a pie.

—Bien, ¿y qué habéis hecho de vuestro caballo?

—Lo he prestado —respondió Michu en tono seco.

—Acercaos, buen apóstol —dijo Corentin dirigiéndose al administrador—. Tengo que deciros dos palabras al oído.

Corentin y Michu salieron.

—La carabina que ayer estabais cargando, a las cuatro, debía servir para matar al consejero de Estado... Grévin, el notario, os vio, pero no podemos detenemos por eso: hay demasiada intención y pocos testigos. Habéis adormecido a Violeta, no sé cómo, y vos, vuestra mujer y vuestro chiquillo, habéis pasado la noche fuera para prevenir a la señorita de Cinq-Cygne de nuestra llegada y hacer que se salvaran sus primos, que habéis traído aquí, aún no sé adónde. Vuestro hijo o vuestra mujer tiraron por el suelo al brigadier, de manera bastante ingeniosa. En fin, nos habéis ganado. Sois un individuo muy listo. Pero aún no está dicho todo y nosotros no seremos los últimos. ¿No queréis transigir? Vuestros señores saldrían ganando.

—Venid por aquí, hablaremos sin que puedan oírnos —replicó Michu, llevándose al polizante por el parque hasta el estanque.

Cuando Corentin vio aquella extensión líquida, miró fijamente a Michu, quien sin duda contaba con su fuerza para tirar a aquel hombre a siete pies de limo bajo tres pies de agua. Michu contestó con una mirada no menos fija. Fue como si una boa viscosa y fría desafiase a uno de esos rojizos y salvajes jaguares del Brasil.

—No tengo sed —respondió el petimetre, quedándose al borde de la pradera y metiendo la mano en el bolsillo para empuñar su pequeño puñal.

—No podemos entendernos —dijo Michu fríamente.

—Sed prudente, amigo; la justicia no os quita el ojo de encima.

—Si no ve más claro que vos, todo el mundo está en peligro —contestó el administrador.

—¿Os negáis? —preguntó Corentin con tono expresivo.

—¡Preferiría que me cortasen cien veces la cabeza, si fuese posible cortar cien veces la cabeza a un hombre, que entenderme con un granuja como tú!

Corentin volvió a subir con presteza al coche después de mirar de arriba abajo a Michu, al pabellón y a *Couraut*, que le ladraba.

Dio algunas órdenes al pasar por Troyes y volvió a París. Todas las brigadas de gendarmería recibieron consignas e instrucciones secretas.

Durante los meses de diciembre, enero y febrero, se efectuaron activas e incesantes pesquisas hasta en las aldeas más remotas. Se escucharon las conversaciones sostenidas en todas las tabernas. Corentin se enteró de tres cosas importantes: un caballo parecido al de Michu se encontró muerto en los alrededores de Lagny. Los cinco caballos enterrados en el bosque de Nodesme fueron vendidos, a

quinientos francos por cabeza, por colonos y molineros, a un hombre que, según las señas facilitadas, debía ser Michu. Cuando se promulgó la ley sobre los encubridores y cómplices de Georges, Corentin limitó su vigilancia al bosque de Nodesme. Después, cuando fueron detenidos Moreau, los realistas y Pichegru, no se vieron más forasteros por la región. Michu perdió entonces su empleo; el notario de Arcis le trajo la carta por la que el consejero de Estado, que ya era senador, encargaba a Grévin que pidiera cuentas al administrador y lo despidiese. En tres días, Michu se hizo dar un finiquito en debida forma, y quedó libre. Con gran sorpresa de todas las gentes de la comarca, se fue a vivir a Cinq-Cygne, donde Lorenza le hizo colono de todas las reservas del castillo. El día de su toma de posesión coincidió fatalmente con la ejecución del duque de Enghien. Casi toda Francia se enteró a la vez de la detención, el inicio, la condena y la muerte del príncipe, terribles represalias que procedieron al proceso de Polignac, Rivière y Moreau.

II

CORENTIN SE TOMA EL DESQUITE

En espera de que se construyese la alquería destinada a Michu, el falso Judas se alojó en las dependencias situadas encima de las caballerizas, al lado de la famosa brecha. Michu se procuró dos caballos, uno para él y otro para su hijo, pues ambos se unieron a Gotardo para acompañar a la señorita de Cinq-Cygne en todos sus paseos, que tenían por finalidad, como el lector habrá adivinado, llevar alimentos a los cuatro hidalgos y procurar que no les faltase nada. Francisco y Gotardo, ayudados por *Couraut* y los perros de la condesa, vigilaban los alrededores del escondrijo para cerciorarse de que no había nadie por las cercanías. Lorenza y Michu transportaban los víveres preparados por Marta, su madre y Catalina a escondidas del servicio, a fin de guardar el secreto, y que ninguno ponía en duda la existencia de espías en el poblado. Asimismo obedeciendo los dictados de la prudencia, aquella expedición únicamente se efectuaba dos veces por semana y siempre a horas diferentes, unas veces de día, otras de noche.

Estas precauciones duraron tanto como el proceso de Rivière, Polignac y Moreau. Cuando el senado-consulta, que llamaba al Imperio a la familia Bonaparte y nombraba a Napoleón emperador, fue sometido a la aceptación del pueblo francés, el señor de Hauteserre firmó en el registro presentado por Goulard. Se supo, por último, que el Papa coronaría a Napoleón. La señorita de Cinq-Cygne no se opuso entonces a que los dos jóvenes de Hauteserre y sus primos elevasen una solicitud pidiendo ser borrados de la lista de los emigrados y que se les permitiese adquirir nuevamente sus derechos de ciudadanos. El viejo corrió en seguida a París y fue a ver al antiguo marqués de Chargeboeuf, que conocía al señor de Talleyrand. Este ministro, que entonces gozaba del favor de Napoleón, hizo llegar la petición a manos de Josefina, y ésta la entregó a su marido, al que llamaban ya emperador, majestad y sire, antes de conocer el resultado del escrutinio popular. El señor de Chargeboeuf, el señor de Hauteserre y el abate Goujet, que también se desplazó a París, consiguieron una audiencia de Talleyrand, y este ministro les prometió su apoyo. Napoleón ya había indultado a los principales actores de la gran conspiración realista dirigida contra él, pero aunque los cuatro hidalgos no pasaban de ser simples sospechosos, al salir de una sesión del consejo de Estado, el emperador convocó a su gabinete al senador Malin, a Fouché, Talleyrand, Cambacérès, Lebrun y Dubois, el prefecto de policía.

—Señores —dijo el futuro emperador, que aún conservaba su traje de primer cónsul—, hemos recibido una solicitud de los señores de Simeuse y de Hauteserre, oficiales del ejército del príncipe de Condé, para que se les autorice regresar a Francia.

—Ya están en ella —contestó Fouché.

—Como otros mil que yo he visto en París —observó Talleyrand.

—No creo que a éstos los hayáis visto —replicó Malin—, pues están ocultos en el bosque de Nodemes, donde se consideran en su casa.

Se guardó muy bien de decir al primer cónsul y a Fouché las palabras que le salvaron la vida, pero, apoyándose en los informes de Corentin, convenció al consejo de la participación de los cuatro nobles en el complot de los señores de Rivière y Polignac, señalando a Michu como cómplice. El prefecto de policía confirmó las afirmaciones del senador.

—¿Cómo supo ese administrador que había sido descubierta la conspiración, si los únicos que entonces estábamos en el secreto éramos el emperador, su consejo y yo? —preguntó el prefecto de policía.

Nadie prestó atención a la observación de Dubois.

—¡Si están escondidos en un bosque y vos no los habéis hallado en siete meses —dijo el emperador a Fouché—, bien han expiado sus yerros!

—Basta que sean mis enemigos —dijo Malin, asustado ante la perspicacia del prefecto de policía—, para que imite la conducta de Vuestra Majestad. Así, pues, solicito su indulto y me constituyo en su abogado.

—Serán menos peligrosos para vos en Francia que emigrados, ya que, de esta forma, habrán prestado juramento a las constituciones del Imperio y a las leyes —observó Fouché, mirando fijamente a Malin.

—¿En qué amenazan al señor senador? —preguntó Napoleón.

Talleyrand sostuvo una breve conversación en voz baja con el emperador. El indulto y la reintegración de los señores de Simeuse y de Hauterive parecieron entonces, concedidos.

—Sire —afirmó Fouché—, aún oiréis hablar de esa gente.

Talleyrand, a petición del duque de Grandlieu, acababa de dar en nombre de aquellos caballeros su palabra de gentilhomme, palabra que ejercía gran seducción sobre Napoleón, de que nada intentarían contra el emperador, y de que se sometían sin abrigar segundas intenciones.

—Los señores de Hauterive y de Simeuse no quieren guerrear más contra Francia después de los últimos acontecimientos. Simpatizan poco con el gobierno imperial, y son de esas personas que vuestra Majestad tendrá que conquistar, pero se contentarán con vivir en suelo francés acatando las leyes —aseguró el ministro.

Después puso ante los ojos del emperador una carta que había recibido, expresando estos sentimientos.

—Quien habla con tal franqueza debe ser sincero —dijo el emperador mirando a Lebrun y Cabacérés—. ¿Tenéis todavía alguna objeción que hacer? —preguntó a Fouché.

—En el propio interés de Vuestra Majestad —respondió el futuro ministro de la policía general—, pido que se me conceda la misión de transmitir su indulto a esos señores, *cuando se conceda definitivamente* —añadió en voz alta.

—Sea —dijo Napoleón, al hallar que el semblante de Fouché expresaba

preocupación.

Se levantó la sesión del pequeño consejo sin que aquel asunto pareciese resuelto, pero tuvo por resultado poner en el recuerdo de Napoleón una nota de vida sobre los cuatro jóvenes nobles. El señor de Hauteserre, seguro del éxito, escribió una carta en la que anunciaba esta buena noticia. Por lo tanto, los moradores de Cinq-Cygne no se sorprendieron al ver a Goulard, pocos días después, yendo a comunicar a la señora de Hauteserre y a Lorenza que enviasen a los cuatro hidalgos a Troyes, donde el prefecto les entregaría la resolución devolviéndoles todos sus derechos, después de que prestasen juramento y manifestasen su adhesión a las leyes del Imperio. Lorenza respondió al alcalde que haría avisar a sus primos y a los señores de Hauteserre.

—Así, pues, ¿no están aquí? —preguntó Goulard.

La señora de Hauteserre miró con angustia a la joven, que dejó al alcalde para ir a consultar a Michu. Éste no vio ningún inconveniente en entregar inmediatamente a los emigrados. Por consiguiente, Lorenza, Michu, el hijo de éste y Gotardo partieron a caballo hacia el bosque, llevándose un caballo de más, puesto que la condesa debía acompañar a los cuatro hidalgos a Troyes y regresar con ellos. Los servidores, al enterarse de esta buena noticia, se agolparon a la puerta del castillo para ver partir la jubilosa cabalgata. Los cuatro jóvenes salieron de su escondrijo, montaron a caballo sin ser vistos y tomaron el camino de Troyes, acompañados por la señorita de Cinq-Cygne. Michu, ayudado por su hijo Gotardo, volvió a cerrar la entrada del subterráneo, y los tres regresaron a pie. Por el camino, Michu se acordó de que, olvidados en la cueva, quedaban los cubiertos y el cubilete de plata que utilizaron sus señores, y regresó allí solo. Al llegar al borde de la charca, oyó voces en el subterráneo y fue directamente a la entrada del mismo a través de la maleza.

—Venís sin duda a buscar vuestros cubiertos de plata, ¿no es eso? —le dijo Peyrade sonriendo y mostrando su gruesa nariz bermeja entre el follaje.

Sin saber por qué, pues al fin y al cabo los jóvenes ya estaban salvados, Michu sintió dolor en todas sus articulaciones, tan viva fue la aprensión vaga, indefinida, como producida por la inminencia de una desgracia; sin embargo, avanzó y encontró a Corentin en la escalera, con una rata de bodega en la mano.

—No somos malos —dijo a Michu—, pues hubiéramos podido pescaros hace una semana, pero sabíamos que vuestros hidalgos estaban indultados... ¡Sois un mozo muy listo! Nos habéis dado demasiados quebraderos de cabeza para que no quisiéramos al menos satisfacer nuestra curiosidad.

—¡Daría cualquier cosa —exclamó Michu—, por saber cómo y por quien hemos sido vendidos!

—Si eso os intriga tanto, amiguito —replicó Peyrade sonriendo—, mirad las herraduras de vuestro caballo, y veréis que os habéis traicionado vos mismo.

—No os guardo ningún rencor —dijo Corentin, haciendo una seña al capitán de los gendarmes para que se acercase con los caballos.

—¡Ese miserable obrero parisién que herraba tan bien los caballos a la inglesa y

que se ha ido de Cinq-Cygne era uno de ellos! —exclamó Michu—. Les ha bastado reconocer el terreno cuando estaba húmedo y hacer seguir las huellas de nuestros caballos herrados con algunas señales por uno de los suyos disfrazado de leñador o cazador furtivo. Estamos en paz.

Michu pronto se consoló al pensar que el descubrimiento del escondrijo ya no era peligroso, toda vez que los hidalgos volvían a ser franceses y habían recobrado su libertad. Sin embargo, tenía razón en sus presentimientos. La Policía y los jesuitas tienen la virtud de no abandonar jamás a sus enemigos ni a sus amigos.

A su regreso de París, el viejo de Hauteserre se quedó muy sorprendido de no haber sido el primero en dar la buena noticia. Durieu preparó una opípara cena. Todos vistieron sus mejores ropas en el castillo, y esperaban con impaciencia a los proscritos, que se presentaron alrededor de las cuatro, alegres y humillados a la vez, pues estarían sometidos a libertad vigilada durante dos años, teniendo que presentarse todos los meses en la prefectura, y estando obligados a vivir durante aquellos dos años en la comuna de Cinq-Cygne.

—Os enviaré el registro para que lo firméis —les dijo el prefecto—. Luego, transcurridos algunos meses, podréis solicitar la supresión de estas condiciones, impuestas, por lo demás, a todos los cómplices de Pichegru. Yo apoyaré vuestra demanda.

Estas restricciones, bastante merecidas, entristecieron un poco a los jóvenes. Lorenza se echó a reír.

—El emperador de los franceses —dijo— es un hombre bastante mal educado, que aún no está acostumbrado a perdonar.

Los hidalgos encontraron ante la verja a todos los habitantes del castillo y en el camino a muchos de los moradores de la aldea, que habían acudido a ver a aquellos jóvenes, cuyas aventuras les hicieron famosos en el departamento. La señora de Hauteserre dio un abrazo larguísimo a sus hijos y mostró un rostro cubierto de lágrimas; incapaz de articular palabra, permaneció muy emocionada, pero feliz, durante una parte de la velada.

Cuando los gemelos de Simeuse aparecieron y desmontaron del caballo, se oyó un grito general de sorpresa causado por su asombroso parecido: tenían la misma mirada, la misma voz, las mismas facciones. Ambos hicieron el mismo gesto al levantarse sobre la silla, al pasar la pierna por encima de la grupa del caballo para descabalar y al soltar las riendas con idéntico movimiento. Su atavío, que era exactamente igual, contribuía aún más a tomarlos por unos auténticos Menecmos. Llevaban botas a la Suvorov con vueltas sobre el tobillo, pantalones ajustados de piel blanca, chaquetones de caza verde con botones de metal, corbata negra y guantes de gamo. Aquellos dos jóvenes, que entonces tenían treinta y un años, eran, según expresión de la época, unos gallardos caballeros. De talla media, más bien pequeña, tenían los ojos vivos, adornados con largas pestañas y nadando en un fluido, como los de los niños; cabellos negros; una hermosa frente y una tez de una blancura olivácea.

Su voz, dulce como la de las mujeres, surgía graciosamente de unos bellos labios rojos. Sus modales, más elegantes y corteses que los de los hidalgos provincianos revelaban que su conocimiento de los hombres y las cosas les había infundido aquella segunda educación, más preciosa aún que la primera, mediante la cual los hombres se convierten en cumplidos caballeros. Gracias a Michu, no les faltó dinero durante su emigración y pudieron viajar y ser bien acogidos en las cortes extranjeras. El viejo hidalgo y el abate los encontraron un poco altivos, pero, en su situación, tal vez aquello fuese el efecto de un hermoso carácter. Poseían las eminentes menudencias de una educación esmerada y mostraban una gran destreza y superioridad en todos los ejercicios corporales. Las únicas diferencias que podían distinguirlos se encontraban en el terreno de las ideas. El menor resultaba tan encantador por su alegría como el mayor por su melancolía, pero aquel contraste, puramente moral, sólo podía distinguirse después de una larga intimidad.

—¡Ah! Hija mía —dijo Michu al oído de Marta—, ¿cómo es posible no sentir devoción por esos dos buenos mozos?

Marta, que admiraba, como mujer y como madre, a los gemelos, hizo un gracioso signo afirmativo a su marido, estrechándole la mano. Los servidores recibieron permiso para abrazar a sus nuevos señores.

En los siete meses de reclusión voluntaria a que estuvieron sometidos los cuatro jóvenes, cometieron varias veces la imprudencia, bastante necesaria, de dar algunos paseos, vigilados, naturalmente, por Michu, su hijo y Gotardo. Durante aquellos paseos, realizados en noches radiantes, Lorenza, uniendo al presente el pasado de su vida común, había sentido la imposibilidad de escoger entre ambos hermanos. Un amor igual y puro por los mellizos, dividía su corazón. Creía tener dos corazones. Por su parte, los dos Pablos no se atrevieron a hablarse de su inminente rivalidad. Quizás los tres lo habían puesto todo en manos del Hado. El estado de espíritu en que se hallaba Lorenza ejerció, sin duda, su efecto sobre ella, pues, tras una momentánea y visible vacilación, dio el brazo a los dos hermanos para entrar en el salón, seguida por los señores de Hauteserre, que iban hablando con sus hijos. En aquel momento, todos los servidores gritaron:

—¡Viva los Cinq-Cygne y los Simeuse!

Lorenza se volvió, sin separarse de los dos hermanos, e hizo un ademán encantador para darles las gracias.

Cuando las nueve personas se observaron, pues en todas las reuniones, incluso en el corazón de la familia, llega siempre un momento en que todos observan, después de una larga ausencia, a la primera mirada que Adriano de Hauteserre dirigió a Lorenza, sorprendida por su madre, y por el abate Goujet, les pareció que aquel joven amaba a la condesa. Adriano, el menor de los de Hauteserre, tenía un alma tierna y dulce. Su corazón seguía siendo adolescente, pese a las catástrofes que acababan de poner a prueba al hombre. Semejante en esto a muchos militares, en quienes el continuo peligro deja el alma virgen, se sentía oprimido por las hermosas timideces

de la juventud. Por lo tanto, era completamente distinto a su hermano, hombre de aspecto brutal, gran cazador, militar intrépido, lleno de resolución, pero material y sin agilidad intelectual, como también sin delicadeza en las cosas del corazón. Aquél era todo alma, éste todo acción; sin embargo, ambos poseían, en el mismo grado, el honor que basta a la vida de los nobles. Moreno, pequeño, delgado y enjuto, Adriano de Hauteserre aparentaba, sin embargo, una enorme fuerza; mientras que su hermano, de elevada estatura, pálido y rubio, parecía débil. Adriano, de temperamento nervioso, poseía un alma fuerte; Roberto, aunque linfático, se complacía demostrando su fuerza puramente corporal. Las familias ofrecen estos curiosos contrastes, cuyas causas pudieran tener interés, pero que aquí sólo podemos mencionar para explicar por qué Adriano no debía encontrar un rival en su hermano. Roberto sentía por Lorenza el afecto de un pariente y el respeto de un noble por una doncella de su casta. Por lo que respecta a los sentimientos, el primogénito de los de Hauteserre pertenecía a esa clase de hombres que consideran a la mujer dependiente del hombre, limitando a lo físico su derecho de maternidad, deseándole toda clase de perfecciones y sin tenerle ninguna consideración. Según estos hombres, admitir a la mujer en la sociedad, en la política y en la familia, es un trastorno social. Hoy estamos tan lejos de esta vieja opinión de los pueblos primitivos, que casi todas las mujeres, incluso aquellas que no quieren la libertad funesta ofrecida por las nuevas sectas, tal vez se sorprenderán, pero Roberto de Hauteserre pensaba así, por desgracia. Roberto era un hombre de la Edad Media y su hermano menor era un hombre actual. Estas diferencias, en vez de ahogar el afecto, hicieron, por el contrario, que aumentase entre los dos hermanos. El cura, la señorita Goujet y la señora de Hauteserre captaron y apreciaron estos matices a partir de la primera noche y, mientras hacían su partida de *boston*, previeron ya dificultades para el futuro.

A sus veintitrés años, después de las reflexiones inspiradas por la soledad y las angustias de una vasta empresa frustrada, Lorenza, que volvía a ser mujer, experimentaba una inmensa necesidad de afecto; desplegó todas las gracias de su espíritu, estando encantadora. Reveló los encantos de su ternura con la ingenuidad de una niña de quince años. Durante aquellos últimos trece años, Lorenza únicamente fue mujer por el sufrimiento, y quiso resarcirse, de suerte que se mostró tan amable y coqueta como hasta entonces había sido grande y fuerte. Los cuatro ancianos, que fueron los últimos en abandonar el salón, no ocultaron la inquietud que les producía la nueva actitud de aquella encantadora niña. ¡Qué fuerza no tendría la pasión en una joven de aquel carácter y de aquella nobleza! Los dos hermanos amaban igualmente a la misma mujer, con ciega ternura: ¿a cuál de los dos elegiría Lorenza? Elegir a uno, ¿no equivalía a matar al otro?

Condesa por derecho propio, aportaba a su marido un título y bellos privilegios, junto con rancios pergaminos; quizás al pensar en estas ventajas, el marqués de Simeuse se sacrificaría para lograr que Lorenza se casase con su hermano, que, según las leyes antiguas, era pobre y sin títulos. ¿Pero querría el menor privar a su hermano

de una felicidad tan grande como sería la de tener a Lorenza por esposa? Desde lejos, aquel combate amoroso presentó pocos inconvenientes, y además, mientras ambos hermanos corrieron peligro, el azar de los combates podía resolver esta dificultad. ¿Pero qué sería cuando se encontrasen? Cuando María Pablo y Pablo María, llegados ambos a la edad en que las pasiones reinan con toda su fuerza, compartiesen las miradas, las expresiones, las atenciones y las palabras de su prima, ¿no surgirían entre ellos unos celos cuyas consecuencias podían ser horribles? ¿Qué sería de la bella existencia, igual y simultánea, de los gemelos? A estas suposiciones, aventuradas por los contertulios durante la última partida de *boston*, la señora de Hauteserre respondió que ella no creía que Lorenza se casase con uno de sus primos. La anciana señora experimentó en aquella velada uno de esos presentimientos inexplicables, que constituyen un secreto entre las madres y Dios. Lorenza, en su fuero interno, no estaba menos asustada de verse cara a cara con sus primos. Al drama animado de la conspiración, a los peligros que corrieron los dos hermanos, a las desdichas de la emigración, sucedía un drama en el que ella nunca había pensado. Aquella noble doncella no podía recurrir a la solución violenta de no casarse con ninguno de los gemelos, era demasiado honrada para casarse alimentando una pasión irresistible en el fondo de su corazón. Permanecer virgen, cansar a sus dos primos sin decidirse por ninguno y tomar por marido al que le fuese fiel a pesar de sus caprichos, fue una decisión más entrevista que buscada. A punto de dormirse, pensó que lo más prudente era dejarlo todo al azar. El azar es, en amor, la providencia de las mujeres.

A la mañana siguiente, Michu partió hacia París, de donde regresó pocos días después con cuatro hermosos corceles para sus nuevos señores. Dentro de seis semanas empezaba la temporada de caza y la joven condesa pensó con mucha discreción que las violentas distracciones de aquel ejercicio serían una ayuda contra las dificultades planteadas por la intimidad en el castillo.

Todo empezó con un efecto imprevisto, que sorprendió a los testigos de aquellos extraños amores, despertando su admiración. Sin obedecer a ningún acuerdo previo, los dos hermanos rivalizaron en colmar de atenciones y cuidados a su prima, encontrando en ello un placer espiritual que parecía bastarles. Entre ellos y Lorenza, la vida era tan fraternal como entre los dos hermanos. Nada más natural. Después de tan larga ausencia, sentía necesidad de estudiar a su prima, de conocerla bien y de hacerse conocer por ella, dejándola en libertad de elegir, sostenidos en aquella prueba por el mutuo afecto que hacía una sola vida de su doble existencia.

El amor, lo mismo que la maternidad, no sabe distinguir entre ambos hermanos, Lorenza se vio obligada, para reconocerlos y no equivocarse, a darles corbatas diferentes, una blanca, al primogénito, una negra, al hermano menor. Sin aquel perfecto parecido, sin aquella identidad de vida que engañaba a propios y extraños, semejante situación podría parecer justamente imposible. Únicamente se explica por su propia existencia una de aquéllas en las que hay que ver para creer, y, cuando se ha visto, el ánimo se siente más embarazado para dar una explicación que antes lo estaba

para creerlo. Cuando Lorenza hablaba, su voz resonaba de la misma manera en dos corazones igualmente amantes y fieles. Cuando expresaba una idea ingeniosa, agradable o bella, su mirada descubría el placer experimentado por dos miradas que la seguían en todos sus movimientos, interpretando sus menores deseos y sonriéndole siempre con nuevas expresiones, alegres en uno, tiernamente melancólicas en el otro. Cuando se trataba de su enamorada, los dos hermanos tenían aquellas admirables corazonadas que armonizaban con la acción y que, según el abate Goujet, rayaban en lo sublime. Así, era frecuente que si era preciso ir a buscar algo, si se trataba de una de esas pequeñas atenciones que los hombres gustan tanto de prodigar a la mujer amada, el primogénito dejaba el placer de hacerlo al hermano menor, dirigiendo a su prima una mirada a la vez altiva y conmovedora. El menor pagaba con orgullo aquella especie de deuda. Aquel combate de nobleza, realizado por unos sentimientos en que el hombre llega hasta la celosa ferocidad del animal, confundían todas las ideas de las personas de edad que lo contemplaban.

Aquellos detalles insignificantes hacían, frecuentemente, brotar las lágrimas en los ojos de la condesa. Una sola sensación, pero que puede ser inmensa en algunos organismos privilegiados, podrá dar una idea de las emociones de Lorenza: se comprenderá pensando en la concordancia perfecta de dos bellas voces, como las de la Sontag y de la Malibran, en un dúo armonioso, o en el completo unísono de dos instrumentos manejados por ejecutantes geniales, y cuyos sonidos melodiosos penetran en el alma como los suspiros de un solo ser apasionado.

A veces, al ver que el marqués de Simeuse hundido en un sillón, dirigía una mirada profunda y melancólica a su hermano, que hablaba y reía con Lorenza, el cura le creía capaz de realizar un inmenso sacrificio, pero no tardaba en sorprender en sus ojos los destellos de la pasión invencible. Cada vez que uno de los gemelos se encontraba a solas con Lorenza, podía creerse amado en exclusiva.

—Entonces me parece como si no fuesen más que uno —decía la condesa al abate Goujet, que la interrogaba sobre el estado de su corazón.

El sacerdote comprendió la carencia absoluta de coquetería. La verdad era que Lorenza no se creía amada por dos hombres.

—Pero, mi querida pequeña —le dijo una noche la señora de Hauteserre, cuyo hijo languidecía, en silencio, de amor por Lorenza—. ¡Tienes que escoger!

—Dejadnos ser felices —le respondió ella—. ¡Dios nos salvará de nosotros mismos!

Adriano de Hauteserre ocultaba en el fondo de su corazón unos celos devoradores y guardaba el secreto de sus torturas, comprendiendo que tenía muy pocas esperanzas. Se contentaba con la dicha de ver a aquella joven encantadora que, durante los pocos meses que duró aquella lucha, brilló en todo su esplendor. Lorenza, en efecto, al volverse coqueta, prodigó a su persona todos los cuidados propios de las mujeres amadas. Seguía las modas y corrió más de una vez a París para parecer más bella con trapos o cualquier otra novedad. Finalmente, para dar a sus primos los más

pequeños placeres del hogar, de los que se habían visto privados durante tanto tiempo, convirtió su castillo, pese a las protestas de su tutor, en la morada más cómoda y acogedora de toda la Champaña.

Roberto de Hauteserre no comprendía nada de aquel drama cómico. No se daba cuenta del amor de su hermano por Lorenza. En cuanto a la joven, le gustaba burlarse de su coquetería, pues confundía el deseo de agradar con aquel detestable defecto, igual que se equivocaba en sus juicios sobre el sentimiento, el gusto y la cultura. Así, cuando el hombre de la Edad Media se ponía en escena, Lorenza no tardaba en convertirlo, sin que él se apercibiese, en el *bobo* del drama; provocaba la hilaridad de sus primos discutiendo con Roberto y llevándolo paso a paso hacia los lodazales donde se hunden la estupidez y la ignorancia. Se mostraba sublime en estas burlas ingeniosas, que, para ser perfectas, tienen que dejar satisfecha a su víctima.

Sin embargo, por grosera que fuese su naturaleza, Roberto, durante aquella hermosa temporada, la única época feliz que conocerían aquellos tres seres encantadores, no se interpuso jamás entre los Simeuse y Lorenza con una expresión viril, que quizás hubiera decidido la cuestión. Le impresionó la sinceridad de los dos hermanos. Roberto adivinó sin duda el temor que podía sentir una mujer de conceder a uno pruebas de ternura que el otro no hubiese recibido o que le hubiesen apenado; adivinó también que uno de los hermanos estaba contento viendo al otro dichoso, a pesar del gran sufrimiento que seguramente experimentaba en el fondo de su corazón. Aquel respeto de Roberto explica admirablemente esta situación, que ciertamente hubiera obtenido privilegios en las épocas de fe en que el Soberano Pontífice tenía el poder de intervenir para cortar el nudo gordiano de esos raros fenómenos, próximos a los misterios más impenetrables. La Revolución había vuelto a bañar aquellos corazones en la fe católica; así, la religión hacía más terrible aún aquella crisis, pues la grandeza del alma aumenta la grandeza de las situaciones. Por ello, ni los señores de Hauteserre, ni el cura, ni su hermana esperaban nada vulgar de los dos hermanos o de Lorenza.

Aquel drama, mantenido misteriosamente oculto en los límites de la familia, en la que todos lo observaban en silencio, tuvo un curso muy rápido y lento a la vez; traía aparejados tantos goces inesperados, tantos pequeños combates, tantas preferencias desengañadas, esperanzas anuladas, esperas crueles, tantas explicaciones aplazadas y declaraciones mudas, que los habitantes de Cinq-Cygne no hicieron el menor caso a la coronación de Napoleón como emperador. Por otra parte, aquellas pasiones buscaban a veces una tregua tratando de hallar una distracción violenta en los placeres de la caza, que, al fatigar excesivamente el cuerpo, quitan al alma las ocasiones de viajar por las estepas tan peligrosas del ensueño. Ni Lorenza ni sus primos pensaban en estos asuntos, ya que cada nuevo día tenía para ellos un interés palpitante.

—En verdad —dijo una noche la señorita Goujet—, que no sabría decir quién es el que ama más de todos estos amantes...

Adriano, que se encontraba solo en el salón con los cuatro jugadores de *boston*, alzó la mirada hacia ellos y palideció. Desde hacía algunos días, su vida sólo estaba sostenida por el placer de ver a Lorenza y de oírla hablar.

—Yo creo —dijo el cura— que la condesa, en su calidad de mujer, ama con mucho más abandono.

Lorenza, los dos hermanos y Roberto volvieron pocos instantes después. Los periódicos acababan de llegar. Al ver la ineficacia de las conspiraciones tramadas en el interior, Inglaterra armaba a Europa contra Francia. El desastre de Trafalgar desbarató uno de los planes más extraordinarios concebidos por el genio humano, gracias al cual el emperador hubiera pagado a Francia su elección arruinando al poderío inglés. En aquellos momentos, el campamento de Boulogne se había alzado. Napoleón, cuyos soldados eran inferiores en número, como siempre, iba a presentar batalla a Europa en unos campos donde aún no había aparecido. El mundo entero se preguntaba cuál sería el desenlace de aquella campaña.

—¡Oh! Esta vez sucumbirá —dijo Roberto al acabar la lectura del periódico.

—Tiene contra él todas las fuerzas de Austria y de Rusia —observó María Pablo.

—Nunca ha maniobrado en Alemania —añadió Pablo María.

—¿De quién habláis? —preguntó Lorenza.

—Del emperador —respondieron los tres hidalgos.

Lorenza dirigió a sus dos enamorados una mirada desdeñosa que los humilló, pero que encantó a Adriano. El desdeñado hizo un gesto de admiración, dirigiendo una mirada de orgullo a Lorenza, en la que le decía que sólo pensaba en ella.

—Ya lo veis, el amor le hace olvidar su odio —dijo el abate Goujet en voz baja.

Aquél fue el primero, el último, el único reproche en que incurrieron los dos hermanos, pero en ese momento se encontraron inferiores en amor a su prima, que la primera noticia que tuvo de la sorprendente victoria de Austerlitz, fue dos meses después gracias a una discusión que el viejo Hauteserre sostuvo con sus dos hijos. Fiel a su plan, el buen hombre quería que sus vástagos solicitasen su ingreso en el ejército; sin duda los admitirían por su graduación, y aún podrían hacer una hermosa carrera militar. El partido del realismo puro era el que se había convertido en el más fuerte en Cinq-Cygne. Los cuatro hidalgos y Lorenza se burlaron del prudente anciano, que parecía husmear las desgracias futuras. Quizá la prudencia, más que una virtud, sea el ejercicio de un *sentido* del espíritu, si es posible acoplar estas dos palabras; pero sin duda llegará día en que los fisiólogos y los filósofos admitirán que los sentidos son, en cierto modo, el envoltorio de una acción viva y penetrante que procede del espíritu.

Cuando se concluyó la paz entre Francia y Austria, a fines del mes de febrero de 1806, un pariente, que con motivo de la solicitud de indulto ayudó a los señores de Simeuse y más tarde había de darles grandes pruebas de adhesión, el antiguo marqués de Chargeboeuf, cuyas tierras se extienden desde Seine-et-Marne al Aube, llegó de su heredad a Cinq-Cygne en una especie de calesa que, en aquella época, se llamaba, en

son de mofa, un caramelo. Cuando aquel pobre coche desembocó en el patio enlosado, los moradores del castillo, que estaban almorzando, no tuvieron un acceso de risa, pero, reconociendo la cabeza calva del anciano, asomada entre las cortinillas de cuero del caramelo, el señor de Hauteserre se dio a conocer, y todos se levantaron para ir al encuentro del jefe de la casa de Chargeboeuf.

—Hemos cometido la equivocación de dejarnos avisar —dijo el marqués de Simeuse a su hermano y a los Hauteserre—, ahora tenemos que ir a darle las gracias.

Un doméstico, vestido de labriego, que conducía desde lo alto de un asiento adosado a la caja del coche, introdujo su látigo de carretero en un tubo de cuero basto y fue a ayudar al marqués al apearse, pero Adriano y el menor de los Simeuse se lo impidieron y, abriendo la portezuela, cerrada con botones de cobre, hicieron salir al viejo, a pesar de sus protestas. El marqués tenía la pretensión de que su caramelo amarillo, con portezuelas de cuero, era un coche excelente y cómodo. El cochero, ayudado por Gotardo, ya desenganchaba los dos buenos caballos de grupa reluciente, y que sin duda servían tanto para las labores agrícolas como para el coche.

—¿Con este frío? ¡Sois un guerrero de los antiguos tiempos! —dijo Lorenza a su anciano pariente, tomándole por el brazo y conduciéndolo al salón.

—¿No sois vos quien tiene que ir a ver a un viejo achacoso como yo? —dijo ladinamente, dirigiendo así un reproche a sus jóvenes parientes.

¿Qué le traerá por aquí?, se preguntó el buen Hauteserre.

El señor de Chargeboeuf, pulcro anciano de sesenta y siete años, con calzones pálidos, piernecitas frágiles, enfundadas en unas medias de chiné, usaba peluca empolvada y aladares. Su traje de cazador, de paño verde con botones de oro, estaba adornado con cordones de oro. Su chaleco blanco producía un efecto deslumbrador, con sus enormes bordados de oro. Este atavío, cuya moda se mantenía entre los viejos, sentaba admirablemente a su rostro, bastante parecido al del gran Federico de Prusia. No se calaba nunca el tricornio, a fin de no destruir el efecto de la media luna dibujada sobre su cráneo por una capa de polvos. Se apoyaba con la mano derecha en un bastón de empuñadura curva sujetando a la vez el bastón y el sombrero con un gesto digno de Luis XIV. El noble anciano se despojó de un abrigo acolchado de seda y tomó asiento en un mullido sillón, conservando entre las piernas el tricornio y el bastón, en una pose cuyo secreto se llevaron a la tumba los ladinos cortesanos de Luis XV, y que dejaba las manos libres para jugar con la tabaquera, joya siempre preciosa. El marqués, efectivamente, sacó del bolsillo del chaleco, que se cerraba por medio de una guarda bordada con arabescos de oro, una rica tabaquera. Mientras se disponía a tomar rapé y lo ofrecía a los presentes con otro además encantador, acompañado de miradas afectuosas, observó el placer que causaba su visita. Pareció comprender entonces por qué los jóvenes emigrados habían faltado a sus deberes de cortesía hacia él. Parecía como si se dijese: «Cuando se hace el amor, no se hacen visitas».

—¿Os quedaréis con nosotros algunos días? —preguntó Lorenza.

—Imposible —respondió el marqués—. Si no estuviésemos tan separados por los acontecimientos, pues vos habéis franqueado mayores distancias que las que nos separan a unos de otros, sabríais, mi querida niña, que tengo hijas, nueras, nietas y nietos. Toda esa gente se inquietaría si no me viese esta noche, y tengo que hacer aún dieciocho leguas.

—Lleváis buenos caballos —dijo el marqués de Simeuse.

—¡Oh! Vengo de Troyes, donde ayer tenía cosas que hacer.

Después de las preguntas de rigor sobre la familia, la marquesa de Chargeboeuf y sobre todos esos detalles realmente indiferentes hacia los que la cortesía exige que se demuestre un vivo interés, al señor de Hauteserre le pareció que el de Chargeboeuf venía a pedir a sus jóvenes parientes que no cometiesen ninguna imprudencia. Según el viejo marqués, los tiempos habían cambiado mucho y nadie podía saber ya lo que sería del emperador.

—¡Oh! —dijo Lorenza—. Se convertirá en un dios.

El buen anciano habló de hacer concesiones. Cuando le oyó expresar la necesidad de someterse, con mucho mayor aplomo y autoridad que los que él empleaba para exponer sus doctrinas, el señor de Hauteserre miró a sus hijos con expresión casi suplicante.

—¿Vos serviríais a ese hombre? —preguntó el marqués de Simeuse al de Chargeboeuf.

—Así lo haría, si lo requiriese el interés de mi familia.

Por último, el anciano les hizo vislumbrar, aunque vagamente, lejanos peligros, y cuando Lorenza le pidió que se explicase, aconsejó a los cuatro hidalgos que no siguieran cazando y que permanecieran quietos en su casa.

—Consideráis las tierras de Gondreville como si todavía fuesen vuestras —dijo a los señores de Simeuse—, y con eso no hacéis más que reavivar un odio terrible. Veo, por vuestro asombro, que ignoráis que existe muy mala voluntad contra vos en Troyes, donde aún se acuerdan de vuestro valor. Todo el mundo comenta la manera cómo escapasteis a las pesquisas de la policía general del Imperio, unos alabando vuestra acción y los otros considerándoos como los enemigos del emperador. Algunos fanáticos se asombran de la clemencia demostrada por Napoleón. Pero esto no es nada. Burlasteis a unos que se creían más astutos que vosotros, y la gente de baja estofa no perdona jamás. Tarde o temprano, la justicia, que en este departamento depende de vuestro enemigo, el senador Malin, ha colocado por todas partes a sus amigos, incluso entre los oficiales ministeriales, su justicia, pues, sentirá gran satisfacción si logra comprometeros en un mal asunto. Un labriego os buscará pendencia cuando estéis en su campo; vos tendréis las armas cargadas, sois vivos de genio y una desgracia ocurre en un santiamén. En vuestra posición, es preciso tener cien veces razón para no cometer errores. No creáis que os hablo así sin motivo. La policía continúa vigilando el distrito donde vivís y mantiene a un comisario en ese villorrio de Arcis, expresamente, para proteger al senador del Imperio de vuestros

intentos. Tiene miedo de vosotros, y lo dice.

—¡Ese hombre nos calumnia! —exclamó el menor de los Simeuse.

—Yo ya sé que os calumnia... Pero lo importante es lo que cree el público. El senador no olvida que Michu lo tuvo encañonado. Después de vuestro regreso, la condesa ha tomado a Michu a su servicio. Para mucha gente, por lo tanto, y para la mayor parte del público, Malin tiene razón. Ignoráis lo delicada que es la situación de los emigrados frente a los que detentan sus bienes. El prefecto, hombre inteligente, me susurró ayer dos palabras sobre vosotros, que me inquietaron. En fin, no quisiera veros aquí...

Esta respuesta fue acogida con la más profunda estupefacción. María Pablo agitó vivamente la campanilla.

—Gotardo —dijo al muchacho cuando éste acudió—, id a buscar a Michu.

El antiguo administrador de Gondreville no se hizo esperar.

—Michu, amigo mío —dijo el marqués de Simeuse—, ¿es verdad que quisiste matar a Malin?

—Sí, señor marqués, y, cuando vuelva, me pondré al acecho y...

—¿Sabías que sospechan de nosotros como instigadores del crimen y que nuestra prima, al tomarte como colono, se la acusa de estar al corriente de tus planes?

—¡Bondad divina! —exclamó Michu—. ¿Estoy maldito, pues? ¿No podré libraros nunca de Malin?

—No, amigo mío, no —replicó Pablo María—. Será necesario que abandones la región y nuestro servicio; pero velaremos por ti y te pondremos en situación de aumentar tu fortuna. Vende todo cuanto posees aquí, realiza tus fondos y te enviaremos a Trieste, a casa de un amigo nuestro que posee amplias relaciones y que te empleará con gran utilidad y provecho, hasta que todo marche aquí mejor para todos nosotros.

Afluyeron las lágrimas a los ojos de Michu, que permaneció clavado en el suelo.

—¿Había testigos cuando te emboscaste para disparar contra Malin? —preguntó el marqués de Chargeboeuf.

—El notario Grévin hablaba con él. ¡Su presencia me impidió matarlo, y suerte que así ocurrió! La señora condesa sabe por qué —dijo Michu mirando a su señora.

—¿Es Grévin el único que lo sabe? —preguntó el señor de Chargeboeuf, que parecía contrariado por aquel interrogatorio, a pesar de que se celebraba en familia.

—Aquel espía que vino entonces para detener a mis señores también lo sabía —respondió Michu.

El señor de Chargeboeuf se levantó como para mirar los jardines y dijo:

—Habéis sabido sacar partido de Cinq-Cygne..., ¿verdad?

Después salió, seguido por los dos hermanos y Lorenza, que adivinaron el sentido de aquella interrogación.

—Sois francos y generosos, pero siempre imprudentes —les dijo el anciano—. Que yo os advierta de un rumor público, *que debe ser una calumnia*, nada más

natural; pero ahora resulta que vos lo convertís en una verdad para personas débiles como los señores de Hauteserre y sus hijos... ¡Oh, juventud, juventud!... Deberíais dejar a Michu aquí e ir os vosotros. Pero, de todos modos, si os quedáis en la región, escribid una carta al senador sobre Michu, diciéndole que acabáis de enteraros por mí de los rumores que circulan sobre vuestro colono, y que lo habéis despedido.

—¡Nosotros escribir a Malin —exclamaron los dos hermanos al unísono—, al asesino de nuestro padre y de nuestra madre, al ladrón desvergonzado de nuestra fortuna!

—Todo eso es verdad; pero se trata de uno de los más altos personajes de la corte imperial, y el rey del Aube.

—¡Él, que votó por la muerte de Luis XVI en el caso de que el ejército de Condé entrase en Francia, o si no la reclusión perpetua! —dijo la condesa de Cinq-Cygne.

—¡Él, que acaso aconsejó la muerte del duque de Enghien! —exclamó Pablo María.

—De acuerdo, pero si queréis recapitular sus títulos de nobleza —exclamó el marqués—, él, que tiró a Robespierre de los faldones de su levita para hacerle caer, cuando vio que los que se alzaban para derribarlo eran los más numerosos; él, que hubiera hecho fusilar a Bonaparte si el 18 de brumario hubiese fracasado; él, que haría volver a los Borbones si Napoleón se tambalease; él, a quien el más fuerte encontrará siempre a su lado para darle la espada o la pistola con las que se suprime a un adversario que inspira temor... ¡Pero razón de más!

—¡Qué bajo hemos caído! —murmuró Lorenza.

—Hijos míos —dijo el viejo marqués de Chargeboeuf tomando a los tres de la mano y llevándoselos aparte, en dirección a uno de los prados de césped, cubierto entonces de una ligera capa de nieve—, os encolerizaréis al escuchar los consejos de un hombre prudente, pero debo dároslos. He aquí lo que haría en vuestro lugar: buscaría por mediador a un viejo, que puedo ser yo, y le encargaría que pidiese un millón a Malin, a cambio de una ratificación de la venta de Gondreville... ¡Oh!, consentiría en ello, si se mantuviese la cosa en secreto. A la cotización actual, tendríais cien mil libras de renta, y podríais comprar unas hermosas tierras en otro rincón de Francia; dejaríais que el señor de Hauteserre gobernase Cinq-Cygne, y echaríais a suertes quién de vosotros dos ha de casarse con esta bella heredera. Pero las palabras de un viejo son al oído de los jóvenes lo que las palabras de los jóvenes al oído de los viejos: un ruido cuyo sentido no se comprende.

El viejo marqués indicó con una seña a sus tres parientes que no quería una respuesta inmediata, y regresó al salón, donde durante su conversación habían acudido el abate Goujet y su hermana. La proposición de echar a suertes la mano de su prima indignó a los dos Simeuse, y Lorenza parecía disgustada por el amargo remedio indicado por su pariente. Así, los tres se mostraron más fríos con el anciano, sin dejar de ser corteses. El afecto estaba empañado. El señor de Chargeboeuf, que notó aquella frialdad, dirigió a los tres encantadores jóvenes varias miradas llenas de

compasión. Aunque la conversación se generalizó, insistió en la necesidad de someterse a los acontecimientos, elogiando al señor de Hauteserre por su insistencia en querer que sus hijos ingresasen en el ejército.

—Bonaparte —les dijo— hace duques. Ha creado feudos del Imperio y hará condes. Malin quisiera ser conde de Gondreville. Es una idea que puede sernos provechosa —agregó, mirando a los señores de Simeuse.

—O funesta —repuso Lorenza.

Cuando engancharon sus caballos al coche, el marqués se levantó para partir y todos le acompañaron hasta la puerta. Ya en el interior del carruaje, hizo una seña a Lorenza para que se acercase, y ella saltó al estribo ligera como un pájaro.

—Vos no sois una mujer ordinaria, y tendríais que comprenderme —le dijo al oído—. Malin siente demasiados remordimientos para dejaros tranquilos y os tenderá alguna trampa. Al menos, tened mucho cuidado con todos vuestros actos, incluso los más insignificantes. En fin, mi última palabra es que debéis transigir.

Los dos hermanos permanecieron, de pie, al lado de su prima, en el centro de la extensión cubierta de césped, mirando, con profunda inmovilidad la calesa, que doblaba por la verja y seguía el camino de Troyes, pues Lorenza les había repetido las últimas palabras del viejo. La experiencia cometerá siempre un error mostrándose en caramelo, con medias de chiné y los cabellos empolvados. Ninguno de aquellos jóvenes corazones podía concebir el cambio que se operaba en Francia, la indignación les agitaba los nervios y el honor hervía en todas sus venas de sangre noble.

—¡El jefe de los Chargeboeuf! —dijo el marqués de Simeuse—. Un hombre que tiene por divisa: *¡Venga otro más fuerte! (Adsit fortior)*, uno de los gritos de guerra más hermosos...

—Se ha convertido en Boeuf —dijo Lorenza, sonriendo con amargura.

—¡Ya no estamos en los tiempos de San Luis! —observó el menor de los Simeuse.

—*¡Morir cantando!* —exclamó la condesa—. Este grito de aquellas cinco jóvenes que constituyeron nuestra casa será el mío.

—El nuestro es: *¡Aquí mueres!* Por lo tanto, ¡nada de cuartel! —dijo el mayor de los Simeuse—. Reflexionando, veríamos que nuestro pariente, el Boeuf, ha rumiado mucho lo que venía a decimos. ¡Llegar a ser Gondreville el nombre de un Malin!

—¡Y la morada! —exclamó el menor.

—Mansard la pintó para la nobleza, y el pueblo irá allí a procrearse —dijo el mayor.

—¡Si eso llegase a ocurrir, preferiría ver Gondreville incendiado! —afirmó la señorita de Cinq-Cygne.

Un hombre de la aldea, llegado para ver un ternero que le vendía el buen Hauteserre, oyó esta frase al salir del establo.

—Entremos —dijo Lorenza sonriendo—. Hemos estado a punto de cometer una

imprudencia y de dar la razón al Boeuf, a propósito de un ternero. Mi pobre Michu —murmuró cuando entraba en el salón—, había olvidado tu travesura, pero no estamos en olor de santidad en el país y es preciso que no nos comprometamos. ¿Tienes que reprocharte algún otro pecadillo?

—Me reprocho no haber matado al asesino de mis viejos amos, antes de correr en auxilio de éstos.

—¡Michu! —exclamó el cura.

—Pero no me iré de la región —prosiguió sin hacer caso de la exclamación del cura—, si no sé que estáis seguros. Veo rondar por aquí unos tipos que no me gustan ni pizca. La última vez que fuimos a cazar al bosque, se me acercó esa especie de guarda que me sustituye en Gondreville, para preguntarme si estábamos en nuestras tierras. «¡Oh! Muchacho —le dije—, es difícil desacostumbrarse en dos meses de las cosas que se han hecho durante dos siglos».

—Te equivocas, Michu —dijo sonriendo con placer el marqués de Simeuse.

—¿Qué respondió? —preguntó el marqués de Hautesserre.

—Dijo —prosiguió Michu— que informaría al senador de nuestras pretensiones.

—¡Conde de Gondreville! —exclamó el mayor de los de Hautesserre—. ¡Ah! ¡Bonita mascarada! En realidad, llaman *Su Majestad* a Bonaparte...

—Y *Su Alteza* a monseñor el gran duque de Berg —terció el cura.

—¿Quién es ése? —preguntó el señor de Simeuse.

—Murat, el cuñado de Napoleón —respondió el viejo Hautesserre.

—¡Vaya! —dijo la señorita de Cinq-Cygne—. ¿Y dan el tratamiento de *Su Majestad* a la viuda del marqués de Beauharnais?

—Sí, señorita —repuso el cura.

—¡Deberíamos ir a París a ver todo eso! —exclamó Lorenza.

—¡Ay, señorita! —dijo Michu—. Yo he ido para llevar a mi hijo al liceo, y puedo juraros que eso que llaman la guardia imperial no es cosa de broma. Si todo el ejército se basa en ese modelo, esta situación puede durar más que nosotros.

—Se habla de familias nobles que ingresan en el ejército —comentó el señor de Hautesserre.

—Y según las leyes actuales —prosiguió el cura—, vuestros hijos tendrán la obligación de servir. La ley ya no reconoce rangos ni apellidos.

—¡Ese hombre nos hace más daño con su corte que la Revolución con su cuchilla! —exclamó Lorenza.

—La Iglesia reza por él —dijo el cura.

Estas palabras, dichas sin interrupción, eran otros tantos comentarios de las prudentes palabras pronunciadas por el marqués de Chargeboeuf, pero aquellos jóvenes tenían demasiada fe y demasiado honor para aceptar una transacción, una componenda. Se decían también lo que en todas las épocas se han dicho los partidos vencidos: que la prosperidad del partido vencedor acabaría, que el emperador sólo estaba sostenido por el ejército, que las situaciones de hecho sucumbían tarde o

temprano ante el derecho, etc. A pesar de aquellos avisos, cayeron en la fosa abierta ante ellos, que personas prudentes y dóciles como el buen Hauteserre hubieran evitado. Si los hombres quisiesen ser francos, quizá reconocerían que las calamidades nunca caen sobre ellos sin haber recibido antes alguna advertencia patente u oculta. Muchos no comprendieron el sentido profundo de aquellos avisos, misteriosos o visibles, hasta después de su ruina.

—De todos modos, la señora condesa sabe que no puedo irme de aquí sin haber presentado antes mis cuentas —dijo Michu en voz baja a la señorita de Cinq-Cygne.

Por toda respuesta, ella hizo un signo de inteligencia al colono, que se fue. Michu vendió inmediatamente sus tierras a Beauvisage, el colono de Bellache, no pudiendo percibir su importe hasta transcurridos veinte días. Así, pues, un mes después de la visita del marqués, Lorenza, que había comunicado a sus dos primos la existencia de su fortuna, les propuso aprovechar el jueves de la tercera semana de Cuaresma para retirar el millón enterrado en el bosque. La gran cantidad de nieve caída impidió hasta entonces a Michu ir a buscar aquel tesoro, pero prefería efectuar aquella operación con sus señores. Michu estaba completamente decidido a abandonar la región, pues se temía a sí mismo.

—Malin acaba de llegar de improviso a Gondreville, sin que se sepa por qué —dijo a su señora—, y yo no podría resistir la tentación de poner Gondreville en venta por defunción del propietario. ¡Me considero culpable de no haber seguido mis inspiraciones!

—¿Qué razón le obligará a abandonar París en pleno invierno?

—Es la comidilla de todo Arcis —respondió Michu—; ha dejado a su familia en París y únicamente le acompaña su ayuda de cámara. También están con él el señor Grévin, notario de Arcis, y la señora Marion, esposa del recaudador general del Aube y cuñada del Marión, que prestó su nombre a Malin.

Lorenza consideraba que el jueves de la tercera semana de Cuaresma era una fecha excelente, pues le permitía librarse del servicio. Los bailes de máscaras atraían los campesinos a la población y los campos quedaban despoblados. Pero la elección de aquel día contribuyó precisamente a la fatalidad, observada en muchos casos criminales. El hado hizo sus cálculos con tanta habilidad como la señorita de Cinq-Cygne había efectuado los suyos. Los ancianos señores de Hauteserre hubieran experimentado una inquietud tan grande al conocer la presencia de más de mil francos oro en un castillo situado en el lindero de un bosque, que, consultados los jóvenes de Hauteserre, se mostraron partidarios de no decirles nada. El secreto de aquella expedición se concentró entre Gotardo, Michu, los cuatro hidalgos y Lorenza. Después de numerosos cálculos, creyeron que sería posible poner cuarenta y ocho mil francos en una larga talega a la grupa de cada caballo. De este modo, tres viajes bastarían. Como medida de prudencia, se acordó enviar a todos los servidores, cuya curiosidad podía resultar peligrosa, a Troyes, para que asistiesen a los festejos del carnaval. Catalina, Marta y Durieu, personas de confianza, guardarían el castillo. Los

servidores aceptaron de buena gana el permiso que les concedían y partieron antes de amanecer. Gotardo, de madrugada, ayudado por Michu, almohazó y ensilló los caballos. La caravana tomó por los jardines de Cinq-Cygne, y de allí, señores y criados penetraron en el bosque. En el momento en que montaron a caballo, pues la puerta del parque era tan baja que todos lo cruzaron a pie llevando a su montura por la brida, el viejo Beauvisage, colono de Bellache, pasó por allí.

—¡Vaya! —exclamó Gotardo—. Mira quién pasa...

—¡Oh, soy yo! —dijo el honrado colono, apareciendo—. Salud, señores. ¿Vais de caza, a pesar de las órdenes de la prefectura? No soy yo quien me opondré, ¡pero tened cuidado! Si bien contáis con amigos, también tenéis muchos enemigos...

—¡Oh! —replicó sonriendo el mayor de los Hauteserre—. Dios quiera que nuestra caza tenga éxito y tú volverás a ver a tus señores.

Estas palabras, a las que los hechos prestaron un sentido bien distinto, valieron una severa mirada de Lorenza a Roberto. El primogénito de los Simeuse creía que Malin devolvería las tierras de Gondreville contra el pago de una indemnización. Aquellos jóvenes querían hacer lo contrario de lo que el marqués de Chargeboeuf les había aconsejado. Roberto, que compartía sus esperanzas, pensaba en ello al pronunciar aquellas palabras fatales.

—De todos modos, ¡chitón, migo! —dijo Michu a Beauvisage, yéndose el último para guardar la llave de la puerta.

Hacía uno de esos hermosos días de finales de marzo en que el aire es seco, la tierra está limpia y el tiempo es puro, y cuya temperatura forma una especie de contrasentido con los árboles sin hojas. El tiempo era tan suave, que la mirada distinguía, a veces, motas de verdor en la campiña.

—¡Vamos a buscar un tesoro, a pesar de que el verdadero tesoro de nuestra casa sois vos, prima! —dijo riendo el primogénito de los Simeuse.

Lorenza marchaba en cabeza acompañada por sus primos a cada lado de su montura. Los dos Hauteserre iban detrás, seguidos a su vez por Michu. Gotardo precedía a la comitiva para reconocer el camino.

—Ya que vamos a recuperar nuestra fortuna, al menos en parte, casaos con mi hermano —dijo el menor en voz baja—. Él os adora y seréis tan ricos como deben serlo los nobles de hoy.

—No, dejadle toda la fortuna y me casaré con vos, pues soy bastante rica para dos —respondió ella.

—¡Que así sea! —exclamó el marqués de Simeuse—. En cuanto a mí, os dejaría para ir en busca de una mujer digna de ser vuestra hermana.

—Así, ¿me queréis menos de lo que yo creía? —repuso Lorenza, mirándole con una expresión de celos.

—No, os quiero más a los dos que vosotros a mí —respondió el marqués.

—¿Y os sacrificaríais? —preguntó Lorenza al primogénito de los Simeuse, dirigiéndole una mirada en la que le demostró una momentánea preferencia.

El marqués guardó silencio.

—Pues bien, yo entonces sólo pensaría en vos, y esto sería insoportable para mi marido —prosiguió Lorenza, a quien aquel silencio arrancó un movimiento de impaciencia.

—¿Cómo viviría yo sin ti? —exclamó el menor mirando a su hermano.

—Sin embargo, vos no podéis casaros con los dos —dijo el marqués, para añadir, con el tono brusco de un hombre herido en el corazón—: ¡Ya es hora de tomar una decisión!

Espoleó su caballo y se adelantó para que los dos Hauteserre no oyesen nada. El caballo de su hermano y el de Lorenza imitaron este movimiento. Cuando hubieron interpuesto una distancia razonable entre ellos y los otros tres, Lorenza quiso hablar; pero las lágrimas constituyeron primeramente su único lenguaje.

—Entraré en un convento —dijo por fin.

—¿Y dejaréis que se extingan los Cinq-Cygne? —replicó el menor de los Simeuse—. De esa forma, en vez de un solo desdichado que consiente en serlo, haríais dos. No, aquél de nosotros que no sea más que vuestro hermano, se resignará. Al saber que no éramos tan pobres como creíamos serlo, nos hemos explicado —dijo mirando al marqués—. Si yo soy el preferido, toda nuestra fortuna pasará a mi hermano. Si soy el desgraciado, él me la dará, junto con los títulos de Simeuse, pues él se convertirá en Cinq-Cygne. De todas maneras, el desgraciado tendrá ocasión de establecerse. Finalmente, si siente que va a morir de pena, ingresará en el ejército para hacerse matar, a fin de no entristecer al matrimonio con su presencia.

—¡Somos auténticos caballeros de la Edad Media, dignos de nuestros padres! —exclamó el primogénito—. Hablad, Lorenza.

—No queremos seguir así —añadió el menor.

—Yo creo, Lorenza, que la devoción tiene también su voluptuosidad —dijo el primogénito.

—Mis queridos enamorados —contestó la joven—, me siento incapaz de pronunciarlos. Os quiero a los dos como si fueseis más que un solo, ser tal como os quería vuestra madre. Dios nos ayudará. Yo no pienso elegir. Que la suerte decida, y para ello sólo pongo una condición.

—¿Cuál es?

—Aquel de vosotros que se convierta en mi hermano permanecerá a mi lado hasta que yo le permita dejarme. Quiero ser la única en juzgar sobre la oportunidad de la separación.

—De acuerdo —respondieron los dos hermanos sin explicarse el propósito de su prima.

—El primero de vosotros dos a quien la señora de Hauteserre dirija la palabra esta noche en la mesa, después del *Benedicite*, será mi marido. Pero ninguno de vosotros debe emplear superchería alguna, ni se pondrá en situación de que le interroguen.

—Jugaremos limpio —afirmó el menor.

Los dos hermanos besaron por turno la mano de Lorenza. La certidumbre de un desenlace que cada uno de ellos podía considerar favorable, puso a los gemelos extremadamente alegres.

—De todas maneras, querida Lorenza, harás un conde de Cinq-Cygne —dijo el primogénito.

—Y jugaremos a quien no será Simeuse —observó el menor.

—Yo creo, después de esto, que la señora ya no permanecerá soltera mucho tiempo —dijo Michu detrás de los dos Hauteserre—. Mis señores están muy contentos. Si mi señora ha elegido, yo no me iré, pues quiero asistir a esa boda.

Ninguno de los dos Hauteserre respondió. Una urraca se alzó de pronto entre los Hauteserre y Michu, supersticioso como las gentes primitivas, creyó oír el tañido de las campanas tocando a difuntos. Así, pues, el día comenzó bajo buenos auspicios para los enamorados, que muy raramente ven urracas cuando pasean juntos por los bosques. Michu, provisto de su plano, reconoció aquellos parajes; los hidalgos llevaban sendos zapapicos y no tardaron en dar con el dinero enterrado. La parte del bosque donde estaba oculto el tesoro aparecía desierta, ya que se hallaba lejos de todo camino y de toda habitación, de forma que la caravana, cargada de oro, no encontró a nadie, lo cual fue una desgracia. Al venir de Cinq-Cygne para buscar los últimos doscientos mil francos, la caravana, envalentonada por el éxito, siguió un camino más directo que el utilizado en los viajes anteriores. Dicho camino pasaba por un punto culminante, desde donde se veía el parque de Gondreville.

—¡Fuego! —dijo Lorenza al distinguir una columna de humo azulado.

—Debe ser una hoguera festiva —respondió Michu.

Lorenza, que conocía los menores senderos del bosque, dejó la caravana y hundió las espuelas en los ijares de su montura hasta llegar al pabellón de Cinq-Cygne, la antigua morada de Michu. Aunque el pabellón se hallaba desierto y cerrado, la verja estaba abierta y Lorenza vio huellas que denotaban el paso de varios caballos. La columna de humo se alzaba de una pradera del parque inglés, donde supuso que alguien quemaba hierbas.

—¡Ah! Vos también estáis aquí, señorita —exclamó Violeta, saliendo del parque en su jaca a galope tendido para detenerse ante Lorenza—. Pero se trata de una broma de carnaval, ¿verdad? No lo matarán.

—¿A quién?

—Vuestros primos no querrán su muerte ¿verdad?

—¿La muerte de quién?

—Del senador.

—¡Tú estás loco, Violeta!

—Bien, ¿qué hacéis entonces aquí? —le preguntó.

Al pensar que sus primos pudiesen correr peligro, la intrépida amazona espoleó a su caballo y llegó al terreno en el momento en que cargaban las talegas.

—¡Alerta! ¡No sé qué pasa, pero volvamos a Cinq-Cygne!

Mientras los hidalgos se dedicaban a transportar la fortuna salvada por el viejo marqués, ocurría una extraña escena en el castillo de Gondreville.

A las dos de la tarde, el senador y su amigo Grévin jugaban al ajedrez ante la chimenea, en el gran salón de la planta baja. La señora Grévin y la señora Marion conversaban a un lado de la chimenea, sentadas en un canapé. Toda la gente del castillo había ido a ver una curiosa mascarada anunciada desde hacía mucho tiempo en el partido judicial de Arcis. La familia del guarda que reemplazaba a Michu en el pabellón de Cinq-Cygne también fue. El ayuda de cámara del senador y Violeta quedaron solos en el castillo. El portero, dos jardineros y sus respectivas mujeres, permanecieron en su puesto, pero su pabellón estaba situado a la entrada de los patios, en la extremidad de la avenida de Arcis, y la distancia que existe entre aquel pabellón y el castillo no permitía que se oyese un disparo. Además, aquellos servidores estaban a la puerta mirando en la dirección de Arcis, que se encuentra a media legua, esperando ver llegar la mascarada. Violeta aguardaba en una vasta antecámara que llegase el momento de ser recibido por el senador y Grévin para tratar de la prórroga de su contrato de arrendamiento. En aquellos momentos cinco hombres enmascarados y enguantados, que por su talla, modales y aspecto se parecían a los señores de Hauteserre, de Simeuse y Michu, se abalanzaron sobre el ayuda de cámara y Violeta, a los que amordazaron con un pañuelo y ataron a unas sillas en una oficina. Pese a la celeridad de los agresores, la operación no se realizó sin que el ayuda de cámara y Violeta lanzasen un grito, que fue oído en el salón. Las dos mujeres creyeron que se trataba de un grito de alarma.

—¡Escuchad! —dijo la señora Grévin—. Hay ladrones...

—¡Bah, es un grito de carnaval! —repuso Grévin—. Las máscaras visitarán el castillo.

Esta discusión dio tiempo a los cinco desconocidos para cerrar las puertas adyacentes al patio de homenaje y encerrar al ayuda de cámara y a Violeta. La señora Grévin, mujer bastante terca, se empeñó en averiguar la causa del ruido; se levantó y dio de manos a boca con los cinco enmascarados, que le dispensaron el mismo trato que a Violeta y al ayuda de cámara; después irrumpieron con violencia en el salón, donde los dos más fuertes se apoderaron del conde de Gondreville, le amordazaron y se lo llevaron por el parque, mientras los otros tres ataban y amordazaban a la señora Marion y al notario, cada uno en una butaca.

La ejecución de aquel atentado no requirió más de media hora. Los tres desconocidos, a los que muy pronto se unieron los que habían raptado al senador, registraron el castillo desde el sótano hasta el desván. Abrieron todos los armarios sin forzar ninguna cerradura, sondearon las paredes y, en fin, se constituyeron, hasta las cinco de la tarde, en dueños de la casa. En aquel momento, el ayuda de cámara acabó de roer con los dientes las cuerdas que ataban las manos de Violeta. Éste, quitándose la mordaza, pidió socorro. Al oír aquellos gritos, los cinco desconocidos volvieron al jardín, saltaron sobre caballos parecidos a los de Cinq-Cygne y huyeron, pero no con

bastante rapidez para evitar que Violeta los viese. Después de desatar al ayuda de cámara, que liberó a su vez a las mujeres y al notario, Violeta montó en su jaca y corrió en pos de los malhechores. Al llegar al pabellón, se quedó tan sorprendido de ver abiertos los dos batientes de la verja como la presencia de la señorita de Cinq-Cygne de centinela.

Cuando la joven condesa hubo desaparecido, Violeta fue alcanzado por Grévin, que iba a caballo y acompañado por el guarda campestre de la comuna de Gondreville, a quien el portero había dado un caballo de las caballerías del castillo. La mujer del portero fue a dar parte a la gendarmería de Arcis. Violeta explicó en seguida a Grévin su encuentro con Lorenza y la fuga de aquella joven audaz, cuyo carácter profundo y decidido les era conocido.

—Estás vigilando —dijo Violeta.

—¿Es posible que sean los nobles de Cinq-Cygne los autores del golpe? —exclamó Grévin.

—¡Cómo! —respondió Violeta—. ¿No habéis reconocido el corpachón de Michu? ¡Fue él quien se lanzó sobre mí! Noté perfectamente su puño de hierro. Además, los cinco caballos eran de Cinq-Cygne, de eso no hay duda.

Al ver las huellas de las herraduras de los caballos en la arena de la glorieta y en el parque, el notario dejó al guarda campestre de observación en la verja para evitar que se borrasen aquellos preciosos rastros y envió a Violeta en busca del juez de paz de Arcis a fin de que levantase acta de las mismas. Después regresó apresuradamente al salón del castillo de Gondreville, al que acababan de llegar el teniente y el subteniente de la gendarmería imperial, acompañados de cuatro números y un brigadier. Dicho teniente era el brigadier descalabrado por Francisco dos años antes, y a quien Corentin dio entonces a conocer su malicioso adversario. Aquel hombre, llamado Giguet, cuyo hermano servía en el ejército y llegó a ser uno de los mejores coroneles de artillería, se recomendaba por su capacidad como oficial de gendarmería. Más adelante, mandó el escuadrón del Aube. El subteniente, llamado Welff, condujo en otro tiempo a Corentin de Cinq-Cygne al pabellón y de allí a Troyes. Por el camino, el parisién explicó con todo detalle al egipcio lo que él denominó la bribonada de Lorenza y de Michu. Por lo tanto, aquellos dos oficiales habían de mostrar y mostraron un gran encono contra los habitantes de Cinq-Cygne. Malin y Grévin, uno por cuenta del otro, habían trabajado en la redacción del Código llamado de Brumario, del año IV, la obra jurídica de la Convención llamada nacional, promulgado por el Directorio. Por consiguiente, Grévin, que conocía aquella legislación a fondo, pudo actuar en aquel asunto con terrible severidad, pero bajo una persecución, convertida en certeza, sobre la culpabilidad de Michu, de los señores de Hauterrie y de Simeuse. Nadie se acuerda en la actualidad, si no es algún viejo magistrado, de la organización de aquella justicia que, alterada entonces por Napoleón con la promulgación de sus códigos y con la institución de su magistratura, rige actualmente en Francia.

El Código de brumario del año IV reservaba al director del jurado del departamento la persecución inmediata del delito cometido en Gondreville. Observaremos de paso que la Convención había borrado del lenguaje judicial la palabra crimen, únicamente admitía delito contra la ley, delitos susceptibles de multa, de encarcelamiento, de penas infamantes o aflictivas. La muerte era una pena aflictiva. Sin embargo, la pena aflictiva de muerte debía suprimirse en tiempos de paz, siendo reemplazada por veinticuatro años de trabajos forzados, de donde se deduce que la Convención estimaba que veinticuatro años de trabajos forzados equivalían a la pena de muerte. ¿Qué decir del Código penal, que impone trabajos forzados a perpetuidad?

La organización preparada entonces por el consejo de Estado de Napoleón suprimía la magistratura de los directores del jurado, que asumían, en efecto, poderes enormes. Respecto a la persecución de los delitos y a la acusación, el director del jurado era en cierto modo y a la vez, agente de policía judicial, fiscal del rey, juez de instrucción y Audiencia real. Únicamente sus procedimientos y su acta de acusación estaban sometidos al visto bueno de un comisario del poder ejecutivo y al veredicto de ocho jurados, a quienes exponía los hechos del sumario instruido, y los cuales oían a los testigos y a los acusados y pronunciaban un primer veredicto llamado de acusación. El director debía ejercer en los jurados, reunidos en su gabinete, una influencia tan grande, que éstos quedaban convertidos en colaboradores suyos. Estos jurados constituían el jurado de acusación. Existían otras personas para componer el jurado adjunto al tribunal de lo criminal, encargado de juzgar a los acusados. Por oposición a los jurados de acusación, éstos se llamaban jurados de juicio. El tribunal de lo criminal, al que Napoleón acababa de dar el nombre de audiencia de lo criminal, se componía de un presidente, de cuatro jefes, del acusador público y de un comisario del gobierno. Sin embargo, de 1799 a 1806, existieron audiencias llamadas especiales, que en algunos departamentos juzgaban sin jurados determinados delitos, compuestas por jueces procedentes del tribunal civil, que se constituía en audiencia especial. Este conflicto de la justicia especial y de la justicia criminal provocaba cuestiones de competencia, que juzgaba el Tribunal de casación. Si el departamento del Aube hubiese tenido su audiencia especial, sin duda se hubiera llevado ante ella el caso del atentado cometido contra la persona de un senador del Imperio, pero aquel tranquilo departamento se hallaba exento de esa jurisdicción excepcional. Grévin, por lo tanto, envió al subteniente en busca del director del jurado de Troyes. El egipcio se dirigió allí a rienda suelta y regresó a Gondreville trayendo en la posta a aquel magistrado casi soberano.

El director del jurado de Troyes era un antiguo teniente de alcalde, ex-secretario, por nombramiento, de uno de los comités de la Convención, amigo de Malin y puesto allí por él. Aquel magistrado, llamado Lechesneau, verdadero patricio de la antigua justicia criminal, había ayudado mucho a Malin, como hizo Grévin también, en sus trabajos jurídicos de la Convención. Por ello, Malin lo recomendó Cambacérès, quien

le nombró fiscal general de Italia. Por desgracia para su carrera jurídica, Lechesneau sostuvo relaciones ilícitas con una gran dama de Turín, y Napoleón se vio obligado a destituirle para sustraerlo a un proceso correccional intentado por el marido, motivado por el rapto de un hijo adulterino. Lechesneau, que lo debía todo a Malin y adivinó la importancia de aquel atentado, trajo consigo al capitán de la gendarmería y un piquete de doce hombres.

Antes de partir, se puso de acuerdo, naturalmente, con el prefecto, que al ser de noche, no pudo servirse del telégrafo. Enviaron a París una estafeta, a fin de comunicar aquel crimen inaudito al ministro de policía general, al gran juez y al emperador. Lechesneau encontró en el salón de Gondreville a las señoras de Marion y Grévin, a Violeta, al ayuda de cámara del senador y al juez de paz, asistido por su escribano. Ya se habían efectuado pesquisas en el castillo. El juez de paz, ayudado por Grévin, recogía cuidadosamente los primeros elementos de la instrucción. Lo primero que sorprendió al magistrado fueron las combinaciones profundas que revelaban la elección del día y de la hora. Ésta impedía la búsqueda inmediata de indicios y pruebas. En aquella estación, a las cinco y media, hora en que Violeta salió en persecución de los delincuentes, ya era casi la noche, y para los malhechores la noche equivale casi siempre a la impunidad. Elegir un día de festejos populares, en que todo el mundo iría a ver la mascarada de Arcis y cuando el senador debía encontrarse sólo en su casa, ¿no equivalía a evitar que hubiese testigos?

—Hay que hacer justicia a la perspicacia de los agentes de la prefectura de policía —dijo Lechesneau—. No han dejado de ponernos en guardia contra los nobles de Cinq-Cygne, asegurándonos que tarde o temprano harían alguna barrabasada.

Convencido de la actividad del prefecto del Aube, que envió a todas las prefecturas contiguas a la de Troyes diversos mensajeros para que se iniciase la búsqueda de los cinco enmascarados y del senador, Lechesneau comenzó por establecer las bases del sumario que iba a incoar. Esta labor se efectuó rápidamente, con dos cabezas jurídicas tan expertas como las de Grévin y el juez de paz. Éste, llamado Pigoult, antiguo primer pasante del bufete donde Malin y Grévin habían estudiado la abogacía en París, fue nombrado, tres meses después, presidente del tribunal de Arcis. En lo que concernía a Michu, Lechesneau conocía las amenazas proferidas anteriormente por aquel hombre contra el señor Marion, y la emboscada a la que el senador escapó en su parque. Estos dos hechos, uno de los cuales era consecuencia del otro, debían ser los antecedentes del atentado actual, y designaban tanto más al antiguo guarda como jefe de los malhechores, cuanto que Grévin, su mujer, Violeta y la señora Marion declararon haber reconocido entre los cinco individuos enmascarados a un hombre idéntico a Michu. El color de los cabellos y de las patillas y la corpulencia del individuo en cuestión, hacían casi inútil su disfraz. Por otra parte, ¿quién sino Michu hubiera podido abrir la verja de Cinq-Cygne con una llave? El guarda y su mujer, interrogados a su regreso de Arcis, declararon haber cerrado ambas verjas con llave. Las verjas, examinadas por el juez de paz, asistido

por el guarda campestre y su escribano, no mostraban la menor señal de fractura.

—Cuando le despedimos, sin duda se quedó llaves dobles del castillo —dijo Grévin—. Pero debe haber meditado algún proyecto desesperado, pues ha liquidado sus bienes en veinte días y anteayer cobró su importe en mi despacho.

—¡Le habrán hecho cargar con el muerto! —exclamó Lechesneau, impresionado por esta circunstancia—. Ha demostrado ser su alma condenada.

¿Quién podía conocer mejor que los señores de Simeuse y de Hauteserre las cosas del castillo? Ninguno de los asaltantes se equivocó en sus pesquisas, fueron por todas partes con una certidumbre que demostraba que sabían muy bien lo que querían, y sobre todo, donde lo encontrarían. Ninguno de los armarios que dejaron abiertos, fue violentado; esto quiere decir que los delincuentes tenían sus llaves y, cosa extraña, no cometieron la menor sustracción. Por tanto no se trataba de un robo. Finalmente, Violeta, después de reconocer los caballos del castillo de Cinq-Cygne, encontró a la condesa emboscada frente al pabellón del guarda. Del conjunto de aquellos hechos y declaraciones resultaba, incluso para la justicia menos sagaz, una presunción de culpabilidad en lo tocante a los señores de Simeuse, de Hauteserre y Michu, que se convertiría en certeza para un director del jurado. ¿Y qué se proponían hacer con el futuro conde de Gondreville? ¿Obligarle a una retrocesión de sus tierras, para cuya adquisición el administrador anunciaba disponer de capital desde 1799? Si así fuese, todo cambiaba de aspecto.

El sabio criminalista se preguntó cual podría ser la finalidad de las activas búsquedas efectuadas en el castillo. Si se hubiese tratado de una venganza, los delincuentes podían haberse limitado a matar a Malin. Quizá el senador ya estuviese muerto y enterrado. No obstante, la forma de llevárselo constituía un secuestro. ¿Por qué un secuestro, después de las búsquedas realizadas en el castillo? ¡Era una locura, desde luego, suponer que el rapto de un dignatario del Imperio podría mantenerse secreto por mucho tiempo! La rápida publicidad que alcanzaría aquel desafuero anularía sus beneficios.

A estas objeciones, Pigoult respondió que la justicia nunca podía adivinar todos los motivos de los malvados. En todos los procesos criminales existían partes oscuras, del juez al criminal y del criminal al juez; la conciencia tenía abismos en los que la luz humana sólo penetraba mediante la confesión de los culpables.

Grévin y Lechesneau inclinaron la cabeza, asintiendo, sin que por esto apartasen la mirada de aquellas tinieblas que pretendían rasgar.

—Sin embargo, el emperador los ha perdonado —dijo Pigoult a Grévin y a la señora Marión—, borrándolos de la lista, aunque hubiesen participado en la última conspiración urdida contra él.

Lechesneau envió sin más tardanza toda su gendarmería al bosque y al valle de Cinq-Cygne, haciendo que Ciguet acompañase al juez de paz, que según los términos del Código, se convirtió en su oficial de policía judicial auxiliar; le encargó que recogiese en la comuna de Cinq-Cygne los elementos del sumario, procediendo a los

interrogatorios que hiciesen falta, y, para mayor diligencia, dictó rápidamente y firmó el auto de detención de Michu, pues las acusaciones que había contra él parecían evidentes. Cuando hubieron partido los gendarmes y el juez de paz, Lechesneau reanudó el importante trabajo consistente en redactar los autos de prisión a nombre de los Simeuse y los Hauteserre. Según el Código, estos autos debían contener todos los cargos que pesaban sobre los delincuentes.

Ciguet y el juez de paz se trasladaron tan rápidamente a Cinq-Cygne, que alcanzaron a los servidores del castillo que volvían de Troyes. Detenidos y conducidos a la alcaldía, donde fueron interrogados, todos ellos, sin comprender la importancia de esta respuesta, dijeron ingenuamente que la víspera les dieron permiso para ir a pasar todo el día en Troyes. A una interpelación del juez de paz, todos respondieron igualmente que la señorita les había ofrecido aquella distracción, en la que ellos no habían pensado. Estas declaraciones parecieron tan graves al juez de paz, que envió al egipcio a Gondreville para pedir al señor Lechesneau que procediese personalmente a la detención de los hidalgos de Cinq-Cygne, a fin de que su acción fuese simultánea, pues él se trasladaba a la alquería de Michu para sorprender al supuesto jefe de los malhechores.

Estos nuevos elementos parecían tan decisivos, que Lechesneau partió inmediatamente hacia Cinq-Cygne, después de recomendar a Grévin que hiciese vigilar cuidadosamente las huellas dejadas por los caballos en el parque. El director del jurado sabía el júbilo que causaría en Troyes su actuación contra unos antiguos nobles, los enemigos del pueblo, que se habían convertido en enemigos del emperador. Animado por semejantes disposiciones, un magistrado toma fácilmente por pruebas evidentes simples presunciones. Sin embargo, al ir de Gondreville a Cinq-Cygne en el propio carruaje del senador, Lechesneau, que ciertamente hubiera sido un gran magistrado sin la pasión a la que debió su desgracia, pues el emperador se convirtió en un gazmoño, consideró una locura la audacia de aquellos jóvenes y de Michu, muy poco en armonía con el ingenio de la señorita de Cinq-Cygne. Para su fuero interno, creyó que sus intenciones no eran arrancar al senador una retrocesión de Gondreville.

En todas las cosas, incluso en la magistratura, existe lo que se llama la conciencia profesional. La perplejidad de Lechesneau era resultado de aquella conciencia que todo hombre pone en el cumplimiento de los deberes que le agradan, y que los sabios demuestran en la ciencia, los artistas en el arte y los jueces en la justicia. Por este motivo, quizá los jueces ofrezcan mayores garantías a los acusados que los jurados. El magistrado únicamente se fía de las leyes de la razón, mientras que el jurado se deja arrastrar por las hondas del sentimiento. El director del jurado se hizo varias preguntas, proponiéndose hallar soluciones satisfactorias para ellas en la detención de los delincuentes. Aunque la noticia del secuestro de Malin ya había conmovido a la población de Troyes, todavía la ignoraban en Arcis a las ocho, donde todo el mundo estaba cenando cuando llegaron en busca de la gendarmería y el juez de paz; por

último, nadie la sabía en Cinq-Cygne, cuyo valle y castillo fueron rodeados por segunda vez, pero en esta ocasión por la justicia y no por la policía: las componendas, posibles con ésta, son a menudo imposibles con aquélla.

Lorenza no había tenido más que decir a Marta, a Catalina y a los Durieu que se quedasen en el castillo sin salir ni mirar afuera para que éstos la obedeciesen al pie de la letra. A cada viaje, los caballos se quedaron en el camino hundido, frente a la brecha, y desde allí, Roberto y Michu, los más robustos de la tropa, pudieron transportar en secreto las talegas por la brecha a un sótano situado bajo la escalera de la torre llamada de *Mademoiselle*. Al llegar al castillo alrededor de las cinco y media, los cuatro hidalgos y Michu se pusieron inmediatamente a enterrar el oro. Lorenza y los Hauteserre creyeron conveniente tapiar la bodega. Michu se encargó de esta operación haciendo que le ayudase Gotardo, quien corrió a la alquería en busca de algunos sacos de yeso que sobraron al construirla, y Marta volvió a su casa para dar secretamente los sacos a Gotardo.

La alquería edificada por Michu se alzaba en lo alto de la eminencia desde donde distinguió a los gendarmes en otro tiempo, y se iba a ella por el camino hundido. Michu, que tenía mucha hambre, trabajó con tal ahínco, que hacia las siete y media ya había terminado su tarea. Regresaba apresuradamente a fin de evitar que Gotardo trajese un último saco de yeso, creyendo que lo necesitaría. La alquería ya estaba rodeada por el guarda campestre de Cinq-Cygne, por el juez de paz, su escribano y tres gendarmes, que se ocultaron y le dejaron entrar al oírle llegar.

Michu encontró a Gotardo, que venía con un saco al hombro y le gritó desde lejos:

—Ya está listo, pequeño, llévatelo y cena con nosotros.

Michu, con la frente sudorosa y las ropas manchadas de yeso y de cascajo fangoso procedente de los escombros de la brecha, entró muy alegre en la cocina de la granja, donde la madre de Marta y ésta servían la sopa mientras le esperaban.

En el momento en que Michu hacía girar el grifo de la fuente para lavarse las manos, se presentó el juez de paz, acompañado de su escribano y del guarda campestre.

—¿Qué deseáis, señor Pigoult? —preguntó Michu.

—En nombre del emperador y de la ley, daos preso —dijo el juez de paz.

Aparecieron entonces tres gendarmes, trayendo a Gotardo. Al ver los sombreros ribeteados, Marta y su madre cambiaron una mirada de terror.

—¡Ah, bah! ¿Y por qué? —preguntó Michu, sentándose a la mesa y diciendo a su mujer—: Sírreme de comer, que me muero de hambre.

—Lo sabéis perfectamente —contestó el juez de paz, haciendo seña a su escribano de que empezase a levantar acta, después de mostrar la orden de detención al colono.

—¡Vamos, no te quedes ahí pasmado, Gotardo! Quieres cenar, ¿sí o no? —dijo Michu—. Déjales escribir todas esas tonterías.

—¿Reconocéis el estado en que se encuentran vuestras tropas? —dijo el juez de paz—. ¿Tampoco negáis las palabras que habéis dicho a Gotardo en el patio de vuestra casa?

Michu, servido por su mujer, estupefacta ante su sangre fría, comía con la avidez que da el hambre, sin responder palabra; tenía la boca llena y el corazón inocente. Un horrible temor quitó el apetito a Gotardo.

—Veamos —dijo el guarda campestre al oído de Michu—. ¿Qué habéis hecho del senador? Si hay que hacer caso al agente de la justicia, incurriréis en pena de muerte.

—¡Ah! ¡Dios mío! —gritó Marta, que sorprendió las últimas palabras y cayó como fulminada.

—¡Violeta debe habernos jugado una mala pasada! —exclamó Michu, acordándose de las palabras de Lorenza.

—¡Ah! Así, ¿ya sabéis que Violeta os ha visto? —dijo el juez de paz.

Michu se mordió los labios resuelto a no decir nada más. Gotardo imitó esta reserva. Al ver la inutilidad de sus esfuerzos para hacerle hablar, y conociendo además lo que en la comarca se llamaba la perversidad de Michu, el juez de paz ordenó que le atasen las manos, lo mismo que a Gotardo, y que los llevasen al castillo de Cinq-Cygne, al que se dirigió para reunirse con el director del jurado.

Los hidalgos y Lorenza tenían demasiado apetito y la cena les atraía demasiado para que la retrasasen yendo a componerse. Fueron, pues, al salón, ella de amazona y ellos con calzones de piel blanca, botas de montar y chaqueta de paño verde, para reunirse allí con los señores de Hauteserre, que se hallaban muy inquietos. El anciano había advertido aquellas idas y venidas y sobre todo la desconfianza de que había sido objeto, pues Lorenza no pudo someterlo a la consigna de los servidores. Así, pues, en un momento en que uno de sus hijos le rehuyó para no responderle, fue a decir a su mujer:

—Creo que Lorenza nos traerá nuevas complicaciones.

—¿Qué clase de cacería habéis hecho hoy? —preguntó la señora de Hauteserre a Lorenza.

—¡Oh! Algún día sabréis la mala acción en que hoy han participado vuestros hijos —respondió ella riendo.

Aunque dichas en broma, estas palabras hicieron estremecer a la anciana señora. Catalina anunció la cena. Lorenza dio el brazo al señor de Hauteserre, y sonrió ante la jugarreta que hacía a sus primos, al obligar a uno de ellos a ofrecer el brazo a la anciana señora, transformada en oráculo según lo que habían convenido.

El marqués de Simeuse acompañó a la señora de Hauteserre a la mesa. La situación se hizo entonces tan solemne que, una terminado el *Benedícite*, Lorenza y sus dos primos experimentaron violentas palpitaciones en el corazón. La señora de Hauteserre, que servía, se alarmó ante la ansiedad pintada en el semblante de los dos Simeuse y la alteración que ofrecía el rostro encrespado de Lorenza.

—¡Ha sucedido algo extraordinario! —exclamó mirándolos a todos.

—¿A quién habláis? —preguntó Lorenza.

—A todos vosotros —respondió la anciana señora.

—En cuanto a mí, madre —dijo Roberto—, tengo hambre de lobo.

La señora de Hauteserre, sin disimular su turbación, ofreció al marqués de Simeuse el plato que destinaba al menor de los hermanos.

—Soy como vuestra madre, me confundo siempre, a pesar de vuestras corbatas. Creía servir a vuestro hermano —le dijo.

—Le servís mejor de lo que pensáis —repuso el menor, palideciendo—. Lo habéis hecho conde de Cinq-Cygne.

Aquel pobre joven, tan alegre, se volvió triste para siempre, pero aún encontró fuerzas para mirar a Lorenza sonriendo, conteniendo su mortal dolor. En un instante, el enamorado desapareció, convirtiéndose en el hermano.

—¡Cómo! ¿La condesa ya ha elegido? —exclamó la anciana señora.

—No —contestó Lorenza—. Hemos dejado que obrase la suerte, y vos habéis sido su instrumento.

Explicó entonces lo que habían acordado por la mañana El primogénito de los Simeuse, viendo aumentar la palidez de su hermano, experimentaba cada vez más el deseo de gritar: «¡Cásate con ella y yo me iré a morir!». En el momento en que servían los postres, los moradores de Cinq-Cygne oyeron llamar a la ventana del comedor por el lado del jardín. El primogénito de los Hauteserre, que fue a abrir, franqueó el paso al cura, cuyas calzas se habían desgarrado al escalar las paredes del parque, rematadas por un enrejado.

—¡Huid... vienen a deteneros!

—¿Por qué?

—Aún no lo sé, pero hay una denuncia contra vosotros.

Estas palabras fueron acogidas con risotadas.

—¡Somos inocentes! —exclamaron los hidalgos.

—Inocentes o culpables —prosiguió el cura—, montad a caballo y dirigios a la frontera. Una vez allí, podréis demostrar vuestra inocencia. Una condena en rebeldía puede anularse, pero una condena obtenida por las pasiones populares y preparada por los prejuicios, no tiene anulación posible. Acordaos de lo que dijo el presidente de Harlay: «Si me acusasen de haberme llevado las torres de Nôtre-Dame, empezaría por huir».

—Pero huir, ¿no es reconocerse culpable? —objetó el marqués de Simeuse.

—¡No huyáis! —dijo Lorenza.

—Siempre con sublimes tonterías —replicó el cura desesperado—. Si tuviese el poder de Dios, os arrebataría. Pero si me encuentran aquí, en este estado, esgrimirán contra vosotros y contra mí esta singular visita... Huyo por donde he venido. ¡Pensad en lo que os digo! Aún tenéis tiempo. Los esbirros de la justicia no han pensado en la pared medianera del presbiterio, y estáis rodeados de todos lados.

El rumor causado por los pasos de una multitud y el chocar de los sables de la

gendarmería, resonaron en el patio y llegaron al comedor pocos instantes después de la partida del pobre cura, que no tuvo más éxito con sus consejos que el marqués de Chargeboeuf con los suyos.

—Nuestra existencia en común —dijo melancólicamente el menor de los Simeuse a Lorenza—, es una monstruosidad, y nosotros experimentamos un amor monstruoso. Esta monstruosidad ha penetrado en vuestro corazón. Quizá porque en ellos las leyes de la naturaleza están trastocadas, los gemelos cuyo recuerdo conserva la historia fueron todos desgraciados. En cuanto a nosotros, ved con qué persistencia nos es adversa la suerte. La fatalidad ha retrasado vuestra decisión.

Lorenza estaba consternada; oyó como un zumbido, las siguientes palabras, siniestras para ella, pronunciadas por el director del jurado:

—¡En nombre del emperador y de la ley, detengo a los señores Pablo María y María Pablo de Simeuse, Adriano y Roberto de Hauteserre! Estos caballeros —agregó mostrando a sus acompañantes la manchas de barro visibles en las vestiduras de los detenidos— no podrán negar que han pasado parte del día a caballo.

—¿De qué nos acusáis? —preguntó altivamente la señorita de Cinq-Cygne.

—¿No detenéis también a la señorita? —terció Giguet.

—La dejo en libertad, bajo fianza, hasta efectuar un examen más detenido de las acusaciones que pesan sobre ella.

Goulard se ofreció como fiador de la condesa, pidiéndole únicamente a cambio su palabra de honor que no intentaría evadirse. Lorenza fulminó al antiguo montero de la casa de Simeuse con una mirada llena de altivez que convirtió a aquel hombre en su enemigo mortal, y una lágrima brotó de sus ojos, una de esas lágrimas de rabia que presagian un infierno de dolor. Los cuatro hidalgos cambiaron una mirada terrible y permanecieron inmóviles. Los esposos Hauteserre, temiendo haber sido engañados por los cuatro jóvenes y por Lorenza, se hallaban sumidos en un estupor indecible. Clavados en sus butacas, aquellos padres, que veían como les arrancaban sus hijos después de haber temido tanto por ellos y de haberlos reconquistado, miraban sin ver y escuchaban sin oír.

—¿Tengo que pedirlos que seáis mi fiador, señor de Hauteserre? —gritó Lorenza a su antiguo tutor, sacado de su ensimismamiento por aquel grito, para él tan claro y desgarrador como el son de la trompeta del juicio final.

El anciano se secó las lágrimas que afluyeron a sus ojos, lo comprendió todo y dijo a su parienta con voz débil:

—Perdón, condesa... ya sabéis que os pertenezco en cuerpo y alma.

Lechesneau, momentáneamente impresionado por la calma de aquellos culpables que cenaban tranquilamente, volvió a sus primeros sentimientos sobre su culpabilidad cuando vio el estupor de los padres y el aspecto ensimismado de Lorenza, que trataba de adivinar el lazo que le habían tendido.

—Señores —dijo cortésmente—, tenéis demasiada buena crianza para ofrecer una resistencia inútil. Seguidme los cuatro a las caballerizas, donde será necesario sacar

en vuestra presencia las herraduras de vuestros caballos, que se convertirán en piezas importantes en el proceso, y quizá demostrarán vuestra inocencia o vuestra culpabilidad... Venid vos también, señorita...

El herrador de Cinq-Cygne y su mozo fueron requeridos por Lechesneau, para que asistiesen en calidad de expertos. Durante la operación, efectuada en las caballerizas, el juez de paz llegó con Gotardo y Michu. La operación de quitar las herraduras a cada caballo y de reunir las, numerándolas, a fin de proceder a la confrontación con las huellas dejadas en el parque por los caballos de los autores del atentado, requirió tiempo. Sin embargo, Lechesneau, prevenido de la llegada de Pigoult, dejó a los inculcados con los gendarmes, pasó al comedor para dictar el atestado, y el juez de paz le mostró el estado de las vestiduras de Michu, refiriéndole las circunstancias del arresto.

—Deben haber matado al senador, emparedándolo después en algún muro —dijo para acabar Pigoult a Lechesneau.

—Ahora empiezo a temerlo —respondió el magistrado—. ¿Adónde llevaste el yeso? —preguntó a Gotardo.

El mozalbete se echó a llorar.

—La justicia le asusta —dijo Michu, cuyos ojos, arrojaban llamas, como los de un león caído en una red.

Todos los servidores de la casa, retenidos en la alcaldía, hicieron entonces su aparición; abarrotaron la antecámara, donde Catalina y los Durieu lloraban y por los que supieron la importancia que tenían las respuestas que dieron. A todas las preguntas del director y del juez de paz, Gotardo respondía con sollozos; a fuerza de llorar, acabó por provocarse una especie de ataque convulsivo que les asustó, y lo dejaron tranquilo. El picaruelo, al ver que ya no le vigilaban, miró a Michu sonriendo y éste le dirigió una mirada aprobadora. Lechesneau dejó al juez de paz para apurar a los expertos.

—Señor —dijo por último la señora de Hauteserre dirigiéndose a Pigoult—, ¿podéis explicarnos la causa de estas detenciones?

—Se acusa a estos señores de haberse apoderado del senador a mano armada y de tenerlo secuestrado, pues no suponemos que le hayan matado, a pesar de las apariencias.

—¿Y en qué pena incurrirían los autores de ese crimen? —preguntó el anciano.

—Teniendo en cuenta que las leyes sobre el mismo no han sido derogadas por el Código actual, sino que siguen en vigor, se impondría la pena de muerte —respondió el juez de paz.

—¡Pena de muerte! —exclamó la señora de Hauteserre, desvaneciéndose.

El cura se presentó en aquel momento con su hermana, la cual llamó a Catalina y a la Durieu.

—¡Pero si nosotros ni siquiera hemos visto a vuestro condenado senador! —exclamó Michu.

—La señora Marion, la señora Grévin, el señor Grévin, el ayuda de cámara del senador y Violeta no pueden decir lo mismo de usted —respondió Pigoult con la sonrisa agria del magistrado convencido.

—¡No entiendo una palabra! —dijo Michu, a quien esta respuesta dejó estupefacto y que desde aquel momento empezó a creerse enredado con sus amos en una maquinación tramada contra ellos.

En aquel momento, todos regresaron de las caballerizas. Lorenza corrió hacia la señora de Hauteserre, que recobró el sentido lo suficiente para decirle:

—¡Existe la pena de muerte!

—¡Pena de muerte! —repitió Lorenza mirando a los cuatro hidalgos.

Aquellas palabras provocaron un espanto del que se aprovechó Giguet, aleccionado por Coentin.

—Aún puede arreglarse todo —dijo llevándose al marqués de Simeuse a un rincón del comedor—. Quizá no sea más que una broma. ¡Qué diablo!, habéis sido militares y los soldados se entienden entre ellos. ¿Qué habéis hecho del senador? Si lo habéis matado, todo es inútil, pero si lo tenéis secuestrado, devolvedlo, ya veis que vuestro golpe ha fallado. Estoy seguro de que el director del jurado, de acuerdo con el senador, sobreseerá el caso.

—No comprendemos absolutamente nada de vuestras preguntas —contestó el marqués de Simeuse.

—Si os lo tomáis así, el asunto irá lejos —aseguró el teniente.

—Mi querida prima —dijo el marqués de Simeuse a Lorenza—, nos llevan a la cárcel; pero no estéis inquieta, volveremos dentro de unas horas. En este asunto hay una serie de malentendidos que se explicarán.

—Así lo deseo por vosotros, señores —dijo el magistrado, haciendo una seña a Giguet para que se llevase a los cuatro hidalgos, a Gotardo y a Michu—. No los conduzcáis a Troyes —añadió dirigiéndose al teniente—, custodiadlos en vuestro puesto de Arcis, pues mañana, al amanecer, tienen que asistir a la comprobación de las herraduras de sus caballos con las huellas dejadas en el parque.

Lechesneau y Pigoult no se fueron hasta después de haber interrogado a Catalina, a los señores de Hauteserre y a Lorenza. Los Durieu, Catalina y Marta declararon que sólo habían visto a sus señores a la hora del almuerzo; el señor de Hauteserre declaró haberlos visto a las tres. Cuando, a medianoche, Lorenza se vio entre los señores de Hauteserre, frente al abate Goujet y su hermana, sin los cuatro jóvenes que, desde hacía dieciocho meses, eran la vida de aquel castillo, su amor y su alegría, guardó un largo silencio que nadie se atrevió a interrumpir. Jamás hubo aflicción más profunda ni más completa. Por último, se escuchó un suspiro y la joven alzó la vista.

Marta, olvidada en un rincón, se levantó diciendo:

—¡La muerte, señora!... ¡Nos los matarán, a pesar de su inocencia!

—¡Qué habéis hecho! —dijo el cura.

Lorenza salió sin responder. Tenía necesidad de hallarse a solas para recuperar sus

fuerzas en medio de aquel imprevisto desastre.

III

UN PROCESO POLÍTICO BAJO EL IMPERIO

Al cabo de treinta y cuatro años, durante los cuales se produjeron tres grandes revoluciones, solamente los viejos recordarán hoy del escándalo inaudito que produjo en toda Europa el secuestro de un senador del Imperio francés. Ningún proceso igualó en interés y curiosidad al de los jóvenes acusados del secuestro de Malin, salvo los de Trumeau, el abacero de la plaza de Saint-Michel, y de la viuda Morin, bajo el Imperio; los de Fualdes y de Castaing durante la Restauración y los de la señora Lafarge y Fieschi con el actual gobierno. Semejante atentado contra un miembro del Senado despertó la cólera del emperador, a quien comunicaron la detención de los delincuentes casi al mismo tiempo que la comisión del delito y el resultado negativo de las pesquisas. El bosque, registrado hasta sus parajes más recónditos, el Aube y los departamentos próximos recorridos en toda su extensión, no ofrecieron el menor indicio del paso ni del secuestro del conde de Gondreville. El gran juez, llamado por Napoleón, se presentó ante el soberano, después de procurarse informes facilitados por el ministro de Policía, y le explicó cuál era la posición de Malin respecto a los Simeuse. El emperador, que entonces se hallaba ocupado en asuntos graves, halló la solución del caso en los hechos que lo precedieron.

—Esos jóvenes están locos —dijo—. Un jurisconsulto como es Malin sabría desdecirse de una cesión arrancada por la violencia. Vigila a esos nobles para saber como piensan poner en libertad al conde de Gondreville.

Ordenó que se desplegara la máxima celeridad en aquel asunto en el que vio un atentado contra sus instituciones, un fatal ejemplo de resistencia a los efectos de la Revolución, un atentado contra la gran cuestión de los bienes nacionales y un obstáculo para aquella fusión de los partidos, preocupación constante de su política interior. En fin, se encontró burlado por aquellos jóvenes, que le habían prometido vivir tranquilamente.

—¡La predicción de Fouché se ha realizado! —exclamó al recordar la frase pronunciada dos años antes por su actual ministro de Policía, que sólo la dijo bajo la impresión del informe presentado por Corentin sobre Lorenza.

El lector no puede figurarse el celo que una palabra del emperador imprimía a su máquina política o administrativa. Esto es incomprensible bajo un gobierno constitucional, en el que nadie se interesa por una cosa pública ciega y muda, ingrata y fría. Aquella poderosa voluntad parecía comunicarse no sólo a los hombres sino también a las cosas. Una vez dada la orden, el emperador, sorprendido por la coalición de 1806, se olvidó del asunto. Pensaba en las nuevas batallas que tendría que librar y se ocupaba en agrupar sus regimientos para asestar un gran golpe al corazón de la monarquía prusiana, pero su deseo de que se hiciese pronta justicia encontró un poderoso vehículo en la incertidumbre que afectaba a la posición de

todos los magistrados del Imperio. En aquel momento, Cambacérès, en su calidad de archicanciller, y el gran juez Régnier, preparaban la institución de los tribunales de primera instancia, de las Audiencias imperiales y de la de casación; agitaban la cuestión de los trajes, para los que Napoleón con no poca razón tenía tanto aprecio; revisaban el personal y buscaban los restos de los parlamentos abolidos. Naturalmente, los magistrados del departamento del Aube pensaron que dar pruebas de celo en el asunto del secuestro del conde de Gondreville sería una excelente recomendación. Las suposiciones de Napoleón se convirtieron entonces en certidumbres para los cortesanos y para las masas.

La paz reinaba aún en el continente y la admiración por el emperador era unánime en Francia. Napoleón halagaba los intereses, las vanidades, las personas, las cosas, todo, en fin, incluso los recuerdos. Aquella empresa pareció, pues, a todo el mundo, un atentado contra la felicidad pública, de forma que los pobres hidalgos inocentes fueron cubiertos de un oprobio general. Poco numerosos y confinados en sus tierras, los nobles deploraban aquel caso entre ellos, pero ni uno solo se atrevía a abrir la boca. ¿Cómo oponerse, en efecto, a la opinión pública desencadenada? En todo el departamento se exhumaban los cadáveres de las once personas muertas en 1792 a través de las persianas de la mansión de Cinq-Cygne, y los reproches llovían sobre los acusados. Existía el temor de que los emigrados, envalentonados, ejerciesen actos de violencia contra los compradores de sus bienes, para preparar su restitución, protestando así de una expropiación injusta. Por lo tanto, aquellos nobles fueron tratados de bandidos, ladrones y asesinos, resultándole la complicidad de Michu fatal en extremo. Aquel hombre que, en unión de su padre, había cortado todas las cabezas caídas en el departamento durante el Terror, era objeto de las más ridículas patrañas. La exasperación fue tanto más viva cuanto que Malin era quien había colocado a casi todos los funcionarios del Aube. Ninguna voz generosa se elevó para contradecir a la voz pública. Aquellos desgraciados, en fin, no tenían ningún medio legal de combatir las prevenciones, pues al someter a los jurados los elementos de la acusación y el juicio, el Código de brumario del año IV no había podido dar a los acusados la inmensa garantía del recurso de casación por motivo de presunción legítima.

Al día siguiente del arresto, los señores y los servidores del castillo de Cinq-Cygne fueron citados para comparecer ante el jurado de acusación. Dejaron Cinq-Cygne bajo la vigilancia del colono, inspeccionado por el abate Goujet y su hermana, que se establecieron allí. La señorita de Cinq-Cygne y los señores de Hauteserre ocuparon la casita que poseía Durieu en uno de esos largos y espaciosos arrabales que se extienden alrededor de la ciudad de Troyes. Lorenza sintió que se le oprimía el corazón al advertir el furor de las masas, la malevolencia de la burguesía y la hostilidad de la burocracia, por numerosos pequeños detalles y cosas que siempre suceden a los parientes de las personas envueltas en un asunto criminal, en las ciudades de provincias donde el caso se juzga. En vez de frases de aliento, llenas de compasión, se escuchan conversaciones en las que brillan terribles deseos de

venganza; pruebas de odio, en vez de los actos de estricta cortesía o de reserva, como ordena la decencia; pero, sobre todo, un aislamiento que afecta a los hombres ordinarios, sentido rápidamente, ya que la desdicha excita la desconfianza.

Lorenza, que había recuperado todas sus fuerzas, contaba con las claridades de la inocencia y desdeñaba demasiado a la multitud para espantarse por aquel silencio desaprobador que acogía su presencia. Sostenía el valor de los ancianos señores de Hautesserre, pensando en la batalla jurídica que, teniendo en cuenta la rapidez de los procedimientos, no tardaría en entablarse ante la Audiencia de lo criminal. Pero iba a recibir un golpe que no esperaba y que disminuyó su valor. En medio de aquel desastre y el desenfreno general, en el momento en que aquella familia afligida se veía como en un desierto, un hombre se engrandeció de pronto a los ojos de Lorenza, mostrando toda la belleza de su carácter. Al día siguiente de aquél en que la acusación, aprobada por la fórmula: *Si, ha lugar*, que el presidente del jurado escribió al pie del acta, fue enviada al acusador público, y que el auto de detención librado contra los acusados se convirtió en mandamiento de presión, el marqués de Chargeboeuf vino valientemente en su vieja calesa en ayuda de su joven parienta. Previendo la celeridad de la justicia, el jefe de aquella gran familia se apresuró a ir a París, de donde traía uno de los más hábiles y más honrados procuradores de los antiguos tiempos, Bordin, que llegó a ser, en París, el procurador de la nobleza durante diez años, y cuyo sucesor fue el célebre procurador Derville. Aquel digno procurador designó inmediatamente como abogado al nieto de un antiguo presidente del parlamento de Normandía, destinado a la magistratura y cuyos estudios se realizaron bajo su tutela. Aquel joven abogado, para emplear una denominación abolida que el emperador, iba a resucitar. Fue nombrado sustituto del fiscal de la Audiencia territorial de París, después del proceso actual, y se convirtió en uno de nuestros magistrados más celebres.

El señor de Granville aceptó aquella defensa como una ocasión para iniciar su carrera brillantemente. Por aquella época, los abogados estaban reemplazados por defensores de oficio. Así el derecho de defensa no estaba restringido y todos los ciudadanos podían defender la causa de la inocencia, pero no por ello los acusados dejaban de tomar antiguos abogados para encomendarles su defensa. El viejo marqués, asustado por los estragos que el dolor había causado en Lorenza, se mostró admirable por su buen gusto y su tacto. No le recordó en absoluto sus baldíos consejos; presentó a Bordin como un oráculo cuya opinión debía seguirse al pie de la letra, y al joven de Granville como un defensor en quien podía tenerse una confianza ilimitada.

Lorenza tendió la mano al viejo marqués y estrechó la suya con una vivacidad que le encantó.

—Tenías razón —le dijo la joven.

—¿Querréis ahora escuchar mis consejos?

La joven condesa hizo un signo de asentimiento, lo mismo que los señores de

Hauteserre.

—Bien, venid a mi casa; está en el centro de la ciudad, cerca del tribunal; vos y vuestros abogados os encontraréis mejor en ella que aquí, donde estáis amontonados y demasiado lejos del campo de batalla. Tendríais que atravesar la ciudad todos los días.

Lorenza aceptó y el anciano la condujo, con la señora de Hauteserre, a su casa, que fue la de los defensores y la de los habitantes de Cinq-Cygne mientras duró el proceso. Después de cenar, a puerta cerrada, Bordin se hizo referir exactamente por Lorenza las circunstancias del caso, rogándole que no omitiese ningún detalle, aunque algunos de los hechos anteriores ya fueron comunicados a Bordin y al joven defensor por el marqués durante su viaje de París a Troyes. Bordin escuchaba con los pies ante el fuego, sin darse la menor importancia. El joven abogado no pudo evitar dividirse entre su admiración por la señorita de Cinq-Cygne y la atención que debía prestar a los elementos de la causa.

—¿Eso es todo? —preguntó Bordin cuando Lorenza le hubo explicado los sucesos del drama, tal como los ha presentado este relato hasta el presente.

—Sí —respondió ella.

El silencio más profundo reinó durante unos instantes en el salón del hotel de Chargeboeuf donde transcurría esta escena, una de las más graves que pueden tener lugar en la vida, y también una de las más raras. Todos los procesos se juzgan por los abogados antes que por los jueces, del mismo modo que la muerte del enfermo es presentada por el médico, antes de la lucha que éste sostendrá contra la naturaleza y aquellos contra la justicia. Lorenza, los señores de Hauteserre y el marqués, tenían la vista fija en el rostro viejo, negro y profundamente señalado por la viruela de aquel anciano procurador, que iba a pronunciar palabras de vida o muerte. El señor de Hauteserre se secó las gotas de sudor que perlaban su frente. Lorenza miró al joven abogado y le pareció que tenía el semblante entristecido.

—Bien, ¿qué le parece, mi querido Bordin? —preguntó el marqués tendiéndole su tabaquera, de la que el procurador tomó rapé con expresión distraída.

Bordin se frotó las pantorrillas, enfundadas en gruesas medias de adúcar negro, pues llevaba calzón de paño negro y una casaca que por su forma recordaba las llamadas a la francesa; dirigió su mirada maliciosa a sus clientes, dándole tal expresión de temor, que los dejó helados.

—¿Es necesario que os hable francamente? —dijo.

—Podéis hablar, señor —repuso Lorenza.

—Todo cuanto habéis hecho con buen fin se convierte en cargos contra vosotros —le dijo entonces el viejo letrado—, No es posible salvar a vuestros parientes, únicamente podemos aspirar a rebajarles la pena. La orden que disteis a Michu para que vendiese sus bienes se considerará como la prueba más evidente de vuestras intenciones criminales contra el senador. Enviasteis expresamente a vuestros servidores a Troyes para estar solos, y esto será tanto más plausible cuanto que es

verdad. El mayor de los Hauteserre dijo a Beauvisage unas palabras terribles que os pierden a todos. Vos pronunciasteis otras, en vuestro patio, que demuestran, con mucha antelación, vuestras intenciones perversas contra Gondreville. Además, estabais apostada como observadora a la verja en el momento del golpe; si no os han demandado, ha sido para no interponer un elemento de interés en el caso.

—La causa no tiene defensa —afirmó el señor de Granville.

—Tanto menos —prosiguió Bordin—, cuanto que no puede decirse la verdad. Michu, los señores de Simeuse y de Hauteserre deben sostener sencillamente que fueron al bosque con usted durante parte del día y que regresaron para almorzar en Cinq-Cygne. Pero aunque pudiésemos establecer que todos estuvisteis allí a las tres, mientras tenía lugar el atentado, ¿cuáles serían nuestros testigos? Marta, la mujer de un acusado; los Durieu, Catalina, gentes a vuestro servicio; el señor y la señora, padres de dos de los reos. Esos testigos no tienen valor, la ley no los admite contra usted, y el buen sentido los rechaza a vuestro favor. Si por desgracia dijeseis que fuisteis a buscar mil cien francos en oro al bosque, enviaríais a todos los inculcados a galeras como ladrones. Tanto el acusador público como los jurados, los jueces, la audiencia y toda Francia creerían que quitasteis este oro a Gondreville, y que secuestrasteis al senador para dar el golpe. Admitiendo la acusación tal como está planteada en este momento, el asunto no está claro, pero en su verdad pura, resultaría límpido: ¡los jurados explicarían por el robo todas las partes tenebrosas, pues hoy en día, realista equivale a bandolero! El caso actual presenta una venganza admisible en su situación política. Los ocupados incurren en la pena de muerte, pero para nadie constituye una deshonra, mientras que mezclando al caso la sustracción de dinero, que nunca aparecerá legítima, perderéis los beneficios del interés suscitado por los condenados a muerte, cuando hubieseis podido mostrar vuestros escondrijos, el plano del bosque, los tubos de hojalata y el oro, para justificar el empleo de aquel día, hubiera sido posible echar tierra al caso en presencia de magistrados imparciales, pero en el estado actual de las cosas, conviene callar. Quiera Dios que ninguno de los seis acusados haya comprometido la causa, pero trataremos de sacar partido de sus interrogatorios.

Lorenza se retorció las manos, desesperada, y alzó los ojos al cielo con una mirada desoladora, pues entonces comprendió toda la profundidad del precipicio en que habían caído sus primos. El marqués y el joven defensor aprobaban el terrible discurso de Bordin. El buenazo de Hauteserre lloraba.

—¿Por qué no haber escuchado al abate Goujet, que los instaba a huir? —dijo la señora de Hauteserre, exasperada.

—¡Ah! —exclamó el viejo procurador—. ¡Si en vuestras manos estuvo el conseguir que huyeran y no lo habéis intentado, habríais sido la causa de su muerte! La condena en rebeldía da tiempo. Con el tiempo, la inocencia resplandece. Este asunto me parece el más tenebroso que he visto en mi vida, durante la cual he desembrollado muchos.

—Es inexplicable para todo el mundo, incluso para nosotros —dijo el señor de Granville—. Si los acusados son inocentes, el golpe fue dado por otros. Cinco personas no surgen en una región como por ensalmo, no se procuran caballos herrados como los de los acusados, no adquieren su apariencia física ni ponen a Malin en una fosa expresamente para perder a Michu y a los señores de Hauteserre y de Simeuse. Los desconocidos, los auténticos culpables, tenían un interés, no sabemos cuál, en asumir la identidad de estos cinco inocentes; para hallarlos, para encontrar su pista, nos serían necesarios, como al gobierno, tantos agentes y ojos como comunas hay en veinte leguas a la redonda...

—Esto es de todo punto imposible —dijo Bordin—. Ni soñar en ello. Desde que las sociedades inventaron la justicia, nunca encontraron el medio de dar a la inocencia acusada un poder igual al que emplea el magistrado contra el crimen. La justicia no es bilateral. La defensa, que no tiene confidentes ni policía, no dispone a favor de sus clientes del poder social. La inocencia sólo puede contar con el raciocinio, y éste, que puede impresionar a los jueces, resulta a menudo impotente sobre el ánimo prevenido de los jurados. Todo el país está contra vosotros. Los ocho jurados que han sancionado el acta de acusación son propietarios de bienes nacionales. Nosotros tendremos en nuestros jurados de juicio a personas que serán, como los primeros, compradores y vendedores de bienes nacionales o empleados. ¡En fin, tendremos un jurado Malin! Por lo tanto, necesitamos un sistema completo de defensa; no salgamos de él, y pereced en vuestra inocencia. Seréis condenados. Iremos al tribunal de casación, donde trataremos de ganar tiempo. Si entre tanto yo puedo recoger pruebas a vuestro favor, interpondréis el recurso de indulto. Ésta es la anatomía del caso y mi parecer. Si triunfamos (pues todo es posible en la justicia), será un verdadero milagro, pero vuestro abogado es, entre todos los que yo conozco, el más capaz de obrar este milagro, y yo ayudaré.

—El senador debe tener la clave de este enigma —dijo entonces el señor de Granville—, pues siempre sabe quién nos quiere mal y por qué. Me parece verle saliendo de París a fines de invierno, para ir a Gondreville solo, sin séquito, encerrándose allí con su notario y entregándose, por así decir, a cinco hombres que lo agarrotaron.

—Ciertamente —comentó Bordin—, su conducta es, por lo menos, tan extraordinaria como la nuestra, pero... ¿cómo convertirnos de acusados en acusadores, frente a todo un país alzado contra nosotros? Necesitaríamos la benevolencia y el socorro del gobierno, y mil pruebas más de las que se necesitan en una situación ordinaria. Veo la más refinada premeditación en nuestros desconocidos adversarios, que sabían cuál era la situación de Michu y de los señores de Simeuse respecto a Malin. ¡No hablar! ¡No robar! Hay prudencia, en esto. Bajo esas máscaras, yo veo algo muy distinto a unos simples malhechores... ¡Pero id a decir todas esas cosas a los jurados que nos darán!

Esta perspicacia en los asuntos privados, que tanto ensalza a ciertos abogados y

magistrados, pasmaba y confundía a Lorenza, que tenía el corazón oprimido por aquella lógica terrible.

—De cien casos criminales —dijo Bordin—, la justicia no desarrolla en toda su extensión ni siquiera diez, y quizás hay una buena tercera parte de ellos cuyo secreto le es desconocido. El vuestro pertenece al número de aquellos que resulta indescifrable para los acusados y para los acusadores, para la justicia y para el público. En cuanto al soberano, tiene otras cosas que hacer que ayudar a los señores de Simeuse, aun en el caso de que éstos no hubieran intentado derribarle. ¿Pero quién demonios tiene nada contra Malin? ¿Y qué pretenden hacer con él?

Bordin y el señor de Granville se miraron, como si pareciesen dudar de la veracidad de Lorenza. Aquel gesto fue para la joven uno de los dolores más vivos de los mil que la causó aquel asunto; entonces dirigió a los dos defensores una mirada que hizo desaparecer en ellos toda sospecha de maldad.

Al día siguiente, el sumario se entregó a los defensores, que pudieron hablar con los acusados. Bordin dijo a la familia que, tal como correspondía a personas de su condición, los seis encartados *se habían mantenido bien*, para emplear una expresión del oficio.

—El señor de Granville defenderá a Michu —dijo Bordin.

—¿A Michu? —exclamó el señor de Chargeboeuf, sorprendido de aquel cambio.

—Es el quid de la cuestión y quien ofrece mayor peligro —replicó el viejo fiscal.

—¡Si es el más expuesto, me parece justo! —exclamó Lorenza.

—Vemos ciertas posibilidades —dijo el señor de Granville—, y queremos estudiarlas a fondo. Si podemos salvarlos, será porque el señor de Hauteserre dijo a Michu que reparase uno de los postes de la puerta que sale a la hondonada, por haber sido visto un lobo en el bosque, pues todo depende de los debates ante la audiencia de lo criminal, y esos debates girarán en torno a pequeñas cosas que se convertirán en inmensas.

Lorenza se hundió en el abatimiento interior que mortifica el alma de todas las personas de acción y de pensamiento, cuando se dan cuenta de la inutilidad de sus acciones y de sus pensamientos. Aquí ya no se trataba de derribar a un hombre o el poder con ayuda de personas adictas, de simpatías fanáticas envueltas en las sombras del misterio: veía a la sociedad entera armada contra ella y sus primos. Nadie toma solo una prisión por asalto, ni se ponen en libertad a los prisioneros en el seno de una población hostil y bajo los ojos de una policía puesta sobre aviso por la pretendida audacia de los acusados. Así, cuando asustado por el estupor de aquella joven noble y generosa, que su fisonomía hacía aún más estúpida, el joven defensor trató de levantar su ánimo, ella le respondió:

—Callo, sufro y espero...

El acento, el gesto y la mirada hicieron de aquella respuesta una de esas frases sublimes a las que falta un teatro más amplio para hacerse célebres. Pocos instantes después, el viejo de Hauteserre dijo al marqués de Chargeboeuf:

—¡Cuánto me he desvivido por mis dos desgraciados hijos! Ya he recuperado para ellos cerca de ocho mil libras de renta sobre el Estado. Si hubiesen querido servir, hubieran alcanzado una graduación superior y hoy podrían casarse ventajosamente. ¡Todos mis planes se han ido al agua!

—¿Cómo podéis pensar en sus intereses —le reprochó su esposa—, cuando están en juego su honor y su cabeza?

—El señor de Hauteserre piensa en todo —terció el marqués.

Mientras los moradores de Cinq-Cygne esperaban que comenzasen los debates en la Audiencia de lo criminal y solicitaron permiso para ver a los presos, sin poder conseguirlo, ocurría en el castillo, en el mayor secreto, un acontecimiento sumamente grave. Marta regresó a Cinq-Cygne poco después de haber prestado su declaración ante el jurado de acusación, teniendo tan poca importancia, que el acusador público no la citó para comparecer ante la Audiencia de lo criminal. Como todas las personas dotadas de una excesiva sensibilidad, la pobre mujer permanecía sentada en el salón haciendo compañía a la señorita Goujet, en un estado de abatimiento que inspiraba piedad. Para ella, como para el cura, por lo demás, y para todos aquellos que no sabían en qué habían empleado los acusados el día de autos, su inocencia parecía dudosa. Había momentos en que Marta creía que Michu, sus señores y Lorenza ejercieron alguna venganza contra el senador. La desdichada mujer conocía lo bastante la fidelidad de Michu para comprender que él era quien estaba más en peligro, de todos los acusados, ya fuese a causa de sus antecedentes o bien por la parte que tuvo en la ejecución del hecho. El abate Goujet, su hermana y Marta hacían cábalas sobre las probabilidades a que daba lugar aquella opinión, pero a fuerza de meditar en ellas, dejaban que su espíritu se adhiriese a un sentido cualquiera. La duda absoluta que requiere Descartes es tan imposible de obtener en el cerebro del hombre como el vacío en la naturaleza, y la operación espiritual mediante la cual se obtenga sería, como el efecto de la máquina neumática, una situación excepcional y monstruosa. De cualquier materia que se trate, se cree en algo. Ahora bien, Marta temía hasta tal punto la culpabilidad de los acusados, que su temor equivalía a una creencia, y ese estado de ánimo le fue fatal. Cinco días después de la detención de los hidalgos, en el momento en que iba a acostarse, a las diez de la noche, fue llamada desde el patio por su madre, que llegaba a pie de la granja.

—Un obrero de Troyes quiere hablarte de parte de Michu, y te espera en el camino del barranco —le dijo a Marta.

Ambas pasaron por la brecha para llegar antes. En la oscuridad de la noche y del camino, le fue imposible a Marta distinguir otra cosa que no fuese la confusa silueta de una persona recortándose en las tinieblas.

—Hablad, señora, a fin de que yo sepa si sois efectivamente la señora Michu —dijo aquella persona con voz bastante inquieta.

—Ciertamente —contestó Marta—. ¿Y qué queréis de mí?

—Bien —dijo el desconocido—. Dadme la mano y no tengáis miedo. Vengo a

entregaros una nota —añadió acercándose al oído de Marta—, de parte de Michu. Soy uno de los empleados de la prisión y si mis superiores se apercibiesen de mi ausencia, todos estaríamos perdidos. Fiaos de mí. En otro tiempo, vuestro buen padre me dio este empleo. Por eso Michu ha contado conmigo.

Puso una carta en la mano de Marta y desapareció hacia el bosque sin esperar respuesta. Marta se estremeció al pensar que sin duda iba a saber el secreto del caso. Corrió a la alquería con su madre y se encerró para leer la siguiente carta:

Mi querida Marta: Puedes contar con la discreción del hombre que te llevará esta carta; no sabe leer ni escribir y es uno de los más íntegros republicanos de la conspiración de Babeuf; tu padre se sirvió de él con frecuencia y considera al senador como un traidor. Debes saber, mi querida esposa, que hemos encerrado al senador en el subterráneo donde estuvieron escondidos nuestros señores. El miserable sólo tiene víveres para cinco días, y, como tenemos interés en que viva, tan pronto hayas leído esta nota llévale comida al menos para cinco días más. El bosque debe estar vigilado, toma tantas precauciones como las que tomamos nosotros con nuestros jóvenes señores. No digas ni una palabra a Malin, no le hables y ponte una de nuestras máscaras, que encontrarás en uno de los peldaños de la cueva. Si no quieres comprometer nuestras vidas, guarda el silencio más completo sobre el secreto que me veo obligado a confiarte. No digas ni una palabra a la señorita de Cinq-Cygne, que podría acobardarse. No temas por mí. Estamos seguros del buen resultado de este asunto, y, cuando sea necesario, Malin será nuestro salvador. En fin, una vez leída esta carta, no hace falta que te diga que debes quemarla, pues me costaría la cabeza si alguien viese una sola línea de ella. Te abrazo muy fuerte.

Michu.

La existencia de la cueva situada bajo la loma, en el centro del bosque, sólo era conocida por Marta, su hijo, Michu, los cuatro hidalgos y Lorenza; al menos Marta, a quien su marido nada dijo de su encuentro con La Peyrade y Corentin, así debía creerlo. Por lo tanto, aquella carta, que, por otra parte, le pareció de puño y letra de Michu, sólo podía proceder de él. Ciertamente, si Marta hubiese consultado inmediatamente a su señora y a sus dos consejeros, que conocían la inocencia de los acusados, el astuto procurador hubiera conseguido esclarecer en parte las pérfidas maquinaciones en que se hallaban envueltos sus clientes; pero Marta, que se dejó llevar por su primer impulso, como la mayoría de las mujeres, y convencida por aquellas consideraciones que le parecían evidentes, arrojó la carta a la chimenea. Sin embargo, impulsada por una singular iluminación de prudencia, retiró del fuego el lado de la carta que no estaba escrito, tomó las primeras líneas, cuyo sentido no podía comprometer a nadie, y las cosió en la vuelta de su falda. Bastante asustada al pensar que el preso estaba en ayunas desde hacía veinticuatro horas, se propuso llevarle vino, pan y carne aquella misma noche. Su curiosidad no le permitía, como tampoco

su humanidad, esperar al día siguiente. Encendió el horno e hizo, con ayuda de su madre, un pastel de liebre y pato, un pastelillo de arroz, dos pollos asados, cogió tres botellas de vino y amasó ella misma dos panes redondos. Alrededor de las dos y media de la madrugada tomó el camino del bosque, llevando las provisiones en una cesta, y en compañía de *Couraut*, que en todas aquellas expediciones servía de explorador con admirable inteligencia. Olfateaba los extraños a distancias enormes, y, cuando había reconocido su presencia, volvía junto a su ama lanzando sordos gruñidos, para mirarla y volver el hocico hacia el lado peligroso.

Marta llegó a las tres de la madrugada a la ciénaga, donde dejó a *Courant* de centinela. Después de media hora de trabajo para desembarazar la entrada, se acercó con una linterna sorda a la puerta del subterráneo, cubriéndose el rostro con una máscara, que, en efecto, encontró en un peldaño. La detención del senador parecía haber sido premeditada con mucha antelación. Un orificio de un pie cuadrado, que Marta no había visto antes, había sido groseramente practicado en lo alto de la puerta de hierro que cerraba el sótano, pero para que Malin no pudiese mover la barra de hierro que atrancaba la puerta, con el tiempo y la paciencia de que sólo disponen los presos, la habían sujetado con un candado. El senador, que se levantó de su lecho de musgo, lanzó un suspiro al distinguir una figura enmascarada, y adivinó que aún no se trataba de su liberación. Observó a Marta todo cuanto se lo permitió el resplandor desigual de una linterna sorda, y la reconoció por sus vestiduras, su corpulencia y sus movimientos; cuando le pasó el pastel por el orificio, él lo dejó caer para asirle las manos, y con gran presteza trató de quitarle del dedo dos anillos: su sortija de bodas y un pequeño anillo que le había regalado la señorita de Cinq-Cygne.

—No podréis negar que sois vos, ¿eh, mi querida señora Michu? —le dijo.

Marta cerró el puño al notar el contacto de los dedos del senador, y le dio un golpe vigoroso en el pecho. Después, sin pronunciar palabra, fue a cortar una varilla bastante fuerte, con ayuda de la cual entregó al senador el resto de las provisiones.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó él.

Marta huyó sin responder. Al volver a su casa, sobre las cinco de la madrugada, en el lindero del bosque, fue advertida por *Couraut* de la presencia de un importuno. Volvió sobre sus pasos y se dirigió hacia el pabellón donde había vivido tanto tiempo, pero cuando desembocó en la avenida, el guarda campestre de Gondreville la vio desde lejos; tomó entonces la decisión de ir hacia él.

—¡Sois muy madrugadora, señora Michu! —le dijo el guarda saliéndole al encuentro.

—Somos tan desdichados —respondió ella—, que me veo obligada a hacer las faenas de una sirvienta; voy a Bellache a buscar simientes.

—¿No tenéis simientes en Cinq-Cygne? —observó el guarda.

Marta no respondió. Continuó su camino, y, al llegar a la alquería de Bellache, pidió a Beauvisage que le diese varias simientes para la siembra, diciéndole que el señor de Hauteserre le había encargado que fuese a buscarlas allí para renovar sus

especies. Cuando Marta hubo partido, el guarda de Gondreville fue a la alquería para saber qué había ido a buscar allí Marta. Seis días después, Marta, que se había vuelto más prudente, fue a llevar las provisiones a media noche, para no ser sorprendida por los guardas, que sin duda vigilaban el bosque. Después de haber llevado víveres al senador por tercera vez, experimentó una especie de terror al oír leer al cura los interrogatorios públicos de los acusados, ya que entonces los debates ya habían empezado. Tomó al abate Goujet aparte, y, después de hacerle jurar que guardaría secreto sobre lo que iba decirle, como si se tratase de una confesión, le mostró los fragmentos de la carta que había recibido de Michu, comunicándole su contenido y poniéndole en el secreto del escondrijo donde se hallaba el senador. El cura preguntó a Marta si tenía cartas de su marido, a fin de poder comparar las escrituras. Marta fue a su casa, a la alquería, donde encontró una citación para comparecer ante el tribunal como testigo. Cuando regresó al castillo, el abate Goujet y su hermana habían sido invitados igualmente a comparecer, a petición de los acusados. Por lo tanto, se vieron obligados a dirigirse inmediatamente a Troyes. De esta forma, todos los personajes de aquel drama, incluso los que no eran en cierto modo más que comparsas, se encontraron reunidos en el escenario donde entonces se jugaba el destino de aquellas dos familias.

Existen poquísimas localidades en Francia donde la justicia se rodee de aquel prestigio que siempre debería acompañarla. ¿No es la máquina más importante de las sociedades, después de la religión y la realeza? Por todas partes, hasta en París, lo mezquino del local, la mala disposición del lugar y la mala decoración, menoscaban la eficacia de este poder en la nación más vanidosa y teatral en cuanto respecta a los monumentos existentes actualmente, menoscaban la acción de este enorme poder. La disposición es casi siempre la misma en todas las ciudades. Al fondo de una larga sala cuadrangular, se alza una mesa cubierta de sarga verde, puesta sobre un estrado, y detrás de ella se sientan los jueces en vulgares butacas. A la izquierda, el asiento del acusador público, y a su lado, adosada a la pared, una larga tribuna provista de sillas para los jurados. Frente a los jurados se extiende otra tribuna con un banco para los acusados y para los gendarmes que los custodian. El escribano se coloca al pie del estrado, junto a la mesa en que se depositan las piezas de convicción. Antes de instituirse la justicia imperial, el comisario del gobierno y el director del jurado tenían cada uno su asiento y su mesa, a derecha e izquierda, respectivamente, del estrado del tribunal. Dos alguaciles recorren el espacio que se deja libre ante el tribunal para la comparecencia de los testigos. Los defensores se sitúan al pie de la tribuna de los acusados. Una balaustrada de madera reúne las dos tribunas en el extremo opuesto de la sala, formando un recinto donde se colocan bancos para los testigos que han declarado y para los curiosos privilegiados. Después, frente al tribunal y encima de la puerta de entrada, existe todavía una mala tribuna reservada a las autoridades y a las mujeres del departamento elegidas por el presidente, al que pertenece la policía de la Audiencia. El público no privilegiado permanece de pie en espacio que queda libre

entre la puerta de la sala y la balaustrada. Esta fisonomía normal de los tribunales franceses y de las actuales audiencias de lo criminal, era la que presentaba la Audiencia criminal de Troyes.

En abril de 1806, ni los cuatro jueces y el presidente que componían la Audiencia, ni el acusador público, ni el director del jurado, ni el comisario del gobierno, ni los alguaciles, ni los defensores ni nadie, salvo los gendarmes, llevaban uniforme o señal distintiva que paliasen en lo posible la desnudez de las cosas y el aspecto escuálido de las figuras. Faltaba el crucifijo, dando su ejemplo a la justicia y a los acusados. Todo era triste y vulgar. La solemnidad, tan necesaria a los intereses sociales, tal vez sea un consuelo para el criminal. La curiosidad del público fue la que ha sido y será en todas las ocasiones de esta clase, mientras las costumbres no se reformen y Francia no reconozca que la admisión del público en la Audiencia equivale a la publicidad, y que la publicidad que se da a los debates constituye una pena tan exorbitante que, si el legislador hubiese podido sospecharla, no la hubiera infligido. Las costumbres son a menudo más crueles que las leyes. Las costumbres son los hombres, pero la ley es la razón de un país. Las costumbres, que muchas veces no tienen razón, vencen a la ley.

La gente se agolpó alrededor del palacio de justicia. Como en todos los procesos célebres, el presidente se vio obligado a ordenar la colocación de piquetes de soldados custodiando las puertas. El auditorio, de pie detrás de la balaustrada, estaba tan apretujado que la gente se ahogaba. El señor de Grenville, que defendía a Michu; Bordin, el defensor de los señores de Simeuse, y un abogado de Troyes, que asumió la defensa de los señores de Hauteserre y Gotardo, los menos comprometidos de los seis acusados, ocuparon sus puestos antes de que se abriese la sesión; sus caras respiraban confianza. Lo mismo que el médico no deja ver nada de sus aprensiones a su enfermo, así el abogado muestra siempre una fisonomía llena de esperanza a su cliente. Es uno de los raros casos en que la mentira se convierte en virtud.

Cuando entraron los acusados, se elevaron murmullos favorables ante la apariencia de los cuatro jóvenes, que después de veinte días de reclusión pasados en la inquietud, habían palidecido ligeramente. El perfecto parecido de los gemelos despertó el más vivo interés. Quizá todos pensaban que la naturaleza debía ejercer una protección especial sobre una de sus más curiosas rarezas, y todo el mundo se sentía tentado de reparar el olvido que tuvo el destino con ellos; su continente noble, sencillo y sin la menor señal de vergüenza, pero también libre de jactancia, conmovió mucho a las mujeres. Los cuatro hidalgos y Gotardo se presentaron con el traje que llevaban el día de su detención, pero Michu, cuyas ropas formaban parte de las piezas de convicción, se había puesto sus mejores avíos: una levita azul, un chaleco de terciopelo pardo, a lo Robespierre, y una corbata blanca. El pobre hombre tuvo que pagar el precio de su rostro patibulario. Cuando paseó su mirada amarillenta, clara y profunda por la asamblea, que hizo un movimiento, todos le respondieron con un murmullo de horror. El público quiso ver el dedo de Dios en el hecho de que compareciera en el banquillo de los acusados, donde su suegro había hecho sentar a

tantas víctimas. Aquel hombre verdaderamente grande miró a sus señores conteniendo una sonrisa irónica, como si les dijese: «¡Mi presencia os perjudica!». Los cinco acusados cambiaron saludos afectuosos con sus defensores. Gotardo seguía haciéndose el idiota.

Después de las recusaciones, hechas con sagacidad por los defensores, ilustrados sobre el particular por el marqués de Chargeboeuf, sentado valientemente junto a Bordin y el señor de Grenville, cuando se hubo constituido el jurado y se leyó el acta de acusación, se separó a los acusados para proceder a su interrogatorio. Todos respondieron con una notable coherencia. Por la mañana habían ido a pasear al bosque, regresando a Cinq-Cygne a la una para almorzar; después de comer regresaron al bosque de tres a cinco y media. Esto fue, en sustancia, lo que dijeron todos los acusados, con ligeras variantes debidas a su especial posición.

Cuando el presidente pidió a los señores de Simeuse que le explicasen las razones que les impulsaron a salir tan temprano, ambos declararon que, desde su regreso, se proponían rescatar Gondreville y que, con intención de tratar con Malin, llegado la víspera, salieron en unión de su prima y Michu a reconocer el bosque para hacer sus contraofertas con fundamento. Durante ese tiempo, los señores de Hauteserre, su prima y Gotardo dieron caza a un lobo que habían visto unos campesinos. Si el director del jurado hubiese recogido las huellas de sus caballos en el bosque con tanto cuidado como las de los caballos que atravesaron el parque de Gondreville, tendría la prueba de sus correrías por partes muy alejadas del castillo.

El interrogatorio de los señores de Hauteserre confirmó el de los señores de Simeuse, y se halló en armonía con las declaraciones prestadas durante la instrucción del sumario. La necesidad de justificar su paseo sugirió a todos los acusados la idea de atribuirlo a la caza. Varios campesinos habían señalado unos días antes la presencia de un lobo en el bosque, y esto fue un buen pretexto para todos los encausados.

Sin embargo, el acusador público encontró varias contradicciones entre los primeros interrogatorios, en que los señores de Hauteserre declararon haber cazado todos juntos, y el sistema adoptado en la Audiencia, según el cual los señores de Hauteserre y Lorenza estuvieron de caza, mientras que los señores de Simeuse se dedicaron a valorar el bosque.

El señor de Grenville hizo observar que, teniendo en cuenta que el delito se cometió entre las dos y las cinco y media, había que creer a los acusados y la explicación que daban de la manera cómo habían empleado la mañana.

El acusador respondió que los reos tenían interés en ocultar sus preparativos para secuestrar al senador.

La habilidad de la defensa fue entonces evidente para todos. Los presos, los jurados y el público no tardaron en comprender que la victoria sería muy reñida. Bordin y el señor de Granville parecían haberlo previsto todo. La inocencia debe presentar un relato claro y plausible de sus acciones. Es deber de la defensa, pues,

oponer una novela probable a la novela improbable de la acusación. Para el defensor que considera inocente a su cliente, la acusación se convierte en una fábula. El interrogatorio público de los cuatro hidalgos explicaba suficientemente las cosas a su favor. Hasta entonces, todo iba bien. Pero el interrogatorio de Michu fue más grave, e inició el combate. Todos comprendieron entonces por qué el señor de Granville prefirió defender al servidor en vez de a los señores.

Michu reconoció haber amenazado a Marion, pero negó haberlo hecho con la violencia que le atribuían. En cuanto a la emboscada de que hizo objeto a Malin, dijo que él paseaba sencillamente por el parque y sin duda el senador y el señor Grévin se asustaron al ver la boca del cañón de su fusil, atribuyéndole una posición hostil cuando en realidad era inofensiva. Hizo observar que, por la noche, un hombre que no tenga costumbre de cazar puede creer que le apuntan con el fúsil cuando en realidad el arma sólo está al hombro, en posición de descanso. Para justificar el estado de sus vestiduras cuando se practicó su detención, dijo que había caído en la brecha al volver a su casa.

—Como ya no veía lo suficiente para escalarla, en cierto modo tuve que ayudarme con las piedras que se desprendían debajo de mí cuando me así a ellas para trepar hasta el camino.

Por lo que respecta al yeso que Gotardo le traía, respondió, como en todos sus interrogatorios precedentes, que aquel yeso había servido para asegurar uno de los postes del camino, hundido.

El acusador público y el presidente le pidieron que explicase cómo podía estar a la vez en la brecha del castillo y en lo alto del camino hundido, empotrando un poste de la cerca, sobre todo cuando el juez de paz, los gendarmes y el guarda campestre declaraban haberle oído venir de abajo. Michu respondió que el señor de Hauteserre le había reprendido por no haber efectuado aquella pequeña reparación, que consideraba importante a causa de las dificultades que aquel camino podía suscitar con la comuna; por lo tanto, fue a anunciarle que la cerca ya estaba arreglada.

El señor de Hauteserre, en efecto, había hecho colocar una cerca en lo alto de la hondonada, para impedir que la comuna se apoderase del camino. Al ver la importancia que adquirirían el estado de sus vestidos y el yeso, cuyo empleo no podía negar, Michu inventó aquel subterfugio. Si es justo decir que la verdad se parece a menudo a una fábula, la fábula también se parece mucho a la verdad. El defensor y el acusador dieron cada uno por su parte gran valor a esta circunstancia, que alcanzó un interés capital por los esfuerzos del defensor y las sospechas del acusador.

Durante la vista, Gotardo, sin duda aleccionado por el señor de Granville, declaró que Michu le había pedido que le llevase sacos de yeso, pues hasta entonces siempre se había echado a llorar cuando le hacían preguntas.

—¿Por qué, usted o Gotardo, no llevó en seguida al juez de paz y al guarda campestre a ver esa cerca? —preguntó el acusador público.

—Nunca creí que pudiese tratarse de una acusación capital contra nosotros —

contestó Michu.

Hicieron salir a todos los acusados, con excepción de Gotardo. Cuando éste quedó solo, el presidente le conminó a decir la verdad, en su propio interés, haciéndole observar que su pretendida idiotez ya había cesado. Ningún miembro del jurado le consideraba imbécil. Al callar ante el tribunal, podía incurrir en graves penas, mientras que diciendo la verdad, lo más probable era que fuese absuelto. Gotardo lloró, titubeó y acabó por decir que Michu le había pedido que le llevase varios sacos de yeso, pero cada vez se encontró con él frente a la alquería. Le preguntaron cuantos sacos de yeso había transportado.

—Tres —contestó.

Se entabló un debate entre Gotardo y Michu para saber si habían sido tres, contando el que le traía en el momento de la detención, lo cual reducía los sacos a dos, o eran tres además del último. Este debate terminó a favor de Michu. Para los jurados, el transporte de los sacos quedó limitado a dos, pero parecían tener ya una convicción sobre el particular, por lo que Bordin y el señor de Granville consideraron necesario atiborrarlos de yeso y fatigarlos hasta tal punto, que al final ya no comprendiesen nada. El señor de Granville presentó unas conclusiones en las que solicitaba que se nombrasen expertos para dictaminar sobre el estado de la cerca.

—El director del jurado —dijo el defensor—, se contentó con ir a visitar los lugares, más para ver en ellos un subterfugio de Michu que para hacer un informe pericial severo, pero en nuestra opinión faltó a sus deberes, y su falta nos resultará provechosa.

El tribunal, en efecto, nombró expertos para saber si uno de los postes de la cerca había sido empotrado recientemente. Por su parte, el acusador público quiso sacar partido de esta circunstancia antes del informe pericial.

—¿Escogisteis la hora en que oscurece —preguntó a Michu—, o sea, de cinco y media a seis y media, para reparar la cerca vos solo?

—¡El señor de Hauteserre me había reprendido!

—Pero —prosiguió el acusador público—, si empleasteis el yeso en la cerca, debisteis serviros de una artesa y una paleta. Ahora bien, si fuisteis con tal presteza a decir al señor de Hauteserre que ya habías ejecutado sus órdenes, os resultará imposible explicar por qué Gotardo aún os traía yeso. Debisteis pasar frente a vuestra alquería y sin duda entonces dejasteis vuestras herramientas y avisasteis a Gotardo.

Estos argumentos fulminantes produjeron un silencio horrible en el auditorio.

—Vamos, confesadlo —continuó el acusador—. No fue un poste lo que enterrasteis...

—Así, ¿creéis que fue el senador? —dijo Michu con tono profundamente irónico.

El señor de Granville pidió formalmente al acusador público que se explicase sobre aquel punto. Michu estaba acusado de secuestro y no de asesinato. Nada más grave que aquella interpelación. El Código de brumario del año IV prohibía al acusador público introducir ningún punto nuevo en los debates; so pena de nulidad,

debía atenerse a las acusaciones contenidas en el acta de acusación.

El acusador público respondió que Michu, principal autor del atentado y que en interés de sus señores había asumido toda la responsabilidad, podía haber tenido necesidad de tapiar la entrada del sitio todavía ignorado donde gemía el senador.

Estrechado a preguntas, acosado en presencia de Gotardo y obligado a incurrir en contradicciones, Michu dio un terrible puñetazo en la barandilla de la tribuna de los acusados y dijo:

—Yo no tengo nada que ver con el secuestro del senador; prefiero creer que sus enemigos se limitaron a encerrarlo, pero si reaparece, veréis como el yeso carecía de utilidad.

—¡Bien! —añadió el abogado, dirigiéndose al acusador público—. Habéis hecho más para la defensa de mi cliente que todo cuanto yo pudiera haber dicho.

La primera sesión del tribunal se levantó después de esta audaz afirmación, que sorprendió a los jurados y dio ventaja a la defensa. Los abogados locales y Bordin felicitaron al joven defensor con entusiasmo. El acusador público, inquieto por aquel alegato, temió haber caído en una trampa, y, en efecto, había caído en un lazo habilísimamente tendido por los defensores, y para el que Gotardo acababa de representar admirablemente su papel. Los bromistas de la localidad dijeron que habían revocado el caso con yeso, que el acusador público había estropeado su posición^[5] (1) y que los Simeuse habían quedado blancos como el yeso. En Francia todo se halla dominado por las bromas, la chanza es la reina de este país: se bromea en el patíbulo, en el Beresina, en las barricadas, y sin duda un francés bromeará en el Juicio Final, cuando comparezca ante ese tribunal definitivo.

Al día siguiente comparecieron los testigos de cargo: la señora Marion, la señora Grévin, Grévin, el ayuda de cámara del senador y Violeta, cuyas declaraciones se comprenderán fácilmente a tenor de los acontecimientos. Todos reconocieron a los cinco acusados, con más o menos vacilación en cuanto a los cuatro hidalgos, pero con certeza por lo que respecta a Michu. Beauvisage repitió las palabras escapadas a Roberto de Hautesserre. El labriego que había ido a comprar el ternero repitió la frase de la señorita de Cinq-Cygne. Oídos los expertos, confirmaron sus informes sobre la confrontación de las huellas de las herraduras con las de los caballos de los cuatro gentilhombres que, según la acusación, eran completamente idénticas. Esta circunstancia, naturalmente, fue objeto de un violento debate entre el señor de Granville y el acusador público. El defensor se llevó aparte al herrador de Cinq-Cygne y consiguió que constase en el acta de las sesiones que pocos días antes habían sido vendidas unas herraduras semejantes a unos individuos desconocidos en la comarca. El herrador declaró, además, que él no sólo herraba de aquella manera los caballos del castillo de Cinq-Cygne, sino otros muchos del cantón. Finalmente, el caballo que solía utilizar Michu, por excepción, había sido herrado en Troyes, y las huellas de aquella herradura no se encontraban entre las constatadas en el parque.

—El sosia de Michu ignoraba esta circunstancia —dijo el señor de Granville

mirando a los jurados—, y la acusación no ha podido establecer que nos hubiésemos servido de uno de los caballos del castillo.

Por otra parte, hizo trizas la declaración de Violeta en lo concerniente al parecido de los caballos, vistos desde lejos y por detrás. Pese a los increíbles esfuerzos del defensor, la masa de testimonios positivos abrumó a Michu. El acusador, el auditorio, el tribunal y los jurados sentían todos ellos, como lo había presentado la defensa, que la culpabilidad del servidor entrañaba la de los señores. Bordin había adivinado perfectamente cual era el meollo del proceso al designar al señor de Granville como defensor de Michu, pero la defensa revelaba así sus secretos. Por lo tanto, todo cuanto concernía al antiguo administrador de Gondreville era de un interés palpitante. La actitud de Michu fue, por lo demás, soberbia. Hizo gala en aquellos debates de toda la sagacidad con que le había dotado la naturaleza, y, a fuerza de verlo, el público reconoció su superioridad; pero, ¡cosa sorprendente!, aquella circunstancia hizo que la gente adquiriese la certeza de que había sido el autor del atentado. Los testigos de la defensa, menos serios que los de la acusación a los ojos de los jurados y de la ley, comparecieron para cumplir con su deber, y fueron escuchados por simple descargo de conciencia.

Primeramente, ni Marta ni los señores de Hauteserre prestaron juramento; luego Catalina y los Durieu, en su calidad de domésticos, se encontraron en el mismo caso. El señor de Hauteserre dijo que, efectivamente, había ordenado a Michu que colocase en su lugar el poste derribado. La declaración de los peritos, que leyeron en aquel momento su informe, confirmó la declaración del anciano caballero, pero dieron también una considerable ventaja al director del jurado, al declarar que les era imposible determinar la época en que se efectuó aquel trabajo, pues lo mismo podían haber transcurrido varias semanas como veinte días. La aparición de la señorita de Cinq-Cygne despertó la más viva curiosidad, pero al volver a ver a sus primos en el banquillo de los acusados después de veintitrés días de separación, la violencia de las emociones experimentadas, le dio apariencias de culpabilidad. Sintió un deseo terrible de estar al lado de los gemelos, y más tarde declaró que tuvo que apelar a toda su fuerza para reprimir el furor que la impulsaba a matar al acusador público, a fin de ser criminal, como ellos, a los ojos del mundo. Declaró ingenuamente que al regresar a Cinq-Cygne y ver humo en el parque, creyó en un incendio. Durante mucho tiempo, pensó que aquel humo procedía de unos hierbajos.

—Sin embargo —agregó—, más tarde recordé una particularidad que expongo a la atención de la justicia. Encontré en los alamares de mi traje de amazona y en los pliegues de mi valona, unos restos parecidos a los de papel quemado y arrastrado por el viento.

—¿Era muy considerable el humo? —preguntó Bordin.

—Sí —contestó la señorita de Cinq-Cygne—, creí que se trataba de un incendio.

—Esto puede cambiar el curso del proceso —dijo Bordin—. Requiero al tribunal para que ordene una investigación inmediata en los lugares donde se produjo el

incendio.

El presidente ordenó la investigación.

Grévin, llamado a instancia de los defensores e interrogado sobre esta circunstancia, declaró no saber nada al respecto. Pero entre Bordin y Grévin se cruzaron miradas que los iluminaron mutuamente.

—¡Aquí está la clave del proceso! —se dijo el viejo procurador.

—¡Ya estamos! —pensó el notario.

Pero, por ambas partes, aquellos dos taimados leguleyos comprendieron que la investigación sería inútil. Bordin se dijo que Grévin sería discreto como un mulo, y Grévin se aplaudió el haber hecho desaparecer las trazas del incendio. Para dirimir este punto, accesorio en los debates y que parece pueril, pero capital en la justificación que la historia debe a aquellos jóvenes, los expertos y Pigoult, nombrados para reconocer el parque, declararon no haber observado ningún lugar donde existiesen señales del incendio. Bordin hizo comparecer a dos obreros, que declararon haber labrado, por orden del guarda, una porción del prado cuya hierba estaba quemada, pero dijeron no haberse fijado en la sustancia causante de las cenizas. El guarda, citado a petición de la defensa, dijo haber recibido del senador, cuando éste pasó por el castillo para ir a ver la mascarada de Arcis, la orden de labrar aquella parte del prado que el senador había observado por la mañana durante su paseo.

—¿Habían quemado allí hierbas o papeles?

—No vi nada que pudiese hacer creer que habían quemado papeles —respondió el guarda.

—En fin —dijeron los defensores—, si quemaron hierbas, alguien tuvo que llevarlas allí y prenderles fuego.

La declaración del cura de Cinq-Cygne y la de la señorita Goujet causaron una impresión favorable. A la salida de vísperas, paseando hacia el bosque, vieron a los hidalgos y a Michu a caballo, saliendo del castillo y dirigiéndose al bosque. La posición y la moralidad del abate Goujet dieron peso a sus palabras.

El informe del acusador público, que estaba seguro de obtener una condena, fue lo que suelen ser esta clase de discursos. Los acusados eran unos enemigos incorregibles de Francia, de las instituciones y de las leyes. Tenían sed de desórdenes. Aunque estuvieron complicados en los atentados contra la vida del emperador y formaron parte del ejército de Condé, aquel magnánimo soberano los tachó de la lista de los emigrados. ¡He aquí cómo le pagaban su clemencia! En fin, todas las declamaciones oratorias que se repitieron en nombre de los Borbones contra los bonapartistas, y que hoy se repiten contra los republicanos y los legitimistas en nombre de la rama menor.

Estas frases comunes, que tendrían un sentido con un gobierno fijo, resultarán cómicas, por lo menos cuando la historia las encuentre iguales en todas las épocas en boca del ministerio público. Se les puede aplicar este dicho inspirado en tribulaciones

más antiguas: «¡La marca ha cambiado, pero el vino sigue siendo el mismo!». El acusador público que fue por lo demás uno de los fiscales más distinguidos del Imperio atribuyó el delito a la intención adoptada por los emigrados vueltos a Francia de protestar contra la ocupación de sus bienes. Hizo que el público se estremeciese ante la posición del senador. Después acumuló las pruebas, los indicios y las probabilidades con un talento que había sido estimulado por la segura recompensa de su celo. Se sentó tranquilamente para esperar el fuego de los defensores.

El señor de Granville únicamente defendió en su vida aquella causa criminal, pero le dio gran renombre. En primer lugar, supo exponer su informe con aquella elocuencia arrebatada que hoy admiramos en Berryer. Además tenía la convicción de que los acusados eran inocentes, lo que constituye uno de los vehículos más poderosos de la palabra. He aquí los puntos principales de su defensa, publicada íntegramente por la prensa de la época:

En primer lugar, presentó bajo su verdadero aspecto la vida de Michu. Fue un bello relato en el que resonaron los más bellos sentimientos y que despertó numerosas simpatías. Al verse rehabilitado por una voz elocuente, hubo un momento en que brotaron lágrimas de los ojos amarillos de Michu, para correr por su rostro terrible. Entonces apareció tal como era realmente: un hombre sencillo y astuto como un niño, que no había tenido en su vida más que un solo pensamiento. Quedó explicado de pronto, sobre todo por sus lágrimas, que produjeron un gran efecto en el jurado. El hábil defensor aprovechó aquel movimiento de interés para discutir los cargos que se le imputaban.

—¿Dónde está el cuerpo del delito? ¿Dónde está el senador? —preguntó—. ¡Nos acusáis de haberlo encerrado, de haberlo emparedado incluso con piedras y yeso! Pero en tal caso, solamente nosotros sabemos dónde se encuentra y como nos tenéis en prisión desde hace veintitrés días, habrá muerto por falta de alimentos. Somos unos asesinos y no nos habéis acusado de asesinato... Pero, si vive, eso quiere decir que tenemos cómplices; si tuviésemos cómplices y si el senador viviese, ¿no le haríamos comparecer? Las intenciones que nos atribuíis, una vez frustradas, sólo servirían para agravar inútilmente nuestra posición. ¿Podríamos hacernos perdonar, con nuestro arrepentimiento, una venganza frustrada, persistiendo en retener a un hombre de quien nada podemos conseguir? ¿No os parece absurdo? Llevaos vuestro yeso, no ha conseguido el efecto que os proponíais —dijo al acusador público—, pues nosotros somos unos imbéciles criminales, cosa que vos no creéis, o unos inocentes, víctimas de circunstancias tan inexplicables para nosotros como para usted. Más bien deberíais buscar la masa de papeles quemada en casa del senador, que revela unos intereses más violentos que los vuestros, y que os explicarían su secuestro...

Entró en el terreno de las hipótesis con una habilidad maravillosa. Insistió en la moralidad de los testigos de la defensa, de acendrados sentimientos religiosos y que creían en un futuro y en la condenación eterna. Al llegar aquí estuvo sublime y supo

causar una profunda emoción.

—¡Cómo! —dijo—. ¡Estos criminales cenan tranquilamente, mientras su prima les comunica el rapto del senador! ¡Cuando el oficial de la gendarmería les insinúa el medio de acabarlo todo, se niegan a devolver al senador, pues no saben lo que quieren de ellos!

Hizo presentir entonces la existencia de una intriga misteriosa, cuya clave se hallaba en las manos del tiempo, que descubriría aquella injusta acusación. Una vez en este terreno, tuvo la audaz e ingeniosa habilidad de suponerse jurado, recibió sus deliberaciones con sus colegas, se consideró tan desdichado si, después de ser causa de una cruel condena, el error fuese reconocido, pintó tan bien sus remordimientos y expuso las dudas que el informe le suscitaría con tanto vigor, que dejó a los jurados sumidos en una horrible perplejidad.

Los jurados que aún no estaban acostumbrados a esta clase de alocuciones, dotadas del natural encanto de las cosas nuevas, llegaron a vacilar, sintiéndose conmovidos. Después del fogoso informe del señor de Granville, los miembros del jurado tuvieron que oír al astuto y especioso procurador, que multiplicó las consideraciones, puso de relieve todas las partes tenebrosas del proceso y lo hizo inexplicable. Se propuso atacar el espíritu y la razón, del mismo modo que el señor de Granville había lanzado sus dardos contra el corazón y la imaginación. En una palabra, supo comunicar a los miembros del jurado una convicción tan seria, que el acusador público vio su andamiaje hecho pedazos. Era todo tan claro, que el abogado de los señores de Hauteserre y de Gotardo se remitió a la discreción del jurado, creyendo anulada la acusación por lo que a ellos se refería. El acusador solicitó el aplazamiento de su réplica para el día siguiente. Bordin, que veía una absolución en los ojos de los miembros del jurado si deliberaban bajo el efecto de aquellos informes, se opuso en vano, alegando motivos de derecho y de hecho, a que una noche más arrojase sus angustias en el corazón de sus inocentes clientes. El tribunal deliberó.

—El interés de la sociedad me parece idéntico al de los acusados —dijo el presidente—. Este tribunal faltaría a todos los principios de equidad si negase semejante aplazamiento a la defensa; por lo tanto, debe conceder a la acusación la prórroga que solicita.

—Todo es felicidad y desgracia —dijo Bordin, mirando a sus clientes—. Absueltos esta tarde, mañana podríais ser condenados.

—En todo caso —contestó el primogénito de los Simeuse—, no podemos por menos de admiraros.

La señorita de Cinq-Cygne tenía lágrimas en los ojos. Después de las dudas expresadas por los defensores, no creía en semejante triunfo. Todos la felicitaban y le aseguraban que sus primos serían absueltos. ¡Pero aquel caso iba a presenciar el golpe de teatro más espectacular, siniestro e imprevisto que haya cambiado jamás el curso de un proceso criminal!

A las cinco de la mañana del día que siguió al informe del señor de Granville, encontraron al senador en la carretera real de Troyes, librado de sus grilletos durante su sueño por unos libertadores desconocidos, dirigiéndose a Troyes ignorante del proceso, sin saber el eco alcanzado por su nombre en Europa, y dichoso de respirar el aire libre. El hombre que era el eje de aquel drama se quedó tan estupefacto con lo que le contaron como quedaron al verlo los que le encontraron. Le prestaron el coche de un colono y se trasladó rápidamente a Troyes, personándose en casa del prefecto. Éste avisó inmediatamente al director del jurado, al comisario del gobierno y al acusador público, que, después de escuchar el relato que les hizo el conde de Gondreville, hicieron detener a Marta, acostada en aquellos momentos en casa de los Durieu, mientras el director del jurado redactaba y despachaba una orden de detención contra ella. La señorita de Cinq-Cygne, que sólo estaba en libertad bajo fianza, fue despertada violentamente en uno de aquellos momentos, tan raros en medio de sus constantes angustias, en que logró conciliar el sueño, y quedó detenida en la prefectura en espera de ser interrogada. El director de la prisión recibió orden de mantener a los acusados incomunicados, incluso con sus abogados. A las diez, la multitud reunida supo que la continuación del juicio estaba aplazada hasta la una de la tarde.

Aquel cambio, que coincidía con la noticia de la libertad del senador, la detención de Marta y de la señorita de Cinq-Cygne y la prohibición de hablar con los acusados, sembraron el terror en la mansión de Chargeboeuf. Toda la ciudad y los curiosos venidos a Troyes para asistir al proceso, los taquígrafos de los periódicos y el mismo pueblo, fueron presa de una emoción fácil de comprender. El abate Goujet, a las diez, fue a ver a los señores de Hauteserre y a los defensores, a quienes encontró almorzando, tanto como se puede almorzar en semejantes circunstancias. El cura se llevó aparte a Bordin y al señor de Granville, les comunicó la confidencia de Marta y el fragmento de la carta que ésta había recibido. Los dos defensores cambiaron una mirada, después de la cual Bordin dijo al cura:

—¡Ni una palabra! Todo nos parece perdido; al menos pongamos buena cara.

Marta era incapaz de resistir al director del jurado y al acusador público reunidos. Además, las pruebas abundaban contra ella. Por indicación del senador, Lechesneau hizo ir a buscar la corteza del último pan llevado por Marta, que él había dejado en el subterráneo, así como las botellas vacías y diversos objetos. Durante las largas horas de su cautiverio, Malin había hecho diversas conjeturas sobre su situación, buscando los indicios que podían ponerle en la pista de sus enemigos; naturalmente, comunicó sus observaciones al magistrado. La alquería de Michu, recientemente construida, debía tener un homo nuevo; las tejas y los ladrillos sobre los que reposaba el pan ofrecían un dibujo determinado en sus juntas y por lo tanto se podría demostrar que aquel pan había sido cocido allí, por las señales que dicho dibujo había dejado en la corteza. Después las botellas, selladas con cera verde, serían sin ninguna duda iguales a las que se encontrasen en la bodega de Michu.

Aquellas sutiles observaciones, comunicadas al juez de paz, que fue a hacer las comprobaciones en presencia de Marta, produjeron los resultados previstos por el senador. Víctima de la bondad aparente con que Lechesneau, el acusador público y el comisario del gobierno le hicieron comprender que solamente una confesión completa podía salvar la vida de su marido, en el momento en que se vio abrumada por aquellas pruebas evidentes, Marta confesó que el escondrijo donde el senador fue puesto a buen recaudo sólo era conocido por Michu, los señores de Simeuse y de Hauteserre, y que ella había llevado víveres al senador por tres veces, durante la noche. Lorenza, interrogada sobre las circunstancias del escondrijo, se vio obligada a reconocer que Michu lo había descubierto, mostrándoselo antes del caso que ahora se juzgaba, para esconder allí a los hidalgos y sustraerlos a las pesquisas de la policía.

Una vez terminados estos interrogatorios, el jurado y los abogados recibieron aviso de que el juicio iba a continuar. A las tres, el presidente abrió la sesión anunciando que los debates se reanudaban con nuevos elementos. El presidente mostró a Michu tres botellas de vino y le preguntó si las reconocía como suyas, haciéndole ver la semejanza que había entre la cera de dos botellas vacías con la de una botella llena, recogida por la mañana en la alquería por el juez de paz en presencia de su mujer. Michu se negó a reconocerlas como suyas, pero aquellas nuevas pruebas condenatorias fueron apreciadas por los miembros del jurado, a los que el presidente explicó que las botellas vacías acababan de encontrarse en el lugar donde el senador estuvo recluido. Todos los acusados fueron interrogados acerca del subterráneo situado bajo las ruinas del monasterio. En el curso de los debates salió a relucir, después de nueva declaración de todos los testigos de cargo y de descargo, que aquel escondrijo, descubierto por Michu, sólo era conocido por éste, por Lorenza y los cuatro hidalgos. Juzguese cuál sería el efecto producido en los miembros del tribunal y en el jurado cuando el acusador público anunció que aquella cueva, conocida solamente por los acusados y dos de los testigos, había servido de prisión al senador.

Introdujeron a Marta en la sala. Su aparición causó la más viva inquietud en el auditorio y entre los acusados. El señor de Granville se levantó para oponerse a que la mujer declarase contra el marido. El acusador público observó que, según su propia confesión, Marta era cómplice del delito: no tenía que prestar juramento ni declarar; había que oírla únicamente en interés de la verdad.

—Además, sólo tenemos que proceder a la lectura de su interrogatorio ante el director del jurado —dijo el presidente, ordenando al escribano que leyese el atestado redactado por la mañana.

—¿Confirmáis vuestra declaración? —preguntó el presidente.

Michu miró a su mujer, y Marta, que comprendió su error, se desplomó completamente desvanecida. Puede decirse sin exagerar que el rayo cayó sobre el banquillo de los acusados y de sus defensores.

—Yo nunca he escrito a mi mujer desde la cárcel, y no conozco en ella a ningún

empleado —afirmó Michu.

Bordin le pasó los fragmentos de la carta. A Michu le bastó con echarles una ojeada.

—Han imitado mi escritura —exclamó.

—La negativa es vuestro último recurso —comentó el acusador público.

Introdujeron entonces al senador con el ceremonial prescrito para recibirlo. Su entrada causó sensación. Malin, al que los magistrados llamaban por el nombre de conde de Gondreville, sin piedad para los antiguos propietarios de aquella hermosa finca, miró a los acusados, obedeciendo a una indicación del presidente, con la mayor atención y durante mucho tiempo. Reconoció que las vestiduras de sus raptos eran exactamente las de los hidalgos, pero declaró que la turbación de sus sentidos en el momento de su secuestro le impedía poder afirmar que los acusados fuesen los culpables.

—Es más —añadió—, tengo la convicción de que estos cuatro caballeros no tienen nada que ver en ello. Las manos que me vendaron los ojos eran groseras. Por lo tanto —dijo Malin mirando a Michu—, más bien creería que fue mi antiguo administrador quien se encargó de este menester, pero ruego a los señores del jurado que pesen cuidadosamente mi declaración. Mis sospechas a este respecto son muy ligeras y no tengo la menor certeza. Voy a decir por qué. Los dos hombres que se apoderaron de mí me montaron a caballo, poniéndome en la grupa detrás de aquel que me vendó los ojos, cuyos cabellos eran rojos como los del acusado Michu. Por singular que sea mi observación, debo hablar de ello, pues puede servir de base a una convicción favorable al acusado, al que ruego que no se extrañe por ella. Sujeto a la espalda de un desconocido, no tuve más remedio que notar su olor, pese a la rapidez de la carrera. Ahora bien, no reconocí el olor particular de Michu. En cuanto a la persona que me trajo víveres por tres veces, estoy seguro de que fue Marta, la mujer de Michu. La primera vez la reconocí por una sortija que le dio la señorita de Cinq-Cygne, y que ella no tuvo la precaución de quitarse. La justicia y los señores del jurado sabrán apreciar las contradicciones en que incurren estos hechos, y que yo aún no me explico.

Murmullos favorables y unánimes aprobaciones acogieron la declaración de Malin. Bordin solicitó permiso del tribunal para hacer algunas preguntas a aquel precioso testigo.

—¿Cree, pues, el señor senador que su secuestro fue motivado por causas distintas a los intereses atribuidos por la acusación a los reos?

—¡Ciertamente! —contestó el senador—. Pero ignoro esos motivos, pues debo declarar que, durante mis veinte días de cautiverio, no vi a nadie.

—¿Creéis que vuestro castillo de Gondreville —preguntó entonces el acusador público— pudiese contener información, títulos o valores que hubiesen podido requerir un registro por parte de los señores de Simeuse?

—No lo creo —contestó Malin—. En tal caso, considero a estos caballeros

incapaces de apoderarse de ellos por la violencia. Les hubiera bastado con pedírmelos para obtenerlos.

—¿El señor senador no hizo quemar papeles en su parque? —le espetó de improviso el señor de Granville.

El senador miró a Grévin. Después de cambiar una rápida y astuta mirada con el notario, que fue observada por Bordin, el interpelado contestó negativamente. En respuesta a las preguntas que le hizo el acusador público sobre la emboscada de la que estuvo a punto de ser víctima en el parque, y a la de si no se había equivocado acerca de la posición del fusil, el senador dijo que Michu se encontraba entonces al acecho entre las ramas de un árbol. Esta respuesta, que coincidía con la declaración de Grévin, produjo una viva impresión. Los hidalgos permanecieron impasibles durante la declaración de su enemigo, que los abrumaba con su generosidad. Lorenza sufría la más horrible agonía y, de vez en cuando, el marqués de Chargeboeuf la retenía por el brazo. El conde de Gondreville se retiró, saludando a los cuatro hidalgos, que no le devolvieron el saludo. Esta pequeñez indignó a los miembros del jurado.

—¡Están perdidos! —dijo Bordin al oído del marqués.

—¡Ay! Siempre por la altivez de sus sentimientos —contestó el señor de Chargeboeuf.

—Vuestra tarea se ha hecho demasiado fácil, señores —dijo el acusador público levantándose y mirando al jurado.

Explicó el empleo de los dos sacos de yeso para el empotramiento de la anilla de hierro necesaria para sujetar el candado que mantenía la barra que cerraba la puerta del subterráneo, y cuya descripción figuraba en el atestado hecho aquella mañana por Pigoult. Demostró fácilmente que sólo los acusados conocían la existencia de la cueva. Puso de relieve las mentiras de la defensa y pulverizó toda su argumentación con las nuevas pruebas llegadas tan milagrosamente. En 1806, aún se estaba demasiado próximo del Ser Supremo de 1793 para mencionar la justicia divina, por lo que evitó hablar a los miembros del jurado la intervención del Cielo. Terminó diciendo que la justicia no perdería de vista a los cómplices desconocidos que habían puesto en libertad al senador, y se sentó, esperando, confiado, el veredicto.

Los miembros del jurado creyeron en la existencia de un misterio, pero todos estaban persuadidos de que aquel misterio procedía de los acusados, que guardaban silencio sobre un interés particular de la mayor importancia.

El señor de Granville, para quien era evidente la existencia de una maquinación oculta, se levantó; pero parecía abrumado, aunque lo estaba más por la convicción manifiesta del jurado que por las nuevas pruebas presentadas. Aquel segundo informe fue ciertamente más lógico y riguroso que el primero. No obstante, sintió su calor rechazado con la frialdad del jurado: ¡hablaba en vano, y él lo veía! Situación horrible y glacial. Observó hasta qué punto la liberación del senador, operada como por arte de magia y desde luego sin la ayuda de ninguno de los acusados ni de Marta,

corroboraba sus primeros razonamientos. Con toda seguridad el día anterior los acusados podían creer en su absolución, y si fuesen dueños de retener o de soltar al senador, como suponía la acusación, no lo hubieran puesto en libertad hasta después del juicio. Trató de hacer comprender que solamente unos enemigos, ocultos en la sombra, podían haber asestado aquel golpe.

¡Cosa extraña! El señor de Granville únicamente hizo nacer la duda en la conciencia del acusador público y en la de los magistrados, pues los miembros del jurado le escuchaban por obligación. El propio auditorio, que siempre fue tan favorable a los acusados, estaba convencido de su culpabilidad. Existe una atmósfera de las ideas. En un tribunal, las ideas de la multitud pesan sobre los jueces y sobre el jurado, y viceversa. Viendo aquella disposición de ánimos, que se reconoce o se siente, el defensor alcanzó, en sus últimas palabras, una especie de exaltación febril nacida de su convicción.

—¡En nombre de los acusados, os perdono de antemano un fatal error que nada disipará! —exclamó—. Todos nosotros somos juguete de un poder desconocido y maquiavélico. Marta Michu es víctima de una odiosa perfidia, y la sociedad lo comprenderá cuando la desgracia sea irreparable...

Bordin se amparó en la declaración del senador para solicitar la absolución de los hidalgos.

El presidente reanudó los debates con tanta mayor imparcialidad, cuanto que los miembros del jurado estaban visiblemente convencidos. Incluso hizo inclinar la balanza a favor de los acusados, apoyándose en la declaración del senador. Aquella atención no comprometía en absoluto el éxito de la acusación. A las once de la noche, después de escuchar las distintas respuestas del jefe del jurado, el tribunal condenó a Michu a la pena de muerte, a los señores de Simeuse a veinticuatro años y a los dos de Hauteserre a diez años de trabajos forzados; Gotardo fue absuelto. Toda la sala quiso ver cual sería la actitud de los cinco culpables en el momento supremo, cuando los llevasen ante el tribunal para escuchar su sentencia. Los cuatro hidalgos miraron a Lorenza, que les dirigió con ojos secos la mirada llameante de los mártires.

—¡Ella hubiera llorado si nos hubiesen absuelto! —dijo el menor de los Simeuse a su hermano.

Ningún acusado opuso jamás una frente más serena y un continente más digno a una injusta condena, que las cinco víctimas de aquel horrible complot.

—¡Nuestro defensor os ha perdonado! —dijo el primogénito de los Simeuse, dirigiéndose al tribunal.

La señora de Hauteserre enfermó y guardó cama durante tres meses, en la mansión de Chargeboeuf. El buen Hauteserre regresó apaciblemente a Cinq-Cygne; pero, corroído por uno de esos dolores de la ancianidad que no cuentan con ninguna de las distracciones de la juventud, experimentó a menudo momentáneas ausencias que demostraron al cura que aquel pobre padre seguía viviendo el día siguiente de la fatal sentencia. No tuvieron que juzgar a la bella Marta, pues murió en la prisión,

veinte días después de la condena de su marido, recomendando su hijo a Lorenza, en cuyos brazos expiró. Una vez conocida la sentencia, unos acontecimientos políticos de la mayor importancia ahogaron el recuerdo de aquel proceso, del que ya no se habló más. La sociedad procede como el Océano: recupera su nivel y su movimiento después de un desastre, borrando sus huellas con la agitación de sus intereses devoradores.

Sin su firmeza de alma y su convicción de la inocencia de sus primos, Lorenza hubiera sucumbido, pero dio nuevas pruebas, de la grandeza de su ánimo, sorprendiendo al señor de Granville y a Bordin por la aparente serenidad que las mayores calamidades imprimen en las bellas almas. Velaba a la señora de Hauteserre y la cuidaba, yendo todos los días dos horas a la prisión. Dijo que se casaría con uno de sus primos cuando estuviesen en presidio.

—¡En presidio! —exclamó Bordin—. Pero, señorita, en lo único que debemos pensar es en pedir su perdón al emperador.

—¿Su perdón a un Bonaparte? —exclamó Lorenza con horror.

Las antiparras del viejo y digno procurador le saltaron de la nariz; las sujetó antes de que cayesen y miró a la joven, que entonces parecía toda una mujer; comprendió aquel carácter en su verdadera extensión, tomó al marqués de Chargeboeuf del brazo y le dijo:

—¡Señor marqués, corramos a París a salvarlos sin ella!

Las apelaciones de los señores de Simeuse, de Hauteserre y de Michu fueron los primeros recursos que tuvo que juzgar la Audiencia de casación. Así, pues, la sentencia se vio felizmente retrasada por las ceremonias de la instalación de dicho tribunal.

A fines del mes de septiembre, después de tres sesiones ocupadas por los informes y el fiscal general Merlin, que tomó personalmente la palabra, la apelación fue rechazada. La Audiencia imperial de París ya había sido instituida y el señor de Granville fue nombrado suplente del fiscal general. El departamento del Aube correspondía a la jurisdicción de esta Audiencia, y por tanto Granville pudo hacer diversas gestiones en favor de los condenados al amparo de su cargo; asedió a Cambacérès, su protector; Bordin y el señor de Chargeboeuf se presentaron la mañana siguiente del día en que se dictó sentencia en su palacio del Marais, donde le encontraron en plena luna de miel, pues durante aquel intervalo se había casado. A pesar de todos los acontecimientos que tuvieron lugar en la existencia de su antiguo abogado, el señor de Chargeboeuf pudo ver muy bien, por la aflicción del joven suplente, que permanecía fiel a sus clientes. Algunos abogados, los artistas de la profesión, convierten sus causas en amantes. El caso es raro y no hay que fiarse. Cuando estuvo a solas en su gabinete con sus antiguos clientes, el señor de Grenville dijo al marqués:

—No esperaba vuestra visita. Pero sabed que por mi parte ya he interpuesto toda mi influencia. No tratéis de salvar a Michu, pues no conseguiríais el perdón de los

señores de Simeuse. Es necesaria una víctima.

—¡Dios mío! —exclamó Bordin, mostrando al joven magistrado las tres peticiones de indulto—. ¿Puedo encargarme de suprimir la solicitud de vuestro antiguo cliente? Tirar este papel al fuego equivale a cortarle la cabeza.

Y le presentó la firma en blanco de Michu; el señor de Granville tomó el papel y contempló la firma.

—No podemos suprimirla, pero sabed que si lo exigís todo, no obtendréis nada.

—¿Tenemos tiempo de consultar a Michu? —preguntó Bordin.

—Sí. La orden de ejecución corresponde al fiscal de la Audiencia, y aún disponemos de algunos días. Incluso para matar a los hombres —añadió con una especie de amargura—, se respetan las formas, sobre todo en París.

El señor de Chargeboeuf ya había conseguido informes del gran juez que confirmaban estas tristes palabras del señor de Granville.

—Ya sé que Michu es inocente, y así lo digo —prosiguió el magistrado—; pero ¿qué puede uno solo contra todos? Y pensad que mi papel hoy consiste en callar. Tengo que hacer levantar el patíbulo en que mi antiguo cliente será decapitado.

El señor de Chargeboeuf conocía lo bastante a Lorenza para saber que ella no consentirla en salvar a sus primos a costa de Michu. Por lo tanto, el marqués hizo una última tentativa. Había solicitado audiencia al ministro de Relaciones exteriores, para saber si existía un medio de salvación en la alta diplomacia. Tomó consigo a Bordin, que conocía al ministro y le había hecho algunos favores. Los dos ancianos encontraron a Talleyrand absorto en la contemplación del fuego, con los pies hacia adelante, la cabeza apoyada en la mano, el codo en la mesa y el diario por el suelo. El ministro acababa de leer la sentencia de la Audiencia de casación.

—Tened la bondad de sentaros, señor marqués —dijo el ministro—. Y vos, Bordin —añadió, indicándole un lugar frente a él en su mesa—, escribid:

Sire:

Cuatro hidalgos inocentes, declarados culpables por el jurado, acaban de ver su condena confirmada por vuestra audiencia de casación.

Vuestra Majestad Imperial no puede por menos de concederles el perdón. Estos jóvenes nobles solamente piden esa gracia de vuestra augusta clemencia para tener ocasión de dar utilidad a su muerte combatiendo ante vuestros ojos, y quedan, de Vuestra Majestad Imperial y Real..., respetuosamente, los... Etc.

—Solamente los príncipes saben obligar de ese modo —dijo el marqués de Chargeboeuf tomando de manos de Bordin aquel precioso borrador de la petición que haría firmar a los cuatro hidalgos y para la que se prometió obtener augustas apostillas.

—La vida de vuestros parientes, señor marqués —dijo el ministro—, dependerá ahora de la suerte de las batallas.

¡Tratad de llegar al día siguiente de una victoria y estarán salvados!

Tomó la pluma y escribió de su puño y letra una carta confidencial al emperador y otra de diez líneas al mariscal Duroc; después llamó, pidió a su secretario un pasaporte diplomático, y dijo tranquilamente al viejo procurador:

—¿Cuál es vuestra opinión sincera sobre este proceso?

—¿Acaso no sabíais, monseñor, que nos embaucaron completamente?

—Ya lo presumía, pero tengo razones para buscar la certeza —respondió el príncipe—. Regresad a Troyes y traedme aquí mañana a la condesa de Cinq-Cygne, a la misma hora, pero en secreto; cuando lleguéis, pasad a las habitaciones de mi esposa, a quien habré prevenido de vuestra visita. Si la señorita de Cinq-Cygne, que estará colocada de manera que pueda ver al hombre que tendré de pie ante mí, lo reconoce por haber ido a su casa cuando se tramaba la conspiración de los señores de Polignac y de Rivière, cualquiera que sea lo que yo diga y él responda, ni un gesto, ni una palabra. Por lo demás, únicamente pensad en salvar a los señores de Simeuse y de Hauteserre; no os molestéis por esa mala pécora de guardabosque.

—¡Un hombre sublime, monseñor! —exclamó Bordin.

—¡Vos, entusiasmado, Bordin! Así, ese hombre es algo. Nuestro soberano tiene un amor propio prodigioso, señor marqués —dijo cambiando de conversación—, y me despedirá para que pueda hacer locuras sin contradicciones. Es un gran soldado que sabe cambiar las leyes del espacio y del tiempo, pero no sabría cambiar los hombres y querría fundirlos para su uso. Ahora, no olvidéis que el perdón de vuestros parientes sólo puede lograrlo una persona... la señorita de Cinq-Cygne.

El marqués partió solo hacia Troyes y explicó a Lorenza el estado en que se hallaban las cosas. Lorenza obtuvo permiso del fiscal imperial para ver a Michu, y el marqués la acompañó hasta la puerta de la prisión, donde la esperó. La joven salió con los ojos bañados en llanto.

—El pobre hombre —dijo— ha tratado de ponerse de rodillas ante mí para rogarme que no pensara más en él, sin acordarme de que llevaba grilletas en los pies. ¡Ah!

Marqués, yo defenderé su causa. Sí, iré a besar las botas de vuestro emperador, y si fracasa entonces ese hombre vivirá eternamente en nuestra familia. Presentad su petición de indulto para ganar tiempo, pues quiero conseguir que se retrase... Partamos.

Al día siguiente, cuando el ministro supo por una seña convenida que Lorenza estaba en su sitio, agitó la campanilla, entró su ordenanza y le dio la orden de que hiciese entrar al señor Corentin.

—Querido amigo, sois un hombre hábil —le dijo Talleyrand— y quiero emplearos.

—Monseñor...

—Escuchad. Sirviendo a Fouché tendréis dinero, pero nunca alcanzaréis honores ni posiciones que podáis confesar; en cambio, si continuáis sirviéndome como

acabáis de hacerlo en Berlín, alcanzaréis consideración.

—Monseñor es muy bueno...

—Os habéis mostrado genial en vuestro último asunto, en Gondreville...

—¿A qué se refiere monseñor? —preguntó Corentin asumiendo una expresión ni demasiado fría ni demasiado sorprendida.

—Señor —respondió secamente el ministro—, vos no llegaréis a ninguna parte, teméis demasiado...

—¿A quién, monseñor?

—¡A la muerte! —dijo el ministro con su hermosa voz profunda y resonante—. Adiós, querido.

—Es él —dijo el marqués de Chargeboeuf entrando—. ¡Pero hemos estado a punto de matar a la condesa, se ahoga!

—Él es el único capaz de realizar semejante jugada —respondió el ministro—. Tomad ostensiblemente la ruta de Estrasburgo; os enviaré dobles pasaportes en blanco. Disponed de unos socios, cambiad hábilmente de ruta y sobre todo de coche, dejad que en Estrasburgo detengan a vuestro socios en el lugar vuestro, y entrad en Prusia pasando por Suiza y Baviera. Ni una sola palabra, obrad con prudencia. ¡Tenéis la policía contra vos, y no sabéis lo que es la policía!...

La señorita de Cinq-Cygne ofreció a Roberto Lefebvre una suma lo bastante crecida para determinarle a ir a Troyes a fin de hacer el retrato de Michu, y el señor de Granville prometió dar todas las facilidades posibles a aquel pintor, célebre a la sazón. El señor de Chargeboeuf partió en su vieja berlina con Lorenza y un criado que hablaba alemán. En los alrededores de Nancy, alcanzó a Gotardo y a la señorita Goujet, quienes los habían precedido en una excelente calesa, que cambió por su vieja berlina.

El ministro tenía razón. En Estrasburgo, el comisario general de policía se negó a visar el pasaporte de los viajeros, pretextando órdenes muy rigurosas. En aquel mismo instante, el marqués y Lorenza salían de Francia por Beseuscon con los pasaportes diplomáticos. Lorenza atravesó Suiza en los primeros días del mes de octubre, sin prestar la menor atención al magnífico paisaje. Permanecía hundida en el fondo de la calesa, sumida en el torpor que se apodera del criminal cuando conoce la hora de su suplicio. Toda la naturaleza se cubre entonces de un vapor hirviente y las cosas más vulgares adquieren una apariencia fantástica. Este pensamiento: «Si fracaso, se matarán», caía una y otra vez sobre su alma, tal como antes, en el suplicio de la rueda, caía la barra del verdugo sobre los miembros de la víctima. Se sentía cada vez más deshecha, perdía todas sus energías en la espera del cruel momento, decisivo y rápido, en que se encontraría cara a cara con el hombre de quien dependía la suerte de los cuatro hidalgos. Adoptó el partido de no luchar contra su abatimiento para no gastar inútilmente sus energías. Incapaz de comprender aquel cálculo de las almas fuertes que se traduce de muy diversas maneras al exterior, pues en estas esperas supremas algunos espíritus superiores se entregan a una alegría sorprendente,

el marqués temía que Lorenza no llegase viva a aquel encuentro, solemne solamente para ellos, pero que desde luego sobrepasaba las proposiciones ordinarias de la vida privada. Para Lorenza, humillarse ante aquel hombre, objeto de su odio y su desprecio, significaba la muerte de todos sus sentimientos generosos.

—Después de esto —dijo—, la Lorenza que sobrevivirá no se parecerá en nada a la que va a morir.

Sin embargo, les resultó muy difícil a los viajeros no darse cuenta del inmenso movimiento de hombres y cosas en el que penetraron cuando estuvieron en Prusia. La campaña de Jena había empezado. Lorenza y el marqués veían las magníficas divisiones del ejército francés extendiéndose y desfilando como en las Tullerías. Ante aquella exhibición del esplendor militar, que sólo puede pintarse con las palabras y las imágenes de la Biblia, el hombre que animaba aquellas masas adquirió proporciones gigantescas en la imaginación de Lorenza. Las frases de victoria no tardaron en resonar en sus oídos. Los ejércitos imperiales acababan de alcanzar dos señaladas ventajas. El príncipe de Prusia había resultado muerto la víspera del día en que los dos viajeros llegaron a Saalfeld, tratando de alcanzar a Napoleón, que marchaba con la rapidez del rayo.

Finalmente, el 13 de octubre, fecha de mal agüero, la señorita de Cinq-Cygne seguía la orilla de un río en medio de los cuerpos del gran ejército, sin ver más que confusión, enviada de una aldea a otra y de división en división, asustada al verse sola con un viejo, sacudida en medio de un océano de ciento cincuenta mil hombres que iban a enfrentarse con otros ciento cincuenta mil. Cansada de ver siempre aquel río por encima del seto, a lo largo de un camino fangoso que continuaba por una colina, preguntó su nombre a un soldado.

—Es el Saal —respondió el soldado, mostrando el ejército prusiano agrupado en grandes masas al lado opuesto de aquel curso de agua.

Caía la noche y Lorenza veía encenderse fogatas y brillar las armas. El viejo marqués, cuya intrepidez era verdaderamente caballeresca, conducía en persona, al lado de su nuevo criado, dos buenos caballos comprados la víspera. El anciano sabía muy bien que no encontraría postillones ni caballos al llegar al campo de batalla. De pronto, la audaz calesa, objeto del pasmo de todos los soldados, fue detenida por un miembro de la gendarmería militar, que se acercó a rienda suelta al marqués, gritándole:

—¿Quién sois? ¿Adónde vais? ¿Por quién preguntáis?

—Por el emperador —contestó el marqués de Chargeboeuf—. Traigo un importante despacho de los ministros para el gran mariscal Duroc.

—Bien, pero no podéis quedaros aquí —dijo el gendarme.

Sin embargo, la señorita de Cinq-Cygne y el marqués se vieron obligados a permanecer allí, pues el día declinaba.

—¿Dónde estamos? —preguntó la señorita de Cinq-Cygne deteniendo a dos oficiales que vio venir, cuyo uniforme estaba oculto por sendos sobretodos de paño.

—Os encontráis a la cabeza de las avanzadillas del ejército francés, señora —le respondió uno de los dos oficiales—. No podéis permanecer aquí, pues si el enemigo hiciese un movimiento y la artillería entrase en acción, quedaríais entre dos fuegos.

—¡Ah! —dijo ella con tono indiferente.

Al oír aquella exclamación, el otro oficial dijo:

—¿Qué hace aquí esta mujer?

—Estamos esperando —respondió ella— a un gendarme que ha ido a avisar al señor Duroc, en quien hallaremos un protector para poder hablar al emperador.

—¿Hablar al emperador? —dijo el primer oficial—. ¿Lo creéis posible la víspera de una batalla decisiva?

—¡Ah! Tenéis razón —dijo Lorenza—. Sólo debo hablarle pasado mañana, cuando la victoria le haya suavizado.

Los dos oficiales fueron a situarse a veinte pasos de distancia, sobre sus caballos inmóviles. La calesa fue rodeada entonces por un escuadrón de generales, mariscales y oficiales, extraordinariamente rutilantes y que respetaron el coche, precisamente porque estaba allí.

—¡Dios mío! —dijo el marqués a la señorita de Cinq-Cygne—. Temo que hayamos estado hablando con el emperador.

—¿El emperador? —dijo un coronel general—. ¡Ahí lo tenéis!

Lorenza vio entonces a pocos pasos de distancia, adelantado y solo, al que había exclamado: «¿Qué hace aquí esta mujer?». Uno de los dos oficiales, el emperador en persona, vestido con su célebre levita, que llevaba puesta por encima de un uniforme verde, montaba un caballo blanco lujosamente enjaezado. Examinaba con un catalejo el ejército prusiano acampado al otro lado del Saal. Lorenza comprendió entonces por qué permanecía allí la calesa y la respetaba la escolta del emperador. Se apoderó de ella un movimiento convulsivo, la hora había llegado. Oyó entonces el sordo fragor causado por una masa ingente de hombres y de armas que penetraba con paso acelerado en aquel altozano. Las baterías parecían poseer un lenguaje, los arzones resonaban y el cobre brillaba.

—El mariscal Lannes tomará posiciones con todo su cuerpo de ejército en vanguardia; el mariscal Lefebvre y la guardia ocuparán esta loma —dijo el otro oficial, que era el mayor general Berthier.

El emperador echó pie a tierra. Al primer movimiento que hizo, Roustan, su famoso mameluco, corrió presuroso a sujetarle el caballo. Lorenza se sentía anonadada por el asombro, no podía creer en tanta sencillez.

—Pasaré la noche en esta loma —dijo el emperador.

En aquel momento, el gran mariscal Duroc, que el gendarme había encontrado al fin, se acercó al marqués de Chargeboeuf y le preguntó el motivo de su llegada. El marqués le respondió que una carta escrita por el ministro de Relaciones exteriores le haría ver la urgencia de que obtuviesen, la señorita de Cinq-Cygne y él, una audiencia del emperador.

—Su Majestad cenará sin duda en su vivac —repuso Duroc tomando la carta—, y cuando haya visto de qué se trata, os diré si es posible. Brigadier —dijo al gendarme—, acompañad este coche y llevadlo cerca de la cabaña, hacia la retaguardia.

El señor de Chargeboeuf siguió al gendarme y detuvo su coche detrás de una miserable choza de madera y adobes, rodeada de unos cuantos árboles frutales y custodiada por piquetes de infantería y caballería.

Podía decirse que la majestad de la guerra brillaba allí en todo su esplendor. Desde aquella eminencia, las líneas de los dos ejércitos se veían perfectamente, iluminadas por la luna. Transcurrida una hora de espera, llena por el continuo movimiento de los ayudas de campo que iban y venían, Duroc, que fue en busca de la señorita de Cinq-Cygne y del marqués de Chargeboeuf, les hizo entrar en la cabaña, cuyo piso era de tierra apisonada, como el de las eras de nuestras alquerías. Ante una mesa servida y delante de un fuego de madera verde que humeaba, Napoleón estaba sentado en una tosca silla. Sus botas, llenas de barro, atestiguaban sus carreras a campo traviesa. Se había quitado su famosa levita y entonces su célebre uniforme verde, cruzado por su gran cordón rojo, realzado por el fondo blanco de sus calzas de casimir y de su chaleco, ponía admirablemente de relieve su pálido y terrible rostro cesáreo. Tenía la mano sobre un mapa desplegado, colocado sobre sus rodillas. Berthier permanecía de pie, con su brillante atavío de vice-condestable del Imperio. Constante, el ayuda de cámara, ofrecía al emperador su café en una bandeja.

—¿Qué queréis? —preguntó con fingida brusquedad, atravesando con el rayo de su mirada la cabeza de Lorenza—. ¿Ya no teméis hablarme antes de la batalla?... ¿De qué se trata?

—Sire —repuso ella, mirándole con no menos firmeza—, soy la señorita de Cinq-Cygne.

—¿Y bien? —inquirió él con voz encolerizada, considerando aquella mirada como un desafío.

—¿Es que no comprendéis? Soy la condesa de Cinq-Cygne y os pido gracia —dijo la joven, cayendo de rodillas y tendiéndole el plázet redactado por Talleyrand y apostillado por la emperatriz Cambacérès y Malin.

El emperador levantó graciosamente a la suplicante, dirigiéndole una mirada astuta y diciéndole:

—¿Seréis por fin sensata? ¿Comprendéis lo que debe ser el Imperio francés?...

—¡Ah! En este momento no comprendo más que al emperador —contestó ella, vencida por la bondad con que aquel hijo del destino había pronunciado estas palabras, que hacían presentir el perdón.

—¿Son inocentes? —preguntó el emperador.

—¡Todos! —respondió ella con vehemencia.

—¿Todos? No, el guardabosque es un hombre peligroso que mataría a un senador sin pedirnos vuestro parecer...

—¡Oh! Sire —dijo ella—, si tuvieseis un amigo que os hubiese demostrado su

fidelidad, ¿lo abandonaríais? ¿No haríais...?

—Sois una mujer —interrumpió él con cierto tono de mofa.

—¡Y vos un hombre de hierro! —replicó ella con una dureza apasionada que fue del agrado de su interlocutor.

—Ese hombre fue condenado por la justicia local —prosiguió él.

—Pero es inocente.

—¡Criatura!...

Tomó a la señorita de Cinq-Cygne por la mano y salió con ella al exterior.

—¡Aquí tenéis —dijo con su elocuencia característica, que convertía a los cobardes en valientes—, trescientos mil hombres que también son inocentes! ¡Pues bien, mañana, treinta mil habrán muerto, muertos por su patria! Quizás haya entre los prusianos un gran mecánico, un ideólogo o un genio que perecerá. Por nuestra parte, perderemos ciertamente grandes hombres desconocidos. ¡En fin, quizá veré morir a mi mejor amigo! ¿Acusaré a Dios por ello? No. Me callaré. Sabed, señorita, que hay que morir por las leyes de la patria, como muchos morirán aquí por su gloria —añadió, conduciéndola de nuevo a la cabaña—. Bien, regresad a Francia —dijo mirando al marqués—, allí os seguirán mis órdenes.

Lorenza creyó en la conmutación de la pena de Michu, y, en la efusión de su reconocimiento, dobló la rodilla y besó la mano del emperador.

—¿Vos sois el señor de Chargeboeuf? —preguntó entonces Napoleón al ver al marqués.

—Sí, sire.

—¿Tenéis hijos?

—Muchos.

—¿Por qué no me dais uno de vuestros nietos? Haría de él uno de mis pajes...

—¡Ah! Ya reaparece el subteniente —pensó Lorenza—. Quiere cobrarse su clemencia.

El marqués se inclinó sin responder. Afortunadamente, el general Rapp irrumpió en la cabaña.

—Sire, la caballería de la guardia y la del gran duque de Berg no podrán llegar antes del mediodía de mañana.

—No importa —contestó Napoleón volviéndose hacia Berthier—, serán también unas horas de gracia para nosotros; sepamos aprovecharlas.

Obedeciendo a una seña que le hizo con la mano, el marqués y Lorenza se retiraron y volvieron a subir al coche; el brigadier les indicó la ruta y los acompañó hasta una aldea donde pasaron la noche. Al día siguiente, ambos se alejaron del campo de batalla, mientras se escuchaba el fragor de las ochocientas piezas de artillería que rugieron durante diez horas. Por el camino, se enteraron de la sorprendente victoria de Jena. Ocho horas después, llegaban a los arrabales de Troyes. Una orden del gran juez, transmitida al fiscal imperial adjunto al tribunal de primera instancia de Troyes, ordenaba que los jóvenes nobles fuesen puestos en

libertad bajo fianza, en espera de la decisión del emperador y rey, pero al mismo tiempo, el tribunal ordenó la ejecución de Michu. Estas órdenes habían llegado aquella misma mañana. Lorenza, vestida aún con las ropas del viaje se dirigió entonces la prisión, sobre las dos de la madrugada. Consiguió que le diesen permiso para permanecer junto a Michu, que era objeto de la triste ceremonia llamada el *tocado*. El buen abate Goujet, que había solicitado acompañarle hasta el patíbulo, acababa de dar la absolución a aquel hombre, que estaba desolado por morir en la incertidumbre respecto a la suerte que pudieran correr sus señores; así, cuando Lorenza apareció, lanzó un grito de alegría.

—¡Ahora ya puedo morir! —exclamó.

—Han sido perdonados, no sé bajo qué condiciones —le dijo Lorenza—, pero lo han sido, y lo he intentado todo para ti, amigo mío, a pesar de tus consejos. Creía haberte salvado, pero el emperador me ha engañado con su amabilidad de soberano.

—¡Estaba escrito allá arriba —repuso Michu—, que el perro guardián debía morir en el mismo sitio que sus viejos señores!

La última hora transcurrió rápidamente. Michu, en el momento de partir, no se atrevió a pedir más favor que el de besar la mano de la señorita de Cinq-Cygne, pero ella le ofreció sus mejillas y se dejó besar santamente por aquella noble víctima. Michu no quiso subir a la carreta.

—¡Los inocentes deben ir a pie! —dijo.

No quiso que tampoco el abate Goujet le diese el brazo; se dirigió con paso digno y resuelto hasta el patíbulo. En el momento de tenderse sobre la tabla, dijo al ejecutor, rogándole que le bajara la levita, que le tapaba el cuello:

—Mi traje os pertenece, procurad no ensuciarlo.

Los cuatros hidalgos apenas tuvieron tiempo de ver a la señora de Cinq-Cygne: un ordenanza del general que mandaba la división militar les trajo los despachos de orden de trasladarse a Bayona para incorporarse a su cuerpo. Después de una despedida desgarradora, pues todos se hallaban dominados por tristes presentimientos, la señorita de Cinq-Cygne volvió a entrar en su castillo desierto.

Los dos hermanos murieron juntos, ante los ojos del emperador, en Somosierra^[6], defendiéndose mutuamente cuando ambos eran ya jefes de escuadrón. Sus últimas palabras fueron:

—¡Lorenza, *aquí muero!*

El primogénito de los Hauteserre murió siendo coronel durante el ataque al reduto del Moscova, donde su hermano le sustituyó.

Adriano, nombrado general de brigada en la batalla de Dresde, resultó gravemente herido y pudo volver a pasar la convalecencia en Cinq-Cygne. Mientras trataba de salvar aquel despojo de los cuatro hidalgos que tan poco tiempo tuvo a su alrededor, la condesa, que entonces tenía treinta y dos años, se casó con él, pero le ofreció un corazón marchito, que él aceptó: los seres que aman no sospechan de nada, o lo sospechan de todo.

La restauración encontró a Lorenza sin entusiasmo, los Borbones vinieron demasiado tarde para ella; sin embargo, no tuvo de qué quejarse: su marido, nombrado par de Francia con el título de Marqués de Cinq-Cygne, llegó a ser teniente general en 1816, viéndose recompensado con el cordón azul por los eminentes servicios prestados entonces a su patria.

El hijo de Michu, de quien cuidó Lorenza como si fuese su propio hijo, obtuvo el título de abogado en 1820. Después de ejercer durante dos años su profesión, fue nombrado juez suplente en el tribunal de Alençon, y de allí pasó como fiscal del rey al tribunal de Arcis, en 1827. Lorenza, que veló por el empleo del capital de Michu, entregó a aquel joven una inscripción de doce mil libras de renta a su mayoría de edad; más tarde le hizo contraer matrimonio con la acaudalada señorita Girel, de Troyes. El marqués de Cinq-Cygne falleció en 1829 en brazos de Lorenza, de su padre, de su madre y de sus hijos, que le adoraban. Cuando murió aún no se había rasgado el velo del secreto que rodeaba el secuestro del senador. Luis XVIII no se negó a reparar los males que causó aquel desdichado caso, pero guardó silencio sobre las causas de tal desastre ante la marquesa de Cinq-Cygne, que entonces lo consideró cómplice de la catástrofe.

CONCLUSIÓN

El difunto marqués de Cinq-Cygne había invertido sus ahorros, junto con los de su padre y de su madre, en la adquisición de un magnífico palacio situado en la calle del Faubourg-du-Roule, comprendido en el considerable mayorazgo instituido para el mantenimiento de su dignidad de par. La sórdida economía del marqués y de sus padres, causa frecuente de aflicción para Lorenza, quedó entonces explicada. Así, después de aquella adquisición, la marquesa, que vivía en sus posesiones atesorando dinero para sus hijos, pasó con tanto mayor agrado los inviernos en París, cuanto que su hija Berta y su hijo Pablo tenían ya una edad en que su educación exigía los recursos de París. La señora Cinq-Cygne hacía poca vida de sociedad. Su marido no podía ignorar la tristeza que anidaba en el corazón de aquella mujer, pero le tuvo las más delicadas atenciones y murió sin haber amado a otra mujer en el mundo. Aquel noble corazón, desconocido durante algún tiempo, pero el que la generosa hija de los Cinq-Cygne prodigó en los últimos años tanto amor como de él recibía, fue al fin completamente dichoso.

Lorenza vivía sobre todo para los goces de la familia. Ninguna mujer de París fue más querida de sus amigos ni más respetada. Ir a su casa es un honor. Dulce, indulgente, discreta, sobre todo sencilla, agrada a las almas escogidas y las atrae, pese a su actitud dolorida; pero todos parecen proteger a aquella mujer tan fuerte, y este sentimiento de protección secreta explica tal vez el atractivo que ejerce su amistad. Su vida, tan dolorosa durante su juventud, es bella y serena en su ocaso. Todos conocen sus sufrimientos. Nadie le ha preguntado jamás quien posó para el retrato de Roberto Lefebvre que, desde la muerte del guarda, es el principal y fúnebre ornato del salón. La fisonomía de Lorenza tiene la madurez de los frutos crecidos con dificultad. Una especie de orgullo religioso adorna actualmente esta frente sometida a tantas pruebas.

Cuando la marquesa tuvo casa puesta en París, su fortuna, aumentada por la ley sobre las indemnizaciones reales, ascendía a doscientas mil libras de renta, sin contar los emolumentos de su marido. Lorenza había heredado un millón cien mil francos, cantidad que dejaron los Simeuse. A partir de entonces gastó cien mil francos anuales y puso aparte el resto, para destinarlos como dote de Berta.

Berta es el vivo retrato de su madre, aunque carente de su audacia guerrera; es su madre, pero fina, espiritual «y más mujer», como dice Lorenza con melancolía. La marquesa no quería casar a su hija antes de que cumpliese veinte años. Los ahorros de la familia, sabiamente administrados por el viejo Hauteserre y puestos en los fondos públicos cuando las rentas bajaron en 1830, constituían una dote aproximada de ochenta mil francos de renta para Berta, que en 1833 cumplió veinte años.

Por esta época, la princesa de Cadignan, que quería casar a su hijo, el duque de Maufrigneuse, había conseguido que su hijo iniciase relaciones desde hacía unos meses con la marquesa de Cinq-Cygne. Jorge de Maufrigneuse cenaba tres veces por

semana en casa de la marquesa, acompañaba a la madre y la hija a los Italianos y caracoleaba con su caballo en el Bosque de Bolonia alrededor de su calesa cuando ambas salían de paseo. Toda la buena sociedad del arrabal de Saint-Germain se convenció entonces de que Jorge amaba a Berta. Sin embargo, nadie podía saber si la señora de Cinq-Cygne deseaba convertir en duquesa a su hija, en espera de que llegase a ser princesa, o si la princesa deseaba para su hijo una dote tan hermosa; si la célebre Diana iba en busca de la nobleza de provincias, o si la nobleza provinciana se asustaba ante la celebridad de la señora de Cadignan, de sus gustos y de su vida ruinosa. Con el deseo de no perjudicar a su hijo, la princesa, que se había vuelto muy devota, tapió su vida íntima y pasaba la temporada estival en una villa de Ginebra.

Una noche la princesa de Cadignan tenía en su casa a la marquesa de Espard y a De Marsay, el presidente del Consejo. Vio aquella noche a su antiguo amante por última vez, pues él murió al año siguiente. También se encontraban allí Rastignac, subsecretario de Estado agregado al ministerio de Marsay, dos embajadores, dos célebres oradores que permanecieron en la Cámara de los pares, los viejos duques de Lenoncourt y de Navarreins, el conde de Vandenesse, su joven esposa y D'Arthez, formando un círculo bastante curioso cuya composición se explicará fácilmente: se trataba de obtener del primer ministro un pasaporte para el príncipe de Cadignan. De Marsay, que no quería asumir aquella responsabilidad, había venido a decir a la princesa que el asunto estaba en buenas manos. Un viejo político debía traerles la solución aquella misma noche.

Anunciaron a la marquesa y a la señorita de Cinq-Cygne. Lorenza, cuyos principios se mantenían firmes, no sólo quedó sorprendida, sino escandalizada al ver a los representantes más ilustres de la legitimidad en ambas Cámaras, hablando con el primer ministro de aquél a quien ella sólo llamaba monseñor el duque de Orleans, escuchándolo y riendo con él. De Marsay, como las lámparas a punto de extinguirse, brillaba con sus últimos resplandores. Allí olvidaba de buen grado las preocupaciones de la política. La marquesa de Cinq-Cygne aceptó a De Marsay, tal como se dice que la corte de Austria aceptaba entonces al señor de Saint-Aulaire: el hombre de mundo hizo pasar al ministro. Pero ella se incorporó, como si su asiento fuese de hierro puesto al rojo, cuando oyó anunciar al señor conde de Gondreville.

—Adiós, señora —dijo a la princesa con tono seco.

Salió con Berta, calculando la dirección de sus pasos para no encontrarse con aquel hombre fatal.

—Es posible que hayáis frustrado el casamiento de Jorge —dijo en voz baja la princesa a De Marsay.

El antiguo pasante oriundo de Ards, que fue representante del pueblo, termidoriano, tribuno, consejero de Estado, conde del Imperio y senador, el antiguo par de Luis XVIII, nuevo par de Julio, hizo una reverencia servil a la princesa de Cadignan.

—Dejad ya de temblar, mi bella dama, nosotros no hacemos la guerra a los

príncipes —dijo tomando asiento a su lado.

Malin había gozado de la estima de Luis XVIII, a quien su vieja experiencia no resultó inútil. Contribuyó mucho a derribar a Decazes y fue un importante consejero del ministerio Villèle. Recibido fríamente por Carlos X, hizo suyo el rencor de Talleyrand. Gozaba entonces de gran favor bajo el duodécimo gobierno que tiene la suerte de servir al país desde 1789, y al que sin duda hará un flaco servicio; pero desde hacía quince meses había roto los vínculos de amistad que durante treinta y seis años le unieron al más célebre de nuestros diplomáticos. Fue durante aquella velada cuando, hablando de aquel gran diplomático, pronunció las siguientes palabras:

—¿Conocéis la razón de su hostilidad contra el duque de Burdeos?... El pretendiente es demasiado joven...

—Dais con eso un singular consejo a los jóvenes —observó Rastignac.

De Marsay, que permanecía ensimismado después de las palabras de la princesa, no intervino en aquellas bromas; miraba disimuladamente a Gondreville esperando sin duda para hablar a que el viejo, que se acostaba temprano, se hubiese ido. Todos los que se encontraban allí, testigos de la salida de la señora de Cinq Cygne, cuyas razones eran conocidas, imitaron el silencio de De Marsay. Gondreville, que no había reconocido a la marquesa, ignoraba los motivos de aquella reserva general, pero el hábito de los negocios y las costumbres políticas le habían infundido tacto y además era un hombre de gran discreción: considerando que su presencia resultaba molesta, se fue. De Marsay, de pie junto a la chimenea, contempló de una manera que dejaba adivinar graves pensamientos, a aquel anciano de setenta años que se alejaba lentamente.

—Me equivoqué, señora, al no haberos querido nombrar mi negociador —dijo finalmente el primer ministro al oír rodar el coche—. Pero voy a reparar mi falta y a daros los medios de que hagáis las paces con los Cinq-Cygne. Esto sucedió hace ya más de treinta años y por lo tanto algo tan viejo como la muerte de Enrique IV, que ciertamente, entre nosotros, a pesar del proverbio, es la historia menos conocida, como muchas otras catástrofes históricas. Os juro, por lo demás, que aunque este asunto no concerniese a la marquesa, no por ello dejaría de despertar su curiosidad. Finalmente, ilumina un famoso pasaje de nuestros anales modernos: el del monte Saint-Bernard. Los señores embajadores podrán ver que, por lo que se refiere a la sagacidad, nuestros políticos de hoy están muy lejos de los Maquiavelos que las oleadas populares elevaron en 1793 por encima de las tempestades, y alguno de los cuales ha encontrado, como dice la romanza, *un puerto*. Para ser hoy algo en Francia, hay que haber sido arrastrado por los huracanes de aquella época.

—Pero me parece —apuntó sonriendo la princesa—, que, por lo que a eso se refiere, vuestra situación no deja nada que desear...

Una sonrisa afable apareció en todos los labios y De Marsay tampoco pudo evitar sonreír. Los embajadores parecían impacientes, De Marsay sufrió un acceso de tos y se hizo silencio.

—Una noche de junio de 1800 —dijo el primer ministro—, hacia las tres de la madrugada, en el momento en que el alba hacía palidecer las bujías, dos hombres, cansados de jugar a la berlanga, o que sólo lo hacían para ocupar a los demás, abandonaron el salón del ministerio de Relaciones Exteriores, situado entonces en la calle del Bac, y pasaron a un tocador. Aquellos dos hombres, uno de los cuales ha muerto y el otro tiene *un* pie en la tumba, son extraordinarios, cada uno en su género. Ambos fueron sacerdotes y ambos abjuraron; los dos contrajeron matrimonio. Uno fue un sencillo filipense, el otro llevó la mitra episcopal. El primero se llamaba Fouché y no os digo el nombre del segundo, pero ambos eran entonces simples ciudadanos franceses, muy poco simples. Cuando las personas estaban allí reunidas los vieron pasar al tocador, expresaron cierta curiosidad. Un tercer personaje los siguió. En cuanto a éste, que se creía mucho más fuerte que los dos primeros, se llamaba Sieyès, y todos sabéis que perteneció asimismo a la Iglesia antes de la Revolución. El que tenía dificultad al andar era entonces ministro de Relaciones Exteriores, Fouché lo era de Policía general y Sieyès había abdicado el consulado. Un hombrecillo frío y severo dejó su sitio y se reunió con aquellos tres hombres, diciendo en voz alta, ante una persona que me repitió la frase: «Me da miedo la berlanga de los curas». Era ministro de la Guerra. Las palabras de Carnot no causaron la menor inquietud en los dos cónsules, que jugaban en el salón. Cambacérès y Lebrun se hallaban entonces a merced de sus ministros, infinitamente más fuertes que ellos. Casi todos aquellos hombres de Estado han muerto y ya no les debemos nada: pertenecen a la historia, y la historia de aquella noche fue terrible; os la digo porque sólo yo la sé, porque Luis XVIII no se la contó a la pobre señora de Cinq-Cygne, y porque al actual gobierno le es indiferente que la sepa. Los cuatro se sentaron. El cojo cerró la puerta antes de que nadie pronunciase palabra, y, según se dice, incluso echó el cerrojo. Solamente las personas bien educadas tienen estas pequeñas atenciones. Los tres sacerdotes tenían los rostros pálidos e impasibles que les conocéis. Solamente Carnot tenía colores. El militar fue el primero en hablar.

»—¿De qué se trata?

»—De Francia —contestó sin duda el príncipe a quien yo admiro como a uno de los hombres más extraordinarios de nuestra época.

»—De la República —dijo ciertamente Fouché.

»—Del poder —diría probablemente Sieyès.

Todos los asistentes se miraron. De Marsay había pintado admirablemente a los tres hombres con la voz, la mirada y el gesto.

—Los tres sacerdotes se entendieron a las mil maravillas —prosiguió—. Carnot miró sin duda a sus colegas y al ex cónsul con talante bastante digno. Creo que interiormente debía encontrarse aturdido.

»—¿Creéis en el éxito? —le preguntó Sieyès.

»—De Bonaparte puede esperarse todo —respondió el ministro de la Guerra—. Ha cruzado los Alpes felizmente.

»—En estos momentos —añadió el diplomático con una lentitud calculada—, se juega el todo por el todo.

»—En fin, hablemos claro —dijo Fouché—. ¿Qué haremos si el primer cónsul resulta vencido? ¿Será posible rehacer un ejército? ¿Nos convertiremos en sus humildes servidores?

»—En estos momentos, la República ya no existe —observó Sieyès—. Bonaparte es cónsul por diez años.

»—Tiene más poder que tuvo Cromwell —añadió el obispo—, y no votó la muerte del rey.

»—Tenemos un amo —dijo Fouché—. ¿Lo conservaremos si pierde la batalla, o volveremos a la república pura?

»—Francia —replicó sentenciosamente Carnot—, sólo podrá resistir volviendo a la energía de la Convención.

»—Soy del parecer de Carnot —dijo Sieyès—. Si Bonaparte regresa derrotado, habrá que liquidarlo: nos ha dicho demasiadas cosas desde hace siete meses.

»—¡Tiene el ejército! —repuso Carnot con tono pensativo.

»—¡Nosotros tendremos el pueblo! —exclamó Fouché.

»—No os precipitéis, señor —replicó el gran señor con aquella voz de bajo que ha conservado y que hizo reflexionar al filipense.

»—Sed franco —dijo un antiguo convencional asomando la cabeza—. Si Bonaparte vuelve vencedor, lo adoraremos; si vencido, lo enterraremos.

»—Ah, estabais aquí, Malin —dijo el dueño de la casa sin alterarse—. Seréis de los nuestros.

»Y le indicó con una seña que se sentase. Se debió a esta circunstancia que aquel personaje, un convencional bastante oscuro, fuese lo que acabamos de ver que aún continúa siendo en estos momentos. Malin supo ser discreto y los dos ministros le fueron fieles, pero fue también eje de la máquina y el alma de la maquinación.

»—¡Ese hombre aún no sido vencido —exclamó Carnot con acento de convicción—, y acaba de sobrepasar a Aníbal!

»—En caso de desgracia, aquí tenemos al Directorio —repuso con mucho ingenio Sieyès, haciendo observar a los presentes que eran cinco.

»—Y a todos nos interesa el mantenimiento de la Revolución francesa —dijo el ministro de Asuntos extranjeros—. Los tres hemos colgado los hábitos y el general votó a favor de la muerte del rey. En cuanto a vos —dijo a Malin—, tenéis bienes de emigrado.

»—Nuestros intereses son los mismos —observó perentoriamente Sieyès—, y están de acuerdo con los de la patria.

»—¡Cosa rara! —dijo el diplomático sonriendo.

»—Hay que actuar —añadió Fouché—. La batalla está entablada y Mélas tiene fuerzas superiores. Génova se ha rendido y Masséna ha cometido el error de embarcar para Antibes: por lo tanto, no es seguro que pueda alcanzar a Bonaparte, y

quedará reducido a sus propios recursos.

»—¿Quién os ha dado esta noticia? —preguntó Carnot.

»—Es segura —respondió Fouché—. La traerá el correo a la hora de la Bolsa.

»—Aquellos hombres no gastaban cumplidos —dijo De Marsay sonriendo e interrumpiéndose un momento.

»—Pero tened en cuenta —prosiguió Fouché—, que no podremos organizar los clubs, reanimar el patriotismo y cambiar la constitución cuando llegue la noticia del desastre. Debemos tener dispuesto nuestro 18 de brumario.

—Dejemos hacer al ministro de Policía —dijo el diplomático— y desconfiemos de Luciano. (Luciano Bonaparte era entonces ministro del Interior).

»—Ya le detendré —dijo Fouché.

»—Señores —exclamó Sieyès—, nuestro Directorio no volverá a verse sometido a cambios anárquicos. Organizaremos un poder oligárquico, un Senado vitalicio, una Cámara electiva que estará en nuestras manos... pues hemos de saber aprovechamos de los horrores del pasado.

»—Con ese sistema tendré la paz —afirmó el obispo.

»—¡Buscadme un hombre seguro para ponerme en contacto con Moreau, pues el ejército de Alemania será nuestro único recurso! —exclamó Carnot, que permanecía sumido en una profunda meditación.

»—En efecto —prosiguió De Marsay después de una pausa—, aquellos hombres tenían razón, señores. Fueron grandes en aquella crisis, y yo hubiera hecho como ellos.

»—¡Señores!, exclamó Sieyès con tono grave y solemne —añadió De Marsay prosiguiendo el relato.

»Aquella exclamación fue perfectamente comprendida; todas las miradas expresaron una misma fe e idéntica promesa: la de un silencio absoluto y una solidaridad completa en el caso en que Bonaparte volviese triunfador.

»—Todos sabemos lo que tenemos que hacer —agregó Fouché.

»Sieyès descorrió suavemente el cerrojo; su oído de sacerdote le había servido muy bien. Entró Luciano.

»—¡Una buena noticia, señores! Un correo acaba de traer a la señora Bonaparte unas palabras del primer cónsul: ha empezado con una victoria en Montebello.

»Los tres ministros se miraron.

»—¿Es una batalla general? —preguntó Carnot.

»—No, un combate en el que Lannes se ha cubierto de gloria. La lucha fue sangrienta. Atacados sus diez mil hombres por dieciocho mil, fue salvado por una división enviada en su socorro. Ott emprendió la huida. En fin, la línea de operaciones de Mélas está cortada.

»—¿Cuándo tuvo lugar el combate? —preguntó Carnot.

»—El día ocho —respondió Luciano.

»—Hoy estamos a trece —prosiguió el sabio ministro—. Pues bien, según todas

las apariencias, en estos momentos, mientras hablamos aquí, está en juego el destino de Francia. (En efecto, la batalla de Marengo comenzó el 14 de junio al amanecer).

»—¡Cuántos días de espera mortal! —dijo Luciano.

»—¿Mortal? —repuso el ministro de Relaciones exteriores fríamente y con tono interrogativo.

»—Cuatro días —repitió Fouché.

»Un testigo ocular me aseguró que los dos cónsules sólo se enteraron de estos detalles cuando los seis personajes volvieron al salón. Eran entonces las cuatro de la madrugada. Fouché fue el primero en partir. He aquí lo que hizo, con una infernal y sorda actividad, aquel genio tenebroso, profundo, extraordinario, poco conocido, pero que desde luego poseía un genio igual al de Felipe II, al de Tiberio y al de Borgia. Su conducta durante el caso de Walcheren, fue propia de un militar consumado, de un gran político y de un administrador clarividente. Fue el único ministro que tuvo Napoleón. Ya sabéis que entonces llegó a asustar a Napoleón. Fouché, Masséna y el príncipe son los tres hombres más grandes, las cabezas más sólidas que conozco en la diplomacia, la guerra y el gobierno; si Napoleón los hubiese asociado decididamente a su obra, hoy Europa ya no existiría, sería solamente un vasto Imperio francés. Fouché sólo se separó de Napoleón al ver que éste apartaba a Sieyès y al príncipe de Talleyrand. En el espacio de tres días, Fouché, ocultando la mano que revolvía las cenizas de aquel hogar, organizó aquella angustia general que pesó sobre toda Francia y reanimó las energías republicanas de 1793.

»Como conviene iluminar este rincón oscuro de nuestra historia, os diré que aquella agitación, que de él partía, pues tenía de su parte todos los hijos de la antigua Montagne, produjo los complots republicanos que amenazaron la vida del primer cónsul después de su victoria de Marengo. La conciencia que tenía del mal que había causado, fue lo que le dio fuerzas para señalar a Bonaparte, pese a la opinión adversa de éste, a los republicanos como más complicados que los realistas en estos manejos. Fouché conocía admirablemente a los hombres; contaba con Sieyès a causa de su ambición frustrada, con Talleyrand porque era un gran señor y con Carnot por su profunda probidad; pero temía a nuestro hombre de esta noche, y vais a ver como lo embaucó.

»Por aquella época él no era más que Malin, el Malin corresponsal de Luis XVIII. El ministro de Policía le obligó a redactar las proclamas del gobierno revolucionario, sus actas, sus decretos, la orden poniendo fuera de la ley a los facciosos del 18 de brumario, y, además de esto, fue este cómplice a pesar suyo quien los hizo imprimir en el número de ejemplares necesarios y los tuvo dispuestos en paquetes en su casa. El impresor fue detenido como conspirador, pues se eligió a un impresor revolucionario, y la policía no lo soltó hasta dos meses después. Aquel hombre murió en 1816, convencido de que se trataba de una conspiración de los partidarios de Montagne.

»Una de las escenas más curiosas representada por la policía de Fouché fue sin

duda la que originó el primer correo recibido por el más célebre banquero de la época, y que anunciaba la pérdida de la batalla de Marengo. La fortuna, recordaréis, no fue favorable a Napoleón hasta las siete de la tarde. A mediodía, el agente enviado al teatro de la guerra por el rey de las finanzas de la época, consideró al ejército francés aniquilado y se apresuró a despachar un emisario. El ministro de Policía envió a buscar a los fijadores de carteles y a los pregoneros y uno de sus agentes ya venía con un carruaje cargado de impresos, cuando el correo de la noche, que había salido con gran diligencia, difundió la noticia del triunfo que hizo enloquecer de júbilo a Francia. En la Bolsa se produjeron pérdidas considerables. Pero la reunión de los fijadores de carteles y los pregoneros que debían proclamar la muerte política de Bonaparte, el cual sería puesto fuera de la ley, se mantuvo en jaque y en espera de que se imprimiese la proclama y el bando en que se exaltaba la victoria del primer cónsul.

»Malin, sobre quien podía recaer toda la responsabilidad del complot, se asustó tanto, que cargó los paquetes en carretas y los llevó de noche a Gondreville, donde sin duda enterró aquellos siniestros papeles en los subterráneos del castillo que había comprado bajo el nombre de un hombre... al que hizo nombrar presidente de una Audiencia imperial... que llamaba... ¡Marion! Después regresó a París a tiempo para cumplimentar al primer cónsul.

»Como ya sabéis. Napoleón pasó con pasmosa celeridad de Italia a Francia después de la batalla de Marengo; pero es seguro, para aquéllos que conocen a fondo la historia secreta de aquel tiempo, que su celeridad fue provocada por un mensaje de Luciano. El ministro del interior había vislumbrado la actitud del partido de Montagne y, sin saber de donde soplaba el viento, temía la borrasca. Incapaz de sospechar de los tres ministros, atribuía aquel movimiento al odio suscitado por su hermano el 18 de brumario y a la firme creencia en que estaban entonces los hombres que restaban del 1793 de un desastre irreparable en Italia. Las palabras “¡Muera el tirano!” proferidas en Saint-Cloud, seguían resonando en los oídos de Luciano. La batalla de Marengo retuvo a Napoleón en los campos de Lombardia hasta el 25 de junio y llegó el 2 de julio a Francia. Fácil será imaginarnos las caras de los cinco conspiradores, felicitando en las Tullerías al primer cónsul por su victoria. Fouché, en aquel mismo salón, dijo al tribuno, pues ese Malin que acabáis de ver fue un poco tribuno, que esperase allí, ya que no había terminado todo. En efecto, Bonaparte no parecía al señor Talleyrand y a Fouché tan adicto como ellos a la Revolución, y lo unieron a ella fuertemente y en aras de su propia seguridad, mediante el asunto del duque de Enghien. La ejecución del príncipe se relaciona, a través de ramificaciones fáciles de descubrir, con lo que se tramó en el ministerio de Relaciones exteriores durante la campaña de Marengo. Para quien haya conocido a personas bien informadas, hoy está bien claro que Talleyrand y Fouché engañaron a Bonaparte como a un niño y quisieron enredarle irrevocablemente con la casa de Borbón, cuyos embajadores sondeaban entonces al primer cónsul.

—Talleyrand, que jugaba al *whist* en casa de la señora de Luynes —dijo entonces uno de los personajes que escuchaban—, a las tres de la madrugada sacó el reloj, interrumpió el juego y preguntó de pronto, sin transición alguna, a sus tres compañeros, si el príncipe de Condé tenía otros hijos, además del señor duque de Enghien. Una pregunta tan absurda, en boca del señor de Talleyrand, causó la más viva sorpresa. «¿Por qué nos preguntáis algo que sabéis perfectamente?», le dijeron. «Es para deciros que la casa de Condé acaba en estos momentos». Ahora bien, el señor de Talleyrand estaba en el palacio de Luynes desde el principio de la velada, y sin duda sabía que Bonaparte se hallaba en la imposibilidad de conceder su perdón.

—Pero no comprendo qué tiene que ver con todo esto la señora de Cinq-Cygne —dijo Rastignac a De Marsay.

—¡Ah! Vos erais entonces tan joven, querido, que olvidaba la conclusión. Todos conocéis el caso del secuestro del conde de Gondreville, que fue causa de la muerte de los dos Simeuse y del primogénito de Hauteserre, el cual, por su enlace con la señorita de Cinq-Cygne, se convirtió en conde y después en marqués de Cinq-Cygne.

De Marsay, instado por muchas personas que desconocían aquella aventura, refirió el proceso, diciendo que los cinco desconocidos eran esbirros de la policía general del Imperio, encargados de destruir los paquetes de impresos que el conde de Gondreville había ido precisamente a quemar, creyendo afianzado el Imperio.

—Sospecho que Fouché —dijo—, hizo buscar al mismo tiempo las pruebas de la correspondencia sostenida por Gondreville con Luis XVIII, con el que siempre se entendió, incluso durante el Terror. Pero en este espantoso asunto, hubo pasión por parte del agente principal, que aún vive... uno de esos grandes hombres subalternos que son insustituibles, y que se destacó por las cosas sorprendentes y difíciles que realizó. Según parece, la señorita de Cinq-Cygne le maltrató cuando fue a detener a los Simeuse. Así, señora, ya estáis en el secreto del asunto; podréis explicarlo a la marquesa de Cinq-Cygne, y hacerle comprender por qué guardó silencio Luis XVIII.

París, enero de 1841.



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.

Notas

[1] Traducción del P. Nieremberg, S. J. <<

[2] Bandidos de las provincias del Oeste que, bajo el pretexto de realismo, calentaban (*chauffaient*) los pies de sus víctimas, para obligarlas a confesar dónde ocultaban sus riquezas. (N. del T.). <<

[3] Alusión humorística a Godofredo de Bouillon, jefe de la primera Cruzada. *Bouillon*, en francés, significa *caldo*. (N. del T.) <<

[4] En el lenguaje de la Revolución, ex noble. (*N. del T.*). <<

[5] Retruécano intraducible, pues *catcher* significa a la vez amasar yeso y estropear un negocio. (N. del T.). <<

[6] Sommo-Sierra, en el texto de Balzac. (*N. del T.*). <<